

feminismos andantes

HEINRICH BÖLL STIFTUNG
BOGOTÁ
Colombia

feminismos andantes

HEINRICH BÖLL STIFTUNG
BOGOTÁ
Colombia

Feminismos andantes

© Fundación Heinrich Böll, Oficina Bogotá - Colombia

Publicación con licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 3.0
Atribución-NoComercial-SinDerivadas

Fundación Heinrich Böll,
Oficina Bogotá - Colombia
Calle 37 N.º 15–40, Bogotá
Teléfono: (+57) 1 371 9111
co-info@co.boell.org
co.boell.org
Representante: Florian Huber

Edición
Fundación Heinrich Böll.
Oficina Bogotá - Colombia

Coordinación editorial
Ángela Valenzuela Bohórquez
Laura Isabel Villamizar

Revisión de textos
Luisamaría Navas Camacho
María Paula Peña
Natalia Roa

Portada
Ilustración LaSole

Ilustraciones
Cristian Porte. (páginas: 8, 26, 46, 50, 78, 94, 140, 174, 220, 236, 264, 270, 290, 316, 334, 340, 360, 374, 382, 388, 394, 426, 438, 462, 466)
Diana De Moya («Violencia» página 118)
Isabela Velásquez Pedraza («Ventiocho» página 198)
Todos los derechos reservados

Diseño gráfico
Rosy Botero

ISBN
978-958-52753-4-8

Primera edición
Diciembre de 2020

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Autoras por orden alfabético
Alanis Bello Ramírez
Ana Luisa Muñoz Ortiz
Ángela Arce Sánchez
Angie Viviana Reyes Cifuentes
Colectivo Cuerpos Insurgentes
- Fanny Lucía Lozada Silva
- Yeimmy Carolina Beltrán Rodríguez
- Edna Rocío Cárdenas Cárdenas

Colectivo Malinches
- Irleni Milena Corredor Robles
- Luz Mary Cuervo Plazas
- Deicy Mariana Pérez Rivera
- Adela Ávila Rodríguez
- Tania Espitia Becerra
- Gina Carolina Brijaldo Olarte
- Lady Carolina Peña Espitia

Diana Carolina Ochoa Vélez
Diosas que sanan
- Angélica Badillo Ramírez
- Angélica Rodríguez Cardona
- Diana Katherine Camargo Mendoza
- Yenny Marcela Salazar Barreto

Doris Y. Gómez Niño
Gabriela Gacharná Echeverri
Jenny Natali Julio Cantor
Karina Rivas Cardona
Laila Alejandra Carvajal Palacios
Lucelis Martinez Minota
María Consuelo Pérez Restrepo
Mariana Botero Ruge
Maribel Elisa Acevedo Valbuena
Michelly Giraldo Palacio
Miriam Zarate Durier
Nevis Balanta Castilla
Red de la partería tradicional e intercultural Mhuysqa
Ruth Amelia Muñoz Sanabria
Ruth Mary Rivero Zabala
Sofía Elisa Sierra Arteaga
Sofia Lorena Mateus García
Sol Suleydy Gaitán Pineda
Yusmidia Solano Suárez

Este documento puede ser descargado gratuitamente en http://co.boell.org
El texto que aquí se publica es de exclusiva responsabilidad de sus autoras y no expresa necesariamente el pensamiento ni la posición de la Fundación Heinrich Böll, Oficina Bogotá - Colombia.

ÍNDICE

PRÓLOGO
Laura Isabel Villamizar Pacheco 5

VIVIR SIENDO MAESTRA TRAVESTI FEMINISTA
Alanis Bello Ramírez 9

MEMORIAS DE UN NACIMIENTO
Ana Luisa Muñoz Ortiz 27

LAURA
Ángela Arce Sánchez 47

FEMINISMOS COTIDIANOS: UNA APUESTA COLECTIVA
Diosas que Sanan 51

LAS MUJERES DE MI BARRIO
Angie Viviana Reyes 79

TEJIDO SALVAJE
Colectivo Malinches 95

GUERRAS Y CUERPOS
Diana Carolina Ochoa Vélez 119

LAS BARRERAS INVISIBLES CREAN EN LAS MUJERES SOMBRAS
EN SU EMPODERAMIENTO COMO AGENTE SOCIAL
Doris Y. Gómez Niño 141

CUERPOS INSURGENTES QUE SE RESISTEN
A LA VORACIDAD INSTITUCIONAL
Colectivo Cuerpos Insurgentes 175

VEINTIOCHO
Gabriela Gacharná Echeverri 199

UNA MUJER DE LA PEOR CALAÑA
Jenny Julio Cantor 221

BILIS NEGRA
Karina Rivas Cardona 237

MI MADRE ME PARIÓ CON VULVA, LA AMAZONIA ME PARIÓ MUJER
Laila Alejandra Carvajal Palacios 265

ENTRE MIS PIERNAS
Lucelis Martínez Minota 271

ELLA Y SU SUB VERSIÓN
María Consuelo Pérez Restrepo 291

DEL FEMINISMO Y MI AUTORRECONOCIMIENTO
Mariana Botero Ruge 317

LA MUJER DE SAN MIGUEL DE SEMA, ORGULLOSAMENTE CAMPESINA
Maribel Elisa Acevedo Valbuena 335

PECCATA MINUTA
Michelly Giraldo Palacio 341

UNA VEZ TUVE UN SUEÑO
Miriam Zarate Durier 361

FEMINISMO BALANTA: ENTRE EL UBUNTU Y LA TENACIDAD
Nevis Balanta Castilla 375

VOZ DEL CUERPO DEL ALMA DE LA VOZ
Ruth Amelia Muñoz Sanabria 383

DAMA VIAJERA
Ruth Mary Rivero Zabala 389

CUERPOS SIN FRONTERAS
Sofía Elisa Sierra Arteaga 395

EL ROL DEL FEMINISMO AMBIENTAL EN UNA SOCIEDAD MACHISTA
Sofía Lorena Mateus 427

CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN CIUDAD BOLÍVAR DESDE LA RESISTENCIA, REEXISTENCIA Y SORORIDAD DE MUJERES LIDERESAS
Sol Suleydy Gaitán Pineda 439

MANIFIESTO
Red de Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa 463

MIS REFLEXIONES Y PRÁCTICAS FEMINISTAS ALREDEDOR DE LOS CUIDADOS, LOS TERRITORIOS Y LA PAZ
Yusmidia Solano Suárez 467

PRÓLOGO

Querida lectora, querido lector: le invitamos a entrar en esta pieza de arte en la que encontrará diversas expresiones, momentos y sensaciones de varias mujeres que escribieron para la convocatoria de escritos llamada «Feminismos Andantes». Usted, además de aprender un poco más sobre los feminismos, podrá tener relatos de vidas reales, pues, muchas de nosotras hemos sido víctimas, sobrevivientes y de-construidas desde el amor y la libertad de ser. No les mentiré: en muchos casos, llorará; en otros, tendrá momentos de risa, alegría y dignidad y, también, de profunda reflexión sobre lo que ha significado ser mujer y por lo que luchamos tantas de nosotras desde diversas orillas.

El alma de este libro es la interseccionalidad: ver la diversidad de los feminismos más allá de teorías, abrir los ojos a su ejercicio a partir de la experiencia de estar en el mundo: en comunidades, colectivos, movimientos y organizaciones. Y reconocer, que, con ello, se ha contribuido a mejorar las condiciones de vida de las personas, hombres y mujeres. Por eso, las siguientes páginas son un homenaje, un espacio de respeto a las numerosas miradas posibles de las mujeres. En especial, recuerdan que, en el ámbito de la sociedad, las prácticas feministas tienen su vitalidad y fuerza, por igual, en las mujeres afro, raizales, palenqueras, rom, indígenas, campesinas, trans y blancas mestizas y que, la mejor manera de comprenderlas es viéndolas con los ojos del corazón y de la libertad de ser.

El libro que tiene en sus manos se hizo posible gracias a los avances de las organizaciones y movimientos feministas y de mujeres en Colombia, que han hecho, en muchos territorios, un trabajo sin descanso para incluir la mirada de las mujeres en varios aspectos: la construcción de paz, el reconocimiento del hogar como espacio productivo y el de la economía del cuidado, la construcción de economías feministas, el respeto a los derechos humanos, en general, a los derechos sexuales y reproductivos y a vivir libres de violencias; contra los

racimos, la exclusión y la desigualdad. Estos y otros temas, agendas y formas de trabajo, entrega esta compilación.

Para armar este panal colectivo de mujeres diversas, se recibieron, inicialmente, 113 escritos investigativos y literarios, con diversas expresiones feministas. Con ellos, pudimos viajar por Colombia. Fue un ejercicio maravilloso para las 4 juradas, entre las que me cuento, responsables de la selección final que se publicaría. Agradezco a Sara Tufano, Sylvia Prieto y Mercedes Ortega que asumieron el reto de leer cada escrito y de buscar en la diversidad del conjunto el sello esperado de la convocatoria «Feminismos Andantes": mostrar en cada particular experiencia lo que somos las feministas en Colombia y lo que soñamos para nuestro país y nuestra vida; entender la importancia de vernos para ser vistas. De los 113 textos, las juradas escogimos 27 para la publicación.

¿Y, por qué les pido que quienes accedan a este libro que se tomen su tiempo para leerlo y recomendarlo? Por la sensibilidad y sentido de realidad al que nos lleva, para entender la necesidad de cambio de modelo patriarcal en el que estamos inmersas e inmersos. Desde mi labor cotidiana, puedo compartirles lo maravilloso de este libro: cada vez que he entrado a revisar cualquier texto o en algún conversatorio al respecto, me he remitido una y otra vez a lo que ellos dicen y a la claridad sensible que despiertan.

Porque, lo cierto, es que no ha sido fácil transitar en los feminismos. Hace un tiempo, una amiga, cuando yo con cierta inocencia y esperanza le describía la convocatoria diciéndole que deseaba mostrar las bondades de los feminismos para nuestro país, me recordaba que esas bondades llegaron luego de ver el dolor que nos han causado el machismo y el patriarcado en nuestras vidas. Algo muy difícil para cualquier mujer u hombre que lo haya padecido. Por eso, cuando usted lea lo que entrega esta publicación verá parte del dolor que hemos transitado para encontrarnos, cada mujer, con nuestro feminismo; así como la resistencia a esas prácticas sociales devastadoras; como, también, los sueños de cambiar este mundo, como la pieza de una obra bella concebida desde la diversidad feminista.

Gracias a cada una de las autoras por creer en este sueño de libro colectivo, por confiar en nosotras y dejarnos verlas desde esa pequeña ventana que nos abrieron con sus textos. Gracias por compartir con nosotras su corazón, su coraje y fuerza para hacer de este mundo un lugar mejor desde los feminismos.

Gracias también a Ángela Valenzuela por la coordinación editorial del libro, por la difusión y estrategia de la convocatoria de Feminismos Andantes y a las revisoras editoriales de los textos: Luisamaría Navas Camacho, María Paula Peña y Natalia Roa, que dan con su labor una mejor posibilidad de conectarse con ellos a quienes los lean.

Laura Isabel Villamizar Pacheco
una simple soñadora de este bello panal de mujeres.
Coordinadora del Programa Democracia y Derechos Humanos
Fundación Heinrich Böll
Oficina Bogotá, Colombia


TRANS

– ALANIS BELLO RAMÍREZ –

VIVIR SIENDO MAESTRA TRAVESTI FEMINISTA

En este artículo, presento una reflexión sobre mi experiencia como maestra travesti no binaria que trabaja en el contexto universitario. Mi punto de vista se sitúa en los feminismos críticos e interseccionales y, a partir de él, planteo un conjunto de reflexiones sobre el quehacer docente y la lucha por abrir un espacio educativo que sea incluyente con todos los cuerpos. En el trayecto de este escrito, discuto lo que podría llegar a ser una pedagogía feminista y expongo mi lucha contra el binarismo de género en la academia, mi defensa de una ética del cuidado y mi apuesta por hacer de la docencia un lugar sensible a las opresiones de clase, género, raza y sexualidad.

***

Las siguientes páginas contienen una reflexión sobre mi experiencia como profesora travesti no binaria y agente de transformación social que hace del feminismo un lugar para interpelar, actuar, pensar y sentir en la vida cotidiana del activismo y la academia. Hablo aquí de los posicionamientos y de los intereses que vengo tejiendo en mi experiencia docente. Hablo de cómo el feminismo se ha convertido en una forma de politicidad que ha afectado la manera en que percibo y hago mi trabajo en el campo de la educación popular y comunitaria. Más que un recuento teórico de lo que es (o podría llegar a ser) el feminismo, lo que busco plantear es lo que significa para mí vivir una vida como maestra feminista travesti comprometida con el desmontaje de las matrices de opresión de género, raza, clase y sexualidad. Asumir un compromiso feminista con la educación implica emprender la construcción de otras prácticas de conocimiento

que permitan abrir mundos para aquellas existencias periféricas que constantemente son amenazadas con el exterminio o la normalización.

Ser travesti es darse de bruces contra un mundo rígido y excluyente que opera como un muro[1]. Rara vez, las travestis en Colombia contamos con la oportunidad de permanecer en la escuela y obtener un grado como bachilleres. Mucho menos, tenemos la oportunidad de estudiar una carrera profesional; por esto, llegar a ser docentes o directivas de un plantel educativo, se nos presenta como un objetivo difícil de alcanzar. Teniendo conciencia de la exclusión que impide nuestras existencias como personas trans en el mundo de la educación, posiciono, deliberadamente, mi ejercicio de maestra travesti en la universidad como una responsabilidad con la diferencia y un lugar de oposición política y epistémica a los saberes hegemónicos, al androcentrismo académico y a la mercantilización de la educación.

En este sentido, hablo y actúo como maestra travesti y entiendo esta identidad como un desafío a los binarismos opresivos de género y a las formas heterocentradas del conocer, el sentir y el percibir. Entiendo lo travesti como una incomodidad en/con el mundo. Como una insistente potencia. Como una terca voluntariedad dirigida a (intentar) tumbar los muros que impiden nuestro reconocimiento y presencia en el devenir de la historia.

Hacer pedagogías feministas, como señala Chandra Talpade Mohanty, es una tarea que intenta vincular conocimiento, responsabilidad social y lucha colectiva (Mohanty, 2003). El feminismo engendra conocimiento a partir de sus luchas en contra de los muros de la opresión y en sus esfuerzos por tirarlos abajo. Hacerse feminista es una experiencia sensorial que te abre el cuerpo a otras percepciones y te vuelve intolerante al sufrimiento y a las injusticias. Es una metodología para comprender las desigualdades y su reproducción. Es un modo de actuar y enseñar que se caracteriza por un compromiso con desnaturalizar las violencias y con hacer de la desobediencia un bastión para sobrevivir.

1. Empleo las categorías *travesti* y *trans* de manera intercambiable. Para muchas personas, estas categorías son incompatibles, pues, implican formas diferenciales de construcción del cuerpo en la feminidad. Sin embargo, para mí, son palabras para luchar, identidades para resistir y experiencias encarnadas para abrir un campito que te permita lidiar contra los opresivos binarios de la feminidad y la masculinidad. Travesti y trans son, en mi cuerpo, categorías políticas para asumir mi inconformidad con un mundo que clasifica los cuerpos según un sistema de sexo/género binario, heterocentrado y patriarcal.

Con el feminismo, pronto te das cuenta de que, para no desaparecer, debes insistir en empujar los muros de la dominación, una y otra vez, para que ellos no te aplasten, no te invisibilicen. Con el feminismo aprendes que, para poder existir, necesitas desobedecer tantas veces como sea posible (Ahmed, 2018).

El devenir travesti es una forma de desobediencia a los mandatos hegemónicos del género. Es experimentar tu cuerpo como un manifiesto de lucha, es hacer de tu cuerpo un grito para reclamar libertad. Por efecto de la dominación, muchas travestis hemos ganado conciencia de la importancia que reviste el definirnos a nosotras mismas y apropiarnos del lenguaje para poder inventar una alternativa. Ser trans en una sociedad binaria y heterosexual suele pasar por la experiencia del despojo material, emocional y espiritual de nuestras redes de apoyo. Las personas trans sufrimos el despojo de las redes que hacen que la vida sea posible. Quiero pensar lo trans como una operación política que nos permite volvernos inapropiables, en la medida en que combatimos el despojo de nuestra autonomía afirmando el orgullo de nuestros cuerpos desobedientes.

Son múltiples los cruces entre el feminismo y las experiencias trans[2], de manera que asumo una pedagogía feminista travesti como una operación radical en el conocimiento y en la praxis política. La educadora brasilera Guacira Lopes Louro (2003) señala que tomar una postura feminista en el campo educativo significa reconocer la experiencia personal como una herramienta fundamental de conocimiento y la vida cotidiana como un escenario en el que se engendran saberes y se negocian el poder y la identidad. Las pedagogías feministas encuentran valor en las voces y en las experiencias de aquellas personas condenadas al silencio. Este gesto crítico constituye un cuestionamiento directo al mundo patriarcal y eurocéntrico de la academia, pues, concibe importantes las experiencias de los grupos oprimidos, de las mujeres y de los disidentes del género y entiende que el conocimiento no está empaquetado en los libros de texto o encerrado en las aulas de clase. En las pedagogías feministas, ocurre un doble rechazo: a la voz autorizada y a las jerarquías de saber que estructuran la educación y el campo científico (Lopes, 2003: 114).

El valor que le otorga el feminismo a la experiencia debe verse como una estrategia pedagógica orientada a desactivar regímenes hegemónicos de saber y descolonizar

2. Sobre este encuentro de feminismos y experiencias trans, se pueden revisar el trabajo pionero de la antropóloga colombiana Andrea García Becerra (2010) y, en literatura inglesa, el trabajo de la socióloga Raewyn Connell (2012).

nuestras formas de conocer, percibir y sentir. Abordar la experiencia como un eje pedagógico requiere de un delicado trabajo de análisis, en el que el uso de la experiencia ha de anclarse a una comprensión histórica, contextual y contingente de las formas en que se experimentan y encarnan las relaciones de poder. Entender la experiencia en el aula de clase solo como una mera cuestión individual, la despolitiza, la deshistoriza y la reduce a una simple anécdota.

Aquí me apoyo de nuevo en Mohanty. La autora nos advierte que el desafío que representa la experiencia no solo es de aprendizaje y autoridad, sino, además, de margen y centro. Esto es, tendremos que evitar que la experiencia se convierta en binaria; impedir poner en el centro a las mujeres como «verdaderas conocedoras» y dejar a los hombres como «observadores marginales» sin responsabilidad y sin nada qué aportar[3] (Mohanty, 2003: 203). Una aproximación feminista al abordaje de las desigualdades en el aula de clase se caracteriza por su insistencia en que ninguna persona pase desapercibida; es decir, para desmantelar el sexismo o el racismo, necesitamos emplear experiencias colectivas de aprendizaje que conduzcan a reconocernos como miembros de diversas comunidades, a aceptar la importancia de escuchar las diferentes voces y a responsabilizarnos de nuestra vulnerabilidad constitutiva e interdependiente. Con bell hooks aprendí que «un objetivo primordial de la pedagogía feminista» es «convertir la clase en un entorno democrático en el que todos sientan la responsabilidad de contribuir» (hooks, 1994).

Así las cosas, nos oponemos a aquella instrumentalización que tiende a convertir el feminismo y la experiencia de los grupos sociales subalternos en una herramienta para «sensibilizar» a los sujetos que ocupan posiciones dominantes. Más allá de educar «hombres sensibles» o «nuevas masculinidades», las pedagogías feministas emplean la experiencia crítica como un lugar de cuestionamiento radical de las estructuras de poder. Esta pedagogía engendra un lugar de autocrítica, una forma de desestabilizar las subjetividades y de interpelar las epistemologías dominantes que instalan como naturales y normales las jerarquías de género, raza, clase y sexualidad. El feminismo no se reduce a una charla de sensibilización: es, ante todo, dinamita pura.

Los feminismos en educación insisten en la necesidad de hacer *análisis coimplicados*: reconocen historias compartidas de opresión y privilegio y enfatizan

3. Este binario centro/margen puede trasladarse a las relaciones entre blancos y negros, heterosexuales y homosexuales, cisgéneros y transgéneros, adultos y niños, entre otros.

en nuestra responsabilidad individual y colectiva en la reproducción y en el desmantelamiento de las matrices de dominación. Las pedagogías feministas te invitan a mirarte por dentro para poder transformar el afuera.

Hacer un análisis excéntrico, coimplicado y relacional de la experiencia personal significa introducir un cuestionamiento pedagógico feminista en la educación popular. Con Donna Haraway (1991), podemos decir que los conocimientos feministas rechazan la romantización de todas las posiciones sociales, incluidas las subyugadas. Es decir, aprendes a entender que los conocimientos críticos no se derivan de una posición automática en una identidad particular, o en un sujeto popular reificado; se derivan de la construcción de una conciencia de oposición, de la apertura sensorial a las diferencias internas y externas y de la creación de alianzas con otras maneras de entender el mundo. Hacerte una maestra feminista te hace dudar de las certezas, te impulsa a desarrollar una sensibilidad especial por el asombro y te convierte en una *puentera entre-mundos* (Anzaldúa, 2003).

Enseñar deviene para ti en un involucramiento con otras luchas con el fin de producir lo común. No necesitas compartir las mismas opresiones o compartir soluciones semejantes. Lo que necesitas es empatía y afinidad con la doloridad del otro. Te haces araña tejedora de hilos diversos: actúas con insistencia para despatriarcalizar los movimientos populares y para desalojar de ellos la transfobia y el heterosexismo, pero, a la vez, dejas que las luchas anticapitalistas, antirracistas y descolonizadoras abran los ojos de tu activismo. Este es un movimiento de doble vía en el que aprendes a devenir un *agente de tensión* en el propio feminismo y en el campo de la educación popular.

Mediante mi experiencia como una maestra trans en el universo de la academia, he sentido que la diferencia se enseña como algo que se debe teorizar, expropiar, consumir, medir, espectacularizar y explicar. Muchos estudiantes se han acercado a hacerme entrevistas para absorber mis testimonios, para exotizar mi vida o, simplemente, para sacar algún ensayo en cualquier materia[4]. Personalmente, me molesta esta actitud extractivista tan arraigada en la forma moderna y colonial de comprender el saber. Contra los conocimientos

4. Con humor corrosivo y tono socarrón, denuncio esta expropiación epistémica en mis clases y conferencias recordando que, en tiempos pasados (aún pasa), las travestis teníamos que huir de las batidas hechas por la policía y ahora tenemos que huir del antropólogo, del sociólogo y hasta el educador comunitario y sus intereses vampíricos de investigación.

objetualizadores y presuntamente neutrales, las pedagogías feministas reivindican la producción de conocimientos cuidadosos, comprometidos, responsables, afectivos y vinculantes. Cuando optas por el feminismo como tu forma de enseñar e investigar, te das cuenta de que la producción de conocimiento es una práctica que requiere del cuidado de las relaciones que construyes con el mundo humano y no humano. Te das cuenta de que el conocimiento es la expresión de una relación y que, allí, la diferencia no opera como algo a domesticar, sino como un universo de posibilidades, de conflictos, de aprendizajes, de disensos, de futuros. En la producción de conocimiento, cuidar es oponerse a la concepción del otro como alguien inferior, como alguien que debe tolerarse o asimilarse: el otro no es tu *objeto* de estudio.

Las feministas no consideramos el cuidado como una labor natural de la identidad femenina. Es, sobre todo, un trabajo y una ética política. Creemos que enseñar con cuidado, como señala la filósofa María Puig de la Bellacasa, es una operación práctica, afectiva y material que nos lleva a reconocer nuestra vulnerabilidad mutua y la importancia de producir conocimientos que contribuyan a reparar nuestro mundo, a sostener la vida y a perpetuar su diversidad (Puig de la Bellacasa, 2017).

Y no quiero que me mal entiendas: cuando me refiero a la diversidad, no estoy hablando de un mundo donde las diferencias se experimentan de manera armónica, inocente y desproblematizada. Como maestra feminista, me interesa plantear debates sobre la diferencia como un lugar para descolocar las comprensiones normales y normativas que gobiernan el orden social. Me interesa generar conmoción. Me interesa perturbar lo cotidiano y azuzar la formación política, entendida no como una apacible polifonía, sino como la explicitación de los antagonismos sociales en cuanto ejes centrales de toda política democrática (Mouffe, 2010). Las feministas y las travestis encendemos fuego en un mundo seco que busca el apaciguamiento y la homogeneidad.

Cuidar significa un compromiso con la diferencia, tanto en nuestra vida cotidiana, como en nuestras prácticas de enseñanza e investigación. De ahí que nuestras metodologías estimulen la construcción de *culturas públicas de disenso* (Mohanty, 2003: 203), en las que aprendemos y enseñamos, junto a las comunidades con las que trabajamos, a desafiar en las instituciones hegemónicas las políticas de exclusión de las mujeres y de los grupos subalternos. Por medio de las culturas del disenso, hacemos *trabajo de diversidad.*

Este consiste en hacer transformaciones institucionales y comunitarias con el «afán de existir en un mundo que no da cabida a nuestra existencia» (Ahmed, 2018: 133). Con esto, buscamos hacer de los terrenos públicos y privados, territorios libres de violencias, territorios para ser. Otro eje fundamental de esta metodología está en combatir la domesticación a la que somete la democracia liberal capitalista las identidades disidentes del género, la raza y la sexualidad. Esa democracia reduce la diferencia a un ornamento multicultural o a una identidad de mercado.

Las pedagogías feministas son *pedagogías de la disidencia* que le apuestan a otros caminos posibles, a presentes comunes no regidos por la imposición de una moral hegemónica o un proyecto preestablecido de formación. El feminismo te enseña a hacer alianzas y a explorar conexiones apasionantes más allá de las fronteras, más allá de los currículos, más allá de lo que nos es permitido conocer. Son pedagogías comprometidas con el devenir y con los conflictos inherentes a la textura de la vida. Estas pedagogías travestis que intento describir sintonizan con la bella lectura que hace Rita Laura Segato de la politicidad feminista:

> No es utópica sino tópica, pragmática y orientada por las contingencias y no principista en su moralidad. Próxima y no burocrática, investida en el proceso más que en el producto. El proceso es más importante que el producto y, sobre todo, solucionadora de problemas y preservadora de la vida, aquí y ahora (Segato, 2018).

Quiero entender la pedagogía feminista y travesti que encarno, como un proyecto de destitución del dispositivo de la promesa (Flores, 2018: 175); es decir, al plantear un compromiso y una responsabilidad con el tejido cotidiano de la vida, estas pedagogías desmontan las retóricas de la transformación que privilegian la educación para un futuro, para una meta, para un objetivo. Desmontan la imposición arbitraria de proyectos vitales que buscan fabricar hombres, mujeres, trabajadores, ciudadanos, revolucionarios...: estas promesas pedagógicas hacen del otro un sujeto a ser formado para un futuro que no le es propio.

La pedagogía feminista es desasosegante, pues, más que apostarle a las grandes transformaciones y a las retóricas «salvadoras», opta por la micropolítica y la generación de experiencias educativas que imprimirán nuevos sentidos en el mundo, otras comprensiones de los cuerpos de conocimiento y de los conocimientos sobre los cuerpos. Es una pedagogía que actúa como una pregunta incesante

y un cuestionamiento incansable de las violencias, las normalizaciones y los silenciamientos. La pedagogía feminista nos susurra: antes que una pedagogía salvadora, lo que necesitamos es un cuidado comprometido.

Esto de no prometer en la práctica pedagógica, se lo debo a las trabajadoras sexuales del barrio Santa Fe en el centro de Bogotá, donde hace dos años acompaño proyectos de educación popular y sus procesos organizativos[5]. El Estado entiende la educación de las trabajadoras sexuales como una educación salvadora, pensada para el supuesto rescate de sus subjetividades desviadas. Mi conflicto con esta postura es que la educación que para ellas ofrece el Distrito Capital es una promesa para «limpiarlas» y convertirlas en «mujeres decentes y productivas». Como maestra feminista, entré en choque con estas técnicas de normalización que están ancladas a visiones higienistas y a modelos moralizadores de la sexualidad que infantilizan a las trabajadoras sexuales. Si bien hay muchas mujeres que desean abandonar el trabajo sexual, este asunto no debería ser el objeto central de una práctica educativa emancipadora. Aquí, la educación popular feminista me enseñó a comprender que la educación como práctica de libertad estimula la autonomía, la autodefinición y la autodeterminación del cuerpo y los placeres.

La pedagogía feminista y travesti que he construido parada en las esquinas con las compañeras trabajadoras sexuales enfatiza en la importancia de cuestionar aquellos saberes que producen ignorancia y desconocimiento de tu propia historia y de tu propia sexualidad. Recuerdo cómo algunos maestros y maestras contratados por el Distrito sentían físico pavor al decir «trabajo sexual» o «prostitución», porque consideraban que la referencia a este mundo interfería con el proceso educativo de las trabajadoras sexuales. Un gesto ridículo de las pedagogías de la promesa: educan sin tomar en cuenta las vidas, experiencias y sentires de los sujetos que en ella se involucran. Una educación sin contexto, una educación no situada, es una educación funcional para la domesticación.

Las mujeres trabajadoras sexuales del barrio Santa Fe me dejaron ver su cansancio ante las promesas. No quieren salvaciones, talleres o industrias del rescate. Algunas buscan tan solo sentirse reconocidas y validadas. Otras quieren

5. Le agradezco mucho a las estudiantes y maestras de la línea de investigación en «Género, identidad y acción colectiva» y al grupo de «Práctica pedagógica II» de la Licenciatura en Educación Comunitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, por sus aportes y por las sinergias que nos han permitido construir, junto a las trabajadoras sexuales, una educación emancipadora, puta y feminista.

una educación que, más allá de enseñarles álgebra o español, les muestre cómo fortalecer su autoestima y confianza en sí mismas. Muchas rechazan los modelos educativos que proponen salvarlas para insertarlas en el mercado de trabajo explotador y anhelan una experiencia de formación que construya comunidad, que las proteja de las violencias y que haga audibles sus voces. Ser una educadora feminista es preocuparse y hacer cosas para que nuestras estudiantes encuentren una voz propia.

Las putas, como algunas se autodenominan, me han enseñado la importancia de hacer del placer, el erotismo y la curiosidad motores esenciales para activar el pensamiento crítico. En este proceso, bailamos, jugamos, cantamos y movemos el cuerpo para desempupitrarnos de las disciplinas corporales y los discursos normativos (y aburridos) del saber. Una posible didáctica feminista privilegia el aprendizaje sensorial mediante el cuerpo y, es desde allí, desde su reconocimiento, movimiento y vivencia, que articula críticas al mundo y engendra conocimientos de lucha, de conexión y sanación. Cuando hago pedagogía feminista, estoy pensando en sanar las heridas producidas por el sexismo y la heterosexualidad obligatoria en nuestras historias y en nuestra piel. Se trata de reconocer que estas heridas no son solo individuales, sino que nos conectan, nos unen, nos reflejan. Conocer es no solo objetivar y racionalizar el mundo, es también tocarlo, dejarse afectar por él y afectar a otros para producir cambios en las formas hegemónicas de percibir y de percibirnos.

Ahora, ser una maestra feminista no debe confundirse con hacer del cuidado del mundo una tarea altruista o un sacrificio al que todas deberíamos aspirar. No. Como bien señala Lopes Louro, nuestra tarea consiste, también, en denunciar aquellos discursos que romantizan el trabajo de cuidado que hacen las maestras. Es una denuncia a los aparatos de captura que buscan encerrar a las maestras feministas en una especie de «'feminismo de la buena muchacha': una profesora que sería, de cierta manera, desexualizada y reacondicionada como un sujeto maternal nutridor» (Lopes Louro, 2003: 118).

Nuestras relaciones con el cuidado no son ingenuas e inocentes. Cuidar y autocuidarte es algo que también tiene que ver con la desconexión. «No podemos mostrar cuidado hacia todo, no todo cuenta en un mundo; en un mundo, no todo importa, igual que no hay vida sin muerte.» (Puig de la Bellacasa, 2017). A veces, necesitamos romper relaciones para seguir viviendo, poner distancia para poder respirar y, con frecuencia, tenemos que limitar nuestras alianzas, ya que no todas ellas resultan

enriquecedoras o estimulantes. En ocasiones, algunas pueden ser desgastantes y pesadas. Las feministas denunciamos la explotación del trabajo del cuidado en todos los ámbitos y esto significa, en la educación, denunciar la sobrecarga de trabajo material y emocional al que se ven abocadas, en su mayoría, las maestras.

Denunciamos los estereotipos de género que contribuyen a desprofesionalizar el trabajo de las profesoras, pues reducen sus habilidades y saberes en educación a supuestos rasgos esenciales de la feminidad. Mis estudiantes, en su mayoría mujeres de los programas de educación infantil y educación especial, me han hecho caer en cuenta de cómo hay un desprecio hacia su labor en los circuitos del activismo de izquierda. Hay una gran ignorancia sobre dichas profesiones. Estas maestras hacen un trabajo gigante que aporta a la economía nacional y al bienestar colectivo y lo hacen por medio de sus saberes especializados en los campos del cuidado y la pedagogía. Ellas inciden en los procesos fundamentales de socialización primaria y posibilitan el acceso a la ciudadanía de aquellos cuerpos que excluye el sistema capacitista.

Ser maestra feminista es luchar por el reconocimiento de las maestras: por tus compañeras. Es darle importancia a estos trabajos que están involucrados con el sostenimiento de la vida y con el crecimiento físico, intelectual y espiritual de las infancias y la juventud. Ya Pablo Freire (1993) lo había advertido con mucha claridad en una de sus cartas a quien pretende enseñar. El dijo: «La identificación de la maestra con la tía [es una trampa], (...) equivale casi a proclamar que las maestras, como buenas tías, no deben pelear, no deben rebelarse, no deben hacer huelgas» (Freire, 1993: 28).

Cuando el feminismo inocula tu identidad docente, rompes con el molde de la «buena muchacha», con la figura de la tía y asumes tu profesión como un lugar político que busca tensionar, arruinar, amargar y fastidiar el sueño capitalista patriarcal de un mundo abnegado ante la explotación. De repente, te ves a ti misma como una provocadora, como una sujeta insolente y voluntariosa que lucha a contracorriente; por un lado, para desmontar la primacía masculina en el campo académico; por el otro, para desestabilizar la cultura burocrática y jerarquizadora de la universidad, con el propósito de que se puedan resolver con efectividad los problemas, que se escuchen las voces silenciadas y que se ponga fin el maltrato institucional.

Mis colegas feministas de la Universidad Pedagógica Nacional me han mostrado que para sobrevivir en el campo académico, de nada te sirve ser anodina,

discreta y recatada. Podrán decir que las maestras feministas somos peleonas y es probable, pero, en el fondo, lo que buscamos con esta actitud es que se escuche nuestra voz en los sindicatos docentes, que se respeten nuestros derechos labores y se acabe con la precarización. Maestra feminista es igual a asumir una incansable lucha contra las injusticias de clase, género, raza y sexualidad en el mundo cotidiano y el de la academia. Significa visibilizar el acoso y la violencia sexual en los planteles educativos y cuestionar la estructura desigual de prestigio que suele encumbrar a los hombres en posiciones de audibilidad y poder. La pedagogía feminista nos recalca con insistencia que sin despatriarcalizar, no será posible alcanzar una universidad pública, gratuita y universal.

Nuestra voluntariosa actitud de transformación nos lleva a empujar los paradigmas hegemónicos del saber. Como maestra feminista, insisto en posicionar los temas de género y sexualidad como elementos claves para comprender el campo de la educación y las violencias contemporáneas que estructuran el capitalismo moderno, colonial y rapiñador en el que estamos inmersas. Aquí entiendo que es importante construir teorías y perspectivas analíticas no excluyentes, abiertas a la contradicción y comprometidas con hacer visibles elementos que, según nuestra percepción, parecen invisibles o inexistentes.

Hacerme una profesora feminista me hizo tomar en serio la importancia de comprender que las violencias no están jerarquizadas y que no existen unas opresiones más fuertes que otras. Empleo en mis trabajos las baterías teóricas, prácticas y políticas de la interseccionalidad como una herencia de los feminismos negros y de mujeres de color para entender que las injusticias sociales, las necropolíticas, la depredación de la naturaleza, el conflicto armado y la privatización de la educación, entre otros temas, son asuntos políticos estructurados por complejas tramas imbricadas de género, raza, clase y sexualidad.

Cuando miras a través de los lentes de la interseccionalidad, comprendes que los sistemas de dominación no son separables, se constituyen mutuamente y operan de forma consubstancial. Es decir, las luchas por la justicia social han de ser luchas interseccionales, de alianzas e identificaciones estratégicas entre movimientos sociales y no parceladas por la defensa de una identidad-terruño (Viveros, 2016). Hacerte feminista es abogar por lo común sin borrar lo particular y viceversa, reivindicar lo particular sin olvidar lo universal.

En un tiempo político convulsionado como el presente, en el que reinan la rapiña capitalista, el despojo, la guerra extendida y paraestatal, la exacerbación de feminicidios, la destrucción de los ecosistemas, el cierre de fronteras, la precarización del trabajo y un robusto fortalecimiento de los nacionalismos y los fundamentalismos religiosos, las pedagogías feministas nos estimulan a hacer nuevas lecturas de los problemas sociales, con el ánimo de arriesgar otras formas de actuar y de construir comunidades de resistencia.

Como pedagoga feminista, busco hacer conexiones entre categorías y sistemas aparentemente separados, para tratar de entender cómo el entrelazamiento de opresiones afecta la vida colectiva, especialmente, la vida de las mujeres y de las personas con orientaciones sexuales e identidades de género no hegemónicas. En los últimos años, la crítica feminista latinoamericana ha remarcado la urgencia de entender que la expansión rapiñadora del capitalismo colonial contemporáneo no se puede desligar de la configuración de una subjetividad específica que sirve de gancho de dicho modelo económico. El feminismo te enseña a ver que las estructuras de poder se hacen carne, se hacen subjetividad y espacio.

La cultura rapiñadora del capitalismo está íntimamente vinculada con la producción de identidades de género tóxicas, como la masculinidad guerrera, que ha servido como una estructura de personalidad que distribuye en los espacios domésticos y públicos cruentas violencias que son funcionales al capitalismo (Segato, 2018). En este truculento juego, el capitalismo neoliberal ha minado la seguridad del trabajo como estandarte de la posición masculina y, en él, los hombres se han visto progresivamente socavados en su lugar de poder. Tenemos que sumarle a eso que los movimientos feministas y los sectores LGBT han contribuido a cuestionar de manera pública las viejas ataduras de la dominación masculina, un desafío directo al orden social heterosexual y androcéntrico.

El edificio del poder capitalista requiere consolidar una masculinidad conservadora, hegemónica y heterocentrada para poder sostenerse. En América Latina, estamos enfrentando la emergencia de un fundamentalismo religioso evangélico que ha sido potable a los intereses del neoliberalismo. Por medio del llamado discurso de la «ideología de género», la derecha conservadora, religiosa y patriarcal ha querido frenar los avances en materia de reconocimiento de derechos de las mujeres y de los sectores LGBT; desacreditar los aportes del feminismo, disciplinar el cuerpo de la niñez y generar la ilusión de restitución del poder masculino sobre

las mujeres y las comunidades. En Colombia, el asunto de la «ideología de género» logró sabotear el acuerdo de finalización del conflicto firmado entre el Estado colombiano y la guerrilla Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)[6].

Las personas trans sabemos muy bien cómo opera la masculinidad cruel, guerrera y despiadada. Este sistema capitalista, heterocentrado y binario nos mata de manera sistemática y con nuestra sangre están manchadas las manos de los jerarcas de la iglesia, las manos de nuestras familias y de muchos maestros, jueces y policías. En Brasil, a comienzos de 2019, un hombre le arrancó el corazón a una mujer trans en la ciudad de Campinas y justificó su horrendo crimen diciendo que su víctima era un «demonio»[7]. ¿Cómo podemos hacerle frente a la barbarie de este sistema y a sus políticas de muerte?, ¿cómo podemos contribuir las maestras feministas a desmontar estas masculinidades guerreras por medio de nuestro trabajo pedagógico?, ¿cómo podemos hacer entender a la izquierda más reacia que intervenir los discursos de género es fundamental para encontrar alternativas al orden capitalista actual?, ¿de qué formas se están articulando pedagogías para la vida en las organizaciones feministas, LGBT y de mujeres en nuestros países latinoamericanos?

Estas preguntas me zumban en la cabeza y lo primero que atino a decir es que, en estos momentos, tenemos que radicalizar nuestro voluntarioso trabajo disidente en la escuela, en la calle, la universidad y la comunidad. Tenemos que insistir en que, al cuestionar las relaciones de género y sexualidad en la educación, nuestro trabajo se convierte en un ejercicio de protección de la vida. Necesitamos insistir en una educación feminista y antinormativa que nos permita protegernos de las violencias del Estado y de la exacerbación de la barbarie feminicida y transfóbica. Hacer pedagogías feministas es crear espacios para reinventarnos individual y colectivamente; quizás, como plantea la travesti argentina Susy Shock, tendremos que reclamar el deseo de no querer ser más esta humanidad.

Como maestras y maestros comprometidos con la justicia social y la transformación, debemos desterrar de nuestras prácticas y discursos pedagógicos aquellos lenguajes que niegan la existencia de la diferencia, las miradas que reproducen el código binario normal/anormal y, sobre todo, romper con la

6. Para ampliar la afectación de la llamada «ideología de género» en el proceso de paz en Colombia, revisar el trabajo de Camila Esguerra Muelle (2017).
7. Noticia disponible en: https://www.catalunyapress.es/texto-diario/mostrar/1306511/chico-20-anos-arranca-corazon-travesti-considerarlo-demonio

hegemonía del pensamiento heterosexual y abrazarnos mucho para que podamos hacer posibles otras vidas, nuestras vidas.

Debemos hacer un trabajo sensorial y de base comunitaria. Necesitamos desanestesiar nuestra sensibilidad, ya que el capitalismo y sus valores de competencia, crueldad, falta de empatía con el otro y virilidad exacerbada nos han convertido en cadáveres fríos incapaces de conectar con el dolor de los demás.

Nuestras prácticas pedagógicas pueden orientarse a romper las «pedagogías de la crueldad» que aprendemos en la televisión y en el internet, donde se normaliza el exterminio del otro y se espectacularíza el sufrimiento (Segato, 2018). Podemos actuar construyendo pedagogías afectivas, cuidadosas y abiertas al reconocimiento del dolor, pues, allí reside un enorme potencial para acabar con las violencias, con las guerras, con la consumición del otro. Quizás el feminismo en educación es una ética del duelo con la que podemos aprender a cuidar de la vida de todas y de todos y a sentir que las muertes y las discriminaciones ajenas nos afectan, nos minan. La pedagogía feminista nos enseña a sentir que *yo soy otra tú*.

Deborah Britzman (2001) apunta la importancia de convertir el espacio educativo en un lugar para la imaginación, para vivir la sexualidad con libertad y sin miedo. El «dominio imaginario» es un terreno fundamental para oponernos a la domesticación y al control del orden patriarcal neoliberal. Cuando estimulamos la construcción propia de la sexualidad y el conocimiento de nuestros cuerpos, estimulamos la curiosidad y la voluntad de ejercer nuestro derecho a la autodeterminación. Cuando creamos condiciones para ejercer la libertad sexual, enseñamos a cuestionar el orden social. La escritora colombiana Marvel Moreno lo enunció hermosamente en una de sus últimas entrevistas:

> El poder trata de infantilizar a los seres humanos, haciéndolos sentir culpables de su sexualidad, para que se conviertan en unos ovejos (...). La privación de la sexualidad por parte del poder se vuelca en contra de la sociedad; siempre nos han querido reducir así. Luchar para recuperarla es necesario para poder afirmarse en el mundo (Moreno, 2018).

Cierro con esto. Las pedagogías feministas que aquí he descrito como mi experiencia, mi aprendizaje, mi taconeo por la vida, me han servido para afirmarme en el mundo. Para no sentir vergüenza, para sanar muchas heridas, para no perder el impulso, para reírme en la cara de los odiosos y para celebrar mi existencia.

Soy afortunada por haberme encontrado con el feminismo: me salvó la vida. El feminismo me conectó con otras para luchar colectivamente y para enseñar con la esperanza radical de que, por medio de alianzas, podemos hacer de este mundo un lugar menos doloroso. Por cierto, debo decir, también, que el feminismo, para ser feminismo, ha de ser inexorablemente antitransfóbico y excluir de sus bases cualquier ideología de odio que prive a las personas trans de ser parte de esta lucha.

El feminismo es una praxis que le apuesta a hacer del mundo un lugar más placentero, más comprometido con el cuidado de la vida y la naturaleza. Este es mi compromiso, este es mi camino, el camino de una vida como maestra travesti feminista.

Bibliografía

Ahmed, S. (2018). *Vivir uma vida feminista.* Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Anzaldúa, G. (2002). Now Let Us Shift...The Path of Conocimiento...Inner Work, Public Acts. En G. Anzaldúa y A. Keating (comps.). *This bridge we call home. Radical visions for transformation* (pp. 540-578). Nueva York: Routledge.

Britzman, D. (2001). *Curiosidad, sexualidad y curriculum.* Consultado en http://latin.sysprop.net/latintraining/punto/biblio/CSEX/Britzman.pdf

Connell, R. (2012). Transsexual Women and Feminist Thought: Toward New Understanding and New Politics. *Signs*, 37, 4, Sex: A Thematic Issue (Summer 2012), pp. 857-881.

Esguerra, C. (2017). Cómo hacer necropolíticas en casa: Ideología de género y acuerdos de paz en Colombia. *Sex., Salud Soc.* (Rio J.) 27, pp.172-198. Online.

Flores, V. (2018). *Tropismos de la disidencia*. Buenos Aires: Palinodia.

Freire, P. (1993). *Cartas a quien pretende enseñar.* México: Siglo XXI editores.

García, A. (2010). *Tacones, hormonas, siliconas. Teorías feministas y experiencias trans en Bogotá.* Tesis de Maestría para optar al Título de Magíster en Estudios de Género. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

hooks, b. (1994). *Teaching to transgress. Education as The Practice Of Freedom*. New York: Routledge.

Haraway, D. (1991). *Ciencias, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza.* Madrid: Cátedra.

Lopes, G. (2003). *Gênero, sexualidade e educação. Uma perspectiva pós-estruturalista*. Petrópolis, Rio de Janeiro: Editora Vozes.

Mohanty, C. (2003). *Feminism without Borders. Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Durham & London: Duke University Press.

Moreno, M. (2018, 18 de junio). Una entrevista inédita de 1998 con Marvel Moreno. *Revista Arcadia*. Consultado en https://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/entrevista-inedita-con-marvel-moreno-fabio-rodriguez-literatura-colombiana-sexualidad/69660?fbclid=iwar0yffsdxdd-4avzhm57o-d543e1rlt8qiacjdxpwjgbfrpdonc0ugwjnbea

Mouffe, C. (2010). *Política agonística en un mundo multipolar*. Barcelona: Editorial Bellaterra.

Puig de la Bellacasa, M. (2017). *Pensar con cuidado*. Consultado en http://editorialconcreta.org/_Maria-Puig-de-la-Bellacasa_

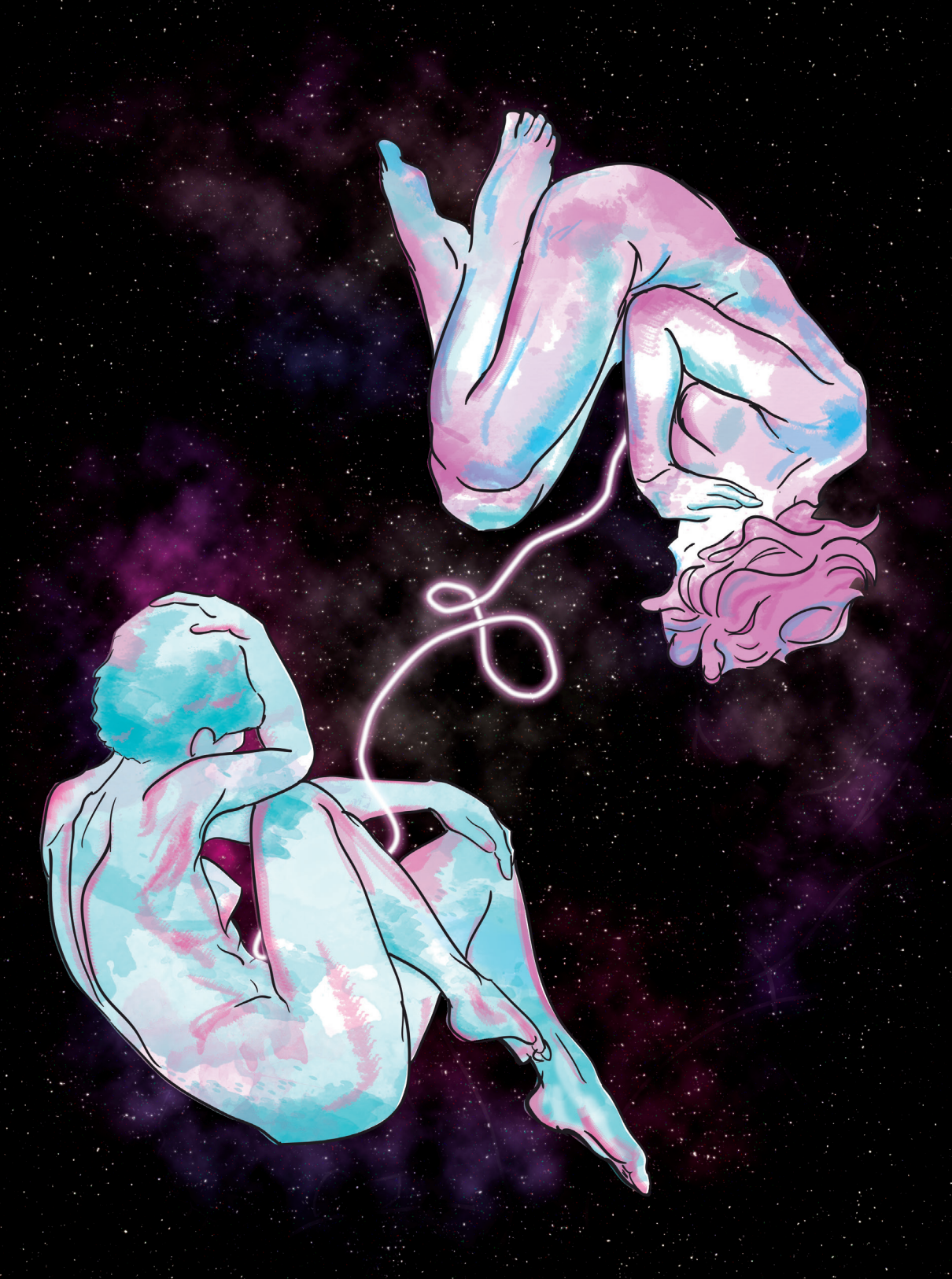
Segato, R. [L]. (2018, 22 de noviembre). Rita Segato en foro Clacso 2018. Archivo de video. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=e_b7TC1Jbto

Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. En *Debate Feminista* 52, 1-17.

ALANIS BELLO RAMÍREZ

Socióloga, Mágister en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Pedagoga trans e investigadora en temas de memoria y conflicto armado.
Docente de la Licenciatura en Ciencias Sociales, de la Universidad Pedagógica Nacional y estudiante del Doctorado en Educación de la Universidade de São Paulo, Brasil.

alanisupn@gmail.com



– ANA LUISA MUÑOZ ORTIZ –

MEMORIAS DE UN NACIMIENTO

Amelia, escritora cartagenera que vive en Nueva York, intenta buscar su lugar en el mundo fuera de los modelos femeninos que la sociedad le ha impuesto. La relación con su madre, en los últimos años, no ha sido buena. La distancia entre ambas ha mermado el ardor de sus enfrentamientos, pero no la frialdad de sus encuentros. Una noche, su madre llama y una conversación inesperada cambia el curso de su vínculo existencial, mientras comparten la historia de una vida acumulada alrededor de un padre violento.

***

La Casa está vacía. Llena de símbolos, pero abandonada. Estoy situada frente al espejo empañado que está en el baño. Sobre las manchas del cristal, está mi imagen enclavada: desnuda y empapada de sudor. Mi pelo cae ondoso sobre mis hombros y se alza en órbita alrededor de mi cabeza; es tan oscuro como la noche, pero, cuando la luz se refleja en él, aparecen hebras de colores rojo, naranja y amarillo. Es una melena selvática que parece el sol de África traído hasta América.

Estoy inmóvil, mis ojos miran la oquedad de los ojos reflejados en el espejo, tengo la sensación de que aquello que veo no existe o que yo todavía no me invento. Siento soñar mientras miro, y no mirar, en realidad. Por un momento, levanto mis brazos y cubro con ambas manos mis tetas triangulares, las apretujo hacia

arriba para hacer la ilusión de que tengo más de lo que veo; son tan pequeñas que parece que todavía no florecen. En el pasado, los hombres solían compararlas con dos limones criollos, tan diminutos que, al exprimirlos, se sabía que estaban secos.

Una vez, ardiente de deseo, le pregunté al hombre con el que estaba por qué no las besaba; él, entre el parpadeo fugaz de sus ojos y palabras vacilantes, me dijo: «Porque no son jugosas. Es como chupar dos teclas». Después, eyaculó y apartó su cuerpo del mío casi de inmediato. Yo me congelé, clavé mis ojos en él y me quedé extendida sobre la cama, esperando a que me devolviera el placer; pero, a cambio, al tiempo que se ponía de pie y me daba la espalda, dijo: «Lo siento que fue tan rápido, pero necesitaba liberar». Sus palabras me tocaron; es más, me han alcanzado hasta hoy. Me lavo la cara con agua fría, hago una mueca de rechazo con la boca cuando me encuentro de nuevo ante el espejo, agacho la cabeza y me seco el rostro con la toalla. Me miro una vez más, ahora de perfil; ahí está mi panza, me descoloca, me espicho, se me corta el aire y con mis manos, estiro hacia mi pelvis la piel que sobra en mi abdomen bajo. Imagino que no está. ¡La odio!—digo. Lo que siento es una especie de deseo inalcanzable, tengo una diminuta curvatura que parece un embarazo de dos meses; no se quita por más abdominales que haga, ni por mucho que deje de comer.

Sé que el silencio es soberano de mi cuerpo: siento miedo y culpa todo el tiempo.

Mi reflejo permanece en el espejo. En el centro de mi cuerpo se ha abierto un agujero del tamaño de una bala. ¿Soy yo? —Me pregunto—. Miro con detenimiento mi figura: mi piel está desbordada en rollos de carne, me veo flácida y curvilínea. ¡Estoy rechoncha!—declaro. Asomo la cabeza sobre el mostrador para divisar mejor el agujero; lo veo. Más adentro del agujero, mi imagen se repite, turbia e imprecisa, con mi tamaño duplicado; por fuera de la imagen, está La Casa: mi cuerpo.

El estómago me cruje, no he comido más que el desayuno. Tengo hambre y sed. Ya son las siete de la noche, me pregunto a qué horas se me ha empezado a gastar el día. Vivo en una constante lucidez amarilla, siempre tengo sueño.

Reviso mi teléfono, mi madre todavía no contesta mi mensaje, estoy a la espera de su llamada, hace mucho tiempo que no hablo con ella. Entro a Instagram, veo la foto de una modelo brasileña cabello negro, largo y sedoso, detallo su cuerpo, dejo mi celular sobre la cómoda del baño, me visto y me recojo el pelo.

Tenía apenas diez años cuando empecé a sufrir acoso en el colegio, por machorra, por pelo rucho y por gorda. En mi hogar, mi madre lidiaba consigo misma, con los hijos, con el trabajo y con mi padre. Cuando comíamos en familia, recuerdo, mi papá solía mirarme fijamente, empuñaba la boca y la hacía sonar como un cerdo; después, se reía. Mi madre, embravecida, lo insultaba a gritos. Yo corría de nuevo a mi habitación y escribía. Todo me parecía un modelo sistemático, una especie de empresa montada por los hombres. No concebía la idea de sentirme obligada a ser bella, a tener que ser imagen.

***

Mi teléfono suena, es mi madre, le contesto. Ella vive en Cartagena y yo, en Nueva York. Mi madre está sentada en la cama que se encuentra en donde hace dos años era mi habitación. Yo, en la silla acrílica, frente al escritorio que está al lado del ventanal que da al patio trasero del edifico donde resido. Ella tiene 50 años y yo 24. En los últimos años, nuestra relación no ha sido buena, ambas lidiamos, a nuestra manera, la una con la otra. Aun así, desde que me fui de casa, la distancia nos ha ayudado a mermar nuestros enfrentamientos y a buscarnos solo cuando es realmente necesario. Mi madre me mira fijamente a través de la pantalla y me pregunta:

—¿Qué más, nena?

Siempre empieza la conversación con la misma pregunta.

—Nada, mami. Aquí...

Siempre le doy la misma respuesta. Ambas sabemos que ese «nada» es una barrera de distanciamiento. «Nada» es la respuesta que espera, pero no la que quiere. Lo veo en su cara, nunca ha sabido cómo sacar las palabras de mi boca.

En nuestra experiencia entre madre e hija, jamás hemos podido mirarnos como pares, ni como seres individuales. Mi singularidad representaba para ella libertinaje, no independencia. Siempre la he visto como una madre autoritaria, vigilante del camino y hacedora de voluntades. Desde niña, hasta ya avanzada en mi adolescencia, sus gritos me paralizaban hasta la sangre, su voz llegaba con claridad a cada espacio de la casa y la llenaba de un aire espeso. Después, el resto del día se convertía en una densa tensión familiar; si yo le hablaba, me ignoraba.

Cuando mi madre me regañaba, lo hacía tan alto que aquellos que estaban en la calle dejaban el camino y se asomaban. Yo salía y ya el mundo se había enterado de lo que me pasaba. Nunca me dejó ejercer, tampoco le di la pelea para hacerlo. Le tenía miedo. Era tan feroz y tosca que llegué a pensar que su voz era más poderosa que la mía. Para mi madre, sin ella darse cuenta, yo me convertí en la hija subordinada, obediente de los mandatos de su gobierno. Jamás pude decirle que no, ni una sola vez. Si lo hubiese hecho, me habría obligado.

Aquello nos hizo muy infelices; ella quería forzar nuestro lazo familiar, elevándolo a un grado de unidad inseparable en la que ella era la única persona sobre la faz de la Tierra en la que debía confiar; yo, silenciada en todos los aspectos de mi vida, pensaba que la mínima cantidad de información que le diera sobre mí podría convertirse en el arma con la que me fusilaría.

A veces, cuando estábamos solas, ella dejaba lo que estuviese haciendo o soltaba cualquier cosa que tuviese en sus manos y me embestía.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué ya no me hablas? ¿Qué es lo que pasa por tu mente?— Me preguntaba con insistencia.

Mis ojos se expandían fijos en dirección a ella, me embobaba y atemorizaba, las manos me empezaban a sudar, mi pecho se hundía y en la garganta se me formaba un nudo que no podía tragar, ni vomitar. No sabía cómo contestarle, mucho menos, que podía hacerlo. La desconfianza era el condimento esencial de nuestra relación y con él, durante años, también se aderezó el miedo. Yo tenía miedo de mi madre; de su furia, de sus palabras, de su voz imperiosa, de lo que sea que podía pasarme si me abalanzaba contra ella. Y mi madre tenía miedo de mí; de mi silencio, de mi abandono, de mi rechazo, de que yo fuera lo que ella no esperaba. Desde entonces, mi respuesta siempre ha sido la nada. Mi madre, inconforme por ello, se volvía contra mí y lanzaba estas palabras: «Todo lo tuyo es un misterio. Todo lo haces a escondidas. El que todo lo hace a escondidas, es porque algo malo está haciendo».

En ocasiones, cuando yo intentaba responder a sus preguntas para reducir la distancia entre nosotras, ella me interrumpía con un reproche, replicaba de inmediato a mis explicaciones, luego se sentía acusada por mis palabras y su rabia se convertía en tristeza, en absoluto desencanto por lo que vivía. Después, el silencio

llegaba de nuevo y la tensión se acumulaba en el lugar que compartíamos. Me condenaba: era yo quien la atacaba, era yo la que no entendía que nadie se sacrificaría por mí como ella lo hacía, era yo en contra de ella, como los otros.

***

—¿Qué has hecho, nena? —Vuelve a preguntarme, expectante con mi repuesta.

Sé que ella intenta mantener la fluidez de la conversación, pero se percata que, una vez más, se ha instalado entre nosotras la muralla que nos ha separado desde siempre.

—He estado escribiendo sobre mujeres que han perdido a sus hijos. Tuve la idea, hace algunos días, de escribir la historia de la muerte de mi tío Antonio, sé que afectó a todas las mujeres de la familia, en especial a su madre, a mi abuela y a ti. Pienso entrevistarlas —le respondo, intentando aliviar su afán.

Ella hace un gesto impreciso y pregunta:

—¿Tiene que ser el relato de cómo vive la muerte un grupo de mujeres, así como nosotras, que somos muchas y sentimos el fallecimiento de alguien de la familia, o puedes también escribir sobre otro acontecimiento que haya sido de gran impacto para una mujer?

Cuando la escucho, pienso, inmediatamente, que no sé a qué lugar quiere dirigirme en la conversación. Estoy atenta, me quedo en silencio y ella continúa:

—Porque, si se trata de relatar el significado de lo que ha tenido que vivir una mujer a través del tiempo, por ser mujer, hay otras cosas que, en mi experiencia, me impactaron bastante. ¿Sabes? —hace una pausa—. Yo estuve a punto de perderte, te desprendiste de mi vientre por las acciones de un hombre. Fue una amenaza de aborto —afirma.

Su voz es sugestiva y pausada, habla casi para sí misma; su rostro luce entristecido y apocado, está abatida. Al instante, pienso que me ha hecho la pregunta con tanta calidez y, al mismo tiempo, con una tranquilidad tan agobiante, que lo que provoco en mí, sin quererlo, fue una sonrisa nerviosa. No me esperaba aquella respuesta. Sé, entre líneas, que mi madre me está haciendo una petición. Quiere que la escuche. Me siento revuelta. Aquel punto de inflexión en el que me he acomodado al iniciar la conversación es ahora una ardorosa llaga

que hierve en mí. No es la primera vez que escucho la historia. En el pasado, cuando mi padre no estaba presente, ella solía llevarme a algún lugar de la casa, donde nadie podía escucharnos, ahí comenzaba a contarme su relato, parte por parte, detalle por detalle, sentimiento por sentimiento. A mí, todavía, me tomaba tiempo entender las cosas en su totalidad. Me quedaba atónita mientras veía sus ojos llenarse de lágrimas. Sus manos iban de la cabeza al pecho y del pecho a mis manos; cuando las palpaba, yo despertaba del desconcierto aterrorizada, pero no me aferraba a la suyas tanto como ella a las mías. En cambio, más adentro de mí nacía la duda, sus intenciones me eran inabarcables; sin embargo, la conversación era una realidad de la que no podía escapar. Cada vez que oía la historia, suponía que aquello estaba por fuera de los márgenes de mi propia existencia, pero todavía su voz hacía mella en mí. Yo caía en un hueco negro, podía sentir un zoológico entero atravesando mi cuerpo, la rabia me sobrepasaba y luego se traducía en un odio salvaje en contra de mi padre.

Mi madre, cada vez, concluía la historia con las mismas palabras: «Amelia, tú y yo somos dueñas de un vínculo inseparable, no solo porque eres mi hija y yo tu madre, sino porque estamos conectadas por nuestra historia». Las veces que la escuché, jamás le hice una pregunta; lo mío fue siempre la extrema reserva de mis pensamientos; no me parecía ilógico que, al verse ella a punto de perder la conexión con su hija, quisiera utilizar como único recurso de salvación maternal una historia que yo hubiese preferido nunca saber.

Yo tenía ocho años la primera vez que mi madre me contó que mi papá la contagió con una enfermedad de transmisión sexual, lo que le provocó un aborto en curso durante mi embarazo. Era 1996, mi madre le había pedido a mi padre tener un segundo hijo, pero él, en una declaración rotunda le respondió: «¿Yo tener otro hijo contigo? ¡Estarás loca! Yo contigo no quiero tener más hijos. ¡Búscate quién te lo haga!». Ella, que no aceptó su respuesta, hizo sacarse el implante anticonceptivo del brazo, sin contárselo. Una noche, mientras mi papá estaba borracho, tuvieron sexo y ella quedó embarazada. Cuando se lo contó a mi padre, él, inseguro de su paternidad, preguntó: «¿¡Cómo así que estás embarazada!?¿Cuándo fue la última vez que estuviste conmigo?». Mi mamá, arrebatada por la furia, le contestó: «tú verás si me crees o no, pero estoy embarazada y lo voy a tener».

Mi madre amaba a mi padre. Lo amaba tanto que el amor la sobrepasaba; aún más, creía que la emancipaba: el deseo por él y su convicción de ser una buena mujer que podía convertir a un mal hombre, mujeriego, maltratador y egoísta en

un hombre ejemplar, renovado y entregado a la paridad doméstica, la había llevado a sobrevivir, por años, en medio de un campo de batalla repleto de minas antipersonas que, desde luego, explosionaron todas sobre ella. Mi padre, desde mucho antes del nacimiento de mi hermana mayor, en 1990, actuaba con dualidad: era un hombre de día, dentro del hogar; y otro de noche, en la calle, a quien mi madre desconocía por completo. Él trabajaba como barman y administrador en un bar de la Ciudad Vieja, en Cartagena; el dinero, el alcohol, las prostitutas y las orgias eran la experiencia más próxima que tenía, el despertar de una cotidianidad escondida bajo la síntesis de la moralidad y el sentido común social de un «hombre de familia». La noche, para mi padre —lo supe porque lo vi durante mi infancia—, era una especie de universo paralelo en donde él podía, en amplitud de derechos viriles, ser el macho poseedor, dominante del espacio público y de las mujeres que allí transitaban.

Una vez —eso me contó mi madre—, mientras ella estaba embarazada de mi hermana, mi padre salió de casa desde muy temprano y no volvió. Mi madre, angustiada por su ausencia y la madrugada que caía sobre ella, lo buscó por calles y hospitales; como no lo encontró, decidió volver a casa. En la mañana, él regresó borracho y sucio de mierda. Ambos se alzaron en cólera y discutieron. Ella le gritó, él la estrujó y la empujó sobre la cama; mi mamá, con la misma fuerza del dolor que sentía se defendió, luego se desmayó. La hospitalizaron por tres días.

Después de aquella pelea, mi madre se enteró de las aberraciones sexuales, de las manías y los vicios de mi padre; pero, ella, cautivada por el amor, lo aceptó: estaba embarazada, enamorada, sola, con un sueldo que no alcanzaba ni siquiera para sobrevivir un mes completo, con un resto de parientes que mantener y cuidar; además, recién se había mudado de la vivienda familiar de sus padres para vivir con el hombre que, creía ella, la amaría en la misma medida en que ella lo amaba.

Meses más tarde, el día en que nació mi hermana, mi madre estuvo a punto de morir cuando la bebé, todavía en la barriga, defecó. Fue un parto de urgencia y por cesárea; la anestesia epidural no hacía efecto, el tiempo corría en su contra y la niña estaba envuelta en excremento. Mientras mi madre luchaba por mantenerse viva, le hicieron un corte horizontal en su pelvis. Lo sintió todo, pero aquel dolor era una nimiedad para lo que a ella realmente le importaba: salvar a su hija. Cuando, por fin, lograron sacar y limpiar a la bebé, ella entró en crisis.

Horas después, todo había vuelto a un estado de serenidad, pero de extrema vigilancia médica. Ambos, mi padre y mi madre, pudieron ver a mi hermana por primera vez. Mi papá creyó que el ejercicio estaba hecho, dejó sola a mi mamá en el hospital y se fue de cacería a un prostíbulo en la Ciudad Vieja.

Aquellas nociones simbólicas del amor que tenía mi madre provocaron que ella legitimara los sentimientos y las acciones de mi padre, apelando a una razón cultural más profunda: «así son los hombres». Pero, obviaba, entre tanto, el hecho de que aquellas acciones caóticas estaban estructurando su vida. Él era la figura del amor, el amante, y ella la que amaba. Mi madre no poseía ningún poder fuera del que domésticamente ejercía; ella era, menos que menos, la mujer, el sujeto al servicio de él, atraída, principalmente, por el anhelo del amor. Eso implicaba que soportar y cuidar —según la falsa creencia religiosa y biológica del rol femenino—fueran los valores de ética social que ella acuñaría en su experiencia humana. Mi madre había caído en una de las tantas y peligrosas trampas del patriarcado: ella quería darlo todo por el todo, lo que significaba no admitir el fracaso, sino, más bien cambiarlo a él, para así poder vivenciar la experiencia del amor. Mi madre había pactado consigo misma convertirse en la dueña de su dueño, pero lo que vivía era, evidentemente, la experiencia del desamor. A los dos meses de mi embarazo, mi madre regresó a Cartagena después de un viaje de trabajo a Mompox; habían pasado varias semanas ya sin que mi padre la tocara. Cuando ella lo vio, quiso tumbarse desenfrenadamente al lado de él. Fue ahí cuando todo empezó.

***

Esa noche —me cuenta mi madre al teléfono—, él eyaculó dentro de mí. De pronto, sentí una picazón ardiente en mi vagina. Me levanté de la cama, fui al baño y me lavé. Pensaba que podría haberme inflamado por el viaje, las caminatas y el ajetreo del trabajo en carreteras abiertas. Era tan molesto que me acosté. En la mañana, cuando desperté, ya no solo sentía el ardor, sino también un dolor que por dentro parecía quemarme. Mi vagina estaba en fuego. No le dije nada a tu papá y me fui a trabajar así. Entre más horas pasaban, sentía una comezón y un ardor que me incomodaba. En el Ministerio de Obras Públicas, en aquel entonces, teníamos atención de servicios médicos en las mismas oficinas; yo tomé un turno para medicina general. Le conté al médico que me atendió lo que sucedió y

me dijo: «te daré la orden para que vayas enseguida al ginecólogo que te atiende usualmente porque estás en embarazo». Yo me preocupé. Ese mismo día, llamé al consultorio de Adrián Sánchez, el ginecólogo que siempre me ha atendido, y aparté una cita. Me dieron el turno de las cuatro de la tarde, pedí permiso y me fui. Cuando llegué, le detallé la historia y los síntomas. Adrián me envió al baño de su consultorio, ahí me quité la ropa y me puse la bata quirúrgica; cuando salí, me acosté en la camilla.

Ya en la camilla, Adrián me pidió que subiera las piernas y las abriera. Cuando me revisó, se pasmó. Se quitó los guantes y llevó su mano a la frente, los dedos le atravesaban el pelo. Mis labios vaginales estaban en carne viva, abultados y desbordados. Yo estaba hinchada desde adentro. Me preguntó desde hace cuánto tiempo no tenía sexo con tu papá. Él lo conoce, hemos sido amigos por años. «Tuvimos sexo ayer, después de semanas sin hacerlo», le dije. Entonces, Adrián me respondió: «¡Ese hijueputa! ¿Sabes una cosa? Cuando regreses y lo veas, le dices a ese hijueputa que te muestre, que te muestre sus partes porque él tiene que estar pringao».

Adrián me envió unas medicinas que tu papá también debía tomarse y un tratamiento para seguir. Tenía 26 años cuando pasó. Me sentía tan avergonzada y desasosegada, que todo me lo guardé. Eran cosas que no se decían. Se creía que solo a las prostitutas les daba ese tipo de enfermedades, que las mujeres del hogar no las sufríamos. Era imposible—exclama mi madre—, estábamos en el hogar.

¿Sabes? —dice—, tu abuelo alguna vez me dijo que yo estaba perdiendo mi tiempo con un hombre que no me merecía, pero, eso no lo vi. Nunca vi lo que él vio como padre.

Mi madre hace una pausa, toma aire y mira al piso; parece que los recuerdos se le han revelado ante los ojos, la veo hundirse en el pensamiento, creo que quiere decir algo, pero se detiene. Después, vuelve a rodear con las palabras sus memorias, las verbaliza. Pienso que para ella, mientras cuenta, deja de ser una evocación abstracta y la historia se va volviendo realidad.

Mi madre continúa. —Tomé un bus a casa cuando salí del consultorio. Eran las seis de la tarde, no lo olvido, comencé a llorar dentro del bus. No creo que pueda poner en palabras la emoción, era tan profunda que mira —me muestra su piel

en la pantalla—, me acabo de erizar. Yo sabía que podía salvarte, pero también que podía perderte.

— ¿Qué pasó cuándo llegaste a casa? —le pregunto.

—En donde vivíamos, teníamos una tienda; cuando pisé la entrada, le pedí que la cerrara porque necesitábamos hablar. Él no quería, pero después de cuarenta minutos me vio brava y la cerró. Subimos a la habitación. Le pedí que se quitara la ropa porque necesitaba verlo. Él, por supuesto, se negó. Además de no querer hacerlo, me trataba de loca. Para convencerlo, le conté cada cosa que había prescrito Adrián sobre el tratamiento y los cuidados que debía tener. Que me dijo que debía estar 20 días sin poder caminar, mantener las piernas arriba, apoyadas en la pared, para evitar un aborto total. Tu padre se quitó la ropa, entre reproches y abnegaciones. Ahí lo vi: tenía eczemas del tamaño de una mortadela, a lado y lado de la entrepierna; en el glande del pene, tenía erupciones llenas de materia blanca. ¡Me dio asco! Le grite y lo golpeé.

Mi madre mira al piso todo el tiempo, sobre sus hombros ha caído un peso, pero no para de contar.

—Recuerdo lo que le gritaba. «Estás pringao y me enfermaste a mí. ¿Por qué no lo evitaste, por qué no evitaste tener sexo si lo sabías?». ¿Y sabes qué me dijo? —me pregunta.

—¿Qué te dijo? —le respondo.

—Que él no quería tener nada conmigo, pero fui yo quien insistió. Él se estaba poniendo antibióticos días antes. Él sabía que lo tenía y no le importó.

—¿Alguna vez te contó cómo se infectó, mamá? —le pregunto.

Ella asintió con la cabeza.

—Fue, según él, una muchacha que había llegado a la tienda. Ellos se citaron en una residencia en el Mercado de Bazurto. Pero, nunca le creí —afirma mi madre—, todavía hoy sigo sin creerle. Siempre ha sido él y sus circunstancias.

—¿Qué pasó después? —pregunto.

Me mira fijamente a través de la cámara y frunce los labios.

—Me acosté en la misma cama con él. Él se quedó dormido y yo me quedé llorando —me respondió desconcertada.

La segunda y la tercera vez que mi madre me contó la historia, no había estado tan atenta como ahora; me doy cuenta de que cada vez que la escuché, no sabía qué, ni cómo preguntar. La diferencia entre hoy y el pasado es que soy más consciente de las vivencias femeninas, las he encarnado en mi propio cuerpo, puedo sentir lo que ella siente.

Sé que mis condiciones materiales y sociales son distintas a las de mi madre; si bien nuestras experiencias son individuales y propias, también son similares a las de cualquier otra mujer que viva en una geografía distinta. Es el género lo que nos une. No comprendí lo que significaba nadar desde su orilla, sino hasta este momento.

Esta es la cuarta vez que me la cuenta. Las palabras, ni siquiera, han cambiado en años; igual que el dolor, que sigue intacto en los ojos de mi madre. En mí, brota de nuevo el agujero, lo siento ensancharse, tiene ahora el tamaño de una pelota de beisbol; empiezo a comprender su herida.

***

Recuerdo que a mis trece años, la figura de mi padre era casi impalpable; él estaba ahí, yo veía su cuerpo, pero su presencia parecía más bien estar ausente y ser ajena a nosotras. Todo le molestaba, de todo se quejaba y siempre había alguien a quien quería matar. Un domingo por la noche, yo estaba sentada al lado de mi madre en la terraza del segundo piso de la casa y ella me escuchaba atenta mientras yo leía el último texto que había escrito. Mi padre estaba borracho, bailaba al fondo de la sala mientras comía plátanos maduros sin cocinar; de pronto, se lanzó contra mí, me arrancó el diario de las manos, lo hojeó y lo tiró de un manotazo al piso; luego, empezó a saltar sobre él mientras se mofaba y repetía: «Esto es una porquería. Esto no sirve para nada, tú no sirves para nada». Mi madre y yo nos miramos. Ambas enmudecimos, sabíamos que éramos cómplices de un sentimiento compartido. Ninguna de las dos se defendió.

Yo lo miré con profundo odio, ardía de rabia, quería matarlo también. Recogí el diario deshojado, lo sacudí sobre mi ropa y me encaminé a la habitación; al pasar delante de él, me empujó por lo alto de mi hombro izquierdo. Después, empezó a reírse. Esa fue la última noche que escribí pensando en que era dueña del precioso regalo de la palabra y la consciencia.

En medio de tantas heridas, me doy cuenta de que nuestras vidas se han acumulado alrededor del padre. A ambas, nos marcó la voz masculina. Tanto a ella como a mí, la voz paternal nos agujereó la existencia. Esa herida está allí, ambas la heredamos. A mí, me tomó ocho años de mi adolescencia poder volver a escribir sin pensar en sus palabras. He vuelto a escribir, porque es una manera de rebelarme y levantarme contra el patriarcado. Cuando escribo, me sitúo a mí misma como un sujeto en la historia, como una ciudadana, como un testigo. Contar ha sido, para mi madre y para mí, el triunfo de una batalla, en una contienda que, históricamente, nos ha silenciado.

***

La distancia no me ha impedido sentirme cerca de mi madre. Ruego que este momento no se me olvide jamás. Ninguna vez la había escuchado hablar por horas con tanta placidez y relajo como ahora. La veo a través de la pantalla. En el fondo, deseo estar junto a ella, pero me guardo las ganas en mis adentros. Mi madre se levanta de la cama, se acomoda las ropas, abre la puerta y le pide a mi hermana, que está en la cocina, que no la interrumpa porque quiere hablar conmigo. Me complace, me gusta escucharla cuando habla de su pasado, la siento propia, ama contar, tanto como yo escribir. Mi madre regresa a la cama, se acomoda; ahora, ha empezado a mirar hacia el frente. Vuelve a la conversación.

—Cuatro días después de la pelea con tu papá, aparecieron manchas de sangre en mi pantaleta. Fui de urgencias a donde el doctor Adrián. De inmediato, me envió al consultorio de otro ginecólogo, el único en la ciudad que tenía el aparato con el que se podía hacer una ecografía transvaginal —continúa—. Me senté en la camilla asustada, temía que me dijera que habías muerto, pero sucedió todo lo opuesto. Cuando el aparato entró en mí, tú eras apenas un embrión de ocho semanas y media de gestación; tu columna y tus ojos ya se habían desarrollado. El doctor miró en la pantalla, la luz del aparato te apuntó a ti y tú nadaste en mi placenta hasta lo

más alto de mi barriga. Te escondiste y el médico dijo: «¡Epa! Aquí hay vida. Está vivo. Míralo, míralo, se está moviendo. Él está luchando por vivir». Hablaba de ti en términos masculinos, siempre decía «él».

Te vi en la pantalla. Tu corazón era apenas un punto que se confundía con una luz titilante. Latías en mí. Yo sabía que no eras un «él», sino una «ella». Mi abuela Yolanda, que al mismo tiempo estaba enferma de cáncer, me sobaba la barriga y me decía: «ella va a ser niña, mija. Esa barriga es de niña. ¿Qué nombre le vas a poner?». Yo le respondía: «Yola: si es niña, como tú dices, le pongo Amelia». Ella no llegó a verte, pero te conoció desde antes. Murió ese mismo mes, cuando yo estaba en el tratamiento del embarazo —me cuenta. Mi madre está conmocionada por el recuerdo, es dueña de las palabras. Me siento feliz de latir y ser mujer.

—El médico me recomendó evitar los arranques de ira, los pensamientos de dolor y tristeza—continua mi madre—. Decía que todo lo que yo pensaba y sentía, tú también ibas a sentirlo. Salí de ahí, me fui a la ciudad vieja y compré algunos CD de Richard Clayderman. Cada vez que me sentía angustiada, te ponía música, me agarraba la barriga y me tranquilizaba; era la única forma en que podía evadir el sufrimiento.

Mi madre, por momentos, hace pequeñas pausas. Los silencios son parte de la historia. Supongo que hay cosas que no sabe cómo decirme. Entonces, yo aprovecho y hablo:

—¿Qué pasó con mi papá después?

Pausa.

—¿Qué pasó cuando regresaste a casa esa tarde?

Pausa.

—Yo llegaba y lo odiaba —empieza otra vez—, lo ignoraba. Yo permanecía en absoluto silencio. Un día, después de pasar semanas sin hablarle, mi actitud lo descontroló. La señora Cristina, que me ayudaba a bañarme, a limpiar y a cocinar, nos había dejado el almuerzo hecho; yo comí, pero él no. Más tarde, le

calenté la comida y se la serví. Él empezó a comer. De repente, dejó el plato sobre el piso y soltó el llanto. «Perdóname, perdóname, por favor..., perdóname que yo no te quería hacer daño», era lo que me decía. Yo no le respondí.

Cuando supe que ese era el final de la historia, le pregunté:

—¿Por qué nunca lo dejaste?

Pausa. Frunce el ceño, se muestra irritada. No soy bienvenida al terreno al que he entrado.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué seguiste viviendo con un hombre que te maltrataba?

— Insisto.

Pausa.

—Porque estaba sola. Tenía dos hijos y soy mujer —Me contestó turbada.

La miro y digo:

—¿Tenías miedo?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía un plan para ustedes, tenía que sacrificarme. Hay cosas que ustedes no entenderían si se las contase —me responde.

Su respuesta me parece más bien una excusa. ¡Es tan extraño para mí que una mujer que se hizo a sí misma haya escogido soportar la violencia! Pero, lo entiendo. Mi madre actuaba desde donde podía y sabía. Su decisión fue la prueba de que aquel esquema femenino en el que estaba sumida se había aglutinado tanto en ella, que hizo brotar en sí misma el miedo al desamor, al abandono, a tener que estar sola. Aquello hizo que ella se quedara.

—¿Cómo se reconciliaron? —le pregunto.

—No hubo tiempo para eso —me responde—. Tu embarazo fue de alto riesgo, pero yo tenía que seguir. Un mes después de la muerte de Yolanda, tu abuelo se había enfermado por causa de una riña callejera que tuvo con un vecino, le

descubrieron cáncer de próstata y lo hospitalizaron desde julio, hasta septiembre de ese mismo año. La situación que yo vivía con tu padre había quedado, para entonces, en un segundo plano; yo me dediqué por completo a cuidar la salud de mi padre.

—¿Quién cuidaba de ti? —le pregunto.

Pausa. Mira al piso perpleja, la descoloco.

—Nadie —me dice—. Era yo sola contra todo.

Pausa.

—¿Y, entonces? —digo.

—Entonces, la situación con tu papá empeoró. Meses después, dos mujeres que trabajaban como 'muchachas de servicio' estaban peleándose por él. Una de ellas, llegó a la casa; yo estaba todavía en embarazo de ti y me lo contó. Tu papá les pagaba por tener sexo con él. Siempre que algo pasaba y yo me enteraba, él lanzaba esta frase: «Ya. Borrón y cuenta nueva». Al principio, le creía, pensaba que de verdad iba a hacer las cosas bien; luego, lo repetía —me cuenta.

—Mamá, ¿alguna vez pensaste en dejarlo? —Vuelvo a preguntar.

Me lanza una breve mirada, me corrige y aclara.

—Yo vivía con él, pero no convivíamos. Era el mismo techo y la misma cama, pero entre él y yo, no había nada, solo asco.

—¿Y tenías sexo con él? —pregunto.

Pausa. Niega con la cabeza.

El volumen de su voz disminuye, pienso que el recuerdo la sobrecoge. Se siente avergonzada, la conozco tanto como ella a mí. De nuevo, aparece en su rostro la extrema infelicidad. Sus ojos caen al mismo tiempo que sus hombros ceden en altura.

—Dejé de tener sexo con él cuando, una vez, mientras nos bañábamos juntos, me agarró los senos abruptamente y se burló de mí. Primero, los manoteó; luego, con la punta de sus dedos, desde abajo hacia arriba, los tiró al aire como si fueran cualquier cosa y me dijo: «Mira cómo estás. Mira cómo te vez. En ese momento, me hizo sentir que yo era una mujer asquerosa. Me humilló —dice. Ahora, soy yo quien ha enmudecido. Estoy desconcertada. La imagen es tan aberrante, que siento la violencia como propia.

Mi madre retoma la historia.

—Eso pasó en el 96. Apenas en 2014, con ayuda de un médico, pude superarlo. No es que yo quiera sufrir, pero todo aquello que pasé, hizo que yo no viera la posibilidad de rehacer mi vida. Me he olvidado de mí, lo sé. Me he negado a mí misma, lo sé. Me he negado a ser feliz al lado de una persona, lo sé. Me he negado a mí misma sentir placer, lo sé. Todo esto es un cúmulo de cosas. Cosas de las que siento temor volver a vivirlas, culpa de haberlas vivido. Pero, ya soy una mujer de 56 años, ya miro todo con otra perspectiva. Quiero devolverme, a mi edad, todo eso que yo misma me negué a tener desde mis 26. Ese es mi sueño —afirma mi madre.

***

El espacio circular que se ha abierto en el centro de mi cuerpo ha dejado de expandirse. Esa esfera achatada en mi ombligo, es el espacio en el que habitamos ella y yo. Dentro del círculo se ha acumulado nuestra historia. He heredado los dolores de mi madre. Lo que quebranta su existencia y lo que hierve dentro de la mía está hecho de la misma materia: es un volcán que no estalla, sino que, en ese abismo interminable, se empoza nuestra insuficiencia. Jamás vi a mi madre quererse, así, no había manera de que yo pudiese quererme. Su imagen fue anulada, luego, la mía, también. Nunca fuimos representadas como sujetos de valor, nuestro castigo fue la negación. Ni mi madre, ni yo, éramos el centro de nuestra propia vida, el padre fue siempre el primero y nosotras estábamos ahí para servirle, mientras él nos castigaba.

***

El día que yo nací, mi mamá estuvo sola. La cesárea estaba programada para el jueves 10 de septiembre de 1996 a las siete de la mañana. Ella me envió los documentos de mi nacimiento mediante un correo.

—Recuerdo que cuando te sacaron, el médico se sorprendió. Estabas gorda y cachetona —habla mi madre.

—¿Dónde estaba mi papá? —le pregunto.

—Él llegó después. Yo me había hospitalizado desde el día anterior porque estaba perdiendo líquido y el doctor Adrián quería evitar complicaciones. Ese día, cuando salí de la casa, tu papá me miró, pero no dijo nada. Yo había hecho todo mi embarazo sola. No lo necesitaba. Lo cierto es que él, después de que te vio por primera vez, llegó a la habitación y me dijo: «acabo de ver a la niña. Está súper blanca y cachetona. Salió a tu papá». —cuenta mi madre.

Mi padre le había preguntado a la enfermera cuál de todos era su hija. Cuando la enfermera me señaló —contó él alguna vez—, le preguntó por qué yo me veía tan cachetona. La enfermera, sin vacilar, le respondió: «¿Y usted, es que no se ve? ¿Acaso no se ha visto los cachetes suyos?»

***

Mi madre y yo colgamos la llamada. Por un momento, me quedo detenida sobre la silla, respiro profundo y veo mis piernas, las toco, llevo mi mano hasta mi ingle y la siento. —Sí, soy yo —me declaro. Dejo el escritorio donde he estado sentada desde hace tres horas y me encamino al baño; hago una pausa en la mitad de la sala, veo lo que me rodea. Sé cuáles son los símbolos y las cruces que me acompañan. Se esparce por todo el lugar mi figura. Sigo. Cuando llego al baño, me planto frente al espejo: ahí está La Casa de nuevo, empiezo a habitarla. El silencio ya no es perturbador. Pienso en mi madre mientras me desvisto; ella, sin saberlo, me ha abierto la puerta de la jaula. Ya no le tengo miedo al castigo.

Pongo a sonar «Traigo salsa», del Sonero Mayor, Ismael Rivera; pliego las cortinas de la ducha y abro el grifo de la regadera; es tan maravilloso el sonido de la corriente como la voz de Maelo que me acompaña. Existo.

Entro a bañarme, despliego las cortinas, el agua fresca va desde mi frente hasta desbordarse en cascada por mis pies. El agujero ha empezado a sellarse. Me siento a salvo, nada puede alcanzarme.

Imagino a mi madre frente a mí. La abrazo. Soy carne de su carne, sexo de su sexo, género de su género. De repente, me doy cuenta de que el agujero se ha sellado casi por completo, pero ha dejado una especie de ranura incurable. Introduzco mi dedo índice derecho en la herida, me arde. Lloro. Mis lágrimas saladas se confunden con el agua dulce que me baña: hay un cuerpo, en el fondo del cuerpo hay una mujer, esa mujer soy yo.

Salgo de la ducha, me seco, suelto mi espesa melena; cuando muevo mi cabeza de un lado a otro, un revoloteo de hebras se asoman armónicamente por encima de la cabellera. El afro que yo llevo es uno de los rasgos de identidad que me conecta con las que estuvieron antes de mí; es la evidencia de un legado colonial. Sé, ahora, que mi existencia es el reclamo de ese legado.

De la finísima abertura que ha quedado del agujero, empieza a manar un riachuelo de palabras. Mi cuerpo se niega a ser desechado, a quedarse al margen de sí mismo, a ser masacrado por el padre.

Necesito hablar, sanar, escribir.

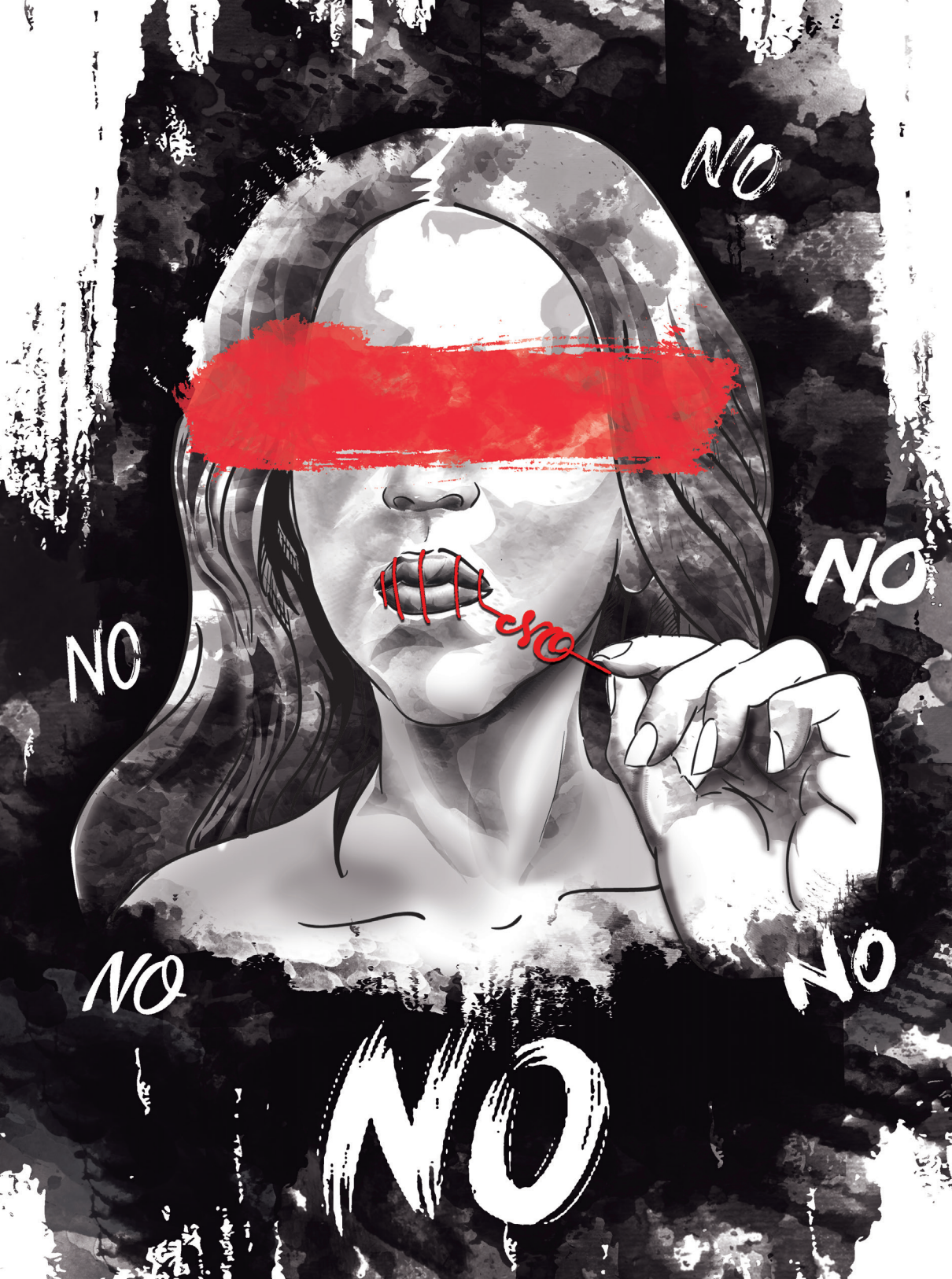
Durante mi adolescencia y parte de mis primeros años de juventud, la mirada y la voz del padre se convirtieron en una especie de espejo aniquilador de mi propia percepción. No solo me sentía vigilada, sino, también, confinada en sus reflejos, en su cultura, en su amor, en su burla, en su rechazo, en su odio, en su violencia. La culpa, la vergüenza y el miedo han sido, desde siempre, sus dispositivos de ataque. Mi cuerpo está cansado de batallar, de ser territorio minado. No lo quiero poner a sufrir más. Sé, por todas las mujeres que he conocido, que nuestra libertad consiste, principalmente, en resistir y en crear espacios para nosotras mismas.

Ahora, el círculo se ha cerrado por completo. He vuelto a ser dueña de La Casa. Me voy a la cama, veo que a la orilla de ella nace un mar. Me asomo. Adentro existe un universo emancipado.

ANA LUISA MUÑOZ ORTIZ

Nací en Cartagena, Colombia, el 3 de noviembre de 1994. Estudié comunicación social y periodismo. Soy escritora, poetisa, artista escénica y modelo. Vivo en New York, en donde soy estudiante de la organización educativa, comunitaria y de investigación feminista llamada WomenX. Amo la música, la danza, la literatura, la fotografía, la comida y el Caribe. Escribir ha sido mi manera de revelarme contra el patriarcado, contra el padre, contra el racismo, contra los espacios que me fueron negados a mí y a mis antecesores. En mi vida, el centro es la palabra escrita.

analuissamo@gmail.com


NO
NO
NO
NO
NO
NO

– ÁNGELA ARCE SÁNCHEZ –

LAURA

¡Laura, Laura, debiste decirlo fuerte!

Lo decía, siempre lo dije, pero sin rabia, sin argumentos, en silencio a veces.

«¿Por qué no?», él respondía.

Ayer, el entrenador me insinuó hacer deporte sin ropa. No dije nada. A veces, mis conocidos me reclaman:

—¿Por qué no te haces respetar? ¿Por qué no lo paras? ¿Te gusta?

—No, no me gusta.

Ojalá pudiera explicar qué pasa por mi cabeza cuando esa misma persona me besa el cuello, yo desprevenida; o me da la mano sin pedírselo. En algunas ocasiones, solo dejo que pasen las cosas y, después, en medio de mis pensamientos, me desprecio, por evitar pronunciar un «no» o por decirlo tardíamente.

***

«Relájate, solo flota en el agua», me advirtió esa mañana mientras lamía mi pezón. Fue un día en la piscina. Mi hermana estudiaba en la universidad. Él era mi cuñado, yo tenía 12.

Realmente, no lo recordaba; no lo tuve presente por mucho tiempo, hasta que el recuerdo vino como una ráfaga en medio de una conversación y mi boca se selló y no pude pronunciar o escuchar su nombre de nuevo sin que retumbara en mi mente, una, dos, tres veces, hasta que llegaba la noche y yo no dormía porque, una, dos, tres veces sonaba en mí ¿por qué no?, ¿por qué no?, ¿por qué no?

—No lo hagas

—¿Por qué no lo puedo hacer?

Y repetía las imágenes de él volviendo mis senos su lugar de vacaciones, de cómo mi cuerpo dejó de ser mío.

***

Los regalos aún reposan en mi cuarto, porque él siempre intentó pagar comida o ropa y, en los últimos meses, cumplió mi sueño de tener mi propia biblioteca. Para mí estuvo bien, porque en esos cuatro años no reaccioné a lo que ocurría, siempre creí que él era bueno.

Hasta que, un fin de semana, hice una maratón de series con él y con mi hermana. Cuando ella se alejó por un momento, pasó.

—No lo hagas

—¿Por qué no?

Lo miré fijamente:

—No me toques. Si lo vuelves a hacer, le voy a decir a mi hermana, a mi papá y a todos.

***

Abuso: cualquier actividad sexual entre dos o más personas sin consentimiento de alguna de ellas.

Fui abusada, pero me cuesta aceptarlo. Cuando le dije a mi mamá, ella solo me reprochó por permitirlo, porque parezco de un carácter fuerte. Ante su reproche, solo bajé la mirada. ¿Y, ahora?

No puedo describir lo que siento cuando me veo en el espejo desnuda, cuando personas desconocidas se acercan mucho, cuando alguien no tan cercano intenta abrazarme o me besa la espalda o cuando me tocan el trasero en la calle y nadie dice nada. Y yo no digo nada. Porque, en realidad, quisiera haberlo hecho, fuerte y un poco agresiva: «¡no, Mateo, porque es mi cuerpo, porque no me gusta!». O gritar, tal vez, pues siempre grité sola, cuando no había nadie en casa y por eso no me escuchaban; no en el momento preciso, para que pararan o dijeran: «te entendemos, todo estará bien».

ÁNGELA ARCE SÁNCHEZ

Desearía que mi biografía fuera un texto emblemático de una mujer musa, talentosa, nacida para escribir. Pero en realidad no sé si lo hago bien, solo lo hago, solo me gusta. A diferencia de eso, si podes encontrar en mí, a alguien que escucha y habla sobre: las relaciones, la comida, la muerte y los memes. Soy comunicadora social, pero me presento como periodista. Y si, soy feminista porque ¿Quién con cuatro dedos de frente no lo sería?

angelaarcesanchez@gmail.com


FEMINISMOS COTIDIANOS
ALTO
¡que verguenza la guerra!
en familia
mamá
amor
salud
MUNDO
SIN FRONTERAS
artista
arte
Mujer: por su igualdad
Mujeres y Paz
apasionadas
Femenis ta s
VIVE
EN TI

- ANGÉLICA BADILLO RAMÍREZ, ANGÉLICA RODRÍGUEZ CARDONA,
DIANA KATHERINE CAMARGO MENDOZA
Y YENNY MARCELA SALAZAR BARRETO -

FEMINISMOS COTIDIANOS: UNA APUESTA COLECTIVA

DIOSAS QUE SANAN

Este artículo es una propuesta de pensamiento de la categoría «feminismos cotidianos». Una invitación de acción y reflexión de la organización Diosas que Sanan. Se presenta como una apuesta personal y política que permite el acercamiento al feminismo y a las transformaciones de desigualdades desde las decisiones más íntimas y personales. También, como la práctica de lo femenino y el feminismo colectivo. Contamos hechos de la vida personal de cada una de las autoras y en su trabajo con grupos de niñas, adolescentes, mujeres jóvenes, adultas y mayores, lesbianas y bisexuales y mujeres habitantes de calle.

Cuatro voces se encuentran en este artículo. Cada una relata cómo vive los *feminismos cotidianos* en lo personal y lo colectivo y las cuatro se sitúan en lo más íntimo para hacerlo. Además, se expone cómo sus vivencias se comparten y se encuentran en el ámbito más político y público. Esta perspectiva del feminismo enuncia las subordinaciones y los privilegios como el conjunto de experiencias que configuran la vida personal, familiar, grupal y comunitaria.

En el escrito, intervienen la identidad, la experiencia y la memoria. La identidad, comprendida como la capacidad de referirse a sí misma y al propio actuar. Las prácticas, como el conjunto de situaciones que se viven en un presente, que interpela, reflexiona y cuestiona la vida subjetiva. Y, la memoria, como la acción constante que permite contextualizar, analizar y compartir hechos vivenciados

de manera consciente, ya sea al relatar, al testimoniar a nivel individual o cuando la vivencia se colectiviza. De acuerdo con lo anterior, cada acto en la vida comunitaria, ciudadana y familiar va construyendo argumentos que permiten movilizar cuerpos, pensamientos y transformar las subjetividades. Cada situación cotidiana va nutriendo la propia vida y construye formas conjuntas de existir. Así, cada etapa de la vida permite cohesiones de grupo, como el crecimiento de redes de apoyo.

Es importante resaltar la siguiente postura sobre la comunicación, la cooperación, el movimiento, la innovación, etc.

> la subjetividad se produce mediante la cooperación y la comunicación y, a su vez, origina nuevas formas de cooperación y de comunicación. En esa espiral, cada movimiento sucesivo de la producción de subjetividad, a la producción de lo común, trae consigo un elemento innovador que enriquece la realidad (Flórez, 2010).

Es lo que en el colectivo *Diosas que Sanan* hemos denominado *Feminismos cotidianos.*

Se trata de feminismos que se viven y se narran en el día a día. En ellos, las vivencias son el eje central, pero, el lenguaje desempeña un papel fundamental, aunque solo capture unas partes de las realidades vividas, unas tantas dulces y otras, amargas, agrias o agridulces. Pero, «nuestra habla es endeble» y siempre será pequeña frente a la magnitud de lo vivido. Sin embargo, en el encuentro se hace «la construcción social del sentimiento y su huella en la palabra» (Jimeno, citado por Das, 2008, pp. 265-266). Con esta breve descripción de la categoría, invitamos a lectoras y lectores a hacer un recorrido por los feminismos cotidianos, que surgen de una puesta en escena subjetiva, un activismo andante, una verdad única y personal y, finalmente, como feminismos que caminan la vida.

Feminismos cotidianos = puesta en escena subjetiva



[Al] observar el conjunto de sus imágenes, se descubre la silenciosa presencia de los cinco elementos que explican el origen de lo vivo: tierra, fuego, aire, agua y vacío. Todos ellos acompañan las figuras de los primeros planos, generalmente las mujeres, indiscutibles protagonistas de su ejercicio plástico. Las formas expresadas a través de su vivaz paleta cromática complacen rápidamente al espectador, pero el color puede ser aquí un camino que conduce hacia el callejón sin salida de las apariencias. Ante las coloridas panorámicas, desfilan personajes anónimos que están en dos mundos al mismo tiempo: en medio de la guerra y en medio de sus imágenes interiores, tanto del pasado como del futuro.

Exposición «Elementos», 2015
Curadora: Paola Camargo
Artista: Angélica Badillo

Inicio este relato íntimo con el grupo musical La Múcura y su canción *Propuesta para sobrevivir a la cotidianidad citadina* (2017). Canta frente a la injusticia, la violencia, los asesinatos que aún vivimos en Colombia de líderes y lideresas y sus voces me resuenan e insisten en seguir aunando esfuerzos por una vida mejor y digna. El arte ha sido mi propia sobrevivencia como mujer feminista, lideresa, activista, trabajadora social y artista. La construcción de imágenes de mujeres, que pinto en blanco y negro o coloridas, me ha acompañado con mayor fuerza en mi juventud y adultez. ¡Siempre pinto mujeres!, en diferentes estados: sembrando, transformándose y creciendo. Por ello, mi mayor proeza fue realizar mi primera exposición individual autogestionada con 56 acuarelas y unos cuantos óleos. La hice en 2015, en la Casa Cultural Kussihuayra, ubicada, otrora, en el barrio La Candelaria, en Bogotá, a mis 35 años; entonces, no tenía miedo de decirme a mí misma feminista, artista y activista, ni decírselo a las demás personas. Mi voz y mi iconografía de las mujeres se puso en escena. Esta historia íntima, pequeña

y significativa fue fruto de luchas, insistencias y resistencias creativas para lograr que lo imposible sucediera. Sin embargo, no se hubiera logrado sin cruzarme con grupos de mujeres feministas en Santander y en todo Colombia, ni, como lo dijo Virginia Woolf (2013), «sin educación, un cuarto propio y quinientas libras, la costumbre de la libertad y el coraje de escribir exactamente lo que pensamos».

En retrospectiva, la mayor parte de mi transcurrir vital fue en Bucaramanga (Santander). A los 22 años, era estudiante de Trabajo Social en la Universidad Industrial de Santander (UIS) y allí fundamos el Grupo de Estudios de Género y Sexualidad[1]. Eso me permitió adentrarme en lecturas sobre género, feminismo, pacifismo y movimientos sociales de mujeres.

Desde aquella época, participo activamente en la *Ruta Pacífica de las Mujeres en Colombia*[2]. Uno de los objetivos de este movimiento es la visibilización de los efectos de la guerra en el cuerpo y la vida de las mujeres. Esta iniciativa se reconoce como un macroescenario de la acción colectiva que, como lo enuncia Doris Lamus, junto con la Organización Femenina Popular (OFP), inaugura la exigencia al Estado de la salida negociada al conflicto (Lamus, 2010).

Reconocerme como feminista fue un recorrido que hice, primero, como activista. En este tránsito, hice acercamientos académicos comprometidos con *La Ruta Pacífica* que me condujeron a preguntarme sobre las prácticas, los deseos y las historias de lucha de mujeres de a pie; mujeres que construyen su participación con acciones de resistencia y, a mi modo de ver, edifican la esperanza partiendo del cuerpo y de cimentar nuevos significados para conseguir una paz imperfecta. Así, mis escogencias investigativas preguntaban sobre mis propias prácticas junto a otras mujeres, la permanencia en estos movimientos generó vínculos de cercanía.

1. El Grupo de estudio de Género y Sexualidad fue un espacio de encuentro para la formación, estudio, difusión y acción en torno a los temas que enuncia el nombre del grupo. Desde sus orígenes, en 2001, hasta cuando estuvo vigente, en 2010, permaneció abierto a todas las personas en su diversidad y lo integraron estudiantes y profesores de diversas carreras. Fue multidisciplinario y contribuyó a las discusiones con variados puntos de vista e intereses. En este mismo sentido, se encaminaron sus objetivos: construir un diálogo de saberes en el que se formaran todas y todos los participantes y fortalecer la investigación, la difusión y la acción en materia, como se dijo, de género y sexualidad. Véase http://generoysexualidad.blogspot.com/

2. Es un movimiento feminista con accionar político de carácter nacional, que trabajo por la tramitación negociada del conflicto armado en Colombia y por hacer visible el impacto de la guerra en la vida y cuerpo de las mujeres; es pacifista, antimilitarista y constructora de una ética de la No violencia en que la justicia, la paz, la equidad, la autonomía, la libertad y el reconocimiento de la otredad son principios fundamentales. Ver más en: https://rutapacifica.org.co/wp/quienes-somos/

En el pregrado, mi primera investigación como trabajadora social abarcó una red de prevención de la violencia contra la mujer en el barrio Villa Rosa, de nivel socioeconómico 2, en la comuna 1 de Bucaramanga. Allí, vivía con mi familia. Posteriormente, en el municipio de Puerto Wilches, provincia de Mares, en Santander. Estas dos experiencias con la Fundación Mujer y Futuro, punto focal de la Ruta Pacífica Santander, me hicieron sentir aún más comprometida en seguir investigando estos temas, que encontraba fascinantes y en los que invertí parte de mi tiempo, pasión y dinero.

Mi posgrado en Estudios Culturales, en la Universidad de los Andes, con sede en Bogotá, significó una lucha en varios sentidos. Por una parte, para sostenerme económicamente, ya que me exigía una disciplina desbordante, pues trabajaba y estudiaba; Por otra, para mantenerme en medio de las reiteradas ocasiones en las que el medio social me hizo sentir que no pertenecía a este espacio y sentí que se replegaban violencias simbólicas. Sin embargo, mi disfrute fue investigar sobre un movimiento feminista y pacifista acerca del cual elaboré mi tesis: *Una década de movilización, prácticas y manifestaciones de la Ruta Pacífica de las Mujeres Santander en el conflicto armado colombiano 2001-2010.*

Mi investigación presentó las prácticas de solidaridad, en las que se buscaba recordar con el cuerpo (mediante los plantones que se realizaban algunas veces con los silencios) y con la pancarta; también, recobrar el papel de la víctima como agente, de la resistencia para dignificar y decir lo que muchas personas guardan, para reconocer la voz de su testimonio, apalancar duelos creativos (Das, 2008) y reconocer en sus acciones heroicas la posibilidad de construir nuevos significados y subjetividades a partir de la acción colectiva. La investigación reconoce las historias subjetivas que se tejen y que son imperceptibles, aun para un movimiento como la Ruta Pacífica Santander (Badillo, 2015).

Una parte de esta investigación desembocó en la instalación artística titulada *La memoria buscada: Ruta Pacífica de las Mujeres Santander.* Se presentó en Bucaramanga el 25 de noviembre de 2011 durante la conmemoración de los 10 años de plantones de Mujeres de Negro, en la plazoleta pública Luis Carlos Galán Sarmiento. La instalación reconstruyó con fotografías, símbolos, carteles y rituales los momentos significativos de los plantones de Mujeres de Negro, para recobrar las prácticas de memoria y resistencia. Una experiencia movilizadora, en el sentido de recobrar el lugar de las mujeres y de sus acciones heroicas en la cotidianidad.

En la actualidad, soy integrante de la Ruta Pacífica Bogotá y apoyo su fortalecimiento organizativo. Continuar con las búsquedas investigativas a partir del activismo político con un equipo de mujeres mayores nos llevó a ganarnos la *Beca de Estímulos de Investigación de Prácticas de Personas Mayores*, auspiciada por la Secretaría Distrital de Cultura en 2019. El estudio se tituló *Prácticas y manifestaciones de mujeres mayores en los plantones de mujeres de la Ruta Pacífica Bogotá 2017-2019* (Ruta Pacífica de las Mujeres Bogotá, 2019). Puntualmente, esta investigación recopiló 13 narrativas de participación y aporte social de mujeres mayores.

La mitad de mi vida he participado activamente en movilizaciones y plantones donde he conocido y visto mujeres de diversas regiones del país que unen sus silencios, sus arengas y sus costumbres culturales para manifestarse contra la guerra. Para una mujer popular, como yo, que creció en una comuna, educarse ha sido uno de los mayores privilegios, que reflejo en mis apuestas investigativas como feminista, activista, artista y académica. Lo anterior, se guía por mi interés de estudiar los feminismos y los movimientos sociales de mujeres con sus implicaciones subjetivas y políticas (Guber, 2001). Esto ha derivado mi vinculación a un movimiento que se declara abiertamente feminista y, en consecuencia, una declaración de escritura comprometida o de escrituras del yo femenino (Fallas, 2013).

Actualmente, participo en la *Colectiva Diosas que Sanan*, integrante de la Ruta Pacífica de Mujeres Bogotá. Promovemos el empoderamiento personal, grupal y el bienestar mediante encuentros holísticos en los que son posibles intercambios desde el arte y una mayor conciencia de nuestro poder de transformarnos. Con respecto a esto último, exploramos la diosa interna, nuestra voz interior y la loba intuitiva (Pinkola, 2009).

Aquí, quiero reconocer que todo lo anterior no hubiera sido posible sin el trabajo en red (Sánchez, 2011, p. 162). Este trabajo en red se articula con las acciones de incidencia política, con organizaciones comunitarias, entidades públicas y privadas y personas influyentes. Aún más. El trabajo en red es fundamental para los movimientos feministas, pues, con él, se garantiza que haya sistemas de apoyo social a la hora de enfrentarse a situaciones de injusticia y opresión. Este trabajo influye, también, en nuestros ciclos vitales de manera significativa, ya que permite que se fortalezca la visión del mundo, además de proporcionar reconocimiento, bienestar y satisfacción (Sánchez, 2011).

En la vida cotidiana, íntima, se hizo necesario transformar el lenguaje, que incluye los cruces permanentes y constantes con la vida de pareja, la familia y el trabajo. De allí, que esa transformación implica una determinación consciente en las enunciaciones y representaciones del mundo, además de avanzar en un lenguaje libre de sexismo y en las prácticas individuales. En el feminismo cotidiano, tiene que haber coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Suena sencillo, pero, se requiere de un alimento permanente de la acción-reflexión o reflexión- acción. Estos pequeños movimientos inauguran un feminismo cotidiano y colaborativo entre las mujeres, pues ayuda a reconocer diferencias y diversidades a partir de sus fortalezas, experticias y experiencias.

El feminismo cotidiano está comprometido con transformaciones en actividades en la vida diaria, ya sea en el ámbito público, o en el privado. Mediante las prácticas diarias como docentes, activistas y servidoras públicas, vamos desplegando nuestra ideología, comprometida con la defensa de los derechos humanos de las mujeres, con la promoción de una vida libre de violencia. Como lo enuncia Joan Scott, al implicarnos en el esfuerzo de visibilizar las voces diversas y retóricas que implican reconocer sus testimonios y cambiar las maneras de escribir la historia (Scott, 1993)

Por último, quisiera enunciar las prácticas cotidianas íntimas en las que el feminismo me ha permitido revolucionarme. Para ello, debo disponer mi propio cuerpo y mi amor propio y cuestionarme permanentemente sobre cómo se remueven las prácticas culturales que impiden construir relaciones amorosas equitativas y reciprocas. Una de las decisiones más significativas en mi vida fue no ser mamá, decisión tomada con mi compañero de vida, quien es licenciado en Artes Escénicas y dedicado tiempo completo a ser titiritero. Esta decisión fue labrada gracias a las feministas que defendieron el derecho a una maternidad libre y deseada, de la cual soy beneficiaria. Agradezco profundamente a mis ancestras, abuelas, madre, hermanas, tías, amigas, colegas y activistas quienes abrieron caminos de posibilidad para repensar el feminismo en los lugares cotidianos, en nuestras conversaciones de vida, con nuestros sueños y esperanzas.

Feminismos cotidianos = activismos andantes

Mujer, sueño con un lugar entre tus pechos para construir mi casa como un refugio donde siembro en tu cuerpo una cosecha infinita, donde la roca más común es piedra de la Luna y ópalo ébano que da leche a todos mis deseos y tu noche cae sobre mí como una lluvia que nutre.

Audre Lorde[3]

Siempre nos han dicho que cada acción marca nuestro camino e historia personal. Sin embargo, con el tiempo aprendí que, aunque no podamos devolver el tiempo a esos instantes de infinita paz o de turbulencia para hacerlo todo de nuevo, sí es posible reescribir cualquier historia o situación experimentada. Así, encontraremos caminos para volver a inventarnos, a reencontrarnos en las esquinas perdidas, a juntar todos los trozos que se han ido quedando en cada espacio y tiempo; solo de esa manera, nos veremos a los ojos con más amor y compasión, aceptando cada una de las versiones y cambios que la vida nos ha puesto, sabiéndonos más sabias y en general, acercándonos más a ser nosotras mismas. Únicamente, de esa manera, llegaremos a abrir nuevos espacios para habitar.

Vengo de una familia conservadora y católica. Así lo fue hasta que rompí cada trozo de lo que ellos creían como verdad absoluta. Mis ancestras, mujeres paisas que migraron en su juventud a Bogotá en busca de nuevas oportunidades, nacieron en una tierra bella y lejana llamada Jardín, en el departamento de Antioquia. Allí, en cada esquina se huele a campo y café y las puertas de las casas siempre están de par en par para que cada vecino pueda saludar. La religión es el centro de todo (así me criaron a mí); sin embargo, aunque creo en tantas cosas y soy muy espiritual, hace mucho tiempo dejé de aceptar las instituciones, porque nunca he seguido una ley absoluta.

El 31 de diciembre de 2008, a la edad de 20 años, estaba realizando los preparativos para recibir a los invitados que llegarían en la noche. En ese momento, una llamada lo cambio todo: se trataba de quien había sido mi primera novia y, también,

3. Poeta, activista feminista, lesbiana, caribeña-americana, 1934-1992

mi primera ruptura amorosa. Escucharla después de tanto tiempo me angustió, sentía entre felicidad, ganas de llorar y tristeza. Para que mi mamá no se diera cuenta, debí hacerme la fuerte, cuando, en verdad, quería dejarme llevar y sucumbir ante la situación. En ese instante, como si algo me sacudiera, grité como si fuera una bomba de tiempo. Ese día me cansé de tratar de agradar siempre a las demás personas y hacer mil cosas pensando siempre en cómo se sentirían o reaccionarían los otros. Esa parte mía, automática, robótica y programada, la dejé atrás; quedó afuera la que siempre pensaba si se vería bien, si les gustaría cómo hablo, cómo me rio, lo que digo. Desde ese día, esa parte ya no va conmigo. Definitivamente, me cansé de tratar de quedar siempre bien, de intentar decir lo que es políticamente correcto, cuando, en el fondo, he sido tan incorrecta.

A menudo, quería volar y marcharme lejos, perderme para poder encontrarme de nuevo, alejarme de todo y todos. Ese día, lo hice con tanta fuerza, que resulté contándolo todo, como si me sintiera culpable de algún crimen y lo estuviera confesando en una estación de policía. Lo conté todo, con mi voz temblorosa, con lágrimas en los ojos y un miedo que me consumía. Me encontraba pronunciando esas palabras liberadoras que solo repetía en sueños: «mamá, me gustan las mujeres y soy lesbiana».

Quienes me conocen saben que soy tremendamente sensible, mucho más de lo que dejo ver. Lo confieso: lloro mucho, hasta cuando estoy feliz y extasiada; lloro cuando veo una situación que me conmueve. Lo acepto: creo que el amor cura. Pero no ese amor romántico que nos han vendido en las películas, que dice que debemos sacrificarnos y aguantarlo todo. Creo que un amor bien llevado es transformador. Ese amor de la familia, el amor de las amigas incondicionales, el amor por la persona que quieres que sea tu compañera de camino, el amor por lo que haces y crees, el amor por lo que admiras; pero, también, por ese mismo amor, me han roto mil veces. ¡Sí que me he sentido rota en tantos momentos! Ya perdí la cuenta. La diferencia es que, ahora, me siento completa, feliz y no me falta nada.

Soy de las que consideran que por medio del trabajo podemos cambiar algo, generar consciencia y hacer de este mundo un lugar mejor. Me encantan el Sol y la Luna, no puedo vivir sin la luz del uno o de la otra. También, soy de ciudad y me gusta todo de Bogotá, pero, cada vez más, mi alma me llama al mar. Hoy me amo, me quiero y respeto. Ahora, me pongo por encima de todo. Por mucho tiempo no fue así y no me avergüenza decirlo. Ese 31 de diciembre me

amé tanto, que ese ruido que hice en cada rincón de mi casa y en la vida de quienes me rodeaban es el que me ha posibilitado seguir construyendo este camino que ha sido para mí una elección: trabajar por los derechos humanos, por los derechos de las mujeres, por los derechos de las personas homosexuales o que transitan. Para que nadie más sienta miedo, para que todos y todas podamos disfrutar de las libertades, de las autonomías, de una vida libre de violencia y discriminación. Para ser más nosotras, sin necesidad de pedir permiso a nadie y gritar no solo en la casa, sino, también, en cada uno de nuestros espacios vitales.

Ahora que me conocen un poco más, puedo decir que mis vivencias han sido, en términos de Adrienne Rich (1985), un *continuum lesbiano*, esa gama de experiencias identificadas con mujeres, no centrada, solamente, en el hecho de que yo haya tenido o deseado tener conscientemente prácticas sexuales con otras mujeres. Por el contrario, esto se debe entender de una manera más amplia y primaria: sabiendo que la socialización con otras mujeres en términos de amistad, compañerismo, solidaridad y sororidad hace que nuestro existir tenga, de por sí, ciertas formas de relacionamiento lésbico. Siempre he creído, así sea difícil aceptarlo para otras, que, en el fondo, todas tenemos una relación lesbiana con alguna mujer: ¿quién no ha tenido una amiga de esas inseparables?

Mi primera experiencia como mujer lesbiana ocurrió a muy temprana edad, durante la mayor parte de mi primaria. Sucedió con mi grupo de mejores amigas del colegio, de esas amistades que no puedes soltar; nos contábamos todo, nos hacíamos juntas en todas las clases, hacíamos trabajos en grupo, nos juntábamos en los descansos y demás actividades propuestas, no solo en el colegio, también fuera de él. Realmente, ellas no me gustaban de esa forma lésbica que existe en el imaginario de la gente, pero sentía que las amaba y eran las mejores compañeras que había elegido durante ese tiempo; hubiera hecho cualquier cosa por verlas bien, ellas eran de esos amores íntimos y únicos que te hacen una unidad. Un día, nos distanciamos, porque algunas cambiaron de colegio y otras se fueron a otra jornada académica y, en ese momento, pude entender lo que es sentir el corazón roto. Ellas fueron mi primer *continuum lesbiano*.

Aunque he vivido en un mundo repleto de revoluciones y hasta ese momento no había experimentado lo que es la discriminación en carne propia, en 2012 tuve el momento más revelador de mi vida. Había participado en grupos universitarios, marchas y plantones; había leído y sabía de la importancia de asistir, de denunciar,

de incidir y que la fuerza colectiva es el motor que lo mueve todo; comprendí que no solo hablamos de violencias por ser mujeres, sino que también vivimos discriminaciones en razón de nuestra orientación sexual.

Ese mismo año, Paul McCartney, ex integrante de la banda inglesa de rock más importante de todos los tiempos, *The Beatles*[4], dio un concierto en el estadio Nemesio Camacho El Campín, de Bogotá. Ese día, mi padre, un hombre que me ha dejado de herencia la música y su completo amor por los instrumentos, me invitó al concierto. Nunca había visto reunidas en un mismo lugar a tantas personas con diferencias tan marcadas. De distintas edades, regiones, nacionalidades, colores. Abuelos con sus nietos, amigos que hacía mucho no se veían y gente que voló de lugares lejanos solo por estar allí. Compartir este momento con mi padre fue de las mejores cosas de mi vida. Comprendí que la diferencia también nos puede unir.

Donde estábamos haciendo fila para el ingreso, había un grupo de 6 personas, una familia. Todos sus integrantes estaban vestidos de hippies; cantaban a las afueras la famosa canción *Hey Jude*, mientras los espectadores querían fotografiarse con ellos. Por fin, ingresamos al estadio. La familia se ubicó diagonal a mi padre y a mí. No solo me robó la atención por su emoción al cantar cada letra de Paul McCartney, sino porque una de las mujeres del grupo familiar era muy atractiva.

Mi padre y yo no podíamos parar de cantar. En el aire, se sentía el poder de una fuerza inexplicable que nos conectaba a todos los asistentes y hacía que fuéramos una sola voz a pesar de las diferencias que pudiéramos tener. Se apagaron las luces y, luego, Paul, en su piano, comenzó a tocar la melodía de la canción *All you need is love*. En medio de esa canción, comenzaron los fuegos artificiales que llenaron el cielo con luces arcoiris. Cuando bajé la mirada, estaba la familia abrazada cantando y celebrando: la mujer que había visto se estaba dando un beso con otra mujer delante de más de 30 mil personas. No sé aún si la gente se dio cuenta de ese hecho o estaba aún extasiada por el espectáculo que nos hacía vibrar. Definitivamente, en ese momento, comprendí que todo lo que necesitamos en la vida es amor. Con el tiempo, le agregué algo a esa convicción: «todo lo que necesitas es amor propio».

4. *The Beatles* fue una de las bandas de rock inglesas más exitosas de la historia. Se conformó en 1962 y sus integrantes fueron John Lennon (guitarra rítmica, vocalista), Paul McCartney (bajo, vocalista), George Harrison (guitarra solista, vocalista) y Ringo Starr (batería, vocalista). Tuvo influencia mundial por sus mensajes dirigidos al progreso y la extendió a las revoluciones sociales y culturales de la década de 1960.

Hasta ese momento, había visto parejas homosexuales teniendo expresiones de afecto en escenarios que, se podría pensar, son más seguros para ellas: marchas del orgullo LGBT, plantones, bares de homosocialización. Pero, nunca, en un espacio tan diverso: eso también es activismo. Solo entonces, experimenté que la vida es lo que pasa en la cotidianidad y en las cosas más sencillas de la existencia: un beso, un abrazo, una caricia y una historia. Comprendí que, realmente, el feminismo que tanto había buscado en autoras que leía y no comprendía por su escritura tan elaborada, pero tan necesaria, no era lo que necesitaba. Y comencé a ver mi camino mucho más claro.

Nunca iba a poder encontrar el feminismo porque él siempre me había encontrado y acompañado en las formas más sencillas de la vida. En el momento que seguí con el sueño de jugar futbol, recibí críticas porque no era un deporte para mujeres; aun así, no me importó; cuando me negué a hacer alguna labor en mi casa, porque sentía que era injusto que a mi hermano no le tocara hacer lo mismo; cuando quería salir de noche a una fiesta y debíamos inventar con mi amiga que haríamos una pijamada, solo porque era peligroso para nosotras; cuando discutí tantas veces con mi madre por defender lo que creía y sentía; cuando tuve terror al verme diciéndole a mi familia que era lesbiana; cuando no aceptaba los comentarios a mi alrededor que me imponían ser lesbiana en silencio, «que no se me notara», que debía ser femenina; cuando me oponía a las sentencia de que podía solo yo misma solo en el espacio privado, obligándome a ocultar quien soy.

En ese momento, comprendí dos cosas. La primera, que existe un feminismo cotidiano, que nace de cada historia y con esas acciones que desde allí se tejen va haciendo un modo habitual de existir (Uscatescu, 2001); que surge de esas situaciones que vemos como pequeños actos, pero que se configuran en lugares de transformación. En ese sentido, todas podemos ser activistas de lo cotidiano. Lo segundo que entendí fue mi negación rotunda a lo que debía ser una mujer, a esos roles y estereotipos que marcan nuestras formas de comportarnos y nuestra posición ante el mundo, tanto en lo privado como en lo público. No quería ser esa clase de mujer (Wittig, 2005)[5].

5. Monique Wittig, feminista lesbiana, plantea que la heterosexualidad no es una orientación sexual sino un régimen político para poder organizar el mundo. En este sentido, las lesbianas no somos mujeres debido a que intentamos salir de ese sistema heterocentrista que ha intentado apropiarse de los cuerpos de las mujeres. Ser lesbiana es intentar romper con los roles culturalmente asignados sobre lo que debe ser una mujer, fugándose del régimen heterosexual.

Entonces, supe que yo no necesitaba estar en una corriente teórica, sino que, desde mis sentires, construiría una propia, tomaría todo aquello que me ayuda a crecer, defendería siempre mis sueños e ideales, dejaría de reconocerme en función de otras personas y comenzaría a hacerlo para mí misma. Esto me ha implicado aprender más de mí, darle poder a mis limites sabiendo qué negociar, entender que no debemos remplazarnos por nada, ni nadie, que mi voz debe ser reconocida y que no existe una sola forma de ver el mundo.

Llegué a entender que todas las mujeres conseguimos nombrarnos como activistas cuando nos enfrentamos al miedo que se siente al salirnos de la norma, de lo establecido, de lo impuesto; y cuando dejamos que salgan nuestra voz, los deseos, las inconformidades; cuando nos cansamos de algo y lo decimos, cuando jugamos fútbol sin que nos importe el qué dirán, cuando nos levantamos tarde y no atendemos las labores del hogar, cuando sacamos tiempo para compartir con amigas, para hacer lo que queremos; cuando nos vestimos como nos gusta, cuando nos dejamos de cuidar para otros y lo hacemos para nosotras mismas.

Ese día, comencé a llamarme con orgullo *feminista*, pero no una feminista de historias contadas por la voz de otras personas, sino por mi propia voz. Soy una feminista andante, cada día me acerco más al puerto y me entrelazo con otras mujeres que me han puesto en este punto exacto de mi vida. Este feminismo que camina junto a otras es el que me ayuda a reconocer la unión de construir conjuntamente, porque he visto, con cada situación, que amar(nos) sí que es revolucionario y ha sido la mayor forma de rebeldía que he podido experimentar en la vida.

Diosas que sanan representa todo eso que creo, es la acción desde todas, un continuum lesbiano, es el cuidado por las otras, es la curiosidad, es el creer en otras realidades posibles, es la sororidad, amistad, rebeldía y capacidad transformadora, reconociendo las propias voces.

Feminismos cotidianos = hablando con mi voz, mi verdad y mi feminismo cotidiano

Nunca olvidaré ese día. Desperté a las 6:00 a. m., abrí las cortinas y pude ver un nuevo día renaciendo. Sentía una felicidad inmensa, el Sol saliente en todo Bogotá. Escuché los pájaros cantar y era como si me estuvieran susurrando al oído. Daba la impresión de que las plantas y flores de mi jardín crecían en cámara rápida, las vi como nunca las había visto florecer. Creo que nunca, hasta ese día, me había puesto en la tarea de observarlas.

Se preguntarán por qué tanta felicidad. Pues bien, ese día inició una nueva etapa en mi vida. Era mi primer día de trabajo, después de ocho meses en los que toqué muchas puertas. El día llegó, se abrió una oportunidad inmensa. En ese entonces, era madre soltera; aunque mi familia siempre estuvo ahí dando lo mejor, había pasado algunos altos y bajos. Fue complejo el no poder ser yo quien respondiera económicamente por mi hija y por mí, esos meses dejaron un recordatorio de lo voluble que una puede ser, pensé muchas cosas que han pasado en mi vida.

Empecé a trabajar a los 19 años, una experiencia maravillosa; salir al mundo laboral, pero también a una cultura patriarcal, machista, ser joven en la entidad, con una inocencia que te quitan después de un tiempo. Por mi edad, todos mis compañeros eran muy amables conmigo; en ese momento, mi grupo de amigos se componía solamente de hombres, que eran colegas de oficina, pero, al quedar en embarazo, fueron mis peores enemigos. Empecé a ser juzgada de las maneras más hirientes posibles. Los comentarios señalaban que yo salía a rumbear y que tomaba demasiado. Yo pensaba, solamente, que ellos salían más que yo, rumbeaban más que yo, ¿qué tiene que ver eso con mi embarazo?

Para ellos, la única víctima era el padre de mi hija. Hubo, también, señalamientos sociales por no cumplir con lo que se esperaba de una buena mujer: tener hijos o hijas en el matrimonio. Según estos señalamientos, yo no iba a poder tener una vida exitosa, ningún hombre me iba a querer, ni a amar, por ser madre soltera o tener una hija fuera de un matrimonio; no terminaría mi profesión, ni haría una especialización, menos, una maestría; no me casaría ni tendría más hijos.

Cursaba tercer semestre cuando quedé en embarazo. Trabajaba de 5 de la tarde, a 11 de la noche. Entraba a la universidad a las 7 de la mañana y salía a las 5 de la tarde. Había solicitado permiso en mis clases de la última hora, para salir una hora más temprano y poder ir al trabajo. Yo estudiaba en la Universidad Pedagógica Nacional, otra decisión que fue muy juzgada. Muchas personas consideraron que yo no sería capaz de ingresar la universidad. Asumían que, a la Universidad Pedagógica, una entidad pública, a la que se presentaban 800 personas y solo pasaban 80, era muy difícil ingresar. Para sorpresa de ellos y mía, yo fui una de las 80 personas que pasaron ese semestre; en ese momento, también me pregunté por qué las personas cuestionaban mi capacidad intelectual.

Por el mismo tiempo, junto con mi embarazo, llegó una época de desempleo. Esto no fue inconveniente, hasta enterarme que estaba embarazada. Por cierto, el día que me enteré que tendría un hijo o una hija fue el mejor de mi vida; algo raro, pues, evidentemente, no era planeado. Para mi familia, fue también complejo tener una joven en embarazo y enterarse de que el padre había decidido no ejercer su rol de papá. Él también se sentía una víctima. Qué irónico, ¿no? Él me decía que le arruiné la vida, que él no quería ser padre.

Yo misma me respondía, cuando teníamos esas conversaciones, que yo no lo había obligado, también estaba en sus manos decidir no tener relaciones sexuales si no quería ser padre. En esa época, analizaba mi vida y me preguntaba por qué era yo la mala del paseo, por qué éramos mi hija y yo las que le arruinábamos la vida. Me volvía a responder que él también tomó sus decisiones y tenía, también, responsabilidad; pero, tampoco lo obligaría a ejercer su rol de padre. En ese momento, empecé a hacer un análisis sobre los privilegios que tienen los hombres sobre las mujeres; creo que fue mi primer acercamiento a las desigualdades que existen entre géneros.

Las cosas que pasaban a mi alrededor, en mi vida, en mi cotidiano, sutilezas, juzgamiento. Todas estas desigualdades se hicieron tangibles cuando el padre de mi hija me demandó ante la Comisaría de Familia, con el fin de hacerse la prueba de paternidad. Ya que no quería cumplir con sus obligaciones como progenitor de mi hija. En ese momento, mi hija tenía tres meses de nacida. Yo creía, firmemente que la justicia estaría del lado de mi hija y mío, pero tuve una gran desilusión.

Cuando llegué, él ya estaba ahí. Nos atendieron una abogada y una psicóloga. Las dos empezaron cuestionando la paternidad de mi hija, hacían juicios de valor, sin saber lo que realmente estaba pasando. Según ellas, me iba a ir a la cárcel, por tener la osadía de querer acceder a mis derechos y a los de mi hija. Me sentí intimidada, porque, al parecer, el único que tenía derechos era el padre de mi hija. En ese momento, pensaba y me preguntaba: ¿dónde está la justicia? Incluso, el padre de mi hija podía esperar tres años hasta que la prueba de paternidad saliera y aplazar el aporte económico a su hija o no darle su apellido.

No lo podía creer. Entonces, si yo no tuviera el apoyo económico de mi familia en ese momento, la bebé se podía morir de hambre, pero él tendría el privilegio de no esforzarse para cumplir sus responsabilidades de padre. Me preguntaba por qué mi palabra no bastaba para demostrar que él era el padre de mi hija, pero sí la de él al decir que no era su progenitor. ¿Dónde están los derechos de la niña, las jóvenes, las mujeres? No tenemos derechos, porque solo cuestionan nuestras decisiones, pero no, las de los hombres. Ese día, terminó el interrogatorio y quedamos en firmar algunos papeles como requisito de la prueba de paternidad. La cita sería ocho días después en la Comisaría, pero él nunca llegó; prácticamente, salió corriendo del país sin asumir su responsabilidad.

Mi vida dio un vuelco. La sociedad me trazaba una ruta por tener una hija sin el acompañamiento de su progenitor. Entonces, cambiaron mis planes. Tuve que retirarme de la universidad y solo mucho tiempo después, pude retomar, pero, ahora, educándome a distancia. Finalmente, me gradué como psicóloga y me especialicé. No dejé a un lado mi rol de estudiante, profesional, emprendedora, mujer, trabajadora, amiga, lo que logré conciliar con la maternidad. He trabajado con diferentes poblaciones: personas mayores, sectores LGBTI, habitantes de calle y mujeres.

Conocí la sororidad entre las mujeres en mi ámbito familiar. Fuimos cinco hermanas y un hermano menor. Nos hemos apoyado emocional y económicamente para que cada una lograra ser profesional y especialista. El empoderamiento vino por parte de las enseñanzas de mi padre y de mi madre. Ella y él nos enseñaron a luchar por lo que queríamos sin dañar a nadie en el camino y dando lo mejor. Esto lo afiancé al encontrarme en el camino de mi vida con mujeres maravillosas que me enseñan cada día que la sororidad y el empoderamiento entre mujeres hace transformaciones.

Lucho por los derechos de las mujeres, por que tengamos igualdad real y efectiva en relación con los hombres; lucho por cambiar los imaginarios que nos agobian y para que haya un el lenguaje incluyente y no sexista; contra los estereotipos y las violencias de género que tienen una expresión específica en nuestro ser femenino; lucho contra los tabúes sobre la sexualidad. Y lo hago mientras cumplo cualquiera de mis roles o en uno u otro lugar en el que me encuentre: en mi núcleo familiar, mi hogar, con mis amigas y amigos, en el espacio de trabajo y en los proyectos de emprendimiento.

En las reuniones con amigas, amigos y familiares no faltan la canción de los derechos de las mujeres y el análisis en algunas tonadas y chistes.

Con respecto a la crianza de mi hija, trabajo por empoderarla, con el fin de que aprenda a tomar sus propias decisiones. Juntas, hemos deconstruido el amor romántico, con el propósito de que genere expectativas reales sobre sus relaciones de pareja. Hablamos abiertamente sobre su sexualidad y sus derechos sexuales y reproductivos. Un día, la llevé a que escogiera su método de planificación. que, debido a prejuicios, me costó que ella aceptara, más que cualquier otra cosa que haya hecho en mi vida, pero, lo hice con la plena seguridad de que era una de las conversaciones más relevantes en la educación de una joven.

Mi hijo, a su corta edad, debe saber que cuando las niñas dicen no, es no y ver a las mujeres no como objetos sexuales, sino como sujetas. Con él, he reforzado, a diario, sus responsabilidades en el hogar. Procuro que no replique la cultura patriarcal y machista a la que se encuentra expuesto con la televisión, la tecnología, la música, la familia, las relaciones entre pares, etc.

El universo me dio la oportunidad de volver a las comisarías de familias a sensibilizar a las y los funcionarios sobre los derechos de las personas LGBTI; igual, a la policía metropolitana en 10 de las localidades de Bogotá. Cada vez que mi trabajo me lo permite, una de mis labores favoritas es entregar los procesos con enfoque de género a las funcionarias y funcionarios que atienden a las mujeres en materia de sus diferencias y diversidades, pues, ellas y ellos han tenido mucha resistencia a cambiar de mentalidad y siguen replicando los estereotipos de género, los imaginarios y estigmas, de manera que vulneran los derechos de las mujeres.

Mi trabajo también me permitió participar de marchas por los derechos de los sectores LGBTI y por los derechos de las mujeres, el 8 de marzo. Me ha permitido,

además, tener el tiempo para disfrutar de los eventos de conmemoración de los sectores de mujeres campesinas y rurales, mujeres lesbianas y bisexuales y el «Lesbiarte». A este último he asistido por 4 años consecutivos; también, he participado en actos de mujeres adultas y mayores, gitanas, afrodescendientes, afrocolombianas, raizales y palenqueras. El año pasado, impulsé el encuentro con mujeres habitantes de calle.

Tuve la oportunidad, única en mi vida, de ser psicóloga de uno de los centros de atención para personas habitantes de calle. Este fue el trabajo por el que me levanté tan feliz ese día, después de estar sin empleo por ocho meses. Al llegar a ese lugar, daba la impresión de ser una oportunidad de situaciones complejas, pero, a la vez, de nuevos comienzos, para mí, y para las personas que se encontraban en esta situación de habitabilidad.

A las mujeres habitantes de calle se les invisibiliza, discrimina y segrega por no cumplir con los roles y los estereotipos de género. La mayoría de las veces, no ejercen sus derechos, ya que la sociedad y las instituciones no las tratan como ciudadanas y, sobre todo, ellas mismas no se sienten sujetas de derechos. La sociedad las señala sin reconocer que detrás de cada una de ellas hay una historia de vida marcada por violencias: sexuales, físicas, psicológicas, verbales, patrimoniales, económicas y de género, que las han llevado a tener que optar por la calle. Este lugar, que ahora es su habitación, se ha negado a las mujeres durante siglos y ha sido patriarcal, machista y violento.

A algunas mujeres, el consumo de sustancias psicoactivas las ha llevado a vivir en este espacio; a otras, que no eran consumidoras, la calle las condujo a las drogas y eso las ha vinculado aún más a ese lugar; unas más, han llegado allí siguiendo a su pareja habitante de calle o resultaron expulsadas abruptamente de sus hogares debido a su identidad de género o a su orientación sexual y se han convertido en habitantes de calle; no hay que olvidar que la habitabilidad en calle es multicausal. Sin embargo, necesitamos que la calle sea un lugar seguro para las mujeres que habitan el Distrito Capital, para todas; es preciso transformarla para que todas nos sintamos seguras en él, tanto las mujeres habitantes de calle, como otra cualquiera, en sus diferencias y diversidades.

Los muchos cuestionamientos que me he hecho en mi vida me llevaron a comprender que soy una feminista activa en mi cotidiano vivir. Si bien no nací con las

teorías del feminismo, sí lo hice con el feminismo cotidiano que trabajamos en el colectivo *Diosas que Sanan* y lo he afianzado en las teorías del feminismo en general. *Diosas que Sanan* ha sido una experiencia única en mi vida al encontrarme de nuevo con la sororidad entre las mujeres. Mi camino se ha juntado con el de unas mujeres preciosas con las que inicié este proyecto de vida personal, y comunitario. Cuidamos de nosotras mismas y de las demás mujeres que toquen nuestro camino, en el diario vivir y en lo que hoy llamamos el feminismo cotidiano.

Feminismos cotidianos = caminando la vida

Los feminismos cotidianos son los feminismos que caminan, se mueven y transmutan. Por ellos, circula la realidad, se transfigura y nunca vuelve a ser la misma. Soy, en este momento, gracias a los feminismos cotidianos; soy, gracias a esa vivencia diaria que, sin saber, me hizo una mujer que habla duro, se indigna ante la injusticia, llora de rabia y busca la igualdad. Ser una mujer feminista se lo debo a la vida, a mi familia y mi realidad, aunque, a lo largo de mi crianza y en mi transición a la adultez, ignoraba que existía el feminismo.

Crecí en una familia muy humilde en un barrio popular. Cursé los primeros dos años de mi escolaridad en una escuela hecha de casas prefabricadas. Detrás de la escuela, estaban las montañas; detrás de las montañas, el río Bogotá y bosques gigantes de eucalipto que llevaban a la vía Mondoñedo, en Soacha, Cundinamarca. Yo pensaba que vivía en el fin del mundo. Cada vez que me paraba en la montaña y veía el caño, que llevaba al río, pensaba: «de aquí para allá, no hay nada más».

Crecer en un barrio que apenas está surgiendo hace que la unión de la comunidad se dé como mecanismo de supervivencia. En Ciudad Latina, no había agua potable; entonces, la comunidad se reunió y creó un pozo. Nos organizamos. Se abría la tapa una vez a la semana y toda la gente, niños, niñas y adultos íbamos y veníamos con canecas, baldes y ollas llenas de agua para la supervivencia de una semana. Mi papá andaba metido en todo. La navidad se organizaba en conjunto, las novenas, el día de las velitas. Todas estas prácticas de cuidado comunitario hicieron que creciera en mí un afán de dar y hacer para todos y todas.

Somos una familia de seis: cuatro mujeres y dos hombres. Nuestro cuidado estaba a cargo de mi mamá, una mujer que compartió su vida con un hombre alcohólico

al que tuvo que asistir más que a sus cuatro hijos. En lo público, él era un líder social, un hombre que cuidaba a los otros, aunque nadie hubiera creído las violencias físicas y emocionales a las que sometía a su familia. Violencias impartidas en razón del género: «yo soy el jefe de la casa»; exigencias de masculinidad constante a su hijo y exigencias de estereotipos femeninos sobre las mujeres: «se está descuidando y está gorda», «no sea cochina», «arregle la casa».

A causa de esto, mi mamá siempre nos dijo: «uno de mujer no se puede quedar en la casa esperando que le den, hay que salir a trabajar, tener sus propios ahorros, hay que estudiar, hay que comprar lo propio...». Así, entre unos y otros consejos, que en su mentalidad nos alejarían de las violencias de un hombre, se fue forjando en mí la idea de independencia económica y la autonomía sobre las decisiones que atañen a mi vida.

Pero, resulta que la vivencia de esos feminismos no es lineal y armónica. Está llena de conflictos y desencuentros constantes, ansiedades, miedos y penas. El lugar que le generó más conflictos a mi mamá debió ser su relación de pareja. Su exigencia constante de una relación monógama que llegaba a unos oídos sordos. La vigilancia constante de cuidar a un hombre y defender un hogar que estaba solo en manos de ella. Tal vez, ese problema también lo aprendí. Así, el mayor conflicto para vivir el feminismo cotidiano lo he encontrado en el amor de pareja. Esto no significa que no haya grises en otros ámbitos como la maternidad y las relaciones laborales con algunas compañeras.

Los aprendizajes tradicionales sobre el amor se han desencontrado de manera constante con el feminismo que camina por los pasillos de mi casa, por mi cuerpo y mi vida. Al desamor le debo encontrarme con el feminismo, tratando de superar el dolor que deja la idealización de un hombre que es tan humano e imperfecto como yo. Todas superamos el dolor de maneras diferentes: lloramos, gritamos, hablamos, nos encontramos, nos encerramos. Yo, que no creo en la existencia de un Dios o espíritus metafísicos, cuando estoy triste, no tengo de qué asirme. Por lo tanto, la academia se me ha vuelto el lugar en el que reflexiono y me transformo, de adentro hacia afuera.

Me reconocí feminista y mujer naciente haciendo una maestría en Estudios de Género. Ya no solo me encontraba con el dolor del desamor, sino con la muerte cotidiana de una parte mía. Con cada nueva teoría, se caía y crecía un nuevo pedacito

en mí. Crecer en el feminismo no fue nada armónico. Todos los días, las conversaciones con las teóricas feministas me interpelaban la manera como veo mi cuerpo, mi maternidad, mi relación con mi madre y hermanas y, lo peor de todo..., me interrogaban a diario en el punto que más me dolía: mi relación de pareja.

Así llegué al feminismo, sin saber que había crecido rodeada de lo que hoy en el colectivo *Diosas que Sanan* decidimos nombrar como *feminismos cotidianos.* Para vivir el feminismo, no hace falta aprenderse la cartilla de memoria, pero, sí, dar un nuevo significado a las enseñanzas culturales que nos han hecho daño desde pequeñas, esas exigencias como lavar la loza, la ropa, tener una pareja y vivir en un hogar heteronormativo de «mamá, papá e hijos», ser una buena niña y sentir envidia o miedo de que la otra nos quite el marido. O revalorar las exigencias que se han hecho sobre mi cuerpo, la manera como nos sentimos cuando somos felices, cuando hacemos lo que queremos y no lo que nos toca porque es el «deber ser» normativo.

Estas rupturas en lo personal son la amplitud del movimiento feminista que Kate Millett posicionó en los pasados años 70 bajo el lema lo personal es político» En este punto, es necesario precisar que su propuesta no la hace en el sentido marxista, sino a partir de la epistemología feminista. Es decir, ubicándonos en un lugar situado: lo que Sandra Harding, Norma Blázquez y otras cientistas sociales han llamado la *epistemología del punto de vista*:

> (...) las críticas feministas a la epistemología tradicional de las ciencias naturales y de las sociales muestran que esas teorías del conocimiento se basan en el punto de vista masculino del mundo, por lo que se enseña a observar solo las características de los seres vivos o de los seres sociales que son de interés para los hombres, con una perspectiva androcéntrica y distante (Blázquez Graf, 2010, pp. 21-39).

Los feminismos cotidianos se ubican en esta postura: sostienen que el mundo se representa a partir de una perspectiva particular situada socialmente y que se basa en una posición epistémica privilegiada. Cuestiona las suposiciones fundamentales del método científico, sus corolarios de objetividad y neutralidad, así como sus implicaciones; pone en duda la utilidad de algunas mediciones cuantitativas y los métodos que trazan una distancia entre quien conoce y lo que se conoce; destaca el conocimiento situado basado en la experiencia de las mujeres, esa que les permite un punto de vista diferenciado del mundo (Blázquez, 2010, p. 29).

La propuesta de los feminismos cotidianos responde a una postura del feminismo en el camino. El feminismo que circula en el diario vivir, no como un devenir de situaciones inconscientes, sino lo cotidiano consiente; esto es, cuando nos preocupamos por los otros, aquellos que, en las diferencias, terminan siendo los nuestros. Las diferencias son la característica que nos une: «la teoría del punto de vista feminista demanda un privilegio epistémico sobre el carácter de las relaciones de género y de los fenómenos sociales y psicológicos en los que el género está implicado» (Blázquez, 2010, p. 30). En este sentido, somos diversas unidas en el género, somos mujeres.

En concordancia con lo que nos expone Kate Millett, lo personal es político en cuanto forma de vida. El marxismo proponía lo personal como una postura ética en torno al partido político; sin embargo, en lo privado, en el hogar, eran las mujeres las que desempeñaban el papel del proletariado (Puleo, 2010). Teniendo en cuenta esta situación, es preciso sacar de las vivencias personales todo lo político y, más bien, volver posiciones políticas las decisiones que tomo sobre la manera como asumo la vida.

De nuevo, es importante subrayar que estas vivencias en los feminismos cotidianos, que hacen parte de esa postura ética y política, no son armónicas. Las mujeres que viven los feminismos cotidianos se encuentran en una tensión constante, precisamente desde ese lugar en el que se ubican: Me empecé a autodenominar como mujer feminista, sin sentir temor, pena o miedo de decirlo en voz alta, cuando reconocí que el feminismo busca equiparar las oportunidades para garantizar los mismos derechos en hombres y mujeres, para niños y niñas; he perdido «amigos y amigas» y me he encontrado en discusiones de mesa en las que me reconozco feminista en voz alta. Pero, el feminismo cotidiano me lleva a entender que, en esa mesa de diferencias, lo que nos une es precisamente la diversidad.

El feminismo cotidiano me recoge en las diversidades, a partir de ellas he trabajado con niñas, niños, adolescentes y mujeres jóvenes. Promover el feminismo partiendo de las infancias y a lo largo del ciclo de vida hasta la juventud permite reconocer un interés innato en las personas por la igualdad y la equidad. Este interés se transforma con las vivencias, las enseñanzas y la transmisión de la cultura; por ello, se hace más difícil que algunas personas empaticen con las posturas del feminismo. Sin embargo, en la familia, en las relaciones de pareja, entre amigos, con compañeras, cuando hay empatía, hay feminismos cotidianos...

El interés por mostrar las injusticias que se viven, incluso, en lo personal: eso son feminismos cotidianos. Lo es, también, conocer el mundo a partir de la epistemología feminista y entender que, en el día a día, «lo personal es político», por difícil que sea compaginar ambos aspectos. Creer una cosa desde la teoría y darnos cuenta de que lo íntimo nos cuesta más de lo que quisiéramos, apoyarnos con amor, incluso, en estas prácticas, eso son los feminismos cotidianos. Recorriendo este camino, me encontré con *Diosas que Sanan*; construyendo lo cotidiano desde la vivencia de la sororidad, siendo muy diferentes entre nosotras mismas, pero, entendiendo que reconocer esas diferencias nos hace un conjunto. Somos mujeres que, en nuestros conflictos diarios, advertimos los dilemas generales de conciliar las posturas feministas en lo personal. Es parte de los feminismos cotidianos, el interés de llevar estas reflexiones a lo político y público; lo es, también, procurar sanar comenzando con el reconocimiento situado y personal. Eso es *Diosas que Sanan*.

Los feminismos colectivos son feminismos cotidianos

En este apartado, queremos recuperar las enunciaciones colectivas que surgen en el trabajo diario con poblaciones: infancias, jóvenes, adultas, mayores, lesbianas, bisexuales y habitantes de calle. En estas poblaciones, resuenan los feminismos cotidianos que se expanden y forman ondas, círculos y redes que se interconectan fluyendo, chocando, algunas veces, a contracorriente, lentas y rápidas, que irrigan la vida en el mundo individual y comunitario. Los procesos colectivos nutren la vida de las participantes y facilitadoras en ese intercambio sororo y transformador que construyen las mujeres en sus diferencias y diversidades cuando se encuentran.

En los acercamientos con niñas, adolescentes y mujeres jóvenes, se viven los feminismos cotidianos colectivos a partir de lo personal e íntimo, la resignificación de roles y estereotipos, la mirada crítica sobre las exigencias de belleza y feminidad que la cultura demanda desde la más temprana edad, las reflexiones en torno al amor romántico, que a veces tanto daño hace. En estos análisis niñas, adolescentes y mujeres jóvenes viven y sueñan la vida en el feminismo y desde lo femenino; esto no es otra cosa que empezar a transformar lo más personal e inmediato siendo conscientes de que es una apuesta política por la transformación social presente y futura. Las mujeres jóvenes y las adolescentes reflexionan lo personal sabiendo que todas estas decisiones sobre la manera como se visten, sienten y sueñan son apuestas políticas de transformación y cambio. Le apuestan a una existencia libre de violencias, más digna, equitativa e igualitaria, en donde se teja la sororidad.

Las mujeres lesbianas, bisexuales o que han tenido experiencias no heterosexuales viven los feminismos cotidianos cuando empiezan a reconocer las historias intimas que las habitan; los experimentan cuando las han ayudado a pensarse a partir de la colectividad y con el reconocimiento de la unidad que las hace revindicar sus apuestas por salirse de la heteronormativa social y culturalmente establecida.

Como mujer lesbiana que hago parte del movimiento con otras mujeres también lesbianas, y bisexuales y no binarias, reconozco que nos hemos enfrentado al miedo, la vergüenza y la frustración para construir la igualdad de derechos y visibilizarnos en espacios públicos y privados de los que históricamente se nos ha excluido: el arte, la literatura y la pedagogía. Los feminismos cotidianos aparecen como una posibilidad, ya que impulsan a la transformación y el posicionamiento en la agenda pública, de nuestros sentires y demandas, apropiarnos de lo público al decirlo en voz alta y hacer visible nuestra experiencia subjetiva que la ha negado y ocultado la cultura patriarcal y machista.

Las voces excluidas de las mujeres habitantes de calle nacen en sus historias de dolor, de lucha y resistencia. El feminismo cotidiano se construye al conocer sus intereses, necesidades y demandas en sus dinámicas de calle, al evidenciar la naturalización de la violencia y el abuso problemático de sustancias psicoactivas, la dependencia emocional que desarrollan con sus parejas y la expulsión en sus familias. También, al hacer visible el resultado de la exclusión sistemática que viven las mujeres inmersas en el fenómeno de habitabilidad de calle.

Los feminismos cotidianos también se viven al emprender acciones en el trabajo personal, profesional e institucional para que las voces de las poblaciones mencionadas estén en espacios de toma de decisiones en los ámbitos distrital y local. Sus potentes historias nos recuerdan que no hemos abierto posibilidades de construcción de ciudadanías plenas. Ellas tienen el derecho de ser escuchadas y reconocidas, son sujetas de derechos fundamentales, civiles, políticos y culturales, pero se les han negado, y superar esta situación requiere de un compromiso conjunto para favorecer sus vidas. Garantías básicas como el acceso al agua, al cuidado menstrual y al equipamiento sanitario son metas por cumplir como sociedad. Mi feminismo cotidiano me impulsa a actuar en favor de una vida libre de violencias para las mujeres habitantes de calle y de construir, juntas, posibilidades, sin la victimización a la que se encuentran expuestas la mayoría de las veces.

Para las mujeres adultas y mayores, el feminismo cotidiano aporta acciones colectivas enunciadas en los plantones de mujeres de la Ruta Pacífica; en ellos, se han recordado las violencias que viven las mujeres en Colombia, en sus cuerpos, comunidades y territorios. Juntarse en un movimiento a favor de la paz, la no-violencia y el pacifismo muestra caminos de posibilidad. Las puestas en escena, los silencios y las manifestaciones con carteles, los rituales y los mandalas reiteran la potencia de quienes decidieron actuar, ya cansadas del *continuum* de violencia. Estos *performances* fueron creados por las madres de la guerra que quieren ser las abuelas de la PAZ. En este compartir colectivo, los aprendizajes en el arte y la multiplicidad de feminismos que se unen y se tornan parte de nuestra cotidianidad son actos rituales que nos recuerdan que es posible activar las voces íntimas y colectivas.

A manera de conclusión

Hay más de una manera de ser feminista, como existe más de una manera de vivir. Por eso, hay, también, infinitas formas de llevar la vida correcta. Los feminismos cotidianos son feminismos andantes: circulan en lo personal e íntimo, en lo político y público, se unen en lo colectivo y en las diferencias. Ellos se reconocen en las acciones valerosas que se emprenden al transformar la vida. El feminismo, como corriente política, es revolucionario por encontrarse en las prácticas y manifestaciones del andar diario; a veces, tiene las tensiones propias del ser políticamente correcta o del *deber ser* feminista. Pero, en ese cuestionamiento, empiezan esas transformaciones tenues que se van construyendo en la decisión y la acción.

Encontrarnos en una apuesta común como feministas que no temen afirmarse en público es un acto valeroso en un país donde el feminismo se cuestiona, trivializa o tergiversa. Los feminismos cotidianos nos invitan a ser francas y directas y a no temerle a la discusión, pues, es una oportunidad para crecer. Convidan a no salir corriendo, a construir conjuntamente. En ellos, debatir, persuadir y compartir son los continuos, las permanencias creativas. Además, se valora la construcción subjetiva y el poder sentir en colectivo. En ese lugar, nos construimos como aliadas en una causa por un mundo libre de violencia, de sexismos, donde el lenguaje y la conversación cuestionen la desbordante realidad en busca de otra más humana.

Bibliografía

Badillo, A. (2015). *Una década de movilización, prácticas y manifestaciones: Ruta Pacifica de las Mujeres Santander en el conflicto armado colombiano 2001-2011.* (Tesis de maestría). Universidad de los Andes. Bogotá.

Blázquez, N. (2010). Epistemología feminista: temas centrales. En Blázquez, N., Flores, C. y Ríos, E., *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-39). México, D. F.: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

Das, V. (2008) *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Fallas, T. (2013). *Escrituras del yo femenino en Centroamérica 1940-2002*. San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de costa Rica.

Flórez, J. (2010). *Lecturas emergentes, decolonialidad y subjetividad en las teorías de movimientos sociales.* Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.

Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

La Múcura. (2017, 11 de mayo). *Propuesta para sobrevivir a la cotidianidad citadina* (videoclip). Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=Km5nlD_Pl0o

Lamus, D. (2010). *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Pinkola, C. (2009). *Mujeres que corren con lobos*. Barcelona: B.S.A.

Puleo, A. (2010). Lo personal es político: el surgimiento del feminismo radical. Kate Millet. *Mujeres en Red: El Periódico Feminista.* Consultado en http://www.mujeresenred.net/spip.php?article2061

Rich, A. (1985). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Revista Nosotras*. 1(3). Consultado en http://www.caladona.org/grups/uploads/2014/02/rich-a-heterosexualidad-obligatoria-revista_nosotras_n_3_11_1985.pdf

Ruta Pacifica de las Mujeres Bogotá. (2019). *Insistir, persistir y resistir. Prácticas y manifestaciones de las mujeres mayores en los plantones de la Ruta Pacífica de las Mujeres Bogotá*. 2017-2019. Bogotá: Alcaldía de Bogotá. Consultado en https://rutapacifica.org.co/wp/wp-content/uploads/2019/12/Libro-Insistir-Persistir-y-Resistir.pdf

Sánchez, S. (2011). *Nuevas tendencias en Trabajo Social con familias: una propuesta para la práctica desde el empowerment*. Madrid: Trotta.

Scott, J. (1993). Historia de las mujeres. En Burke P. (ed.), *Formas de hacer historia* (pp. 59-88). Madrid: Alianza Editorial.

Uscatescu, J. (2001). La cotidianidad. *Investigaciones fenomenológicas. Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*, 0(3), 211-224. DOI: https://doi.org/10.5944/rif.3.2001.5426

Veroneze, R. (2015). Ágnes Heller, cotidianidad e individualidad: fundamentos para la conciencia ética y política del ser social. *Trabajo Social*, 0(17), 131-144. Consultado en https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/54777

Wittig, M. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (J. Sáez y P. Vidarte, traductores) Madrid: Egales.

Woolf, V. (2013). *Un cuarto propio*. Buenos Aires: Losada.

DIOSAS QUE SANAN

Angélica Badillo Ramírez, trabajadora social, culturalista y artista.
Angélica Rodríguez Cardona, psicóloga, especialista en Psicología Social, Cooperación y Gestión comunitaria.
Diana Katherine Camargo Mendoza, profesional en Filosofía y candidata a magister en Estudios de Género.
Yenny Marcela Salazar Barreto, psicóloga social comunitaria con experiencias en Salud Ocupacional.

dkcamargom@unal.edu.co, angelicalizzetbadilloramirez@gmail.com, macasaba@hotmail.com, angelica14615@gmail.com

LAS MUJERES DE MI BARRIO



– ANGIE VIVIANA REYES CIFUENTES –

LAS MUJERES DE MI BARRIO

En este texto, hablo sobre Rosa, una mujer trabajadora informal que ha pasado gran parte de su vida transitando por varias violencias machistas. Esas violencias la han atravesado y, a la vez, la han convertido en una mujer solidaria que ha creado redes de apoyo entre vecinas de su mismo barrio. La historia de Rosa nos obliga a reflexionar sobre el trabajo doméstico y a replantear la remuneración salarial, tema importante en el feminismo contemporáneo, que revindica a la mujer ama de casa y le brinda herramientas para hacer de su hogar un escenario de lucha política activa.

En Colombia, la mujer trabajadora urbana desempeña un papel central, en especial, en un contexto en el que el país se enfrenta a un imperfecto acuerdo de paz y a graves problemáticas sociales y económicas. Sin embargo, muchas veces, su voz se apaga detrás de la de los hombres, quienes tienen mayores oportunidades laborales y ellas quedan aisladas en el espacio doméstico y en la cocina; dicho de otra manera, se relegan las demandas femeninas.

A la mujer ama de casa y a la que es trabajadora informal, la sociedad les niega, usualmente, su existencia; minimiza sus necesidades, ignora sus miedos y calla sus voces; además, se les convierte, muchas veces, en meras reproductoras y cuidadoras del hogar. De las condiciones de estas mujeres hablará este artículo.

Específicamente, el siguiente texto cuenta una historia, la historia de vida de una mujer ama de casa, Rosa, a quien entrevisto. Ella es hija del orden patriarcal, espera darles voz a quienes se vean reflejadas en su figura y hablar por ellas, indirectamente; con estas mujeres, existe una relación cercana que las une en varias vivencias, las atraviesa y las transforma. Ella me ha prestado, momentáneamente, su voz para transmitir su experiencia y plasmar sus sentimientos.

Lo que a ella y a ellas les ocurre, sucede no solamente con las instituciones patriarcales; el feminismo, en algunas ocasiones, ha ignorado a la mujer urbana, a la mujer ama de casa, a la mujer trabajadora que vive en las periferias y que no se siente incluida en los colectivos feministas; estos, muchas veces no funcionan como un espacio seguro y libre de prejuicios.

Pero, también, el movimiento feminista colombiano ha crecido en su participación en los espacios políticos y sociales del país. Además, se encuentra presente en las decisiones de la administración en Bogotá y se mantiene activo en épocas coyunturales. Con su presencia y su vitalidad, se han fortalecido organizaciones barriales, urbanas y rurales que trabajan de la mano con colectivos latinoamericanos y actúan de acuerdo con la realidad de Colombia. Dicha visibilidad a las mujeres y a su organización permite la construcción de espacios que disminuyen la barrera del género y que construyen políticas sociales destinadas a la reivindicación de la mujer como sujeto transformador de la sociedad.

En este artículo, uso elementos conceptuales orientados a definir la importancia del trabajo doméstico, del salario, de la inserción en el mercado laboral y de la relación de subordinación de Rosa con los hombres de su familia. Me sirvo de un texto de Silvia Federici para estructurar su historia y entender la relación del feminismo con mujeres como ella y con su trabajo.

A Rosalba, infinitas gracias.

«Las mujeres de este barrio
somos esposas, madres, e hijas,
pero, sobre todo, somos compañeras.»

Son las 3:30 am de un mañana bogotana lluviosa, fría y silenciosa, aunque en el barrio Bosa Recreo, de la localidad de Bosa, ya salen los primeros vecinos. Van apurados, malhumorados, cubriéndose de la lluvia, del frio y dispuestos a pasar las próximas dos horas de su vida en un bus de Transmilenio[1].

Bosa es una de las localidades más grandes de Bogotá. Se encuentra al sur de esta ciudad y tiene una gran cantidad de habitantes en sus calles. Uno de sus barrios como lo señalé antes, es El Recreo, donde viven Rosa y su familia. Se caracteriza por albergar población de distintas partes de Colombia y migrante, ambas, pertenecientes a la clase trabajadora. El Recreo es un barrio muy concurrido. En él, predominan los negocios familiares y de economía informal y hay varios parques, que sirven de sitio de encuentro para la recreación o las actividades religiosas. Tiene problemas de movilidad, así que son evidentes las congestiones en sus vías principales. Sus vecinos se conocen entre sí, lo que minimiza los problemas sociales a los que se enfrentan diariamente: aunque, se presentan casos de inseguridad, se tejen redes comunitarias sólidas. Es un territorio construido por lazos humanos, más que por estructuras de cemento; un lugar del que se apropia cada persona que lo camina, lo recorre, lo sufre y lo vive.

A esas horas de la madrugada, Rosa ya está despierta. Hizo desayuno y almuerzo, planchó uniformes y preparó loncheras para sus 4 hijos; antes de irse a trabajar, deja todo listo en casa, como sintiéndose culpable, por alguna razón que no termina de comprender, de tener que salir de su hogar y privarlos de su presencia. Hace unos meses, el salario de su esposo no alcanza y Rosa se dedicó a las ventas ambulantes para, según sugirió su marido, «colaborar» con dinero; claro que eso no la exonera de su labor como ama de casa.

1. *Transmilenio* es el nombre del sistema de transporte masivo en Bogotá.

En Bogotá, según cifras del Observatorio de Mujeres y Equidad de Género (OMEG), al finalizar 2018, la tasa de desempleo de las mujeres fue del 11,5 % y la de hombres, 9,5 %. Es decir, lo más posible para las mujeres es mantenerse desempleadas o trabajar desde su casa sin recibir ningún tipo de salario. Rosa y otras mujeres de su barrio se ven impulsadas a recurrir a la economía informal que, si bien no les ofrece seguridad social o salario fijo, les permite obtener un pequeño ingreso monetario y les deja tiempo libre para otras actividades, sobre todo, en su vivienda, donde se especializan en el trabajo doméstico.

Y es que el trabajo doméstico y su reivindicación salarial deben ser banderas de lucha feminista en dos sentidos. Por una parte, se debe reconocer su funcionalidad en las relaciones de producción y poner sobre la mesa el debate de su remuneración: que haya, para las mujeres que se dedican al cuidado del hogar, un salario que permita fortalecer vínculos con el capital y los demás trabajadores. El segundo sentido es que debe existir, en el feminismo, la lucha por reconocer la importancia de las labores domésticas y no relegarlas o considerarlas un fracaso político. Federici lo expone así:

> (...) reconocer que el trabajo doméstico es [un] trabajo mediante el que se produce la fuerza de trabajo nos ayuda a entender las identidades de género como funciones laborales y las relaciones de género como relaciones de producción, una maniobra que [nos] libera a las mujeres de la culpa que hemos sentido cuando hemos querido rechazar el trabajo doméstico y que amplifica la importancia del principio feminista «lo personal es político» (Federici, 2018, p. 92).

La relación de subordinación con el sexo masculino en el hogar ocurre cuando las mujeres se repliegan a las actividades de cuidado que no se comparten con sus esposos, por diversas razones; por ejemplo, porque los hombres necesitan trabajar jornadas extensas con el fin de recibir un salario completo que garantice la subsistencia a su familia y esto obedece, a su vez, a que las mujeres, cuando logran emplearse, de manera formal o informal, reciben un salario menor y que, en muchas ocasiones, no compensa el trabajo que realizan.

Sale todos los días a la misma hora, camina unas cuadras desde su casa, hasta una solitaria esquina que no se encuentra muy lejos; lleva un carrito de mercado

lleno de termos con tinto, algunos dulces y cigarrillos; a veces, va sola y otras, la ayuda su esposo; arman con dificultad la carpa donde pasará Rosa las próximas 12 horas del día, casi sin tiempo para almorzar, o para ir al baño, hasta que desmonte su negocio improvisado y vuelva a casa a seguir trabajando, pero, ahora, en las labores del hogar.

Rosa es la hija de en medio; su familia tiene una jerarquía patriarcal autoritaria, inamovible y considerada natural; allí, la criaron con la idea de que el dominio del hombre es incuestionable. Su padre, de herencia campesina, forjó futuro en Bogotá construyendo un matrimonio estable con una esposa dedicada totalmente a las labores del hogar y a tres hijos varones cuatro y a su única hija mujer, Rosa. Eso le significó a Rosa, desde su nacimiento, desventajas que se mantendrían a lo largo de su vida.

Rosa nunca tuvo elección, ni siquiera para los juguetes que recibía o la ropa que deseaba. Entre risas y bebiendo de un vaso de tinto, cuenta:

> *Mi papá, para Navidad, le compraba a mis hermanos jeans y yo añoraba uno; nunca me lo dio; me compraba telas y me mandaba a hacer vestidos donde una modista; ni siquiera, yo elegía el diseño; solo iba a que me tomaran las medidas; mis primeros jeans, los compre a los 22 años. Creo que nunca había sido tan feliz eligiendo ropa como ese día. Mi mamá, tampoco podía elegir nada. Ella nunca tuvo dinero propio. Terminábamos haciendo lo que dijera mi papá.*

En su familia, no existía el espacio para rebelarse a la autoridad del padre; incluso, Rosa se crio familiarizada con la imagen de su madre, una mujer abnegada, paciente, noble y muy fuerte, pero que jamás puso en duda una orden que diera su esposo. Tal vez, ni su papá, ni ella tuvieron la culpa y su padre solo es hijo de una sociedad machista tradicional y profundamente patriarcal. Pero, Rosa tampoco tenía la culpa y, mientras crecía, se resistía a aceptarlo.

En el relato de Rosa, hay una clara supervisión del cuerpo y del trabajo de las mujeres de su familia por parte de su padre. Eso puede entenderse en dos sentidos: según la perspectiva feminista, indica una subordinación al poder económico del hombre, mediado por el salario y la vulnerabilidad en la que se encuentra la mujer al realizar actividades que no se encuentran incluidas en

la relación laboral que tiene. El otro sentido es el que entrega la perspectiva de la lucha obrera: como lo explica Federici, surge una división provocada por el capitalismo entre los trabajadores, al separar a los que ganan un salario, de los que no:

> La clase capitalista ha mantenido su poder mediante un sistema de dominio indirecto, que divide eficazmente a la clase obrera, en el que el salario se utiliza para otorgar poder al hombre asalariado sobre los no asalariados, empezando por el control y la supervisión del cuerpo y el trabajo de las mujeres (Federici, 2018, p. 92).

El machismo la enfrentó y la venció cuando ella tenía, si acaso, 12 años y su padre sentenció, como un verdugo carente de afecto, o de sentimientos, su destino: «usted no va a estudiar más, Rosa; usted tiene que quedarse en la casa porque su mamá está enferma, necesita cuidados y que alguien haga oficios; yo, a usted, no le pago más colegio». Rosa peleó, intento pedir ayuda en su colegio y desafió a su papá, pero, a los 12 años, dependiendo enteramente de él y sin una red de apoyo lo bastante cercana o fuerte, terminó cediendo. Rosa abandono la escuela a esa edad, se dedicó a lavar ropa, a planchar y a cocinar, mientras sus hermanos hombres solo se preocupaban por estudiar o trabajar.

El trabajo doméstico, incluso en la izquierda anticapitalista, no se valora, ni se tiene en cuenta como un campo fértil de la batalla contra la explotación; además, se considera ligado, irreductiblemente, a la mujer y se asocia con el amor y la «naturaleza femenina», como si el trabajo que hacen Rosa y muchas otras mujeres cuidando niños, cocinando y lavando no tuviera una influencia en la fuerza de trabajo que llega a fábricas y campos:

> Marx no reconoce en ningún punto de *El capital* que la reproducción de la fuerza de trabajo implica el trabajo doméstico no retribuido de las mujeres –preparar la comida, lavar la ropa, criar a los hijos, hacer el amor–. Por el contrario, insiste en representar al trabajador asalariado como un ente que se autorreproduce (Federici, 2018, p. 57).

Federici hace énfasis, también, en la necesidad de replantear el tema del trabajo doméstico como núcleo importante de los debates feministas y en extender esa preocupación y el análisis correspondiente a los espacios revolucionarios. Aclara

que, usualmente, las mujeres y el trabajo del cuidado del hogar se han silenciado y encerrado en la cocina o en el lavadero, de manera que se ha suprimido un eje fundamental en la unión de los trabajadores:

> Desde Lenin, hasta Juliet Mitchell, pasando por Gramsci, toda la tradición de izquierdas ha estado de acuerdo en la marginalidad del trabajo doméstico en la reproducción del capital y en la marginalidad del ama de casa en la lucha revolucionaria. Según la izquierda, como amas de casa, las mujeres no sufren el capital, sino que sufren por la ausencia del mismo (Federici, 2018, p. 27).

No existieron cuestionamientos de su madre, ni de sus hermanos, a su padre. Rosa debía ir pensando en ser ama de casa y para qué perder tiempo en el colegio. A veces, me cuenta entre risas y un poco de melancolía en los ojos, que hubiera querido estudiar diseño de modas y que sus hermanos repetían años y los cambiaban de colegio; ella, mientras tanto, aprendía las labores del hogar.

Rosa quedo embarazada joven. Otra vez, sus sueños se postergaron. Al cumplir la mayoría de edad, comenzó a trabajar medio tiempo y a estudiar para validar el bachillerato; conoció al que sería su futuro esposo y padre de sus hijos. Intentó seguir estudiando, pero, de nuevo, la presión social y familiar la hicieron desistir: «usted, qué se va a poner a estudiar embarazada», «usted tiene que cuidar a su hijo», «eso, mejor quédese en la casa». Rosa se casó para cumplir las convenciones que exigía su padre, aunque, ella estaba enamorada y no puso en duda la decisión del matrimonio; sería injusto no aclarar que sí influyeron su embarazo y el miedo que le generaba una maternidad sin un núcleo familiar.

El formar una familia implica, para muchas mujeres, pasar de depender económicamente del padre, a pasar a depender del esposo y de su salario: las mujeres, usualmente, se encargan del cuidado del hogar, mientras sus esposos trabajan. Al tener hijos, quien debe sacrificar su vida laboral, por lo general, son las madres, quienes asumen las tareas del hogar y las labores de cuidado. Así lo presenta el Observatorio de Mujeres y Equidad de género:

> El Trabajo Doméstico No Remunerado (TDNR) ha sido realizado, tradicionalmente, por mujeres y ha sido poco valorado, porque, [por lo general, se hace] sin recibir remuneración monetaria a cambio (DNP, 2017). Según la Gran

> Encuesta Integrada de Hogares (GEIH) del DANE 2018, en Bogotá, las mujeres utilizan en promedio 5 horas y 33 minutos diarios para el [TDNR], mientras que los hombres, en promedio, utilizan 2 horas y 22 minutos, una brecha que se mantiene, independiente de su edad o escolaridad (SDM, 2019).

De una u otra forma, el trabajo doméstico se considera como una condición natural de las mujeres y poco se sabe de su origen y su importancia en la reproducción de la fuerza laboral, Federici explica que su existencia y su origen son resultado de reformas laborales históricas que desplazaron a las mujeres de las fábricas y las movilizaron a sus hogares:

> Hoy en día, muchas personas consideran que el trabajo doméstico es una vocación natural de las mujeres, tanto que, a menudo, se etiqueta como «trabajo de mujeres». En realidad, el trabajo doméstico, tal y como lo conocemos, es una creación bastante reciente, que aparece a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, cuando la clase capitalista de Inglaterra y de Estados Unidos, presionada por la insurgencia de la clase obrera y necesitada de una mano de obra más productiva, emprendió una reforma laboral que transformó la fábrica y, también, la comunidad y el hogar y, por encima de todo, la posición social de las mujeres (Federici, 2018, p. 69).

Ella formó un hogar que se mantiene hasta hoy. Tuvo 4 hijos, se dedicó a cuidarlos y, al igual que su madre, al trabajo doméstico. A veces, trabajaba medio tiempo en otras labores, pero, tenía que estar pendiente de sus hijos aún pequeños; el tiempo, no le alcanzaba y le preocupaba descuidarlos, que la necesitaran y ella no estuviera presente. Rosa renunciaba a cualquier trabajo y sacrificaba, de esa manera, su independencia económica, pero, garantizaba que su esposo pudiera dedicarse 12 horas al trabajo en una fábrica, sin que tuviera que pensar en la crianza de los niños, la comida, o la limpieza.

Federici ya nos hablaba del peligro de invisibilizar las labores domésticas: «no reconocer el trabajo que las mujeres llevan a cabo en casa es estar ciego ante el trabajo y las luchas de una abrumadora mayoría de la población mundial que no está asalariada» (Federici, 2018, p. 30). Aceptar su planteamiento obliga a dividir a la clase explotada entre asalariados y no asalariados, de manera que se construye un antagonismo que termina por fracturar movimientos obreros que ven en los no asalariados personas que viven de sus sueldos sin trabajar.

Y es que, al destinar a las mujeres al cuidado del hogar, también retrasamos su inserción en el mercado, de manera que ellas se convierten, como se mencionó antes, en reproductoras de la fuerza laboral, pero, subordinadas necesariamente al hombre como proveedor de bienes y servicios. La falta de independencia económica es una forma de mantener una estructura en la que el hombre es dominante y decide sobre los actos y la corporalidad de las mujeres y que ha impedido, en muchas ocasiones, que los hombres renuncien a condiciones de explotación en sus trabajos:

> [La] falta de salario [en las mujeres] y [su] dependencia del ingreso económico de los hombres les ha mantenido a ellos atados a sus trabajos, ya que si en algún momento querían dejar el trabajo, tenían que enfrentarse al hecho de que su mujer e hijos dependían de sus ingresos (Federici, 2018).

Los hermanos de Rosa son ahora profesionales y especialistas, tienen una calidad de vida mucho mejor que la de ella y, aunque podríamos hacer un rastreo que identificara varias causas de su diverso destino, para ella no existen dudas: «mis hermanos sí pudieron salir adelante porque tuvieron el apoyo de mi papá; a mí, se me paso la vida limpiando y cocinando sin salario; si hubiera estudiado, ahorita, de pronto, mi vida sería diferente».

Si para las mujeres, en general, resulta difícil acceder a igualdad de empleos y salarios, en comparación con los que tienen los hombres, aquellas que no cuentan con niveles educativos altos encuentran una barrera aún más resistente a la hora de poder trabajar, lo que hace que haya, para ellas, un ciclo difícil de romper de pobreza y desigualdad. El no acceder a educación secundaria y universitaria determina para muchas mujeres sus condiciones materiales y el lugar que ocupan en una sociedad que sigue reproduciendo conductas abiertamente machistas. Para Rosa, el no contar con apoyo económico para estudiar y trabajar fuera de casa fue el aspecto que determinó su destino.

El Observatorio de Mujeres y Equidad de Género habla del tiempo dedicado al trabajo doméstico no remunerado. Nos dice lo siguiente:

> [El] impacto negativo [del] tiempo dedicado al TDNR también lo asumen las mujeres al no poder acceder a oportunidades de trabajo remunerado que les permitan ser independientes y gozar plenamente de sus derechos,

> por lo que esta labor continúa siendo fuente de discriminación económica y social, que acentúa las brechas para la autonomía económica y la toma de decisiones de las mujeres (SDM, 2019).

Rosa pasó la mayor parte de su vida en el hogar, especializándose en las labores domésticas, sin recibir salario por su arduo trabajo en las labores de cuidado y dependiendo del salario de su padre y, luego, de su esposo.

Con respecto a lo anterior, de la historia de Rosa podemos concluir, a grandes rasgos, que la familia tuvo importancia en la reproducción de comportamientos machistas, tanto en Rosa, como en sus hermanos; la familia, como primer espacio socializador, impuso barreras, mediadas por el sexo y el género de Rosa e instauró un «deber ser» que influyó en la construcción de identidad y en la transformación de sus posteriores relaciones con hombres y mujeres. Como dice Silvia Federici,

> La familia es, esencialmente, la institucionalización de nuestro trabajo no remunerado, de [la] dependencia salarial [de las mujeres con respecto de] los hombres y, consecuentemente, la institucionalización de la desigual división de poder que ha disciplinado tanto [las] vidas [de ellas] como las de los hombres (Federici, 2018, p. 34).

***

Son las 6:30 de la tarde. Fumando un cigarrillo y tomándose un tinto, Rosa cuenta las ganancias del día; no son muchas y debe dividirlas entre los gastos de inversión y sus propias utilidades; además de asignar una parte a un pequeño fondo que creó para sortear imprevistos de sus vecinas y amigas; pero, lo importante, es que tiene ingresos que considera propios y le permiten compartir con su marido algunos gastos del hogar.

Y es que este pequeño trabajo ha significado para ella la trasformación de su relación de dependencia con su marido. Aunque el valor que obtiene no resulta cuantioso, representa, de una u otra forma, la liberación de la autoridad familiar. Tal vez por eso, no le molesta trabajar más de 12 horas diarias fuera del hogar y otras cuantas, de puertas para dentro, lavando loza, haciendo comida o estando al cuidado de sus hijos.

Pero, es innegable que es una carga extra, que el trabajo doméstico reduce sus horarios de descanso y que, prácticamente, se concibe como un segundo trabajo sin ningún tipo de remuneración, pero, sí, con un peso moral fuerte: no hacerlo, trae consigo críticas y problemas en su entorno familiar.

Rosa no es la única mujer en el barrio con una historia atravesada por la estructura patriarcal imperante en la sociedad. Hay otras que, además, viven la violencia de género. Rosa hace parte de nuestra historia porque su trabajo se convierte en el hilo con el que se tejen otras vivencias de mujeres trabajadoras, que se concentran en la pequeña caseta de Rosa[2]. Todos los días, llegan a tomar un tinto, a hablar, pero, sobre todo, en forma espontánea, a crear redes de apoyo. En eso se ha convertido su lugar, en un pequeño club de amigas y compañeras de luchas y penas, como muchas veces se reconocen.

¿Qué tienen en común estas mujeres que, por azar de la vida, se encuentran cada tarde en el pequeño local de Rosa? ¿Qué puede unirlas más que el sentimiento de vecindad?: que todas son mujeres trabajadoras de esta gran urbe que es Bogotá. En su mayoría, conforman familias con padres ausentes, otras mantienen matrimonios y familias nucleares tradicionales, unas más conviven todavía con sus padres. Son mujeres, por lo general, amas de casa, o que se dedican a labores comerciales informales; vendedoras, manicuristas, peluqueras, cocineras o niñeras. Pero, casi todo el tiempo, siguen siendo amas de casa dedicadas al cuidado de su familia.

Para un buen observador, es obvio que existe una estructura patriarcal que vulnera la autonomía económica de la mujer y perpetúa roles de género; que, además, pone en situaciones de desventaja a las mujeres dedicadas al trabajo doméstico y afianza condiciones de inequidad, pobreza y violencia.

Silvia Federici se refiere a esto cuando, además, expone en su texto la desventaja laboral que supone el estar expuestas al trabajo doméstico no remunerado:

> El que carezcamos de salario [las mujeres] por el trabajo que llevamos a cabo en los hogares ha sido también la causa principal de nuestra

2. Una caseta es un pequeño local comercial.

> debilidad en el mercado laboral. Los empresarios saben que estamos acostumbradas a trabajar por nada y que estamos tan desesperadas por lograr un poco de dinero para nosotras mismas que pueden obtener nuestro trabajo a bajo precio (Federici, 2018, p. 35).

Cuando me senté a hablar con Rosa de la vida, de los ires y venires de su propia existencia, me di cuenta de que no era la única mujer a la que la violencia, los micromachismos y, en general, el patriarcado habían atravesado sin contemplación alguna; encontré los rostros de sus amigas, de sus vecinas, de sus compañeras, todas mayores de edad, madres de familia, mujeres que, paso a paso, iban descubriendo un tipo de hermandad, de solidaridad y empoderamiento que se les negó en años anteriores.

Para mí, fue muy difícil reducir esta historia a Rosa, aunque tenía claro que sería la protagonista; pero, necesitaba las voces de estas mujeres trabajadoras y las necesitaba porque intuía que sus historias se cruzaban en algún punto, se entrelazaban y se construían a sí mismas y a las otras. Esta es mi forma de darles la voz que muchas veces se les ha silenciado.

Rosa y sus compañeras crearon lo que podría entenderse como un colectivo feminista, aunque ninguna se reconoce como feminista y ninguna manifiesta comprender el concepto o el movimiento (algunas se sienten, incluso, sumamente alejadas del feminismo, al que, en ocasiones, tratan con desprecio).

Pero, cómo podrían reconocerse como colectivo feminista, si sus integrantes no son teóricas del tema o desconocen acerca de la corriente filosófica, tan importante para la academia; tal vez, su colectivo pueda entenderse como una hermandad donde existe una red comunitaria vecinal que inició con pequeños favores entre compañeras, que suponían préstamos de dineros y, ayudas con comida; y, luego, escaló brindando apoyo, entre todas, para buscar oportunidades laborales; aun, acompañamiento en decisiones tan importantes como denuncias por maltrato o interrupciones voluntarias del embarazo.

Ella y sus amigas crearon una red de apoyo de vecinas que funciona como lugar seguro en medio de la hostilidad patriarcal, como escape a las violencias machistas que viven estas mujeres (amas de casa o empleadas informales); ha logrado consolidarse en el pequeño barrio como un referente para otras

mujeres, que recurren a este pequeño puesto de tintos en procura de ayuda o, simplemente, para ser escuchadas.

Es importante destacar estas iniciativas de acciones públicas, pues, pueden existir formas de resistencia comunitaria en las que se reivindiquen experiencias solidarias que permitan a varias mujeres construir futuros colectivos articulados entre sí. Dice Federici:

> (...) bajo la presión de la crisis económica, se multiplican las iniciativas en defensa de nuestros bienes comunales naturales (tierras, agua, bosques) y la creación de prácticas de «construcción de lo común» (cooperativas de consumo, ollas populares, huertos urbanos). También es significativo que «a pesar de la colonización y la transferencia tecnológica, mujeres del Tercer Mundo ajenas al vínculo monetario siguen cubriendo el grueso de las necesidades cotidianas del mundo» y que lo hagan con insumos tecnológicos muy limitados, a menudo, en tierras públicas desaprovechadas[3] (Federici, 2018, pág. 103).

Desde mi papel como educadora, veo en estos espacios barriales la semilla para construir organizaciones populares feministas o con enfoque de género, encaminadas a fortalecer lo que ya hace Rosa. Puede hacerse con programas más ambiciosos que abarquen la alfabetización de las mujeres y la formación política, apoyados siempre en las necesidades reales y concretas de las mujeres del barrio; articular esas iniciativas a la lucha obrera y anticapitalista y tendiendo puentes con otros colectivos, de manera que las demandas no sean antagónicas entre sí, sino que se puedan conciliar en el marco de la interseccionalidad.

Rosa es una mujer que ha transitado por muchas violencias urbanas y ha logrado empoderarse obteniendo un salario; sigue reconociéndose como ama de casa, no se considera feminista, pero, acompaña a diario, cuida y ayuda a otras mujeres. Rosa es mi mamá. La mujer a la que le debo todo y de la que aprendo cada día. Por ella, por todas y por su lucha desde las cocinas, vale la pena para mí el feminismo.

3. Los textos que aparecen entre comillas en la cita textual son de Ariel Salleh y Sivia Federici, a quienes referencia Federici (2018) (nota de la autora).

Bibliografía

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo.* Madrid: Traficantes de Sueños.

Secretaría Distrital de la Mujer, SDM. (2019, 22 de julio). 22 de julio: *Conmemoración del Día Internacional del Trabajo Doméstico No Remunerado*. Comunicado de prensa. Consultado en http://www.sdmujer.gov.co/sites/default/files/No.0022-Dia-del-Trabajo-Domestico-No-Remunerado-2019.pdf

ANGIE VIVIANA REYES

Estudiante de último semestre de Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, con experiencia en trabajo voluntario en organizaciones barriales y de educación popular.

angiezzureyes@gmail.com


origen - Voces - Colectividad
Esperanza - sueños - cuerpo
Nuestro propio rastro
Voz propia para contar
Voces y palabras de todas
Reconocerse
No estamos solas en el mundo
Parar y retornar

– IRLENI MILENA CORREDOR ROBLES, LUZ MARY CUERVO PLAZAS,
DEICY MARIANA PÉREZ RIVERA, ADELA ÁVILA RODRÍGUEZ,
TANIA ESPITIA BECERRA, GINA CAROLINA BRIJALDO OLARTE
Y LADY CAROLINA PEÑA ESPITIA –

TEJIDO SALVAJE

COLECTIVO MALINCHES

Tejido salvaje es un ejercicio de creación colectiva. En él, se entrelazan las preguntas por lo femenino, el retorno al origen y la mirada a lo ancestral. El resultado es, y por ello el título del escrito, una construcción narrativa y poética que se alimenta de la teoría y de las historias de vida y vivencias personales de un grupo de mujeres reunidas en torno a la investigación literaria. En esta propuesta, se combinan textos creativos con reflexiones teóricas basadas en diversas corrientes del feminismo contemporáneo.

***

Este texto-tejido es un árbol de raíces profundas: un clan de mujeres nacidas en Boyacá, descendientes de gente campesina que habitó sectores rurales tanto de este departamento, como de Santander. La mayoría de nosotras, contemporáneas en edad y todas, con características socioeconómicas, culturales y religiosas comunes. Algunas crecimos siendo víctimas de algún tipo de violencia ejercida en el seno familiar y otras, siendo testigos de la manera como el discurso patriarcal de los 'hombres de la casa' debía acatarse y, con ello, se imposibilitaba cualquier oportunidad de diálogo.

Con un trasfondo tan único, pero, al mismo tiempo, tan latinoamericano como ese, sería lógico pensar que el destino como mujeres podría ser el de perpetuar

el rol que por generaciones nos ha sido asignado, en general: criar los hijos, cumplir con los oficios de la casa o realizar tareas agrícolas. Sin embargo, es el encuentro con la vida universitaria lo que nos permite a las autoras coincidir en un tiempo y espacio perfectos para conocernos y compartir nuestras historias de vida, de manera que logramos establecer vasos comunicantes para *decir* y *nombrar* nuestros mundos propios mediados por la creación artística, la crítica literaria, la danza y la traducción de obras literarias exquisitas, pero, desconocidas en el mundo de la Academia.

Hay discursos subjetivos que se apoyan en la frase «lo personal es político» y que los acogemos. Obedecen al hecho de que los cuerpos son espacios políticos porque en ellos hay huellas de crueldad, de abuso y atraviesas situaciones que no afectan únicamente a cuerpos individuales, sino a un tejido social femenino. Lo que ocurre en el cuerpo de una mujer, sucede en la vida de otras; por eso, lo personal es político. Varios movimientos y momentos respaldan dichos discursos: movimiento de la igualdad, movimiento de la diferencia, concepción de signo a través de la historia, feminismo negro e indígena, redefinición de género como un aspecto personal de la identidad; también, autoras feministas: Julia Kristeva, Judith Butler, Virginia Woolf, Helen Cixous y otras, a las que conocimos de la mano de la escritora, traductora e investigadora de lenguaje y cuerpo Juliana Borrero, coordinadora del grupo de investigación *Lenguaje y Paz* de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), de Tunja. En nuestra cofradía, se abrió una nueva puerta al vasto conocimiento del mundo femenino, y al mismo tiempo, se construyó un lugar de efervescencia de preguntas sobre el cuerpo, el lenguaje, la escritura, el investigar-crear o lo que significa ser mujer en un mundo dirigido por estructuras patriarcales dominantes. Eso nos permitió entender que el contexto social e histórico en el que nacimos no nos impidió realizarnos como mujeres escritoras, artistas e investigadoras conscientes de nuestro rol como sujetos transformadores de una sociedad machista y misógina; supimos de la necesidad de torcerle el brazo a la historia que nos enseñaron, y de darle voz a muchas otras mujeres silenciadas desde su niñez.

Hoy, con todas las herramientas en nuestras manos, forjadas por la vida y la Academia, sintiéndonos mucho más poderosas, haciendo parte de *Malinches: colectivo de investigación y escritura*, presentamos nuestra búsqueda de la voz individual y colectiva, desde un territorio sin fronteras. A continuación, ofrecemos un tejido hecho con nuestras fibras más íntimas, en el que esperamos que muchas otras mujeres puedan reconocerse y den el salto a la manta tejida con amor que estará presta a recibirlas.

*

El alto tallo espectral,
Quemada, yerta,
Solitaria flor del páramo.

María Mercedes Carranza

Soy la que te espera, pero no tengo nada para ti. Hasta el tiempo que se arrastra por mis enaguas, es lento, estéril y carente de voluntad o de sorpresa. ¿Recuerdas cuando predecías la lluvia solo con olfatear el aire y cerrar los ojos? Hoy se te podrían fundir los párpados y carcomer las fosas nasales esperando una quimera de humedad. ¿Recuerdas la colina en la que jugabas a ser Tarzán? Whisky, el perro, era el único que sabía tu secreto, desde donde mirabas la colcha de todos los verdes que yo pudiera ofrecer, el amarillo y el abandono son los colores que ahora se esparcen hasta en las comisuras.

No has olvidado que la aventura más extraordinaria era cazar las gallinas para descubrir sus nidos antes de que los faras, la comadreja o el mismo perro lo hicieran. Te levantabas luego del primer canto del gallo, te aprovechabas de que las aves no ven y se asustan en la penumbra y que no tenían más remedio que someterse a tu voluntad. Las atrapabas y las *«tentabas»*, metías tu índice en la cola del animal y sentías el huevo, la distancia y el tiempo que le faltaba para ponerlo, las que ese día fueran fecundas, se irían contigo. Las encerrabas en la vieja canasta y esperabas el amanecer. Whisky parecía saber lo que iba a ocurrir, ladraba y movía la cola sin apartarse de la cesta.

El Sol ya había calentado mi vestido y le había quitado cualquier gota de melancolía y de aurora que tratara de esconderse a la sombra de los árboles y las flores. La hora de la cacería habría de comenzar, la competencia con tu perro sería feroz, el botín valía la pena. Había que mirar la gallina: si entreabría las alas y el pico, su tiempo estaba llegando, para asegurar el tiro, había que acudir al secreto de mamá Santana, debías volverla a tentar; le faltaban 10 minutos, pero el afán era mucho y la niñez, implacable; le echabas una pizca de sal en la cola para que no *pajareara* y saliera

corriendo a su escondite; tú y Whisky la perseguían por entre el maíz hasta que se adentraba en la colina. El reto ahí era mayor y tu instinto y el del perro se habrían de poner a prueba.

Recuerda que tus mejores amigos y compañeros de todas las guerras que imaginaste se escondían en la maleza y solo tú los podías ver, cuando jugabas a los indios y lanzabas flechas al enemigo, tu perro te miraba extrañado y saltaba como animándote por la victoria acabada de obtener, pues tu flecha había dado en el corazón del cucharo con cara de cruel enemigo. Ya te movías por ese bosque tan silente e imperceptible que descubriste a los vecinos echándose la cana al aire, empezaste a lanzarles rocas, a silbar como lo hacía el marido de la vecina que ahora se acomodaba enaguas y combinaciones a toda prisa.

¿Recuerdas que muchas veces fuiste a morir con el sol de los venados? Los conejos se escondían, las lagartijas saltaban despavoridas cuando corrías tras ellas. Las cabras caminaban y hacían sus sendas en la mitad del abismo. Ya nada de eso existe. Una mañana, el incendio se encargó de recordarnos que todo ha de ir muriendo; los zorros, armadillos, conejos que una vez huyeron de ti, no pudieron hacerlo del fuego. El tiempo sigue arrastrándose, pero nada vive ni crece en ese lugar; los caminos que recorrías sin necesidad de abrir los ojos, parecen haberse unido al humo de esos días y se evaporaron para siempre.

En los aljibes, veías nacer el agua y permanecías por horas observando y buscando serpientes, no para asesinarlas, porque ellas son benditas y las guardianas del agua; Mamá Santana te decía que, cuando nadie las veía, salían a caminar y a asustar forasteros. También, que podrían salir en forma de luz y atraerte al fondo del pozo; por eso, debías ir temprano por el agua y no mirarla mucho tiempo. Hoy, solo encontrarás los huecos de algunas rocas y el estiércol del ganado.

Adela Ávila Rodríguez

*

Tejido, escritura y retorno al origen

El arte de tejer es el lenguaje oculto de los sentidos hecho de silencio. La materia de la escritura y del tejido es la misma materia del silencio que refiere lo abismal de la vida. Ella siempre calla y espera.

Marta López Castaño

El tejido y la escritura, procedentes de la misma materia vegetal, tienen rituales similares: se abren en un movimiento cíclico parecido al de los astros. En esa apertura, se entrelazan las palabras de lo cotidiano, lo originario, lo mitológico, lo familiar y lo ancestral. Como en el revés de un tejido, brotan del silencio las vivencias de la muerte, lo oscuro y lo monstruoso. La palabra extiende sus hilos para contener la caída, para unir historias separadas. Cada ritual individual se celebra en silencio, su resultado se entrega en una especie de ofrenda para formar un gran tejido que unifica las voces y palabras de todas, y en el que pasamos de la mirada inmediata de nuestro propio rastro, a la visión general de lo que constituye la colectividad.

Escribimos para re-existir recorriendo los pasajes de las historias que recordamos. Reunimos pistas y señales conversando con las abuelas, revisando archivos familiares y fotografías y haciendo que nazcan propuestas de escritura a partir de un tejido que incluye la extrañeza y la riqueza de la imaginación.

Cuestionamos nuestro ser y nuestro actuar, el impacto de nuestra voz, el costo del silencio y de la invisibilidad como mujeres indígenas, campesinas y mestizas que somos: «¿cómo y por qué hemos perdido el acceso a este mundo que es intrínsecamente nuestro?» (Metzger, 2007, p. 90). Conversamos y revelamos los hallazgos, escribimos, nos leemos y nos escuchamos para recuperar el cuerpo-territorio y el cuerpo-tierra, tal como lo plantea el feminismo de las mujeres de la comunidad indígena Xinka, en Guatemala.

Estudiamos y narramos nuestro territorio boyacense chibcha a partir de la construcción de un puente imaginado que conecta nuestros pasados con nuestros presentes. Así, con la palabra, desintegramos las ilusorias divisiones entre tiempo y espacio, entre voces y cuerpos, entre la intangible subjetividad de la

voz individual y la verdad estática de lo general y objetivo. Permitimos que nos sorprendan los hallazgos y nos sumergimos con placer en la imaginación que el espacio de la escritura nos ofrece. Tal como lo menciona Deena Metzger, «cada vez que vamos allí, es como si no hubiésemos estado antes y, también, como si regresáramos a casa» (2007, p. 12).

*

La casa

Las dos soñamos con la casa. Ella se despertaba con la sensación de haber arreglado una casa vieja y enorme, llena de gatos, matas y recuerdos de infancia. Yo he soñado despierta con el lugar en el que habité por diez años. Imagino verlo destruido y la imagen se alimenta con la destrucción real de la casa vecina.

Tengo pocas imágenes de mi madre. Una foto en la billetera y dos o tres en el computador. Eso hace más difícil enfrentarla, porque me condiciona a recordar pocos momentos y a que nuestros únicos encuentros ocurran en los sueños.

Creo que juntas anduvimos por la vida con un apego a las casas viejas y el hecho de ser arrancadas de ellas nos condenó a la melancolía. A mi madre, ese apego la arrastraba a seguir protegiendo a sus hermanos, aunque ya ellos estuvieran cercanos a la vejez. A mí, me lanzó a la estaticidad, a no moverme de la silla, ni del rectángulo de la oficina.

Un día todo se rompió.

Mi madre, en sus sueños, termina de arreglar la casa. Yo soy arrancada de la mía por la fuerza de las circunstancias y tengo que soltarla.

Entonces, mi hermano aparece con fotos de mi madre en las que, unas veces se la ve exultante, y otras, brava con nosotros por molestarla. Unas imágenes que muestran todos esos años en los que vivíamos felices. Mi padre aparece en mi casa con la papa y la acelga que ha cosechado en su huerta.

Y pienso que no se han ido los recuerdos, ni la melancolía, pero puedo vivir con ellos, destruir la casa, desenterrarme y volver a nacer en todas las semillas que ha esparcido el viento.

Tania Espitia Becerra

*

Escribimos para los hombres en busca de su voz, de su lugar en el mundo. Escribimos para recuperar la esperanza y los sueños, para volver a creer. Escribimos para las personas que se sienten solas, incomunicadas, rotas. Escribimos para otras mujeres boyacenses, colombianas, latinoamericanas, pues, el silencio, que ha sido la única opción para muchas de ellas a lo largo de la historia, encuentra en el grito colectivo su quiebre más contundente; en él, la complicidad y el vínculo generan una polifonía imparable que resuena de maneras diversas, porque no solo se habla a través de la boca. Aunque esa diversidad tiene un contenido inacabado de posibilidades, el presente ensamble de voces contempla la escritura como un lugar para ser, decir y habitar en el mundo, bajo la siguiente premisa:

> Al escribir, pongo el mundo en orden, le doy una agarradera para apoderarme de él. Escribo porque la vida no apacigua mis apetitos ni el hambre. Escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo, para escribir nuevamente los cuentos mal escritos acerca de mí, de ti. Para ser más íntima conmigo misma y contigo (Anzaldúa, 1988).

Ahora bien, llegar a esa intimidad, subjetiva y colectiva, involucra el impulso de preguntarse por el origen, implica parar y retornar. La mirada hacia atrás permite volver a contar, reconstruir o inventar un pasado que se ha extraviado por diferentes motivos a lo largo de la existencia y al que es urgente regresar para comprendernos en el presente. Ese origen tiene muchas formas de manifestarse. Por ello, a veces, la necesidad de la autobiografía, o el llamado que hacen la tierra, el mito, el rito, la magia; o la curiosidad por la voz de la madre, los relatos de la abuela o los saberes y haceres de los antiguos; estos caminos, femeninos todos (y, no por ello, exclusivos de las mujeres), deberían ser siempre iniciales e indispensables de todo ser humano, es necesario conocerlos bien, pues son los mismos a los que se debe volver cuando el miedo de pensar en lo nuestro, como fuente real de pensamiento, creación y acción, se hace fuerte.

*

Revelaciones frente al espejo

Para descubrir el camino de retorno a la lengua que te quitaron, serás atrevida, insolente e irreverente, pero también ingenua. Volverás al origen, intentarás trazar las curvaturas necesarias para que la espiral no deje de moverse a su ritmo. Andarás hacia atrás, con los pies al revés y saliendo de tu nuca. La cabeza, en su lugar y las manos, también; no tendrás tronco, se construirá al paso.

Así, con ese cuerpo amorfo, apuntando al sur y al norte, te bifurcarás repetidamente hasta tocar alguna punta de la espiral, también bifurcada. Harás parte de un antiguo ritual: la serpiente abrirá su boca y se tragará a sí misma por la cola y renacerá en otra serpiente que se devorará, una vez más, y otra vez, y otra vez. La serpiente nunca morirá, renacerá siempre que sea necesario hasta quebrar el ciclo; ella sabrá cuándo apretar las mandíbulas, es dueña del tiempo. Ella sabrá dónde morder, es la creadora de todo.

El próximo reflejo que devolverá el espejo será el de un par de ojos de obsidiana, una lengua bífida y cabellos de hilos de agua.

Irleni Milena Corredor Robles

*

De otro lado, ese retorno también da un gran paso de transformación individual y social. Permite que, mediante voces que hablan por primera vez o a las que se ha escuchado poco, se comprenda que existen preocupaciones o pensamientos comunes y que pueda encontrarse una voz propia. A la vez, ese regreso confirma que muchos de los sentires atribuidos a la infravalorada intuición son, en realidad, herencias que habitan de manera importante el cuerpo femenino. En este sentido, el retorno al origen y la escritura se contemplan, en el presente texto, como elementos que hacen parte de una misma fibra para expresar al unísono:

I want the freedom to carve and chisel my own face, to staunch the bleeding with ashes, to fashion my own gods out of my entrails. And if going home is denied me then I will have to stand and claim my space, making

> a new culture-una cultura mestiza-with my own lumber, my own bricks and mortar and my own feminist architecture[2] (Anzaldúa, 1987).

Contar la propia historia

Todas las formas de poder nos han silenciado a las mujeres: el poder político, el religioso, el educativo, el patriarcal. Nos han enseñado a obedecer, a aceptar sin cuestionar, a actuar conforme a las normas sociales. Hemos aprendido a callar y a esperar la justicia que algún día llegará, mientras se nos ahoga la voz en la garganta. Está en nuestras manos recuperar las palabras, aferrarnos a nuestra fuerza interior, cultivar la intimidad por medio de las artes y la escritura, explorar nuestros miedos, preguntas, oscuridades y abismos. En palabras de Audre Lorde, «For we have been socialized to respect fear more than our own needs for language and definition, and while we wait in silence for that final luxury of fearlessness, the weight of that silence will choke us»[3] (1985).

La escritura es una búsqueda de eso que nos aqueja y regocija; un mar subterráneo para albergar nuestros secretos. Escribimos para escucharnos, para pensarnos, para perdonarnos, para conocernos, para entendernos, para transformarnos. Escribimos para reivindicar las historias de nuestras abuelas, madres y hermanas, mujeres que se abandonaron a sí mismas y asumieron posturas que las anulaban:

> What are the words you do not yet have? What are the tyrannies you swallow day by day and attempt to make your own, until you will sicken and die of them, still in silence? We have been socialized to respect fear more than our own need for language[4] (Lorde, 1985).

2. «Quiero la libertad para tallar y cincelar mi propio rostro, para contener el sangrado con cenizas, para forjar mis propios dioses con el material de mis entrañas. Y si volver a casa me es negado, entonces tendré que pararme firme y reclamar mi lugar en el mundo, creando una nueva cultura, una cultura mestiza con mi propia leña, mis propios ladrillos y cemento y mi propia arquitectura feminista.» (Traducción de las autoras.)
3. «Hemos sido educadas para respetar el miedo más que nuestra propia necesidad de lenguaje y definición, y mientras esperamos en silencio a ese lujo final de valentía, el peso de ese silencio nos ahogará» (Traducción de las autoras.)
4. «¿Cuáles son las palabras que aún no tienes? ¿Cuáles son las tiranías que te tragas día a día e intentas hacerlas tuyas, hasta que un día te enfermas y mueres a causa de ellas, aún en silencio? Hemos sido educadas para respetar el miedo más que a nuestra propia necesidad del lenguaje» (Traducción de las autoras.)

Escribimos para rescatar del olvido a mujeres campesinas que nunca se atrevieron a protestar y renunciaron a su libertad por mantener una tradición excluyente. A mujeres que murieron en silencio, por siempre maltratadas, que renunciaron a sus vidas por formar familias cuando no lo querían; las mismas que, en medio de las balas de la guerra, cargaron con sus hijos y lo poco que les cabía en las manos, para ser eternamente desplazadas e irrespetadas. Mujeres a quienes les despojaron su identidad.

*

Cuando llega la muerte

Cuánta escasez de sueño en el mar de la noche, en la que no queda otra cosa que añorar el pasado en el que él estaba y sus últimos momentos antes de partir para nunca volver. Cuánta abundancia de frío y de vacío en una casa de techos altos y, ahora, demasiado amplia para un alma en pena, aún viva. Cuánto dolor en sus huesitos, tía, en sus manitos llenas de cayos y deformes por el frío y la artritis. Ningún calor calienta esa casa. Por cualquier rendija, se cuela el frío y penetra las entrañas. Todas las cosas le evocan a él: su ropa, sus botas, su sombrero.

Todavía, recuerdo el caminito angosto rodeado de flores de carretón que iba de la casa vieja, a la casa nueva. A mi primo y a mí corriendo de niños por entre los pastizales, ese campo vasto que parecía un mar verde, y mi abuelita gritándonos, quizá para espantarnos, como a los pájaros de entre el maíz. En el corredor de la casa, siempre había leña. Y gallinas por todas partes, pidiendo su comida del día. En frente, una hilera de maticas sobre una tabla, de los colores más variados: rojas, amarillas, violetas... Las flores que siempre me recuerdan a mi abuelita son las hortensias de azules desvanecidos. Las flores de mi tía eran, sin duda, los narcisos, con los que hacía floreros para perfumar las piezas con su aroma dulce. Los tantos cuadros e imágenes de santos y vírgenes envejecidos por el polvo, abundaban por toda la casa, puestos de alguna manera en la pared para recordarnos su existencia.

Pero, ahora, en el silencio de esa casa, solo queda mi tía. Yo sé que su dolor es insondable; levantarse y que ya no esté el que la llama; él ya

no llega de ninguna parte, ya no se sienta en su taburete de la cocina para que le sirva su tintico en su pocillo. Y ella, dice entre lágrimas: «lo busco y no lo encuentro, lo llamo y no responde. Ya no lo volveré a ver más en esta casita». Toda su vida se acostumbró a servir a otros, a cocinar y a hacer para otros. Mi tía nunca tuvo la posibilidad de vivir por y para sí misma, su vida ha girado en torno de la vida de los demás por eso, ahora no sabe qué hacer con ella, con su soledad, su falta de apetito, su desgano, su nueva vida sola. Por eso, me duele tanto la muerte de Parmenito, no solo por su ausencia, sino porque sé que con él se le fue a ella media vida: «él se llevó mi alegría».

Y ahora, le agradezco a esas gallinas que cacarean desesperadas en la puerta exigiendo su desayuno y a las ovejas que balan en el corral y dan vueltas alrededor de la estaca, a sus pezuñas y picos que se aferran a la vida; su algarabía no atiende a la tristeza de su dueña. Ellos son el motivo más grande para que mi tía abra la puerta y siga viviendo, aun, arrastrando su pena por los caminos y potreros. Pero, Trosky, el perro de Parmenito, sabe que algo le pasó a su amo que no volvió y mi tía me cuenta entre lágrimas que él lo ha ido a buscar a la Melga, que vuelve y husmea por todas partes y aúlla con una tristeza infinita. Pareciera entender el significado de no existir nunca más. Y, entonces, pienso que es aún más difícil para él porque no hay cómo explicarle que es el ciclo de la vida, que es la voluntad de Dios, que era su momento, que ya había llegado su hora, que su amo se convirtió en un ángel de la guarda y todas esas frases que nos seguimos repitiendo para darnos consuelo.

Cuántos ideales de dioses, santos, almas benditas, rosarios, camándulas, valles de lágrimas. A cuántos crucifijos e imágenes se tiene uno que aferrar para encontrar algo de esperanza. El sueño de una vida mejor, un paraíso eterno, un Dios misericordioso que perdone nuestras faltas, que acepte cada sacrificio, cada día de escasez, de falta de agua, de falta de luz, de pérdida de cosechas, de largos veranos en los que los animales sufrían sed y hambre. Todos se le ofrecían al Todopoderoso con la única humilde y lánguida esperanza de que nos apartara un lugar en el cielo.

Mi tía le tuvo, siempre, temor a Dios y vivió con miedo de hacer su propia voluntad y tomar sus propias decisiones. Había que esperar a ver si Dios daba

licencia. Pero, Dios parecía bastante ocupado, porque nunca le respondió a sus oraciones y a sus rosarios larguísimos en la noche y a la madrugada. Mi tía se sentía muy culpable por dormirse mientras los rezaba y a mí me parecía el peor martirio. Las polillas se azotaban contra el bombillo que daba una luz tan débil que apenas nos veíamos las caras. Yo creo que a Dios también le daría sueño de escucharnos y habría preferido que nos calláramos y fuéramos a dormir.

Ahora, nada más queda ella rodeada por los recuerdos de su esposo, su sombrero envejecido, su ropa y las imágenes de él regadas por toda la finca. Él, eternamente sentado a la entrada de la casa, sentado en su puesto de la cocina, a lo lejos, dándole de beber al ganado o caminando de regreso. Ella, sola, con la única compañía de sus animales y de sus plantas, con la esperanza de morir en paz y de que Dios le perdone sus culpas.

Deicy Mariana Pérez Rivera

*

Las mujeres han llevado a cabo por siglos labores como la partería y la medicina tradicional basada en plantas originarias. Estos y otros saberes y haceres ancestrales se inscriben en un lugar simbólico donde ellas han configurado sus propios espacios cotidianos y, al mismo tiempo, lo han circunscrito a sí mismas, en un territorio expandido para el cuidado de las otredades y para el resguardo del propio ser.

De saberes y haceres

Los saberes y haceres ancestrales como la partería y la práctica de la medicina tradicional basada en plantas originarias, se inscriben en un lugar simbólico donde las mujeres que por siglos las han llevado a cabo, han logrado reconfigurar sus propios espacios cotidianos, y al mismo tiempo, circunscribirse a sí mismas en un territorio expandido para el cuidado de las otredades, pero también del resguardo del propio ser. Las mujeres, primordialmente campesinas e

indígenas, han trasmitido por generaciones su conocimiento (que desde una mirada cientificista no es lógico) a partir de la experiencia, la intuición y el contacto con la madre tierra. Ellas son sujetos que, en su mayoría, han vivido con el estigma de la inferioridad y de estar incapacitadas para opinar y tomar decisiones sobre sus propios cuerpos. Los suyos son saberes ancestrales que están al margen de la Academia. Además, son, de por sí, transgresores, tanto porque son prácticas no avaladas por las instituciones androcéntricas, como porque las realizan mujeres que viven en la ruralidad, muchas de ellas, analfabetas; esto último podría constituirse en un acto político doblemente transgresor. Los 'saberes marginales', en términos de Purificación Mayorbe, evidencian que el cuerpo, en este caso femenino, se rehúsa a ser segregado y es testimonio de resistencia desde su propio nicho cotidiano.

Cabe enfatizar que, si bien estos saberes se desestiman, sería ingenuo creer que no están cargados de una potencia que entroniza a la mujer campesina e indígena como sujeto, pues ella es, en sí misma, creadora de conocimiento. Y no teme transmitirlo, ya sea mediante la oralidad o con las mismas prácticas tradicionales y de los oficios cotidianos. Al respecto, Dulce Orellana define el concepto de vida cotidiana como lo siguiente:

> (...) el espacio donde habitan lo diverso y la unidad; así mismo, como tiempo de búsqueda de referentes ontológicos, epistemológicos y axiológicos para significar los saberes construidos desde las prácticas que dan sentidos a los pensamientos, afectos y acciones que crean la vivencia, la convivencia y –hasta– la sobrevivencia en una realidad natural, social y cultural (citada en Porras, 2015, p. 5).

Las prácticas referidas testimonian cómo la mujer que es partera y curandera, sabedora y heredera de una tradición intergeneracional ejerce un modo de ser relacional consigo misma, con la naturaleza, con otros cuerpos femeninos y con otros territorios; 'cosmocimientos', en términos de la feminista comunitaria Lorena Cabnal, quien, también afirma que «todo es relacional en la red de la vida». Es la memoria de las abuelas y tatarabuelas, cuyo legado es imperante visibilizar. Por ello, en esta reflexión teórica, lo asumimos como una manera de investigar-crear y explorar otras maneras de pensar y escribir la vida de nuestras ancestras.

*

Las aves

Esta es la casa de los animales de la clase de los monos
y de las aves que viven eternamente sobre los árboles y no conocen
el suelo en que estos están arraigados (...). Pero precisamente
esta visión de plenitud, este gigantismo de las formas,
esta falta de lugares claros, esta medrosa oscuridad impenetrable,
que causan aquellos techos de follaje, trae al
espíritu serias y escalofriantes emociones.

Alexander von Humboldt

— ¿Quiere que le cuente de aquella noche en la que una bruja poseyó a un pavo salvaje y quiso arrebatarme a mi hijo?

— ¡Pero a mí me dan miedo esas historias, abuela!

— ¿Y, entonces, de qué quiere que le cuente?

— De la magia, abuela, de la magia.

Candelaria Suárez Jiménez arregla su larga cabellera, asoma su rostro espectral al espejo, se ausculta sin pretensión. Antes de emprender el viaje a caballo para atender a la parturienta, Candelaria muele el cacao amargo que cultiva en su huerta, prepara una taza de chocolate y lo bebe a grandes sorbos. Hoy, necesita muchas calorías; sabe que, en la loma del Aljibe, el frío arrecia. Por debajo de las puertas de las chozas, se escapan murmullos ahogados:

... Bruja, hechicera...

Pero, a Candelaria, quien toda su vida fue un ave, no la alcanzan esos males de ojo. —¡Ave María purísima, apriete el paso mujer, la criatura no da espera!— Los árboles la saludan, sus follajes se abren robustos como piernas africanas. Densas ramas se mecen sobre ella. Nadie, salvo Candelaria, entra al bosque de los secretos; es en su oscuridad, donde mi tatarabuela aprendió la magia de curar a las personas.

Cuando a la parturienta se le demora la criatura, Candelaria prepara rápidamente la infusión ya aprendida: agua del ramo bendito con cogollos de escoba blanca, y teje la cruz del ramo con 5 frutos, siempre en número impar. Le da de beber a la mujer que yace sobre contracciones y dolores inimaginables. Esta es su parturienta número 20, nunca ha fracasado y esta vez no será la excepción. –¡Puje mija!– Su voz de santa, acaricia el rostro empapado de quien parece que está más en el otro mundo que en este. La infusión hace efecto, las fuentes se revientan, el océano viscoso contenido en el vientre se derrama como guarapo fermentado arrasando la mugre y la pobreza de ese útero que arde de vida. La cabeza de la criatura asoma y Candelaria, una vez más, ha sumergido su mano para inaugurar el nacimiento. -Siete flores y cinco frutos de hinojo, haga una infusión y tome varias tasas dos veces a la semana durante la lactancia.

La abuela mencionó que mi tatarabuela tenía un libro que contenía 1.500 secretos de botánica, pero que, con el tiempo, ya no necesitó usarlo, porque el bosque la iba instruyendo en la intimidad y su conocimiento ya había sobrepasado la copa de los árboles.

A la abuela hay que hablarle muy cerquita del oído. Casi siempre, repetirle la pregunta exagerando las vocales para que capture el mensaje.

— Cuando su tatarabuela Candelaria murió, me dijo un día mi abuela, me reveló el lugar donde tenía los instrumentos quirúrgicos y la bolsita de monedas que depositaba para las ofrendas de la fiesta del Corpus Christi. En la última noche del novenario, la vi pasar por el huerto de cacao, señalándome su lugar secreto–

— ¡Abuela, shhhhhh, que me da miedo!

— Era la misma estampa de su mamita.

Mamá, quien durante toda la charla espió en silencio mientras lavaba la loza, giró su rostro lentamente y abrió sus ojos verdes destellantes, perforándome como un rayo.

Gina Carolina Brijaldo Olarte

Xocolatl

Es necesario que su marido se marche para que los venados salgan del escondite. La casa es el lugar de las revelaciones, imperceptibles para el ojo de las obviedades. Habla consigo misma, solo a ella le debe una charla. Con la dulzura de quien conoce el revés de los secretos y de los oficios cotidianos, se descalza para delinear en el piso de barro la ruta de sus antepasadas. La película de las imágenes se dispara, la infancia vivida entre árboles milenarios y criaturas de nombres imposibles de pronunciar. Su obsesión por aprender de qué está hecho el universo. La conocedora, la ponedora de huevos, la recolectora de semillas. Su historia jamás escrita. La vida que ocurre en segundo plano, cuya belleza no importa a nadie. ¿En qué piensa? ¿Quién la sueña?

Humedece sus manos con saliva y se levanta las enaguas, los venados se acomodan bajo sus muslos para aparearse. La piel y las hojas de plátano tiemblan al unísono. Esta noche, necesita hablar con los ojos abiertos. Recuerdos cósmicos que datan de siglos antes de Cristo. Suda. Cuando estas epifanías la asaltan, las paredes de la casa se vienen abajo, el río invierte su cauce. Los balbuceos que aprendió de pequeña le indican el camino para descifrar sus vidas pasadas. Con la fuerza y el valor de una mujer estoica, se abre al territorio que las ancianas han zurcido para ella. La creatividad chorrea sangre menstrual y deja su estela de colores sobre las piedras y el lomo de las bestias salvajes que dormitan en el bosque disfrazado de casa.

La espiritualidad también se sirve en pocillos de cerámica acompañada de yuca asada y carne puesta al sol. La mujer que prepara el chocolate es recibida por una divinidad migratoria. El arrebatamiento. Un canto inaugural ocurre bajo su lengua orquestado por lechuzas. Algoritmos diseñados en cavernas. El vecindario duerme. Se abre el libro innombrable escrito por la cofradía expulsada de la faz de la Tierra.

Primera página: Tostar. Desvainar. Moler las pepas. Descascarar. Maíz. Agua. Moler con el molinillo dorado. Fermentar. Suspiros aromáticos chorrean de la olla hirviendo. La mujer que descifra el código prepara el xocolatl y lo bebe lentamente. Arqueólogos experimentados matarían por este secreto, pero, esto no la perturba. Estira sus piernas para alcanzar

la piedra laberíntica de cacao maduro que ha caído del árbol de su huerta. Bebe despacio. Espera pacientemente la media noche, momento en que los lobos acostumbran a cazar.

Gina Carolina Brijaldo Olarte

*

Cuando todas escriben

La palabra que no se entrega al mundo se convierte en una arenilla sumada al desierto de la aceptación y la obediencia de discursos ajenos. La palabra que se dice o se escribe, pero se esconde de la mirada y del corazón del otro, se torna en agua resbalada entre los dedos y esparcida en los riachuelos del olvido y la intrascendencia. La palabra parida y entregada al mundo es cartografía del cuerpo que se escribe y se deja ver a través de la lupa de la escritura. Cuando el cuerpo se entrega a la escritura propia y colectiva, se convierte en grito de resistencia, denuncia, tejido y transformación. Se emancipa de las verdades y las mentiras que le habían contado o se había construido para sí a manera de escudo y refugio.

Cuando el cuerpo se escribe, necesita zurcir su escritura con la de otros cuerpos para aprender y desaprender, para formar y deshacer, construir y deconstruir. Para recomponer-se y repensar-se, no como voces distantes, sino como un solo canto que recoge las melodías y los ritmos de cada voz. Y transformarse en el relieve del mapa que acaba de nacer.

*

Me vi nacer

Sal al bosque, sal enseguida. Si no sales al bosque,
jamás ocurrirá nada y tu vida no empezará jamás.

Clarissa Pinkola Estés

Prometo no regresar, ocultarme de la persecución del pasado. Que la mirada inquieta oculte el terror del comienzo incierto, que la ansiedad no se manifieste en el cuerpo paralizado. El bus se mueve, la ciudad montañosa

queda atrás. El zumbido del motor desintegra las rutas que conducen a viejos laberintos; los verdes húmedos se desvanecen en la niebla.

Siete horas de camino y me entrego al abrazo inclemente del calor. Encuentro una cama blanca, un refugio anónimo, un silencio forzado. Y otra vez, la noche, con el sonido de las ramas del árbol de mango, plácido canto y fresco zumbido en la ventana abierta. Me quedo inmóvil. Reviso el detalle de las sombras en la pared y las ramas del árbol reflejadas en mis piernas. Me muevo con la música del viento, dibujo ondulaciones en el aire. Me veo evitando el origen y huyendo de pueblo en pueblo para nacer lejos de Tunja.

En la madrugada me veo nacer, salir de mi propio cuerpo. Me veo evitando mi nacimiento, ocultando mi llegada. Me veo de pie en medio de una habitación con poca luz; levanto la camisa y encuentro un vientre hinchado, cubierto con venas y grietas pronunciadas. Abro mi vientre como si pelara una naranja y dejo caer con naturalidad las cáscaras. Veo mi vergüenza mientras nazco, la desesperanza de mi llegada. Me veo de mi propia mano, con el cabello largo y recién bañada. Me veo paralizada mientras suelto mi mano y caigo de un muro de ladrillos. Me veo caminar en corredores oscuros, reconociendo y evitando rostros. Me veo dejarme atrás; me sorprendo sonriente, escondida entre tierra negra.

Me veo en mi bisabuela Alicia, escapando de Chapinero hacia una montaña boyacense; me veo en su cuerpo débil y sin vida, a los 16 años y después de parir. Me veo en mi abuela, cocinando para los obreros en el Puente de Boyacá y en el vestido negro de su boda. Me veo en las manos de mamá, recogiendo café en Miraflores y buscando billetes en el jardín. Me veo jugando a las muñecas con cajas de fósforos vacías en el sótano del barrio Santa Lucía. Me veo extraviada a los dos años, recorriendo sin destino las calles del barrio San Francisco. Me veo aterrada, arrastrada por la caprichosa corriente del apetito ajeno.

Me veo en mi tatarabuela Jesús, escapando con el obrero de la mampostería mientras su esposo arregla el jardín de los vecinos. Me veo en mi tatarabuelo, esperando cuarenta años el fin de la aventura amorosa y recibirnos para vernos morir de pulmonía.

Panela y agua para el guarapo. Atravieso el frío de la vereda con los sorbos de leche recién ordeñada que bebe mi bisabuela. Espió mi habitación de infancia, las siluetas de mamá y la abuela en la cocina; balbucean mientras cae el agua para el tinto en la olleta y se dora la cebolla para el arroz. Regreso al callejón, al sótano húmedo, escucho el eco de las historias atrapadas en el espiral del tiempo y me entrego a la demolición.

Me enredo en las generaciones que habitaron el territorio de batalla, trescientos años en la tierra que dio fin al dominio del imperio español. Persigo la huida de las abuelas, los caminos bajo la Luna llena, los viajes en las veredas de Miraflores para celebrar el escape hasta el amanecer. Trepo el árbol de guama y busco la piedra del río donde mamá me convoca a habitar la tierra húmeda de su vientre. Atravieso los túneles del regreso; los senderos que me conectan con la rebeldía vertiginosa de las mujeres del linaje femenino; con los senderos obstruidos y la magia prohibida.

Busco en tierra blanca, en la lluvia de Ramiriquí, en los brazos de la partera Mercedes, en los petroglifos de Chi Chie Mox, en los mensajes ocultos de mis ancestros Muiscas, en el lenguaje cifrado que sembré en el futuro, en la excavación de los muertos, en la voz congelada buscando el calor, en el cuartel de fantasmas al acecho.

Viajo con un balbuceo sostenido en la evocación de orillas y caminos, a la deriva y entre la conquista inconclusa. Me busco en una noche prolongada. Me rescato de una golpiza. Duermo conmigo a la intemperie y bajo el cielo del pasado. Canto mi furia y la traduzco en llanto, soy testigo del congelamiento y la huida. Tomo mi rostro y lo traigo al Sol. Enciendo la hoguera bajo el agua con mi deseo de navegación. Tejo la piel, me nombro y, mientras caigo, lanzo el grito de la vida.

Me veo regresar, navegar en silencio entre el corazón de la tierra y reuniendo cuerpos sin rostro. Me veo trazar el mapa y extraviar la ruta, elegir el precio de la victoria, la incertidumbre de la búsqueda, la angustia del hallazgo, la imposibilidad del abandono, la valentía camaleónica, el vagabundeo permanente, la furia tímida, la militancia maquillada.

> Contemplo el movimiento oceánico, el hielo interno, la figura ilusoria que me ha traído. El escenario de profundidad marina, el lenguaje de la brújula, la elevación sutil de las alas. La música sembrada en los labios, las hojas caídas de la historia, el debilitamiento de las armaduras internas, el camino de la pulsión, las siluetas húmedas; la comunicación prohibida cubriendo renglones vacíos de la habitación blanca.
>
> — ¿Y qué la despertó?
>
> — La vida, me despertó la vida.
>
> **Carolina Peña**

*

La escritura está en aquello que rompe, que destripa; es una carnicería que implica vivificar, sin condolerse ante lo que causa estragos. La escritura es un ejercicio semiótico que rasga, que fragmenta, que cuestiona ese lugar de opresión que ha tenido que resistir la mujer, desde el mismo lenguaje; es memoria que congela los cuadros, una operación de salvación y de poder que permite hacer habitable el presente.

Indiscutiblemente, la escritura asume multitud de formas, está hecha de seres que significan a través de la textura y el color de la palabra:

> ¡Escribir! ¡Poder escribir significa (...)! El garabateo inconsciente, los juegos de la pluma que gira en redondo alrededor de una mancha de tinta, que mordisquea la palabra imperfecta, la araña, la eriza de diminutas flechas, la adorna con antenas, con patas, hasta que la hace perder su figura legible de palabra y la convierte en un insecto fantástico, que se eleva transfigurado en mariposa-hada (Kristeva, 2003, p. 17).

De esta manera, la escritura femenina reconstruye e instaura una nueva identidad siempre cambiante. La escritura está atravesada por una especie de transposición, de provocación, donde el cuerpo relegado, negado e impedido del gozo, resucita y se materializa en diferentes voces.

*

Esa noche me encontró
En la cama
Hecha planta carnívora.
Abrí las pinzas,
Los pelos pegajosos,
La vejiga de succión
Y me tragué al insecto.
Con el líquido acuoso
Ahogué lo sombrío.

Me aclimaté
A un suelo pantanoso.
He adquirido nuevas funciones.
Debes asegurarte
De qué especie es tu planta:
India, campesina, mestiza,
Blanca, prieta.

Luz Mary Cuervo Plazas

*

Es el fluir del lenguaje el que permite desbaratar el signo (impuesto culturalmente) e invertir el sistema. El instante de la palabra recorre diversos caminos y se ramifica en la diversidad de las voces en las que el signo mujer se desengancha, se desencadena, se desata y se desenfrena. El lenguaje se corporiza entre los órganos, es decir, el texto se hace textura de la expresión poética y, por lo tanto, la palabra se impregna de la corporeidad orgánica. Voz y escritura operan en el cuerpo, estas han encontrado su camino en el lenguaje, que ya no es piedra, no es primitivo, no es del hombre. Es un lenguaje con olor, color, intención. Es un lenguaje femenino metamórfico, camaleónico.

Esta propuesta literaria colectiva busca, por medio del lenguaje poético, dar cuenta de la diversidad de cuerpos que han sido organizados y arrebatados por imposiciones culturales patriarcales, que han sentido la necesidad de vaciarse y reconstruirse en una corporalidad que, progresivamente, se vuelva palabra. *MALINCHES* es un grupo que incuba el lenguaje, que insinúa la necesidad de contagio, de succión de lo que se halla en el interior del cuerpo, para que salga y estalle.

Bibliografía

Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La frontera*. San Francisco, USA: Aunt Lute Books.

Anzaldúa, G. (1988). Hablar en lenguas. Una carta a mujeres tercermundistas. En Moraga, C. & Castillo, A. (ed), *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en Estados Unidos*. (218-227). San Francisco, USA.: Ism Press, Inc.

Bartra, E., Elvira, L., & Cárdenas, M. (2019). *Interculturalidad estética y prácticas artesanales*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Cárdenas, A. (2017). *Sentidos y significados en la práctica cerámica de la mujer Sarayaku*. Consultado el 29 de junio de 2020 en http://hdl.handle.net/10644/5530

López, M. (1994, 1º de junio). *El tejido como escritura y el orden femenino*. Consultado el 28 de junio de 2020 en https://www.researchgate.net/publication/26498394_El_tejido_como_escritura_y_el_orden_femenino

Lorde, A. (1985). *The Transformation of Silence into Language and Action. Zami: Sister Outsider Undersong*. Massachusetts: Persephone Press.

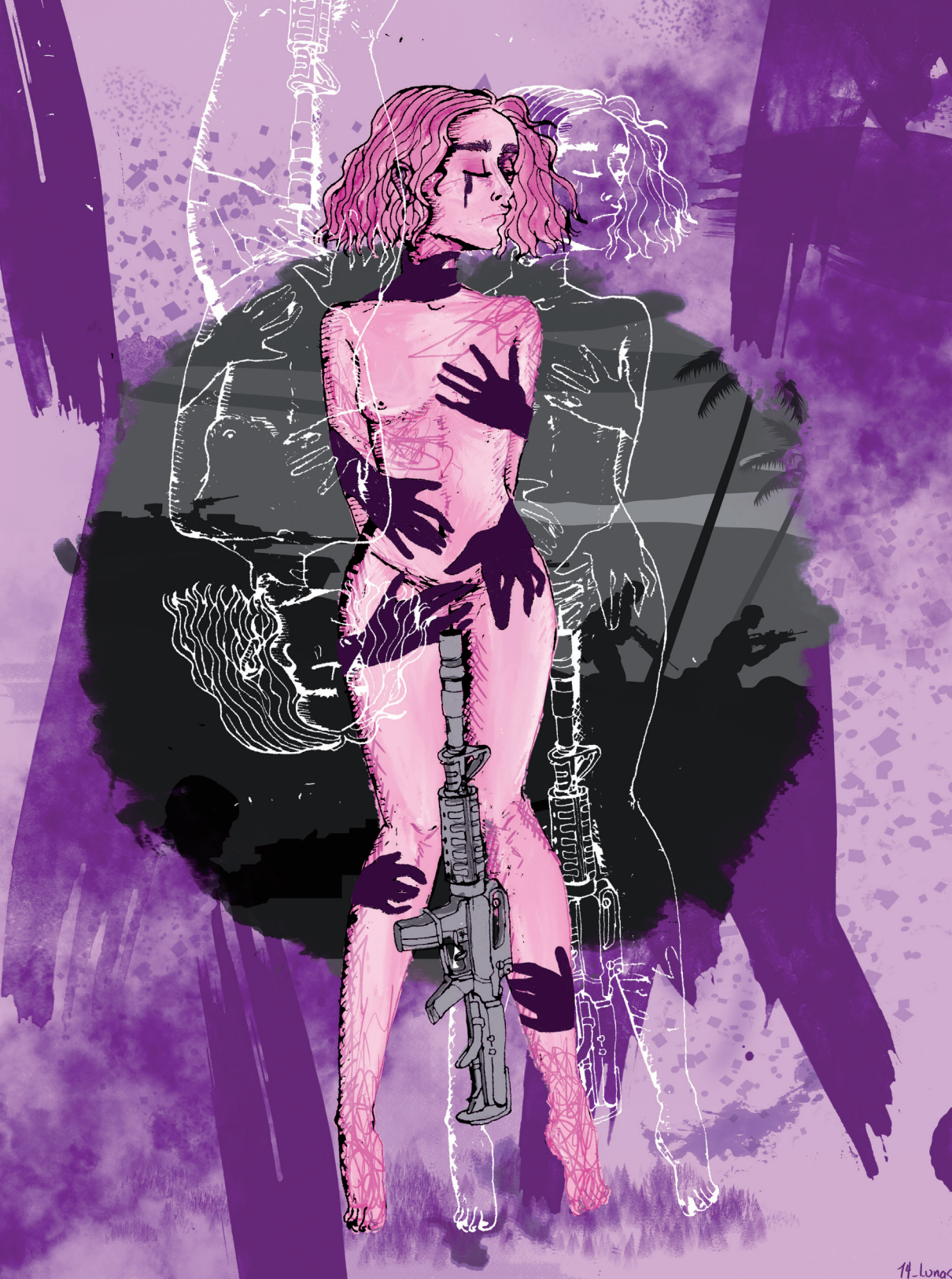
Mancera, D. (2015). *Saberes y haceres de mujeres desplazadas. Un recorrido a través de los espacios cotidianos en altos de Cazucá* (tesis de maestría). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Metzger, D. (2007). *Writing for your life. Pymble*, Australia: Harper Collins.

COLECTIVO MALINCHES

Colectivo de investigación y escritura conformado por siete mujeres boyacenses, académicas y con miradas polimorfas de la literatura y del territorio que habitan. Exploradoras de las relaciones posibles entre el sujeto y los procesos creativos que apuntan a una literatura expandida, cuyo sustrato principal es la voz femenina, el territorio, el cuerpo, los saberes ancestrales y la creación colectiva. Estos insumos convergen en tejido discursivo hacia la construcción de una cultura de paz individual y social. Con estas acciones creativas, buscamos romper el silencio femenino heredado y sembrado en la tierra por generaciones.

colectivomalinches@gmail.com



– DIANA CAROLINA OCHOA VÉLEZ –

GUERRAS Y CUERPOS

Aproximación teórica y vivencial a la violación sexual en conflictos armados

Este artículo hace una aproximación a la violencia sexual que ejercen combatientes de un conflicto armado contra las personas civiles. Primero, define lo que es *violación* en contextos de conflictos armados. Segundo, construye una tipología exploratoria de las diversas formas de violación que se pueden presentar en situaciones de guerra. Posteriormente, hace un análisis de caso apoyándose en el marco teórico propuesto. Por último, recapitula las ideas centrales y plantea propuestas para continuar el debate. Más que un ejercicio puramente académico de la autora, es, sobre todo, personal y catártico.

Introducción

En las guerras internacionales y los conflictos armados internos que se desarrollan en el mundo, siguen presentándose, lastimosamente, diversas violaciones masivas a los derechos humanos e infracciones sistemáticas al Derecho Internacional Humanitario (DIH). Una de las expresiones de esta situación es la violencia sexual en contra de las mujeres.

La violencia sexual ha sido una práctica extendida en los conflictos armados a través de la historia (Pinker, 2012) y se puede presentar como esclavitud sexual, tortura sexual sobre personas sospechosas de colaborar con el enemigo y violaciones. Varía, también, en extensión, tanto en las guerras civiles, como en

las guerras entre Estados, las guerras étnicas y las no étnicas y en los conflictos secesionistas (Wood, 2009).

Entender los objetivos de los actores armados y las maneras en las que ellos han usado la violencia sexual exige contextualizar las situaciones, pues, sin ese contexto, podrían parecer, simplemente, acciones oportunistas y aleatorias.

Puesto que es uno de los más olvidados y silenciados, en este trabajo, nos centraremos en un tipo de violencia sexual que se da durante los conflictos armados: la violación. La violación sexual se constituye en un ejercicio violento y arbitrario de dominación y poder, que se ejerce imponiendo la realización de actos sexuales o la presencia en ellos, lo que implica que se hacen en contra de la voluntad de una persona (CNMH, 2017).

En relación con la comprensión y los límites de la violación como objeto de estudio, igual que con los alcances de este texto, el presente documento pretende ser un ejercicio académico riguroso, pero, más que eso, catártico. En ese sentido, proponemos, primero, una tipología exploratoria[1], que permitirá entender cómo operan las violaciones en contextos de conflictos armados; luego, haremos el análisis de un caso muy personal. Por ende, la revisión de literatura, el marco teórico, los gráficos, cuadros y demás datos utilizados en este texto, no buscan comprobar o refutar hipótesis académicas como tal. Son más que todo, recursos utilizados por la autora para comprender y aproximarse al entendimiento del fenómeno vivido.

Si «lo personal es político», tal como lo hemos defendido desde la segunda ola del feminismo hasta hoy (Hanisch, 1969; Beltrán y otras, 2008), algo tan personal, claro que puede ser objeto de estudio por parte de una politóloga feminista en particular y de una ciencia política feminista en general.

1. Según Mercado (2014, p. 122), desde el punto de vista investigativo, una tipología exploratoria responde al hecho de que en un estudio específico falta ahondar en las características definitorias de cada uno de los «ideales tipos» (en nuestro caso, tipos de violaciones), pero se utiliza para ver qué casos históricos pueden encasillarse en cada uno de los tipos y, sobre todo, para demostrar su utilidad descriptiva en función de un análisis más profundo de política comparada. Por lo anterior, nuestra tipología es exploratoria, una aproximación a un tema más complejo. Sobre los «tipos ideales», Arjona (2008) señala que, «como tales, no pretenden describir todos los casos que en realidad se observan» y agrega que, con esa tipología, «se trata, más bien, de [crear] herramientas analíticas que ayudan a capturar aspectos centrales de la interacción entre grupos armados y comunidades» (p.130).

Guerras y violaciones sexuales

En todos los conflictos armados o guerras, se cometen crímenes de violencia sexual, pero su ocurrencia varía. Durante el conflicto de Bosnia-Herzegovina, las fuerzas bosnias serbias ejercieron violencia sexual contra mujeres y niñas bosnias islámicas de manera sistemática; de igual modo, ocurrió en el conflicto de Ruanda. El Tribunal Criminal Internacional para Ruanda consideró la violencia sexual generalizada contra mujeres tutsi como un tipo de genocidio (Criado, 2020). En otros contextos de conflicto armado, la violencia sexual es más limitada, aunque se usan otras formas generalizadas de violencia contra los civiles (bombardeos, masacres, desplazamientos). Por ejemplo, en el conflicto árabe-israelí y en Sri Lanka (Gutiérrez y Wood, 2020).

También varían los tipos de violencia sexual[2]. En algunos contextos, es esclavitud sexual; en otros, los combatientes se centran en mujeres de grupos considerados enemigos, sobre todo, durante lo que llaman «limpiezas» étnicas o políticas; en algunos conflictos, la violencia sexual magnifica algunas expresiones culturales de violencia sexual previamente existentes y, en otros, es durante el conflicto que se generan patrones de la violencia sexual no conocidos con anterioridad (Wood, 2009).

Se tiende a asumir que la violencia sexual es algo inevitable en los conflictos armados, porque, en los campos de batalla, se propicia todo tipo de abusos. Así, se piensa que la violación sexual es una conducta atada a los instintos masculinos y que, en un contexto violento, toma un carácter inevitable. Sin embargo, la violación, más que ser producto de un destino biológico inevitable, es propia de un contexto en el que se exacerban los deseos masculinos de dominación; es decir, que la violación sexual es, en pocas palabras, un ejercicio de poder (Gamba, 2009).

Ahora bien, aunque la violación puede entenderse, de manera general, como un ejercicio de poder, es necesario integrar a esa definición elementos más específicos. Se entenderá como violación sexual lo siguiente:

2. La violencia sexual es definida por la OMS como «todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo» (OMS, 2016).

> La invasión del cuerpo de una persona mediante una conducta que haya ocasionado la penetración, por insignificante que fuera, de cualquier parte del cuerpo de la víctima o del autor con un órgano sexual o del orificio anal o vaginal de la víctima con un objeto u otra parte del cuerpo.
>
> Esta invasión deberá producirse por la fuerza, o mediante la amenaza de la fuerza o mediante coacción, como la causada por el temor a la violencia, la intimidación, la detención, la opresión psicológica o el abuso de poder, contra ésa u otra persona o aprovechando un entorno de coacción, o que se haya realizado contra una persona incapaz de dar su libre consentimiento (CNMH, 2011, pp. 214-215).

En el repertorio de violencias empleadas por los actores armados, la violación sexual es quizás la forma de violencia más olvidada y silenciada (CNMH, 2017). Esto se debe, principalmente, a dos situaciones: la primera es la dificultad que tienen las víctimas para denunciar, pues, de una parte, se sienten despojadas de su humanidad y dignidad (CNMH, 2017) y eso las frena en el momento de hacerlo; de igual modo, muchas veces, quedan bajo la amenaza de los perpetradores del crimen y, cuando logran denunciar, se encuentran con obstáculos en las oficinas estatales; por ejemplo, hay burlas, incredulidad ante los testimonios y burocratización excesiva, lo que, además de impedir que la denuncia siga su curso, revictimiza a las personas. Esto, sin contar con el hecho de que, en ocasiones, las entidades estatales pueden estar cooptadas por los mismos actores armados.

La segunda situación que hace de la violación sexual la violencia de los actores armados quizás más olvidada y silenciada es el sesgo que hay a la hora de estudiar los conflictos armados. Kalyvas (2006), en su importante obra *La lógica de la violencia en las guerras civiles*, centra su estudio en la violencia letal, pues, es mucho más fácil medir el número de muertos, que otros sucesos en las guerras. Pero, como bien sostienen Francisco Gutiérrez Sanín y Elizabeth Wood (2020), puede ser un error tratar la violencia letal como un referente de otros tipos de violencia (como la violación), puesto que, entre la violencia letal y la no letal, pueden darse diferencias considerables. Por ejemplo, en las guerras civiles africanas, las violaciones sexuales masivas ocurren con frecuencia, sin que existan, necesariamente, matanzas masivas (Gutiérrez y Wood, p. 21).

Entender la violación sexual como un ejercicio de poder y como un tipo de violencia que posee su propia lógica ha permitido que se deje de considerar como

«daños colaterales» en las guerras, es decir, como algo que ocurre de manera aleatoria; al mismo tiempo, que pase a entenderse como una práctica sistemática que puede responder a fines estratégicos de señores de la guerra, guerrillas o grupos paramilitares. También, en algunos contextos, ha conducido a señalarla como un producto de la deshumanización y el desprecio por lo femenino (Valera, 2019).

En esa perspectiva, la violencia sexual es una acción racional que responde a la capacidad y voluntad de someter a otra persona que se encuentra en estado de indefensión y/o vulnerabilidad. La violación, en los conflictos armados, tiene la función de privar a las personas del control sobre sus propios cuerpos; en otras palabras, la violación es una «territorialización» que se ejerce mediante la dominación (CNMH, 2017).

Tipos de violación en contextos de guerra

Existen varias maneras de clasificar y de entender las violaciones, tanto en general, como en contextos de conflicto armado (CNMH, 2011; 2013a; 2017; Gamba, 2009; Cohen, 2014; Wood, 2018). En este trabajo, seguiremos a Wood (2018) y al CNMH (2011) cuando señalan que la violación sexual en marcos de guerra puede entenderse, principalmente, como violación estratégica y como violación oportunista.

La violación es estratégica cuando la organización armada (en algún nivel de mando) la ha adoptado, deliberadamente, en pos de objetivos militares. Ejemplo de esto son las violaciones en masa que ocurren durante los conflictos étnicos, que buscan lo que llaman los criminales «la limpieza» de una etnia, que es su exterminio. Las violaciones oportunistas son aquellas llevadas a cabo por razones privadas, individuales, sin que haya, necesariamente, objetivos grupales o militares (Wood, 2018).

De igual modo, Wood (2018) plantea que la violencia sexual depende tanto de las motivaciones de los combatientes, como de la postura del comandante; su frecuencia obedece, también, a la fortaleza de las instituciones de la organización. En particular, la violación está motivada por preferencias privadas o por la dinámica social de la unidad, tolerada por el comandante.

El CNMH (2017) propone otra manera de entender las violaciones en contextos de guerra. Lo hace, sobre la base de establecer unos escenarios: *escenario de disputa armada, escenario de control territorial y escenario intrafilas*. Al establecerlos, quiere identificar los patrones de la violencia sexual empleados por los actores armados en el conflicto armado.

Por *escenario de disputa* se entiende un territorio que se encuentra en pleito entre dos o más actores armados en relación con sus objetivos militares, económicos o políticos. En este escenario, los actores mencionados usan la violencia sexual sobre la población civil en razón de la marca que lleva por estar en el territorio en el que se encuentra. Por ejemplo, un grupo paramilitar ejerce violencia sexual contra las mujeres de un lugar pues, al vivir en un territorio controlado por la guerrilla, estigmatiza a la mujer como de guerrillera o auxiliadora de la insurgencia.

En los escenarios en disputa, el CNMH (2017) identifica algunos patrones de cuerpos sobre los que aumenta la probabilidad de que se ejerza violencia sexual. Unos son los *cuerpos incomodos*, entendidos como aquellos de personas con visibilidad y liderazgos; otro son los *cuerpos estigmatizados*, es decir, los que se asocian al bando enemigo; por último, están los *cuerpos de las adversarias*, que se refieren a las combatientes de bandos contrarios, que se ven como botín de guerra.

Los *escenarios de control territorial*, por su parte, se levantan sobre dos pilares: el control que ejercen los actores armados a la vida cotidiana de los habitantes y el uso del poder armado para demandar de la población su fidelidad, el reconocimiento de su autoridad y el acatamiento a sus órdenes de carácter político, económico y moral. En estos escenarios hay, también, patrones de cuerpos que tienen más probabilidad de que se ejerza sobre ellos violencia sexual. El primer patrón el de los *cuerpos apropiables*; se entienden como aquellos que hay que poseer y tener dominados; el segundo, el de los *cuerpos corregibles*, que son los considerados transgresores de la normatividad social establecida por los actores armados; y los *cuerpos higienizados*, es decir, todos aquellos que incomodan por no tener una sexualidad normativa o por trasgredir los parámetros de buena moralidad.

Finalmente, están los *escenarios intrafilas*. Son aquellos donde la violencia se ejerce dentro de los grupos armados. Acá hay tres tipos cuerpos: los *disciplinados bajo vigilancia*, en los que la violencia se traduce en el disciplinamiento corporal,

es decir, la incorporación de normas y reglas que se expresan en el modo de ser y estar de los cuerpos de las personas. El segundo patrón es el de *cuerpos para la guerra*, en el que se controlan y se violan los derechos sexuales y reproductivos de las combatientes. Y el patrón de los *cuerpos disponibles*, sobre los que se practican la violación, la esclavitud sexual, cohabitación forzada y desnudez forzada.

Teniendo en cuenta los anteriores planteamientos, construiremos una tipología exploratoria que nos permitirá aproximarnos a comprender cómo operan las violaciones sexuales en contextos de conflictos armados. Los tipos de violación se nombran en la tabla 1.

Tabla 1. Tipología de violación sexual en contextos de conflicto armado

		Hacia quién va dirigida la violación sexual	
		A personas del grupo armado	A personas de fuera del grupo armado
Objetivo militar	No	Violación instrumental	Violación oportunista
	Si	Violación intrafilas	Violación estratégica

Fuente: elaboración propia

En la casilla inferior izquierda, encontramos un tipo de violencia sexual que se denomina *violación intrafilas*. Este tipo de violación se caracteriza por darse en las filas del propio actor armado y busca fortalecer lazos de hermandad y generar cohesión interna[3]. Puede pretender, también, quebrar las barreras morales de las y los combatientes y prepararlos para cometer cualquier tipo de violencia, de manera que se refuerza una identidad violenta (CNMH, 2011).

3. La idea de que violar a una persona pueda generar en ella «lealtad» hacia su grupo parece aberrante, contradictoria y hasta contraintuitiva. Sin embargo, ha sido objeto de estudio por parte de algunas ciencias sociales el por qué este tipo de prácticas humillantes de iniciación (como las violaciones) parecen generar en algunos casos, en muchos tipos de agrupaciones (fraternidades universitarias, pandillas o Grupos Armados Organizados), más lealtad por parte de la víctima hacia el grupo y no menos. Al parecer, una de las respuestas exploratorias que se le ha dado a este fenómeno desde la psicología cognitiva es que la creencia de que se ha sufrido un gran dolor por nada generaría en la víctima un fenómeno conocido por los psicólogos como *disonancia cognitiva* (Elster, 2010, p. 482). Pero, este es un tema que todavía sigue en debate.

En la casilla superior izquierda se encuentra la *violación instrumental*, que, también se da dentro del grupo armado, pero no tiene el mismo fin estratégico de la anterior: lo que se busca es que haya disfrute y goce sexual entre los combatientes, generalmente, hombres. No es, necesariamente, un ejercicio institucionalizado en los grupos armados. Por ejemplo, tener u ostentar posiciones de poder puede ser determinante para que una persona pueda ejercer este tipo violencia sexual contra sus compañeras combatientes. Es lo que la CNMH (2017) ha denominado esclavitud sexual y/o cohabitación forzada dentro del grupo. En este tipo de violencia, se instrumentaliza a las mujeres para satisfacer los deseos de sus compañeros y/o comandantes.

En la casilla superior derecha, se encuentra la *violación oportunista*. Esta violación ocurre por fuera de eventos planeados estratégicamente por la organización (masacres, combates, tomas, expediciones) y por fuera de cualquier otro en el que los grupos armados hacen despliegue de su poder. Aunque, en ocasiones, puede suceder una violación en medio de eventos estratégicos, las *violaciones oportunistas* se caracterizan, específicamente, porque el actor armado saca provecho de la indefensión de la víctima y de la ventaja que le ofrecen ir armado y estar respaldado por una organización; además, responden únicamente a un deseo de dominio, satisfacción sexual y deshumanización de lo femenino (CNMH, 2011).

Por último, en la casilla inferior derecha está la *violación estratégica*. Es la que se ejecuta como parte inherente de los repertorios de dominio o de acciones coordinadas y planeadas por parte del grupo armado. Este tipo de violación se transforma en un mensaje hacia el cuerpo enemigo. Este tipo de violación sexual se puede dividir en cuatro subtipos: *violación punitiva, violación genocida, violación para consumo y violación correctiva.*

La *violación punitiva* es la que busca castigar y mandar un mensaje a todo lo que se considera enemigo. Se practica sobre mujeres concretas, pero, el mensaje se dirige a poblaciones enteras declaradas enemigas (CNMH, 2011). Por lo general, este tipo de violación sexual se dirige a mujeres líderes, representantes de la comunidad o a mujeres que se consideran como simpatizantes o están emparentadas con el grupo enemigo.

La *violación genocida* busca erradicar todo rastro de la «semilla» enemiga y sembrar la propia «semilla» del que tiene el poder. Este tipo de violación se

presenta, mayormente, en conflictos étnicos, en genocidios, etnocidios o en las que llaman los criminales «limpiezas» étnicas. Mediante este tipo de violación, no se busca atacar al individuo, aunque es sobre cada quien que recae la violencia, sino al sujeto colectivo y, además de exterminar a largo plazo la descendencia del bando contrario, puede tener como fines complementarios disgregar a la comunidad y humillar a los hombres.

La *violación para consumo* es aquella en la que se considera a las mujeres «botín de guerra». Ese tipo de violencia ocurre cuando, en contextos de guerra, los combatientes o la comandancia consideran que merecen una recompensa por sus hazañas militares. Se usa para mantener la moral en las filas y pude desencadenar en otro tipo de violencia sexual, como la esclavitud sexual o la prostitución forzada.

La *violación correctiva*, por su parte, es aquella que en medio del conflicto armado pretende, como su nombre lo dice, corregir y castigar cualquier cuerpo que se salga de las normas impuestas por el grupo armado que tiene control sobre el territorio. Este tipo de violencia sexual suele aplicarse sobre aquellas personas civiles en las que su sexualidad no es normativa, o, que se sale de lo «moralmente correcto», como la población LGBTIQ, las prostitutas, mujeres infieles, hombres con cabello largo, o, en general, cualquiera que se salga de lo que ese grupo considera «buen orden». También, encontramos violaciones producto del desafío a la autoridad, como la cometida contra una madre que se oponía a que reclutasen a su hijo.

Violaciones sexuales en el contexto del conflicto armado en Colombia

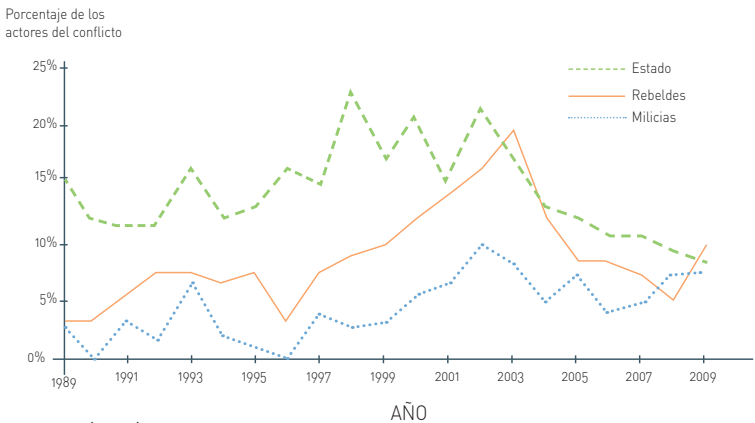
Se calcula que en los tres años que duró la guerra en Bosnia hubo sesenta mil mujeres y niñas violadas. En el genocidio de Ruanda que duro cien días, hasta doscientas cincuenta mil. Las agencias de la Organización de las Naciones Unidas calculan que en la guerra civil de Sierra Leona hubo también más de sesenta mil mujeres violadas y en la República Democrática del Congo, al menos doscientas mil (Criado, 2020). Las violaciones sexuales que se cometen en el conflicto armado en Colombia no son, por lo tanto, un caso aislado.

Puede suponerse que en todas las guerras internacionales o civiles se presentan magnitudes similares de violaciones, pero, en realidad, es un fenómeno muy variado.

Las dinámicas de las violaciones en contextos de conflictos armados se diferencian de acuerdo con el país, tipo de conflicto, los actores involucrados y sus motivaciones. Cohen (2014) identifica tres tipos de actores perpetradores de estos crímenes: estatales, rebeldes (guerrillas) y milicias progubernamentales; estas últimas son las que, en nuestro contexto, denominamos grupos paramilitares.

Como se puede apreciar en la gráfica 1, según los datos recabados por Cohen (2014), los actores armados que cometen más violencia sexual en los conflictos armados, en números absolutos, son los estatales; les siguen las guerrillas y, luego, los grupos paramilitares. Aunque, en la primera década del presente siglo, se aprecia una tendencia a la baja por parte de agentes estatales y un repunte de la violencia sexual perpetrada por guerrillas y paramilitares.

Gráfica 1. Distribución porcentual por tipo de actor armado denunciado como autor de violencia sexual en el mundo. 1989-2009[4]



Fuente: Cohen (2014)

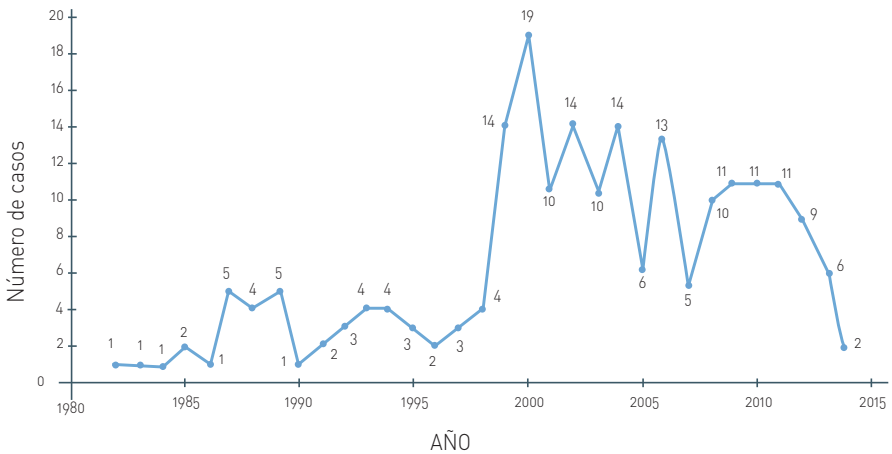
Los tres tipos de actores que se muestran en la gráfica 1 están presentes en Colombia. En el conflicto armado de este país, se han enfrentado guerrillas de izquierda, *rebel* (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC; Ejército Popular de Liberación, EPL; Ejército de Liberación Nacional, ELN; Movimiento 19 de abril, M19, y otros); grupos paramilitares de derecha, *militians* (Autodefensas

4. En la gráfica se muestra solamente el periodo que cubre de 1989 hasta 2009 puesto que es el rango de tiempo estudiado por Cohen (2009) en su investigación.

Unidas de Colombia, grupos neoparamilitares y otros), y Fuerzas Armadas Estatales, *State*.

La letalidad de la violencia y la violencia sexual durante del conflicto armado colombiano no han sido homogéneas, ni constantes. El periodo comprendido entre 1958 y 1964 se caracterizó por la transición de la violencia bipartidista, a la subversiva. Este periodo dio paso a una violencia, en general, de más baja en intensidad y estable, entre 1965 y 1981; durante esos años, irrumpieron las guerrillas y estas se confrontaron con el Estado. Entre 1982 y 1995, la violencia creció al expandirse las organizaciones insurgentes, irrumpir los grupos paramilitares y propagarse el narcotráfico. Entre 1996 y 2005, el conflicto armado alcanzó su nivel más crítico de violencia como consecuencia del fortalecimiento militar de las insurgencias y la expansión nacional de los grupos paramilitares (CNMH, 2013a). Es en este periodo (1996-2005) cuando la violencia sexual adquiere mayor fuerza en el conflicto armado. Finalmente, entre 2006 y 2015, se presenta una disminución en el número de hechos de violencia sexual, como consecuencia, posiblemente, de la desmovilización de las AUC, del repliegue de las guerrillas en algunos territorios y del contexto de las negociaciones entre el Estado colombiano y las FARC. Todo lo anterior queda evidenciado en la gráfica 2.

Grafica 2. Colombia. Número de hechos de violencia sexual por año. 1980-2015

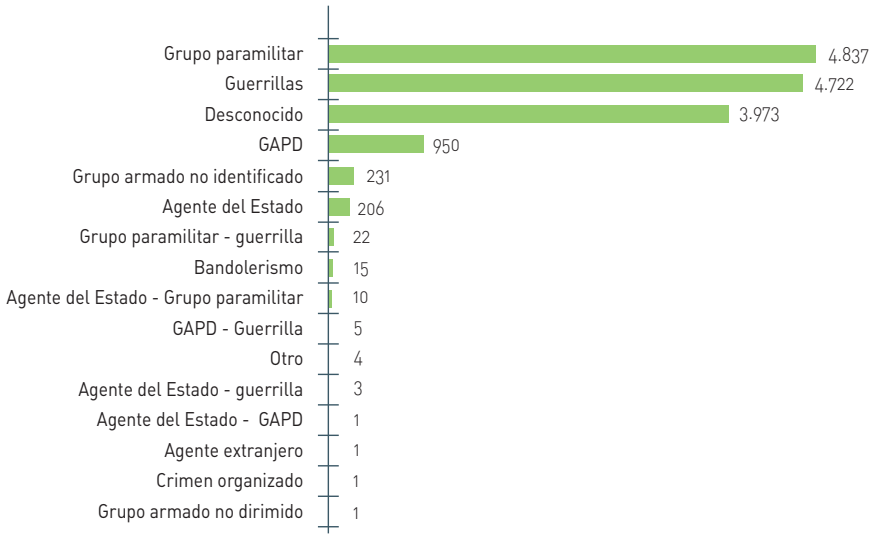


Fuente: CNMH (2017)

De los 8 millones 553 mil 416 víctimas del conflicto armado incluidas en el Registro Único de Victimas (RUV), 30.940 lo son por algún tipo de violencia contra la integridad sexual. Esto contrasta con las 96 confesadas por los paramilitares en sus versiones libres en el marco de la Ley 975 de 2005 (CNMH, 2013a) y las 142 documentadas por varias organizaciones de derechos humanos para el Anexo Reservado del Auto 092 de 2008 de la Corte Constitucional sobre violencia sexual[5].

Según la gráfica 3, los grupos paramilitares, en comparación con otros grupos armados, tuvieron la mayor cantidad de registros como «presuntos responsables» de crímenes de violencia sexual con ocasión del conflicto armado. El segundo grupo con mayor número de registros de violencia sexual como «presunto responsable» fueron las guerrillas.

Grafica 3. Número de casos de violencia sexual por presunto perpetrador 1958 -2016.

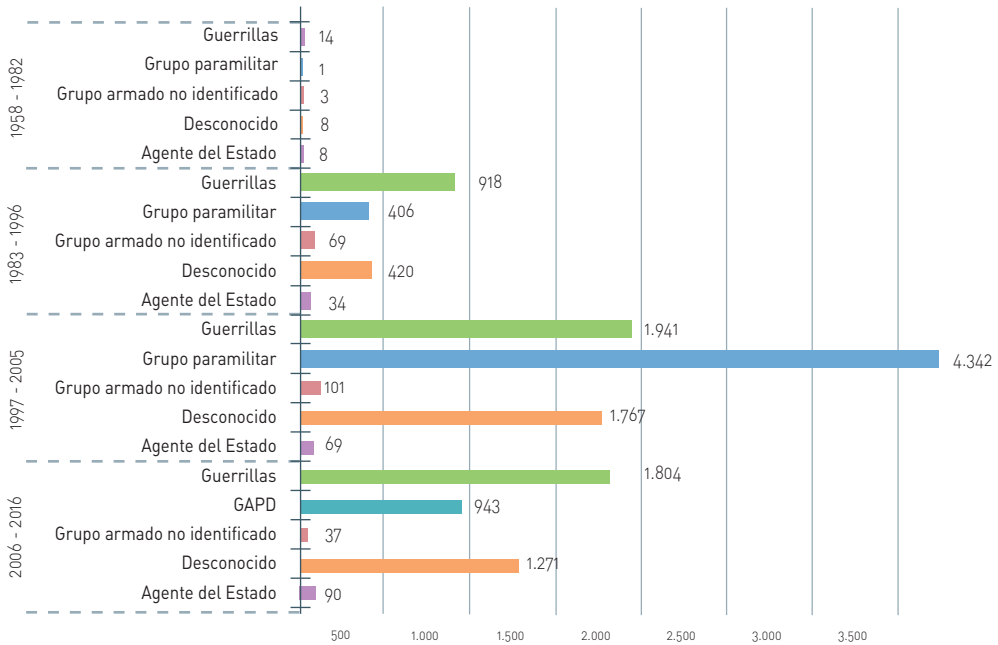


Fuente: CNMH (2017)

5. Auto 092/08, Corte Constitucional de Colombia, consultado el 9 de junio del 2013, en http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/autos/2008/a092-08.htm

Si se comparan la gráfica 3 y la gráfica 1, en Colombia, a diferencia de lo que ha ocurrido en la mayor parte de los conflictos armados en el mundo, los grupos paramilitares son el actor más relacionado con violaciones sexuales, no tanto, las fuerzas armadas estatales. Pero, es necesario matizar esta apreciación. Si bien los grupos paramilitares son los perpetradores del mayor número de casos de violencia sexual (4.837), los grupos guerrilleros los siguen muy de cerca (4.722). Además, si se divide el conflicto armado en periodos, como se muestra en la gráfica 4, casi el 90 % (4.392) de los actos de violencia sexual cometidos por grupos paramilitares ocurrió en la época de su mayor expansión, entre 1996 y 2004, cuando existían las AUC. En los demás periodos históricos, son las guerrillas las responsables del mayor número de actos de violencia sexual.

Grafica 4. Colombia. Casos de violencia sexual por presunto perpetrador y periodización del conflicto armado, entre 1958 y 2016.



Fuente: CNMH (2017)

Estudio de caso: una historia muy personal

En este breve apartado, no utilizaremos testimonios tomados de fuentes secundarias de mujeres u hombres que han sido víctimas de violencia sexual. Tampoco, testimonios recogidos por la autora mediante entrevistas a profundidad o historias de vida. Como un ejercicio vivencial, catártico, pero, a la vez, muy doloroso, contaré brevemente la violación de la que fui víctima por parte de actores armados:

> En 2015, vivía en el municipio de San Pablo, Sur de Bolívar, ubicado en la subregión del Magdalena Medio colombiano. Este territorio ha tenido, históricamente, una fuerte presencia tanto de grupos guerrilleros, como paramilitares. A este municipio, llegué a trabajar como rectora de una institución educativa en la zona veredal. Era mi primer trabajo como egresada, pues, hacía solo dos meses me había graduado de profesional. Precisamente, decidí asumir esa responsabilidad como un gran reto, alejándome de mi familia, mis amigos y mi novio.
>
> En la zona veredal donde trabajaba, se habían vuelto a escuchar rumores sobre actores armados. Siempre en la zona había hecho presencia el ELN, eso no era lo nuevo. Los rumores no hacían referencia a los *elenos*, sino a unos misteriosos *«ellos»*, que como los habitantes se referían a lo que podemos denominar grupos paramilitares o neoparamilitares. Como una regla informal, nadie se refería a «*ellos*» de otra manera. De vez en cuando, «*ellos*» se paseaban por los alrededores del colegio, sin uniformes ni distintivos. Iban de civil y, de vez en cuando, se les notaban sus armas. En el pueblo, hacía mucho calor, así que, para sentirme más fresca y de paso tener un cambio de *look*, me corté el cabello bastante corto, además, las compañeras y amigas que hice en el pueblo eran mujeres que, se sospechaba, eran lesbianas.
>
> Un día, me cogieron tres hombres, tres de «*ellos*», y me llevaron adentro de la habitación, de mi habitación. Abusaron de mí. Estos hombres se autorreconocían como miembros de las AUC. Recuerdo que, mientras abusaban de mí, me decían cosas, algunas de ellas eran insultos por ser «*lesbiana*», que por ese motivo era un «*desperdicio*» de mujer; además, me insultaban por ser foránea y me recalcaban cosas como que tenía que ser de «*ellos*» y aprender cuál era mi lugar.

Si nos damos cuenta, en la anterior narración, los autores de la violación se autorreconocen como miembros de las AUC, pese a que, para la fecha de la comisión del crimen, esta organización ya se había desmovilizado formalmente. Lo anterior no implica, necesariamente, que su afirmación fuese del todo falsa; más bien, podría interpretarse como que «*ellos*» pertenecían a estructuras armadas herederas de las AUC que sobrevivieron a la desmovilización de 2005 y que el gobierno llama bandas criminales, Grupos Armados Organizados o Grupos Delincuenciales Organizados (FIP, 2017); algunos académicos las denominan grupos neoparamilitares (Restrepo, 2010; Romero, 2010) o paramilitares de tercera generación (Vásquez y Barrera, 2018)

Dos patrones recurrentes de violencia sexual propios del conflicto armado colombiano han identificado Gutiérrez y Wood (2020) en varias muestras sobre este tipo de violencia. En primer lugar, las organizaciones paramilitares y sus sucesores cometen violaciones, prostitución forzada y esclavitud sexual con una frecuencia mayor que las organizaciones guerrilleras o que el Estado. En segundo lugar, los paramilitares, y en su momento, en un grado significativamente menor, miembros de la organización FARC que firmó el Acuerdo, han atacado como objetivos a mujeres asociadas con la fuerza rival. En particular, los paramilitares tenían (¿tienen?) como uno de sus objetivos la violación de mujeres líderes y defensoras de derechos humanos (Gutiérrez y Wood, 2020, p. 49). La violación a la que me sometieron los tres hombres en el municipio de San Pablo coincide con el primero de esos dos patrones.

Con respecto al objetivo militar, estratégico, o, a las motivaciones de la acción, mi violación fue una *violación correctiva*, pues, perseguía enviar un mensaje[7] sobre lo que debía ser una «*mujer correcta*»; también, le asignó a mi cuerpo el estatus de «*objeto apropiable*» por parte de los hombres. En este caso concreto, se me castigó el hecho de estar con mujeres «*lesbianas*». Más allá de si la orientación sexual de la víctima es diversa, lo que se busca con este tipo de violación es restablecer el orden heterosexual y reforzar los estereotipos de construcción de lo femenino (CNMH, 2013b). Esto coincide con los planteamientos del CNMH sobre las violaciones correctivas:

> Con la violencia sexual, los actores armados enviaron un mensaje a las comunidades cuyo propósito fue esencialmente: corregir, castigar y

7. Si la violación tiene algún grado de publicidad, puede entenderse como un mensaje a la población, en general, o a un grupo, en particular. En este caso concreto, podría interpretarse, no tanto como un mensaje a una población en general, sino como un mensaje dirigido a mí. Aunque, desconozco si la noticia de mi violación fue objeto de publicidad en la comunidad, pude no haberme percatado.

> aleccionar los cuerpos para refrendar la autoridad, la naturalización de la desigualdad de género y de la subordinación de las mujeres y la dominación masculina sostenida por los grupos armados (2017, p. 90).

El «*castigo*» que recibí es el mismo que se impone a las lesbianas o a cualquier persona con una sexualidad no normativa, es decir, el que corresponde a todas aquellas mujeres u hombres que transgreden el orden social y moral que el grupo armado pretende instaurar. Este castigo violento se sustenta en una visión paternalista sobre el cuerpo de las mujeres y se afianza con el dolor y el menoscabo de la dignidad femenina. Como sostiene Segato (2016),

> La violación, la dominación sexual, tiene también como rasgo conjugar el control no solamente físico, sino, también moral de la víctima y sus asociados. La reducción moral es un requisito para que la dominación se consume y la sexualidad, en el mundo que conocemos, está impregnada de moralidad (p. 47).

Hay que aclarar que el castigo que recibí difiere conceptualmente del castigo que se da en la *violación punitiva*. Recordemos que, en esta última, se castiga a la mujer porque se la asocia al bando contrario, lo que, en términos de Kalyvas, se llama «*culpabilidad por asociación*» (2006, p. 142). En mi caso, la violación se produjo no por ser guerrillera o auxiliadora de la guerrilla, sino, porque suponían que era lesbiana.

Reflexiones finales

Las violaciones sexuales en un contexto armado son muestras de poder por parte de los que tienen las armas y su propósito es humillar y doblegar la voluntad de las víctimas. En todos los tipos de violación, se expresa el autoritarismo con el que los actores armados conciben la regulación de la sociedad civil y, sobre todo, de las mujeres.

Algunos autores sostienen, con una perspectiva histórica, que ha descendido de manera considerable en los últimos siglos la violencia hacia la mujer (Pinker, 2012, p. 521). Sin embargo, precisamente, en contextos de conflictos amados es cuando tiende a aumentar su probabilidad de ocurrencia (Criado, 2020, p. 396).

Ya vimos que puede haber un subregistro de la violencia sexual, en particular, de la violación. Mencionamos que eso puede deberse a que, para estudiar las guerras, buena parte de los investigadores suele usar datos de fácil consecución, como el número de muertes; también obedece a la dificultad que sentimos las víctimas de denunciar, por pena, sentimientos de culpa, asco, amenazas, miedo a la estigmatización, o, porque sabemos que podemos sufrir una revictimización a la hora de poner la denuncia en las instituciones respectivas. Así, se vuelve un círculo vicioso en el que cada vez hay menos datos sobre este tipo de violencia.

Una invitación que hace este escrito es, precisamente, a que trabajemos más investigadores independientes, universidades, centros de investigación, ONG, medios de comunicación, sociedad civil en general, por sacar a la luz la violencia sexual; a tener la disposición, con empatía y sororidad, de escuchar y/o apoyar a todas las víctimas de este crimen. En la coyuntura actual, luego de la firma, en 2016, del Acuerdo de Paz entre las FARC y el Estado colombiano, se abre una ventana de oportunidad muy valiosa para que aporten en este propósito instituciones como la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad y la Jurisdicción Especial para la Paz.

De nuevo, quiero expresar que fue muy difícil escribir este texto, pero, me impulsó una convicción:

> El acto mismo de recordar y de hablar de las experiencias de vida, [hace de] la memoria de las víctimas (...) [una gran] posibilidad para reclamar los derechos de las mujeres, para promover espacios de pedagogía social sobre el conflicto armado y la no repetición de los hechos y para ayudar a sanar las heridas de las sobrevivientes por medio del poder reparador de la palabra (CNMH, 2017, p. 454).

Así que, ahora, quienes lo han leído entenderán lo dicho al comienzo: más que un ejercicio académico, es una labor dolorosa, pero, también, liberadora y sanadora, aunque, siempre incompleta, por supuesto. Aún más importante, quiere ser una herramienta de dignificación para todas aquellas víctimas que hemos sufrido la violencia sexual en carne propia.

Bibliografía

Álvarez, E., Llorente, M. V, Cajiao, A. y Vergara, J. (2017). *Crimen organizado y saboteadores armados en tiempos de transición*. Fundación Ideas para la Paz, FIP. Consultado en http://www.ideaspaz.org/publications/posts/1539.

Amnistía Internacional. (2011). *Violación y violencia sexual. Leyes y normas de derechos humanos en la Corte Penal Internacional*. Londres: Amnesty International Publications.

Arjona, A. (2008). Grupos armados, comunidades y órdenes locales: interacciones complejas. En F. González (Ed.), *Hacia la reconstrucción de país: desarrollo, política y territorio en regiones afectadas por el conflicto armado.* Bogotá: Odecofi, Colciencias, Cinep.

Beltrán, E. y otras. (2008). *Feminismos debates contemporáneos.* Madrid: Alianza Editorial.

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2011). *Mujeres y guerra, victimas y resistentes en el Caribe Colombiano.* Bogotá. Ediciones Taurus.

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad.* Colombia: Imprenta Nacional

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2013b). *Desafíos para la reintegración, enfoques de género, edad y etnia*. Colombia: Imprenta Nacional

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2017). *La guerra inscrita en el cuerpo. Informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado.* Bogotá, D. C.: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Cohen, D. & Nordâs, R. (2014). Sexual violence in armed conflict: Introducing the SVAC dataset, 1989–2009. *Journal of Peace Research* 51, 418–428.

Criado, C. (2020) *La mujer invisible: descubre cómo los datos configuran un mundo hecho por y para los hombres.* Bogotá, D. C.: Editorial Planeta.

Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social: más tuercas y tornillos para las ciencias sociales.* Barcelona: Editorial Gedisa.

Gamba, S. (2009). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. (Segunda edición). Buenos Aires: Editorial Biblos.

Gutiérrez-Sanín, F., Wood, E. (2019). Como debemos entender el concepto de «patrón de violencia»: repertorio, objetivo, frecuencia y técnica. *Revista Estudios Sociojurídicos*, 22(1),13-65. Doi: Http//dx.doi.org/10.12804/revistas.usuario.edu.co/sociojuridicos/a.8211

Hanisch, C. (2016). *Lo personal es político*. Ediciones Feministas Lucidas. Consultado en http://www.diariofemenino.com.ar/documentos/lo-personal-es-politico_final.pdf

Kalyvas, S. (2006). *La lógica de la violencia en las guerras civiles*. Madrid: Akal

Mercado, A. (2014, diciembre). Gobernabilidad en contextos violentos: una tipología exploratoria. *Controversia*, 203.

Organización de las Naciones Unidas, ONU. (1998, 17 de julio). *Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional*. Aprobado el 17 de julio de 1998 por la Conferencia Diplomática de Plenipotenciarios de las Naciones Unidas sobre el establecimiento de una corte penal internacional. Consultado en http://www.derechos.net/doc/tpi.html

Organización Mundial de la Salud, OMS. (2016). *Comprender y abordar la violencia contra las mujeres*. Washington, Organización Panamericana de la Salud. Consultado en https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/98821/WHO_RHR_12.37_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Pinker, S. (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones.* Barcelona: Paidós,

Restrepo, J. y otros. (2010). Neoparamilitarismo en Colombia: una herramienta conceptual para la interpretación de dinámicas recientes del conflicto armado colombiano. En Restrepo, J. y otros. *Guerra y Violencias en Colombia.* Bogotá: Cerac, Pontificia Universidad Javeriana.

Romero, M. y Arias, A. (2010, abril). Sobre paramilitares, neoparamilitares y afines: crecen sus acciones. ¿Qué dice el gobierno? *Revista Arcanos, 15.*

Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Valera, N. (2019). *Feminismo para principiantes*. Bogotá, D. C.: Penguin Random House

Vásquez, T. y Barrera, V. (2018). *Paramilitarismo. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico.* Bogotá: Procesos Digitales SAS.

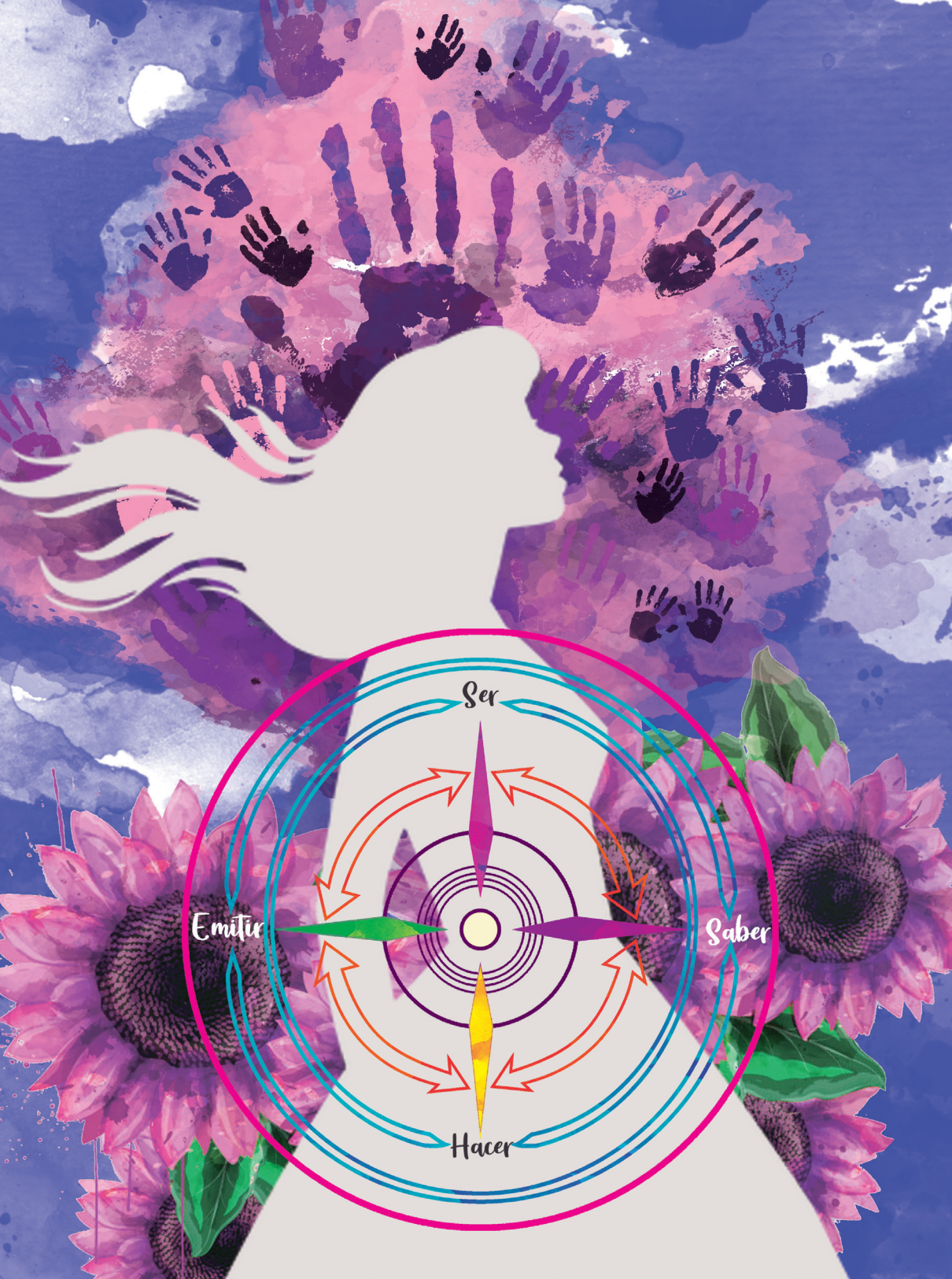
Wood, E. (2009, mayo-agosto). Violencia sexual durante la guerra: hacia un entendimiento de variación. Análisis político, 66, Bogotá.

Wood, E. (2018). Rape as a Practice of War: Toward a Typology of Political Violence. *Politics & Society* 1– 25

DIANA CAROLINA OCHOA VÉLEZ

Politóloga e investigadora del Grupo Regional de Memoria Histórica de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Ha trabajado en proyectos sociales con Reconciliación Colombia, Fundación Grupo Social y Secretariado de Pastoral Social, en el área de fortalecimiento a organizaciones sociales con poblaciones de mujeres, víctimas del conflicto armado, jóvenes y JAC, en el Sur de Bolívar, la región de los Montes de María y la ciudad de Cartagena de Indias..

dianaochoavelez@gmail.com


Ser
Emitir
Saber
Hacer

– DORIS Y. GÓMEZ NIÑO –

LAS BARRERAS INVISIBLES CREAN EN LAS MUJERES SOMBRAS EN SU EMPODERAMIENTO COMO AGENTE SOCIAL

Ante las prácticas arcaicas de discriminación que prevalecen, es necesario implicarse en el cambio de estereotipos y aprovechar la creatividad colectiva para sentar precedentes y difundirlos por diferentes medios de comunicación. Para ello, se precisa de una «brújula conceptual» que abarque al «Ser» en su esencia, su humanidad y género. En esa perspectiva, este estudio indaga conceptos filosóficos; observa los logros de las luchas feministas por la equidad de género y esboza un modelo de apoyo al empoderamiento de la mujer en espacios rurales, una ruta que la motive a ser agente de su propio cambio.

Introducción

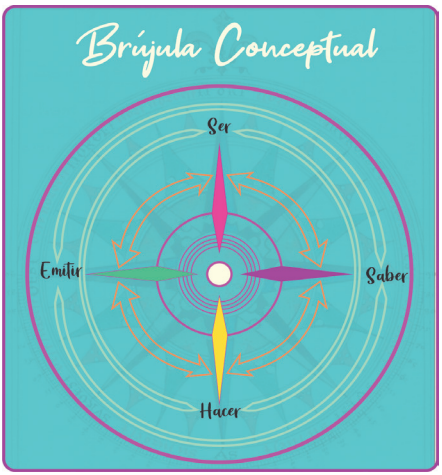
Este documento propone una herramienta para navegar en el mar de información trazado por las redes de comunicación. En un mundo virtual, se corre el riesgo de caer en las trampas del poder, pues, los espejismos pueden ser más avasalladores: es más fácil hacer que una mentira parezca una verdad.

Con el deseo de orientarse hacia un objetivo de navegación informativa para construir un modelo de apoyo al empoderamiento de la mujer en espacios rurales

(tercera y cuarta partes del documento), se proyecta el esquema denominado «brújula conceptual» que aparece en la imagen 1. Su norte es *el ser*, la esencia, lo que es único y le otorga a ese Ser un lugar en el mundo físico. Este es el punto de partida (primera parte). En contraposición, está *el hacer*, que es la forma como se materializa esa esencia (tercera parte). Todo esto, se apoya en *el saber* (segunda parte) y en *el emitir* o *comunicar* (cuarta parte). Es decir, para materializar la esencia, se requiere aprender a hacerlo, el cómo.

Ese «cómo hacerlo» empieza a aprenderse conociendo las luchas de las mentoras, esas mujeres que se esforzaron por dejar huella y andar caminos para que otras tuvieran un apoyo inicial; son todas las que han influido en el desarrollo social: las madres, las maestras, las heroínas, las artistas, las trabajadoras, las representantes políticas; Una vez interiorizado ese conocimiento, hay que encontrar la manera de comunicarlo o emitirlo a las demás personas (cuarta parte)

Imagen 1.



Fuente: elaboración propia.

PRIMERA PARTE. El «ser» y la estructura

En busca de la esencia del ser, fue Martin Heidegger, filósofo del siglo XX y precursor de la deconstrucción, quien expuso en su libro *El ser y el tiempo* los conceptos en su esencia. Traspasó al ser y planteó el *dasein* como lo inmediato e indeterminado, lo perteneciente a la esencia. Según Heidegger, el ser devela su existencia a través del tiempo, que le aporta esa propiedad medible de cosa en su historicidad; no obstante, si el *dasien* cuestiona la historicidad, puede llegar, incluso, a crear su propio mundo.

Según Heidegger, la oración «pienso, luego existo», del *Discurso del método* de 1637 que inmortalizo a René Descartes como referente del racionalismo, no se tradujo fielmente de su original «Je pense, donc Je suis» y la escuela escolástica la presentó como era realmente: «pienso, porque soy»; esta perspectiva permitió una nueva discusión en la que lo que hay dentro de cada cual es lo que construye el pensamiento. Visto de esta manera ese ser racionalista daría paso al ser metafísico; y esto transfirió un ente o entidad concreta universal resignificada en la existencia material, a una entidad abstracta o del sentido común que se halla en lo esencial del ser (Heidegger, 1926).

En el enfoque de Heidegger, el ser es la esencia que se materializa a lo largo de la historia y que, a su vez, se configura desde el pensamiento; el cual opera como un ente fenomenológico en busca de la esencia del ser, que desemboca en el *dasien*. Como ente, el ser puede quedar oculto, a tal punto, que llega a olvidarse, Por tanto, el ser no es el humano en sí, no fue creado para solo existir como ente; el ser es el sentido que marca la diferencia (Heidegger, 1926, p. 46).

La definición de este autor es pertinente porque parte del ser como esencia, como lo innegable, sin otorgarle ni cuerpo, ni género.

El ser y su entorno social

Si el ser en búsqueda de supervivencia se relaciona con otros y crea su entorno social en el que, lo que es diferente se percibe como una amenaza; por ejemplo, no está «bien visto» para un entorno tradicional que una mujer decida vivir sola, porque lo normal es que las personas vivan en familia y si las mujeres salen de su casa es para formar un hogar en compañía de un hombre. Si esta mujer desea

encajar en esta comunidad debe elegir construir una familia y olvidarse de ser autónoma por la supervivencia de la comunidad.

El ejemplo mencionado es un actuar social que refleja a la nación cuando suprime al individuo, como lo expone Hanna Arendt: el Estado otorga al conjunto de familias económicamente organizadas la gran proyección de «una familia superhumana [que es] el gran referente de «sociedad»». Hanna analiza la naturaleza humana, desde la antigua Grecia hasta la Revolución Industrial, en los espacios políticos de *la polis*, que, en América, se han interpretado como el ámbito social que dio paso a la sociedad y a los entornos más privados o familiares. La autora presenta la forma en que las familias, en la Modernidad, se articularon en talleres artesanales a medida que la esclavitud se fue aboliendo. Cuando dichos talleres entraron en el auge de la producción, se transformaron en las fábricas que promovieron la Revolución Industrial; después, ese desarrollo económico acunó la creación del Estado, que, en su crecimiento, terminó absorbiendo a las monarquías existentes. Todo esto, gracias al *homo faber*, entendido como *el fabricador*, que resultó de la siguiente proyección griega:

> El hombre que trabajara, fabricara y construyera un mundo habitado únicamente por él, seguiría siendo un fabricador. Aunque ya no *homo faber*, porque habría perdido su específica cualidad humana y, más bien, sería un dios. Ciertamente, no el creador, pero sí, un demiurgo divino, tal como Platón lo describe en uno de sus mitos (Arendt, 2009, p 38).

Hanna advierte que este mito en la Modernidad elevó al hombre a la categoría de genio y, así, lo facultó para cosificar a todas las fuerzas naturales y hacerlas de su propiedad designándoles funciones sin diferenciar un recurso natural, de un objeto, o de una persona que considerase a su servicio. Es el caso de la mujer, quien se le entregó al hombre y a quien se le estableció la función social de preservar la especie pariendo y criando los hijos; con ello, se le encasilló durante siglos en una función física, no intelectual, que la alejó de los espacios de la *polis* y la relegó a la vida doméstica (Arendt, 2009).

SEGUNDA PARTE. «Saber»: un recorrido del feminismo en busca de la equidad de género

Contra el techo de cristal creado por la sociedad moderna para las mujeres, ellas lucharon durante siglos, ante lo que respondió el patriarcado con salvajes represiones. Pero, ellas, encontraron nuevas maneras de unirse. Con la llegada del siglo XX, surgieron oportunidades para abordar la esfera pública en organizaciones como »Woman Social and Political Union», adherida al Partido Laborista y creada por la familia Pankhurst en Londres; también en América, las mujeres se reunieron en 1917 por primera vez con el objetivo de liberar a su sexo y de encontrar el camino hacia la equidad de género; esa asamblea, ocurrida en Chicago, se convirtió en el »Partido de las Mujeres», conformado por norteamericanas que exigían al Capitolio que se aprobara nacionalmente (Beauvoir, 1949). El sistema patriarcal se hizo sentir utilizando los medios de comunicación que tenía a su disposición y, para mostrar su poder, atacó al movimiento feminista, específicamente, mediante la prensa. Desarrolló campañas publicitarias con imágenes denigrantes de las mujeres que luchaban por la reivindicación de sus derechos y, así, ejerció presión social masiva en contra del movimiento sufragista.

Basta ver la imagen 2: un cartel lúgubre donde se expone a una niña rabiosa que destroza sus juguetes y se pone pantalones mientras llora. Y que remata con una frase: «nadie me quiere... Supongo que terminaré siendo una *suffragette*». Ese fue el término insultante de la época. Aparecía acompañado de imágenes de mujeres desfiguradas, desarregladas y neuróticas. El patriarcado intentó estigmatizar a las mujeres que luchaban por sus derechos. ¿Por qué poner a un ser humano a elegir entre pugnar por sus derechos o ser querido por su entorno? Por medio de ese impulso, se trató de influenciar a las mujeres y a sus familias para frenar la lucha por la igualdad de derechos.

Imagen 2.



Fuente: Serrano (2016)

Para esta época, Simone de Beauvoir definió así a países, como Colombia, que pertenecen a una religiosa deformación social: «tanto en los países latinos, como

en los países de Oriente, oprimen a la mujer por el rigor de las costumbres aún más que por el de las leyes» (Beauvoir, 1949, p. 50).

Aun así, existía una lucha nacional de las mujeres en el país por sus derechos humanos, como lo sintetiza Florence Thomas en *Conversaciones con Violeta* (2006) Allí señala los logros de quienes, visibilizadas o no, encontraron en el siglo XX las formas de defenderlos. Trae a la memoria a María Cano, conocida como «La Flor del Trabajo», quien habló en defensa de trabajadoras y trabajadores a partir de la lucha por «los tres ochos»: ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho de recreación. Igual que ella, hubo otras defensoras de los movimientos de trabajadores en las empresas textileras antioqueñas, a quienes Florence trae en su recuento: Ofelia Uribe, Esmeralda Arboleda, Georgina Flecher, Josefina Valencia y Aydee Anzola, lideresas que, en sus más de 25 años de luchas, fueron logrando progresos legislativos, como los siguientes:

- En 1932 (Ley 28): Derecho de la mujer a administrar sus bienes.
- En 1933 (decreto reformatorio del Decreto 1487 de 1932): derecho de las mujeres para ingresar al bachillerato.
- En 1933 (Decreto 227): derecho a la educación superior para las mujeres.
- En 1936 (Ley 45): establece el derecho de la mujer a desempeñar cargos públicos, aunque sin derecho a voto.

En 1948, se promulgó en el mundo la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la que se proclamó que toda persona, sin distinción de sexo y de otras condiciones, podía gozar de ellos. Sin embargo, la verdad fue otra, pues las mecánicas políticas de cada país torpedearon de diferentes maneras el hecho de que las mujeres llegaran a hacer parte de esos seres humanos privilegiados. Florence advierte que esa tan proclamada «universalidad», es «universalismo» y está en masculino y, por eso, tiene cara de hombre; porque fue pensado por hombres y hecho para hombres; añade que, entonces, la famosa neutralidad es, lógicamente, masculina. La autora hace una recomendación importante en este texto a todas las Violetas, a esas mujeres que nacieron en la década de 1980, hijas de la revolución silenciosa de décadas de lucha pero que, al parecer, habían olvidado y optaban por aceptar que los hombres las prefirieran brutas, entre otros estereotipos que tomaban fuerza en esa década: hay que *aprender a ser mujeres*, para lo cual, es necesario conocer la historia de las abuelas, las madres y de aquellas más que rodean sus círculos sociales, porque, en el colegio, no se enseñó mucho de lo alcanzado por las mujeres en sus resistencias.

Para poner un ejemplo de lo anterior, en Colombia, el derecho al voto de la mujer se promulgó el 25 de agosto de 1954 mediante el acto legislativo No. 3 de la Asamblea Nacional Constituyente bajo la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla. Y la anécdota popular dice: «el general lo hizo para darle gusto a su esposa». Así, se invisibilizaron los logros de las mujeres ante las luchas por un trato igualitario que dejara atrás los abusos sexuales de las empleadas, quienes, además de afrontar la discriminación por sus diferencias de clase, de etnia o color, tenían que hacerlo doblemente por ser mujeres.

Pero, los movimientos siguieron en la defensa de los derechos. Otro logro consistió en que la mujer pudiera ejercer la autonomía y decidir sobre su cuerpo. Esto viene avanzando desde la década de 1960 con el uso de las pastillas anticonceptivas. Al comienzo, les permitieron a algunas mujeres privilegiadas liberarse de tantos embarazos no deseados; así, pudieron integrarse a la esfera pública y con ello, allanar el camino a otras que vendrían luego, pues, seguían ganando espacios en materia de normatividad:

- En 1968 (Ley 75): se normaliza lo referente a la filiación, paternidad responsable y régimen de obligatoriedad de alimentos.
- En 1970 (Decreto 1260): se establecen normas sobre el no uso obligatorio del apellido del conyugue, igualdad de sexos frente a la ley, cambia el régimen matrimonial y se crea el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
- En 1974 (Decreto 2820): se establece la igualdad jurídica de los sexos y se da fin a la potestad marital.

En 1976 (Ley 1°): se establece el divorcio en el matrimonio civil y la separación de cuerpos y bienes en el matrimonio católico (Thomas, 2006).

La promulgación de estas leyes y decretos no fue, sin embargo, suficiente; debían darse a conocer las directamente beneficiadas. Es la razón por la que, en los municipios alejados de las capitales, las mujeres casadas siguieron usando el «de» hasta la década de 1990.

La Organización de Naciones Unidas (ONU) determinó que, entre 1975 y 1985, habría una década internacional de la mujer. Y rindió frutos en 1979, cuando se aprobó la *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*, conocida por su sigla en inglés, Cedaw. Algo muy importante de recordar es la definición de la Cedaw de *discriminación de la mujer*:

> Toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo, que tenga por objeto menoscabar o anular el reconocimiento, goce o ejercicio por la mujer, independientemente de su estado civil, sobre la base de la igualdad del hombre y la mujer, de los derechos humanos y las libertades fundamentales en las esferas política, económica, social, cultural o en cualquier otra esfera (Citado por Naciones Unidas. DAW, 2007).

Este tipo de herramientas de respaldo internacional son un gran referente para las organizaciones de mujeres, pues, contribuyen a avanzar en la tarea de modificar los patrones socioculturales construidos sobre la base de los estereotipos de lo masculino y lo femenino. Colombia, como país miembro de la ONU, firmó en 1981 (ley 51) y asumió la Convención, la Cedaw. No obstante, todos los procesos al respecto demoran por la lentitud administrativa para su implementación.

En 1991, se promulgó la Constitución Política de Colombia, aun con los impedimentos vueltos costumbre. Se trata de una carta política de carácter incluyente, a la que se conoce como la constitución de los derechos humanos. En ese contexto, en 1995, por medio de la Ley 248, entró en vigencia en el país la Convención Interamericana para erradicar la violencia contra la mujer, conocida como la Convención de Belén de Pará (Thomas, 2006).

El saber, podría garantizar que todas las ciudadanas lleguen a disfrutar plenamente de sus derechos

En todo caso, la realidad colombiana ha demostrado que todas estas herramientas no son suficientes para que todas las ciudadanas disfruten plenamente de sus derechos económicos, sociales y culturales. ¿Por qué, después de un siglo de luchas y logros pervive ese dominio patriarcal que oprime, con el llamado techo de cristal, tan pesado sobre los hombros de las mujeres y que limita su acceso a los cargos decisorios? Además, ya es evidente que, a partir del siglo XXI, las disposiciones laborales del país afectan más a las mujeres que a los hombres, pues, se perdieron garantías laborales y se redujeron los salarios, se dio prioridad a los contratos a corto plazo y se les permitió a sus contratantes despedirlas sin prestaciones sociales; el desempleo se ha ido feminizando en el país, pues las condiciones de trabajo precario, sumadas a las obligaciones domésticas y el cuidado de los hijos y familiares termina afectando más a mujeres que a hombres.

Los datos del desempleo femenino en Colombia del periodo 2001-2008 muestran que supera en cerca de cinco puntos porcentuales al desempleo masculino; en consecuencia, han aumentado el subempleo y el trabajo informal para las mujeres.

En el mismo campo de lo laboral, la investigadora Silvia Lara encontró lo siguiente:

> en Colombia, más mujeres que hombres asisten al sistema de educación; las mujeres se retiran menos y tienen un mayor rendimiento y las jóvenes tienen una mayor alfabetización que los hombres de su edad. Pero no se integran a la fuerza laboral en la misma proporción que los hombres, es decir, persisten los obstáculos personales y sociales para reconocer su capacitación y acceder así a empleos de calidad en la misma condición que los hombres (Romero, 2017).

La visibilidad femenina en las esferas de lo público del siglo XXI

Los medios masivos promueven con frecuencia la discriminación, con información sesgada y verdades a medias; son los que, desde los comienzos de la imprenta, han formado opinión defendiendo, en general, el orden establecido; no obstante, hoy, hay un panorama más abierto con la globalización de la información, pues, es más posible explorar nuevos puntos de vista y, a la vez, escuchar la voz de las mujeres para generar identidad más allá de la cara bonita que presenta el noticiero, o de la chica deseable que habla de frivolidades y reafirma los estereotipos tan nocivos para el género femenino.

En la web, existen las denominadas *redes sociales* y allí está la oportunidad de elegir la información que se quiere recibir definiendo un criterio de búsqueda, una brújula, un esquema; prácticamente, se encuentra de todo en estos nuevos espacios digitales donde se desarrolla lo público en el siglo XXI; en ellos, tanto mujeres, como hombres, pueden departir y debatir sobre la equidad y el género.

A continuación, se exponen las experiencias personales de varias mujeres hispanohablantes que han atravesado los paradigmas del patriarcado; ellas proponen nuevos espacios de participación y de opinión de libre acceso.

En su conferencia *¿Por qué es importante hablar de feminismo?*, la periodista colombiana Catalina Ruiz-Navarro comenta que el feminismo fue la revolución social pacífica más eficaz y eficiente de todo el siglo XX. Muestra cómo a pesar de que aún existen discursos que obligan a la mujer a cumplir con tareas o a estar en los espacios determinados desde siglos por hombres, no existen características inherentes a un género; según ella, estas son una construcción de la cultura que, con el pasar del tiempo y la manipulación de la información, las han convertido en estereotipos.

Catalina y Estefanía Vela, abogada mexicana, han adoptado un juego de palabras con el que han creado un movimiento que se llama #Estereotipas «Feminismo pop latinoamericano». Este espacio utiliza diversas redes sociales para presentar planteamientos feministas desde las diferentes visiones de inclusión de género, con una premisa: «todas las mujeres pueden tener acceso a sus derechos, ser queridas, aceptadas y también respetadas» (Navarro TEDx Talks, 2017).

****

Para comprender, por otra parte, los planteamientos del libro de la escritora Clara Murguialday *La cara del poder*, es necesario saber que existe un tipo de poder que está afectando a todos los géneros, un poder oculto que opera permanentemente. Ella lo denomina «poder sobre invisible» o el poder de negar los intereses ajenos: aunque exista un conflicto, este no se observa. Como resultado de eso, el poderoso saca adelante sus objetivos porque imposibilita una acción; él manipula las percepciones, las cogniciones y las preferencias de la gente y, de esta manera, el afectado acepta su rol porque no se les permite ver o imaginar una alternativa. Ejercer poder manipulando la conciencia de los menos poderosos es hacerles incapaces de desear una situación diferente, sea porque no la pueden ver y así aceptan la legitimidad del orden establecido, porque se resignan a su suerte o porque no consideran posible transformar su situación (Murguialday, 2013).

Pero, ¿cómo llega a operar ese *poder sobre invisible* que, incluso, hace que muchas mujeres denigren del feminismo sin darse la oportunidad de conocerlo? ¿Cómo lo hace ese poder, aplicado durante siglos y que ha traspasado al nuevo milenio? Con el uso de las nuevas tecnologías, es posible analizar en menos tiempo que antes de que existieran, qué es lo que impide alcanzar plenamente la tan anhelada igualdad de derechos entre géneros. Rosa Liarte, profesora de geografía

e historia, recalca en el hecho de que los denominados micromachismos afectan y ejercen el poder de manera sobre invisible. Veamos cómo es esto.

Rosa incluye en sus procesos de formación las llamadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y, así, transmite el uso apropiado del flujo de información al que están expuestas las nuevas generaciones. Ella, además de capacitar a estudiantes de secundaria, transmite su conocimiento a otros profesores tanto de niveles básicos, como de profesionales y universitarios y es en estos escenarios donde ha chocado con situaciones que dejan un mal sabor de boca. Se ha encontrado con que, aunque una mujer se sienta agredida, no sabe cómo detener la agresión, ya que estas agresiones aparecen como parte de la cultura. Por ejemplo, lo ha percibido en frases o dichos: «detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer»; «a la mujer en casa, nada le pasa»; «calladita te ves más bonita», entre otros de uso popular que se replican sin filtro. Según Rosa, no porque algo se repita en el tiempo, adquiere veracidad, aunque así lo parezca, de manera que busca formas en las que hombres y mujeres dejen de perpetuar este tipo de maltrato.

Pero, una mujer como Rosa, que asciende a escenarios de influencia, en su caso, académicos, saturados por hombres, debe hablar de *paridad*, mostrar que la igualdad de género beneficia tanto a las mujeres como a toda la sociedad; por eso, el mensaje del feminismo es sencillo: hay que alcanzar la igualdad de las mujeres como seres humanos, dotadas de derechos y deberes, pero con sus propias particularidades de género, raza o condición social. Aun así, en pleno siglo XXI, siguen existiendo la discriminación y el machismo, porque pervive el micromachismo, que se acepta porque es sutil y se camufla adherido a la cultura.

Por ello, Rosa, desde su cargo como docente y desde su posición de mujer, busca demostrar que lo que no es visible deja de existir e insta a las mujeres a hacer notar su voz con su campaña «#merezcounacalle», para hacerse participes del consciente colectivo. Por ahora, lo ha desarrollado con grupos estudiantiles que, desde las aulas, analizan en su ciudad o localidad cuantas calles llevan nombre de hombre y cuantas, nombre de mujer, y los chicos preguntan a sus gobernantes cuál es la razón de que no se bauticen más calles con nombre de mujer; además, con el uso de las TIC en las aulas de clase, se hace la invitación de hacer visible lo invisible.

Rosa da conferencias sobre los micromachismos que, como virus, se diseminan e impregnan en la sociedad de manera que impiden que tantos logros de mujeres

empoderadas no avancen con la velocidad deseada; eso hace recordar, siempre, que lo que se ignora, se desprecia. Ella utiliza todos los medios de las TIC que tiene a su alcance para hacer consciente a la sociedad de este virus cultural (Rosa Liarte TEDxPlazaDeLaMercedWomen, 2017).

****

Verónica Raffo, en su conferencia «Feminista: la mala palabra» pregunta quiénes y cómo son las y los feministas del siglo XXI, es decir, la tercera generación del feminismo. Cuenta cómo forjó su carrera de gerente en el sector financiero uruguayo y latinoamericano. Ella fue identificando el machismo como la actitud de prepotencia de los varones frente a las mujeres y comparte su experiencia al remontar o avanzar como mujer, en su profesión, desde servir el café, hasta demostrar que era una profesional solvente; esto le permitió precisar cuáles son las barreras que las mujeres emprendedoras y empresarias encuentran a la hora de competir.

En su área de trabajo, Verónica encontró que una mujer tiene que esforzarse más que un hombre para recibir un crédito, a pesar de que tiene menor taza de mora que cualquiera de ellos, en igualdad de condiciones. Observó, también, que a las mujeres, en el sector industrial les cuesta encontrar un modelo de rol femenino, que no acceden con facilidad a las posiciones de liderazgo; sucede que grandes gerentes prefieren ser mentores de hombres jóvenes, no quieren entregar su relevo generacional a mujeres por muy capacitadas que estén; eso sigue perpetuando el hecho de que los ambientes de poder sean netamente masculinos y que se escandalicen cuando la única mujer asistente les solicita no fumar, porque ella está embarazada. Es como si las mujeres tuvieran que sentirse como equilibristas tratando de compensar sus emociones con los roles laborales y familiares.

¿Por qué existen tantas brechas, aun en los países donde supuestamente se apoyan los derechos de la mujer? ¿Por qué se siguen atesorando como cultura los prejuicios inconscientes? Sí lograra quitarse ese velo de prejuicios, podría mejorar, incluso, la economía de un país; hablando de negocios, es muy ineficiente, en realidad, que un país desaproveche los talentos femeninos en la dirección de empresas, como lo hacen actualmente; el Producto Interno Bruto de un país cambiaría, sustancialmente, con más mujeres emprendedoras; esto generaría más riqueza y más empleo.

Por ejemplo, de 350 empresas medidas en Latinoamérica por Mckinsey Blockchain Report, las que poseen directorios mixtos presentan mejores resultados en un 45 %, que las que solo los tienen conformados por hombres. Entonces, ¿qué es lo que se quiere para la humanidad? ¿Se quiere que avance al futuro y se desarrolle trabajando en sociedades con representación paritaria, o que se estanque y retroceda continuando con el sistema caduco patriarcal?

Verónica llama a no seguir siendo simples espectadores de esta realidad, a convertirnos en protagonistas para cambiar las cosas y ser «#feministaXXI». Dice que se trata de ir más allá del activismo posmodernista que actúa en redes sociales; invita a ponerse la camiseta, generar acciones concretas y no dejar que los prejuicios inconscientes le jueguen a cualquiera una mala pasada: si se es testigo de una violación de los derechos de la mujer, no dejar pasar la injusticia, no ser cómplices; actuar en consecuencia y crecer como personas, permitirá desarrollar el músculo para no dejar perpetuar el perjuicio (Raffo, 2016).

TERCERA PARTE. «Hacer»: los círculos de poder para la mujer en comunidades rurales. ¿Empoderamiento o fortalecimiento?

Al final, para transformar la sociedad,
el empoderamiento de las mujeres debe convertirse
en una fuerza política, es decir,
en un movimiento de masas movilizado
que impugne y transforme las estructuras de poder existentes.

Srilatha Batliwala

Empoderamiento

Para finalizar este diálogo de feminismos, es importante enfocar la mirada en un grupo específico, la mujer rural, y cómo ella se beneficia de los logros y avances de las mujeres.

En materia de legislación, se tiene la Ley 731 de 2002, cuyo objeto es «mejorar la calidad de vida de las mujeres rurales, priorizando las de bajos recursos y consagrar medidas específicas encaminadas a acelerar la equidad entre el hombre y la mujer rural». Esta ley define de la siguiente manera a la mujer rural: «toda aquella [mujer] (...) sin distingo de ninguna naturaleza e independientemente del lugar donde viva, [cuya] actividad productiva está relacionada directamente con lo rural, incluso si dicha actividad no es reconocida por los sistemas de información y medición del Estado o no es remunerada».

Agrega que se desempeña,

> en actividades tradicionales agrícolas, [y] hasta [en] las no tradicionales, como el desarrollo de agroindustrias y microempresas, o en el marco de una perspectiva más amplia de la ruralidad, como son las relacionadas con la integración a cadenas agroproductivas y comerciales en todas sus expresiones organizativas, el turismo rural y ecológico, las artesanías, entre otras, incluyendo las actividades de mercadeo, transformación de productos y prestación de servicios que se realicen en torno a ellas (Congreso de Colombia, 2002).

Pese a esto, las mujeres rurales empoderadas también están estigmatizadas. Incluso, el tema de empoderarse llega a producir tensiones, pues el campo es un espacio tradicional en el que a la mujer se le obligó a sufrir en silencio y en el que se ha ejercido, por una parte, la violencia como forma de discriminación y, por otra, la discriminación como forma de violencia; esta discriminación va desde la misma privación del conocimiento de sus derechos y la negación del disfrute de los mismos. En la perspectiva de género, la igualdad requiere de la deconstrucción personal y colectiva de la socialización patriarcal y del reconocimiento de los derechos de las mujeres como *derechos humanos* (Montejo, 1992).

¿Por qué el uso del poder es algo que se le sigue delegando a los hombres? Para equilibrar esta balanza, hace falta que las instituciones acompañen el empoderamiento como una característica que le permita a la mujer el goce pleno de todos sus derechos habilitados. Pero, para transitar este camino, es necesario conocer cuál es la relación del empoderamiento con el poder. De esta manera, comienza el «Feminismo de la segunda ola», que se presenta con su propio eslogan: «lo personal es político» (Bacqué & Biewener, 2016. p. 16).

La urbanista social Marie-Héléne Bacqué y la economista Carole Biewener presentan la siguiente tesis: *la emancipación y el empoderamiento* se enfocan en atender la gestión de un poder que emana de diferentes fuentes y que va erigiendo barreras que impiden a las sujetas y sujetos luchar por el control de su destino, a la vez que lidian con el sentimiento de control personal y la capacidad de influir sobre el comportamiento de otros. Aquí, las autoras se remiten a Loraine Gutiérrez para explicar que la capacidad de empoderamiento se alcanza con el fortalecimiento de los puntos fuertes del individuo y, a su vez, estos individuos en conjunto serán los puntos fuertes de la comunidad. De esta manera, se puede generar un ciclo en el que, al empoderar al individuo, se empodera la comunidad y una comunidad empoderada podrá empoderar a sus individuos. En esa perspectiva, se esgrimen tres modelos de empoderamiento o ideas tipo: desde lo político, desde lo económico y desde lo social.

1. En el *modelo de empoderamiento desde lo político*, tomaron al politólogo Ernesto Laclau y su teoría de «cadena de equivalencias». Esta teoría muestra un espectro político en el que el empoderamiento está ligado al desafío propio de los poderes sociales. El individuo participa en la implementación de proyectos sociales, económicos y políticos que conducen a reconsiderar las formas de gobierno y de gobernanza.

2. En el *modelo de empoderamiento desde lo económico*, se analizó el empoderamiento de los individuos a partir de dos enfoques: el que valora la capacidad que estos tienen para hacer sus elecciones y esto se hace observando cuán racionales, útiles, efectivos o intencionales son; y el enfoque que se orienta a estimar cuánto pueden aportar al desarrollo de su entorno, que está inscrito en un plan de desarrollo global.

   Pues bien, si el plan es «neoliberal», el resultado será un sistema de autonomización o de toma a cargo de sí mismo, orientado, directamente, a producir un sujeto administrador y consumidor, un modelo eficaz y responsable, que actúa de acuerdo con una racionalidad presuntamente universal del cálculo costo/beneficio, capaz de aprovechar las oportunidades del mercado. Si el proyecto es «socioliberal», se propenderá por enunciar la igualdad de oportunidades, la lucha contra la pobreza mediante la buena gobernanza, en busca de individuos con autodeterminación y capacidad de elección. En el modelo desde lo económico, temas como *emancipación* y *justicia social* se velan al evocar al acceso de mejores oportunidades que no cuestiona las desigualdades sociales.

3. El *modelo de empoderamiento desde lo social* es el que refieren las autoras. En 1968, Paulo Freire, filósofo y pedagogo brasilero, condensó en su obra *Pedagogía del oprimido* una crítica social radical y propone una estrategia para transformar las relaciones de poder, cuestionar la explotación y construir una sociedad más equitativa. Dice que para conseguirlo se requiere que los individuos y los grupos marginalizados se movilicen. Sobre la «conscientização» señala que de esta manera los oprimidos reconocen su capacidad de poder para liberarse de la opresión y, así, convertirse en los motores de su propio desarrollo. Freire dio importancia a la subjetividad y con ello, reivindicó las diferencias y, por tanto, la búsqueda personal de la prosperidad.

   Este último modelo el empoderamiento busca reivindicar la justicia en términos de redistribución de recursos y de cambio social; hace referencia, además de la concientización del poder ejercido desde abajo, donde las sujetas y sujetos puedan ser agentes de su propio cambio, a una transformación social, dada por los ejercicios tanto de emancipación social, como de emancipación colectiva; de esta manera, los diferentes grupos podrían poner fin a su estigmatización, por medio de la autodeterminación, la redistribución de recursos y la redistribución de derechos políticos.

Desde la visión de las autoras, la articulación de los tres modelos de empoderamiento conlleva la construcción de un proceso con clara intención de transformación social, a partir de multiplicidad de intervenciones colectivas e individuales y de la conformación de redes en diferentes escalas (Bacqué & Biewener, 2016, p. 126).

En el camino de reivindicación y defensa de los derechos de grupos estigmatizados, se fortalece la segunda ola del feminismo, cuyo foco ha sido que a las mujeres se les permita trascender en espacios políticos; para ello, retomaron los logros y conceptos de varias luchas por la igualdad para reivindicar la equidad y, en esa ruta, se hizo necesario hablar de género, pues, el sexo es una condición biológica que marca las diferencias en los machos y hembras de diferentes especies. Sin embargo, las estructuras que ejercen el poder han influido en la construcción de identidad tanto para mujeres como para hombres y, en sí, para todos los géneros.

¿Qué poder construye las estructuras y normas que limitan al individuo?

Miguel Benasayag y Diego Sztulwark definieron así la *constitución de contrapoderes*: es una posibilidad en términos, tanto de oposición al poder, como de creación y experimentación en todas las etapas de la vida social. Esa constitución está comprometida con los poderes de acción (o empoderamiento) individuales y colectivos y con su derivación y alcance político de transformaciones sociales profundas; implica, además, tomar en consideración las diferentes formas de poder: «poder de», «poder con» y, también, «poder sobre» (Bacqué & Biewener, 2016. p. 126).

Para explicar estas formas de poder, la Unidad Didáctica de Mujeres y Poder tomó las definiciones de las cuatro clases de poder según la forma de ejercerlo desarrolladas por Rowlands Jo en 1997:

> PODER «SOBRE» es el poder más común y general. Representa la habilidad de una persona para hacer que otras actúen en contra de [los] deseos [de ellas]. Este tipo de poder controlador suele manifestarse en los conflictos, pero, también, en la ausencia de estos. El poder sobre alguien implica que se tiene la capacidad de influir en la toma de decisiones de la persona sobre la que se ejerce el mencionado dominio. (...)
>
> EL PODER «PARA» sirve para incluir cambios por medio de una persona o grupo líder que estimula la actividad en otros e incrementa su ánimo. Es un poder creativo o facilitador que abre posibilidades y acciones sin dominación.

> EL PODER «CON» es el que se ejerce en grupo y presenta una solución compartida a sus problemas. El interés del grupo prevalece sobre el individual.
>
> PODER «DESDE DENTRO» O PODER «POR» representa la habilidad para resistir [al] poder de otros mediante el rechazo a todo aquello que no se desea. Se basa en el aumento de la confianza en uno/a mismo/a, poder propio en la toma de decisiones ante las demandas indeseadas (Bel Pallares y otras, 2010, p. 19-20).

La primera definición describe un poder controlador, de suma cero, en el que el aumento de poder de una persona implica la pérdida de poder de otra. Las otras tres definiciones significan un poder de suma positiva, debido a que, el incremento de poder de una persona, aumenta el poder total disponible, pues, se basa en relaciones sociales más democráticas y en el impulso del poder compartido (Bel Pallares y otras, 2010).

¿Cuánto poder tiene el individuo sobre su empoderamiento?

Julián Rappaport, psicólogo estadounidense, es reconocido como el primero en conceptualizar el término *empowerment*. Enfocado a la teoría de la Psicología Comunitaria, lo tomó de la siguiente manera:

> El término más simple que le dio nombre a toda clase de fenómenos observados en una investigación, en busca de comprender, predecir, explicar o describir; aquello que se busca en los estudios e intervenciones, que estimule, facilite o cree políticas de desarrollo social. (...) la palabra «empoderar» es el «resultado final» para la psicología comunitaria (...) (Rappaport, 1987).

El autor sugirió que «el empoderamiento es un proceso, un mecanismo por el cual las personas, organizaciones y comunidades obtienen dominio sobre sus asuntos. En consecuencia, el empoderamiento se verá diferente en su contexto manifiesto para diferentes personas, organizaciones y entornos» (Rappaport, 1987).

Para la aplicación del término, el autor se apoya en las definiciones textuales de la palabra, así:

> Según el Random House Dictionary de the American Language (1966, p. 468), [*empowerment*] tiene dos significados relacionados: 1. Dar poder o autoridad para autorizar; y 2. para habilitar o permitir.

> El Oxford English Dictionary (1971) incluye el sentido de inversión con poder legal y la sensación de que las personas o entornos pueden estar capacitados para algunos objetivos o propósitos. Tenga en cuenta que estas definiciones no incluyen especificación de lo que la persona o el entorno están facultados para hacer, ni sugieren que la palabra se refiere a una (...) persona aislada. Más bien, el *empowerment* se refiere a un proceso de ser capaz o estar autorizado hacer algo no especificado porque hay una condición de dominio o autoridad con respecto a esa cosa específica, en oposición a todas las cosas. Es decir, hay limitaciones y poderes (Rappaport, 1987, p. 129).

Rappaport aclaró que, para entender el significado de *empowerment*, o empoderamiento, en su traducción, es necesario saber algo más de los individuos: qué, o quién tiene autoridad sobre, y la relación entre una persona y su comunidad, entorno, o algo externo. Es decir, se requiere conocer la naturaleza del entorno o entornos donde se desarrolla o se inhibe el empoderamiento de los individuos. Y plantea una visión: «el empoderamiento no es solo una construcción psicológica individual: es, también, [un empoderamiento] organizacional, político, sociológico, económico y espiritual» (Rappaport, 1987. p. 30).

Como puntos de referencia para el desarrollo de la teoría y el estudio empírico sobre el tema, Rappaport expone presuposiciones e hipótesis, integradas en una teoría del empoderamiento, como «un esquema incompleto de supuestos para una teoría ecológica». Esas presuposiciones e hipótesis son, en resumen, las siguientes:

1. El empoderamiento es una construcción multinivel.
2. La teoría de empoderamiento es una construcción de irradiación que incluye a las personas, los entornos y las políticas.
3. El contexto histórico en el que operan una persona, un programa o una política influye en el empoderamiento.
4. En el empoderamiento, importa el contexto cultural.
5. Los procesos de empoderamiento y sus diferenciaciones pueden comprenderse a lo largo del tiempo si se cuenta con análisis tanto de investigación longitudinal, en los que se observan políticas y programas a través del tiempo, como de investigación transversal, en los que se examinan personas y organizaciones, en estudios de caso descriptivos e intensivos.
6. La teoría del empoderamiento es, conscientemente, una teoría de la visión del mundo.

Hay al menos dos implicaciones de esta suposición:

- Las personas de interés deben ser tratadas como colaboradoras, al mismo tiempo que el investigador puede considerarse como un participante.
- La elección del lenguaje es muy importante en cuanto a lo que se comunica y meta-comunica a todos los implicados.

7. Se supone que las condiciones de participación en un entorno tendrán un impacto en el empoderamiento de los miembros.
8. Las intervenciones en los individuos, organizaciones y su entorno deben darse en igualdad de condiciones entre sus partes.
9. Las soluciones desarrolladas localmente ante las problemáticas específicas son más poderosas, que la aplicación de modelos estandarizados.
10. El tamaño de configuración de la organización es importante para crear condiciones que conduzcan al empoderamiento. Debe ser reducido para que puedan designarse roles específicos, pero lo suficientemente grande como para conseguir los recursos que requiere su funcionamiento.
11. El empoderamiento no es un recurso escaso que se agota, sino que, una vez adoptado como ideología, tiende a expandir los recursos.

Este resumen de 11 supuestos es la conclusión de teorizar el empoderamiento (Rappaport, 1987. p 139-149)

Por su parte, para la Real Academia de la lengua española, la palabra *empoderamiento* es un nombre masculino y significa «acción y efecto de empoderar (hacer poderoso a un desfavorecido)».

En América Latina, Maritza Montero es una clara exponente de la conceptualización del término *empowerment*. En sus análisis, presenta cómo a partir de las experiencias en Puerto Rico, la noción de poder se reconceptualizó definiéndolo desde una perspectiva simétrica, puesto que en los polos de toda relación hay poder. Pero, ¿cuál es el grado de simetría en el sentido y la diferencia de cómo se ejerce el poder, en las formas como se manifiesta y en cómo compite por los recursos? La autora se apoya en la definición de poder de Serrano-García y de López-Sánchez (1994), al considerar que el poder es «una interacción personal o indirecta, y cotidiana, en la cual las personas manifiestan sus consensos sociales y las rupturas entre su experiencia y su conciencia». Y agrega:

> La idea de la simetría en el poder permite hallar sus expresiones en todos los sujetos de la relación, lo cual, a su vez, permite generar formas de deliberación, negociación, concertación y oposición, aun cuando las fuerzas, así como los recursos que un polo de poder puede controlar y que son deseados por el otro, sean desiguales. Es necesario usar el poder liberador, que reconoce al otro como igual, no como superior (Montero, 2010. P 30).

Fortalecimiento

Maritza Montero define así el fortalecimiento:

> Proceso mediante el cual los miembros de una comunidad o un grupo –miembros de grupos organizados dentro de esa comunidad o personas interesadas en promover y lograr un cambio respecto de alguna circunstancia que afecta a esa comunidad o grupo– desarrollan conjuntamente capacidades y recursos para controlar su situación de vida (en un momento específico); actuando de manera comprometida, consciente y crítica, para lograr la transformación de las condiciones que juzgan negativas o que deben ser modificadas según sus necesidades y aspiraciones, transformándose al mismo tiempo, a sí mismos (Montero, 2006. p. 72).

Montero hace hincapié en que fue casi simultánea la generación de los dos conceptos equivalentes, *empoderamiento* y *fortalecimiento*: *empowerment* se creó en 1981 y *fortalecimiento* o *potenciación* surgió al final de la década del 70 en varios países de América Latina (México, Panamá, Puerto Rico, Venezuela). Este último fue objeto de sistematización y publicación solo hasta finales de los años 80.

La función que se adjudicó al concepto de *empowerment* como el móvil de la Psicología Comunitaria «debería ser ampliar las posibilidades de que la gente pueda controlar sus vidas» (Rappaport, 2002, p. 135), pero, Zimmerman (2000) dio una definición más operativa:

> El *empowerment* psicológico incluye creencias acerca de la propia competencia y eficacia y una voluntad de involucrarse en actividades para ejercer control en el ambiente social y político (...) Este constructo puede integrar percepciones de control personal con conductas para ejercer control (citado en Montero, 2006).

El *empowerment* como concepto se hizo popular rápidamente a nivel global y se expandió de la esfera personal, a las esferas política, social y comunitaria. Diferentes lugares fueron adoptando el término como *empoderamiento*, tanto en América Latina, como en España y Portugal; sin embargo, al analizar la práctica así llamada, aparece el *fortalecimiento* entre otras prácticas institucionalistas que también hablaban de grupos, comunidades y poblaciones «empoderadas». Por eso, en los comienzos del nuevo milenio, se dio una discusión acerca del origen del término.

Al respecto de esto último, Maritza Montero cita la crítica que hace Vázquez en 2004 acerca del uso del concepto y del término *empowerment* y de su castellanización (empoderamiento). Destaca que su utilización indiscriminada no consideró su tendencia a lo individual, o su afinidad con el poder como posesión, o sus raíces culturales; en consecuencia, la autora propone el término *refortalecimiento* que Riger, en 1993, extrapoló de su experiencia de trabajo comunitario y supone «comprender las debilidades como fortalezas», suposición en la que lo personal es político y el sujeto es su contexto (Montero, 2006).

Todo lo expuesto dio pie a generar una propuesta psicopolítica de carácter práctico. Ella explora lo mejor de cada concepto y resume lo que esa exploración le entrega como nueva definición. Empoderamiento o fortalecimiento es:

- Mejorar y transformar la calidad de vida de las comunidades.
- [Formar] ciudadanía mediante la incorporación de personas interesadas en cada comunidad (y cada vez interesar a más personas) [en] la toma de decisiones y [en] las acciones de transformación.
- [Hacer] énfasis en los valores éticos y en las conductas derivadas de ellos, a lo cual está unido el desarrollo de conciencia social, lograda mediante lo que Paulo Freire (1970/1997) denominó hace más de medio siglo como *concientización*.
- [Tener] compromiso social que, como ya es bien sabido, está ligado a la participación, con la cual tiene una relación directa. [Esa es] La teoría de la participación-compromiso, [que es] como la relación directa y recíproca (...) entre ambos [aspectos]: la acción participativa comprometida y el compromiso de participar, es decir, de hacer para transformar.
- [Hacer] énfasis en la perspectiva liberadora, tanto en su concepción freiriana, como en las que se han desarrollado en los cinco continentes (Montero, 2010).

CUARTA PARTE. «Emitir»

Trazar una ruta de apoyo al empoderamiento de la mujer en espacios rurales, un camino que las motive a ser agentes de su propio cambio: esto es lo que se quiere desarrollar mediante la brújula conceptual para la construcción de una agente social.

En el modelo de ruta que se propone, se retoman como ejemplo para comenzar, las iniciativas antes mencionadas (véase segunda parte), en las que, mujeres en diferentes situaciones, reaccionan ante los límites impuestos por el poder. Ellas cuestionan su realidad con sus propios medios y proponen soluciones que motivan a su comunidad a salir del anonimato y a sumarse a la construcción de alternativas que puedan derribar estereotipos locales. Dichas alternativas se registran y se replican con el fin de aportar a otras comunidades experiencias para repensarse y transformar sus realidades de poder.

Posteriormente, se observarán los casos de mujeres emprendedoras que han logrado superar los círculos de poder establecidos en comunidades rurales muy tradicionales. El ejemplo que se emplea en este documento es el de «Domitila. Naturaleza para tu salud y belleza». Surgió como resultado de un proyecto impulsado en 2016 por el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias) y por el Sistema de Investigación, Innovación y Desarrollo Tecnológico (Sennova), llamado *Empaque como estrategia promotora de desarrollo y su aplicación como elemento generador de identidad para emprendimientos rurales de Boyacá, Colombia*.

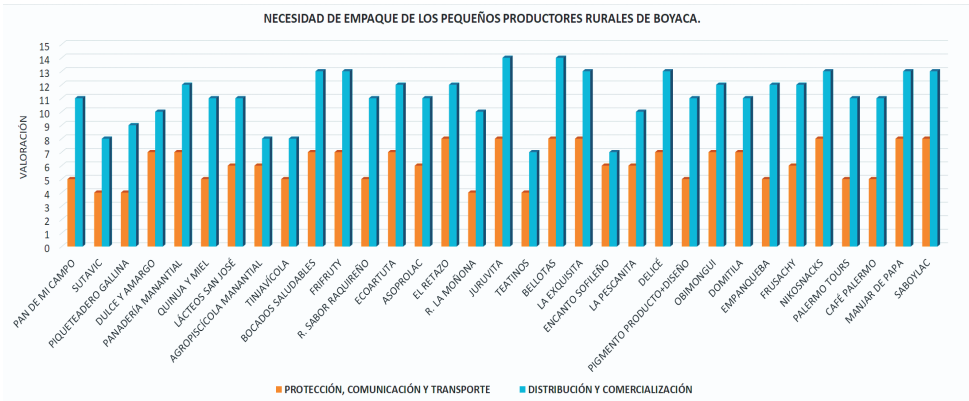
Domitila es una mujer rural emprendedora de Boyacá. Se ha dedicado a la transformación de plantas naturales para tratamientos de salud y belleza. Ha desarrollado su talento, en especial, en forma autodidacta, complementada con formación en diplomados y cursos de educación no formal que ofrecen entidades como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) o la Universidad Nacional de Colombia. Domitila creó un emprendimiento al que integró a personas de la tercera edad y a madres cabeza de familia, en la tarea del cultivo y transformación de plantas aromáticas y medicinales. A este emprendimiento le puso su nombre propio: Domitila. Con esa iniciativa, se postuló, junto a otras 323, para ser favorecidas en el desarrollo del proyecto de empaque mencionado.

En la gráfica 1, se leen los nombres de las 33 iniciativas postuladas, todas en el área de agroindustria. Tienen diferentes características de innovación. Hay

productoras de pan y amasijos, de mermeladas y otras conservas elaboradas con productos de sus propios cultivos, derivados lácteos como queso, yogur, helados, arequipe, y, también, artesanías. En la decisión de cuáles propuestas apoyar, se valoraron necesidades de comunicación, protección y transporte y de distribución y transporte.

El proyecto eligió cinco de esas propuestas, las que tenían mayores puntajes de necesidad en los ítems establecidos y que además contaban con un producto definido, claros requerimientos de establecer una estrategia de *marketing* y disposición a asumir responsabilidades para su desarrollo. Los emprendimientos fueron; Agraz de Ráquira, Saboylac, Manjar de Papa, Frusachi y Domitila.

Gráfica 1. Ponderación de las necesidades de empaque de los pequeños productores de Boyacá.



Fuente: proyecto *Empaque como estrategia promotora de desarrollo y su aplicación como elemento generador de identidad para emprendimientos rurales de Boyacá, Colombia»* (Gómez Niño & Tapie Canacuan, 2017, p. 51).

Entre las iniciativas apoyadas, cuatro las lideraban mujeres y una, un hombre. Al finalizar el proyecto, solo dos marcas se registraron ante la Cámara de Comercio: «El Criollito», emprendimiento familiar, y «Domitila. Naturaleza para tu salud y belleza» (en adelante, Domitila), emprendimiento de tipo social, Las dos ahora empresas fueron las que asumieron todo el compromiso de autogestión. Sin embargo «El Criollito» terminó conducido por un hombre que opacó el trabajo de sus hijas y su esposa, hasta invisibilizarlas en la constitución de la empresa comercial.

Por ello, se escogió a «Domitila» en este estudio para conocer el curso del empoderamiento y el impacto que generó en su proceso la intervención para establecer la diagramación y el uso de la marca, el desarrollo de empaque para sus productos y el diseño e implementación de la estrategia de publicidad, promoción y posicionamiento en el mercado previamente establecido. «Domitila» integra poblaciones vulnerables como los adultos mayores y madres cabeza de hogar de las zonas rurales de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá- Colombia) en calidad de proveedores de las plantas aromáticas y medicinales, base de la materia prima de sus productos 100 % Naturales. (Gómez Niño & Tapie Canacuan, 2017).

Discusiones entre el empoderamiento y el poder

En este ejercicio, partimos de una pregunta y de una reflexión: ¿poder, para qué? El aspecto más destacable del término *empoderamiento* es que, como dice Clara Murguialday (2013), contiene la palabra *poder* y utilizarlo cuestiona las relaciones de poder existentes. En las últimas tres décadas, se produjeron estudios y conceptualizaciones sobre el empoderamiento de las mujeres, el género y el desarrollo de sociedades igualitarias, después de siglos de girar en torno a los sistemas de dominio masculino.

Pues bien, los emprendimientos sociales liderados por mujeres rurales tienen en común una proyección comercial y un fuerte potencial de desarrollo comunitario, pero, a la vez, presentan un frágil empoderamiento personal. ¿De qué manera los estudios mencionados, en particular, este que está ahora leyéndose, pueden apoyar el desarrollo de un dispositivo con elementos de identidad que genere ese diálogo entre los valores de una marca, los integrantes de la organización y sus consumidores o usuarios?

Para trabajar con las mujeres emprendedoras de «Domitila», se podrían aplicar las *formas de poder* desarrolladas por Jo Rowlands[1]: iniciar incentivando el *poder para crecer de adentro hacia afuera* aplicando estrategias que les permitan desarrollar el «PODER DESDE DENTRO»; alternar con apoyo externo para que se genere el «PODER CON». También, acompañar la articulación de estas mujeres con su comunidad rural y crear condiciones en las que ellas participen activamente en prácticas de empoderamiento colectivo; de esta manera, se pueden adquirir o reforzar las habilidades en la toma de decisiones y el manejo de los recursos.

1. Véase la tercera parte de este documento en la que se explican las formas de poder que se refieren: poder «sobre», poder «para», poder «con» y poder «desde adentro» (o poder «por»).

Finalmente, estas mujeres empoderadas, podrían hacer uso del «PODER PARA», lo que las convierte en protagonistas de su propio desarrollo al gestionar el apoyo a organizaciones de mujeres que trabajan por la equidad de género. De esa manera, dejan su huella en el camino de inspiración de las nuevas generaciones.

El siguiente paso consiste en confrontar lo formulado en este texto. Con el apoyo de la Teoría de la estructuración, de Giddens (1995), se propone el desarrollo de la «brújula conceptual» presentada en la imagen 1, en un nuevo esquema que se recoge en la imagen 3. Se trata de una guía para recoger la información entregada y analizar los posibles elementos que puedan construir el empoderamiento en las mujeres rurales emprendedoras de Boyacá. Con esto se trazará una hipótesis acerca del desarrollo de *un modelo de promoción a través del diseño social y el empoderamiento femenino, como estrategia de identidad*.

Imagen 3. Desarrollo de la «brújula conceptual» con sistemas de recolección de información. *Concreción del esquema con la experiencia de «Domitila».*



Nota: el desarrollo de este esquema se apoya en la teoría de la estructuración, de Giddens (1995).

Para el caso que nos ocupa, el esquema se aplicará así:

Los cuatro puntos cardinales:

1. SER: se denominará «Domitila».
2. SABER: comprende todos los conocimientos que «Domitila» ha apropiado, tanto en la esfera personal, como en la profesional.
3. HACER: comprende el proceso de producción, la interacción con su comunidad de proveedores y el cómo formula cada uno de los productos y tratamientos que «Domitila» ofrece.
4. EMITIR; incluye toda la información que «Domitila» entrega y proyecta como persona y como empresa.

Los elementos incorporados a partir de la Teoría de la estructuración:

1. Contexto: qué es para el caso, la zona rural del municipio de santa Rosa de Viterbo y de las principales ciudades del departamento de Boyacá.
2. Tiempo: lapso comprendido entre 1980 y 2020.
   Enmarcados en el contexto y en el tiempo.
   a. *Conciencia de estructura*: ¿hasta qué generación puede ubicar sus antecesores en su árbol genealógico? De esas personas, ¿con quiénes se relacionó en su vida?, ¿cuántas de las que le aportaron cosas a su existencia son mujeres?, ¿cuántas de las mujeres que aparecen en su árbol genealógico admira y por qué?, ¿qué enseñanzas recuerda que le dejaron las mujeres que conoció en su entorno durante su infancia y a cuáles admiraba y por qué? ¿Cómo se relacionaban las mujeres de su entorno familiar con los hombres? ¿Algunas de estas mujeres eran dueñas de negocio o independientes económicamente?
   b. *Conciencia discursiva*: se indagará la manera que tiene Domitila de reconocerse como persona, cuáles son las motivaciones que le ayudan a sentirse bien, qué tipos de aprendizajes identifica como básicos en su formación para el desarrollo de su trabajo o profesión y qué motivaciones identifica en los procesos de aprendizaje.
   c *Conciencia práctica*: se indagará la manera como se reconoce Domitila en su vida profesional: ¿en qué áreas se desempeña profesionalmente?, ¿cuáles son las motivaciones para desarrollar sus productos y configurar su emprendimiento?, ¿qué técnicas desarrolla para la producción de su empresa?, ¿cómo estructura sus rutinas de trabajo? y ¿quiénes conforman su entorno laboral?

   d. *Intención social*: ¿cuáles son los momentos de participación con su comunidad? ¿Qué eventos comparte socialmente? ¿Qué actividades hace junto con la comunidad y cuáles, para su comunidad? ¿Qué la o las motiva a adelantar actividades con y para la comunidad? ¿Cómo identifica la comunidad a Domitila y reconoce su emprendimiento? ¿Cómo percibe la comunidad el estado profesional de Domitila? ¿Cómo identifica Domitila a sus clientes y se comunica con ellos? ¿Cómo identifican el emprendimiento los clientes de Domitila?
3. *El inconsciente*: está determinado por todas esas cosas, situaciones o acontecimientos que pasamos por alto, bien sea por desconocimiento o por ocultamiento, y que llegan a influir en cualquiera de los elementos mencionados.

Para poder aplicar este esquema de recolección y análisis de información, se confeccionará un material didáctico que permita la interacción de quienes impulsan el diseño, con la persona u organización objeto de estudio, el agente social.

Al final del análisis, se busca determinar si ese agente social se ha convertido en un sujeto de cambio, si lo ha hecho de manera consciente o inconsciente y que tiempo de impacto ha generado ese tránsito, tanto en el mismo agente, como en su o sus familias y su comunidad.

Conclusiones

Después de leer y escuchar las voces de las mujeres que presentamos, es difícil comprender por qué el patriarcado decidió negar los derechos de igualdad a la mujer. Para ello, se requeriría entrar en la mente de sus promotores. Sin embargo, sobre la base de los hechos, se puede pensar que, aunque no ha sido fácil y persiste ese poder sobre invisible que intenta permearlo todo, tanto mujeres como hombres pueden llegar a disfrutar de los derechos humanos.

Ser mujer y estar en condiciones de pobreza en un país como Colombia, donde los derechos se han convertido en servicios y donde la violencia lo oculta casi todo, hace necesario actuar en grupo, apoyarse unas a otras. Hermanarse en el reconocimiento de las diferencias. Un siglo de luchas les ha otorgado el derecho a expresarse tal como lo deseen y la oportunidad de acceder a espacios de discusión, a la *polis*. Estos lugares se convierten en zonas de aprendizaje de alternativas a los

esquemas trazados por el poder vigente. Es cierto que, para conocer la historia de la mujer, hay que vencer barreras como el analfabetismo cultural, la baja autoestima femenina y, sobre todo, los estereotipos sociales; no obstante, también lo es que la globalización de la información ha permitido desmitificar esas famosas verdades con las que se oprimió a la mujer durante siglos.

Este artículo planteó el curso más o menos lineal en el tiempo de la subordinación de las mujeres al poder de los hombres y cómo se impuso esa subordinación, en ocasiones, por tradición en sus esferas culturales y sociales. Sin embargo, también mostró cómo un ser humano dotado de instinto de supervivencia lucha por la equidad y el mejoramiento de las condiciones de vida para sus congéneres; cómo desarrolla ideas comunes que se convierten en conceptos incluyentes y cómo la práctica de esas ideas y conceptos conduce a consensos para el mejoramiento de su entorno y de políticas para el desarrollo social.

En materia de empoderamiento de la mujer, se requiere de un ejercicio personal que se apoye en teorías y prácticas de la psicología comunitaria; se necesita unir esto a un cambio profundo de actitudes tanto en las mujeres, como en los hombres, sobre la base de procesos participativos en la construcción de políticas sociales orientadas a construir, entre todas las personas, la tan anhelada equidad entre los géneros, para la sana convivencia.

Tal vez sea este el momento perfecto para visibilizar los valores del feminismo en la cultura rural, con mensajes cortos y contundentes que lleguen a todo público y cimienten el camino de la igualdad, en el desarrollo, el reconocimiento y la protección de las mujeres emprendedoras que son el agente de cambio de sus comunidades.

Bibliografía

Angulo, C. y Luque, J. (2008, junio). Panorama internacional de los derechos humanos de la mujer: una mirada desde Colombia. *Revista de Derecho*, 29, 69 - 128.

Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós SAICF.

Atxu Amann. (2017, 8 de agosto). *Género, etiquetas y el espacio público*. TEDxMadridSalon. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=KpJbJnD5bMo

Bacqué. M. & Biewener, C. (2016). *El empoderamiento, una acción progresiva que ha revolucionado la política y la sociedad*. (Primera ed). Barcelona: Editorial Gedisa.

Canal Once. (2014, 11 de marzo). México Social - *La constitución y los derechos de las mujeres*. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=8U7MwNokKus&t=17s

Congreso de Colombia. (2002, 16 de enero). Ley 731 de 2002. *normas para favorecer a las mujeres rurales*. Santa fe de Bogotá, Colombia: Diario Oficial No. 44.678.

División de Adelanto para la Mujer, DAW. (2007, octubre). Conmemoracion 25 años de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer: Consultado en https://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw/cedaw25years/content/spanish/introduction.html

Facio, A. (2018). *Conferencia Los Derechos de las Mujeres son Derechos Humanos.* Inamucostarica. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=d-LAcMl-5L3s&t=2793s

Giddens, A. (1995). *La constitucion de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Buenos Aires:.Amorrortu editores,

Gómez, D., & Tapie, G. (2017). *Empaque como estrategia promotora de desarrollo y su aplicación como elemento generador de identidad para emprendimientos rurales de Boyacá, Colombia*. Tunja: SENA, Sennova.

Heidegger, M. (1926). *Ser y tiempo*. Consultado en http://www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Heidegger,%20Martin/Heidegger%20-%20Ser%20y%20tiempo.pdf.

León, M. (compiladora). (2007). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: TM Editores y Universidad Nacional.

Liarte, R. (2017, 30 de noviembre). *¿Existen los micromachismos?* TEDxPlaza-DeLaMercedWomen. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=i2bf-CPEG8y4

Montejo, A. (1992). *Cuando el género suena cambios trae*. San José, Costa Rica: Ilanud. ADDIN Mendeley Bibliography CSL_BIBLIOGRAPHY

Montero, M. (2006). *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria*. Buenos Aires: Paidos (3ª. ed.).

Montero, M. (2010). Fortalecimiento de la Ciudadanía y Transformación Social : Área de Encuentro entre la Psicología Política y la Psicología Comunitaria. Strengthening Citizenship and Social Transformation : Cross Roads Between Political Psychology and Community Psychology. *Psykhe* Pontificia Universidad Católica de Chile., 19, 51–63. Consultado en https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=967/96715366006

Murguialday, C. (2013). R*eflexiones feministas sobre el empoderaminto de las mujeres*. Barcelona: El Tinter.

ONU Mujeres. (2018, marzo). *Igualdad de género*. Consultado en ttps://www.un.org/es/sections/issues-depth/gender-equality/

Pallares, M., Benavent, I., Cardona, M. y otras. (2010). *Mujeres y poder*. *PODER CON; PODER POR; PODER PARA*. (Fundación Isonomía. Universitat Jaume I & Fundacion (eds.); Sarrio Cat).

Raffo, V. (2016, 9 de noviembre). *Feminista: la mala palabra*. TEDxMontevideo. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=N259dzjK5yM

Rappaport, J. (1987). Terms of Empowerment / Exemplars of Prevention. *Toward a Theory for Community Psychology* 1. 15(2), 121–148.

Romero, M. (2017). M*ujeres y derechos económicos, sociales y culturales*. Bogotá: Gente Nueva.

Ruiz-Navarro, C. (2017, 12 de enero). *¿Por qué es importante hablar de feminismo?* TEDx Talks. Consultado en https://www.youtube.com/watch?v=CnXizUTJfYQ.

Serrano, B. (2016, 11 de octubre). En 1906 ya llamaban a las mujeres 'feminazis' ¿Feminazi? ¡Di mejor suffragette! *BuzzFeed*, Consultado en https://www.buzzfeed.com/beatrizserranomolina/feminazi-y-suffragette

Thomas, F. (2006). *Conversaciones con Violeta. Historia de una revolución inacabada*. Bogota: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.

DORIS Y. GÓMEZ NIÑO

Mujer rural y diseñadora industrial. Hace una búsqueda constante en el proceso creativo, al que ve como un medio para construir soluciones integrales ante las necesidades de hábitat e inclusión. En su trayectoria de trabajo participativo, ha desarrollado estrategias para el reconocimiento de identidades e innovación social. Tiene experiencia profesional en producción artesanal, diseño de marroquinería y accesorios, investigación aplicada al diseño y desarrollo de producto y empaque e implementación de procesos didácticos y pedagógicos en dichas áreas. Es candidata a magíster en Diseño con Enfoque en Proyectos Sociales y desarrolla metodologías para el empoderamiento del ser en la mujer rural emprendedora.

quynza2020@gmail.com



– FANNY LUCÍA LOZADA SILVA,
YEIMMY CAROLINA BELTRÁN RODRÍGUEZ
Y EDNA ROCÍO CÁRDENAS CÁRDENAS –

CUERPOS INSURGENTES QUE SE RESISTEN A LA VORACIDAD INSTITUCIONAL

COLECTIVO CUERPOS INSURGENTES

El artículo es, en primer lugar, un diálogo. Un diálogo cuyo punto de partida es el de las experiencias situadas de tres mujeres ciegas que transitamos en dos mundos que ven y no ven con los ojos. Situar este dialogo implica darse la posibilidad de resistir a las categorías asignadas que se nos han impuesto: el modelo médico nos enuncia como *mujeres ciegas* o *de baja visión* y a estas últimas las llama «mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos».

Basadas en el acto fascinante de la investigación mutua, decidimos encontrarnos para dialogar y revindicar nuestras existencias; optamos por hacerlo mediante las epistemologías situadas y las resistencias de nuestros cuerpos a la voracidad de las instituciones que nos han negado, de muchas maneras, la identidad. Es un acto simbólico de amor y, al tiempo, de resistencia a las violencias recibidas por una cultura patriarcal y voraz que nos pone en el marco eurocéntrico de la vanidad de los sentidos.

CAPÍTULO I. Habitar las instituciones voraces

Despierto, me siento y con los ojos entrecerrados y dos toques, acallo el sonido que advierte la sensación del Sol en mi ventana. Me pienso mientras me encuentro. Me consiento transitar en dos mundos que ven y no ven con los ojos. La ceguera me permite vislumbrar el día y toco cada detalle que me acompaña. Camino alrededor del silencio, al tiempo que busco en la pared el mango suave y a la vez áspero que me anuncia que todo está listo para salir. Recorro de prisa el andén, pero, cuidadosamente, a la vez que me acompaña el sonido del tacón con la rueda que desliza por el pavimento, oigo y casi observo las miradas que me siguen con un tinte de sorpresa, admiración, juzgamiento, temor y pena. Me indago, me reinvento y encuentro un cierto placer al desafiar la captura oculocentrista que me impone la colonialidad; me resisto y encuentro en el transitar más próximo su invitación a interpelar mis nuestros y los cuerpos que habito, habitan, habitamos y con los que justificamos la presencia y existencia en la escuela, el trabajo, el cine, el parque, el bar; hasta en el centro comercial, descubro, me molesto y me incomodo por lo evidente y voraz que resulta el control, como si solo pudiese estar en lo privado y en los centros de salud, como si únicamente esos pudieran ser mis lugares.

Pensar en la voracidad permite recorrer una historia: decidimos, a partir de acogernos en un acto de amor desde la indignación, la desesperanza, la angustia y el temor, conversar cordialmente y descubrirnos, una a la otra, con lágrimas, risas y alteraciones; no nos importó ni el tiempo en el que empezamos a dialogar, así que nos invitamos a tejer la palabra en este artículo en el que, desde el conocimiento situado de tres mujeres y, con ello, de tres historias, nos permitimos ser libres y problematizar algunas categorías de la voracidad institucional. Esas categorías no son extrañas en nuestras vidas: por el contario, aparecen incesantemente para regularnos y concentrar la adhesión «absoluta e incondicional» (Coser, 1974).

En tal sentido, las instituciones voraces hacen parte de la modernización que nos captura mediante grupos que demandan la adición «absoluta de sus miembros y pretenden abarcar toda su personalidad, su círculo» (Coser, 1974). Se llaman instituciones voraces, «por cuanto exigen una lealtad exclusiva e incondicional y tratan de reducir la influencia que ejercen los papeles y los estatus competidores sobre aquellos a quienes desean asimilar por completo. Sus demandas con respecto a la persona son 'omnívoras' » (Coser, 1974).

Comprender esto permite reconocer el adoctrinamiento. «El 'nosotros' de la agrupación radical implica la más tajante distinción posible con 'ellos'; el 'nosotros' del liberal se nutre de los compromisos y las relaciones multifacéticas que establece con el mayor número posible de los 'otros'» (Coser, 1974)

Dado lo anterior, a partir del diálogo hecho entre nosotras, encontramos el significado de las instituciones voraces en nuestras propias vidas. Como mujeres, se nos había negado la posibilidad de reconocernos en la categoría del *ser mujeres*, pues, las instituciones nos enseñaron a vivir como «discapacitadas,» jamás, como mujeres; así, para nosotras, las instituciones voraces se materializaban en la rehabilitación; su ideal productivo era hacer traperos, cepillos y organizar; se habían convertido en una jaula que no nos dejaba pensar, ni actuar. En esas instituciones, nos encontramos y nos aceptamos al vernos en el espejo, percibirnos y encontrarnos como discapacitadas que teníamos un cuerpo como el nuestro:

«Yo todavía no entendía muy bien lo de la discapacidad. Además, porque nunca había visto a una persona con discapacidad. . Yo tenía, más o menos, 12 años y para mí fue un choque cuando llegué al Centro de Rehabilitación para Adultos Ciegos, el CRAC, porque, yo le decía a mi mami: yo pensé que era la única.» (Edna Rocío).

Esta voracidad que se encarna nos obligaba a enunciarnos en un determinado lugar, con el que condescendimos, so pretexto de «llegar a ser alguien en la vida». Esta frase nos implica a causa de la carga violenta que se superpone con ella en el ideal femenino y que acompaña a nuestras familias:

«Yo estaba pensando, en las instituciones rehabilitadoras, pero no solo en ellas; también, en la comunidad como institución, en las organizaciones que trabajan todo el tema de discapacidad, incluso, en las familias; estas hacen parte, también, de las instituciones voraces, porque subvaloran, desde la ignorancia o el temor, a las personas con discapacidad y no permiten que avancen; las conviertan, vulgarmente, en un mueble más de la casa; les impiden que reconozcan su cuerpo y sus derechos y que sean autónomas. Esto conduce a que estas personas a se limiten a hacer lo que les permiten hacer.» (Yeimmy Carolina)

Nuestras familias transitaron dos mundos junto a nosotras, aquellos que, por el misterio y el temor que les producía nuestra existencia, nos alejaban del ideal corporal y nos imponían un reto. Este reto lo planteaban a partir de la sensación que les generaba imaginar nuestro futuro y la idea misma de lo insospechado que resultaba nuestra particular forma de vivir.

El capacitismo: parte de la voracidad que nos acompaña

Luego del recorrido, el olor a cloro me permite recordar las gotas que dilataban nuestras pupilas, algunos viernes. Nos esperaban con cierto aire de duda y de obediencia. Era una consecuencia de habitar, desde el tránsito, dos mundos que ven y no ven con los ojos. Su relación más próxima se resumía en la interacción con personas vestidas de blanco que pedían el carnet a las mujeres que nos llevaban cargadas, o de la mano, motivadas por la esperanza, el deber y la necesidad, mientras nos sentábamos en una sala de sillas duras y poco agradables; a eso, se sumaba el tono bajo de la voz y el regaño por corretear en el lugar. A la entrada al pasillo, además, penetraba un olor a cloro. En el fondo, se observaba la puerta de hierro, pesada, que debíamos atravesar cuando nos llamaran, en compañía del sonido rechinante, hasta llegar al cuarto de luces.

Desde nuestro nacimiento, las instituciones nos capturan como parte del mandato cultural. Eso significó comprender que, a partir de ese momento, la impiedad del sistema de salud le confío a nuestras madres la responsabilidad de tener unas hijas, mujeres, ciegas y que transitábamos por dos mundos que ven y no ven con los ojos. «Cuando yo nací, mi mamá me contó que la terapeuta le había dicho: esta niña es retrasada mental y que la neuróloga le dijo: no nono: esta niña es ciega, dele de comer y manténgala encerradita».

Situar la voracidad institucional a partir de la mirada del capacitismo recuerda lo dicho por Ferrante y Ferreira:

> «El Estado, a través de su distribución de las nominaciones sociales legítimas, inculcaba el *habitus* de la discapacidad, que lleva asociado, por imputación, un cuerpo enfermo/feo/inútil como oposición al cuerpo sano/bello/útil. Dicha conclusión, a su vez, expresa que una de las características principales del capitalismo es el secuestro corporal de la experiencia personal (2008).

«*Cuando tenía 12 años, me acompañó siempre mi mami, Con mis tíos y mi hermano, mantenían la duda y pedían una segunda opinión de otros médicos acerca de qué cirugía podían hacer, que gotas usar y todas esas cosas.*» (Edna Rocío).

Este era casi un ritual. Nos acompañaba para *«minimizar el riesgo de la ceguera y, así, evitar la posibilidad de la imperfección»* (Fanny Lucía).

Por otra parte, el capacitismo hace parte de la construcción estructural de los cuerpos reconocidos como no perfectos. Comprender la instrumentalización del poder, nos permite reconocer la materialización de la voracidad institucional en nuestras vidas. La razón es que el «reclutamiento de funcionarios provenientes de los estratos desposeídos incrementa el poder del gobernante» (Coser, 1974). Hay en ello un ejercicio colonial y patriarcal que se encubre en el mercado y en criterios de la rentabilidad del »capital social» (Santos, 2020) que, por demás, es condescendiente; para atender la lealtad y la adición de sus miembros, las instituciones suelen depender de la adhesión voluntaria y de la motivación, con la promesa del progreso y el desarrollo; esa promesa se encubre en los tres unicornios, como los llama Boaventura de Sousa Santos: «el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado.» (Santos, 2020).

Desde la prehistoria, las instituciones voraces han señalado la discapacidad como una enfermedad y a las personas discapacitadas, como sujetos que debemos ser aislados de las comunidades. En la religión, se ha visto como una manera de recibir castigo por los pecados que los padres han cometido en su cotidianidad; la discapacidad con la que nacen los hijos, la ceguera u otra, es el castigo enviado por los dioses del mundo.

«A partir de los 2 años, empecé a habitar este cuerpo desde los mundos que transitan entre los que ven y no ven con los ojos. Quedé ciega a los 5 años, quedé ciega. Quien estaba conmigo era mi mamá y cuando le conté, ella pensaba que yo estaba jugando; supuse que era algo normal. Me reía y más cuando mamá me tapaba los ojos y me preguntaba si veía lo que ella hacía con sus manos. Hubo un momento en que sentí su angustia, pues estaba muy callada. Lo que hizo fue llevarme en pijama para la clínica. Cuando el médico habló con mi mamá, yo alcancé a escuchar que él le dijo que yo ya había quedado totalmente ciega, porque se me había desprendido la retina mientras dormía. Mi mamá le preguntaba al médico si había algo que hacer y él siempre dijo que no, que únicamente hasta que yo tuviera 18 años podría haber una cirugía; sin embargo, mi mamá hizo lo posible por buscar otros médicos. Finalmente, consiguió que me hicieran una operación, pero logré recuperar tan solo el ojo derecho. El otro quedó perdido. Se hubiesen podido salvar ambos, con una intervención inmediata, pero no fue así por la negligencia médica. Ese día, la actitud de mi mama

frente a la situación fue seria, no decía nada, pero, supongo que ella vivió su duelo a su manera. Mi padre, mientras tanto, estaba muy angustiado, lloraba. Mi abuelita, en medio de su edad, lo tomaba como algo religioso y lo que hacía era rezar el rosario.» (Yeimmy Carolina)

Al respecto, las mujeres ciegas, sordas, con cogniciones otras o que ruedan, hemos sido reconocidas a partir del capacitismo, en el que nuestros cuerpos se siguen considerando enfermo, no normales, que requieren una especial atención. Eso significa que sigue estando latente la concepción anquilosada de los cuerpos disfuncionales, no perfectos, patologizados y homogenizados.

Dicen Ferrante y Ferreira:

> En otro plano, ¿existen formas de *violencia simbólica* que homologan la experiencia de la discapacidad más allá de las trayectorias sociales relacionadas con la descalificación social producida por el hecho de ser portador de un cuerpo discapacitado? (2008)

Lo dicho antes, sucede en otros lugares, además del escenario laboral. También ocurre en la escuela, donde, además de disciplinar los cuerpos, se los mide y se los pone en unos niveles, según los cuales se puede estar. De ahí que se piense, todavía, en decretos que permitan a las personas con discapacidad estar en la escuela, pues, nuestros cuerpos incomodan. La escuela ha impuesto un pretexto y en la voz de los maestros: «a mí no me formaron para esto», o «del Estado: «nosotros tenemos 40 más tres con discapacidad», se nos tira la pelota. Esto hace parte de la construcción capacitista que detiene del modelo de rehabilitación, bajo el privilegio de poder sobre quienes tradicionalmente hemos estado dominados y etiquetados desde la no capacidad «será sino la expresión de la mirada de un otro que niega al portador del cuerpo desviado de la norma, del cuerpo in-capaz, in-hábil, digámoslo de una vez, improductivo económicamente» (Ferrante & Ferreira, 2008).

CAPÍTULO DOS. ¿Cómo captan las instituciones voraces los cuerpos de las mujeres ciegas y los de mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos?

Siento, entonces, que el viento me advierte la llegada de la esquina. Vuelvo a oír los murmullos de las personas caminando por la calle, como yo, que desde el recorrido de la mirada que advierte su voz, me toma del brazo, con sorpresa me grita, me señala y al final se pregunta cómo me puede indicar Con cierta extrañeza, ¿Por qué sale sola?, ¿es que no tiene alguien que la acompañé? Termina diciendo, si yo fuera su mamá no la dejaría salir sola, no debería utilizar tacones se puede caer, me incomodo, le respondo e intento seguir mi camino, mientras que me alejo escucho un lamento que me genera riza y tención ¡es que, lo peor que a uno le puede pasar en la vida es no ver!

Este relato hace parte de la realidad que nos acompaña desde en y para las luchas al disciplinamiento de nuestros comportamientos, que bajo el gobierno a nuestros cuerpos nos invitan a estar en lo privado esencialmente porque, «La referencia central es el cuerpo, en tanto que manifestación más evidente de cómo las predisposiciones que condicionan la existencia de las personas con discapacidad, y que provienen de la imposición de cánones estructurales, de tradiciones culturales y de dictámenes científicos expertos, no sólo se interiorizan, sino que se «encarnan» (Ferrante & Ferreira, 2008).

El concepto de «discapacitados» se devela en el ejercicio mismo de la discapacidad y este ejercicio se evoca hoy en nuestras miradas y encuentros en los que disentimos. Pues bien, el concepto se muestra mediante los comportamientos de las personas e instituciones voraces, dados por los códigos sociales establecidos a través de la historia. Su pretexto para imponerse es la promesa incumplida de la perfección, de tal manera que esas personas e instituciones son las que nos atribuyen la discapacidad e identidades quiméricas. Socialmente, se nos advierte en lo privado, a causa del problema que generan los cuerpos «monstruosos» a los que se nos ha negado la posibilidad de existir como mujeres., No nos identificamos con los movimientos feministas, en tanto nos alejan de sus luchas: «estos espacios no son para discapacitadas», nos dicen; «los discapacitados hablan de discapacitados». esto permite reflexionar frente a la captación de las mujeres ciegas por parte de una institución voraz que ha estado subalternizada

por el machismo y patriarcalismos instaurados por la cultura, Estos fenómenos, marcados de manera arbitraria, manejan cruelmente nuestro cuerpo y polemizan si somos bellas, capaces, deseables, autónomas. Entre otras cosas más. Nos catalogan como «vulnerables» y víctimas, somos «lo anormal» de la sociedad, lo que no debió ser, lo que se sale del concepto del cuerpo bello; en tal sentido *«al salir sola por primera vez, empecé a sentir la sobreprotección de mi familia»* (Edna Rocío).

> Las mujeres, como los eunucos y los judíos, no tenían acceso al poder. Pero, a diferencia del eunuco, que carecía de vínculos familiares y no era objeto de demandas competidoras de lealtad, las mujeres estaban ubicadas en sistemas de parentesco y sujetas a las obligaciones y los compromisos derivados de las relaciones familiares (Coser, 1974).

«En algún momento, yo sentí que mis padres se habían separado por mi discapacidad» (Yeimmy Carolina). Estos cánones nos generan angustias y culpas que recaen sobre los cuerpos «no perfectos».

Cuerpos ausentes

Me hablan desde la vanidad de los sentidos. Con los ojos, considerados socialmente como los dueños del conocimiento, me observan en círculo: el bastón, mis ojos y los tacones; me agobian hasta que el silencio sospechoso hace en unos pocos segundos una pregunta que hasta nuestros días me acompaña.

El cuerpo es la experiencia más completa: siente, se mueve, se aproxima y se relaciona con otros y consigo mismo; se enuncia y ocupa un territorio «con sus fronteras, sus cen¬tros vitales, sus defensas y sus debilidades, su coraza y sus defectos» y, es por eso que «es posible jerarquizarlo y lo mismo ocurre con el contacto que se tiene desde el exterior» (Aguilar & Soto, 2015). La manera en la que ocupa un lugar, hace parte del orden social y la regulación: «el cuerpo posee la doble característica de ser un espacio en sí mismo, al tiempo que ocupa y se mueve en el espacio» (Aguilar & Soto, 2015).

Para nosotras, movernos en el espacio hace parte de las luchas en medio de nuestro orden social, en tanto se nos cuestiona y construye en la perspectiva de la jerarquía que estar en lo privado nos produce y que se nos impone para estar en ese espacio. Nuestras luchas se inscriben en el debate de, en y para nuestros cuerpos violentados frente a la existencia en lo público:

> En este contexto, la ciudad resulta estratégica para pensar el cuerpo. La estructura, la forma y las normas urbanas inciden en la elaboración de la corporeidad, ya que, por un lado, la urbe configura el modo legitimado en el que los habitantes portan su cuerpo a través de movimientos, posturas, gestos y estrategias de orientación. Por otro lado, las prácticas y acciones de los individuos dan forma a la ciudad; por ello, la corporalidad puede también ser vista en términos de transformación y transgresión. El cuerpo, de manera individual y colectiva, resiste y desestabiliza los significados cristalizados sobre las rutinas urbanas, transforma el paisaje e instala otras imágenes y actos alternativos que permiten ampliar los límites de lo corporalmente normado y lo socialmente posible (Aguilar & Soto, 2015).

En el caso de nuestros cuerpos, se trata de ocupar el espacio con las características de la inferioridad de los cuerpos que categorizamos como *ausentes*, de un *ser* y *estar* pero sin voz, sin incomodar, sin ser en la calle, la escuela u otros espacios; somos ausentes a causa de la forma como se nos reconoce en el espacio que advierte la mirada jerárquica; en ese espacio, se nos anula gracias al privilegio del que gozan los técnicos de la discapacidad, que se ubican, además, en el modelo de rehabilitación; en este modelo, nuestros cuerpos deben ser controlados en el contexto de las relaciones en las que hay un inferior incapaz; así, no se nos nombra, pero se pone en juego la imposición de la identidad. En particular, a las mujeres ciegas y a las mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos, se nos reconoce como ajenas a ser mujeres, en virtud del sitio señalado e impuesto por el espacio podotáctil que nos impone hasta el lugar que debemos habitar en la ciudad: *«a veces, voy caminando y la gente me coge del brazo sin decirme nada, me empuja por esas baldosas que me incomodan para caminar porque se enredan los tacones»* (Lucía). Esta categoría (podotáctil) y manera corporal de vivir la ciudad son negadas para las mujeres ciegas y las mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos.

En consecuencia, se puede precisar que la subalternidad se encubre en una voracidad según la cual nos reconocemos en la concepción que se tiene del *otro* y, muchas veces, condescendemos.

Al respecto, Coser señala lo siguiente:

> el problema al que siempre se enfrentan los grupos organizados es cómo poner las energías humanas al servicio de sus fines. Por lo mismo, estos

> necesitan valerse de eficaces mecanismos de motivación para asegurarse la fidelidad de sus miembros aun frente a las demandas de otros grupos (en Aguilar & Soto, 2015).

«*Durante 26 años, me reconocí como una discapacitada que no siente, pues, se a las personas como yo nos hacen advertencias a partir de la infantilización y la imposibilidad de cuidarnos a nosotras mismas y esto ocurre porque se nos reconoce como personas a quienes se nos cuida. Entonces, comprendí que yo me había reconocido como discapacitada.*» (Fanny Lucía)

No obstante, el diálogo profundo entre nosotras nos permitió despojarnos hasta del terror que, de cierta manera, habíamos interiorizado y, por qué no, habitado:

«Supongo que, en algún momento, la ceguera influye sobre la autoestima. Por ejemplo, cuando vienen con constantes violencias tanto psicológicas como físicas, he tendido a pensar que me agreden por transitar en dos mundos que ven y no ven con los ojos y, pues, yo seguía mi vida común y corriente, a pesar de lo que ya había pasado. Una vez, tuve también que pasar por episodios de violencia física y sexual; por esos episodios, este cuerpo que había sido reconocido como discapacitado, empezó a sentir que ya no se quiere él mismo; entonces, le coges rabia y empiezan a surgir una serie de cosas» (Yeimmy Carolina).

Sin embargo, la conciencia del cuerpo que se habita se advierte bajo la propia mirada sentida-vivida-tejida. La autoestima no pasa solamente por el hecho de tener una discapacidad o no tenerla, pues, hay episodios que ocurren y les pueden suceder a cualquier mujer. Sin embargo, esto sucede:

«La violencia que se da por el hecho de ser mujeres, también ocurrió porque, cuando empecé a quedar... mejor dicho, a perder mucho la visión, que salía con mis primas y mi hermano, yo me interrogaba: ¿y yo, que? Esas situaciones como las que decía Lucía inmediatamente antes hacen que la autoestima se baje, pues, el hecho que un hombre vidente no me viera a mí como mujer por tener la discapacidad y por el hecho de usar un bastón me afectaba. Así es que, menos, te van a valorar como mujer.» (Edna Rocío)

Según lo anterior, la manera en la que se nos concibe está mediada por la idea de que somos mujeres frustradas, con muy baja autoestima, tristes, estropeadas y dolidas por la existencia que nos tocó; pero, no es así; hemos obtenido el

privilegio de ser «mujeres únicas», con unos cuerpos mismos, definidos por la insurgencia. Esto quiere decir que nuestros cuerpos se resisten a la voracidad de una sociedad y un entorno institucional que solo busca cosificarnos para impedir que seamos rebeldes a la vida, buscadoras de autonomía y de capacidad de ser, sin dominación alguna: lo único que puede hacer un sistema capitalista es poner barreras simbólicas y reguladoras para impedirnos estar en la diferencia y la diversidad que se sale del común, de lo cotidianamente visto y controlado; para constreñir nuestras maneras de ver y percibir van más allá que lo que está puesto como imagen y para que parezca inexistente nuestra manera de dar amor y sentir, representada en otras formas no capitalistas.

Las violencias que habitan nuestros cuerpos

No basta con caminar desafiando la calle. Me percibo con la condición de no ver con los ojos y encuentro sentido a recorrer desde lo más próximo. Me resisto cuando recuerdo las injusticias que me han acompañado por habitar el cuerpo que habito. Hasta hoy, se moviliza y resiste por el privilegio negado versus el asignado que no quiero. Me voy entonces, bullendo, salgo desafiando la institución; me voy, hasta la noche y encuentro la sorpresa de la gente que transita mientras me dice: ¿pero no es muy tarde para que esté por fuera?

Así pues,

> *«Resulta significativo aquí situar el discurso de las propias mujeres, pues, permite visibilizar con claridad los efectos espaciales del miedo en sus experiencias urbanas. La localización de lo incierto, las limitaciones en el uso del espacio, los imaginarios del otro y el manejo espacial del temor, entre otros, son algunas de las formas en las que el miedo se materializa en la ciudad.»* (Fanny Lucía)

A las mujeres ciegas, se nos violenta sistemáticamente. En 2016, durante el encuentro de la red de mujeres con discapacidad visual, hubo relatos de múltiples formas las violencias impartidas: «cuando empecé a ser ciega, mi mamá me dijo: ahora si tengo empleada del servicio gratis»; «cuando dejé de ver, mi esposo me dijo que ya no me quería y mi familia me dijo: dan ganas de sacarte los ojos». Lo anterior denota la voracidad que se ha instalado de la manera más natural en nuestras vidas. De una u otra forma, se ha encarnado en los sucesos que hasta hoy nos acompañan y que nos han invitado a escribir estas líneas como parte de

la resistencia a las violencias que experimentamos. Y ante nuestra decisión, la sorpresa, la consternación y la culpa del proceso patriarcal:

> El compulsivo confinamiento del espacio doméstico y [de] sus habitantes, las mujeres, como resguardo de lo privado, tiene consecuencias terribles en lo que respecta a la violencia que las victimiza. Es indispensable comprender que esas consecuencias son plenamente *modernas y producto de la modernidad, recordando que el proceso de modernización en permanente expansión es también un proceso de colonización en permanente curso* (Segato, 2011).

En tal sentido, todas hemos sido violentadas por habitar estos cuerpos que, según algunos, hacen parte de la situación o del contexto, sujetos también de la modernidad voraz; aunque el silencio de la sala daba a entender la desconexión lo que pasaba, lo que sucedía era que nos identificábamos con la palabra, se aproximaba a nuestras propias vidas. A ese respecto, podemos decir que muchas veces deseamos no habitar estos cuerpos patologizados y enseñados a esconderse en lo privado. Siguiendo a Teresa Garzón Martínez, «nadie escapa a las jerarquías de clase, raciales, sexuales, de género, lingüísticas, geográficas y espirituales del sistema-mundo euro/norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial» (Garzón, 2014). Para nosotras, estas jerarquías hacen parte de la mirada del cuerpo «no capaz» al que se le ha enseñado a condescender de manera tal que no incomode ni moleste; la tendencia a 'hablar por El subalterno', silenciando, desviando o rechazando su voz, es un acto de habla mudo, ya que funciona, por su repetición, como un proyecto para disciplinar los cuerpos y como una subversión deconstructiva (Garzón, 2014).

«En la escuela, tuve que llevar sola el tema del bullying por mi discapacidad. Yo usaba en ese momento las gafas que llamaban culo botella y tenía estrabismo en ambos ojos. Vine a entender que tenía discapacidad a los 15 ó 16 años y empecé a conocer el crac. También comencé a entender que la discapacidad no solo me tocaba a mí, sino a mi familia, porque mi relación con mi hermana no fue la mejor. De parte de ella, viví discriminación; le daba pena en el colegio que supieran que yo, que era la hermana, tenía discapacidad.» (Yeimmy Carolina)

«Cuando empecé con mi discapacidad, la relación con mi hermano cambió. A pesar de la diferencia de edad, éramos unidos, pero ahora, ya no había tanta complicidad, ni esas cosas que pasan entre hermanos.» (Edna Rocío)

No obstante, situar el diálogo en lo sentido-vivido-interpelado que nos incomoda hace parte de la respuesta del porqué de nuestras luchas. Entre estas luchas se encuentra la maternidad, categoría que se juzga y nos intenta introducir en la siguiente reflexión: análisis: «la violencia se ejerce sobre un cuerpo, en pasivo, y las huellas quedan en la carne, en la piel y en la psique» (Huffschmid, 2013). Así, la memoria de nuestros cuerpos, a partir de aquellas huellas, evoca la culpa por querer ser madres ciegas o que transitamos en dos mundos que ven y no ven con los ojos:

«Cuando yo quede embarazada, mi familia decía que ahora yo iba a depender de ellos y que mi hermano iba a tener que mantener a mi hija.» (Edna Rocío)

A partir de estos relatos, apremian el recuerdo y el testimonio de varias mujeres con discapacidad para ponerlas en la sala de diálogos frente a la maternidad, en tanto también hacen parte de la violencia que hoy cuentan nuestros cuerpos:

«En mi caso, los médicos [me preguntaron] que si yo era consciente y estaba informada de mi derecho a interrumpir el embarazo. Les contesté que sí, pero, como no quise interrumpirlo, me enviaron al psicólogo. Además, antes del parto, las enfermeras me dijeron: ojalá su hija nazca bien; es que ya hemos tenido muchos casos de niños discapacitados.» (Yeimmy Carolina)

Lo anterior significa, en palabras de Rita Segato que «el Estado entrega aquí con una mano, lo que ya retiró con la otra: entrega una ley que defiende a las mujeres de la violencia a que están expuestas, porque ya rompió las instituciones tradicionales y la trama comunitaria que las protegía» (en Huffschmid, 2013).

CAPÍTULO 3. La decolonialidad de cuerpos que resisten a la voracidad institucional desde el conocimiento situado

Me siento para dirigirme a uno de los escenarios que se me-nos había negado habitar. Recuerdo que el Sol alumbraba más fuerte que nunca luego de esperar mucho tiempo hasta que se me permitiera abordar el transporte urbano para ir al encuentro de mi realidad. Subí en el bus que iba por la 68, rogando que nunca llegara. Me cuestiono incesantemente, me resigno al tiempo que el giro de la calle me anuncia el pronto arribo. Todo me da vueltas mientras pienso en lo que había hecho para competir por el turno de la venta informal en un carro similar; me aterraba la idea de solo pensarlo. Me hago consiente a la vez que desciendo con minuciosidad. Me detengo para permitirme soñar con otro escenario, el de la universidad, y un fuerte pito me hace ser consiente de mi presente voraz. Desciendo repitiendo que sería más duro si estuviera sola. Me encuentro con mi par, empezamos nuestra ardua tarea; no lo niego, era la carga más latente de lo que significa el entorno que me nos ve como discapacitadas incapaces y ya hacíamos parte de una dualidad, esa que no queríamos enfrentar.

Me traslado al presente, el de la universidad; me pienso y con cierta nostalgia soy consciente del cambio que queremos lograr, el de lo estructurado por la sociedad. Esa estructura nos ubica como discapacitadas y nada más nos permite narrar el porqué de nuestras insurgencias y luchas para ser y estar sin que tengamos que justificar nuestras presencias en uno y otro lugar.

Cuerpos insurgentes

Situar la discusión permite reconocer las resistencias. Y nos permitimos retratarlas en la confrontación entre la ausencia impuesta y el cuerpo habitado mediante este artículo. Acá mostramos lo que quiere decir la insurgencia de nuestros cuerpos. Al respecto, podemos decir que «ser feminista es necesariamente ser rebelde, es estar incómoda con las formas asimétricas del poder en las cuales se desarrollan todos los aspectos de la vida, tanto en el mundo público, como en los mundos privados» (Rodriguez, 2019). Esto significó irrumpir contra lo ya establecido. Decidimos dejarnos tocar y ser tocadas por las voces que contaban unas historias cuyos discursos hacia nuestros cuerpos interpelamos y lo hicimos a partir de la posición desde la que decidimos enunciarnos: hablar de ser mujeres, ya no con discapacidad, sino mujeres ciegas o mujeres en el tránsito de dos mundos que

ven y no ven con los ojos; esto hace parte de las resistencias que hoy mencionamos y por las que aludimos a la categoría de cuerpos insurgentes, en tanto nos resistimos al sistema patriarcal que nos hace ver como débiles enfermas y cuyas luchas no se reconocen ni siquiera en los movimientos feministas; empero, nos decidimos incomodarnos y posicionar nuestros cuerpos reactivos a la imposición que supone el capacitismo en nuestras vidas.

Rodriguez (2019) dice que, en palabras de «la filósofa postestructuralista Judith Butler (...), las identidades involucran, en parte, un hacer performativo en tanto se construyen dentro de las reglas de inteligibilidad y representaciones». Y agrega: «se entiende por performatividad, la idea de hacer, la construcción por medio del acto que no implica una teorización, sino la constitución variable de hacedor y acto, en y por medio del otro» (Rodriguez, 2019). Estas identidades ya no se entienden a partir de la homogenización de nuestra existencia; más bien, reconocen la diversidad de nuestras voces en la construcción de un «nosotras», ya no desde la universalización, sino desde el debilitamiento a las jerarquías de poder.

***

Con indignación e incomodidad, me detengo mientras cada paso que doy me evoca la presencia y, al mismo tiempo, la lejanía con mi propio cuerpo, del que aún no era consiente. Habitaba un cuerpo deshabitado, ese que me permitía interpelar, tras cada nuevo paso en el recorrido de la entrada de los árboles y después de la llegada a la Plaza Che en la universidad o a la Estación de Las Aguas, el sentido mismo de mi nuestra propia existencia; el olor a jugo de naranja acompañaba la prisa, para, finalmente, sentir que había llegado. Tras el silencio del aula y las miradas que se desplazan a la puerta (miradas de personas cómplices que desdibujan la realidad, inserta en el tránsito de los hasta entonces discapacitados), habito con la co-presencia. Esta me permite indagarme y ser consciente de que las instituciones voraces son parte del discurso mismo que nos hemos propuesto problematizar.

Ya no quiero habitar un cuerpo subalterno que he entendido como frágil, no bello, equivocado por no perfecto, que esconde la mirada de su propio observar; renuncio a la voracidad que, sin darme cuenta, me había permeado; que lo había hecho desde algo singular, pero a la vez plural que me advertía el lugar y la presencia bajo la norma «es el cuerpo, vivo y vivido, que anima el espacio [social], a través de su uso y la vida misma (Huffschmid, 2013). Esto hace parte del espejo en el que, tal vez, ya no me quería ver.

A la velocidad del paso de las hojas en relieve, iba cada situación que me incomoda. Como parte del desafiar, veo en cada hoja mi propia vida contada desde la historia que relatan mis nuestros cuerpos. Decido despojarme de esa vestidura, ir reconocida, que es el reflejo mismo de la indefensión, y escucharme para investigarme y así dudar hasta de mi propia existencia.

De ahí que, nuestros cuerpos sean insurgentes, porque cuentan una historia cargada de epistemicidios. Estos se registran en una construcción ilegitima que, bajo la tecnocracia, nos ha ubicado en la epistemología situada en las que nos detendremos más adelante. Tres narraciones del encuentro próximo de nuestras voces reanudan la escena más cercana del yo del nosotras, «sujeto vivo de una historia, en medio a articulaciones e intercambios que, más que una interculturalidad, diseñan una inter-historicidad» (Segato, 2011).

Tal historia está contada por la memoria que han producido las instituciones voraces, en y sobre nuestros cuerpos. En insurgencia, estos se movilizan ideológicamente. Dicho de otro modo,

> la historia que tejía colectivamente, como el tramado de un tapiz donde los hilos diseñan figuras, a veces acercándose y convergiendo, a veces distanciándose y en oposición, es interceptada, interrumpida por fuerza de una intervención externa; este sujeto colectivo pretenderá retomar los hilos, hacer pequeños nudos, suturar la memoria y continuar. En ese caso, deberá ocurrir lo que podríamos llamar una devolución de la historia, restituir la capacidad de tramar su propio camino histórico, reanudando el trazado de las figuras interrumpidas, tejiéndolas hasta el presente de la urdimbre, proyectándolas hacia el futuro (Segato, 2011).

Dicho lo anterior, nos enunciamos desde la libertad que inscriben nuestros cuerpos, desde el ejercicio político posicionado a partir de nuestro lugar de enunciación y del activismo que hoy nos acompaña; ya no lo hacemos a partir de la imposición, ni de la condescendencia encubierta en la crueldad de la aceptación de los cuerpos como parte de la voracidad institucional.

Caminamos hacia la sujeción del poder que nos sujetaba como discapacitadas, porque somos mujeres ciegas y mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos, o que ruedan; o como otras que construyen con las epistemologías sordas: nos sentimos orgullosas de habitar el cuerpo que habitamos,

lo que significa vivir y ser concientes. Ha dejado de estar en nosotras el sentido de lo colonial, y se ha instalado la lealtad de las luchas que damos a la opresión del sistema patriarcal. Ha ocurrido, si se quiere, como una denuncia al escenario mismo del capacitismo, de la violencia que este ejerció en y para la instrumentalización vivida-sentida por nuestros cuerpos. Ese sistema capturó de manera voraz nuestra adhesión absoluta.

Hoy, a una sola voz, nos movilizamos desde el singular y hacia el plural como cuerpos políticos que reflexionan ante su presencia y existencia´. Visto del otro lado, no en el «proceso del encapsulamiento de la domesticidad como 'vida privada' ». Lo que eso significa «para el espacio doméstico y quienes lo habitan, [es] nada más y nada menos que un desmoronamiento de su valor y munición política, es decir, de su capacidad participación en las decisiones que afectan a toda la colectividad» (Segato, 2011)

Epistemología a partir del conocimiento situado

Ya no quiero ser igual, no quiero ser diferente: solo quiero ser yo; queremos ser un nosotras, ya no ellas como lo definen la mirada y el tono privilegiado de la voz que nos señala como iguales y como diferentes; ya no quiero que te hagas una imagen de mí, solo quiero que nos descubramos mutuamente y nos permitamos conversar.

Dado lo anterior, es clave para nosotras manifestar que reivindicamos nuestros cuerpos, territorios y saberes como parte de la apuesta política que hemos transitado a nuestra manera. Comenzamos reconociéndonos en la etiqueta de «iguales»:

> El feminismo de la igualdad había ejercido su militancia en la defensa de una igualdad de derechos civiles, especialmente, fundamentándose en reinterpretaciones de las polémicas contractualitas clásicas del XVII, pues, las relaciones entre hombres y mujeres bien podían ser vistas también como resultado del contrato civil moderno: la libertad civil conseguida mediante el contrato social no habría sido universal porque, a su vez, habría sido también un contrato sexual que perpetuó la tradicional dominación masculina. Las propias mujeres habrían sido, asimismo, objeto de tal contrato: «El contrato (sexual) es el vehículo mediante el cual los hombres transforman su derecho natural sobre la mujer en la seguridad del derecho civil patriarcal» (Merino, 2011).

Eso significó para nosotras el lugar de enunciación en el paradigma de la integración; en este, los esfuerzos se centraban en la igualdad y la homogenización de cuerpos, unos que debían esconder la desviación y la enfermedad.

De otra parte, la diferencia entregada por la segunda ola del feminismo implicó la enunciación a partir del paradigma de la inclusión. En este caso, el paradigma encubría la voracidad institucional mediante la mirada capacitista: nuestros cuerpos debían situarse en el capital social producido por la clasificación:

> Pese al explícito rechazo [por parte de las teóricas de la diferencia] del tradicional innatismo de las teorías androcéntricas (...), tanto su apelación a un sexismo cultural, como a una supuesta solidaridad femenina las acercaba sobremanera también al esencialismo, aunque se tratara de uno cultural más que biologicista (Merino, 2011).

Conocimiento situado desde la rebeldía de nuestros cuerpos-territorios-saberes.

Acostada en el prado, oigo la improvisada música de los estudiantes que habitan el campus universitario, como yo. El Sol, junto al aire, me encandelilla los ojos y esto me permite comprender que me encuentro con «una característica peculiar del cuerpo y es que este es una condición básí¬ca de la experiencia, lo vivimos y somos con él diariamente en el mundo. (Rodríguez, 2019).

Pero, comprendimos que no somos quienes el otro nos había dicho que somos; somos mujeres ciegas o que transitamos en dos mundos que ven y no ven con los ojos; como ya lo mencionamos, nos des- sujetamos del condicionante de estar y existir y conseguimos la posibilidad de interpelar la subalternidad y problematizar la forma como se nos reconoce y entiende. Ahora, vamos más allá de la solución a la ceguera, actuamos con orgullo de lo que significa ser ciega y la reivindicación de nuestra construcción epistemológica.

Esto, trasladado a los debates actuales del saber y la construcción eurocéntrica,

> asume que el conocimiento científico es superior, más valioso que el producido por los actores sociales; y, la cuestión de la política de la producción del conocimiento que incluye, por una parte, el interés y la práctica de producir conocimiento que contribuya a transformar condiciones de opresión, marginación y exclusión de los estudiados; y, por otra, a producir análisis

> académicos más ricos y profundos a través de la experiencia de co-labor.de la experiencia de co-labor.

Nos resistimos a una categoría desde el enfoque capacitista en la que se nos ha ubicado; tiene que ver con la cuestión de una resistencia política suscrita en nuestros propios recorridos, esos que hoy nos hacen des-sujetarnos de la voracidad institucional y nos invitaron a escribir estas líneas; es preciso que se abandone lo que no se ha cuestionado:

> la crítica que desestabilizó la hegemonía de la epistemología científica occidental moderna también permitió la posibilidad de considerar epistemologías alternativas, producidas, por ejemplo, por movimientos sociales, pueblos indígenas, mujeres y en general, subalternos (Rodriguez, 2019).

Nos referimos al «conocimiento situado» como parte de las des-sujeciones al «ellos» de los que se nos había hecho parte; somos un «yo-nosotras» que desde el singular se retrata en el plural:

> el concepto de conocimiento situado ha sido empleado a menu¬do para justificar la autoridad que, por lo menos en sus propios términos, tendrían sistemas de pensamiento y formas de conocimiento diferentes de aquellas que han pretendido edificar visiones universales desde el no-lugar de la objetividad científi¬ca (Súarez, 2005).

De ahí que somos conscientes de que nuestros recorridos generan conocimiento, pues el saber se genera en la cotidianidad y la producción desde la *episteme* señala el recorrido de nuestros cuerpos. Estos se han descubierto y admiten la producción intelectual propia de cada uno de nuestros recorridos: esta última «abarca tanto la situación del sujeto en las cartografías académicas del conocimiento, como sus intereses políticos» (Súarez, 2005). Nos movilizamos a partir del sentido mismo de la interseccionalidad de cada una de quienes vivimos-habitamos nuestros cuerpos, en aquellas situaciones que nos atraviesan:

«Afirmo mi resistencia hacia las instituciones voraces y a los imaginarios sociales que estas han creado para hacer ver como cuerpos discapacitados e improductivos a las mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos y a las mujeres ciegas. Al despertar, retomo fuerzas como renaciendo de las cenizas a modo del ave fénix, para seguir en mis luchas desde el ser mujer; no solo por mí, también

por mi hija y por aquellas a quienes invito a que resistan, tal como lo hemos hecho quienes decidimos dejarnos cautivar por el diálogo; que resistan al silencio y sean otra voz que se une a no vivir más en la violencia.» (Edna Rocío).

En esa perspectiva, han sido justamente las geografías feministas las que han permitido precisar que la situación de los sujetos subalternos es diferenciada, no es igual en todas partes; han mostrado que categorías como *género, etnia* e *identidad* se configuran en relación con procesos espaciales (Aguilar & Soto, 2015). En este sentido, en el análisis de la situacionalidad histórica y social de los conocimientos, no se puede prescindir de su localización en esquemas de homogenización, separación y jerarquización espacial que conforman y sustentan particulares relaciones de poder (Súarez, 2005).

«Ubicar las instituciones voraces hace parte de ese descubrimiento y proximidad con el lugar desde el que hoy me anuncio; el lugar desde donde el poder de la mirada me permite, cada día, encontrar, en el uso de los tacones y en las lecturas silenciosas, pero reflexivas, otras oportunidades: contar la historia de otros modos y vivir mis propios discursos, sin la victimización, sino a partir de la posibilidad dicha por Boaventura de Sousa Santos bajo la historia contada por el leopardo.» (Fanny Lucía)

Ubicar las instituciones nos permitió situar las discusiones en la mirada de nuestras propias experiencias. Esta mirada encarna las voces que interpelan el conocimiento aprendido, objetivado por uno nuevo que se permite reflejar las realidades de las luchas propias. En lo profundo del discurrir, estas luchas evocan nuevas prácticas. Pasamos de la voracidad condescendiente, a la posibilidad de investigarnos como parte del acto fascinante que da una nueva mirada de la existencia de las mujeres ciegas y las mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos. No pretendemos decir que somos la voz de todas, pero son nuestras experiencias encarnadas las que hoy invitan a problematizar los feminismos blancos:

> Desde el pensamiento producido por voces marginales y subalternas de las mujeres y del feminismo, partimos por reconocer que ese pensamiento feminista clásico ha sido producido por un grupo específico de mujeres, aquellas que han gozado del privilegio epistémico gracias a sus orígenes de clase y raza (Espinosa, Gómez & Ochoa, 2014).

Mujeres privilegiadas que no nos cansaremos de cuestionar. La perspectiva universal del feminismo les ha hecho parte de la construcción del sistema patriarcal. En palabras de Espinosa, «no sirve para interpretar la realidad y la opresión de las mujeres racializadas y cuyos orígenes son provenientes de territorios colonizados.

Pero, a decir verdad, ni siquiera aparecemos en los feminismos decoloniales, pues las ausencias de nuestras voces ocultan la patologización del *nosotras*. En tal sentido, nos acogemos a la revolución epistémica que implica construir epistemologías desde el conocimiento situado de mujeres ciegas y mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos. En esa perspectiva, dice Espinosa-Miñoso:

> Hemos ido profundizando el análisis de las condiciones históricas que dan origen a una organización social que sostiene estructuras jerárquicas de opresión y dominación que no sólo se explican por el género [,] en la medida en que nos hemos ido acercando a una radicalización de nuestro malestar haciéndonos conscientes de la manera en que estas jerarquías se perpetúan a través incluso de los mo¬vimientos que se han presentado y hemos asumido como liberadores, como el feminismo (Espinosa, Gómez & Ochoa, 2014).

Y diferentes a causa de la teorización hegemónica propia de la imposición social como discapacitadas. a la que nos acompañamos, desde el acto de rebeldía para enunciarnos como parte de la movilización política que invita al despojo privilegiado eurocéntrico de los movimientos feministas que nos permita tejer la palabra ya no desde la igualdad ni de la diferencia sino desde la posibilidad de la proximidad y de darnos a la otra como un acto de amor desde la mirada posible de las mujeres ciegas y de las mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos como parte de las reflexiones epistemológicas surgidas en el desarrollo de nuestras experiencias, permite darle giro a las actuales investigaciones, estudios y procesos de construcción dirigido desde, en, y con las mujeres ciegas y mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos, ya que permite al sujeto ausente tener su propia voz y desmitificar las erróneas teorías sobre la discapacidad, detener las miradas discapacitantes pues nos resistimos a la voracidad de la que hemos hecho mención así pues somos actoras de nuestra propia vivencia y es la manera de aceptar las resistencias de nuestro cuerpo y el de otras mujeres ciegas y mujeres que transitan en dos mundos que ven y no ven con los ojos que históricamente hemos sido subvaloradas, invisibilizadas en un marco de violencias y lenguajes encontrados sobre nuestros cuerpos.

Nuestra invitación es a movilizarnos colectivamente en la resistencia de las mujeres ciegas y las mujeres que ven y no ven con los ojos; que hagamos un encuentro con nuestra

real identidad como mujeres autónomas y como sujetas críticas y políticas que podemos contribuir con la sociedad; como personas que queremos responder a las dinámicas sociales siendo libres en decisiones y no asistidas por las instituciones voraces.

Se trata, entonces, de permitirnos co-investigarnos y dudar hasta de lo que creíamos veraz; dudar de eso próximo que hasta hoy nos atrevíamos con vehemencia a ignorar y a entender como subalterno; en fin, se trata de comprender lo siguiente:

> Co-investigar permite construir historias, dibujar sentires, recoger los pasos y tensionar el presente; (...) es una experiencia fascinante que encarna la vida del otro en nuestras propias vidas, es como un espejo en el que se ven nuestros sentires, es una especie de alianza entre el yo y el otro, es un pacto implícito que es condescendiente y se cuestiona, es una proximidad de cuerpos, unos cuerpos, denominados como bellos y dignos de cuidar, unos cuerpos que viven, tocan y son tocados y que narran y son narrados, unos cuerpos que se comunican a través de sus voces y que se indagan a sí mismos a partir de los silencios y del propio concepto de lo que implica el ser.
>
> Co-investigar es un arte para descolonizar el saber a partir de unas investigaciones mutuas donde cada uno de los sujetos se ausculta desde su propio saber y desde unas particularidades que, al unir las voces, se pluralizan reconociendo otras formas de ver y de caminar, de sentir, aprender, vivir y escuchar (Lozada, 2017).

Bibliografía

Acosta, E. (2019). *El feminismo insurgente: un análisis político del discurso.* Consultado en https://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/15511

Aguilar, M. & Soto, P. (2015). Cuerpos, espacios y emociones. *Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 10, 1, 8.

Coser, L. (1974). *Las instituciones voraces*. México: Fondo de Cultura Económica.

Espinosa, Y.; Gómez, D. & Ochoa, K. (2014). *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Cauca: Universidad del Cauca.

Ferrante, C. & Ferreira, M. (2008). Cuerpo, discapacidad y trayectorias sociales. *Revista de Antropología Experimental,* 26.

Huffschmid, A. (2013). *Investigación urbana de América Latina*. Berlín: Tranvía.

Lozada, F. (2017). *Experiencias situadas a partir de un privilegio epistemológico. Tensiones para ubicar la otredad*. Bogotá. Consultado en https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/62102

Merino, N. (2011). Donna Haraway. La redefinición del feminismo a través de los estudios sociales sobre ciencia y tecnología. *Revista de Filosofía*, V, 39, 36.

Rodríguez, E. (2019, 29 de agosto). Del feminismo sufragista al insurgente: la rebeldía de las mujeres como clave para la paz en Colombia. Consultado en blogs.lse.ac.uk/latamcaribbean/2017/08/29/del-feminismo-sufragista-al-insurgente-la-rebeldia-de-las-mujeres-como-clave-para-la-paz-en-colombia/: https://blogs.lse.ac.uk/latamcaribbean/2017/08/29/del-feminismo-sufragista-al-insurgente-la-rebeldia-de-las-mujeres-como-clave-para-la-paz-en-colombia/

Santos, S. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: Clacso.

Segato, R. (2011). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. En Bidaseca, K. (comp.) *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América latina.* Buenos Aires: Ediciones Godot.

Súarez, C. (2005). Conocimientos situados y pensamientos fronterizos: una relectura desde la universidad. *Estudios sobre espacio y poder*, 3.

COLECTIVO CUERPOS INSURGENTES

Somos un grupo de mujeres profesionales con discapacidad visual que resistimos frente la violencia que se vive a diario en Colombia. La idea de este colectivo es romper con la discriminación y con la vulneración de los derechos de mujeres y hombres con discapacidad, a quienes, de alguna manera se nos ha reprimido para impedirnos ser las personas que somos ahora: mujeres capaces de destronar estereotipos e imaginarios a partir de las resistencias de nuestros cuerpos y de las epistemologías situadas. Los recursos que utilizamos en esta labor son la investigación y la creación de espacios para dialogar y reivindicar nuestras existencias ante una cultura patriarcal.

lucialozada.1520@gmail.com, ycveltranr@unal.edu.co, roci.410@gmail.com



– GABRIELA GACHARNÁ ECHEVERRI –

VEINTIOCHO

En este texto, el ciclo menstrual y la menstruación son protagonistas de historias y reflexiones sobre nuestra manera de percibir y entender las historias que atraviesan nuestros cuerpos. El ciclo menstrual se piensa a partir de voces e historias de libertad que nos unen como mujeres. La menstruación y el lenguaje se dan la mano haciendo evidente que necesitamos nuevas palabras para construir nuestra realidad, nuestros cuerpos, nuestra menstruación. Es ahora cuando debemos nombrar un mundo del que todas hacemos parte y en el que ella no sea un secreto o un episodio doloroso de nuestras vidas, sino una oportunidad para escucharnos.

1

Alrededor del Sol. Los seres humanos nos hemos medido, pensado y concebido alrededor del Sol desde que Julio César instauró el primer calendario solar en el año 46 a. C., por sugerencia de científicos y astrónomos. En la mayor parte del mundo, desde 1582 hasta hoy, medimos el tiempo con el calendario del papa Gregorio XIII, muy parecido al de Julio César.

Julio César, Gregorio, los astrónomos, los científicos, calendario juliano, calendario gregoriano, Europa, emperador, papa. Los nombres de los meses: Janus – dios (enero), Februus - dios (febrero), Marte – dios (marzo), Julio - emperador, Augusto – emperador (agosto), septiembre – séptimo, octubre – octavo, noviembre – noveno, diciembre – décimo: los números en latín del año de Romulus (emperador).

2

Y solo Maia – diosa (mayo) y Juno – diosa (junio). Y no científicas, y no astrónomas, y no otras latitudes, además de Europa. La afirmación de que con el calendario solar nos hemos medido, pensado y concebido está incompleta.

Con cada menstruación, las mujeres cuestionamos la imposición de ese calendario, que está lejos de ser el nuestro. El nuestro es el lunar. Vivimos ciclos de veintiocho días, no meses de treinta o treinta y uno. Transitamos con la Luna trece recorridos en torno a la Tierra. Trece lunaciones y no doce meses.

Percibimos la vida, la belleza, la crueldad, la felicidad y la tristeza en porcentajes de iluminación, con las fases de la luna nueva, llena, creciente y menguante. El inicio del mes lunar varía según cada mujer, así que percibimos, calculamos y entendemos regularidades e irregularidades.

Tenemos otra relación con el tiempo. Nuestros ciclos menstruales, como los lunares, nos sirven como fases para plantar, trazar objetivos, renovar y transformar, fortalecer o derrumbar. Es el calendario lunar el de la relación con las mareas, con la siembra y la cosecha, con los sueños y el crecimiento.

3

El origen de la palabra 'mes' tiene relación directa con la Luna, a pesar de todo el tiempo transcurrido desde que el calendario solar se instauró. La palabra 'menstruación' también tiene esa relación, pues viene del griego *mensis*, que significa mes, pero mes lunar, de veintiocho días, como lo concebían en Grecia. En todas las lenguas romances, la palabra 'menstruación' proviene de la raíz 'me', que, en griego, significa medida y está relacionada con la lunación o el ciclo lunar, al igual que 'lunes' (Luna), primer día de la semana.

Por muchos años, hemos utilizado las palabras Luna, medición y menstruación sin percibir el lazo casi invisible que las vincula. Menstruar y el paso del tiempo van de la mano y en esa relación está presente nuestra manera de percibir el mundo y de entendernos a partir de nosotras y con las demás personas. Es momento de dar vida y de sentir propio el sufijo 'ción' (-*tio*), que indica acción y efecto (como en concepción, nación y gestación).

4

Menstruar es, apenas, una de las cuatro etapas de un mismo ciclo. Por ello, he aprendido que hablar de 'ciclo menstrual' es más preciso. Además de la menstruación, existen las etapas folicular, ovulatoria y lútea.

El día uno de nuestro ciclo es el día en que empezamos a menstruar, en que inicia nuestra relación con el paso del tiempo marcado por la Luna. Sangramos fuerte o leve. La etapa menstrual también se conoce como de 'disgregación', que quiere decir desintegración, desarticulación, separación. Lo cierto es que sí se siente como una desarticulación, como una renovación dolorosa, que nos hace sentir y pensar con gran intensidad y, por lo tanto, somos más sensibles frente al mundo, frente a nuestra propia experiencia. Esta es la fase oscura, de silencio, de sombra, exactamente como la luna nueva, donde nos sentimos resguardadas entre la Tierra y el Sol sin que nuestra luminosidad sea evidente. La introspección es bastante común y nos lleva a sentir la necesidad de renovarnos a nosotras mismas que, como bien sabemos, es necesario para desarticular, en conjunto y en comunidad, nociones aprendidas y, con ello, impulsar cambios en la sociedad.

5

Y, como nuestros cuerpos no funcionan, necesariamente, de manera coordinada y regular entre ellos, porque cada una tiene su propia lunación, la etapa folicular puede empezar entre el cuarto y el séptimo día. En esta, los folículos ováricos están en crecimiento y desarrollo. Cada folículo es un elemento pequeñito, una bolsita, que está en los ovarios y que inicia su desarrollo creciendo, sin abrirse, durante unos seis días. Esta fase también se conoce como 'proliferativa', que significa abundar, multiplicarse, aumentar, bullir, vivir. Es verdad que, en esta fase, como la de la luna creciente, nos sentimos crecer con el impulso y la fuerza que nos dio la ambición de renovación producido en la primera fase, pero esta vez, con la ebullición y el deseo abundante de transformar.

6

Cuando cada bolsita o folículo se abre, hacia el día 14 o 15 del ciclo, inicia la etapa ovulatoria. Las bolsitas están listas y crecieron lo suficiente para abrirse y dejar salir así, cada una, el ovocito, el origen del óvulo. El óvulo más maduro es seleccionado y llamado a salir del ovario, para transitar por las trompas de Falopio y llegar, finalmente, al útero. Este es el proceso de ovulación, también conocido como

'secretor': ovular significa destilar, producir, gotear. Se trata de la etapa más corta del ciclo menstrual, pues dura solo un día. Y en ella destilan con gran intensidad los sentimientos de amor propio, la sensación de belleza y seguridad que hacen sentir y pensar con gran claridad y practicidad. En esta fase, tenemos una luminosidad del cien por ciento, como la Luna, y podemos tener intuiciones y revelaciones. Nuestros sueños reflejan en su totalidad la luz del Sol, como la luna llena.

7

Cuando acaba la ovulación, comienza la etapa lútea, la más larga del ciclo. Durante esta, se crea en los ovarios un tejido rico en colesterol, que es de color amarillo, característica a la que se refiere su nombre. 'Lútea' es también una palabra que recuerda el origen de 'luna'. Viene del latín y se relaciona con el color amarillo, también lunar. En ella, transitamos un momento más calmado y menguamos como la Luna asentando sentimientos y emociones.

8

La menstruación adopta diferentes tonalidades y texturas. Las mujeres podríamos aprender a identificar, y algunas veces lo hacemos, las variadas pigmentaciones de la sangre, que son señales de cambios o procesos en nuestro ciclo menstrual. Estos cambios dependen de la cantidad de flujo que tengamos, de las alteraciones hormonales, de los anticonceptivos que utilizamos, del tiempo que lleva la sangre en el útero y de los cambios de origen emocional en nuestras vidas.

9

Color rojo, rojo opaco, rojo pálido, rojo cadmio, rojo ocre, rojo óxido.

Rosa, magenta, carmesí, amaranto, bermellón, borgoña, burdeo, carmín, encarnación, escarlata, marrasquino, cayena, fresa, granate, sanguíneo, rubí, sangría, terracota, vino, café.

10

El rojo denota emociones rápidas, instintivas y vivas. Es el color que más frecuentemente se ha encontrado en las pinturas rupestres, fue uno de los primeros pigmentos utilizados por el ser humano. Nos hace pensar en la espontaneidad, en la sugestibilidad del carácter. Lo usamos para referirnos al estado de ira, de amor, de pasión: «estar rojo de ira» y «sonrojarse».

Si describimos el rojo según lo que experimentamos con el sentido del tacto, podemos decir que es como el calor, el fuego, la brasa, la llama de una vela. Podemos percibir el rojo como el calor de un abrazo o como el ardor de una quemadura. El Sol que nos quema produce el rojo y, si nos hacen un cumplido, nuestras mejillas se sonrojan. Si queremos que sean el olfato y el gusto los que lo presenten, diríamos que las comidas picantes son a menudo rojas y también son rojas las frutas ácidas, las fresas o cerezas. En ambos casos, el sabor es una sensación intensa, aguda, viva, penetrante.

11

En la adolescencia, cuando se dio cuenta de que la Luna, las mareas y las hormonas estaban a punto de revelarme los secretos que la Naturaleza reserva a las mujeres, mi madre me llamó a su cuarto una tarde a mi regreso del colegio. Echó llave a la puerta y sentada frente a su tocador me hizo tomar asiento delante de ella para hablarme de los cambios y sorpresas que mi cuerpo preparaba para mí.

Gioconda Belli. *El país bajo mi piel*

•

«Mi mamá me habló de la menstruación apoyándose en la biología; me dio explicaciones muy técnicas, llamando cada cosa por su nombre científico. Nos sentamos, sacó papel y lápiz e hizo un dibujo del sistema reproductor femenino; trazó la trayectoria de los óvulos y me dijo lo que sucedía y por qué sucedía. Me enseñó que no debía sentir vergüenza, pues era un proceso natural. Lo irónico fue que, aun así, la sentía y, a pesar de sus insistencias, no quise comprar toallas higiénicas hasta que no tuve mi primera menstruación.»

•

«Mi mamá me llevó a mí y a mis hermanas a la biblioteca: nos sentamos en una mesa grande y redonda y nos explicó, con un libro de biología, lo que significa la menstruación y la anatomía de la mujer.»

•

«Mi mamá se sentó conmigo y me explicó de anatomía, de la menstruación y del sistema reproductor femenino. Yo me escandalicé y le dije que no era mi caso, que estaba lejos de pasarme a mí. Me molesté mucho. A los dos días, tuve mi primera menstruación.»

12

«Menarquia» significa primera menstruación. La palabra proviene de dos raíces griegas: *men* (mes) y *arkhe* (poder o principio). Al ver mi primera menstruación, no pensé en ella como un poder, pero sí como un principio. Creí que se trataba de una muerte metafórica de la niña y del nacimiento de la mujer. Ahora, creo que se trató de la muerte del tiempo lineal en mi vida como mujer y del nacimiento, o el principio, del tiempo cíclico.

13

Era uno de los días más importantes del año en mi colegio, se haría un montaje escénico. Yo tenía once años. Participaba de la presentación de la música en vivo tocando el piano. Llevábamos seis meses ensayando todos los días. Estábamos en el teatro William Shakespeare, en el norte de Bogotá. Los músicos y las músicas vestíamos de negro completamente, así que no sospeché nada extraño cuando, tomando el sol en un pequeño descanso, sentí que el calor me sofocaba. Además, el teatro era pequeño, los camerinos lugares cerrados, y las escaleras estrechas. Por ellas, subían y bajaban corriendo decenas de personas. No imaginé que el calor emanaba de mí. Fui varias veces a refrescar mis mejillas enrojecidas.

Al final de la tarde, a unos minutos de la presentación, fui al baño y vi en mi ropa interior una mancha roja oscura. Mi corazón se aceleró. Lo primero que percibí fue miedo. Me sentí desconsolada. Sin embargo, sabía qué hacer, pues, mi mamá me había explicado todo varias veces, pero era diferente verlo, vivirlo, sentirlo. Pensar en ella me alivió. Busqué a mi profesora de música, le conté y le pedí una toalla higiénica. De nuevo, me sentí menos sola.

La función comenzó. Cada nota del piano me recordaba que esta era mi primera menstruación. Cuando todo acabó, abracé a mi mamá y le conté. Sus ojos se humedecieron y sospeché que algo había cambiado para siempre. En general, mi cuerpo no cambió, mis senos no crecieron, mis caderas no se ensancharon, así que fue muy fácil ocultarlo a mis amigas: sentía vergüenza de haber sido la primera. Me tomó casi dos años contarlo. Y ahora, cuando sé que mi siguiente menstruación se acerca y lo comento con mi hermana, con mi mamá, con mis amigas, no recuerdo por qué mi primera menstruación me generó ese sentimiento de soledad.

14

Cuando poco después tuve mi primera menstruación, sentí que la Naturaleza me había ungido. Me sentí enormemente orgullosa (...). La crisálida que mi vientre tejería cada mes para recibir la vida se descartaría en forma de sangre menstrual.

Gioconda Belli. *El país bajo mi piel*

•

«En 2008, tenía 12 años y estaba de paseo con mi familia. Visitábamos una iglesia en Buga y justo cuando atravesé la puerta y miré hacia arriba para ver su magnitud, sentí una descarga muy fuerte y tuve que ir al baño. Me costó pensar que no había sido culpa de la virgen que vi cuando entré.»

•

«Llevaba años esperando tener mi primera menstruación porque todas mis amigas ya la habían tenido. Así que cuando sentí algo raro y fui al baño, grité de emoción. Era menos sangre de la que creía que iba a ser, pero me sentí orgullosa y le conté a todas ellas.»

•

«Mi primera menstruación fue a los 12 años, en 2008. No fue nada extraordinario. Me desperté para ir al colegio y vi que me había llegado, pero me sentí incómoda y no quise aceptarlo, así que me bañé intentando olvidarlo hasta que me di cuenta de que tenía que hacer algo porque tenía que ir al colegio.»

•

«Estaba en mi casa y tenía mucho calor. No entendía por qué. Fui al baño y vi una mancha de sangre. Me quedé ahí más de 40 minutos porque creía que en el momento en que saliera del baño iba a ser una mujer y no sabía si quería o podía serlo.»

•

«Mi primera menstruación fue a los 12 años, en 1945. Le conté a mi hermana mayor y ella me explicó que estaba bien, que no era algo malo, ni un pecado. Recé mucho para que no me doliera y me costó entender que, aunque se tratara de sangre, no era una herida o un riesgo para mí.»

•

«Iba caminando del colegio a la casa, a mis 14 años, en 1998, y tuve la sensación de que me iba a orinar, así que empecé a correr hasta llegar a mi casa. Llegué y me di cuenta de lo que realmente era.»

•

«Cuando vi la mancha de sangre en mis calzones, me sentí defraudada. A mí me gustaba mucho jugar, correr, arrastrarme, saltar. Sentí que la menstruación me iba a cortar la libertad que tanto disfrutaba. Me sentí defraudada de no ser un niño, porque ellos no tenían ninguna barrera para ser libres.»

15

La menarquia ha sido celebrada, históricamente, como un rito de paso en varias culturas. Las ceremonias alrededor de ella van desde el aislamiento y las fiestas, hasta el matrimonio, pues, es el momento en que una niña está lista para casarse, ya que la menstruación se ha asociado, únicamente, a la procreación. Sin embargo, en el entorno en el que crecí, es una situación silenciosa, que no se hace explícita, es casi un secreto entre madre e hija.

El rito silencioso de la menarquia adquiere diversas formas, pero todas ellas tienen algo en común: cuando contamos a nuestras madres que tuvimos nuestra primera menstruación, ellas reaccionan con lágrimas, suspiros o palabras de emoción con las que manifiestan que se conmovieron profundamente.

Los padres, por el contrario, no saben muy bien cómo actuar, porque, por lo general, no han hecho parte de las explicaciones y las conversaciones al respecto.

•

«Yo le conté a mi mamá que me había llegado y ella le contó a mi papá. Él se acercó cariñoso y me dio cincuenta mil pesos diciéndome que me comprara algo que me gustara. Creo que no tenía ni idea de qué hacer.»

•

«En mi familia, nunca fue un tabú o se trató como un secreto la menstruación. Cuando le conté a mi mamá, lloró y se emocionó. Le contó a mi papá y él llegó a mi casa con chocolates y cucos nuevos para regalarme. Me felicitó y yo no entendía por qué.»

•

«Mi mamá se emocionó mucho y sus ojos se aguaron, pero intentó manejarlo con naturalidad. Yo vivía en México y mi papá, al enterarse, me envió un ramo gigante de flores desde Colombia. Yo no entendía qué tenía que ver y creo que él tampoco.»

16

No es del todo cierto decir que la menstruación es algo mágico en la vida de una mujer, porque puede ser, en nuestros cuerpos y en la construcción social que se hace de ella, dolorosa y sufrida. Crecemos esperándola o temiéndola y, en ambos casos, es angustiante. Crecemos creyendo que hay algo mal con nuestro cuerpo: se demoró mucho mi primera menstruación, me llegó demasiado pronto, me llega mucha, me llega poca. Y, así, con todo lo que tiene que ver con ella.

Desde pequeñas recibimos mensajes muy confusos. Nos dicen que es normal, pero muchas madres siguen enseñando a sus hijas a envolver la toalla higiénica en capas y capas de papel o plástico para que los hombres de la casa no vean que estamos «en nuestros días». Hombres y mujeres siguen sintiendo vergüenza en la caja de un supermercado cuando pagan las toallas higiénicas de su pareja, su hija o, en el caso de las mujeres, las suyas propias. Las niñas en los colegios siguen escondiendo la toalla higiénica o el tampón cuando van al baño. El mensaje que recibimos es que la menstruación es algo indeseable. Solo cuando hablamos con otras mujeres, entendemos que ese sentimiento de que algo está mal en nuestro cuerpo no es más que una idea aprendida de una sociedad patriarcal en la que todas crecimos.

17

En numerosos casos, después de la primera menstruación, la vida de nosotras, las mujeres, está acompañada de un diagnóstico. Un diagnóstico que implica exámenes, muchas veces violentos y traumáticos. Nuestra relación con menstruar se convierte en algo conflictivo porque está mediada por médicos, tratamientos y exámenes.

Ese diagnóstico es de ovario poliquístico, endometriosis o útero retro, entre otros muy comunes. De nuevo, crecemos pensando que somos las únicas o que algo está mal con nuestros cuerpos y esto se convierte en un capítulo doloroso y solitario de la relación con nuestro ciclo. Nos cuesta ver que la sangre que menstruamos tiene diferentes tonos y texturas y es como un río que fluye, a veces seco, a veces torrencial.

•

«Tenía acné y eso hizo evidente que tenía un problema hormonal. Ahí empezó mi trayectoria para darme cuenta de que tenía síndrome de ovario poliquístico. Fue un diagnóstico demorado. La ecografía de los ovarios fue

una experiencia muy violenta y eso me hizo sentir que había algo mal conmigo. Con el diagnóstico, tuve respuestas. Mi lucha y mi relación con la menstruación han estado marcadas por el hecho de que, si dejo de tomar las pastillas, mi cuerpo no funciona por sí mismo. Fue la médica endocrina la que me hizo dar cuenta de que yo no era rara y que, de hecho, muchas más mujeres sufren, igual que yo, de ovario poliquístico.»

•

«Al principio, me llegaba de manera confusa y sin regularidad. Después, empecé a ser más cíclica (linda palabra) y esto se debe a las pastillas anticonceptivas. Hay incontables historias de desafortunadas y desastrosas relaciones de las mujeres con sus métodos anticonceptivos. Ese no es mi caso.»

•

«Mi mamá sufrió de endometriosis. La endometriosis es una enfermedad tan femenina que, al escribir la palabra en un texto de computador, sale una rayita roja debajo de ella, como si no existiera en el léxico corriente. Está invisible, oculta, ignorada. Igual que muchas mujeres que la sufren; mi mamá sufrió también con la demora en el diagnóstico y la torpeza en los tratamientos. Y con el dolor. Sobre todo, con el dolor y la incertidumbre.»

•

«Cada mes, en la premenarquia, me desmayaba. Tenía muchos dolores. Con el tiempo, supe que yo tenía endometriosis, después de un proceso largo. Eso hizo que yo tuviera muchos cólicos, ovario poliquístico y útero retro. Es curioso, porque, entonces, era muy doloroso y ahora no lo es. Ha habido un tiempo largo de curación y ahora puedo esperar la menstruación y estar tranquila cuando llega.»

•

«Recuerdo que el médico utilizó el término *pubertad precoz* y mi mamá sonrió y le mencionó que a ella le había sucedido lo mismo. Recibí un tratamiento de cuatro años en los que tenían que ponerme inyecciones cada mes para impedir que mi cuerpo se desarrollara y permitir que yo creciera un poco más. Después de eso, mi cuerpo comenzó a cambiar mucho más rápido que el de mis compañeras de clase. Para ese momento, odiaba la menstruación con todas mis fuerzas. Con el tiempo, eso ha cambiado y recibo mi menstruación de manera diferente.»

18

•

«Mi hermana y yo somos muy cercanas. Ella siempre me ha cuidado. Es una relación casi maternal porque ella es mayor que yo. Siempre fue mi protectora. Me enseñó a jugar, a rezar y me enseñó a leer. Todos los domingos nos metíamos a la piscina durante mucho tiempo. Cuando ella tuvo su primera menstruación, hubo un cambio muy drástico en nuestro vínculo porque ella empezó a interesarse en otras cosas y yo, a pasar más tiempo sola. Por ejemplo, dejó de meterse a la piscina conmigo. Una vez, la escuché hablar con una amiga de ella. Le decía que ya no se podía meter tanto a la piscina y la amiga le respondió: «ah sí, ya sé por qué». Pero yo no entendía por qué. Después de un tiempo, le pregunté a mi mamá. Ella me explicó que se debía a un proceso muy lindo que les pasa a las mujeres cada 28 días. Yo estaba muy asombrada y, para mis adentros, pensaba que esto era una tragedia. La menstruación significaba para mí no poder meterse a la piscina, ergo, ser una persona amargada. Comencé a pensar que tenía el tiempo contado para meterme a la piscina, para jugar y hacer lo que quisiera, pues, luego, llegaría la menstruación y no iba a poder hacerlo más. Me costó mucho entender la menstruación y que no había sido ella la que me había separado de mi hermana. Con mi primera menstruación, en una etapa diferente de nuestras vidas, volvimos a ser unidas como en ese entonces.»

•

«Mi mamá y mi hermana mayor hablaban cada tanto de algo que yo no sabía. También, iban al lavadero juntas y yo no estaba invitada a ir con ellas. Cuando tuve mi primera menstruación, a los 12 años, me invitaron con ellas a comprar y cortar tela. Mi mamá hizo una docena de toallas nuevas para mí en la máquina de coser. Pero fue mi hermana quien intentó explicarme lo que significaba y cuánto le dolía a ella. Mi menstruación fue menos dolorosa. Nos llegaba al mismo tiempo y yo me convertí en su sombra y su confidente, porque los dolores, a ella, le daban terrible. Nada me unió más a mi hermana que esos momentos en que, cada una con su balde, lavábamos las toallas de tela usadas. Nada me unió más a ella que prepararle menjurjes para aliviar los dolores menstruales.»

19

Las mujeres migrantes sufren una doble exclusión: su salud menstrual y sus derechos reproductivos son, muchas veces, aplazados o incumplidos. Es difícil hablar de la menstruación y de productos de aseo en tu propio país y en tu propia lengua. Es mucho más difícil hacerlo en un país ajeno, con una lengua ajena. Más, cuando tu cultura o la cultura a la que llegas se caracteriza por un aún mayor encubrimiento de cualquier asunto relacionado con el ciclo menstrual o con la salud sexual y reproductiva.

•

«Cuando llegué a China, no encontraba tampones por ningún lado. Encontraba solo toallas higiénicas, que, además, eran enormes. Me sentí desorientada. Tuve que buscar tiendas internacionales para poder conseguir los tampones. En China el periodo está muy estigmatizado. Nunca he visto un anuncio publicitario sobre toallas higiénicas, ni en vallas, ni propagandas. Hay muchos anuncios de maquillaje o de cosméticos, pero nunca de toallas higiénicas. En los supermercados, las esconden en una parte específica y las mujeres no hablan de eso, ni siquiera cuando alguien más lo hace.»

•

«Cuando me vine a vivir a Washington, me dio la impresión de que la menstruación era más común en los temas de conversación que en Colombia, al menos, entre mujeres. Sin embargo, cuando cojo una caja de tampones o toallas en el supermercado, no puedo evitar tener un pensamiento fugaz: «me van a ver». Después, pienso que es algo normal, pero si lo fuera del todo para mí, no tendría siquiera ese pensamiento.»

•

«En Sudáfrica, el uso del tampón es mucho más común que el de la toalla higiénica. Cuando fui adolescente, nunca hablé de la menstruación con hombres. Después, cuando empecé a vivir en Colombia, me sentía desconcertada de lo poco común que es el tampón, de las diversas historias sobre mujeres que no son capaces de ponerse uno o que se sienten incómodas con él. Creo que en Colombia he hablado más de la menstruación con hombres que en Sudáfrica, aunque las conversaciones se limitan a comentarios sobre el dolor o la sensibilidad.»

•

«Vivía en México cuando tuve la primera menstruación. Las niñas de mi curso eran mucho más pequeñas que yo. Mi cuerpo era muy diferente al de ellas y, por esto, era objeto de burla de los niños. Recuerdo estar muy precavida al ir al baño para esconder las toallas. Y, si alguien se daba

cuenta, yo lo negaba. Cuando volví a Colombia, fue mucho más acogedor el ambiente. De mi colegio en México, traje muchos tabús en torno a la menstruación y a crecer, así que todo cambió cuando llegué a convivir en un colegio en el que las niñas pensaban su identidad a partir de eso. Podía decir que tenía cólicos, les pedía toallas a mis amigas y no ocultaba mi periodo a los hombres.»

20

Había pasado medio año... La sobrecarga hizo que dejáramos de ser mujeres... Se nos fue... Se nos trastornó el ciclo biológico... ¿Me explico? ¡Da mucho miedo! Da miedo pensar que nunca más volverás a ser una mujer...

Svetlana Alexiévich. *La guerra no tiene rostro de mujer*.

El 9 de abril de 1948 fue el día más terrible que pudimos haber vivido. Habitábamos con mi familia en un barrio en el centro de Bogotá. Yo tenía 16 años. Desde el instante en que mataron a Jorge Eliécer Gaitán, la ciudad entera quedó desconcertada: fue como encontrarse en un sueño y desear que acabara pronto. Con el pasar de las horas, aumentó el miedo en la ciudad y el país y la violencia ebulló con rapidez. Recuerdo con nitidez pocas cosas, pero no se me olvida que tenía dolores menstruales. Uno lee, ve películas y cuenta historias de estos hechos históricos y es como si, por eso, se cancelaran los dolores ordinarios. Pero no.

Después de algunas horas, nuestra casa, cercana a la Procuraduría, se convirtió en un epicentro no deliberado de fuego amigo y enemigo. Literalmente, fuego. Nuestra casa se incendió. Todas las personas salimos de allí asustadas, con poco abrigo y sin pertenencias. Lo único fue la máquina de coser de mi mamá, que mi hermano sacó al hombro entre empujones y ataques de la gente. En esa máquina quedó para siempre la cicatriz de un machetazo de alguien que intentó arrancarla de los brazos de mi hermano. Finalmente, llegamos al local de mi madrina, en donde pudimos resguardarnos y sentirnos a salvo, después del fuego, la gente en la calle, los muertos... Pero, como dije, vivir un hecho histórico y atroz como ese no atenúa las urgencias del cuerpo. Una vez fuera de peligro, tuve una descarga muy fuerte de menstruación que me manchó los pantalones y que me dejó débil y más asustada. No habían pasado tantos años desde mi primera menstruación, de manera que mi experiencia era relativamente reciente al respecto, pero supe al instante que esta descarga no era normal.

Años después, tras incansables exámenes y procedimientos médicos, encontraron que mi hipófisis se había atrofiado. La hipófisis es una glándula que queda en la cabeza y está relacionada con el sistema hormonal y su atrofia hizo que, en mi caso, la menstruación llegara leve, casi inexistente, después del 9 de abril. También hizo que tuviera una menopausia temprana: a los treinta años, dejé de menstruar por completo. Nunca pude tener hijos. El 9 de abril fue el día más terrible que, como mujer, pude haber vivido.

21

Agua de canela, agua de hinojo, agua de manzanilla, baños con agua de eucalipto, anís o aguardiente. Bolsas de agua caliente, aromaterapia con romero y menta, masajes con sábila.

•

«Lo que he aprendido de la astrología y del oráculo es que nuestra relación con los astros nos permite ver y entender nuestra experiencia con las personas y con nosotras mismas. Me he conectado así con mi parte femenina, que no es exclusiva de las mujeres y que se rige también por los elementos de la carta astral. Entiendo y honro los cambios en mi cuerpo. He aprendido de plantas curativas, de limpiezas de útero. Veo la menstruación como parte de un cambio, como parte de algo mucho más grande. Creo que cuando uno se conecta con su ciclo, los dolores son menos fuertes. Pero, también, sé los muchos matices que tiene 'conectarse con su ciclo' y creo que ninguna mujer debe juzgar la manera como lo hacen las demás. Creo que esa conexión está mediada muchas veces por el dolor, el secretismo, la medicina, los prejuicios de la sociedad, o la astrología misma, así que apoyo a todas las mujeres y las decisiones que toman –por distintas que sean– para conectarse con su ciclo.»

•

«La menstruación siempre ha estado acompañándome. Yo le digo 'luna', no menstruación, aunque sé que esa palabra contiene y abraza a la Luna. La sangre menstrual es muy importante, está conectada con nuestra limpieza, es vida, es una medicina muy poderosa. Siempre hemos tenido una buena relación y la extrañé en mis dos embarazos. En 2013, me cambió la vida: empecé a usar la copa menstrual y a recoger mi luna. Desde entonces, la siembro en plantas como abono. La luna de las mujeres es muy poderosa y fértil, no solo físicamente, sino, también, energética y espiritualmente. Cuando empecé a sembrarla, la vertía en las matas de mi casa, pero en

2016 comencé a hacerlo en un roble grande y crecieron roblecitos, a pesar de lo lento que crece ese árbol. Yo riego mi luna donde quiero que pasen cosas, que crezcan y se fortalezcan. Siento que es una forma de devolverle la energía a la tierra.

•

«Todos los meses aprendo nuevas cosas sobre mi luna y me entristece que pronto se me va a acabar.»

22

A lo largo de la historia, los productos de aseo femenino se han hecho con los materiales que han estado cerca. Lo que conocemos como toallas higiénicas o tampones tenían diversas formas y se hacían con varios materiales. Se cree que en Egipto fabricaban una especie de tampones con papiro; con lana, en el Imperio Romano; con papel, en Japón y con rollos de varias hierbas en algunos países de África. Las toallas de tela fueron, en la historia, una gran solución para las mujeres.

En 1917, en la Primera Guerra Mundial, se empezó a utilizar para los heridos una 'celulosa', en calidad de venda, que era mucho más absorbente que el algodón común. Kimberly-Clark fue quien inició la producción en serie de estos vendajes para la Cruz Roja. Las enfermeras las utilizaban para las heridas de los soldados y, luego, de allí surgió la primera toalla sanitaria desechable (al menos, conocida y perdurable) y se llamó Kotex, nombre que viene de las palabras algodón (*cotton*) y textura (*texture*) en inglés. Kimberly-Clark vio en ello una gran idea de mercado y eligió ese nombre como una especie de palabra clave que usarían las mujeres y que los hombres desconocerían. Este tuvo que ser uno de los mayores retos que ha tenido la publicidad: ¿cómo publicitar un producto sin mencionar o hacer explícito su uso y su objetivo?

Así es, las toallas higiénicas desechables para mujeres fueron casi un accidente: el objetivo inicial fue la guerra.

La misión por excelencia de la publicidad de las toallas higiénicas sigue siendo, hoy en día, la discreción. El resto del mundo –en especial los hombres– no debe saber que una mujer está menstruando. «Ultra invisible», «evitar líneas reveladoras», son ejemplos de lo que vende una toalla higiénica. Y, en vez de preocuparnos por eliminar el IVA de esos productos y hacerlos verdaderamente asequibles a las mujeres, desviamos la discusión a que menstruar debería ser «algo privado».

Muchos científicos han pasado su vida estudiando y demostrando que la mujer no puede pensar y menstruar a la vez, así que el secretismo que existía hasta hace muy poco tiempo alrededor de los productos de higiene femenina tiene un origen válido: si la gente sabe que estamos menstruando, sentirán, entonces, el derecho de decirnos que no podemos pensar y, menos, trabajar.

No solo podemos pensar y menstruar al mismo tiempo, sino que, además, podemos sentir. Sentir mucho más, sentir con mayor intensidad. Esta sociedad, adormilada y anestesiada por siglos y siglos de secretismo y exclusión, es incapaz de entender que sea algo positivo sentir con intensidad. Es incapaz de encontrar inteligencia en el sentir.

23

La copa menstrual, por su parte, es un objeto revolucionario, transformador. A pesar de los avances tecnológicos en el mundo, los productos de higiene menstrual no han sido nunca una prioridad. Casi es gracioso llamar «de última tecnología» a la copa, hecha de silicona y con un diseño más bien sencillo. Es impactante saber que a mediados del siglo XX una mujer llamada Leona Chalmers fue quien inventó el diseño que hoy conocemos, pero no tuvo éxito porque no contó con apoyo de ningún medio que contribuyera al uso de nuevos materiales. La 'tecnología' en productos de higiene es en realidad un diseño retomado de mitades del siglo XX.

La copa menstrual y las toallas de tela son revolucionarias porque nos acercan de una manera completamente diferente a la menstruación. Son una manera de recordarnos, en cada ciclo, que la lógica histórica de consumir y desechar no es nuestra: se nos impuso. Son una manera de acercarnos a nuestra sangre y a nuestro flujo sin sentir asco o repulsión. Porque debemos limpiarla, recogerla y sentirla: convivir con ella sin rechazarla. Es la manera en que nos separamos por siempre de la sensación de que hay algo mal con nosotras, separarnos de que la sangre menstrual es sucia, tóxica o indeseable.

No se trata de juzgar a las mujeres que no las utilizan. Se trata de saber que, si alguna vez logramos que nuestra salud menstrual se garantice, será de maneras sostenibles y asequibles para todas las mujeres.

24

'Los científicos' y 'los académicos' afirman que la sincronización en los ciclos de las mujeres es un mito. Las científicas han estudiado casos puntuales y diversos en los que esto sucede y sus hipótesis no se han confirmado. Se ha llamado sincronización y también «regulación social de la ovulación». Es bastante probable que se trate de una comunicación hormonal, pero, para todas las mujeres que la hemos vivido (y somos muchas, si no todas), es claro que se trata de un proceso socioafectivo. No solo sincronizamos nuestro ciclo con las mujeres con las que vivimos, aunque en algunos casos no es así, sino con mujeres cercanas con las que tenemos relaciones afectivas. Muchos científicos lo atribuyen a la casualidad, con lo que demeritan que a tantas mujeres alrededor del mundo les suceda. No conozco la primera mujer que diga que nunca ha vivido esa sincronización con amigas o hermanas.

> «Le llevo siete años a mi hermana menor. Cuando ella tuvo su primera menstruación, yo tuve un retraso que me hizo temer un embarazo y que se prolongó hasta el segundo periodo de mi hermana en que llegó con total naturalidad. Desde entonces, casi siempre estamos sincronizadas.»
>
> •
>
> «Mi menstruación siempre se sincroniza con la de mis amigas. No en el día exacto de la menstruación, pero, siempre, estamos en la misma etapa del ciclo. Una vez conocí a una chica y nos volvimos muy amigas en poco tiempo y nuestros ciclos se alinearon de manera evidente.»

25

Es 2020. El mundo entero está en confinamiento por la covid-19.

Mi primera menstruación en confinamiento fue extraña: más larga de lo normal, más dolorosa. Se hizo sentir con fuerza. Ya voy para mi cuarta fase menstrual en confinamiento y todas han sido extrañas y me han hecho sentir vulnerable. Esto me ha hecho pensar que mi ciclo no solo es poderoso, enérgico, vital, sino, también, frágil. El miedo, el estrés, la pérdida de seres queridos y los cambios de rutina afectan directamente mi ciclo porque afectan a profundidad mi relación conmigo misma. He escuchado, hablado y llegado a la conclusión de que, alrededor del mundo, los periodos menstruales se han visto alterados por el confinamiento y por sus consecuencias sociales, físicas, económicas y afectivas. Tengo sueños intensos, reales, terroríficos.

A las mujeres, como seres cíclicos, nos desconcierta mucho este tiempo detenido, angustioso y mortal. Sin embargo, tenemos la oportunidad de una doble introspección: la del confinamiento y la de la fase menstrual. Soy consciente de que estas no son las condiciones de muchas mujeres alrededor del mundo en este momento. Y esto me hace querer con mucha fuerza esa profunda introspección que, como ya dije, es el primer paso para desarticular en conjunto y en comunidad.

26

Cinco por ciento de impuestos pagamos por productos de aseo femenino en Colombia.

Seis años de nuestra vida menstruamos en total.

Veinte por ciento de las mujeres en edad fértil tienen síndrome de ovario poliquístico.

Treinta mililitros de sangre menstruamos por periodo.

Ochenta y ocho por ciento de las mujeres jóvenes del mundo no tienen acceso a productos para atender su menstruación.

Quinientos mil folículos producen nuestros ovarios a lo largo de su vida.

Trescientos treinta y cinco millones de niñas y adolescentes en el mundo no tienen acceso a baños con agua durante su periodo.

Ochocientos millones de mujeres menstrúan mientras escribo esto.

27

Sensibilidad. *Sensibilitas* o la cualidad de percibir estímulos por medio de los sentidos. «Sensible» es el calificativo que se usa por excelencia para ofender la mujer menstruante. De nuevo, una sociedad adormilada, incapaz de concebir belleza e inteligencia en el sentir.

Por culpa de ese insulto mal situado, crecí restándole importancia a mis sentimientos. Crecí con una lucha entre mi racionalidad y mi emocionalidad, en una pugna malsana que me hizo descartar o reprimir emociones de amor, de alegría o de miedo.

En mi cabeza tuvo lugar una duda existencial: si lo que pensaba, las conclusiones a las que llegaba, lo que sentía, lo que me dolía o lo que disfrutaba se debía a mi estado alterado de conciencia o a algo inherente de mi ser. Y digo *estado alterado de conciencia* porque lo mismo ha hecho la sociedad con muchas cosas: estigmatizar y culparnos por querer sentir y percibir el mundo de manera diferente, más sensible y humana. La misma sociedad que se escandaliza si alteramos nuestra conciencia con marihuana, pero celebra otros consumos como el de alcohol o cafeína.

La menstruación funciona, entonces, como una alteración en nuestra forma de ver y entender el mundo: como un puente entre el pensamiento y la realidad y como una forma de aprehender esta última. Como tocar con la punta de los dedos lo que no quieren que sintamos, transformemos y pensemos críticamente. Como la poesía, que se caracteriza por descentrar de tu cuerpo y tu mente una percepción que creías inasible. Como un gran poema que te hace sentir que por fin alguien logró usar palabras para algo que tú sentías y pensabas como un humo, acaso una sombra, que al hacerse palabra se materializa en algo cercano, humano, desgarrador o acogedor.

La sangre menstrual es la única que el cuerpo expulsa sin ningún acto de crueldad previa, sin heridas insanables, sin violencia y con la convulsión apenas necesaria para que el ciclo continúe. La violencia del lenguaje y el desprestigio hacia la mujer menstruante no es más que miedo: el miedo de sujetos con los sentidos adormecidos que temen a emociones muy reales e intensas, pero, sobre todo, que no están al servicio de la crueldad ya desatada en nuestra historia; emociones que nos permiten imaginar un mundo transformado, sentido y sensible hacia los demás y hacia el ser mismo.

28

Creo, firmemente, que una de nuestras esperanzas y oportunidades es un cambio en el lenguaje. En él empieza nuestra transformación, esa que soñamos cada luna. Necesitamos nuevas palabras para pensar y nombrar la realidad, nuestros cuerpos, nuestra menstruación, nuestros ciclos.

Es sorprendente cómo los hombres se han apropiado de nuestros cuerpos en el discurso, nombrando todo después de «descubrirlo». Lo cierto es que el cuerpo femenino es un misterio para los hombres porque no les ha importado y para

las mujeres, porque nos han dicho siempre que explorarlo está mal. El punto G, es G de Gräfenberg, un ginecólogo alemán. Las trompas de Falopio, por Gabriel Falopio, anatomista italiano. Saco de Douglas, por James Douglas, anatomista escocés. Glándulas de Montgomery, por el obstetra William Montgomery. Y la lista continúa. Si nuestra sociedad hubiese sido equitativa, estas partes anatómicas no llevarían el nombre de un hombre porque las mujeres habríamos explorado nuestros cuerpos, analizado y encontrado las funciones y posibilidades de nuestra anatomía. Y, seguramente, no llevarían nuestros nombres, porque habríamos pensado un nombre democrático e inclusivo. Es nuestro momento de pensar y nombrar nuestra realidad toda.

Si empezamos por llamar la menstruación algo 'típico' y no 'normal' estaremos centrando la atención en ella. Decir 'normal' implica que podemos descartarla, sacarla de la discusión. Si la llamamos 'típica', entendemos que es natural, pero nos obligamos a abordarla, a pensarla, a sentirla y a hablarla.

No más «ya se desarrolló». No más «le vino», «le bajó», «está malita». No más «la regla». Llamémosla menstruación, luna, inventemos nuevos nombres. No más «está en sus días». Todos son nuestros días. Inventemos, creemos, sintamos nuevas maneras, que nos incluyan, de llamar la menstruación y lo que la rodea; que sean nuestras y que no contengan la vergüenza, pues no es nuestra, es heredada. Rechacemos esa herencia opresora. Que las toallas higiénicas sean aviones de algodón y nuestra menstruación un río que fluye.

***

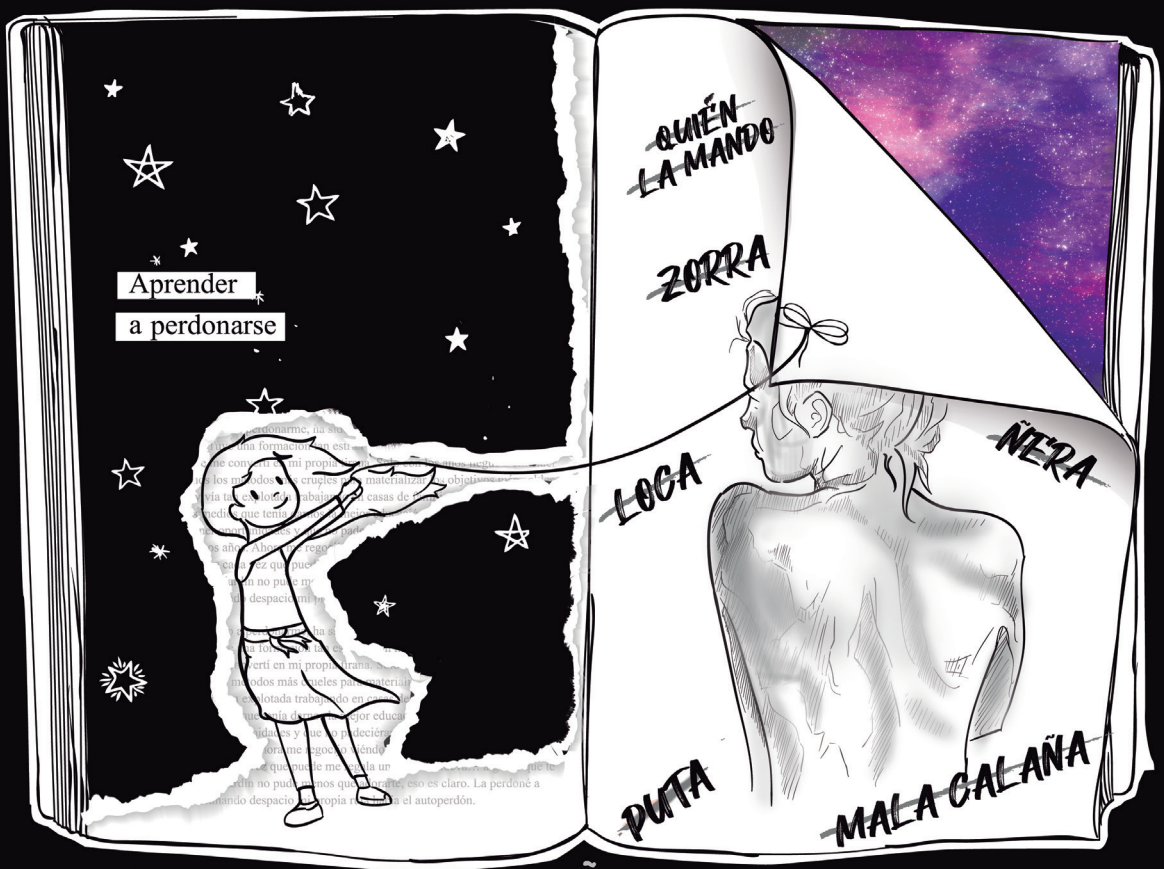
Por contarme sus historias y narrarme sus ciclos, agradezco a Catalina, Antonia, María Paz, Mónica, Isabela, Camila, María Camila, Valentina, Juliana, Graciela, Teri, Laura María, Catalina, Isabela, Rosana, María Alejandra, Laura Camila, María Mercedes y Ana.

GABRIELA GACHARNÁ ECHEVERRI

Nací y crecí en Bogotá, Colombia. Soy profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Soy docente y tutora de Español y literatura y de Español como Segunda Lengua. Me interesa la pedagogía y la investigación literaria, especialmente de la narrativa y teoría feminista y los estudios latinoamericanos. Desde la investigación me gusta explorar los espacios culturales que permiten estudiar y pensar corporalidades, oralidades y textualidades, como la cocina y los tejidos. Me apasiona jugar fútbol y tejer en crochet.

gabriela.gacharna@gmail.com

Movernos e inspirarnos hacia un mismo objetivo.



Estamos fluyendo como gotas en un río, en el mar.

–JENNY NATALI JULIO CANTOR–

UNA MUJER DE LA PEOR CALAÑA

Esta narración está inspirada en las mujeres que han pasado por mi vida, es el resultado de un ejercicio de reconocimiento que emprendí cuando me sentí vulnerada y agotada, lo que me llevó a revivir situaciones y recuerdos de historias propias y ajenas que reabrieron heridas mal sanadas, pero también permitieron que cuestionara muchas cosas con las que llevaba cargando por años, lo mismo que las vivencias de las otras mujeres que me rodean. La escritura de este texto a la luz del feminismo me permitió darme una oportunidad para llevar un proceso más comprensivo y amoroso conmigo misma y las demás, liberándome de culpas, y es el mensaje que busco compartir, ante la violencia machista: ternura y amor propio feminista.

Bogotá, 7 de noviembre 2020

Soy una mujer, una de esas que producen risas por ser gritona y loca. De esas que no guardan la compostura ni temen armar un escándalo en cualquier lugar, una atrevida que sabotea organizaciones, una «showsera». Aquella de la que sus propias amigas hablan mal porque es odiosa y egoísta, porque habla de dolores y vidas que no son las suyas, una traidora. Soy una de esas mujeres que no merece respeto porque se busca sus propios males, esa que no tiene derecho a llorar porque si lo hace es para manipular, y tampoco tiene derecho a ser fría porque ahí se demuestra su falta de sensibilidad y lo calculadora que es. Soy la mujer peligrosa que nadie debería escuchar, una traumada, la que viene de un hogar disfuncional, la típica iracunda que no tiene paz. Soy la que solo sirve como un pedazo de carne para procurarle placer a un macho y luego se deshecha, y cuando busca su placer es tildada de zorra y vulgar. Soy esa bruta y sin capital cultural, fea, demente, que se cree mucho, aunque su valía sea igual a cero, una que se hace acreedora de todo el odio y repulsión, esa a quien no se le puede creer porque es mentirosa, porque es la materialización de los peores defectos; una indeseable, una ñera, una boleta, una ladilla, una mujer de la peor calaña.

***

Hace poco menos de un año, ella estaba completamente bañada en sudor, lágrimas, mocos, débil por llevar varios días mal ingiriendo algunos pocos alimentos, deshidratada y con punzadas en la espalda por un problema renal que desde los tres años de edad le afectaba. Se repetía una y otra y otra vez estas palabras:

—¿Quién soy?

—Una persona despreciable —Se contestaba temblando y sollozando con vergüenza.

No existía duda de que, en efecto, su vida no tenía sentido; pero lo que más le martirizaba era no entender por qué a pesar de lo primero, su existencia se prolongaba incluso aunque ya estuviera agotada y adolorida de respirar, a pesar de no sentir fuerzas en ningún rincón del cuerpo oprimido por la presión en el pecho y la garganta que se acrecentaba mientras su materia disminuía. Solo podía concluir que tenía que cumplir una condena porque era culpable de llevar dentro de sí a ese monstruo.

—Tenemos que hablar. No es justo esto que está pasando, pero es más injusto cómo te estás viendo a ti misma.

***

—Todas las personas tenemos una misión mija, a mí me da mucha tristeza que usted diga que está cansada de vivir. Si es que usted tiene solo once añitos, eso no es normal porque usted es mi niña preciosa e inteligente. ¿Qué le pasa mijita? Por vida suyita, cuénteme.

—No sé abuelita, pero me duele todo, mi mamá no me quiere, me siento muy sola.

La abuela la miró con infinita tristeza y luego agachó la cabeza para quedarse mirando el piso. Estaba haciendo un inmenso esfuerzo por contenerse, era lo que siempre hacía para sostener las lágrimas antes que se le escaparan, es lo mismo que la niña y la adulta en la que se iba a convertir hacía para aguantar el llanto.

La abuela había entrado a la habitación que ocupaba cuando la iba a visitar los fines de semana y como la pequeña olvidó por prevención oprimir el botón de la chapa, ella le pilló el diario que escribía desde los ocho años en hojas de cuadernos viejos que cosía a una pasta improvisada de papel iris amarillo. Algo la llevó a pedir que se lo entregara y como la niña a ella no le podía negar nada, le estiro la manito flaca con el pequeño manojo de hojas rayadas y cuadriculadas que guardaba sus secretos. Al leerlo se le ensombreció su cara ya envejecida pero siempre sonriente y eso que no alcanzó a ver la primera página en la que describía cómo ese familiar había obligado a la niña a tocarlo cuando apenas tenía seis.

—Perdón abuelita, yo no la quería hacer sufrir, yo le prometo que en el colegio ya me mandaron al psicólogo y todo va a cambiar. No le voy a volver a poner cuidado a los niños del colegio que me molestan y voy a tenerle paciencia a mi mamá, yo sé que ella está trabajando todo el día para mantenernos a mis hermanos y a mí, y como no puede descansar por eso está tan brava siempre. Perdóneme, yo no quiero que se ponga triste.

—Está bien mijita, pero vamos a rezar un ángel de la guarda, ¿sí? Yo quiero que usted se acuerde que no estamos solas, y que cuando usted sienta que ya no puede más, puede rezarle al ángel de la guarda y siempre la va a iluminar, porque yo sé que un día usted va a ser una gran mujer, bonita, porque tiene esos ojos grandes, pero también tiene que comer porque está flaca como una mirla mijita. Bueno, a ver... Ángel de la guarda... Repita después de mí para que nos escuche clarito el angelito y la virgencita que yo siempre le pido que me la guarde...

***

No aguantaba más, el corazón le palpitaba tanto que sentía que su cuerpo al unísono brincaba, le sudaban las manos y sentía humedad en la espalda y la frente, no podía respirar bien. Tenía que hacer un gran esfuerzo inspirando lo más fuerte que podía porque la agobiaba una asfixia que la debilitaba y lo que tenía que demostrar era justo lo contrario. Estaba mareada pero ya no había vuelta a atrás, iba bajando las escaleras al menos a un ritmo parejo y a escasos cinco metros de donde se encontraban sentados juntos, él se paró afanoso y salió corriendo del auditorio. Eran claras sus sospechas, esos presentimientos que le agobiaban desde seis meses atrás sí tenían fundamento. Estaba a punto de desentrañar algo que iba a calarle hasta lo más profundo, pero ya no se podía echar atrás, tenía que ser valiente y descubrir el tamaño del engaño.

—Hola C... necesito hablar contigo, hay muchas cosas que no entiendo, llevo mucho tiempo queriendo aclarar esta situación y lo que acaba de suceder...

—No voy a hablar con usted hasta que sepa que él está lo suficientemente lejos de aquí —La miró de reojo mientras balanceaba repetitivamente la pierna que tenía cruzada.

—Como es usted, quién sabe qué le va a hacer.

—¿Qué? —La miró completamente desubicada— ¿Y yo qué se supone que le voy a hacer?

—Ya le dije que no pienso hablar con usted hasta que esté segura de que él está bien lejos.

Esperó por cerca de diez minutos entre enojada y confundida. No se la creía, mejor dicho, no entendía nada mientras la otra mujer permaneció sentada, claramente incómoda, pero tratando de mantener la apariencia de estar tranquila. Por fin se levantó y sin si quiera hablar empezó a caminar hacia la salida del lugar. La siguió en silencio por las escaleras, en medio de una muchachada delirante y animada por la magnitud del evento que reunía una generación de estudiantes provenientes de diferentes regiones del país. Estaba ahí hecha un caos de pensamientos y miedo. La mujer interpelada fue hermética hasta que, en un pastizal a varios metros del auditorio, se sentó bajo la sombra de un árbol y dijo:

—Ahora sí podemos hablar.

—C... no entiendo nada. ¿A qué se refería con que yo le iba a hacer algo a él? ¿Yo solo quiero saber si ustedes se gustan? Hemos discutido muchas veces y le dije que si era así termináramos, pero él lo niega todo y estoy sufriendo mucho. Necesito saber la verdad. ¿Ustedes en qué andan?

—Él y yo no nos gustamos, nosotros estamos saliendo —dijo con un claro gesto de fastidio.

—¿Qué? —No entendió lo que le dijo, o como no era lo que me esperaba, sin duda no pudo entenderlo.

—Espere, usted sabe que yo soy la novia y que llevamos más de un año juntos. La verdad no le entiendo, yo pensé que ustedes solo se gustaban, él siempre me dice que usted es su mejor amiga...

—Mire, él y yo estamos saliendo desde diciembre del año pasado, él solo está con usted porque lo amenaza, déjelo en paz.

—¿Qué yo qué? —De la perplejidad rápidamente transité hacía la indignación— ¿Y según usted cómo lo amenazo? Si le he dicho mil veces que terminemos y me dice que soy una loca, que le quiero terminar porque soy una «videosa», una celosa que se imagina que él tiene cuento con todo el mundo y que él solo me ama a mí, que usted es la amiga con la que hacen trabajos en grupo. Y ahora usted me está diciendo que llevan saliendo desde diciembre, ¿usted sabía que él seguía conmigo y no le importaba?

—Él me dijo que solo estaba con usted porque lo amenazaba con la familia. Que usted era una mujer peligrosa, yo sé que usted golpeó otra mujer en Cali por que él me contó...

—Espere un momento —La interrumpió secamente—. ¿Que yo qué putas? Si a la que golpearon en Cali fue a mí, no al revés. ¿Usted es que estuvo ahí y vio lo que pasó? Le aclaro que de eso que usted está diciendo hay muchos testigos, porque la mujer que me agredió lo hizo dentro de la Universidad y frente a varios profesores y estudiantes de la carrera; además lo hizo por celos porque su novio, mi exnovio, estaba en ese mismo espacio. Usted no me puede venir a decir que

yo soy una persona peligrosa o que amenazo a alguien. En cambio, yo sí le puedo decir algo, usted sabía que él estaba conmigo y le importó un comino, sabía que él estaba jugando con mis sentimientos y que me manipulaba. Según lo que usted me dice usted ha sido cómplice de ese man por meses mientras yo he estado sufriendo... Dios mío, usted estaba con él cuando yo quedé en embarazo. ¿Usted sabía que yo estaba embarazada de él? La respiración se le hacía cada vez más difícil —Usted sabía que yo estuve embarazada de él.

—Eh no, mire...

—Usted sabía que yo estaba embarazada, ¡usted sabe que yo aborté!

Se le escurrieron las lágrimas por más que trató de clavar sus ojos en el pasto. Esa mujer le hablaba, pero no sabía qué le decía porque, aunque afuera le daban excusas, dentro de ella hubo un silencio y solo podía sentir su corazón saltar con furia, pero ella, ella estaba vacía. Se rompió, ese día se volvió a destruir y se desbordó de repente el miedo y la vergüenza, su secreto, ese al que tanto terror le tenía porque cargaba una culpa inmensa, era todo menos un secreto. Tres meses antes de ese momento, durante un viaje con sus compañeros y compañeras estudiantes en el que estaban consolidando la organización gremial a la que tantos meses de trabajo llevaban dedicando; un mareo sutil, unas náuseas madrugadoras la alertaron y tan pronto volvió a su ciudad le contó a él con mucho nerviosismo. En pocos días estaban sentados esperado el resultado del examen de sangre.

Él estaba vestido con traje, su tío había fallecido súbitamente y tenía que salir de allí al funeral, funesto augurio, y ella llevaba tres días llorando desconsolada.

Durante los últimos meses peleaban constantemente, todo se prestaba para ser una razón. Sin embargo, las personas que tenían en común le escribían, le llamaban, le visitaban con el fin de hacerle conocer que siempre que lo veían en la Universidad estaba con C... que, si bien no los veían dándose besos, les parecía que allí había algo deshonesto con ella, que le dejara, que él no le convenía, que ella había cambiado mucho... y en efecto estaba cambiando. Se había alejado de sus amistades, ya no sostenía la mirada desafiante de siempre y no sacaba tiempo para nadie que no fuera él, después de llegar de trabajar y de salir de la Universidad se quedaba en casa esperando que él pasara a visitarla.

A veces le cocinaba o le compraba algo de comer que le gustara. Cuando por fin llegaba, comía con afán, era irritable y le hacía chistes que la ofendían, algunas

veces se lo enunció y él le decía: «Ya vamos a comenzar». Al tiempo prefirió ya no insistir, a veces discutían porque le preguntaba qué demonios pasaba entre él y C... pero le decía que estaba loca, que dejara de inventarse cuentos en su cabeza, que cómo ella sí se había metido con un man cuando apenas estaban saliendo y él no la atormentaba con eso, que con sus inventos estaba alejándolo. Y ella se quedaba asustada, claro que no quería ser la culpable de alejar al hombre que era el amor de su vida, entonces le besaba las manos y le pedía perdón y le decía que no lo iba a volver a hacer y él respondía: «Ay no, yo ya me estoy cansando de tu inestabilidad, siempre prometes lo mismo y nunca cumples nada, no sé qué hacer, a la mejor si deberíamos terminar». Y apenas le decía eso ella empezaba a pedir perdón desesperadamente, le decía que tenía razón, que estaba siendo injusta y no reconocía todo lo que hacía por ella y lo besaba, así que siempre terminaban yendo al cuarto a «reconciliarse», aunque no durara mucho, aunque ni lo disfrutara, a ella lo que le hacía sentir bien era ver que él estaba contento y eso era demostrarle su amor.

El efecto que tuvieron las palabras de C... en ella fue devastador. Se sentía como una imbécil, como una basura, como algo desechable, que no servía para nada.

—¿Quién soy yo? Una mierda, un pedazo de carne con una consciencia que no se merece, una mujer menos atractiva que la que tengo en frente mío admitiendo que sabía que jugaban conmigo pero que me lo merecía, una mucho menos inteligente claramente.

Estaba a punto de desmayarse, que escuchaba que le hablaban, pero ya no entendía nada, una mujer que estaba herida de muerte y a medida que avanzaban los recuerdos alcanzaba menos el oxígeno. De repente volvió a ese 10 de abril que nunca pudo olvidar.

***

—Señorita, ¿usted está segura de que quiere hacerlo? Mire como está, no para de llorar. Yo no la puedo intervenir así.

—Por favor, es una decisión tomada, fue muy difícil de tomar así que no me diga eso.

—Respóndame esto: ¿Por qué lo quiere hacer, aunque esté así de mal? Usted tiene que saber que estas son decisiones que no tienen vuelta de hoja.

Se secaba las lágrimas con la manga de la camisa que tenía y le respondió.

—Porque no quiero que alguien inocente sufra lo mismo que yo he sufrido desde que nací, no podría garantizarle un buen futuro y el papá se sentiría amarrado a mí como mi papá, que siempre dijo que mi mamá me había tenido para joderle la vida. Lo hago por amor, no puedo condenar a mi bebé a repetir mi historia.

***

Llevaba una semana en Alemania, estaba adaptándose al frío porque no había llevado un buen abrigo. Todas las personas con las que habló le dijeron que como llegaba en primavera no tenía sentido que llevara cosas muy abrigadas y ella se estaba cagando del frío a la salida del Instituto mientras fumaba un cigarrillo y hablaba con una decena de jóvenes provenientes de diferentes latitudes. La música estaba muy alta y todos reían al son de la cerveza fría.

—Ven a bailar, acá la gente no sabe bailar mucho, así que toca sacar casta, aunque en Colombia bailemos mal, acá somos dioses —Dijo su amigo, el pequeño Daniel.

Fueron cumbias, salsitas clásicas, hasta merengue sonó. Los colombianos se robaban el *show* y ella, la invitada, hacía parte de esa función de viernes. A eso de la media noche el salón debía ser desocupado y cerrado, los y las comensales se organizaban para salir a sus casas en Berlín para alistarse y luego continuar la fiesta en alguno de sus rimbombantes y famosos bares que nunca cerraban. Ella estaba como popularmente se dice «prendida», así que se demoró recogiendo sus cosas de la oficina donde habían quedado guardadas y cuando salió ya todos y todas se habían ido. Su colega, su amigo el pequeño Daniel, quien la había ayudado a viajar a Alemania a un evento académico, estaba esperándola; notablemente más alicorado que ella, pero muy alegre. Salieron del Instituto rumbo a la estación del tren que debían tomar para llegar a Berlín, pero este tren a esa hora ya solo pasaba una vez cada hora y estaban a tiempo de recorrer los 15 minutos de alameda que los separaban de dicha estación.

Por el camino iban riendo, haciendo un balance de su presentación en sociedad: había conocido varias mujeres increíbles y estaba feliz porque a pesar de que no confiaba en sí misma, había logrado mantener conversaciones extensas y profundas con algunas de ellas en inglés, era todo un avance. A pocos metros reconoció un chico colombiano de los que estaban en la pequeña celebración del Instituto, iba caminando a un supermercado 24 horas, así que se adelantó rápidamente para alcanzarlo y cruzar un par de palabras, le pareció un tipo de lo más

de parchado. Se saludaron, intercambiaron algunas palabras muy amables y se despidieron. Cuando retomó el camino de la alameda, su amigo estaba furioso, ella estaba tan feliz que no prestó atención de ese detalle y siguió caminando y fue cuando ese ser oscuro y violento hizo su aparición. En segundos, su amigo, el borrachito chistoso que iba felicitándola dos minutos antes por haber vencido su miedo a hablar en otro idioma estaba gritándola, la agarraba de las mangas y jalaba, le decía que se largara, que ella no se la iba a montar, que era una descarada, que no era nadie ni nada. En su *performance* se agarraba de los cabellos y luego abalanzaba su cuerpo hacia la dirección en la que ella estaba como si fuera a golpearla y luego se detenía a pocos centímetros para seguir gritándole ofensas. En otro escenario, por lo menos si hubiera pasado esto dentro de Colombia, le habría metido una cachetada a este tipo, pero estaba en una calle de un pueblo en un país dónde estaba absolutamente sola y su única compañía era un tipo que parecía estar buscando una excusa para agredirla. Se privó. En un segundo pensó en llamar a casa, pero evidentemente era imposible, su línea era colombiana y no tenía cómo conectarse a internet, no tenía ni cincuenta centavos de euro en el bolsillo y básicamente estaba en manos de ese grotesco ente que estaba a punto de explotar. Lloró, lloró mucho, se mantuvo en silencio temblando de miedo, no sabía qué hacer y solo pudo decir:

—Mi mamá, quiero estar con mi mamá—. A lo que él respondió:

—No sea ridícula, usted está en Alemania. ¿No se da cuenta? Qué infantil es, pero a mí no me va a manipular así llore, usted a mí no me la va a montar, puta. ¿Por qué es tan perra?

***

Decidió caminar lentamente hacia el tren porque si este tipo decidía agredirla estaría en desventaja, no tanto corporal, pero su pasaporte, sus cosas, su poco dinero, todo estaba en casa de quien tenía delante, además su carta de invitación a Alemania era de él. Estaba atrapada.

Llegaron a la estación. Había un muchacho sentado justo en la última fila de bancas al fondo dibujando algo en un cuaderno. Cuando lo vio, no dudó en caminar hasta poder sentarse a su lado, estaba aterrada y no sabía en qué momento «su amigo» podría llegar a hacer algo peor. Así que empezó a moverse lentamente porque sabía que su acompañante se iba a sentar y esperaría que ella hiciera lo

mismo a su lado obedientemente, pero en vez de eso, cuando el agresor se sentó, ella rápidamente dio varios pasos hacia donde estaba el otro muchacho. En eso escuchó un golpe seco en el piso y cuando se giró a mirar, vio al manipulador, su amigo, haciéndose el desmayado en el piso. La borrachera no le dejaba brillar en la que él seguramente consideraba la mejor de sus interpretaciones. Ahí, sabiendo que al menos había otra persona de testigo, regresó, tomó a este tipo de un brazo y lo levantó diciéndole que ya no iba a permitir que la siguiera agrediendo y que estaba a punto de colmar su paciencia, que ella me iba a sentar donde se le diera la gana y que al otro día se iba a devolver a Colombia como fuera. De repente la actitud de este agresor se transformó por completo, se calló, se sentó de brazos cruzados y aún con furia se quedó mirando las vías del tren.

Se sentó al lado del dibujante y él, sin quitar sus ojos de su cuaderno de dibujo le preguntó:

—How are you? Do you have problems with this guy?

—No, all is fine, thanks.

—Are you sure? You do not look like «all is fine».

Esa fue la primera agresión en Alemania.

Hubo una disculpa y acto de arrepentimiento que incluyó regalos y la petición desesperada que ella no se fuera porque eso generaría muchas especulaciones que dejaban mal parado al «amigo, ella accedió a disculparlo al ver tal nivel de arrepentimiento. Este evento fue sucedido de otras agresiones de nuevo bajo el alcohol, en público, a las que seguía de nuevo una sentida disculpa. Todo escaló hasta que una madrugada despertó y la asaltó la angustia al darse cuenta que «su amigo» la estaba tocando debajo de la ropa. No pudo reaccionar, entró en *shock* y solo pudo ponerse en pie exaltada, por su parte, él se rio y le dijo:

—Qué bonita espalda tienes.

***

A los pocos días la rabia acumulada y una botella de vino que se tomó le permitieron explotar y decirle lo miserable, mínimo e insignificante que era, que nunca, nunca, nunca sería capaz de meterse con él y que quería que lo tuviera claro. Él

se victimizó y ella comprendió que necesitaba preparar un plan de escape del abusador sin volver a chocar, no se podía arriesgar porque era claro que era capaz de cualquier cosa y ella allá estaba sola.

***

—Lo que más me duele es ver cómo te consumes a cada lágrima mientras ese bastardo está logrando lo que se propuso, tienes que hacerle frente, nadie te dijo que iba a ser fácil pero yo sé que tú tienes la fuerza para vencer esto, eres la mujer más fuerte que conozco, nunca has sido tan cobarde como para no decirle en la jeta a la gente lo que piensas y eres una muy buena persona que se preocupa más por los demás que por ti misma, no te dejes— le dijo desesperado. Ella estaba acurrucada en una esquina del cuarto, débil, pálida.

—Pero es que esta vez no tengo más fuerzas, es que no me creen, yo no estoy diciendo mentiras, ese tipo se aprovechó de que yo estaba durmiendo en su casa y un día que había tomado vino y yo estaba profunda me manoseó, por eso no puedo dormir, tengo pesadillas con eso, lo recuerdo burlándose de mí. Me estoy desquiciando, todo me da ganas de vomitar, no me puedo quitar la cochinada que siento en la piel. Tengo miedo de despertarme y darme cuenta que me violó y que esta horrible realidad en la que no llegó a tanto es falsa.

Le cayó un pensamiento nuevo y más doloroso aún: Estoy perdiendo el control otra vez, estoy deprimida y no le convengo a nadie, aléjate de mí que te voy a contaminar.

—¿Cómo me vas a salir con eso? Si yo a ti te veo y no puedo dejar de pensar que eres lo mejor para mí. ¿Te has dado cuenta de lo mucho que hemos crecido juntos estos años? ¿Por qué estás tan cerrada a ver en ti lo peor? Eso es justo lo que él quiere, desestabilizarte para poder usar eso en tu contra y le estás permitiendo que lo logre, su defensa es que tú estás loca, tiene que desprestigiarte para que no crean tu denuncia. Pero yo te creo, tu familia te cree, las personas que te amamos y te conocemos sabemos que no podrías llegar a inventar semejante cosa, yo recibía tus llamadas tan asustado siempre, que solo pude descansar cuando te vi en el aeropuerto y te abracé. Mi amor, tienes que sacar fuerzas, no es justo que estés así y sé que no es justo que te pidan demostrar que te abusaron y sé que no es justo que te digan que tienes la culpa por aceptar su ayuda, o por haber aceptado sus disculpas cada vez que te violentó. Nadie puede decirte lo que

debiste hacer porque hiciste lo necesario para poder llegar de nuevo aquí con nosotros de la mejor forma que pudiste.

Alzó la cabeza y se quedó mirándolo un par de segundos, se llevó las manos a la cara. —Es que... hay unos audios rodando... —Estalló de nuevo en llanto mientras movía las manos y las piernas sin poder controlarlas—. Son unos audios que ese abusador le sonsacó a mi ex novio, ese que me dijo que solo estaba conmigo por sexo y me lastimó mintiéndome, diciendo que soy una loca que amenaza personas, que mis amigas lo buscaron cuando llegó de su maestría en Brasil para decirle que yo era una boleta, que ya sabían que yo era de la peor calaña. En esos audios insinúa que yo reviento procesos y que dije que una gente pertenecía a un actor armado... Si siguen moviendo esos audios me pueden hacer matar porque me hacen ver como si fuera una tira, una infiltrada, y les ponen en peligro a ustedes, me va a tocar irme... Además, este tipo llamó a A... y le dijo que yo estaba traumada por haber abortado y que quería destruir a todos los hombres, que mi papá era un alcohólico y que por eso me quería desquitar. ¿Y si mi familia se entera que aborté? Me van a odiar, yo aún me odio por eso, me siento tan culpable.

Lloraba sin poder controlarse y seguía.

—A... grabó la llamada y se contactó con mi ex novio y le hizo caer en cuenta de lo que había hecho por ponerse a hablar mal de mí y mentir. Si no es por ella no tendría idea del peligro y la humillación que tengo encima. En los audios también se estaban burlando de mí porque soy una ñera. Me destruyeron, estoy agotada de defenderme de mis propios compañeros de trabajo, no puedo resistir una vez más que me digan que quién me mandó a ir, me duele mucho y a cada momento me duele más y yo no sé qué más hacer, yo no quería denunciar penalmente porque no quería perjudicar a nuestra organización y ahora ya no sé qué hacer porque me quieren obligar a conciliar con él, o que entregue pruebas de lo que hizo... Me quiero morir.

—¿Una persona como la que esos dos malparidos quieren hacer ver que tú eres, estaría como estás tú ahora? No. ¿Sabes qué es lo que más rabia me da? Que esos malditos fueron capaces de ponerse de acuerdo para joderte y que a las personas que te queremos, por más que tratamos, no nos escuchas, estás convencida de que eres el peor ser humano del mundo y que no mereces más que este sufrimiento. ¿Quién eres tú? ¿La loca «amenaza gente» o la aventurera que se ha recorrido medio país a mula o chiva o lo que sea, ganando cero pesos para darle todo lo que puedes a la gente? Estás cansada porque tú eres la que más

se flagela, te das durísimo, no puedo soportar ver cómo te castigas por cosas que no son tu culpa. No tienes fuerzas porque vives en una lucha contigo misma y no te tienes piedad, dejas que el peso del mundo te aplaste, pero esa no es tu responsabilidad. Si denuncias y esa organización se cae, como muchas otras, no va a ser tu culpa, si esas personas no son capaces de reconocer que tienen un abusador entre ellos, es su problema, tú ya hiciste lo que debías que era contar lo que pasó. Tienes que soltar... personas que te hacen sentir culpable porque alguien más te agredió no te ayudan, sufrir porque un abusador ventila tu vida íntima tergiversada y usando las cosas que conoce que te duelen es darle el poder. Basta, no puedes permitir que nadie aniquile lo mejor de ti.

•

En algún lugar del mundo transitando la nostalgia, 6 de noviembre de 2020.

Hace mucho no escribo acá, mi querido confidente, mi pequeño diario hecho de hojas de cuadernos. ¿Cuántos años has llevado en tus páginas mis secretos? Muchos ya han sido revelados por inescrupulosos y vulgares abusadores, y claro que me han infringido daño. ¿Cuántas veces he regresado a ti entre lágrimas envuelta? ¿Cuántas veces he corrido a tus páginas para recordarme que en mi interior hay una mujer con muchas cicatrices que van floreciendo para adornarme? Releo y lloro, pero ya no de sufrimiento, ahora el sentimiento ha cambiado, ahora es orgullo e indignación, el primero porque sé que he tenido la fuerza para reponerme de cada herida, aunque me haya costado, lo he logrado. Y la indignación, la indignación porque no puedo entender cómo es que existen tantas «personas de bien» expertas en depredar la inocencia de las niñas como aquella de seis años que fui, tantas personas que se jactan de lo sabias y saludables que son pero que se pueden aprovechar de los sentimientos más bonitos que nos despiertan, para lucrarse de nuestros cuerpos, de nuestra estabilidad mental simplemente para reafirmar su frágil ego y supremacía de machos.

En días como este, extraño mucho a la abuela para abrazarla y decirle que estoy luchando por mi felicidad, pero sé que una partecita de ella está aquí dentro de mi ser, es mi raíz, no dudo que ella misma sea mi ángel y que cuando la invoco se encuentra a mi lado, sonriendo porque sabe que me la guerreo como le prometí, que adoro vivir, que ya encontré mi misión, que voy aportar a transformar el mundo soñando con que los diarios de otras niñas estén llenos de páginas con fantasías y no con secretos dolorosos.

Ahora estoy aprendiendo a perdonarme, ha sido lo más difícil de todo, siempre he sido muy dura conmigo. Tuve una formación tan estricta con mi madre sin comprender el objetivo de ello, que me convertí en mi propia tirana. Solo con los años llegué a entender que a veces tenemos los métodos más crueles para materializar los objetivos más nobles y mi mamita que vivía tan explotada trabajando en casas de familias que la humillaban, trató por todos los medios que tenía darnos la mejor educación posible y exigirnos para que pudiéramos tener oportunidades y que no padeciéramos el maltrato y la exclusión que ella soportó por tantos años. Ahora me regocijo viéndola sonreír cuando comemos juntas, sé que me ama porque cada vez que puede me regala una matica nueva... Alguien que te empieza a construir un jardín no puede menos que adorarte, eso es claro. La perdoné a ella y ahora voy caminando despacio mi propia ruta hacia el auto perdón.

Creo en la transformación, creo que estamos fluyendo como la gota que se desprende del cielo para bañar la tierra y convertirse junto a otras gotas en un río, en el mar. Ahí está el poder, en nuestra capacidad de ser con las demás gotitas, en llegar a movernos e inspirarnos hacia un mismo objetivo y recorrer el mundo demostrando que otros rumbos sí son posibles, que podemos construir sin depredarnos, sin violentarnos, sin condescendencia con lo inadmisible, pero con suficiente ternura para compartir ideas de cambio.

Nada de esto que soy, de este momento tan significativo hubiera sucedido si no hubiera llegado a mi vida el feminismo, fue gracias a esas mujeres que se plantan con coraje en una sociedad que solo le garantiza derechos al que nace hombre, al que tiene el color de piel correcto, al que bien sabe explotar y acumular; fue en definitiva gracias a ellas que pude entender que no era mi culpa que me violentaran, que no estaba bien que me manipularan, que los engaños son agresiones, que no era mi responsabilidad cargar con todo.

Gracias a las luchas feministas hoy puedo pelear porque que nadie tiene derecho a tocar mi cuerpo sin mi consentimiento, me ayudó a sentirme orgullosa de provenir de una familia campesina, de haberme criado en el barrio con calles de tierra en el que crecí y de haber tomado las decisiones que tomé por mi propio bien y por cuidar a las personas a mi alrededor. Gracias al feminismo que me fortaleció. Mañana cumplo años de nuevo, y por fin creo que voy entendiéndome y sé quién soy, soy una mujer de la peor calaña y me siento plena.

JENNY JULIO CANTOR

Agrodescendiente, feminista, activista e historiadora. Desde niña soñaba ser escritora, pero nunca había tenido el valor para presentar un texto suyo hasta hoy. Trabaja como asistente técnica en proyectos para el desarrollo rural.

jennyjulioc@gmail.com



– KARINA RIVAS CARDONA –

BILIS NEGRA

Silencios epistemológicos en la palabra poética de la decolonialidad posmoderna

Los lugares de enunciación que habitamos las mujeres negras, disidentes, insurrectas madres deconstruidas, mujeristas y feministas, empobrecidas, domesticadas por el miedo discriminante y racista, empero poderosas y combativas, para levantar nuestras voces racializadas y ensombrecidas por la historia blanca, son fuentes de creación de formas «otras» del conocimiento que no ha tenido eco en la academia occidental, lugar donde se institucionaliza el saber y se deslinda de su eje ancestral creativo; lugar donde somos desombligades los seres étnicos; lugar eurocéntrico, en el cual nosotras, las pieles prietas, hemos sido borradas. Nosotras somos creadora de modos del pensamiento, corrientes de ideas que traen la oleada epistemológica y poética para sanar en acción y conservar nuestro legado intelectual, Bilis Negra, es nuestra reivindicación.

«Hemos sido educadas para respetar más al miedo que a nuestra necesidad de lenguaje y definición, pero si esperamos en silencio a que llegue la valentía, el peso del silencio nos ahogará. El hecho de que estemos aquí y de que yo esté diciendo estas palabras, ya es un intento por quebrar el silencio y tender un puente sobre nuestras diferencias, porque no son las diferencias las que nos inmovilizan, sino el silencio».

Audre Lorde
(Estados Unidos, 1934-1992)

La transformación del silencio en lenguaje y acción

La poesía Prieta y Malunga, digna, como herramienta emancipadora en el Ubuntu ancestral, ha permitido que las cuerpas afrodescendientes, negras y racializables, a lo largo de las construcciones de la historicidad blanca y amañada, salgamos a las calles [de la mente] a narrar con una hermosísima y violentadora retórica, los hilos de nuestros antepasados que se anudan y enredan en la constante de la miseria capital de la posmodernidad, alojado en la memoria como un código para la despigmentación. Bilis Negra: Silencios epistemológicos en la palabra poética de la decolonialidad posmoderna, se postula como una creación que denuncia, partir de la palabra y que narra la poesía en un encuentro con el logos de la razón que cobija el pensamiento, invitando a la disidencia desde la etnia y el género, como agenda interseccional en mora, para ser reivindicada a partir de la palabra tejedora y cantaora de realidades de mejor estar, de tiempos venideros de bienestar.

Desde la epistemología de Occidente se tejen las puntadas de la información a partir de la sistematización positivizada del mismo, atravesada por lo que ha sido nombrado objetivo por la heteronormatividad falocéntrica y patriarcal, con la colonialidad del saber, resumida en la excluyente consigna filosófica afamada por la burguesía eurocéntrica que reza en su tenor «pienso luego existo», cuyo determinismo atropella simbólicamente los conocimientos otros, como las lenguas fundacionales y la epísteme originaria del sur y de África, de quienes descendemos, es por ello que sentimos y luego entonces, existimos y resistimos. La occidentalización del saber ha determinado en el quehacer de nuestras generaciones negras ascendientes una diatriba para el ejercicio de la literatura, como objeto determinante en la construcción de conocimiento de la premodernidad y la posmodernidad en los pueblos originarios del Abya Yala, que son las Américas.

Esto anterior por supuesto representa un impacto directo que ralentiza la posibilidad de incidencia de la «mujer negra» como sujeta creadora de narrativas y contenidos literarios, generalmente con particularidades estructurales que emanan de condicionamientos que se interponen histórica y culturalmente entre la escritora negra, la institucionalidad pública y privada racista, las microagresiones y las formas de sexismo, misoginia, con los espacios de Academia convencional donde si se desea, se podría tener la posibilidad de crear y desde donde diariamente una enorme presencia de mujeres étnicas damos la lucha por ser referidas de espacios de reproducción de ideas blancas y colonas, hijas indignas del capital blanco-mestizo.

Lo que quiero decir con todo esto, es que existen circunstancias de peso, como retos a superar, que demarcan la imposibilidad para lograr una utópica equidad en el ejercicio no solo de escribir, sino de hacer conocimiento; para desde allí con una enorme desventaja, poder parir los hijos que son los libros como contenedores de nuestras vidas (anécdotas, experiencias, elucubraciones, injerencias, sueños, anunciaciones espirituales...) y para ello se necesita tanta valentía y determinación por parte nuestra como evolución de la mediocridad mental que representa el racismo en la sociedad.

Brevemente, reflexiono sobre el valor de formarnos políticamente, para adquirir una fortaleza que rompa de una vez el paradigma patriarcal en materia de gobernabilidad; permitiéndonos la posibilidad de generar nuevas formas democrático/políticas, innovaciones políticas puntualmente, globalidad política utilizada elocuentemente, desde el ser «cuerpo-otro», llamado mujer y en mi caso concreto, mujer negra (hago la aclaración porque el feminismo hegemónico no lo hace y termina revictimizando a un sector del ser mujer, que ambigua e hipócritamente trata de defender).

Desde la construcción de ciudadanía con enfoque de género, transversalizado en la interseccionalidad delimitada por lo racial, social, de clase y académico, las mujeres negras en los diferentes territorios hemos procurado maternar la política como una praxis legítima de auto representación, pero lejos de los escenarios institucionales o convencionales y esto tiene una relación bidireccional tratándose de las condiciones y consecuencias habitacionales, piénsese en el racismo estructural y todos sus limitantes. Finalmente se complejiza constatar los resultados que no pueden ser sistematizados, principalmente porque es un honesto ejercicio empírico e histórico de campo, desde la colonia y hasta el hoy; y segundo, genera a la par una impermeabilidad a las «mañas» del aparataje político institucionalizado y heteronormado, patriarcal, binario, ordinario —mandado a recoger hace mucho maldito rato— dado el rechazo rotundo a la corruptibilidad, finalmente prima la sensatez al comprender, que lo común es lo propio, y lo individual desangra las construcciones de la familia extensa, esto es la colectividad.

Es por ello que con la poesía cuento la historia que me habita y que tengo que reconstruir día a día.

¡MALUNGA!

Esas hojas del consumo
que demarcan el sin saber occidental
suman baldíamente
a la ecuación decolonial
por el sofisma de libertad.

A mi paso no hay estela de pétalos
que revistan impolutos la soledad,
más bien la mierda cae
cuando se ha intentado acercar, palabrear, sanar;
con esa posmoderna y blanca otredad.

No seré nunca
la representación sumisa
de tu doméstica empatía.
Con el ceño empuñado
he defendido la causa Prieta
día a día,
con seviciosa alevosía.

NEGRA TENÍAS QUE SER
RESENTIDA
JAJAJA
ESTUPIDA DEMAGOGIA

Eterna osadía
no seré nunca distraída,
atareada,
en la cotidianidad consumida.
Sin respirar, alerta, evitando distorsiones de la realidad,
para que no lleguen ellos,
con su amañada blanca historia
a contar.

Porque yo, siempre voy a gritar,
largo tiempo callé silenciosa

el dolor de mis heridas,
¡FUERTE!
he sabido mantener
la vida.

Siempre tan perspicaz;
siempre tan negra...
Absorta y ajena...
Siempre tan resentida.

¡DÉJENME ANDAR!

Los matices del daño son ecosistemas que se reproducen
en el lodazal de la cabeza
ya maltrecha.
Ya no compongo poemas, los vivo,
los respiro... Huelo a sus fonemas;
ya no se queda mi ser
—negra—
derrotado en la pena.

Ni persigo la cola insuficiente
e inalcanzable
de la mediocre humanidad,
voy dando saltos para alcanzar
ahora sí, la completa humanidad,
la traducción sublime de la ancestral deidad...

He corrido en círculos malditos, durante mundos
y tiempos paralelos, distintos.
He abierto yo misma el abismo,
obstinada,
volando en contra del viento.

Con las rodillas peladas,
heridas, heladas...
dosis de humildad.

¡Pues NO!
Me rehúso a rendirme,
rechazo de pleno la crítica
que no es edificante.
Ya con mis demonios tengo,
para cargar con los de más alguien, más nunca, más nadie.

Solo quiero ponerme al servicio
quiero ayudar.
Sanar mis heridas, poder curar...

Se quieren montar al barco
antes de la orilla alcanzar,
en palabras del gran Ciro:
«Cabrones - Ganosos por bogar»
pero no quieren remar,
cómo dicen mis mayoras,
bobos no voy a empujar.

¡Déjenme andar, les digo,
soy esta maldita negra
que ha sabido reclamar
su libertad
en la polis de todos los exilios!

Mientras ustedes, líderes de papel,
en su individualidad masculinizada,
disfrazada de colectividad,
cosechan para el amo
siglos perpetuos de oscuridad,
no de melanina.
De oscuridad.
¡Deshonra ancestral!

¡MI ALMA, NO CABE YA EN SU CASA!

La habitación es de mi madre, y yo...
yo ya no quepo en ella,
no quepo en su casa, me hacen falta ventanas,
no he podido izar las banderas
en el ocaso de todas mis albas.

¡Mi alma, no cabe ya en su casa!
Como no cabe mi cuerpa
en el sexo de sus machistas bolas,
como no cabe tu pene en mi cosa,
la cosa... ¡Sí, la cosa!
la cosa por donde sales,
la cosa de la cual naces,
para ya no tener espacio en la casa de tu madre,
en la concha de tu madre.
LA CASA ES DE TU MADRE.

La mae que soy.
¡QUE SOY YO!
Es mi razón, es mi decisión,
es de la ancestralidad materna intergeneracional y fundacional
la expresión, ¡HOY, SOY SU VOZ!
El canto de la primera mujer negra
que a toda la humanidad fecundó.

YO SOY
SOY LA INCÓMODA REIVINDICACIÒN,
que no solo con el género se conformó;
de la que nadie habla,
la que nadie en la historia, nombró....
¡Mi alma, no cabe ya en su casa!

Su cosmogonía limitada
en el saber premoderno,
con fijaciones y resabios
que su mente estrechan,

cada que lo intento el alma se estrella,
pedagogía para machos,
pedagogía para mestizos,
pedagogía para blancos.
Enseñanzas para pocos...

Con la más bella persona, mi interacción es maltrecha.
No quepo y me voy.
Me voy de la idea de hogar occidental, me llevo mis corotos
y mis trapos rotos,
me llevo mi libertad,
cierro las puertas, apago los focos,
¡NO REGRESO MÀS!

Me voy...
a sembrar mi semilla,
y quemarme las manos
con mi propio arroz.
A encender la leña
de mí trigésimo primer fogón.
A cantar a maullidos,
a la luz de la llena,
como la loba loca que soy; mi canción.
Al encuentro con el poder hacedor.
¡ME VOY!

Y regreso,
a saludar y a abrazar la tierra
que dio cenas a las raíces
de mis prietas piernas,
pero cojo curva y de nuevo me voy... porque mi alma, madre...
ya en tu casa... no cabe.

EXILIO

Un esclavista negro,
es peor que un negro doméstico.
Abrazan todo lo maravilloso del ser. Del arte.
¡El ego!... Y lo subvierten al mismo tiempo.
Son una especie de payasos,
sin gracia
(como estas letras)
sino una suerte de lástima.

Deconstruyendo mi colonialismo
en el paganismo
espiritualmente promiscuo,
a la orilla del camino,
sola me siento;
respiro, me río... Medito.
Cabello bien apretao. Chusco, enredao'.
De momentos he pensado que entre más prieta
es la textura y forma del cabello,
más se amarran las ideas que se crean,
para ser defendidas del mundo de afuera.

Los espacios de resistencia,
nos sacan de la casa del amo
emancipan el pensar colectivo afrodescendiente,
para transformar las luchas inmóviles, en resistencia activa.
Porque no somos iguales, hay que encontrarnos y hablar.
Si está en la diáspora (paisa), usted debe comprender e interpretar.

¡REMEDO DE POETA!

Me dijo, y después dijo amarme...

Empuñó su mano grande
de hombre negro «pensante»
y la estrelló contra mi ojo izquierdo

irrumpiendo en la sensibilidad
de mi nariz;
pausando mi respiración
acelerando del fracturado
y prieto corazón,
el latir...

...y después, dijo amarme.

Gritó que mi Dios no podría ayudarme,
¿Qué dónde estaba Él?
Que era patética y alienada por creer.
¡Tú Dios no existe!
Vociferó en la cocina,
y su voz tuvo eco hasta el patio trasero,
delante de mi espíritu,
que se vio salir
de mi cuerpo rastrero
extendiéndose en el recuerdo,
hasta el hoy; aquí en el pecho.

...y después, dijo amarme.

Alistó con la fuerza
de un odio sangrante, el pie derecho,
para depositarlo con grotesco asco,
en mi espalda desnuda, derribándome
y una vez en el suelo
repitió su accionar.

Una vez más,
dos veces más,
otra vez más...

Una patada con la suela de su zapato.
Y después, pidió perdón.

...y después, dijo amarme.

Su madre estaba en la habitación, llovían insultos en toda dirección;
y mi hija, ¡oh mi hija!
Tan pequeña, tan confundida,
en brazos de su tía.
Miraba compasiva a su heroína,
y ella me miraba con lástima,
en silencio ante intimidaciones
y amenazas,
con mil mares henchidos de miedo...

Rasgó la garganta:
¡aaaaggrrrr!
Y liberó un dejo de desprecio
que se estrelló en mi cara.
¡Duele más la escupa envenenada de quien en apariencia se ama,
que una violenta mano empuñada!

Me quedé impávida observando
cómo su madre
apelando a mi defensa,
en vano lo golpeaba.

...y después, ya lo sabes,
él solo dijo amarme.

¡Falacias de verano en el país de la lluvia perenne,
del sol imperante!

SUFICIENTE

Como si no tuviéramos suficiente
las mujeres negras con toda la carga
de clasismo, machismo y racismo
que la historia blanqueada
y colonialista ha depositado
sobre los cabellos ensortijados de nuestras cabezas,
sobre nuestras cuerpas

henchidas de voluptuosidad
que refuerza sus estereotipos
de mediocridad
de su ignorancia como columna articular,
con las malditas presunciones henchidas de exoticidad
de nuestro sudor, de nuestra fragancia
que nos impone un letrero en la cara
que grita con qué absurda constancia:
«Cogemos bien, sabemos follar, nacimos para pichar»;
como si no tuviéramos nosotras suficiente
con el peso histórico que nos subyuga
al lugar más precario...

También hemos aguantado con dolor y silencio
el maltrato del hombre negro,
el «hermano»,
la violencia agresiva y misógina
de nuestros compañeros, pares, iguales, hombres, negros.
Son los más despiadados sicarios.
Pero... ¡NO MÁS!
Ni un sólo día más
la historia verá mujeres negras sumisas en la fosa horrenda
de sus comportamientos atroces.

Trabajamos más duro,
siendo más hombres que los hombres.
Nos esforzamos tres veces más, estudiamos el doble,
criamos solas sus hijes,
soportamos sus prejuicios...
Nos ajustamos a sus moldes.
¡NO MÁS!

Por nuestras mayoras,
por nuestras ancestras,
POR NOSOTRAS, por nuestras hijas, por las que vendrán....

¡COLOMBIA ES UN RETO TOTAL, A LA SALUD MENTAL!

Durante años que traducen siglos de barbarie nos han oprimido. Se han encargado de aprisionar nuestras almas, borrando con el horror de la represión y la barbarie nuestra ancestralidad, desarraigando nuestro espíritu colectivo, el espíritu colombiano, el anhelo del futuro y las memorias de un pasado de genocidios selectivos, estructurales.

Somos descendientes de guerreros Mandinga, que luchaban cuerpo a cuerpo para el gozo de un amo colono, blanco, privilegiado, «libre», ridiculizando su ascendencia de realeza, su color, su sangre; mandingas esclavizados y domesticados.

Pero el pueblo está enojado hace mucho tiempo, estamos bravos despertando ante históricas provocaciones, gritando, con cacerolas, marchas, paros, movilizaciones y acciones, nuestra indignación.

OSADÍA INDISCRETA

El deseo no ha apuntado a coartar libertades,
Expresando sentimientos que traspasan el alma ante tantas dificultades.
He visto cómo la herida abierta sangra
y en la cosmogonía de esta casa
todo el amor se desgasta.

La sencillez goza de ausencia,
entre dolores y golpes esta fiesta,
y los bailarines con su osadía indiscreta,
siguen danzando al son de la orquesta.
No quiero más.
¿O sí?
Esta confusión,
este mal sentir,
todo este ardor.
Cuestiono todo lo que abraza al vivir,
sus canciones.
Dudo, lloro, abrigo olvido, y traigo al hoy todo lo que he sufrido.
y traigo al hoy todo lo que he recorrido

y traigo al hoy todo lo que he resistido
y traigo al hoy todo lo que he rebatido
y traigo al hoy todo lo que he contenido
y traigo al hoy todo lo que he permitido
y traigo al hoy todo lo que he subvertido.

INVISIBILIDAD

La invisibilización de los medios a la mujer y su familia víctima, indígenas, negras, campesinas, desplazades del conflicto armado, social, económico, político. El enarbolamiento de las «buenas conductas», los sentimientos bondadosos superpuestos y las tales obras de caridad del corazón del malandro burgués. Mientras la televisión como arma de silenciosa sumisión, calladamente vende un modelo de familia acaudalada en la amarilla escena colombiana, donde ser rico es sinónimo de ser bueno y como si no tuviéramos los empobrecidos con la brecha diferencial de clases, el racismo, el machismo impuestos por hegemonías masculinas mercantilizadas, como si no fuera poco... debemos lidiar con el hecho de que: «Ser empobrecido, es ser malo».

MANO EMPUÑADA

Esculco mi interior con ansiosa curiosidad,
como quien abre el baúl
de objetos perdidos
buscando con esperanza algo que desapareció en la inmediatez,
el contenedor de la paz.

Abro mi maleta y encuentro resentimiento,
que pesado sentimiento;
hallo también escombros
de una forzada deconstrucción de vida, de mi vida.
Hace un tiempo sucedió
y hoy recuerdo.

Recurro al cajón donde están archivados esos dolorosos momentos,
cierro los ojos y los veo llegar violentamente de nuevo.
¡Puuuum!
Un puñetazo es estrellado en mi cara desprevenida,
sin aviso,
anunciando una despedida;
la mano opresora de un compañero,
un pobre mutilado del sentido común,
un bendito hombre negro.

Aquel que en su frustración
por mi libertad,
invadió el espacio personal,
que a pulso de luchas pude crear,
dañándome a mí,
hiriendo al amor,
mientras su enfermiza celotipia
lo dominó y me golpeó.
No solo aporreó mi cuerpo,
maltrató los sentires
con este aberrante hecho
y de paso, el simbolismo traducido en aquello que guardo dentro;
esos tesoros, los constructos que edifiqué en solitarias caminatas reflexivas y conscientes,
desafiando la noche, el gueto y la muerte.

Como si fuera ahora,
perenne recuerdo,
ha llegado su mano empuñada
mirada perdida, henchidas de realidad,
para darme una fuerte lección
de auto-cuidado, de auto-protección,
de miedo y superación.

Y es que me invita a pensar, que entonces
¿quién nos cuida de quien nos debe cuidar?
¿Debe doler el cuerpo por un amor en libertad?
¿De dónde emanó su ira?

¿Fui yo? ¡NO!
A MÍ NADIE ME DAÑA
NADIE ME CUIDA.

No cabe respuesta ante la manifestación bárbara de violencia,
no hay meditación que cure el dolor
y responda con visos de objetividad aquel maldito acto de desamor.
No importa ahora esa pasada cuestión.
El convencimiento sobre permanecer,
ha sido el abrazo a ese Ser que habita mi cuerpo
y a quien por voluntad propia y natura, deseo ver nacer,
¡oh gran Oshún!

Finalmente no es posible retroceder,
empero las secuelas traducidas
en penosas cicatrices en mi piel,
tienen que recordarme
que para ser feliz
ME TENGO QUE DESPRENDER,
PARA PODERME DEFENDER,
siendo de la vida, la felicidad,
la principal consigna,
es mi responsabilidad
y la de mi descendencia igual.

Ya la ausencia de hogar,
de familia y de tierra
eran la primicia por esos días de odio, malvicio y guerra.
Solo faltaba enlutar el alma de quien halló en el feminismo
la mejor escuela; ahora la cuestión,
¿Será este un invento patriarcal?
¿Acaso ese privilegio permite crear nuestros espacios de encuentro y nos provee libertad?
Qué osadía,
¿dónde está la academia? Porque con los ojos hinchados no la veo.
¿Sirven los artículos, los vídeos y los textos?
¿Y el derecho?

Regresó,
volvió el agresor a terminar su tarea,
y miró a todos lados terminando
por bajar la cabeza,
limitando su mirada, reduciéndose
con vista a la acera,
no se espera más
de una cosmogonía tan estrecha.

EVOCO MI LIBERTAD

Sobrevienen arrepentimiento y temor por esa soledad,
pero ¿qué más da?
Ahora las pesadillas,
¿por qué tengo que aguantar?
¿Qué me hizo quedar?
¡Estúpida forma de amar!
Odio profundo a los estúpidos amores impuestos de la posmodernidad,
odio a mis mayoras que se dejaron dominar,
estúpido amor,
estúpido amante,
estúpida yo.

Sigo aquí, sin quererme quedar,
sin fuerza para luchar
y sin ser capaz de huir,
de escapar.

Mientras en sus ególatras mundos,
mis hermanas pasean sus triunfos,
¿Y la sororidad?
Otro invento patriarcal.
Cierro el cajón.
Regreso al hoy.

LEGADO

Mi cabello es tradición,
es el encuentro intergeneracional
como de una sola voz
su expresión.
Es movimiento insustancial,
y los versos de una negra canción,
es indoblegable, es color,
es música y es caminos
que conducen a un estado de gloriosa unión
de todas las diásporas
y en todos los destinos.

Poderoso es,
por eso con letras lo honro,
es transgresor además,
porque resistió
la mano esclavista
del opresor malicioso.

Al igual que mi cuerpa,
mi cabello es receptivo,
él no crece en gravedad,
si no fuera
de la convencionalidad.
Es auténtico, sin apelativos.

Su sello de autenticidad es un legado de la realeza africana ancestral,
que dio muestras de vida, rebeldía
pero también tantas y profundas heridas.

Hoy yo lo reivindico,
sin ponerlo liso,
lo defiendo en
espacios «serios»,
siempre llevando mis rizos
me muevo con él conforme mis ancestras hicieron,
como semillas de libertad

escondidas en trenzas
germinando con el viento.

No es un algodón,
no deseo que nadie lo compare,
tampoco es una esponja
o nada con lo que
la ignorancia grotesca lo asocia.
Es mi espacio personal,
por esto la curiosidad insana no lo puede tocar.

Es mi tesoro, mi regalo y
me permite identificarme
con mi hermana
y con mi hermano.

Pero mi pelo también es mujer,
por eso este sistema de hombres
aunque removerlo quisiera,
¡No lo puede hacer!
Con sus estereotipos blanqueados
que nos hacen
querer desrizarnos
hasta los propios hermanos empobrecidos, negros
y acomplejados.

Es mi pelo crespo rotundamente perfecto,
él levita, flota.
Tiene un estilo único
en la humanidad
de diversidad rota,
y exhala vida
dándome luz propia.

Hombre negro
Prieto
¡Yo soy!
No cabría en tus letras mi descripción,

¿con qué osadía te enrutas
en esa misión?
No le ha alcanzado al cielo,
en la inmensidad
que dista del suelo,
describir los pasos
que de mis pies generaron destierros.

Ha sido inútil
el esfuerzo del trueno,
cuando en el ocaso de la memoria
trajo su ruidoso estruendo
para en desidia despertar mi ensueño.
¿Quién has creído que pueda desatar
los nudos que trenzan las ideas
que dan origen a esta prieta y su pensar?
¡Tú no, no tú, negro!

En un ejercicio visceral
por forzadamente conectar,
mientras esbozas palabras que cantan sílabas sin alma,
amenazas mi libertad.
Porque ya te di
un ápice de mí,
del amor, del encuentro,
del desencuentro
y hasta del suicidio te escribí.

No ha logrado arder el sol
en la mañana
para tejer en mi piel
con puntadas su calor.
No podrían tus tintas
teñir mis curvas
con tu somera expresión.

Es mi ser a donde te llevan tus símbolos,
no lo olvides y
ASHÉ, HERMANO MÍO.

MADRE NEGRA

Hoy en mi cuerpo habita otra mujer,
ella fue nombrada Lía, Lía Oshún,
hay dos vaginas en mi ser,
que tan poderoso poseer,
los cimientos de sororidad
como expresión de amor por la otredad
antes de nacer.

Ella, es una mujer nueva,
una sin marcas, sin cicatrices,
sin casillas, una mujer sin despedidas
y sin saludos, sin lágrimas, con sonrisas, sin apuros.
Sin censuras que conducen a comillas,
sin programación limitante
del alma pura que es y significa.
Sin complejos, sin traumas ni miedos.

Para no decir más, ella, mi hija,
es un ser humano nuevo.
Y hoy con amor se las presento,
Lía Oshún R. Rivas
Fuerte y hermosa como sus madres,
Inteligente, proactiva, diligente, sensible,
rebelde y pensante.

Lía que es leona memorando
a mis maes fundacionales y mayoras.
Y Oshún, en honor a todas nuestras ancestras guerreras,
protectoras del agua, viento, sol de oros, vida y fuego.
Santa Orisha del panteón Yoruba africano.
Crisálida de mi vientre.

RACIALIZACIÓN

Reflexionaba en momentos ociosos en el tránsito del compartir con esta parte de mí, una familia mestiza, sí, completamente blanqueada. Entre dolores y placeres me ha ofrecido privilegios que incluso pocos «blancos» tienen, y concluía que, es una real desgracia que la hegemonía del poder blanco supremacista, haya calado con tanta fuerza en lo que yo nombro como psique esclavista humana, que incluso en el devenir convencional de la emocionalidad positiva como el amor, la manifestación del cariño, la expresión de la ternura, se ha normalizado la transgresión que genera la racialización.

Comentarios tan dolorosos, como desprevenidos, son enunciados en discursos de burla, desdén, ridiculización y demás categorías negativas, en un ataque sutil en contra mía o de mi hija, por parte de nuestros amados, sin un ápice minúsculo de pensar crítico o al menos HUMANO, para confluir entre actos y palabras que apelen al exterminio de toda praxis que rechace la otredad diversa, la otredad NEGRA.

¡Máxime si lo que se comparte va mas allá de la piel... La sangre!

DEL VIENTO Y OTRAS CADENAS

Por favor recuerda que libertad también eres,
vienes de lo profundo del océano, de los inmensos ríos,
de caudales furiosos, también de dulces lagos en calma,
del movimiento de las olas.
Vienes de la brisa tocando la mar,
tu origen se esconde en la tarde recostándose sobre el lomo de la inmensidad,
naciste con el sol besando el agua,
estarás presente aun cuando te vayas.
Llévame y quédate mientras fluye la vida,
eres agua, eres Dios-a, eres quien quieras ser.

Basar las acciones de la actividad materna
en las prácticas de las ascendencias féminas,
es un error que cultiva generaciones retrógradas.

Vivir la experiencia materno filial sin cuestionar los métodos de crianza, necesariamente sobreviene en la clonación de modelos fallidos, de seres similares a usted y a su madre y a sus abuelas... Y así, en una cadena de problemáticas emocionales heredadas inconscientemente y transmitidas voluntariamente, sin cuestionamiento; finalmente impiden la evolución consciente de la individualidad de la descendencia actual.

¡PERSIGNARSE!

Una espiritualidad religiosa,
que simula tras la inmanencia de los seres,
los temores que subyacen a la soledad sigilosa
o a la acción de elegir el estado de libertad,
que trae consigo la inmanente individualidad.

Esto es, esconder en la enaguas de un blanco dios,
el temor por la elección de la vida cuidar,
la responsabilidad por la integridad personal
que atrapó en un dogma riguroso a las mujeres
para hacerles creer bajo imposición del pecado, la familia y el bienestar,
que ¡ÉL VA A CAMBIAR!
está enfermo y mi dios lo sanará,
él va a cambiar... Mentira —falsedad.

Que ese dios también le ordenó a ella aguantar,
porque el compromiso es primero,
máxime con anillo en dedo,
y a su dios justiciero y castigador
le disgusta que la mujer cometa traición,
así sea para salvar su vida y la de las criaturas
persignándose y echando la bendición,
esas mismas criaturas que caminan entre las piernas de su bastión,
temerosos y temerosas de que papá golpee a mamá
y mamá arrodillada pidiendo asistencia al dios atravesado por clavos,
que no pudo bajar de donde fue crucificado
ni siquiera para salvar al ladrón de al lado,
prefiriendo prometer el paraíso,

antes que darle bienestar en el tiempo/universo....
Total, ¡usted está con él porque así dios lo quiso!

La religión es la letal combinación,
de todas las trampas opresoras del sistema patriarcal y falocéntrico,
heteronormado y dominante para coartar a seres sentipensantes,
ratificando y legitimando la herida histórica
que yace en nuestras féminas memorias fulgurantes.

QUERIDA GENTE NEGRA

La vergüenza no solo se justifica
en la complicidad,
eso sería revictimización,
beneplácito o subalternidad.
El rechazo interior que se origina
en la exogeneidad
o lo que es exteriorizado
frente a los temas que atañen
en todo aquello que nos representa desde la episteme como AFRO,
se configura también en la psique
de forma más compleja.
De eso que nombran
y no gratuitamente, como el cúmulo de nuestras construcciones,
yace en sombras.
Cuando al tenor de cada diálogo, charla, texto, asignatura, materia/clase/educación academicista, conversación, foro, curso, pregrado,
posgrado o diplomatura,
de manera casi genérica
el señalamiento de toda estructura
del conocimiento occidental pasa
por filtros eurocéntricos
que dan crédito al esclavista,
sin mencionar,
los textos originarios de nuestra matriz negra fundacional.

¡LA INSTITUCIONALIDAD,
A NUESTROS SABERES
NO HA DADO CRÉDITO JAMÁS!

Así como cuando se avalan con arengas las posiciones de enunciación
de los filósofos occidentales Kant,
Hegel y Platón,
como gran colonial pensador,
que más daño han hecho en el mundo
a la racial reivindicación,
por sus posturas absolutamente racistas, discriminantes,
excluyentes y supremacistas;
el superhombre es definitivamente
un mito a las blanquitudes
anti trotskistas, esclavistas, derechistas
y jodidamente capitalistas.

Se entiende de este saber prieto,
que el encuentro con teorías
de Angela Davis o de Fanon,
que hablar de la gran maestra
esclavizada y liberta Sojourner Truth
es un encuentro constantemente unilateral
con el conocimiento que se interpela en la otredad,
PORQUE NO SABEN NADA,
tienen la mente blanqueada,
que es peor que nublada,
no se les ha enseñado en la academia institucional.
Y a parte de poner en tela de juicio
con incredulidad
restando validez al argumento,
no ocupan su privilegio blanqueado/hegemónico
PARA INVESTIGAR
y poder entrar objetivos a nuestro epistemológico y revolucionario elemento;
entre muchas razones esto tiene cimiento
en los malogrados y permeados módulos del saber en Abya Yala,
como el proyecto colonial
del supuesto descubrimiento.

Implica un doble esfuerzo,
hablar de acciones reivindicativas
contra el racismo
y/o la discriminación,
sesga el discurso por los prejuicios exacerbados
que predeterminan
con el receptor la interacción,
da un sin fin de apelativos negativos
a esos temas y la carga de verdad
se revierte, así como la de culpabilidad y perdón.
Y no los señalo, ha de ser difícil entenderse y aceptarse racista
dueño histórico de esclavizados,
pero no justifico en la vergüenza y complicidad academicista.
Se está solx cuando se habla del negro pensar.

KARINA RIVAS CARDONA

Soy mamá de Oshún; amante de la poesía en todas sus dimensiones, declamadora y compositora de ella. Lectora en voz alta, defensora de derechos étnicos con enfoque de género diferencial y activista afrocentrada, sorora, creyente. AXÉ.

karinarivasjusticia@gmail.com



– LAILA CARVAJAL –

MI MADRE ME PARIÓ CON VULVA, LA AMAZONIA ME PARIÓ MUJER:

historia de mi transmutación a través del feminismo que nace de las vísceras

¿Por qué hablar de mí y no hablar de otras? ¿Por qué emociones, sentimientos, sensaciones y no datos fríos e inertes? Mucho tiempo de mi vida fui mujer odiándolo, creyendo firmemente que era una desventaja serlo, llorando cada vez que nacía una mujer en mi familia anunciando la desgracia de no romper nunca más el ciclo de la violencia de mis ancestras, buscando la apariencia masculina que me salvaría de aquello que no sabía que se llamaba acoso, pero me molestaba, huyendo del sexo masculino que solo alertaba mi intuición anunciando peligro, enfriando mis sentimientos, ocultado mis emociones, todo para no ser débil, todo para no ser mujer.

Mi pasado, mi nada

Nací con vulva, pero no nací mujer, al contrario, era una hembra tratando de ocultarlo, de anularlo, de dejarlo de ser. Años y etapas de mi vida en la lucha constante contra la naturaleza que me había asignado el azar cromosómico de la fecundidad humana, ganar la lotería de las perdedoras. Veintidós años de mi vida huyendo de mi destino histórico y de mi asignación biológica. En el proceso perdí mi identidad como persona, no era nada de lo que quería ser, solo miedos, inseguridades y complejos.

En busca de un mundo nuevo y un ser nuevo, decidí vivir en la Amazonia colombiana, cumpliendo el presagio que escribí en un cuaderno a mis diecisiete años, el cual encontré hace algunos meses y no recordaba, no fue una decisión tomada luego de mi graduación en la Universidad, fue una decisión ignorada desde mi adolescencia.

No fue a Leticia que fui a parar, fue en la puerta norte: en San José del Guaviare donde decidí gestarme para permitirme nacer nueva. Nunca planeé renacer mujer, los planes incluían la imagen de una Trabajadora Social inteligente y sabia, con criterio propio y defensora de la ética de su ser y de la dignidad de los humanos, ese era el perfil, nunca una mujer. Poco a poco esas fueron las características que fui tomando, en ese camino fui conociendo a otras mujeres y empecé a gestarme en ellas.

Encontrando madres, vientres, quimeras

Mis primeros vientres fueron mis familiares, mujeres que sabía que existían pero que no conocía, pues las conversaciones antes de este momento no eran más que protocolarios diálogos socialmente esperados. Las mujeres de mi linaje paterno, ese linaje desconocido para mí como mi propio padre, mi sagrado masculino invisible, era el mejor referente que conocía de los hombres. El vínculo sanguíneo con dos mujeres y el vínculo emocional con otra, familia de sangre y de lazos, mi primera hermandad, con ellas derrumbé parte del muro del rechazo a mi feminidad y fui descubriendo, en las historias de estas otras mujeres, partes de la mía.

Luego encontré otros vientres, mujeres con las que no compartía un vínculo filial pero que sin esfuerzo se convertían en mis compañeras de vida, ellas tratando de alzar la voz, yo con la pulsión vital de hacerlo, pero sin lograrlo aún. Veinticinco años vividos con miedo, timidez e inseguridad tatuados en mi cabeza, siempre tinta temporal que me engañaba mostrándose imborrable.

Como terremoto interno todo se empezó a mover, todo se fue desmoronando. En la selva no tiembla dicen, quizá la selva no, pero las personas sí; tiemblan, se llenan de grietas, se derrumban y forman un paisaje nuevo. Los vientos amazónicos nos dejan nacer, morir, limpiar, todo con un pequeño soplo de aire de verano o con una tormenta que se pavonea frente a nuestra mirada temerosa y asombrada. Los vientos de verano cambian el paisaje, unos días los árboles pesan con sus hojas coloreadas de polvo rojizo, el paisaje es árido, caluroso, otros días, de repente llueve y del sepia infinito resurge el color. Así renací yo, no renací sola, me parieron otras mujeres, mujeres que me gestaron varios días en un vientre distinto, paseando sus cuerpos, nadando en sus pensamientos. Renací, transmuté, pero ya no era solo yo, ahora soy yo y soy ellas. Ahora somos.

Nuestra manta de retazos, nuestro feminismo

Con el corazón abierto y la mente dispuesta, junto a mis vientres gestantes descubrí que era feminista sin saberlo, que nunca había escuchado esa palabra, pero era igual a ellas y a otras, a las que me agradan y a las que no. En una mesa de acero forjado con un centro de loza de cerámica, a la luz de primero aromáticas y después tintos, empezó a parirse al mismo tiempo que yo, una apuesta de feminismo en el Guaviare. Aquí es donde se acaba el «yo» y empieza el «nosotras».

Es muy egocéntrico de mi parte considerar que mis amigas y yo parimos y ahora criamos el feminismo en el Guaviare, es avaro considerarnos pioneras, pero ahora no me importa, no le temo a mi oscuridad ni a mi ego, tampoco a las de mis hermanas, aquellas compañeras en la búsqueda incansable de una vida mejor para nosotras y para otras.

Las brujas conjuran en manada, rodeadas de sentimientos viles y majestuosos al tiempo. Las historias dicen que los hechizos más potentes incluyen vísceras, nosotras sacábamos las nuestras en las conversaciones en tono alto para ser escuchadas, siempre buscando molestar a los misóginos a nuestro alrededor, que ni siquiera sabían que lo eran; para ellos éramos incómodas, resentidas, mal cogidas.

Nuestra primera quimérica creación sigue hoy viva, nuestra hija más fuerte y valiente, se llama *Sororidad al Aire*[1], un programa radial que se emite un día a la semana desde junio del año 2016 hasta hoy. Nuestra creatura crece desenfrenada, atractiva y desafiante, a veces agotadora por su fuerza descomunal, tan parecida a la descripción de una mujer empoderada.

Unas vinieron y se quedaron, otras pasaron y se fueron, todos mis vientres, todas mis madres. Ser feministas fue una amenaza para los compañeros de algunas y nos las arrebataron completamente, de otras nos dejaron los pedazos para tejer y remendar y de vez en cuando por otros vínculos irrompibles, esos hombres tiran los hilos que a veces quedan sin rematar y las descosen un poco; lo único que ellos nos saben es que eso solo nos da ventaja, porque podemos empezar de nuevo a remendarlas, tampoco saben que cada vez que las remendamos les ponemos un poco de nuestros hilos y un día estarán más unidas a nosotras que a ellos.

1. Programa radial transmitido en la emisora comunitaria Juventud Estéreo 104.7 FM en San José del Guaviare, los sábados de 9:00 a 10:00 de la mañana. Estos programas también reposan en un canal de la plataforma Ivoox con el nombre de *Sororidad al Aire* https://co.ivoox.com/es/podcast-sororidad-al-aire_sq_f1366041_1.html También son reseñados en nuestra página de Facebook https://www.facebook.com/sororidadalaire/

Poco a poco fuimos creciendo, en cantidad y en ambición y otra quimera creamos, con un nombre igual de poético, ¿qué podemos hacer? Somos toscas en el habla, en la forma de vestir, de caminar, hablar y hasta de comer, pero para nuestras hijas se nos desborda la poesía que solo el amor real nos estimula. Salen majestuosas de nuestra olla de brujas unas manos, unas manos de mujeres encargadas de una sola cosa, la misión de crear y mantener «Tejidos Sororos para una selva violeta: Memoria y Acción Pública feminista en la Amazonia colombiana»[2]. Esta creación nos hace crecer invencibles algunas veces, otras, nos exprime todas las energías y las ganas de seguir, pero como buena hija, nos ancla y no recuerda para qué estamos allí, nos devuelve la idea de que no nos juntamos por azar, que existimos juntas por que así debió ser, porque nuestra lucha es necesaria, porque la tierra tenía que temblar y fuimos sus instrumentos. Las primeras que nos estremecemos, confrontamos y renacemos somos nosotras, la responsabilidad hace relucir nuestra oscuridad y nos asusta, nos angustia, nos molesta, pero al final siempre es más fuerte el deseo de seguir construyendo.

Esta selva violeta nos ha mostrado infinidad de realidades: la corrupción, la impunidad, los estragos del patriarcado, más historias de las que nos imaginamos en torno a violencias machistas, también redescubrimos las propias y cada vez que conocemos otras mujeres encontramos en cada una de ellas muchas más historias de estas, las suyas y las de sus ancestras, las de sus vecinas, amigas o solo conocidas, cada mujer carga con ella o conoce muchas historias de dolor, sometimiento, sacrificio e incluso muerte.

Estos años aprendimos a llorar las muertes de mujeres que no conocíamos, a defender a las eternamente discriminadas por ser trans, trabajadoras sexuales, descendientes de los pueblos originarios, campesinas o todo junto. Años que nos han llevado a conocer mujeres que ahora desconocemos, jóvenes de las que ya no sabemos, niñas que nos extrañan y nos piden que volvamos a acompañar sus soledades en el internado, mujeres de los pueblos originarios que nos saludan siempre con sinceras sonrisas y muchas otras.

El tiempo nos ha llevado a discutir, a amarnos, odiarnos y volvernos amar; hemos tenido picos altos y picos bajos como el latir de nuestras visceras, lágrimas de felicidad, de furia y risas revitalizantes. El feminismo que hemos construido en la puerta de la selva amazónica nos carga de sentimientos encontrados, preguntándonos si

2. Desde el año 2017 realizamos una serie de acciones públicas en el Guaviare, financiadas por el Fondo Lunaria Mujer, que incluyen una escuela de teatro y radio feminista, una memoria Nükâk sobre el legado histórico de sus ancestras, sondeos de investigación sobre violencia sexual en mujeres jóvenes, violencia obstétrica y precarización laboral en mujeres adultas, realización del informe sobre violencias sexuales hacia las mujeres Nükâk en el marco del conflicto armado para la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, relatos sobre mujeres que construyen territorios, entre otras. https://fondolunaria.org/lunarias-2019/

vale la pena, si tenemos fuerzas para continuar ante tantas injusticias y violencias, si está bien llenarnos de responsabilidades que no son nuestras para contener a otras, también nos invita a tirar la toalla, varias lo hemos hecho, volamos un tiempo para recobrar fuerzas y volver reinventadas, nuevas, pero siempre volver.

Feministas en transmutación

Nuestra historia continúa, pero ahora diferente. La verdad no sé si mis compañeras lo ven igual, pero ese diciembre de 2018 cambiaría nuestro rumbo, el principio de nuestro ahora se empezó a cocinar en el «Primer Tribunal a la Justicia Patriarcal en Colombia»[3] donde acompañamos a una mujer joven de belleza nativa, a la que capturamos con una cámara y nos dejó ver los espíritus que habitan con ella este plano, esa fue la primera vez en que públicamente sus voces mencionaron las violencias sexuales que han soportado sus cuerpos-territorios.

Dos años después, la magia ritual de aquel 8 de marzo del 2020 lo transformó todo, o por lo menos así lo percibo ahora. Nos encontrábamos rodeadas de las mujeres Nükâk contándole su verdad al mundo, contando aquel secreto a gritos que viven desde que fueron contactadas, poniendo en palabras tanto abuso sobre sus cuerpos y sexos y de repente luego de haber llorado juntas surgen las palabras mágicas de aquella mujer Nükâk que nombrándonos dijo: *ellas son nuestras hermanas*. Desde ese momento no volví a ser la misma, nunca antes la palabra hermandad había tenido un significado real, desde ese momento ya no puedo hablar de mí, desde ese momento somos nosotras.

3. El 10 de diciembre de 2018, se realizó en el auditorio Luis Guillermo Vélez del Congreso de la República, ubicado en Bogotá, el Primer Tribunal a la Justicia Patriarcal en Colombia. El evento contó con la participación de distintas organizaciones feministas y LBTI del país que buscaban contar sus experiencias de violencias machistas en distintos ámbitos como el laboral, universitario y jurídico en un ejercicio de visibilización y construcción de una justicia anti patriarcal. https://altervoxmedia.com/2018/12/18/primer-tribunal-por-una-justicia-feminista-en-colombia/

LAILA ALEJANDRA CARVAJAL PALACIOS

Soy mujer en transmutación buscando la armonía con su propio ser y los demás seres, soy mujer que construye hacia adentro para sanarse, soy mujer que de medicina usa la escritura que nace de sus vísceras y así pare cada paso que forma su caminar.

laila.carvajal92@gmail.com

Entre mis piernas



– LUCELIS MARTINEZ MINOTA –

ENTRE MIS PIERNAS

El arte de amarse a uno mismo

Entre mis piernas

¿Cómo puedo definirme de manera concreta? Si soy un ser ilimitado, con tanto amor para darme a mí misma. Me ronda la idea si puedo calmar este fuego que arde dentro de mí con tanto aire a mi alrededor que me sofoca y aviva más las ganas de quemar las heridas que me que agobian, esas sensaciones de dolor, tristeza, esas ganas de gritar que estoy viva con tantos matices que me definen como lo que soy: una mujer apasionada con ganas de ser y de creer en mi verdad.

Soy una terapeuta que por medio del masaje pude encontrar mi propósito, utilizando técnicas rítmicas, caricias suaves que mejoran la circulación de la energía, contribuyendo a recuperar la movilidad y a reducir las dolencias del cuerpo y las emociones. El masaje tienen un carácter curativo ayudando a otros a liberarse de ese dolor que a veces no alcanzamos a comprender por qué está ahí. Me sosiega la idea de que puedo ayudar a otros.

Para sanarme a mí misma tuve que dejar de creer que yo era siempre la víctima y los demás los victimarios. La situación se tornaba difícil, hasta que un día con lágrimas acariciando mi rostro decidí hacerme cargo de mis emociones, darme a la tarea de sentir placer, ese placer insaciable, desbordante de imaginación que se generaba al visualizar momentos íntimos que en la realidad parecían imposibles.

A mis ventiún años inicié mi vida sexual (muy tarde en comparación con la generación actual), me entregué a un hombre que se suponía que era el amor de mi vida pero al decir verdad su forma de amarme era muy cuestionable.

Hoy entiendo cuál fue la intervención de los actores en mi vida, ¡eran mis espejos! Que me decían: *hazte cargo*. Pero yo era tan sutilmente despiadado conmigo que me abalanzaba en los brazos de cada relación que se cruzaba en mi camino de alguna u otra manera buscando a mi padre, con la necesidad de sanar la mala relación que tenía con él en aquel tiempo.

La vida nos sorprende milagrosamente cuando decidimos tomar el control de nuestras vidas. Cuesta aceptar que gran parte de las situaciones que nos suceden es porque no se resuelven las heridas del pasado y vamos repitiendo ciclos, damos vueltas, nos laceramos y es tan duro el golpe que cuando reaccionamos a veces es demasiado tarde. Y ahí estaba yo tratando de encontrarle sentido a mi vida, buscaba en ellos ese padre amoroso, comprensivo, pues por circunstancias de la vida él y yo nos perdimos en el tiempo.

Mi padre con sus líos personales, emocionales y el miedo de que su única hija cometiera errores que lo avergonzaran y dañaran su buen nombre no alcanzaba a dimensionar la carencia del afecto paternal que yo necesitaba. Estaba llena de resentimientos, de dolor, me sentía culpable de que mi madre no estuviera conmigo; culpable de ser la mayor de mis hermanos y tener responsabilidades que en el fondo no eran mías. ¡Por ser la hija mayor se me atribuían muchos privilegios: mi deber era hacerme cargo de todas las labores domésticas! Esa serie de eventos y situaciones me llenaron de ira y mucho resentimiento, solo encontraba calma y refugio en los actores de mi vida.

De alguna manera me sentía tan incomprendida porque mis padres constantemente decían que yo era un problema y no se daban cuenta ni escuchaban mi grito de desesperación. Mi segunda madre me adopta en su vida después de haber tenido una pérdida que me carcomía: el hecho de no estar con mi madre biológica. Ella hacía lo máximo que podía, me peinaba, me hacía la ropa con todo el amor... pero algo pasaba en mí que no me dejaba llegar a ella, hoy le agradezco a la vida por cruzarla en mi camino, tenemos muchas cosas en común solo que ella no pudo revelar sus deseos como mujer, pienso que ella ha perdido ese derecho y que la sociedad la juzgaría si lo hace.

En medio de mi rebeldía y mis ganas de huir y encontrar mi verdad, permití cosas muy humillantes para mí, cada situación que pasaba a mi alrededor era una agresión a mi ser. Pero siento que tenía que ser así para poder despertar con golpes y tropiezos. Después de la experiencia de mi primera relación hubo momentos buenos y duraderos, pero me generaba insatisfacción, sentía que algo faltaba.

Con la llegada del padre de mi hijo todo sucedió muy rápido, fue un noviazgo de muchas necesidades y expectativas. Cuando él llegó a mi vida lo vi como el salvador de mis problemas. Para entonces mi padre y yo no teníamos buena relación, me fui de casa, mi rebeldía y la ira que sentía por dentro estaban destruyendo a mi familia, me sentía cansada.

En mi casa yo era la oveja negra malgeniada, el hecho es que me fui donde mi madre buscando eso que me faltaba pero allá sí que fue peor la situación. Mi madre era muy seca conmigo y me imaginaba que iba a encontrar las respuestas a todos mis interrogantes, pero no fue así.

De alguna u otra manera me sentí más aliviada, pues allá no tenía la presión que ejercía mi padre sobre mí, eso era lo que pensaba, al menos trataba de llevármela bien con mis hermanos maternos, pero en ocasiones se reflejaban situaciones de celos de parte de ellos; eso dificultaba nuestra relación, pero me sentía más tranquila. En esa época éramos novios con quien hoy es mi ex esposo, hicimos muchas locuras, nos tocaba vernos a escondidas, las razones que me daba mi novio después se las contaré. Nos íbamos de viaje, salíamos a bailar, etc.

Cuando iniciamos una relación no mostramos nuestra verdadera cara, por el contrario arropamos los verdaderos vacíos de nuestra alma, creemos que la química y la física que sentimos en ese momento quedará por siempre. Es tan triste tener que depender de las emociones externas y estar buscando desesperadamente a alguien que nos salve de los miedos que no queremos afrontar. Entonces ahí estaba yo en aquella situación donde creía tener el control, confirmando el por qué estábamos juntos. Por primera vez sentí algo diferente en mi cuerpo, después de una actividad bastante agitada y placentera, corría dentro de mí un sofocante liquido. Me preguntaba qué era eso que sentía y creo que para él era algo nuevo también porque una respuesta certera no la tenía, solo me decía que le gustaba verme así y en mi desesperado miedo mi pensamiento decía: «Bueno ya me lo gané, si eso es lo que le gusta seguiremos haciéndolo».

Para mí era muy satisfactorio saber que lo complacía porque estaba enamorada, pero después de que nos dejábamos de ver no podía salirme de su radar, me llamaba a cada segundo... preguntando dónde estaba, qué hacía, miles de explicaciones tenía que darle para que la situación no se saliera de control, porque si lo hacía eran unos cuestionamientos y celos sin razón alguna. Hoy pienso que eran tan solo miedos porque él hacía lo mismo y se reflejaba en mí, pienso que nuestra relación fue basada en los miedos de ambos.

Quedé embarazada y tuve que salir de mi pueblo porque él tenía otra relación y la seguridad de mi hijo corría peligro. Una novia de mi ex esposo que tuvo antes de mí se dio cuenta y por celos le dijo a la pareja con la que él vivía que tenía otra novia en otro barrio, esto quiere decir que yo era la tercera amante que tenía, ¿pueden creerlo? Pero ante los ojos de la sociedad él es un duro y no está mal hacerlo. Ese día me dio por ir a visitar a mi padre, pero me cuentan las personas que vivieron la situación, que la mujer se quedó todo el día esperándome y se quedó al frente de la casa de mi madre esperando mi llegada, entonces me dije: «No puedo quedarme, esta mujer no se va a quedar tan tranquila sabiendo de la existencia del bebé». La otra opción era que desistiera de mi bebé, eso fue lo último que me dijo él y siento hoy que fue una salida desesperada al verse acorralado por miedo a enfrentar su situación.

La decisión ya estaba tomada, me fui a la ciudad de Medellín, pero nuestra relación ya tambaleaba desde antes, solo que con la llegada de mi embarazo prolongó la situación. Pude lograr terminar mi carrera universitaria como Ingeniera gracias a él que con su apoyo económico ayudó a que mi proyecto de superación se hiciera realidad.

Cada vez se enamoraba más de mí o eso era lo que él creía. Sus agresiones, esas discusiones interminables que protagonizábamos por situaciones en las cuales no estaba de acuerdo con él, para mí eran como una daga al corazón, por cada palabra que me lanzaba veía más razones para alejarme de él. Se comportaba como mi padre: castigador y justiciero.

Explorando mi feminidad

Sucedió cuatro años atrás, en 2017, cuando me cuestiono sobre mi forma y ganas de ser, de sentir, de vivir; mis ganas de crecer y crear mi independencia emocional. Entonces en mí surgió un interrogante aún mayor: ¿Por qué mi cuerpo no siente el orgasmo? Es placentero para mí los besos, los abrazos, las caricias, de alguna manera me genera placer estar con alguien que me guste mucho, pero confieso la verdad, las penetraciones sin sentido no me permitían llegar al clímax y de forma egoísta hacia mí misma fingía tener un placer que no existía, además cargada de timidez no me permitía manifestar mis emociones, algo sin sentido... eso de estar tirada como «vaca muerta» no son mis modos, siento que me gusta explorar, ser muy dinámica en esos menesteres, creo que era muy difícil para mí expresarme por mi falta de autoestima y de autorreconocimiento, ser quien yo era, era muy probable que pudiera expresarlo y cuando lo intentaba hacer, me sentía juzgada y avergonzada con temor a que se pensaran cosas de mí que me hicieran sentir mal.

Llegó esta persona a mi vida que sin proponérselo me ayudó a quitarme las vendas que tenía en los ojos, que sin él darse cuenta me estaba sanando. Él es de ojos grandes, mirada profunda, me veo en sus ojos como un espejo hacia los míos, una nariz grande que percibe mi olor a la distancia, su caminar es lo más fascinante, es descansado y en ocasiones la prisa no lo afana, pero cuando su realidad toca a su puerta deja de ser espíritu y se dedica a la experiencia que la vida le encomendó: ser padre, es muy interesante verlo en ese rol por que la divinidad lo cobija en su poder, se le desarrolla una energía femenina muy marcada, está rodeado de muchas mujeres y creo que eso lo hace especial. Gracias a ese ángel que en la distancia me hizo entender qué era el amor en realidad, sin medirlo, sin condiciones, ese amor tocó mi alma. Pero aún sigue surgiendo mi pregunta: ¿Por qué no siento ese orgasmo que muchos expresan? Decidí investigar acerca de lo que me afanaba. Pero mi interrogante traía consigo varias preguntas más.

A mi edad no conocía mi cuerpo, tenía treinta y cinco años en ese entonces, no había experimentado el orgasmo, mi autoestima por el suelo, de pronto empezaron a llegarme respuestas y yo no podía creer que mi cuerpo tuviera miles de terminales nerviosas, que mi clítoris era un pene invertido, fueron tantas respuestas que me sentí abrumada con tanta información y en mi parte emocional me llegó el mensaje que si no había resuelto las situaciones emocionales con mi

madre quedarían estancadas mis emociones, ¡se podrán imaginar! ¡Qué horror! Abrí mis ojos y decidí vivir mi experiencia orgásmica, era claro que no estaría con un hombre hasta que estuviera armonizada mi vida. Eso fue lo más difícil para mí, pensaba que mi tiempo ya se había acabado, por programaciones del colectivo humano. Y más cuando mi ex pareja se empecinaba en recordarme en cada discusión que ya estaba obsoleta y vieja para la humanidad, que ya nadie se fijaría en mí y lo peor de todo, me lo creía. Pero hoy en día no lo hago responsable de cómo eso hizo estragos en mí.

Decidí hacer las paces con mi raíz, con mi historia, mi madre que era la víctima y victimaria en toda esta historia, cuánto diera para retractarme por todo lo que la juzgué, por todo lo que la maltraté en mis pensamientos y cuánto me arrepiento de mis pensamientos hacia tan inmaculada mujer, la que me dio la vida y solo por ese hecho la bendigo, esa mujer de ojos grandes y mirada triste sintiéndose culpable de todo, sintiéndose el ser más bajo por no haber acompañado a su hija, pero ella qué podía darme si ella recibió lo mismo en su infancia. Una mujer que fue entregada desde muy niña porque la circunstancia lo decidió así, arrebatada su infancia de su madre porque tenía un propósito.

Hice un ritual de perdón, evocando nuestra cultura al son de tamboras y movimientos de liberación de mis angustias y penas porque estaba decidida a liberar tanta tristeza en mí, le pedí a Dios que estuviera presente y a todos los espíritus de la noche que fueran testigos del llamamiento y testigos de esa apertura en mí para ver el dolor de otra manera. Escribí toda esa ira que llevaba por dentro, lloraba de tristeza y dolor, luego lo tiré al fuego y veía cómo todo ese dolor se quemaba, las afugias que abrigaban mi cuerpo al contacto con el sonido de la tambora. Quedé sin fuerza al soltar ese peso que cargaba conmigo, un peso que realmente no era mío y por un momento me sentí liviana, caí rendida, suspendida en el aire, mi cuerpo ya no podía más, dije susurrando con voz quebrantada «mañana será un nuevo día».

Pasaron los días y seguía firme y decidida en reencontrarme. Le pedí el favor a un amigo que se encontraba en la ciudad, muy apenada, con voz entrecortada y apaciguada de vergüenza por pedir tan desacomodado favor que si me podía buscar uno de eso jugueticos que vibraban y él muy amable me dice con voz muy risueña (no sé qué le causaba risa): «Con mucho gusto, apenas pueda te lo consigo».

Pasó una semana, cuando el juguete maravilla ya estaba en mis manos, la idea del juguete maravilla surge de un reencuentro de amigos donde una compañera

habla sin censura del artefacto y yo con mi mirada de que me interesaba mucho crucé mis piernas y en mi mente surgían muchas preguntas pero, ¿cómo las hacía? Me daba mucha vergüenza decir que mi vida tenía cosas sin explorar, me sentía la mujer más inexperta y sin aportar nada a la interesante y nutrida conversación. Me daba vergüenza decir la verdad: que fingía los orgasmos por temor, por miedo a perder, por miedo a no ser amada. Permití muchas cosas a las cuales hoy me pido perdón, porque dejé de ser yo por vivir una vida de mentiras y fue necesaria toda la experiencia para morir espiritualmente y renacer en la mujer que me he convertido hoy, en una mujer que sabe lo que quiere.

En ese momento vivía en Istmina, un pueblo muy bonito, su gente muy acogedora, donde por ser un pueblo la gran mayoría de personas se distinguen y si pasa alguna novedad todos salen a ver qué pasó, si te ven hablando con una persona varias veces ya sacan sus propias conclusiones, es un pueblo donde se respira aire puro, en ese tiempo sus calles llenas de piedras marcadas por la huella de la minería que hoy es una oportunidad para su crecimiento. Un lugar que me dio la oportunidad de crecer, perdonar y amarme como mujer. Súbitamente tomé las riendas de mi vida, sabía que me costaría lágrimas, que el mundo se me vendría encima, que el dedo inquisidor me señalaba y juzgaba, el por qué tomaba mi sabia decisión. Atrapada en una encrucijada, tenía miedo de perder mis comodidades pero algo muy dentro de mí prendaba, cuando el silencio paseaba en mi andar, me decía «en serio tengo que terminar, es justo para él y para mí», los motivos me llenaban de valentía pues los dos ya teníamos distintos caminos, lo que yo veía mi ex lo miraba diferente, hablábamos un lenguaje que creíamos atesorar, esa complicidad que suponíamos que era química que hoy en día carecía de significado.

Creo que no se puede construir un templo con vigas fuertes sin un terreno sólido, tuve que morir literalmente, embarazada sin esperanzas de nada sintiendo que lo amaba mucho porque sembró la primera semilla, la ilusión, pero que lo quería lejos de mí para hacerme cargo de mí misma, decidida a sembrar mi útero de amor, que quizás le costaría germinar, sabía que si lo cuidaba con atención, cariño, podría dirigirme a cualquier lugar con validez, gozando de libertad y paz mental.

No sabía cómo usar el juguetico, fue muy chistoso, le introduje la batería y se sentía una vibración muy intensa, esperé que fuera de noche, ya mis hijos dormían, me dirigí al baño para tomar una ducha, después de ducharme salgo toda expectante y muy temerosa, guardando silencio para no despertar a mis niños, dejo caer la toalla y mis expectativas sobre lo que quería sentir en ese momento eran muy altas.

Acerqué el juguetico a mi clítoris y al ponerlo esperaba gemir de emoción, morder la almohada de no poder más, pero no... no sentí nada, lo lavé y volví a meterlo donde estaba y dije para mí con voz desconcertante «esto no sirve para nada».

Pasaron los días, lo recuerdo como si fuera ahora que estoy escribiendo en mi computador. Una noche de esas, estrellada, el cielo estaba susurrando en mi oído ¿por qué no lo intentas de nuevo? Estaba estacada en mi ventana queriendo tener a alguien a mi lado, deseosa de compartir mi vida con ese hombre al que amaba tanto pero que la vida se empeñaba en mantenernos distanciados y me preguntaba cómo puedo amar sin estar y las respuestas llegaban como ráfagas de viento, es lo mismo cuando Dios te ama sin que lo veas pero lo sientes en todo tu cuerpo, dejé atrás esa idea y me dije «lo voy a intentar de nuevo», pero esa vez dejé a mi cuerpo la intención de sentir, soltando cualquier pensamiento que obstruyera mi intención, porque iba a disfrutar ese momento conmigo.

Preparé el lugar con velas, incienso, música ambiente y cerré mis ojos. Al lado de mi cama estaba el juguetito, entre en estado de relajación levantó mi cuerpo, me sentía liberada, toqué mi clítoris con la yema de mis dedos y mi cuerpo reaccionó a los estímulos de mi liviano roce, seguí frotando y sentía como mi cuerpo manifestaba un leve estremezón, sentí cómo mi piel se erizaba y dije me siento preparada. Le subí la frecuencia al aparato y empecé por los labios menores y luego los mayores mientras sentía que mi útero se contraía, sentía cómo mis piernas se retorcían de tanta emoción.

Seguí recorriendo mi zona de luz y llegué al clítoris ¡y allí sí fue donde vine a padecer!, jadeaba y con mucha fuerza y rapidez mis zona uterina se contraía y deseaba a un hombre con locura pero no dejaba de frotarme con el aparatico (huevito vibrador) y en cuestión de segundos le subí a la intensidad y mi cuerpo se retorcía, veía estrellitas de tanta emoción, en ese momento pasé por varias sensaciones, quería que me tragara la tierra porque sin darme cuenta gritaba y me retorcía, hacía mucha fuerza con mis piernas, la pantorrilla de la pierna izquierda de tanto hacer fuerza me dolía y no podía creer lo que estaba sintiendo.

Dejé suspendida una parte de mi cuerpo en la cama, las piernas me colgaban de la cama al suelo, estaba rendida y sentía cómo salía un líquido de mi vagina, mientras afuera tocaban a la puerta con voz de preocupación si me pasaba algo. De la vergüenza, me reía en mis adentros, con voz entre cortada dije «tranquila Vane, todo está bien». Traté de levantarme y salía de mí un líquido blanco y me fascinaba la sensación de haberme liberado.

Tengo un poder ancestral heredado por las matronas de mi árbol genealógico: mi bisabuela era la partera del pueblo, además hacía bebidas curativas, entre otras tenía una fábrica de biche[1]. Mi abuela le hacía remedios a sus hijos a base de plantas y yo, la cuarta generación del linaje, obtuve esa sabiduría. Con todo ese aprendizaje, aprendí hacer mascarillas a base de plantas, aceites para masajes y dolores. A continuación, les enseño cómo con las plantas me quité los fríos que recogemos en el proceso de parto y en nuestro periodo menstrual.

Cómo hacer un «bao» con baños de asiento:

- 300 g Nacedera
- 250 g Artemisa
- 300 g Concha de guama
- 150 g Hojas de guayaba
- 150 g Doña Juana
- 100 g Albahaca morada
- 100 g Albahaca de olor
- 1 copita Aguardiente

Este método es ideal para armonizar el cuerpo físico, de hecho, la mayoría de las veces esas vivencias que tanto daño nos hicieron en los primeros años de vida determinan toda nuestra existencia. Esas experiencias terminan infligiendo heridas emocionales tan profundas que incluso cuando somos adultos nos sentimos como ese infante maltratado, abandonado o temeroso que fuimos alguna vez.

Es necesario que empecemos a mirar adentro de nuestra propia existencia, que nada de lo que sucede externo nos haga culpables, pero que somos responsables de hacerlo diferente, el sufrimiento nos invita a sanar heridas que están profundas y que no se alcanzan a ver, hasta cuando entramos en él, para hacerlo consciente, amar ese dolor, aceptarlo y por último sanarlo.

En mi proceso sanador utilicé los «baos» uterinos, en la antigüedad los utilizaban para sacarle los fríos a las mujeres cuando estaban en la dieta del parto. En mis

1. El Biche es originario de las etnias Bantúes del centro-oriente africano, que denominaban esta bebida también como *bichi* o *bichí*, cualquiera de estos nombres significa verde o crudo. El Biche es una debida que se produce de la caña, es una bebida ancestral con propiedades curativas con la cual se produce crema de Biche o Biche curao, con el cual se utiliza una gran cantidad de plantas medicinales endémicas de la región Pacífica. Entre sus usos medicinales está sacar los frio del parto, tratar la impotencia sexual y erradicar algunas enfermedades del cuerpo como pasmos, cáncer, miomas y problemas uterinos.

ciclos menstruales me daban uno cólicos muy duros y soy una mujer que cuando mi cuerpo habla lo escucho, no soy de las que corre a buscar medicamentos para calmar el dolor. No es que esté en desacuerdo con la medicina alopática, es una labor muy bonita, solo que en el deseo de hacerme consciente tomé la decisión de no darle medicamentos a mi cuerpo, tengo claro que tengo un cuerpo maravilloso que tiene la capacidad de sanarse haciéndome consciente de mi emoción. Cuando siento dolor me pregunto por qué está ahí, para qué llegó a mi vida, segundo las plantas son tan poderosas y con la fe que tengo en ellas pude darle fin a los calambres que me causaban mis ciclos menstruales y pude descubrir la causa de mis dolores.

A continuación, el preparatorio del «bao» uterino:

Se pone a hervir una olla con agua y se revuelven todos los ingredientes. Cuando ya está hirviendo se deja debajo de una silla que tenga huecos y la persona se sienta en la silla y deja que todo ese vapor se meta entre las piernas. Puede cubrirse con una manta para contener el calor. Esa vaporización permite sacar la frialdad que se introduce en el cuerpo de las mujeres, dicen nuestros ancestros que se adquiere cuando menstruamos porque los poros se abren y quedamos expuestas.

Sonidos uterinos

En mi proceso exploratorio de sanación utilicé el sonido como fuente de vibración para mi cuerpo, pues la música genera efectos diferentes en las personas: algunos comienzan a sentir melancolía, otros alegría, otras personas ira, incluso hay quienes derraman lágrimas de dolor. Muchos expertos en el tema dicen que la música transmite a las personas una mezcla de sensaciones y sentimientos, su objetivo principal es que entremos en un estado de relajación y podamos sacar eso que llevamos dentro.

Como parte de mi experiencia utilicé música ancestral, movimientos al ritmo de una tambora. Por medio del sonido emitimos vibraciones que retumban en nuestro cuerpo espiritual, el sonido remueve esos sentimientos de dolor que se incrustan en lo más profundo del ser, que no alcanzamos a percibir, esas emociones que están tan incrustadas en la siquis humana.

Las manifestaciones del sonido en mi cuerpo que retumba vibratoriamente me permite expresar mis emociones en una conjunción de mezclas dancísticas. Como instrumentos musicales uterinos:

- Tambora
- Redoblante
- Clarinete
- Bombo

El manejo de la respiración es muy importante, este proceso nos recuerda estar de modo presente, es la manifestación de que estamos en el plano terrenal para ser conscientes de todas nuestras emociones, ya que generalmente nos encontramos en modo automático.

«Yo soy»

Todas estas ideas me han llevado al autoreconocimiento como mujer negra al cuidado de mi cabello, mi piel, al principio me miraba al espejo y me preguntaba «¿quién eres?», y no me reconocía, me daba un miedo terrible mirarme fijamente al espejo, sentía que algo oscuro y sombrío me iba a atacar, hasta que un día tuve el valor de enfrentar a la mujer atrapada detrás en el espejo, casi me voy de para atras, porque lo que veía era una mujer atractiva, con una sonrisa hermosa.

Tenía unas extensiones de cabello que escondían mi belleza, me quité las extensiones, eso fue un 24 de diciembre, fui a la peluquería mientras el señor peluquero me cortaba el cabello, las lágrimas se asomaban y tratando de contenerlas, él me pregunta qué me pasaba, «tiene los ojos encharcados», su comentario me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas se asomaron por mi cara y el peluquero me decía «tranquila él vuelve a salir» y en mi mente yo decía «si él supiera por lo que estoy pasando, que aparece una melancolía que me carcome viva, aparecen cicatrices que no veía, por toda la nubosidad que tapaba el maquillaje tratando de esconder las heridas que las circunstancias dejaron a su paso». El señor peluquero terminó su trabajo y no lo podía creer, esa era yo, salgo muy consternada, atemorizada de los comentarios de las personas a mi alrededor, muchos me miraban y me sentía atemorizada, de las opiniones de cada uno, «parece un machito», «por qué se quitó las extensiones», «te ves rara» y yo en absoluto silencio luchando con mis propias batallas.

En serio no lo podía creer, cómo nos perdimos en el tiempo, dejamos de lado nuestras raíces, como los gualíes, alabaos, el folklor, la medicina natural, cultivar nuestros propios alimentos y lo último: la desaparición del cabello de la mujer negra. Siento que todo se debió a la idea de que no tenemos sentido de pertenencia, nos vemos extraños a lo que somos y vamos buscando una identificación ajena a las nuestras, sin ánimo de ofender, siento que hay una desnudez de nuestra valía, que lo hacemos propio cuando alguien extraño ve la oportunidad, que pasa atrevidamente la cara y no la vemos, un ejemplo claro fue con el biche, una bebida tradicional autóctona de la región Pacífico, una persona externa a nuestra cultura le vio la oportunidad y ahora estamos lamentándonos porque un extraño que le dio la validez se llevó los créditos de algo que nos pertenece y que lo vimos pasar y no nos dimos cuenta cuándo sucedió.

Pasaron los días, era época de Navidad y estaba tratando de reponerme de las luchas conmigo misma, ya me miraba al espejo y me gustaba lo que veía, mi cabello asomando sus rizos, me llegaban alternativas de cómo trátarlo, el uso de cremas ayudó a tan ardua tarea de domar mis rizos, para que no dolieran tanto y no mondar mis dientes al tratar de peinar. Al pasar el tiempo me sentía poderosa, me encantaba la idea de ver mis ojos enormes que hacían un compás perfecto con mi nariz y mi boca, ya no esperaba que nadie me dijera que bonita estás o te ves bien con tu *look*, yo misma alimentaba esos halagos, se convirtió en mi rutina diaria mirarme, sentirme, oler mis propios olores hasta que se convirtiera en mi religión. Con el pasar del tiempo ya veía a mis usuarios o personas del entonces que querían recuperar su cabello natural y me causaba risa, porque ya me veían como un referente y eso me llenaba de mucho orgullo.

La mujer mágica

Tocar mi cuerpo se convirtió en uno de mis mejores momentos, con la práctica de esta actividad empecé a identificar que en algunas zonas al pasar mi mano generaban dolor, en otras partes sensaciones de placer y al ser una terapeuta que sanaba con las manos, dedicaba mis tiempos libres a saber por qué ese dolor, qué lo generaba, cuál era la razón de ese dolor, en general cada vez que palpaba a algunos de mis pacientes y le sanaba el dolor, de alguna manera me llegaba información de esa energía concentrada en dicha persona en relación al dolor que sentía. La reflexología acompañada del reiki, la técnica de estas dos ciencias es

trazar un mapa visualizando por dónde está circulando la energía y qué refleja el dolor, observando cómo se comporta la energía que se está movilizando a través de las manos.

Inicié con mi pie izquierdo, el lado izquierdo está relacionado con la energía femenina y la reflexología se le asemeja a la conformación de un mapa reflejando el cuerpo y sus órganos, dicho esto tomé el tiempo para dedicarme a consentir mi cuerpo, permitirme darme esos abrazos y caricias que tanto me negué por andar distraída en las cosas externas.

A continuación, les dejo en este cuadro un ejemplo de cómo palpando mis pies con la reflexología pude alternar esta terapia para mi sanación.

Tabla del manejo de las emociones a través de la energía reflexológica			
Lado izquierdo		**Reflejo de la enfermedad**	**Enfermedad alopática**
El pie izquierdo se refiere el yo emocional-social que necesita del entorno para relacionarse con lo demás, la relación con la madre.	**Vaso** **Páncreas**	Desequilibrio: nos hace rígidos, inflexibles, autoritarios e inapetente. La duda y las obsesiones.	Juntas se desencadenan en la diabetes.
Lado derecho			
El pie derecho nos define con las emociones en la relación con el padre, con la autoridad, la relación con el trabajo, los temas materiales, económicos, estructurales, pragmáticos, el aquí y el ahora.	**Vesícula biliar** **Hígado** **Estómago**	Ira y vergüenza. Frustraciones miedo, rigidez, etc. Digerir las emociones.	Cálculos biliares. Enfermedades hepáticas. Acidez estomacal.

Observación: Creo en la mística universal y en la naturaleza de la vida de que nada es por azar: todo tiene una razón de ser y si nos dedicamos a observar nuestras emociones sanaremos. Esto no quiere decir que mi verdad funcione para todos, solo que para mí funcionó. Teniendo en cuenta esto, con la reflexología pude detectar en los pies todo el organismo en sus áreas reflejas específicas. Darme cuenta de aspectos relativos en mis emociones, sensaciones, experiencias de la vida, influencias, dificultades, enfermedades, dolencias, y en general, todos los aspectos positivos y negativos que pueden afectar a una persona. De esta forma, hice que el tratamiento generara el desbloqueo físico, emocional y energético de mi cuerpo.

Considero que soy una mujer mágica, tengo la facilidad de sanar desde la consciencia humana, que sumerjo en el estado de estar presente, me permito disfrutar cada instante que me da la vida, cada momento para mí es un disfrute, porque ya dejo que la corriente me lleve y no lucho con ella, ya ni planes hago porque cuando intento hacerlo, la vida me muestra que no tengo el control de nada y solo decido ser feliz.

Llega el tiempo de no perseguir más fantasmas y de disfrutar de mi presencia, estaba con mucho afán de que estuviera conmigo esa persona que llegó a mi vida y que sin darme cuenta captó toda mi atención. Por circunstancias, la vida nos puso de frente a aprender amar sin estar juntos, pero de alguna manera su esencia se siente como si estuviera ahí.

Me fui a un lugar de mi alojamiento, tenía una copa de vino tinto esos que tienen un sabor tan exquisito al paladar, está tibio, serví una copa. Sonaba una canción de Francisco, «Esta vida loca» y me evocaba unos recuerdos de momentos muy especiales para mí, me deje llevar por los recuerdos, esos que una quisiera repetir de nuevo.

Estaba extasiada como en el nirvana de emociones y todo mi cuerpo activado para disfrutar. El vino me tenía toda caliente y sin miedo de expresar todas esas sensaciones al saber que mi cuerpo ya se manifestaba cuando recorría cada parte de mí misma. Me desvestí y las ganas era tales que decidí tener un orgasmo en ese momento, tocaba mis zonas erógenas y se erizaban mi cuerpo de placer y voy hacia el lugar de mi cuerpo más sensible por el placer y estaba tan mojada, que susurraba al verme así, me levanto a buscar mi juguete de placer vibratorio y termino gritando con la almohada en la cara para que no me escucharan gritar. De tanto placer escribo estas líneas y de solo recordarlo, late todo en mí.

Aún sigo masturbándome y sigo sin tener pareja, pero por qué las ilustro con toda esta idea. Nos metieron un cuento, sistemático y deshonesto con nosotras mismas: que no estás completa si no estás acompañada de alguien y que no serás feliz si estas sola y es lo más absurdo que hay, yo siento que la primera enseñanza a un ser humano desde que tiene uso de razón es aprender amarse a sí mismo, a conocer su cuerpo... Eso nos ahorraría muchas cosas que como humanidad, en el afán de experimentar, no vemos o no lo hacemos visible. Solo vemos los erroes cuando están en el otro, el actor de nuestras vidas que nos genera sufrimiento y maldad.

El desapego es un acto muy doloroso, de profunda valentía. Sí, el desapego duele y duele mucho, pues implica soltar a alguien a quien amas y dejarle ir, al menos eso creemos, es un dolor emocional. Lo que nos hace sufrir es el miedo alineado por el ego, por la creencia arraigada de la pérdida, de una posición que no existe, que no es real, ya que no podemos poseer a alguien que no es nuestro, que nunca lo fue y que nunca lo será. No pertenecen ni a nuestros padres, ni a nuestros amigos, ni a nuestra pareja, ni a hijos si lo tienes, son seres libres e independientes con el fin de recorrer su propio camino al igual que nosotros. Por eso no hay que subyugar la felicidad de unos hacia los otros, si no aprendes a ser feliz tú solo, será difícil serlo con alguien.

Las relaciones interpersonales son unos de los más frecuentes problemas que se me han generado, tengo la particularidad de ser muy leal con las amistades, trato de manejar con mucho tacto, pero llega un momento de la relación que digo lo que percibo y tengo en cuenta que cuando nos dicen verdades, la tendencia es enfadarse y eso me genera de alguna manera un cierto descontento, qué clase de amistad es esa en que hay que adornar las cosas para poderlas decir y más si te piden una opinión, he optado por hacer silencios, el silencio te libera, te hace una persona prudente, te escuchas a ti mismo y te vuelves asertiva en las ideas, es claro que la humanidad siempre está en el estado de experimentarse a sí misma para dar fe de cada experiencia y convertirla en milagro.

Sacerdotisas del amor

Las mayoría de mujeres en algún momento del tiempo, nos perdemos, nos desconectamos de ese poder mágico del amor propio. Somos proveedoras de vida, administramos el hogar, somos multifuncionales, criamos a nuestros hijos y cómo es eso posible que ese hombre que lo abrigamos en nuestro regazo se

convierta en el verdugo de la infelicidad (Santini, 2009) . Somos sacerdotisas del amor, podemos entrenarnos en el manejo de la energía sexual. Pero para manejar esa energía la mujer tiene que haber pasado por todo un proceso de limpieza y purificación de acuerdo a las experiencias que le encomendó la vida. La energía vital de la sexualidad es la fuerza de vida y su movimiento por el cuerpo produce una expansión de la consciencia de manera automática.

¿Por qué era importante que hubiera alguien que supiera mover la energía sexual y de paso se lo enseñara a otros, o lo hiciera para otros?

La forma como la energía sexual expande la consciencia tiene que ver con la física cuántica. Sucede que nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestras emociones son el resultado de procesos mentales.

Hoy día sabemos que el estado emocional de depresión tiene que ver con la ausencia de ciertos neurotransmisores y la euforia tiene que ver con la presencia de otros. Es decir, nuestro cuerpo y nuestra vida están reguladas por las sustancias químicas que se producen en nuestro cerebro, que es la gran procesadora central.

Lo que la física cuántica aplicada a la biología ha descubierto, es que la unión entre las neuronas o sinapsis es un mundo cuántico. Es decir, la producción de neurotransmisores está influenciada por la intención que de alguna manera yo llamo como el milagro de Dios para crear.

El dolor puede desaparecer por efecto de una visualización. Quiere decir que los químicos relacionados con el dolor pueden ser inhibidos por un ejercicio de imaginación. Es como cuando alguien vive fuera y le dan de comer una comida de tu tierra, entonces se acuerda de su verdadero origen. Cuando el humano está en éxtasis, se acuerda de que es espíritu y entonces asume y actúa los atributos del espíritu.

Entonces, lo que hacían las Sanadoras del Amor era experimentar el placer sexual de manera disciplinada, dirigiendo la energía de excitación sexual y la energía orgásmica a través de estrictos ejercicios de visualización hasta nivel del cerebro e impactar las sinapsis, es decir, el baño de neurotransmisores, con la experiencia de éxtasis. (Santini, 2009).

He experimentado los órganos de visualización técnicamente dirigido a la cabeza y de alguna manera siento como si estuviera viviendo una sensación muy real, mi cerebro activa la adrenalina, mi intuición se vuelve más asertiva.

Tener un orgasmo y en vez de quedarse ahí disfrutando puede ser utilizado para lograr todo lo que nos propongamos en la vida, para que seamos mujeres emocionalmente independientes y nos regocijemos del placer, para ser cada día más felices. Para eso uno puede dirigir la la energía del orgasmo por la columna vertebral y expandir esa ola de placer en la cabeza. Que se disuelva la ilusión, que se disuelva el tiempo y el espacio y entonces ese ser humano cambia sus atributos y puede hacer cosas que antes no podía hacer.

Estos son atributos del espíritu en un cuerpo humano, y eso es posible lograrlo a través del manejo de la energía sexual de forma disciplinada, como una herramienta de expansión de consciencia. Conocí del verdadero amor gracias a un ángel que, sin darse cuenta, ¡me enseñaba la experiencia de amar sin ver y sin tocar y ahí descubrí verdaderamente cuál es el amor de Dios!

Finalizando toda esta idea entré en mis piernas y opté irme por el camino más difícil, experimentar mi propia experiencia, de no buscar personas que me salven y ver que soy la salvadora de mi vida, que no tengo que someter a otros a mis modos, a soltar esa dependencia emocional, lo que necesito para mí lo consigo con mi propio esfuerzo, no necesito a alguien que calme mis deseos carnales, tengo la capacidad de hacerlo por mí y no resultar con la característica fundamental de conllevar una demanda inconsciente de amor hacia al otro a cambio de algo que el sujeto da por hecho que está ofreciendo en la relación. Esto no quiere decir que no quiera a una pareja en mi vida, lo que puedo decir es que solo si llega, mi felicidad no queda en manos de nadie más.

Finalizo con las experiencias de otras mujeres que de alguna otra manera se han inspirado desde la perspectiva de mi experiencia de vida.

Nataly

Hasta ahora he aprendido, de acuerdo a sus enseñanzas que existen procesos y que cada proceso es distinto en cada persona y que le sirve a uno mucho de referente la experiencia ajena a uno, que todos las apreciaciones son válidas porque cada cabeza es un mundo en medio de un Único Universo. Sigo aprendiendo: que hay que ser muy paciente en el proceso, que hay que ser más observador, que el amor es el verdadero pilar para que pueda haber sanación y que esa sanación es la que permite que todo a nuestro alrededor se armonice, que no hay que tener miedo y si se presenta hay que manejar la calma porque son emociones y Dios nos ha dado el poder para tener el control, que cuando uno confía en sí mismo puede confiar en los demás y que no

todo el que llega a la vida de uno es para causar cosas negativas sino que nosotros lo atraemos por las vibraciones que aún debemos seguir trabajando en nosotros mismos para poder alcanzar el proceso de sanación y que todo pueda fluir de una manera más positiva... ¡entre otras cosas!

Yineth

Hola, seño Lucy hacia usted gratitud infinita por ser y estar, usted fue mi primera maestra que me llevó al despertar del crecimiento personal y espiritual a través de mi cuerpo con terapias y diálogo. Con usted empecé este camino del cual cada día me enamoro más, mis hijos me dicen a buena hora apareció doña Lucy en la vida de mi mamá ya no es la misma ahora está más loca pero más consciente porque lo que dice tiene coherencia y es más flexible. Seño Lucy usted hace parte de la Lesit que soy hoy, la quiero mucho.

Andrea

Lucy, quiero agradecerte por el acompañamiento, por la empatía para con el proceso mío, ya que no ha sido un proceso fácil, pero siempre has estado ahí, el aprendizaje ha sido muy satisfactorio, el rediseñar una vida espiritual, de sanación no ha sido fácil, pero paso a paso he logrado crear consciencia y despertar.

En el momento que se llega la tormenta, ya un poco más fácil de afrontar, de nuevo agradezco por ese apoyo incondicional.

Un abracito y muchas bendiciones.

Bibliografía

Santini, María G. (2009). ¿Qué hacía una sacerdotisa del amor? *Escuela de sexualidad y espiritualidad*. Recuperado de: http://escueladesexualidadyespiritualidad.blogspot.com/2009/08/que-hacia-una-sacerdotisa-del-amor.html

LUCELIS MARTÍNEZ MINOTA

Soy mujer que a través de la recuperación de esencias y saberes ancestrales que ofrece sanación y amor a todo lo que la rodea en aras de crecer física, emocional y espiritualmente.

lucymami25@gmail.com



– MARÍA CONSUELO PÉREZ RESTREPO –

ELLA Y SU SUB VERSIÓN

Relatos femeninos en la insurgencia

El texto contiene una serie de relatos vividos por una mujer en la insurgencia, cuarenta años después de sucedidos, los cuales son presentados por ella misma, aunque lo hace en tercera persona. Los relatos, inéditos todos, fueron escritos después del año 2000, en un ejercicio de literatura testimonial que la autora realizó con el Colectivo de Mujeres Excombatientes. La narración, dividida en cinco secciones, muestra una visión femenina —más que feminista— de la historia de una mujer urbana, ama de casa, que decide cumplir con sus sueños de aportar hasta su vida si fuera necesario, en la transformación de la realidad social y política del país.

Prólogo

El presente escrito es el testimonio de diferentes experiencias vividas por una mujer durante ocho años en la insurgencia armada en la Bogotá de los años ochenta. Relatos con los que se pretende aportar argumentos para los debates que se presentan hoy en día dentro de las teorías feministas. Gracias a mi hija, que hoy tiene veinticinco años de edad y a la Escuela «Mujeres al Poder», de la que hice parte, que me han dado una valiosa información y estímulo para creer que soy capaz de demostrar que lo que nosotras hemos hecho como mujeres, también es importante y que nuestra visión también cuenta. Esta es mi versión de los hechos.

Me sentí animada a escribir cuando me hicieron caer en cuenta de que la historia se hace desde las cocinas, desde las cunas, desde los teteros, desde los horarios y las rutinas, desde los juegos de infancia, desde la calle y el territorio, desde el compa y el hermano, desde el bus y el caminar por las calles, desde los besos y el sinrazón de a ratos, desde las ansias de libertad. Esta mirada de la importancia de nuestros aconteceres femeninos dentro de un mundo masculino como es el de la insurgencia la inicié en el año 2003 cuando participé en el proceso colectivo que nos llevó casi ocho años de reuniones, recolección de información, entrevistas y capacitaciones. Proceso que culminó con la escritura del libro *Insurrectas, memorias de mujeres insurgentes* publicado en el año 2012 por el Colectivo de Mujeres Excombatientes, en el que quedaron consignadas las vidas de doce mujeres de diferentes movimientos políticos de los años sesenta, setenta y ochenta.

El texto «Ella y su sub versión» se ha dividido en cinco secciones, las cuales pretenden dar un orden temático y no cronológico a las narraciones elegidas sobre hechos sucedidos en la clandestinidad. Algunos de los escritos incluidos en cada una de las secciones fueron escritos en 2003, 2004, 2011 como ejercicios dentro del proceso de verbalización realizado con el Colectivo de Mujeres y otros han sido escritos más recientemente en este ejercicio de memoria.

Escribo en tercera persona porque quiero que cada Ella que lea y se dé por aludida en cualquiera de las narraciones, sienta que es Ella quien está allí. Quiero con esto incluir a tantas mujeres que vivieron esos mismos momentos, las que aún viven y las que entregaron su vida en la lucha, y así mismo entregar a las nuevas generaciones un testimonio femenino de quienes les antecedimos, que les pueda servir para superar barreras y taras que nosotras no pasamos y que han impedido que las mujeres progresemos en la realización de nuestros sueños. No pretendo ser un ejemplo pero sí un testimonio de libertad.

Mientras tenga memoria, aprovechando el momento de receso que nos da la pandemia y agradeciendo a quienes nos invitan a hacerlo: la Fundación Heinrich Boll y su proyecto *Feminismos Andantes*, se presenta este texto, agradeciendo también a todas y todos quienes se interesen en leerlo.

Ella y sus convicciones

Para entender las causas que la llevaron a tomar la decisión de ingresar a un movimiento armado Ella ha realizado varios ejercicios de retrospección y memoria, dentro de los cuales se encuentran textos como el siguiente, escrito por Ella en mayo de 2011, en el que intenta describir las motivaciones que hicieron de Ella una persona políticamente comprometida con el momento de injusticia y desigualdad que le tocó vivir y que desde el siglo XXI muchos y muchas lo ven como un esnobismo, un resentimiento hacia la sociedad o una locura de mujer ingenua. Y no es que Ella pretenda hacer un acto de contrición ni disculparse ante la sociedad, ni tampoco justificar sus actos, pretende solo contextualizar su accionar y sus convicciones.

Este es el primer fragmento del escrito «Yo nací así»:

> «Nací en una familia clase media baja, hija de dos jóvenes asalariados que contrajeron matrimonio más por enamoramiento que por interés de formar una familia, cada uno asumió responsabilidades a su propio estilo sin anteponer la estabilidad del hogar sobre sus ideales personales. Es así como yo, a los doce años me hallaba en un hogar compuesto por mi mamá, mi abuela materna y mis tres hermanos, dos mujeres y un hombre casi bebé en esa época. Era mi mamá con su sueldo quien nos mantenía a todos, ella era secretaria de una empresa de baldosines cuyas oficinas estaban ubicadas en el centro de Bogotá, por lo que toda mi infancia transcurrió alrededor de los barrios Teusaquillo, Chapinero, Santa Marta, Divino Salvador y el centro de Bogotá. A mi papá lo veíamos de vez en cuando que nos visitaba y nos llevaba a pasear a diferentes sitios: Parque Nacional, Monserrate, la Catedral de Sal, las Piedras de Tunja y a piscina en Melgar, Girardot, Mesitas, Villeta...
>
> En algunas ocasiones mi papá intentaba presionar a mi mamá para que formaran un hogar al estilo paisa, como era su origen nos llevó varias veces a vivir a Medellín por lo que, frecuentemente cambiábamos de colegio; siempre estudié en colegios de monjas. Precisamente recuerdo uno de estos colegios como el sitio donde, a los doce años, por primera vez tuve interés por la realidad política y social, no solo del país sino del mundo. Transcurría el año 1964 y cursaba yo primero de bachillerato cuando me pusieron como tarea en clase de Historia hacer una reseña de la vida

de Jhon F. Kennedy. Gracias a las revistas *Life* que mi mamá me consiguió, logré hacer no solo una reseña sino un álbum completo, con fotos incluidas, de toda la vida política de Kennedy, dentro de lo que se hallaba la Alianza para el Progreso, la invasión a Cuba en Bahía Cochinos, el enfrentamiento con la Unión Soviética, etc. Pero no fue Kennedy quien me inquietó, fueron los barbudos revolucionarios cubanos que aparecían en la misma revista. No tardé en darme cuenta de que las monjitas del colegio querían abiertamente hacernos creer que los buenos eran los gringos y los malos los soviéticos y los cubanos comunistas, incluso no podré olvidar nunca que en las misas del colegio se rezaba para que Fidel Castro muriera y no pudiera hacer llegar su revolución a otros países, como Colombia.

A esa edad, sin haber tenido ni siquiera la primera menstruación empecé a tomar partido alrededor de la Revolución Cubana, de los rusos, de los latinoamericanos y de los pobres. Por otra parte, siempre me llamó la atención la historia de Jesús y sus enseñanzas y creía fervientemente que lo que llamaban comunismo no se contradecía con el cristianismo por lo que cada día me convencía más de que las monjitas estaban equivocadas y cuando imploraban a Dios por la muerte de Fidel, yo pedía por ellas.

A los catorce años casi me echan del colegio por tener la foto del Che Guevara pegada en la tapa del pupitre y a los dieciséis hice público, ante los ojos atónitos de monjas y profesores que pretendían orientar nuestra vida profesional, ¡mi interés por ser guerrillera! No sabía ni por qué sentía entusiasmo por participar en las luchas de los obreros, de los campesinos, de los guerrilleros. Nunca me interesó participar en las fiestas y reuniones familiares con los tíos y primos de mayor estatus social que el de nosotros y cuando me tocaba hacerlo me sentía fuera de lugar y todos ellos me parecían hipócritas y superfluos. Siempre me sentí diferente.

Cuando terminé el colegio y con muchas dificultades económicas me matriculé a estudiar Sociología, carrera que no terminé por no tener estabilidad ni económica, ni doméstica, ni emocional; tuve una época bastante difícil en la que no encontraba caminos para mí, lo que me hacía ver con más vehemencia mi decisión de vincularme a la lucha armada».

En un segundo relato seleccionado de hechos ocurridos en 1980 Ella narra acontecimientos que determinaron sus firmes decisiones de estar en la insurgencia. Es un escrito llamado «La Chiqui», textualizado en 2004 dentro de las prácticas de la escuela literaria del libro *Insurrectas, memorias de mujeres insurgentes*, Ella relaciona sus inquietudes políticas con coincidencias de su vida y de sus convicciones:

> «Iba en el bus urbano de la época (1980) por la avenida 30 de Bogotá en sentido norte – sur, traía a mis dos hijos de siete y cinco años del colegio y nos dirigíamos a nuestra casa en el sur de la ciudad, serían más o menos las 12:30 del día. Estábamos acercándonos a la Universidad Nacional cuando se empezó a poner lento el tráfico, al principio nadie se percató de nada pero más adelante empezamos a darnos cuenta de que algo raro estaba sucediendo pues en la calle la gente corría. Inicialmente todos volteamos la cara hacía la Universidad temiendo una de las acostumbradas pedreas, pero nos equivocábamos, los hechos estaban sucediendo al lado contrario de la calle, al costado oriental de la treinta. Hombres acostados en el separador de la avenida y filas de policías, más bien pocos, en los costados de una especie de callejón que conducía a una gran casa nos hizo dar cuenta de que era en esa mansión en la que estaban sucediendo los hechos.
>
> Ciertamente era una gran casa y había varios carros elegantes parqueados en la entrada, no la había visto hasta ese día, me llamó mucho la atención que tantas veces que había pasado por allí nunca me había dado cuenta de su existencia.
>
> Pasamos rápido en el bus, aún no se había creado un trancón lo que nos hizo suponer que la cosa no era grave o los hechos apenas estaban empezando a suceder, pero ¿qué hechos? ¿Qué estaría pasando? ¿Sería la guerrilla? Pensaba yo con la emoción a flor de piel.
>
> Seguramente el chofer del bus también se hacía el mismo interrogante al encender el radio. Al principio no se decía nada pero a los pocos minutos se empezó a hablar de la posible toma de la Embajada Dominicana por parte de un comando armado.
>
> ¡El M-19! Pensé yo y se lo dije a mis niños, ellos, especialmente el mayor era tan inquieto con estas cosas que quería que nos bajáramos

del bus y nos devolviéramos a mirar. Ni pensarlo, además yo estaba embarazada. Seguimos adelante y llegamos a la casa. En el transcurso de la tarde no nos despegamos del radio y la televisión donde se confirmaron los hechos.

En los días que precedieron estuve atenta al desenvolvimiento de los acontecimientos pero no se me quitaba de la cabeza la idea de que la casualidad de que yo hubiera pasado por allí en ese instante significaba un mensaje enviado de alguna extraña dimensión. Cuando vi la imagen de «La Chiqui» en la prensa y en la televisión me pareció que el M-19 estaba reconociendo en las mujeres su capacidad política y revolucionaria y por lo tanto ese era un mensaje para mí.

Y luego los ojos de «La Chiqui» detrás de su pasamontañas y la mano haciendo el signo de la victoria fueron la señal inequívoca de que el M-19 me llamaba y allí era donde yo quería y debía estar».

Ella y su concepción feminista

Cualquier cosa que se diga de Ella como feminista se remonta solamente a los últimos años. Ella en realidad nunca se había visto como feminista ni nunca se había cuestionado, ni reprochado el serlo o no serlo. Es ahora, cuando su hija que estudia e investiga las Ciencias Humanas y Sociales le ha hecho caer en cuenta de que su vida ha estado marcada por el género: por ser mujer dentro de una sociedad completamente machista y patriarcal que nos ha hecho creer que solo lo que Ellos hacen es importante, haciéndonos ver como «el segundo sexo», el «Otro», como dice Simone de Beauvoir y que por lo tanto, la historia nuestra no es importante. «Si hubieras sido hombre hubieras llegado a ser lo que querías ser y seguramente con muchos menos obstáculos» le dice su hija.

La percepción feminista la ha llevado a pensar que la visión que Ella tiene de los acontecimientos de su vida durante el tiempo que estuvo militando solamente Ella la puede tener porque si bien es verdad que fueron vividos por muchos y muchas, solo Ella puede interpretar hoy una cantidad de detalles que antes se veían como algo natural y sin importancia y que a la luz de los años se analizan como determinantes en la vida de la mujer.

Hoy, Ella conociendo las teorías feministas, que nunca en su vida académica conoció, ve en su experiencia de vida una oportunidad para relacionar las teorías que tantas y tan grandes mujeres han estado haciendo durante todos estos años, con los hechos vividos por Ella, para comprender hasta qué punto las mismas mujeres «de avanzada» han reproducido el sistema patriarcal pero también hasta qué punto han aportado para que las mujeres tengan otra imagen ante la sociedad y la cultura.

Ella hoy se reconoce como ignorante respecto al concepto de lo que es el Feminismo, no lo conocía, es en este último tiempo que sabe de esas mujeres intelectuales y guerreras que han elevado las luchas femeninas como luces de esperanza para quienes buscan una sociedad más libre y más humana. Se siente complacida con quienes han sabido plasmar en palabras todo lo que Ella ha vivido como mujer, ha interpretado y se ha identificado con los escenarios que a las mujeres latinoamericanas del siglo XX les tocó experimentar.

El concepto «Feminismo» se había ido formando en Ella a partir de sus primeros años de intelectualidad en los años setenta, después de haber salido del colegio cuando Ella estudiaba Sociología, leía a Angela Davis, seguía con entusiasmo la revuelta de Mayo del 68 en París, le gustaba lo que escribía el maestro Fernando González, el Nadaismo, Albert Camus, la marihuana y la minifalda; Simone de Beauvoir, a quien no entendía mucho por parecerle demasiado filosófica y cuyo texto guardó durante más de cincuenta años hasta hoy que lo ha desempolvado.

Ella buscaba «la acción»: su interés principal estaba centrado en la tarea de lograr el socialismo, «o lo que yo creía que era el socialismo para Colombia», dice Ella. Y por eso también leía *Las venas abiertas de América Latina* y se estremecía y claro, se sentía marxista por entender que lo que mueve la sociedad es la lucha de los contrarios. Siempre ha sentido que es importante la conspiración: «darse cuenta de que estamos en un conflicto en el que tenemos que estar no solo a la defensiva, sino entender que esto se trata de una lucha de clases y tener claro quiénes son nuestros amigos y quienes nuestros enemigos».

Ella veía a la clase social como la determinante de los problemas de desigualdad y discriminación que existen en la sociedad y creía firmemente que la tarea del momento era pelear para llegar a la toma del poder. Ella cree que nació para pelear porque, desde niña, las cosas que le molestaban la enfurecían y Ella vivía

furiosa con lo que veía: el imperialismo norteamericano, los ricos, los gobiernos arrodillados, gente con hambre; para Ella su ideal de acción estaba en la lucha armada y la justificaba, por eso su línea era Che Guevara y la Revolución Cubana. Ella consideraba que la lucha feminista vendría dentro de los avances del socialismo y que el existencialismo, el hipismo y el anarquismo eran lujos que se podían dar los países del llamado primer mundo y que serían pasos que se darían en América Latina mucho más adelante cuando se implantara otro modelo de distribución de la riqueza.

Ahora, con sesenta y ocho años de edad Ella se da cuenta de que es afortunada de tener el momento para revisar su experiencia de mujer militante política y darse cuenta de que se es feminista desde siempre porque cuando una mujer está luchando contra la injusticia, contra la opresión, contra la desigualdad es porque también está luchando por las otras mujeres y por lo tanto también es feminista, lucha por la mujer popular.

Ella y su militancia

Ella era asignada para tareas específicas, su imagen de señora era muy favorable: llevar armas para un sitio u otro de la ciudad, hacer la entrada a los operativos, hacer inteligencia... Fueron varias las veces que tuvo que disfrazarse, es decir ponerse falda, tacones, maquillarse y hacerse moña con el pelo, en los operativos casi siempre la ubicaban en la contención, es decir estar afuera vigilando la llegada de la Policía, a Ella no le molestaba pero le gustaba más entrar al operativo.

En el escrito desarrollado por Ella en 2007 «Yo en el M-19», narra de manera general su experiencia vivida durante ocho años como militante del Movimiento 19 de Abril M-19:

> «Desde el primer día se me habló de la Organización Político-Militar OPM de la cual hacían parte la militancia y los colaboradores; yo inmediatamente manifesté mi interés de unirme a la OPM como decidida activista política y militar. A los ocho días ya yo estaba saliendo de mi casa, en la que convivía aún con la familia de mi ex esposo, a extrañas horas, sin ningún horario fijo y sin tener ningún vínculo de amistades conocido por nadie. Recibí instrucción de manejo de armas y empecé a participar

en operativos de «recuperaciones» y «propaganda armada». La toma de carros de leche y de pollos para ser llevados a los barrios populares, alguna vez llevamos tejas y otra vez colchonetas; la quema de buses cuando había que apoyar protestas populares, el cierre de avenidas para realizar actividades de propaganda o de distracción, la toma de misas, las tomas de buses de trabajadores, las recuperaciones de taxis para operativos grandes; fueron mis primeras actividades. Me sentía completamente realizada, llegaba a mi casa con una sonrisita que nadie podía identificar.

Más adelante participé en operativos de mayor compromiso como fueron asaltos a bancos, a nóminas de empresas, a carros de valores y propaganda armada a más alto nivel como fue la toma del Monumento a los Héroes donde desplegamos las banderas y las pancartas de Bolívar y Alvaro Fayad en su cumpleaños. Participé en reuniones compartimentadas con los mandos de la Organización y tuve la gran oportunidad de mi vida: viajé al Cauca donde compartí caminata de doce días con Carlos Pizarro por la cordillera y participé en la reunión del «Reencuentro» con toda la comandancia, hecho que llenó mis expectativas de juventud y me hizo aspirar a algo más: ¡ser comandante guerrillera! En las tres ocasiones que estuve en el monte, me di cuenta de que para ser valorada como combatiente, más que como mujer, yo debería tener rango militar y desde ese momento insistí en que a los militantes de ciudad se nos adjudicara rango; esta insistencia y el hecho de que en todas las discusiones políticas manifestaba mi convencimiento de llegar a la toma del poder a través de las armas hicieron que yo llegara a ser Instructora Militar de Milicias sin saber mucho de armas ni explosivos pero sí un poco de clandestinidad, orden cerrado y estrategia; trabajaba con los colaboradores y milicianos de todas las zonas donde hacía presencia el M-19 en Bogotá y colaboraba en operativos realizados por las Fuerzas Especiales de la Organización, así fue como recibí el rango de Capitana de la Fuerza Militar.

Estuve en el Tolima en las conversaciones de paz con el Gobierno dentro del grupo de seguridad de la Comandancia, escuché todos los debates y analicé las posiciones de cada uno de los integrantes de la Dirección Nacional que allí se hicieron presentes, los conocí en su dimensión humana y política y llegué a la conclusión de que el Movimiento era infinitamente más grande que sus dirigentes; para mi pesar también entendí que el rumbo que estaba

> tomando el conflicto armado en el país obligaba al M-19 a tomar un camino decisivo hacía la vida pública en la que todos nos identificáramos con el cambio social y político que nos llevara a la paz. Tuve mis dudas frente a lo que seguiría para nosotros y para el pueblo, lamenté defraudar a tanta gente que nos apoyó y que seguía creyendo en la lucha armada, tuve mis prevenciones hacia muchos de los compañeros que empezaron a trabajar públicamente a nombre de El Eme y sobre todo sentí una gran desconfianza hacía el Gobierno, hacía las fuerzas armadas y hacía la oligarquía.

De sus primeras experiencias en la organización conserva Ella varios escritos, dentro de los cuales se conocen detalles de las mujeres que compartían con Ella estas experiencias, mujeres tanto del Movimiento como del pueblo a los que Ella se acercaba. El siguiente relato fue escrito por Ella en 2003: «Pollos en Poncheras», en el que narra la toma de un carro de pollos en el barrio Poncheras, en los límites entre Bosa y Soacha:

> «Inicialmente pertenecí a la OPM, organizada en comandos dedicados especialmente a hacer «propaganda armada» mediante la cual presionábamos una tregua y un diálogo nacional, esa era nuestra consigna en los inicios de los ochenta: «Por paz, tregua y diálogo nacional».
>
> Es así como frecuentemente nos tomábamos misas, buses y carros con víveres para llevar a los barrios, recuerdo especialmente la toma de un carro de pollos en el barrio Poncheras en los límites de Bosa y Soacha. Mi tarea asignada era la de hacer contención, es decir cuidar y evitar la llegada del «enemigo» como llamábamos a la Policía o a cualquier otro que tratara de impedir el operativo.
>
> Estábamos con Elisa y Joaquín con quienes formábamos el comando y se harían presentes otros compañeros de otro comando pero de la misma estructura con quienes no nos veíamos sino en operativos.
>
> Recuerdo que estaba con Elisa parada en una esquina esperando la llegada del carro de pollos al cual ya se le había hecho inteligencia previa y sabíamos que con seguridad llegaría en ese día y a esa hora, sin embargo el tiempo pasaba y nosotras dos allí paradas ya estábamos dando mucha «boleta» por lo cual Elisa, quien era el mando ya estaba a punto de levantar el operativo, hasta que empezamos a ver llegar señoras con

canastos y talegos, niños con ollas, muchachos en las puertas de las casas. Los compañeros que iban a hacer la «reducción» como llamábamos al asalto del carro ya estaban aburridos en la tienda y nos hacían señas dándonos a entender que esto estaba «boletiado», que se había filtrado la información y seguramente toda esa gente estaba esperándonos.

Elisa me pidio que la acompañara a un potrero a orinar pues a ella le daba orinadera cuando tenía nervios y me pidió opinión sobre qué decisión tomar, yo estaba muy nerviosa pero no veía ningún peligro a la vista y me daba pesar que levantáramos el operativo después de todos los preparativos, la adrenalina que ya habíamos gastado hasta ese momento y la expectativa de la gente.

Decidimos entonces continuar en la acción, fue así como al regresar nos dimos cuenta de que el carro ya estaba entrando al barrio, casi tuvimos que correr para llegar a nuestras posiciones, el carro paró en la tienda, se bajó el ayudante, abrió la puerta de atrás, se bajó el chofer y entró a la tienda, a los pocos segundos volvió a salir con uno de los compañeros encañonándolo por detrás, ahí mismo todos nos pusimos los pañuelos que, en mi caso, lo tenía ya colgado al cuello por debajo de la camiseta y no era sino subirlo a la nariz; eran pañuelos azul, blanco y rojo con las siglas M-19 marcadas en la parte blanca y sacamos los «fierros». Yo llevaba un revólver calibre 38 que nunca había disparado pero que esperaba poder hacerlo en caso de necesidad.

Al ver esto la gente de los canastos se acercó al carro y los demás salieron de las casas a mirar y a llamar a otras personas, en segundos se llenó el sector de gente recibiendo pollos, huevos, menudencias de manos de la muchacha y el muchacho que se subieron al carro a descargarlo, la gente recibía y salía corriendo con temor, algunos se atrevían a volver.

Los niños nos miraban, yo estaba pendiente de la entrada del barrio, cuidando que no llegara nadie ni en carro ni a pie pero la curiosidad no me dejaba parar de mirar a toda esta gente pobre recibiendo lo que para ellos significaba la mitad del gasto del día o a lo mejor de varios días.

Cuando se desocupó el carro la compañera Elisa gritó: «¡Con el pueblo, con las armas, al poder. M-19!». Y nosotros repetimos, luego: «Por paz,

tregua y diálogo nacional. Retirada!». Los compañeros de la reducción salieron primero y luego nosotros los de la contención detrás, al alcanzar la avenida nos quitamos los pañuelos, guardamos las armas y cada uno por su lado.

No hubo inconvenientes y sí gran alegría entre la gente, siquiera que no lo levantamos. Me fui para mi casa que quedaba bien distante del sitio, no podía evitar reírme sola a cada instante durante todo el viaje, parecía loca, esa es la manera como se me reflejan a mí los nervios: con la risa. A los pocos días Alix, nuestro mando nos convocó a una reunión en un barrio de Bosa que, por ser compartimentado no debíamos saber dónde era, nos ofrecieron almuerzo y nos sirvieron tanto pollo que creo saber qué barrio era».

En el año 2018 tratando de recuperar el recuerdo de un hecho importante en el que Ella hubiera participado, escribió el siguiente relato al que llamó «El entierro de Pardo Leal», en el cual se muestra a sí misma como orgullosa de su compromiso y valentía. Se extraen algunos apartes del escrito:

«Mataron a Pardo Leal, ¡semejante tipo, tan claro, tan recto, tan comprometido con el pueblo! Sí, fue muy triste. Más odio y más rabia represada. Nosotros queríamos salir a la calle, hacer algo y así le dijimos a Simón: «Y claro que sí vamos a hacer algo», él dijo: «Vamos a hacer presencia en el entierro».

En esos días se habían dado las conversaciones del movimiento guerrillero y se estaba conformando la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, esto nos llenaba de ilusión a todos; era la primera vez que el ELN y las FARC mencionaban el nombre de Simón Bolívar, esto le hacía dar a uno la sensación de que por fin estábamos aterrizando todos en la misma realidad.

Simón, mi mando, me dio plata para comprar una tela blanca y me dijo que hiciera unas treinta bufandas para llevar dos días después al entierro, el día 30 de octubre de 1986, además me encargó que recogiera unas cinco armas para llevar a la marcha: íbamos a ir armados, ¡qué emoción! Por lo general no íbamos armados a las marchas en las que hacíamos presencia; además, me dijo Simón, vamos a hacer una Parada Militar.

Yo hice las bufandas de tela y recogí tres revólveres y dos pistolas, unas de ellas en el barrio Corinto donde la FENAVIP, una organización de militantes del M-19 que había construido este barrio por autogestión en Suba y que tenía allí su base de operaciones. Allí vi como los compañeros estaban pintando en el suelo una pancarta inmensa donde se leía: COORDINADORA GUERRILLERA SIMON BOLIVAR y abajo los emblemas de las FARC, del ELN, del M-19, del Quintín Lame; fue algo muy emocionante; más moral me dio para ir como fuera al entierro y participar en un acto armado.

El día señalado me fui a cumplirle la cita a Simón en el barrio Restrepo donde teníamos nuestro automático; recuerdo que me dieron como las dos de la tarde esperándolo y él no llegó (nunca supe por qué no fue) entonces decidí irme sola para la Plaza de Bolívar con mis bufandas y mi cargamento. Me puse tres en la cintura y dos en la mochila y me fui, no recuerdo haber cogido bus creo que caminé hasta allí, en esa época las distancias no eran largas para mí. El centro de la ciudad estaba militarizado y había una gran cantidad de gente dirigiéndose a la Plaza de Bolívar. Cuando llegué por la Calle 10 me di cuenta de que estaban requisando, inmediatamente me hice la loca y me bajé a la novena y subí por la 11; había tanta gente entrando que la Policía no podía hacer nada, así como no pudo hacer en las tres horas siguientes.

La Policía no daba a basto requisando y también pude buscar a los compañeros y repartir las bufandas y las armas a quienes más confianza yo les tenía, allí estaban todos o por lo menos todos a los que yo conocía, menos Simón. Les advertí a todos que debían estar pendientes porque se iba a hacer una Parada Militar.

Estaban sacando el féretro de la catedral y ya empezaba la marcha por la séptima hacía el cementerio central. Era la primera vez que yo iba a una marcha que iba de sur a norte y no de norte a sur como era lo acostumbrado. Nos reunimos muchos de los conocidos, podría decir que éramos un combo como de treinta juntos, en medio de una gran multitud, estaban allí militantes pero también mucha gente de apoyo de los barrios.

Éramos una multitud, tanto que yo estoy segura de que a mí me raquetearon en un momento y no me di cuenta quién fue; me tocaron la cintura y claro seguramente se dieron cuenta de que yo estaba armada. Eso estaba lleno de tiras (policías de civil), yo no dejaba de pensar en la posibilidad

de que se armara una balacera; en un momento se armó un algarabío y alcancé a ver cómo unas personas desarmaban a un celador. ¿Y la Parada Militar cómo iría a ser? ¿Si la iríamos a poder hacer? Tocaba pedir autorización o por lo menos informar a los líderes de la UP de que eso se iba a hacer. Me encontré con el preciso para resolver mi inquietud: con Germán, él, que era como el segundo después de Simón me dijo que «iba a ver» y ya llegando al cementerio oí que me llamaban por un megáfono: «Compañera Betty, compañera Betty»; me cogieron entre varios y me llevaron casi alzada hasta donde estaba Germán con el altavoz y me dijo: «Listo, ya pedí autorización a los de la UP, alístese a la derecha de la entrada y allí vamos a hacer la Parada, usted la va a dirigir». «¿...Cómo? ¿Yoooooo?» Me dio mucho miedo pero también mucha verraquera. Yo había dirigido algunas veces el Orden Cerrado pero nunca una Parada Militar. Me llené de valor y fui pasando la voz: todos conmigo, todos conmigo y al llegar al sitio me acercaron el megáfono y yo grité: «Oficiales de Bolívar, formación»; yo creía que irían a aparecer los cuatro a quienes les di las armas y algunos más, cuando veo que se hace una formación como de veinte o más compañeros. Y yo: «A discreción, atención, ¡firmes! Para rendirle honores al compañero Jaime Pardo Leal por toda una vida de compromiso con el pueblo colombiano, ¡armas ar!» Ahora me muero de risa recordando: ¿qué es eso de «armas ar»? El caso es que saqué mi revólver apunté hacía arriba y descargué el arma, todos los compañeros hicieron lo mismo. ¡Estábamos todos armados! Fue impresionante, cuando yo iba a decir algo más se escuchó detrás de nosotros un grito: «Ejercito de Liberación Nacional, presente, presente, presente» y ta, ta, ta, tremendas ráfagas. Fue muy emocionante, tanto que creo que es lo más emocionante que yo viví en mi vida guerrillera.

Después de eso me rodearon unas personas, en su mayoría desconocidas para mí y me dijeron: «Recargue el arma compañera», yo saqué mis balas que siempre cargábamos y recargué el revólver, me dijeron: «Salga tranquila que nosotros le hacemos la seguridad». Salí con todos, caminamos por la Caracas y llegué a mi casa después de varias vueltas, me sentía super protegida, ¡nada menos que por la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar!».

Ella y su doble rol: de ama de casa a guerrillera urbana

En su escrito «Yo nací así», desarrollado en 2004, Ella narra los hechos que antecedieron a su militancia y que la llevaron a tomar decisiones que le implicaron tener que desarrollar un doble rol en su vida de madre —ama de casa— y militante política, por lo cual tuvo que vivir grandes dificultades si se tiene en cuenta que el M-19 era un grupo subversivo bastante beligerante y muy perseguido por las fuerzas de seguridad del Estado y que Ella era una señora de treinta años, de clase media, con hijos pequeños y el oficio doméstico a su cargo.

> «Era 1973 cuando conocí a un hombre que me cautivó desde el primer momento por su discurso político, su imagen, su comportamiento: no cabía duda, este hombre era guerrillero y sería quien me vincularía a un movimiento armado... No fue así. Viví con él durante doce años en los que tuve a mis tres hijos, todos varones. Me dediqué con mucho amor al hogar y a ver cómo mi marido participaba en reuniones clandestinas a las que no me invitaba, participaba en el sindicato de la empresa donde trabajaba y de donde lo echaron por izquierdista, lo acompañé en diferentes intentos de ubicación en otros lugares del país, algunos de ellos rurales, en donde yo esperaba se produjera nuestra vinculación pero esto nunca ocurrió. La rutina doméstica, la falta de alicientes personales y la subestimación de mi compañero produjeron en mí un desencanto total, lo que llevó a que tanto él como yo nos desenamoráramos y empezáramos a buscar otros caminos: para él fue más fácil, para mí fue difícil encontrar un vínculo con mi sueño pero al fin se hizo realidad: ¡Conocí a alguien del M-19! Alix María, quien me vinculó.
>
> Compartí mis actividades guerrilleras con los oficios domésticos mientras mi ex familia lo aguantó, puesto que empecé a ser señalada como prostituta por las mujeres y «liberal» por los hombres quienes se imaginaban ya en lo que yo estaba metida y vieron en mí un peligro para su reputación de líderes y grandes «cuadros» de la revolución. La casa dejó de tener un espacio para mí a pesar de que era yo quien hacía el 70 % del oficio, sufrí mucho los momentos que tuve que salir y vivir sin mis hijos y sin mis labores domésticas; en otras ocasiones traté de llevarlos conmigo y siempre las dificultades económicas me hacían volver a buscar apoyo en el ex compañero. La Organización no me daba ningún apoyo económico, difícilmente me daban para los buses. Ese trabajo y esa mística no la entendía nadie por lo que yo a nadie se lo contaba.

> Salir a las cuatro de la mañana con un galón de gasolina y un revólver escondido desde el norte de Bogotá hasta Bosa en el sur para ir a tomarse un bus de obreros de las fábricas del sur de Bogotá; volver a la casa a las nueve o diez de la mañana toda emocionada para alistar el almuerzo y los niños al colegio. Ir en la tarde a un sitio a cumplir citas o el «automático» cuando uno se perdía de la Organización, en cualquier sitio de la ciudad; volver a la casa en la tarde; comida, uniformes, dormir...».

Así describe Ella sus primeros días de militancia. No hablaba con nadie de su militancia pero ella creía que él sabía lo que Ella hacía, él veía los periódicos de la Organización, el pañuelo azul, blanco y rojo con el que se cubrían la cara, las banderas que seguro él le encontraba cuando le esculcaba. En cambio su suegra, según supo Ella, creía que estaba en la prostitución y quería que la echaran de la casa. Con él, el marido, «el papá de mis hijos», hablaban de las cosas de la casa, de los niños y dormían todos en la misma pieza pero Ella dormía en la cama de uno de los niños y otro de los niños con él; la relación de pareja era únicamente práctica y a él tampoco le importaba hacer algo para que su familia cambiara su opinión sobre Ella.

Ella sentía que su vida seguramente iba a tomar un rumbo diferente debido a su militancia y a su irregular relación con su compañero, nada que se presentara para Ella sería fácil pues no tenía ninguna entrada económica, dependía completamente de esta familia.

En 1988, Ella vivía con sus hijos en el centro de Bogotá, había conseguido un apartamento inmenso en el que habían ido a parar su ex y sus dos cuñados, su suegra había muerto y ellos fueron bienvenidos allí aunque el interés de Ella no era volver con su ex compañero, para Ella hacía rato todo había terminado pero la compañía para sus hijos y el apoyo económico seguían siendo muy importante. En cambio, al parecer él sí quería que se organizaran nuevamente como pareja, después de casi cinco años de separación, él compró muebles de alcoba, lo cual para Ella fue un tormento ya que no le gustaban los tocadores, no aguantaba un colchón blandito como aquel y tampoco quería dormir con él. Se hicieron esfuerzos, iban semanalmente a Corabastos a hacer mercado, llenaban la nevera, Ella cocinaba todos los días, lavaba mucha ropa, limpiaba, encerando aquellos inmensos cuartos con pisos de madera, toda la casa brillaba.

Ella no sentía que tuviera una obligación con él, para Ella era muy claro que por eso nunca se casó, porque no quería ni amarrarse ni amarrar a nadie,

nunca estuvo de acuerdo con el matrimonio, para Ella casarse era «darle cuenta al Estado de lo que hago con mi vida y cuando uno está en guerra contra ese Estado no es congruente ir a pedirle permiso para acostarse con un hombre o irse a vivir con él» dice. En realidad, Ella en su juventud siempre se negaba a ser ama de casa, no estaba dentro de sus planes, a pesar de eso siempre lo fue y nunca ha dejado de serlo, el oficio doméstico ha sido su principal ocupación durante toda su vida.

Ella y los hombres

En 2004 en la escuela de escritura del Colectivo se realizó este ejercicio grupal de introspección sobre el CUERPO para pensar en cómo se veían a sí mismas, cómo creían que se veían ante los demás durante el tiempo en la insurgencia y manifestarlo en palabras ante las demás compañeras. El siguiente escrito titulado «Yo – Cuerpo» contiene las respuestas que Ella plasmó en este ejercicio:

> «CUERPO – IMAGEN: para mí el pensar mi cuerpo en la insurgencia me produce nerviosismo e inseguridad ya que el cuerpo es la primera imagen y el mío por ser «voluptuoso» para algunos, especialmente mis senos, me han dado a mí misma la sensación de ser atractiva y deseada, lo cual era una desgracia puesto que todo lo que hablaba o lo que pensaba pasaba a un segundo plano.
>
> CUERPO – ACCION Y COMPROMISO: pienso que el cuerpo, mi cuerpo, definió muchos de los calificativos que en la subversión pude haber recibido por parte de los y las militantes, por mi «pinta» de pequeñoburguesa y mi hablado rolo. Creo que solo mi accionar operativo pudo hacerles caer en cuenta de mis capacidades y mi compromiso. Tuve que exigirme al máximo: el ejercicio físico, las marchas, el trote, la decisión a la hora de actuar, el polígono, eran retos para poder demostrar que una sí tenía algo más que tetas.
>
> CUERPO – DIFICULTADES: las miradas los acosos, las propuestas sexuales me incomodaban porque yo quería que me vieran más como una luchadora que como un ser sexual (así me gustara el hombre que lo hiciera). La regla, las depresiones, los malestares, me hacían sentir diferente a los compañeros hombres que pretendían verlo a uno siempre QAP. Muchas veces pensé en renunciar y encerrarme en mi casa a hacer oficio y olvidarme de «mis causas».

> CUERPO – VENTAJAS: el cuerpo femenino tiene ventajas en el accionar clandestino que se han empleado en todas las guerras y luchas populares. El transporte de material bélico, la entretención del enemigo, las labores de inteligencia, la entrada en los operativos, las postas, eran labores que una podía ejecutar con menos sospechas que un hombre. Muchas veces protestábamos porque fueran esas las tareas que se nos asignaban siempre pero realmente los compañeros tenían razón, el trabajo de «reducir» o amenazar a las personas no era una labor muy propicia para mujeres puesto que las personas asaltadas, especialmente si son hombres, le temen más a un cuerpo masculino que a una mujer.»

De su sexualidad en la insurgencia cuenta que los encuentros con los compañeros en cada cita, cada reunión, cada actividad de inteligencia y más que todo cada operativo eran para Ella como un acto sexual. Tal vez la adrenalina que significaba cada salida a cumplir citas clandestinas, el caminar por la calle, el coger un bus, el cargar armas, el cuidado de los demás compañeros, el revólver al cinto, todo esto la satisfacía más que tener un amante y salir a encontrarse con él en un hotel y hacer el amor y después irse para la casa, no, Ella se sentía felíz así a los demás no les cupiera en la cabeza nada distinto que pensar que Ella estaba vendiéndose.

Ella no esperaba tener una relación romántica con un hombre dentro de la Organización, ya su vida estaba bastante complicada, además de que la clandestinidad no lo hubiera permitido, entre menos supieran unos de los otros era mejor para su seguridad.

Ella ingresó a la Organización teniendo treinta años, esto la favorecía, ya que evitaba los acosos que los hombres suelen hacerles a las adolescentes. Durante su militancia en la OPM eran esporádicos los acercamientos con los compañeros, se veían solo en los operativos y en las reuniones de planeación o políticas y esto era casi siempre con la cara tapada, pasamontañas o bufanda como usaba Ella. Los hombres que veía eran en su mayoría jóvenes tal vez universitarios y los mandos sí eran de mayores de edad, más o menos de la misma edad suya.

Luego, en Milicias, Ella ya tuvo más acercamiento con algunos hombres, primero con su mando: pasó del mando de Alix al mando de Simón, quien dirigía el proceso de Milicias en Bogotá. Se constituyeron frentes de trabajo en diferentes

sectores de la ciudad y Ella conoció a todos los coordinadores de cada una de las zonas y casi a todas las personas que conformaban cada combo ya que Ella asistía a las reuniones de coordinación general, iba a hacer diferentes diligencias y en una época dio instrucción física y militar en cada sector. En estas estructuras Ella no se sintió ni mayor ni menor que los demás ni las demás, su presencia era aceptada sin hostigamientos por parte de los y las compañeras y cree que fue muy respetada y estimada por los compañeros.

En su accionar con las Fuerzas Especiales tuvo algunos acercamientos con los compañeros, éstos sí todos un poco mayores que Ella y a quienes Ella admiraba enormemente, pero la clandestinidad no permitía tener la menor relación aunque hubiera momentos, como en las labores de inteligencia que hubiera necesidad de actuar como pareja, era muy emocionante, allí se unían Eros y Tánatos y eso le agradaba mucho pero nunca llegó a verse con ninguno de ellos en otras circunstancias fuera de la Organización.

Fue solo hasta 1986, después de la toma del Palacio de Justicia y de haber estado perdida por más de cuatro meses de la Organización cuando fue incluida dentro de un proyecto que estaba creando el M-19 y consistía en conformar el Frente Militar Urbano FMU, donde Ella conoció a alguien con quien tuvo una relación, llegando a vivir con él unos días en Bogotá y otros días en Cali, desde donde iban a «subir al monte» a una escuela militar, que no se dio por circunstancias que Ella narra en el siguiente escrito:

> «Para completar apareció un personaje que me hizo sentir una ilusión romántica aunque en la práctica el romanticismo se quedó pendiente puesto que el ser compañera de un «duro» representó para mí el reto físico más tenaz que había vivido, ya que él me exigía más que a los demás y yo, que en esa época ya tenía treinta y tres años tenía que volverme una atleta para trotar y subir montañas, una campeona para el tiro al blanco, una fortacha para la pelea, una dura para caminar y aguantar hambre y frío, una sangre fría para las acciones militares. Hice lo que pude, creo que llegamos a querernos y él llegó a confiar mucho en mí pero no tanto como para incluirme en el operativo en el que todos fueron apresados y la mayoría desaparecidos, entre ellos él, Víctor Hugo».

Ella se sentía muy importante de estar en aquel comando dirigido por Él, con quien se realizaron importantes acciones en Bogotá. Se sentía orgullosa de participar en

cada una de las hazañas y también de ser su compañera. Él la enorgullecía y la llenaba de fuerza además de que la valoraba y le daba mucho ánimo.

En el fin de año de 1987 fue invitada por Simón a asistir a un evento de la Organización, al que llamaron El Reencuentro. Después de asegurar de dejar a los hijos atendidos por una señora amiga y compañera, Ella resolvió viajar a Cali desde donde partirían hacia las montañas del Cauca. De esta experiencia guarda algunos recuerdos que dejan ver su convivencia con los compañeros hombres y su visión de mujer.

Por fin el monte

«Bueno, pues se cumplía uno de mis sueños: llegar al monte, ¡sentirme guerrillera de verdad! Llegué sola, sin compañero y allí me di cuenta de que esto era lo primero que les interesaba saber a todos los compas, hombres y mujeres, del monte. Con los días me iba dando cuenta de que era muy importante para ellos tener compañera, no sé si igualmente para ellas pues escuché varias quejas de las chicas respecto a los celos de los hombres, las exigencias con ellas y lo aburridas que se sentían a ratos por la disciplina y el trabajo, aunque el M-19 tenía algo muy importante para ellas y era el no tener que usar uniforme, por eso mismo muchas chicas de las FARC quisieron irse para El Eme, me lo contaron ellas mismas, también decían que los hombres del Eme eran menos machistas.

Recuerdo que aquel 31 de diciembre subimos en la chiva a medio día, viajábamos más o menos treinta personas con todas las ventanas tapadas, le echaron una carpa por encima y quedamos a oscuras, a ratos prendían alguna linterna. Llegamos ya en la noche a un sitio, era una casa, no sabíamos ni debíamos preguntar dónde estábamos, allí estaban esperándonos los compañeros del monte, ¡qué alegría! Eran unos veinte tal vez, una o dos mujeres, no los vimos bien por la oscuridad y porque parecía que había afán de salir del sitio, en fila nos empezaron a entregar a cada uno un par de botas, una carpita de plástico, una pailita de aluminio que llamaban «gacha», una cuchara y una bolsa para tapar el morral que cada uno ya llevaba.

Yo pasé y me preguntaron el número del calzado, me entregaron las botas y lo demás pero me di cuenta que a mí no me dieron lo que llamaban

«carpa», que era en realidad un plástico grande con unas tiritas en cada esquina, entonces pregunté: ¿Y la carpa? Un compañero me respondió: «No, a las compañeras no se les da carpa» y mencionó algunas palabras relacionadas con armar la carpa y que se podía compartir una entre dos, no recuerdo bien qué más dijo pero el caso es que a mí me estaba dando mucha rabia tener que aceptar que armar la carpa tenía un grado de dificultad y que yo no iba a ser capaz y que por lo tanto me iba a tener que arrimar a un hombre y eso me preocupaba, íbamos con los compañeros de Milicias de Bogotá pero no tenía confianza con ninguno como para pedirle cambuche.

Allí empezó la caminata de seis días que fue interrumpida a medianoche para desearnos el felíz año 1988, comernos unos sánduiches que repartieron y tomarnos un sorbo de vino y otro de champaña que alguien había llevado. Esto lo hicimos sin desbaratar completamente la fila y en la mitad del monte nos abrazamos con quienes teníamos más cerca. Fue bonito pero yo no pude apartar de mi mente a mis hijos en Bogotá, sentí tristeza y culpabilidad. ¿Sería yo la mamá más mala del mundo?

Al día siguiente caminamos todo el día, solo paramos en una casa donde nos dejaron descansar y comer, algunos compañeros prepararon comida. Al llegar la tarde, muy cansados y trasnochados paramos donde se iba a montar el campamento, todos sacaron sus carpas y yo aún no sabía qué hacer, no veía a ninguna compañera en la misma situación que la mía. Pensé en pedirle «posada» a Benjamín, compañero coordinador de la que llamábamos Zona Puente en Bogotá y con el que tenía mucha confianza ya que en la casa de él se hacían reuniones frecuentes y su mamá era muy especial conmigo. Le ofrecí los plásticos y los periódicos que Víctor Hugo, que me había aconsejado llevar y que yo tenía juiciosamente doblados en mi maleta, Benjamín me puso muchos peros a la posibilidad de recibirme y al fin entendí que para cada uno de ellos era muy comprometedor recibirme en su carpa, eso seguramente ya creaba un chisme que les preocupaba más a ellos que a mí, porque yo tenía muy claro que más que compañero de sexo o de romance lo que me importaba era tener dónde dormir.

Fui afortunada por dos noche de haber compartido carpa con Pacho y Lupe, quienes me dieron «posada» hasta que encontré cama franca dónde meterme.

En el camino nos encontramos con los compañeros de Cali, algunos que ya había conocido en el trabajo con las Fuerzas Especiales, todos creídos, luciendo sombreros blancos, «qué boleta», comentamos los de Milicias, «tan clandestinos y dando tanto visaje». Nos cayeron mal todos, además llevaban dulces, enlatados y trago en sus morrales... Lo supimos por la basura que dejaban en el camino y por lo borrachos que los veíamos a veces. Yo no lo podía creer, tanto que los admiraba y alcancé a estimar a algunos con quienes trabajé en Bogotá y se portaban como completos burgueses.

En el grupo estaba un compañero con quien habíamos hecho inteligencias, me saludó y conversamos, supo que estaba sin cambuche y me invitó a compartir el de ellos, el cual era una carpa inmensa donde cabían más de veinte personas, acepté no muy complacida pero ya era tarde y no había remedio, cosa que lamenté hasta el amanecer porque ni al compañero ni a mí se nos había ocurrido hacer el amor en medio de aquella concurrencia, como sí lo pensaron aquellos solidarios compañeros quienes no hicieron sino molestarnos toda la noche y criticar al compañero por haber llevado una mujer al cambuche, se reían, simulaban jadeos y besos, estaban tomando y llegaron a ofenderme, el compañero no les paró bolas, me abrazó y no se paró de ahí en toda la noche, siempre lo he querido por eso. Al amanecer salí corriendo de allí, me parecieron tan estúpidos... yo pensaba en todo lo que me necesitaban en Bogotá... Nunca en todo el tiempo de la reunión me volví a hablar con ninguno de ellos.

Afortunadamente, mis ángeles no me abandonan y un día apareció un compañero con el que me había visto ya varias veces, se me acercó y me preguntó si era verdad que había sido compañera de Víctor Hugo, le respondí que sí, a lo cual inmediatamente me ofreció toda la ayuda que pudiera necesitar, había estimado muchísimo al compañero médico y lloraba su desaparición, había compartido cárcel con él y fue Victor Hugo quien lo llevó para el monte. Cuando supo que no tenía cambuche me ofreció el suyo el cual resultó ser un «pent-house», así lo llamaban, sobre un árbol, con piso de tablas, con escalera para subir, tapado con ramas y plásticos y encima de la plaza de armas, «no era sino levantarse y quedaba uno en formación», decía él. Fue la mejor cama que pude tener los ocho días que estuvimos allí, además el compañero no se quedaba allí siempre, la mayoría de las veces no estaba y cuando venía me traía leche en polvo o pedazos de panela y queso, decía que tenía

«palancas» en la enfermería y en el rancho, nunca intentó querer ser mi novio ni mi compañero ni nada aunque había veces que quería más cariñito de la cuenta pero realmente para mí un campamento guerrillero con ropa puesta, hasta la chaqueta, el bluyín y las medias, además del fusil a la mano no era el mejor sitio para un romance y menos para una experiencia sexual. Con el compañero hasta bailamos una noche la canción *Vámonos pal monte* que sonó en su radio, que fue nuestra compañía en todas las dificultades que tuvimos en los cinco días que duró la caminata para salir de allí y llegar nuevamente a una ciudad del Valle.»

Otra anécdota femenina, que solo Ella podría contar y que se vivió en ese campamento guerrillero, «su campamento guerrillero» donde Ella se sentía realizando todos sus sueños de adolescencia, fue algo relacionado con la gimnasia, «el matutino»:

«Resulta que, en el Orden Cerrado de por la mañana se designaban tareas y se informaba sobre la agenda del día. Antes del desayuno se decidía quienes asumían las tareas del campamento, los colaboradores del rancho: buscar leña, lavar ollas, mantener el fuego, traer y llevar la remesa..., los encargados de logística para las reuniones políticas que se hacían todas las tardes en el auditorio con la presencia de la mayoría de los combatientes, los encargados de la seguridad y hasta quienes debían abrir los pozos sépticos. Mientras pude escoger, escogí participar en los ejercicios físicos del «matutino», yo conocía perfectamente las sesiones de ejercicio que hacían en el monte gracias también al comando de Víctor Hugo y a sus prácticas matutinas con los milicianos de las zonas de Bogotá donde fui Instructora de Milicias. Me gustaba mucho mostrar mi capacidad física lo cual me daba gran seguridad. El primer día se hicieron ejercicios en formación y fue una práctica excelente, al día siguiente se hizo un gran círculo en la plaza de armas para hacer los ejercicios, recuerdo que en este estuvo presente el Comandante Pizarro. Estábamos haciendo los ejercicios de calentamiento que implicaban mover la cintura en círculo, inclinarse hacia atrás, sacar el pecho, saltar, etc., cuando en una de esas miro a los compañeros y me doy cuenta de que más de uno me estaba mirando con una risita estúpida que pude identificar como morbosa, desde ese momento volteé la espalda e hice los ejercicios mirando hacia atrás y no hacia el frente. Nadie dijo nada, me sentí contenta de haberles dado la espalda pero no volví a hacer gimnasia con ellos cuando la hacían en círculo o cuando querían dárselas de verracos».

Respecto a los acosos, recuerda Ella que solo en dos ocasiones se sintió acosada por los compañeros, una vez en la ciudad, en la calle, cuando casi se ve obligada a sacar su arma porque el compañero ya quería pasarse. Y otra vez en el monte cuando un compañero de Bogotá, «hombre ilustre» ahora, pretendió que Ella le respondiera a su excitación cogiéndola en el camino oscuro casi a la fuerza. Otras «audacias» que hombres famosos de la subversión pretendieron con Ella se quedaron en anécdotas que le gustaría a Ella contar pero no lo considera pertinente pero que, a la luz de hoy, a Ella le hubiera gustado que todos ellos la hubieran visto más como una mujer política que una mujer sensual.

El acoso moral, la subestimación, la ofensa y la invisibilización de su trabajo que ha sentido por parte de los compañeros hombres en la lucha política electoral ha sido mil veces peor que lo que alcanzó a sentir por parte de ellos en la guerrilla.

Hoy, treinta años después de haberse desmovilizado el M-19, de haber muerto gran parte de su militancia, varios de ellos asesinados, me siento sobreviviente de una causa audaz que llenó de esperanza a un pueblo. Siento la responsabilidad de transmitir mensajes de valor y soberanía, confiando en que los pueblos de América Latina encontraremos los caminos para llenar nuestros horizontes de paz y dignidad (como lo dice el himno del M-19), caminos que deben ser feministas porque, como dicen las chicas ahora: «La revolución será feminista o no será».

MARÍA CONSUELO PÉREZ RESTREPO

Militante del M-19 en la década de los ochenta, firmante de los Acuerdos de Paz de 1990, licenciada en Educación Ambiental, líder ambientalista y política de Soacha.

consueloperezrestrepo@gmail.com



– MARIANA BOTERO RUGE –

DEL FEMINISMO Y MI AUTORRECONOCIMIENTO

El Derecho ha sido utilizado durante décadas como herramienta perpetuadora de un sistema profundamente patriarcal y desigual, que impide el correcto acceso a la justicia para algunas personas y promueve las actitudes de violencia contra las mujeres. El Feminismo es la mejor estrategia para la guerra de una mujer que decide adentrarse a este sistema construido en su contra, con el fin acabar la disparidad desde su núcleo y poder compartir su privilegio con quienes, históricamente, han sido ignoradas, segregadas y violentadas. El sistema solo va a cambiar cuando el feminismo permee todas las instancias del sistema jurídico colombiano.

Introducción

Mi nombre es Mariana Botero, tengo veinticuatro años y soy parte de lo que podría llamarse la «elite bogotana». Me gradué de un colegio de tradición de la capital y entré a estudiar Ciencia Política y Derecho en una de las universidades mas prestigiosas del país. Aunque siempre sentí una vocación por lo social, nunca me consideré una mujer feminista, no porque no me gustara, sino seguramente, porque no entendía lo que significaba.

Siempre pensé que la violencia no me tocaría, que mi burbuja de privilegio era lo suficientemente fuerte para mantenerme a salvo de los casos horribles que veía

en televisión, en ultimas, nunca había conocido a alguien de mi círculo social que hubiera sido víctima, o al menos eso creía yo. A los diecinueve años inicié una relación con un compañero de la universidad que se volvió un verdadero tormento, poco sabía yo que esta experiencia iba a cambiarme desde lo más profundo y me iba a encaminar a lo que sería mi proyecto de vida. Luego de dos años de maltratos, celos, humillaciones, abusos y golpes, cuando por fin salí del círculo de violencia en el que estaba inmersa, decidí que iba a trabajar todos los días de mi vida para combatir la violencia contra las mujeres. No sabía cómo lo iba a lograr, pero si algo tenía claro es que no quería seguir siendo testigo silenciosa de una sociedad permisiva con los abusadores, que perpetúa el miedo y culpa a las víctimas de su sufrimiento.

Sin embargo, esta tarea no ha sido nada fácil, pues ahora veo violencia donde quiera que miro y le temo profundamente a esta sociedad patriarcal. Después de aceptar que fui víctima de una relación violenta, empecé a notar también que había sido víctima por años de un sistema lleno de violencias silenciadas y que, hasta mi padre era perpetuador de acciones que me volvieron invisible e indefensa. Como parte de mi decisión, decidí presentarme a la CLÍNICA JURÍDICA CONTRA VIOLENCIA INTRAFAMILIAR Y DE GÉNERO del Consultorio Jurídico de la Universidad del Rosario, donde he tenido la oportunidad de encontrarme como feminista y como mujer.

En el tiempo que llevo en la clínica, mi visión de lo que es el feminismo se ha expandido de forma exponencial. Si bien, evidentemente, me he dedicado a entender la teoría, he tenido la oportunidad de entender el por qué y el cómo de las teorías. Recibí mis casos un día a final de noviembre, poco sabía yo que iba a empezar un proceso de transformación personal y de conflicto constante con el Estado colombiano, perpetuador de un sistema desigual, misógino y machista. Me convertí en testigo y espectadora de la teoría que alguna vez había leído en «crítica feminista al derecho» donde se establece que «El derecho, como producto de sociedades patriarcales, ha sido construido desde el punto de vista masculino y por eso refleja y protege los valores y atiende a sus necesidades e intereses» (Jaramillo, 2000, p.122). Esta no es mi historia, es la historia de las mujeres y las vidas que represento ante una jurisdicción diseñada para mantener la impunidad y callar a las victimas.

Existe un común denominador en todos los casos que he llevado en este tiempo y es la ausencia de una debida diligencia y de un enfoque de género. En primera

instancia es importante aclarar, ¿qué se entiende por enfoque de género? Según el texto *Feminismo y política criminal* son «consideraciones a fin de reconocer y comprender las diferencias que existen entre hombres y mujeres, pero no perpetuarlas, sino más bien, propender a relaciones equitativas que reviertan el histórico rol de sumisión de la mujer» (Barra, 2019, p.47). Entonces, entendemos que el enfoque de género en el Derecho no busca, de ninguna forma, favorecer a las mujeres, sino propender por establecer condiciones más justas para las personas que, a causa de su identidad de género han sido sistemáticamente discriminadas.

Algunos creerán que este enfoque es innecesario, pero tanto en la teoría como en la práctica es claro que va mucho mas allá de un capricho feminista o de una crítica sin fundamentos. Colombia, a través de convenios y tratados ha adquirido la obligación, con sus ciudadanos y ante la comunidad internacional, de cumplir con estándares para investigar y juzgar con enfoque de género. Colombia, actualmente, hace parte de la CEDAW (Convención sobre la Eliminación de toda forma de Discriminación contra la Mujer), la CADH (Convención Americana sobre Derechos Humanos), y de la convención Belém Do Pará (Convención Interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer); y en todas estas herramientas jurídicas se les exige a los Estados parte su compromiso en relación con las garantías a las mujeres.

Es tan claro que el enfoque de género no es una cuestión política, sesgada o incluso como algunos se atreven a llamar «de moda», que el mismo Estatuto de Roma, encargado de plantear los lineamientos de la CPI (Corte Penal Internacional) constituidos hace más de veinte años, es fundado con enfoque de género. Así, el tribunal de justicia internacional permanente, a través de sus reglas de procedimiento, ha dado una lección por mas de dos décadas en lo que respecta a los principios de igualdad, no discriminación y paridad en la justicia penal. De esta forma, incluso si los funcionarios tuvieran la posibilidad de decidir qué normas internacionales quisieran acatar según lo que consideren prudente y decidieran ignorar todas las convenciones especializadas en el marco de la protección de la mujer por considerarlas sesgadas, la máxima entidad internacional sobre derecho penal les indica que deben aplicar estos principios en todas sus investigaciones y decisiones.

Los funcionarios judiciales no dimensionan cómo las pequeñas decisiones que ellos toman, porque ven los casos como carpetas, pueden estar acabando con la vida de alguien que los necesita. Sin embargo, el problema no es exclusivo de

quienes le dan vida al Derecho, pues el Derecho, en sí mismo y como ciencia, ha sido concebido como una herramienta sin alma, sin espíritu y sin sentimientos, que es completamente indiferente del sufrimiento de quienes acuden desesperadamente al mismo.

Para caracterizar mi lucha con el sistema, voy a contar la historia del señor Fermín Rojas y su hija Ana María[1], lo cuento yo, porque ella ya no puede. Ana María tenía veintinueve años y dos hijos, vivía con su compañero sentimental en un apartamento de Bogotá. A simple vista, Ana María tenía una vida cómoda, tenía un trabajo y una familia que la amaba, pero como muchas mujeres, vivía en silencio el suplicio de la violencia intrafamiliar. Nunca habló con nadie, nunca pidió ayuda, nunca hizo una denuncia y se le hizo tarde: su pareja la tiró de un tercer piso.

Un día de enero del 2017, Ana María y su compañero iniciaron una de sus peleas habituales por los celos, sin embargo, esta vez fue diferente. Cuando empezaron los golpes, ella intentó escapar del edificio, pero él se lo impidió. En medio de la desesperación, ella subió hasta el último piso del edificio para esconderse, pero él la encontró. Forcejearon durante un tiempo, él la acorraló en una esquina, no calculó la fuerza y la empujó haciéndola caer al vacío. En un intento desesperado por salvar su vida, ella se agarró a las luces de navidad que decoraban el edificio, se aferró tan fuerte que quedaron clavadas en sus manos, pero no fue suficiente y ella cayó de espaldas y murió de inmediato.

Al momento de llegar la ambulancia y la Policía al lugar de los hechos, el compañero sentimental de Ana María indicó que ella se había suicidado, que él había hecho todo lo posible por evitarlo, pero que ella se había lanzado al vacío, parecía el crimen perfecto. La autopsia y todo el levantamiento del cadáver se hicieron con base a un suicidio, por lo que se ignoraron varias muestras evidentes de violencia en su cuerpo. Luego de esto, el caso se asignó a una fiscalía de «muertes por establecer» y todo indicaba que la muerte de la hija del señor Fermín iba a quedar en el olvido. Sin embargo, poco sabía el feminicida que toda la pelea había sido presenciada por la hija de Ana María, quien hablaría con sus abuelos sobre lo que realmente sucedió y cómo esto no había sido únicamente un evento desafortunado. La pequeña había presenciado, a sus cortos diez años, la mas profunda muestra de misoginia contra su propia madre.

1. Los nombres de ambos han sido cambiados por cuestiones de privacidad.

El caso de Ana María puede parecer un evento aislado debido a lo retorcido de la situación, sin embargo, es mucho más común de lo que creemos. Alrededor de toda América Latina se han presentado casos en los cuales los perpetradores de violencia logran disfrazar sus delitos como accidentes o eventos desafortunados, con el fin de evadir la justicia. Ejemplos importantes de esto han sido los casos de María Fernanda Rico Vargas y Digna Ochoa en México o Valentina Castro en Colombia. Tristemente, esto es tan común que existen cientos de víctimas sin nombre ni justicia y según cifras del diario «El universal» de México en su publicación del 6 junio de 2019, se tienen registros de al menos 39 casos similares solo en ese país (Jiménez, 2019).

La pregunta que podríamos hacernos es: incluso si todos estos casos, realmente fueran suicidios, ¿podría atribuírsele alguna responsabilidad a la pareja de la mujer que decide quitarse la vida debido a la violencia sistemática que vive en su unidad familiar? Para muchos expertos en derecho penal no es posible, debido a que probar ese elemento de «violencia sistemática» y el nexo causal entre la violencia y el suicidio es una tarea casi imposible, sin embargo, existe un país en América Latina que sí tomó esta iniciativa. El «suicidio feminicida» nació en El Salvador luego del caso de Irma Julia Gracia de Leonor, quien se suicidó en el año 2017 luego de llevar mas de diecinueve años con su marido, quien ejercía constantes abusos psicológicos y sexuales contra ella (Sulbarán, 2018). En la actualidad, este delito da entre 5 y 7 años de cárcel y busca ser una herramienta para luchar contra la impunidad en estos casos donde, sea montaje o no, la mujer termina con su propia vida.

La lucha jurídica por erradicar la violencia contra la mujer

La reivindicación jurídica del movimiento feminista en Colombia ha tenido varios logros durante la historia. Desde la Ley 28 de 1932 que derogó y subrogó los artículos del Código Civil que sostenían los principios de incapacidad civil de la mujer, hasta el acto legislativo 03 de 1954 que nos otorgó la posibilidad de votar, se ha abierto, paulatinamente, un nuevo espacio en el mundo del Derecho (Semana historia, 2018). Durante el siglo XX se vio cómo las asociaciones y organizaciones sindicales femeninas ganaron esferas valiosas en la sociedad que, hoy en día como mujeres privilegiadas, debemos honrar. Sin embargo, los pasos mas grandes en cuanto a la lucha por la igualdad jurídica de género llegaron con los cambios políticos y económicos ocurridos en los ultimos años del siglo XX.

La Constitución de 1991 y lo que llevamos del siglo XXI han transformado el modelo familiar en Colombia y el papel de la mujer en la sociedad. Del artículo 42 de la Constitución Política se han desprendido multiples luchas jurídicas como el acceso a la propiedad rural, la ley de igualdad laboral, la prohibición de la distinción basada en categorías relacionadas con el sexo, etc. (Buchely, 2014). Sin embargo, puede decirse que el primer hito legislativo para lograr erradicar la violencia contra la mujer en el país llegó con la Ley 1257 de 2008.

La Ley 1257 del 2008 es aquella «por la cual se dictan normas de sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra las mujeres, se reforman los Códigos Penal, de Procedimiento Penal, la Ley 294 de 1996 y se dictan otras disposiciones» y fue uno de los primeros esfuerzos del legislativo con el fin de contrarrestar la violencia creciente en el país (Ley 1257 del 2008). Sin embargo, en sus más de diez años de existencia, muchos se preguntan si esta ha tenido repercusiones reales en la lucha contra la violencia de género.

La mayor crítica que se hace con respecto a la Ley 1257 es que, si bien tiene objetivos y procesos muy claros con el fin de erradicar todas las formas de violencia dentro del Estado, ha sido muy poco aplicada. Según la corporación Sisma Mujer en su texto «Informe de seguimiento a la Ley 1257: diez años de la ley de no violencias hacia las mujeres», «el modelo de intervención de la Ley 1257 propone un cambio a la forma de ser Estado, a la concepción sobre cómo abordar las violencias hacia las mujeres. Pero las instituciones se han negado a acogerlo» (Cabrera, 2019). ¿Cuál es entonces el problema? Podría ser, por ejemplo, que esta es una ley con buenas intenciones, pero aislada en un sistema jurídico donde su aplicabilidad es nula. Poco sirve una ley que sanciona la inequidad de género, en un sistema donde el resto de las dinámicas, leyes y comportamientos institucionales propenden por todo lo contrario.

Así pues, de muchas formas, la Ley 1257 resulta siendo un saludo a la bandera, pues «se ha mostrado que incluso cuando el derecho protege los intereses y necesidades de las mujeres e introduce su punto de vista, en su aplicación por instituciones e individuos moldeados por la ideología patriarcal, ha desfavorecido a las mujeres» (Jaramillo, 2000, p.122). De esta forma, si bien los impulsos legislativos como esta ley son valiosos y necesarios, tenemos que analizar el sistema de una forma más específica: desde el lenguaje jurídico y sus repercusiones. Sí, es preciso tener leyes concretas que establezcan caminos a seguir y normatividad en contra de la violencia de género, pero estas no serán aplicables si el sistema en sí mismo no cambia y esto se hace a través del lenguaje.

Poco se habla de la incidencia que tiene el lenguaje jurídico en la realidad. De esta forma, el uso o normalización de palabras en un contexto, necesariamente, pueden incidir en la forma que las personas actúan y cómo se relacionan entre sí. Como afirma la autora Elena Larrauri en su texto *Una crítica feminista al derecho penal*, «las normas que el derecho penal destina a la mujer reflejan (y construyen) una visión de la mujer» (2008, p.20). De esa manera se logró invisibilizar y normalizar la violencia contra la mujer dentro del contexto colombiano por décadas, creando instituciones que de forma consciente relegaron a la mujer a un segundo plano.

Un ejemplo de lo anterior es el delito por «violencia intrafamiliar» que en Colombia se entendía este como un delito «querellable», implicando una menor gravedad, ya que este pertenecía exclusivamente al ámbito privado de una persona, sin reconocer a la familia como un sujeto de especial protección jurídica. No se entendía la violencia intrafamiliar como un ataque directo al núcleo básico de la sociedad que debe ser reprochado y juzgado, sino como una lesión de menor importancia que no debía salir de las paredes de un hogar.

Una primera conquista hacia la protección a través del lenguaje de la mujer en el derecho llegó en el año 2012 a Colombia cuando este delito se convirtió en un delito «no querellable». La Ley 1542 del 2012, reformó el artículo 74 de la Ley 906 del 2004, código de procedimiento penal, con el fin de reconocer como un ataque contra la sociedad el violentar el propio núcleo familiar. Esta reforma logró que el delito se pudiera investigar de oficio, que no fuera conciliable y que no fuera desistible, reconociendo la importancia de prevenir y sancionar la violencia invisibilizada dentro de los hogares, que solo hasta ese momento dejaron de ser territorios autónomos dominados por hombres.

Una pregunta importante sería: ¿qué sucedió entre la Ley 1257 de 2008 y la Ley 1542 de 2012 con lo que respecta a la lucha de las mujeres dentro del Derecho? Si bien no hubo avances legislativos significativos en lo que respecta a un posicionamiento de la mujer en la sociedad, hubo un gran avance que cambiaría las dinámicas de la mujer en el Congreso de la República, la creación de la Comisión Legal para la Equidad de la Mujer. Mediante la Ley 1434 de 2011, se buscó crear un espacio para «fomentar y promover la consolidación de una política de Estado que permita el mejoramiento en las condiciones y situación de la mujer en la sociedad, para lograr eliminar cualquier situación de desigualdad y discriminación que se presente en el ejercicio de su ciudadanía» (Ley 1434 de 2011). De esta

forma, gracias a las labores de seguimiento, control político e iniciativas legislativas, la promulgación de leyes con enfoque de género aumentó como nunca antes. Esto, a su vez, permitió que Colombia adelantara sus responsabilidades internacionales adquiridas hace ya décadas con las convenciones Belém do Pará y la CEDAW.

Otro ejemplo de la normalización de la violencia contra la mujer es el atenuante de la responsabilidad conocido como «ira e intenso dolor». En esta figura se considera menos grave un hecho de violencia, cuando es cometido contra una mujer que no cumple con los estándares de «castidad y pureza» impuestos por la sociedad. Así pues, un hombre tiene la posibilidad de matar y ser cobijado y protegido por el Derecho, ya que para el sistema la víctima es él como un personaje indefenso y engañado por una pseudo bruja infiel, que decide vulnerar el derecho de propiedad que su pareja ejercía sobre ella.

La transformación de esta figura jurídica ha sido más pausada y menos exitosa que el caso de la violencia intrafamiliar. Según el texto *Ira e intenso dolor, siguen justificando homicidios por celos* publicado por la Universidad Nacional de Colombia, han existido tres principales etapas de esta figura aberrante. La primera etapa se entiende entre los años 1873 y1890, en la que el Estado atenuaba la pena cuando un hombre o un familiar de la mujer la mataba por haberla sorprendido con alguien que no fuera su esposo (Agencia de noticias UN, 2018). La segunda etapa de esta figura y tal vez más extremista, se desarrolló dentro de los códigos penales de 1890 y 1936. En estos se planteaba el concepto de «uxoricidio por adulterio», por medio del cual se podía llegar a absolver por completo a un hombre que matara a su mujer al encontrara siendo infiel o cometiendo actos deshonestos (Agencia de noticias UN, 2018). De esta manera, se propició casi cincuenta años que los hombres se convirtieran en jueces y verdugos de sus parejas, impartiendo una pena de muerte a su gusto.

La tercera etapa, por su parte, es en la que nos encontramos actualmente, donde, si bien se ha modulado el uso de esta figura con el fin de terminar con la perpetuación de desigualdad jurídica, seguimos encontrando casos donde esta herramienta se usa como excusa para avalar la misoginia, los celos y el machismo. Es así como, el artículo 57 de nuestro Código Penal indica que «El que realice la conducta punible en estado de ira o de intenso dolor, causados por comportamiento ajeno grave e injustificado, incurrirá en pena no menor de la sexta parte del mínimo ni mayor de la mitad del máximo de la señalada en la

respectiva disposición» (Ley 599 del 2000). Lo anterior es preocupante, debido a que esta causal varía la pena de una forma considerable, así pues, en el homicidio, se pasaría de un rango de 208 a 450 meses, a uno de 34 y 225 meses de condena, asemejando la gravedad de un homicidio, a la sencillez de una calumnia.

Luego de ejemplificar como el lenguaje construye Derecho y este, a su vez, incide en la realidad que vivimos es importante hablar del tipo penal del feminicidio. El delito de «feminicidio» o «femicidio» dependiendo del país, nació como una conquista política y una reivindicación del feminismo dentro de un sistema que ha sido construido desde la visión del hombre. Esta lucha, mas allá de buscar «feminizar» el delito de homicidio como indican los críticos de esta figura, busca evidenciar a través del lenguaje jurídico una realidad que se ignoró por años: los contextos de violencia normalizada. De esta forma, según la exposición de motivos de la Ley Rosa Elvira Cely, se entiende que el feminicidio es realmente «la punta del iceberg de ciclos de violencia basada en las relaciones de opresión y subordinación que las sociedades patriarcales les imponen a las mujeres en las esferas públicas y privadas y en diferentes, a menudo, formas combinadas» (Ley 1761 de 2015).

Colombia vivió, en 2012, el caso de una mujer que fue brutalmente asesinada en uno de los principales parques de la ciudad de Bogotá. El único motivo por el que este asesinato no fue una cifra más fue por la sevicia y crueldad del mismo. La Ley Rosa Elvira Cely, en honor a la víctima de este atroz suceso fue sancionada en el año 2015 y presentó la posibilidad de perseguir penalmente el asesinato de una mujer «*por su condición de mujer* o por motivos de su identidad de género» (Ley 1761 de 2015). Este, fue un paso enorme en materia penal pues, si bien desde la Ley 1257 se había hablado de feminicidio, este se entendía como una circunstancia de agravación punitiva y no propiamente como un delito, enviando un mensaje equivocado a la sociedad.

La pregunta entonces es, ¿cómo se reconoce y se diferencia un homicidio de un feminicidio? Pues para muchos, no ha quedado claro lo que significa la expresión «por su condición de ser mujer» y es importante acotar dos principales diferencias entre un homicidio contra una mujer y un feminicidio. En primer lugar, es necesario analizar el bien jurídico que se busca proteger por medio de cada uno de estos tipos penales, si bien el homicidio busca proteger la vida, el feminicidio busca proteger múltiples bienes jurídicos como lo son la vida, la dignidad y la integridad de las mujeres. En segundo lugar, mientras que el homicidio es un tipo penal de carácter instantáneo en el tiempo, el feminicidio se caracteriza por ser

mediato y paulatino, pues se configura por medio de conductas de odio anteriores o posteriores a la muerte de la víctima.

A la Ley Rosa Elvira Cely se le pueden reconocer varios logros y avances, sin embargo, es claro que cinco años después de su sanción, quedan varios retos por sobrepasar para resultar en una verdadera conquista jurídica feminista. Algunos de los avances de esta ley son la creación del Sistema Integrado de Información sobre Violencias de Género (SIVIGE), la implementación de la «Línea Púrpura Distrital» de prevención de feminicidios y violencia de género y la capacitación de servidores públicos, con el fin formar rutas de prevención, y atención a víctimas. A pesar de lo anterior uno de los retos más grandes que afronta la correcta implementación de esta ley, gira en torno a la educación y sensibilización de los funcionarios, fiscales, jueces, comisarios y servidores con el fin de que estos, no solo apliquen la ley, sino que busquen conseguir una justicia real y material para las víctimas (Arévalo, 2018).

Un problema más allá del lenguaje

Si bien, es evidente que el lenguaje tiene una influencia poderosa dentro del esquema de pensamiento y las dinámicas sociales de las personas, es también claro que no es suficiente. A pesar de los cambios en nuestro esquema jurídico en favor de la igualdad de género y la protección de la mujer, se evidencia que esto no ha sido suficiente. De esta forma, para el 2018, según cifras de ONU MUJERES en Colombia, solo el 13 % de los feminicidios en el país llegaron a tener una sentencia condenatoria (Sarralde, 2018), entonces ¿qué pasa con el resto?

Uno de los principales problemas que existen en nuestro actual sistema es la forma como se investigan las muertes violentas de mujeres. En el caso de Ana María, como el de muchas otras mujeres en el país, sucedió que toda la investigación partió de la base de una muerte accidental, sin analizar más allá el contexto de la víctima y asumiendo que, lo establecido por el feminicida era cierto: ella se había suicidado. Así pues, toda la batalla jurídica para probar la verdad ha sido un proceso en contra de la corriente, donde incluso la fiscal, está convencida de que no existe delito qué investigar. Lastimosamente, esto pasa más seguido de lo que debería pues, según cifras de medicina legal para el 2019, había por lo menos 34 600 procesos que podrían constituir feminicidios. De esta cifra, se calcula que más del 90 % se encuentra aún en la impunidad. La explicación de esto

es, básicamente, a causa de errores en las investigaciones o falta de voluntad de las fiscalías (El tiempo, 13 de junio 2019).

A pesar de que existen protocolos internacionales de investigación, emitidos por las Naciones Unidas, estos no se cumplen. El Protocolo de Minessota (sobre la investigación de muertes potencialmente ilícitas) y el Modelo de protocolo latinoamericano de investigación de las muertes violentas de mujeres por razones de género, establecen que «como hipótesis inicial se debe considerar que la muerte violenta de la mujer que se investiga corresponde a un feminicidio, con el fin de incluir la perspectiva de género como principal enfoque para la indagación de los hechos» (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 2014). De esta forma se busca que, luego de una noticia criminal sobre la muerte violenta de una mujer, se parta de una teoría del caso específico de feminicidio y este sea descartado. Sin embargo, en la actualidad esto no se aplica, pues se parte de una teoría del caso amplia, donde el feminicidio debe ser probado por la familia de la víctima.

La importancia de llevar este Protocolo de lo particular a lo general radica en el hecho de que, a partir de un delito tan complejo de probar, se supone que habrá mayor diligencia por parte de la Fiscalía. Así, se parte del supuesto de que la cadena de custodia y el tratamiento de los elementos materiales probatorios recaudados en las diferentes investigaciones son de mejor calidad y mas eficientes en casos especializados. Actuar rápido en este tipo de casos es clave, pues a medida que pasa el tiempo, recaudar información y sistematizarla es más difícil. Hoy, tres años después de la muerte de Ana María, es mucho mas delicado probar que lo que sucedió fue a causa de su condición de mujer y cada día que pasa es más probable que el señor Fermín no reciba nunca una reparación, ni la verdad sobre lo que sucedió con su hija.

Es curioso que, aunque existe normatividad internacional y una circular de la Fiscalía General de la Nación, que indican cuál es el proceso a seguir ante la muerte violenta de una mujer, este protocolo sea únicamente un saludo a la bandera. Cabe preguntarse, entonces, ¿cuál es la razón que no permite la aplicabilidad de la norma en los casos de feminicidio? Según Arbey Pedroza, fiscal delegado especializado en feminicidios en una entrevista al diario *El Espectador* en su edición del 6 de marzo del 2020 «Son múltiples los factores que pueden incidir en el ocultamiento de los feminicidios y su tipificación errada como homicidios, entre ellos: las falencias en la formación con perspectiva de género, lo cual impide que se desarrolle la debida diligencia en la investigación y la materialización de la Ley

1761 de 2015» (Ardila, 2020). Una posible razón por la que estos protocolos no se aplican más allá del papel es la ausencia de una educación en enfoque de género por parte de los funcionarios judiciales.

Otro de los grandes retos y problemas es que los funcionarios no comprenden lo que significa «investigar con debida diligencia». Muchas veces estas personas consideran que ser diligente frente a un proceso es hacer únicamente lo que la ley ordena, sin apropiarse de los casos de una manera correcta. Así pues, pueden pasar años de «investigaciones diligentes» que no llevan a ningún sitio, pero las instituciones se excusan en que, mas allá de la ausencia de efectos jurídicos, «hicieron lo que pudieron». Una investigación con debida diligencia, necesariamente, debe implicar que cada actuación responda a un por qué y haga parte de un plan metodológico, con un fin claro: conseguir la verdad.

Dentro del proceso de sistematización de las investigaciones, cada caso queda reducido a actuaciones sin sentido ni conexión entre sí, que ni siquiera quienes las adelantan entienden bien y que, en últimas, no tienen ningún efecto dentro de la indagación. En el caso de Ana María, es claro que la Policía Judicial ha adelantado varias diligencias y en eso se escuda la fiscal del caso para decir que ha hecho su trabajo correctamente. Sin embargo, después de tres años de un sinfín de órdenes a la Policía Judicial y hojas archivadas en una carpeta, no se le ha dado ninguna respuesta al señor Fermín, quien sin falta ha ido una vez a la semana desde el 2017 a Paloquemao con la ilusión de obtener buenas noticias.

Entonces, ¿qué significa investigar con debida diligencia y qué es lo que le falta a la Fiscalía para que sus procesos cumplan con este requisito? Para la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en el caso Rosendo Radilla contra el Estado Mexicano, la debida diligencia debe tener varias características, entre ellas, que las investigaciones se hagan dentro de un plazo razonable, evitando dilaciones injustificadas, dirigidas a encontrar responsables y que lleven a un resultado real que evite la impunidad. Así pues, se espera que los fiscales en Colombia actúen con determinación y eficacia para combatir la impunidad.

Además de lo anterior, es importante tener claro que al momento de analizar con debida diligencia un feminicidio, son mayores los análisis que se deben hacer (Salas, 2016). Dentro del caso de Ana María solo se ha analizado su cadáver y el momento de su muerte, sin entender que el feminicidio no es un hecho aislado, sino que es la cúspide de un marco sistemático de violencia de género. La investigación

con debida diligencia en casos de feminicidio no se trata del hecho en sí mismo o de una «sumatoria» de eventos sueltos, sino que implica un análisis profundo del contexto social y personal de la víctima.

Consideraciones finales

El caso de Ana María no es un hecho aislado, es la clara muestra de que el sistema, aún, está roto. Se ha avanzado mucho, por supuesto, pero queda una larga lista de cosas por hacer y temas en los cuales trabajar. La guerra desde el lenguaje se ha dado para permitir espacios que hace un tiempo no hubiéramos podido imaginar, pero esto no es suficiente. Hasta que los funcionarios judiciales no comprendan que el enfoque de género va mucho mas allá de un capricho feminista o un mandato vacío, seguiremos teniendo investigaciones sin un norte, niveles altísimos de impunidad y todos los incentivos para la perpetuación de la violencia contra la mujer.

Nosotras, quienes elegimos como proyecto de vida el Derecho, a pesar de ser un espacio que nos ha rechazado abiertamente por generaciones, somos las responsables de cambiar esta realidad. Somos nosotras, las mujeres que tomamos la batuta en el ámbito jurídico quienes debemos lograr que Ana María no quede en el olvido y que cada una de las víctimas de este país sea escuchada. Elegimos un camino difícil, frustrante, doloroso y oscuro, donde muchas veces no sabemos cómo actuar o de qué forma luchar para conseguir la dignidad de género con la que soñamos. Es nuestro deber romper las barreras desde adentro e impregnar este sistema, que tanto nos duele, con nuestra lucha; porque solo desde adentro se logrará un verdadero cambio.

Mi lucha con el Derecho ha sido un proceso de catarsis interno. Ha sido muy duro pasar años estudiando y entendiendo un sistema que desprecio y que va en contra de todo lo que soy. Pensé muchas veces en renunciar a ser abogada, no quería convertirme en cómplice de toda una maquinaria machista, pero no, hoy me doy cuenta de que tengo en mis manos la herramienta más fuerte para cambiar nuestra realidad. En la clínica jurídica contra la violencia intrafamiliar y de género encontré un espacio para mezclar mi vocación y proyectar mi conocimiento, de una forma que el Derecho pase de ser un privilegio a ser una herramienta de cambio. Hoy puedo decir tranquila: soy Mariana, soy mujer, soy feminista y prometo que voy a usar mi privilegio para hacer de este país un lugar más digno para todas.

Bibliografía

Acto Legislativo N° 03 de 1954. Diario Oficial de la República de Colombia N° 28649, Bogotá, 25 de agosto de 1954.

Agencia de noticias UN (2018). «*Ira e intenso dolor» siguen justificando homicidios por celos*. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de: https://agenciadenoticias.unal.edu.co/detalle/article/ira-e-intenso-dolor-siguen-justificando-homicidios-por-celos.html#

Alto comisionado de las Naciones Unidas para los derechos humanos (2016). *Protocolo de Minnesota sobre la investigación de muertes potencialmente ilícitas*. Disponible en: https://www.ohchr.org/Documents/Publications/MinnesotaProtocol_SP.pdf

Alto comisionado de las Naciones Unidas para los derechos humanos (2014). *Modelo de protocolo latinoamericano de investigación de las muertes violentas de mujeres por razones de género.* Disponible en: https://www.ohchr.org/Documents/Issues/Women/WRGS/ProtocoloLatinoamericanoDeInvestigacion.pdf

Ardila, María. (2020, 6 marzo). Justicia colombiana, en deuda con las víctimas de feminicidio. *El Espectador*. Recuperado de: https://www.elespectador.com/noticias/nacional/justicia-colombiana-en-deuda-con-las-victimas-de-feminicidio-articulo-907980/

Arevalo, Paula. (2018). *Feminicidio en Colombia: avances y retos*. Disponible en: https://www.urosario.edu.co/Periodico-NovaEtVetera/Sociedad/Feminicidio-en-Colombia-avances-y-retos/#:~:text=La%20Ley%20Rosa%20Elvira%20Cely,o%20por%20motivos%20de%20su

Barra, Francisca (2019). *Feminismo y política criminal. Feminismos y política criminal: una agenda feminista para la justicia* (pp. 41-49). 1a ed. Buenos Aires, Argentina: Instituto de estudios comparados en ciencias sociales y penales.

Buchely, Lina (2014). G*énero y constitucionalismo. Una mirada feminista al derecho constitucional colombiano*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales. Vol. 9, n.º 18.

Cabrera, Linda (2019). I*nforme de seguimiento a la Ley 1257: diez años de la ley de no violencias hacia las mujeres*. Corporación Sisma mujer. Bogotá, Colombia: Cuatro ojos editorial. Recuperado de: https://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2019/07/LEY-1257_-digital-1.pdf

Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2008). R*adilla Pacheco Vs. México*. Disponible en: https://www.corteidh.or.cr/CF/jurisprudencia2/ficha_tecnica.cfm?nId_Ficha=360

El Tiempo (2019, 13 de junio). *Vivas nos queremos, así van los feminicidios en Colombia*. Recuperado de: https://www.eltiempo.com/podcast/degeneradas/panorama-de-asesinato-de-mujeres-de-acuerdo-al-observatorio-de-feminicidios-de-colombia-367762

Jaramillo, Isabel C. (2000). La crítica feminista al derecho, estudio preliminar. En Robin West, *Género y teoría del Derecho* (pp. 27-66). Bogotá: Siglo de Hombres Editores, Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes, Ediciones Uniandes, Instituto Pensar.

Jiménez, Laura (2019, 10 de junio). Disfrazan asesinatos de mujeres como suicidios. *El Universal*. Recuperado de: https://www.eluniversal.com.mx/nacion/disfrazan-asesinatos-de-mujeres-como-suicidios

Larrauri, Elena. (2008). Una crítica feminista al Derecho penal. En: *Mujeres y Sistema Penal* (pp. 19-40). Buenos Aires: Bdef.

Ley N° 28 de 1932. Diario Oficial de la República de Colombia N° 22.139, del 17 de noviembre de 1932.

Ley N° 1257 de 2008. Diario Oficial de la República de Colombia N° 47.193, Bogotá, 4 de diciembre de 2008.

Ley N° 1434 de 2011. Diario Oficial de la República de Colombia N° 47.944, Bogotá, 6 de enero de 2011.

Ley N° 1542 de 2012. Diario Oficial de la República de Colombia N° 48.482, Bogotá, 5 de julio de 2012.

Ley N° 1751 de 2015. Diario Oficial de la República de Colombia N° 49.565, Bogotá, 6 de julio de 2015.

Organización de Naciones Unidas: Asamblea General. (1998). Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Recuperado de: https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute(s).pdf

Salas, Karla Michel. (2016). Juzgar El Feminicidio En México: Desafíos para la aplicación de la perspectiva de género y la debida diligencia en sede judicial, Maestría, Derechos Humanos y Democracia, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. México, 23 Ago 2016.

Sarralde, Milesa. (2018, 6 de diciembre). Solo el 13 por ciento de feminicidios tiene condena: Naciones Unidas. *El Tiempo*. Recuperado de: https://www.eltiempo.com/justicia/investigacion/naciones-unidas-advierte-sobre-impunidad-en-colombia-en-crimenes-contra-mujeres-300772

Semana historia. (2018, 12 de enero). La historia del derecho femenino. *Revista Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/nacion/articulo/la-historia-del-voto-de-las-mujeres-en-colombia/590688

Sulbarán, Patricia. (2018, 20 de noviembre). Violencia contra la mujer: qué es el suicidio feminicida y por qué El Salvador es el único país de América Latina que lo condena. *BBC Mundo*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-45883882

MARIANA BOTERO RUGE

Profesional en Ciencia Política y Gobierno, estudiante de derecho y candidata a especialista en Ciencias Penales y Criminológicas. Miembro de la Clínica de violencia intrafamiliar y de Género del Consultorio Jurídico de la Universidad del Rosario y crítica feminista del derecho.

mariana.boteroru@urosario.edu.co



– MARIBEL ELISA ACEVEDO VALBUENA –

LA MUJER DE SAN MIGUEL DE SEMÁ, ORGULLOSAMENTE CAMPESINA

Las campesinas somos mujeres
que amamos nuestro país
y defendemos nuestra tierra.

Guerreras, soñadoras, capaces de transformar el mundo con una sonrisa, no se doblegan ante la adversidad, leonas para defenderse y unas hormigas para su casa. Así son las mujeres campesinas de esta parte del occidente alto boyacense.

Llenas de fortalezas y sueños, así son aquellas mujeres que, a las dos de la mañana, cuando apenas nace el día, salen de su hogar a enfrentar las faenas del campo, dejando a sus pequeñas hijas e hijos al cuidado de un abrigo y de alguna persona mayor. Cada mujer se dirige a cumplir una de las ocupaciones más sacrificantes y menos recompensadas: el ordeño, un oficio que no tiene tregua, no reverencia festivos, no contempla dolor y no permite que se evada el compromiso.

Va con paso firme y apresurado, con la frecuente compañía del inclemente frío de la madrugada, armada de valor y con la mente puesta en su hogar, allí donde quedaron sus hijos. Se dirige hasta el hato, en donde hay cientos de ejemplares vacunos que la esperan sin falta para empezar el encuentro productivo, una tarea que da identidad a la región. Tiene sus manos encallecidas por el rigor del trabajo repetitivo que ha tenido durante años y siempre a la misma hora, pues, solo a ella se le encomienda un trabajo que, sin su cariño y entrega o en otras manos, no funcionaría de igual manera.

Sonriente, pujante y orgullosa, la mujer campesina de San Miguel de Sema desempeña la labor que le garantiza el sustento vital de su hogar. Con manos rápidas, mágicas y expertas, culmina su trabajo de la madrugada y cumple, así, la primera jornada del día. Regresa a casa y, en ese transcurrir, el azul del cielo se confunde con el verde de sus campos y el suave aroma del café se mezcla con el olor a leche fresca, sello y excelencia de todo el valle sanmiguelense.

Por la altitud, el clima de la alborada es implacable; en las madrugadas, el hielo lacera hasta sus huesos, es la compañía permanente para volver al hogar. Gracias a su prisa, llega a tiempo para preparar el desayuno de sus hijas y sus hijos, quienes, con ansia, la esperan para ir al encuentro con la academia. Aún con sus manos temblorosas por el frío, acaricia suavemente sus cabezas y, con prontitud, mientras las niñas desayunan, trenza sus cabellos. A todos, les alista sus maletas y, sin siquiera haber probado un tinto, en tiempo récord, les deja preparados para salir, alentada por la idea de que, algún día, serán mujeres y hombres de bien y tendrán trabajos que dignifiquen su vida. Es una mujer orgullosa de ser campesina, a la que no le afectan lo duras que puedan ser las jornadas de trabajo mientras que a sus hijos no les falte nada.

Así son ellas. Pronto se quedan solas en su hogar y apenas tienen tiempo para tomar un desayuno. Y, mientras lo hacen, están pensando en la preparación del almuerzo para cuando sus hijos regresen del colegio. No hay tiempo de descansar. Arreglan la casa y, rápidamente, prenden un fogón y ponen encima de él unas cuantas ollas; mientras todo se cocina a fuego lento, se alistan de prisa para ir a la infaltable segunda jornada de trabajo.

Salen de prisa bajo el Sol implacable o quizá desafiando un torrencial aguacero. El horario es exacto. La cadena láctea no da tiempo de espera. Aquí no hay excepciones, no hay remplazos, no se permiten llegadas tarde. Este trabajo no respeta enfermedad e inconvenientes familiares, no hay razón para justificar ausencia. Estas valientes mujeres, llamadas *hateras*, se vuelven indispensables, pero, no por esto, son valoradas o su trabajo es mejor remunerado.

Campesinas, sí, y no son solo aquellas que ordeñan; son, también, quienes labran la tierra y cultivan SEMILLAS DE AMOR esperando cosechar todo aquello que sus manos han plantado, para llevar sus productos hasta los sitios más lejanos. Pero, hay una arraigada realidad: a lo que con tanto amor han sembrado, no se le reconoce el precio justo, son otros quiénes reciben los mayores beneficios.

Campo, bendito campo. Él ve cómo miles de mujeres entregan lo mejor de sí esperando un futuro mejor para sus hijos y que otros no los sometan por falta de estudio, de oportunidades de trabajo, de proyectos que hagan visible al campesinado, que valoren sus esfuerzos, que se les permita volar libremente y ser dueños de sus propios sueños.

Las mujeres campesinas son entregadas, comprometidas, responsables, honestas, trabajadoras, no tienen tiempo para ellas, no piensan en otra cosa más que en sus familias; muchas veces, se olvidan de que ellas también son importantes y necesitan del cuidado de otros para seguir hacia su horizonte.

No conocen otro espacio más que su propio campo y, aun así, defienden su terruño como si hubiesen recorrido el mundo entero. Hablan de él con propiedad, no necesitan importar palabras para dibujar la belleza y majestuosidad de su entorno. Ellas son sabias, son profesionales en medicina, curan el alma con palabras y, con unas cuantas hierbas, logran calmar cualquier dolor físico. Su *jacuzzi* es un río, tienen un club de su propiedad y es el infinito de los verdes y fértiles potreros; tienen un techo tan amplio, que las cubre donde ellas estén: es ese cielo majestuoso sanmiguelense que con su bondad natural irradia destellos de belleza por doquier.

Las mujeres rurales de esta comarca sanmiguelense sufrimos igual que todas las demás mujeres. Nos escondemos en un rincón tras el silencio y la desolación. Nos ocultamos en nuestros pensamientos por miedo; miedo a la soledad, al fracaso, a la discriminación, a la crítica, a la violencia, a la burla, a que los demás no escuchen nuestra voz. A pesar de los gritos, los golpes físicos y emocionales que recibimos a diario, ya sea de nuestra pareja o de una sociedad injusta que indolente mira lo que nos pasa, resurgimos en medio de la incertidumbre y combatimos contra la adversidad.

Mientras engalanamos nuestras viviendas, pensamos en lo maravillosa que es la vida y lo mucho que valemos, así nos acongoje el que no hayamos podido alcanzar algunos de nuestros sueños. La ilusión suele apagarse por aquellas ilusiones incumplidas que nos fijamos cuando éramos niñas. Ambicionábamos ser un día unas grandes profesionales, unas madres ejemplares, unas grandes lideresas que trabajaríamos por el bienestar de nuestras comunidades, por la defensa de los derechos de las mujeres... Por los de aquellas a las que tampoco han escuchado y que hoy, solo están arreglando su casa, porque no hay otra oportunidad de volar más alto.

En nuestras mentes, resuenan las voces de la nostalgia, de la alegría, del clamor de otras mujeres que quieren salir de un círculo vicioso que no les ha permitido llegar a nuevos escenarios, por el temor al reproche de la sociedad o de sus mismas parejas que gritan, constantemente, diciéndoles «no» a la posibilidad de verlas más exitosas; suenan las voces de tantos proyectos que aún no se han realizado, pero, también, suenan las de la esperanza y el renacer.

Nosotras, las campesinas, somos románticas, porque somos únicas, soñadoras, capaces de transformar el mundo con nuestra sonrisa. Desde nuestro rol, cualquiera sea, somos unas guerreras invencibles que encontramos en el romanticismo el lenguaje para comunicarnos con nosotras mismas y con el mundo entero. Somos románticas por naturaleza, porque vivimos, porque sentimos, porque podemos y porque soñamos.

El camino que nos trazamos está en la ruta de la libertad, en la capacidad de creer en nosotras mismas y en otras mujeres que, como nosotras, son capaces de dejar y vencer sus miedos para poder gritarle al mundo entero que aquí estamos; para hacerle saber que, aunque la sociedad nos haga invisibles, somos invencibles y caminamos a pasos agigantados para llegar hasta nuestras metas y a lo que anhelamos ser.

En nuestro diario vivir, se asoman aquellos rostros tímidos, marchitos por la edad, de mujeres valientes que quieren volar tan alto como puedan y llegar muy lejos, siempre y cuando no les mutilen sus alas; rostros de niñas, de jóvenes, de adultas, de ancianas, de mujeres que, con su singular belleza, logran la admiración de muchas personas que se ven reflejadas en ellas; de mujeres empoderadas, de poderosas líderes, rostros únicos.

Como mujeres, orgullosamente campesinas, nos gustaría estar aquí, estar allá, estar en cualquier parte del mundo en donde la magia de las palabras pueda convertir las tristezas en alegrías, en donde el poder femenino esté reunido y en donde, en una sola voz, todas unamos nuestros esfuerzos para transformar el entorno.

En el campo, vemos mujeres valientes, campesinas sin miedo de hablar, con ansias de gritar a otras mujeres que no permitan que acallen su voz, pues, no hay tesoro más preciado que ser mujer; de decirles que somos las únicas dueñas de nuestra mente, nuestro cuerpo y nuestras ideas. Que somos mujeres líderes,

comprometidas, que amamos a nuestras familias, que confiamos en nuestras comunidades y las apoyamos y que creemos en los sueños de otras mujeres.

Como a todas las mujeres, nos gusta la casa y nos gusta la calle; ambas son refugios especiales. La casa: nuestro hogar, encuentro sagrado con nuestra familia, en donde se esconden mil emociones; allí entregamos todo lo mejor de nosotras para que un día los seres que ahí viven sean modelo de sociedad. La calle: en donde vuela nuestra imaginación y, al paso de miles de personas, nuestras ideas son transportadas por el viento; en esa calle, un poco tensa y soberbia, que se pierde en medio de una sociedad injusta, también se nos da la oportunidad de prepararnos para lo bueno y lo malo; en ella, hallamos amigos y, numerosas veces, contradictores. Para muchas mujeres, la calle es el escape de una realidad que se esconde en su casa y que, en ocasiones, nadie la sabe, nadie la ve; solas ellas, con su dolor y de manera valiente, callan para no denunciar y ser juzgadas por una sociedad crítica que no la apoya.

MARIBEL ELISA ACEVEDO VALBUENA

Hice diplomados en formulación y gestión de proyectos y políticas públicas y en gobernanza global y territorial. En 2016, recibí el premio Mujer Comfaboy, que resalta la labor de la mujer en el departamento de Boyacá, por el trabajo con las mujeres. En 2017, fui seleccionada entre las diez finalistas al premio Mujer Cafam, por la labor con mujeres y jóvenes campesinos.

En 2019, fui elegida concejal para el periodo 2020-2023, premio que, estoy segura, conseguí en reconocimiento a una trayectoria de liderazgo por más de 13 años. Pero el honor más grande y mi mayor orgullo es el cargo más importante: soy madre de 9 mujeres, y abuela de tres nietas y un nieto. Por ellos y por todas las mujeres seguiré luchando en la defensa de sus derechos.

maribelelisa@hotmail.com



– MICHELLY GIRALDO PALACIO –

PECCATA MINUTA

Monólogo a siete voces

Águeda • Voz 1 • Voz 2 • Voz 3 • Voz 4 • Voz 5 • Voz 6

CAPÍTULO 1. Campo

Águeda: No creo en cuentos de hadas. El mundo real es mucho más extraño que eso. Siento en mis huesos cuando algo malo va a suceder y no sé cómo explicarlo... Algo ha sucedido, siento frio y tengo miedo. Recuerdo el evento más grave que padecí a la edad de solo 6 años. Quise ser escuchada, es lo único que siempre he querido, pero eso nunca pasa. Nadie escucha en casa y ya es tiempo de romper el silencio. Él ya no está. Ya no le temo. Ahora, solo siento alivio. Mi nombre es Águeda Vásquez y hoy les narraré la historia de cómo mi vida estuvo llena de abusos y, aun así, nunca dejé de ver la luz.

Voz 1: Grabación número 24.985, jueves 24 de agosto de 2000. Son aproximadamente las 6:04 de la mañana. El sujeto viste un pantalón gris y una blusa de color blanco de tipo pijama. Porta en su mano izquierda un rosario y en el dedo anular de la misma mano un anillo. Tiene el cabello negro y el iris es de color miel.

Águeda: En 1982, a la edad de 14 años... ¿Qué dices? Por favor, aparta esa luz de mi cara que no puedo ver nada... ¿Por qué hace tanto frío?

Voz 1: El reflector ultravioleta aún causa un insustancial reflejo involuntario de las pupilas. A ver, a ver... Qué tenemos aquí. ¡Vaya! ¡Sí que estás llena de sorpresas, lindura!

En 1982, la niña tenía 14 años y salía en las mañanas a una ruta cotidiana que la conducía hacía el centro del pueblo. En este recorrido, percibía el olor del maíz crudo en los maizales y de maíz recién cocido de las casas aledañas. Pasaba siempre por una casa vecina en donde, uno de los sujetos que, al parecer, vivía ahí, la miraba con gesto lascivo. La mamá la mandaba cada jueves a comprar el revuelto de la semana. El sendero...

Águeda: ¡Así es! El sendero es un pequeño escape mientras llego a mi destino. Sabía que pronto debía regresar a casa. El vecino de la casa con olor a maíz recién cocido venía corriendo desnudo hacia mí, me dio pánico verlo así y no sabía qué hacer. ¿Por qué me persigue? Nunca le di motivos para hacer tan ridículo espectáculo. Lo único que se me ocurre es salir corriendo y dejo caer el revuelto de mamá. Corrí tan rápido que no me percaté de que ya lo había dejado atrás y que los pies me sangraban. Algunas piedrecillas me impactaron, tenía puestas unas sandalias viejas. El camino se alteró, de manera que demoré más de lo habitual para llegar a casa. Parece que sucedió ayer. ¡Podrías apagar la luz! ¡Por Dios!... Y cierra la ventana, el aire está congelando mis huesos, siento la espalda... Es como si estuviera desnuda.

Voz 1: 1, 2, ... 6, ...12, ... Equimosis subcutáneas.

Águeda: No me distraigas, me confundes, estoy tratando de contarte como inició y terminó todo en casa. ¿Ves? Nadie escucha, ni siquiera tú. ¿Me dejas seguir?... ¡Gracias!

Como decía, al llegar, mi hermana Rafaela, que es la mayor, me espera en el pasillo de afuera; un pasillo pintoresco, lleno de plantas con flores de todos los colores; algunas cuelgan del techo, otras están en el piso. Herraduras de caballos clavados a la pared. Y una silla de piel de vaca. El piso es de cemento con manchitas rojas que cuadran perfectamente con el color rojo de la casa y sus vigas. Mi hermana, esa que acabo de mencionar, es una monja; tiene puestas sus vestiduras grises y es delgada como una laminilla de zinc;, me mira de pies a cabeza y me hace un gesto indicándome que me están esperando adentro de la casa. Apenas cruzo el umbral de la puerta, mamá me recibe a palmadas; es obvio que mi apariencia causa indiferencia en ella. Se imagina siempre lo peor y ni siquiera se percata de la sangre en mis pies; piensa que andaba vagabundeando con algún tipo o quién sabe qué. ¡Ja! A mamá le escasea el amor. ¿Te gustó la pequeña introducción? Eso es solo un abrebocas de lo que pasará a continuación.

Creo que lo vas a disfrutar…Yo lo disfrutaba cada vez que sentía el agua recorrer mi cuerpo.

Voz 1: Nota: este axioma nos puede servir como clave para descifrar el antecedente, ya que su particular inicio manifiesta cierto curioso padecimiento del sujeto. Procederé a leer la siguiente parte que, al parecer, promete una interesante confesión.

Águeda: Me dirijo hacia el baño que queda por fuera de la casa. Típico baño campesino, con una manguera haciendo la función de regadera, mientras que la puerta es una cortina rota; vigas de madera y, de techo, el cielo; el aire ahí es helado, muy helado, ¡qué frío! ¿Tú no tienes frío? ¡Apaga!

Voz 1: Así que se veía obligada a asearse rápidamente, pues, el aire ahí era helado. A la chica, le gustaba orinarse encima mientras estaba desnuda para aminorar un poco el frío; se enjabonaba desde la cabeza, hasta los pies, pasando sus manos por sus senos erectos. Su tez blanca se translucía con el cambio de temperatura, mientras que su vello púbico protegía aquella perfecta vagina juvenil; dentro de su íntimo baño, vio que su cuerpo no era impuro después de todo. ¡Pobre! Pensaba que tocarse era impuro. Alzar la mirada al cielo era delirante y confortante para ella, pero esta vez su mirada no vio el firmamento, los vio a ellos observándola.

Águeda: Shhh, esa parte es mía. ¡Ja, pobre!… Esta vez no veo el firmamento. Los veo a ellos, a mis hermanos, con sus caras de que pronto tendrán una erección. Les arrojo agua y apresuro aún más la corta ducha. Salgo caminando rápido. Me dirijo hacia ese cuarto compartido, el cuarto que tiene tres camas: una en la esquina, otra en la mitad y la mía en la entrada; claro, debe ser la de la entrada para que, así, cuando papá entre a hurtadillas, las demás no se den cuenta de que él está presionando su pecho contra el mío mientras yo duermo.

Voz 1: Grabación número dos, hora: 10 am. Nota: todo transcurrió aproximadamente a eso de las 5:15 de la mañana. La zona bucogingival muestra alteración desapasible. Águeda: Vaya que hablas extraño. Ya tengo sed de tanto cotorreo ¿Puedes darme agua?… Hola… ¿Nadie? Así que… Es raro, siento un sabor metálico en la boca. Bueno. Pues, pudo ser lo último que comí, Solo que no recuerdo qué fue. Cerraré los ojos, la luz se siente más brillante ahora.

CAPÍTULO 2. Cuarto.

Águeda: Nunca le cuentes a un niño sobre lo que te relatare a continuación. Seguro tendrás pesadillas después de esto. ¡Ja! Verás: papá suele llegar borracho a casa casi todas las noches, y en vez de ir directo al cuarto de mamá, sigue su camino hacia el cuarto de sus 3 pequeñas hijas. Mamá siempre lo supo, a mamá le escasea el amor. Cuando estoy tratando de quedarme dormida, escucho el diminuto rechinar de la puerta y de inmediato me pongo de lado dando la espalda. Pánico absoluto. A veces, me odio por eso; a veces, creo que es un castigo; a veces, añoro morir. Siento la mano de papá pasar por mis nalgas, mientras la otra me va girando hacia él, hasta quedar boca arriba. Ya... Ya sé que va a pasar; el aliento a borracho lo huelo a metros, así que tan solo cierro los ojos y enmudezco; es una reacción automática, como las maticas esas que hay en los potreros, ¿sabes? Esas que cuando las tocas inmediatamente se cierran; Bueno, así; son tan lindas, son mágicas, eso me gusta. A veces, mientras me penetra, deja entreabierta la boca y su baba me cae en la frente deslizándose hasta tocar mis labios. Náuseas, miedo, asco, dolor y otras veces, orgasmos. Nunca es diferente, siempre siento lo mismo. Cuando termina, me acomoda la pijama, me seca las lágrimas y me da un beso en la cabeza como queriendo decir «buenas noches» de la manera más paternal posible. Él quiere portarse como todo un padre. Y, ¿sabes? Aun así, lo amo, no conozco otra forma. Creo que a veces ese beso funcionaba porque solo cerraba los ojos y cuando despertaba ya era de día. Mamá siempre supo, pero le aterraba la idea de decir algo. No podía desafiar a la bestia, nadie lo podía domar. Sin embargo, mamá me mira y dice...

Voz 2: Es tan temprano y aún tienes ese maldito hedor. Incluso, cuando respiras lo siento a él, Águeda: ¿no te da vergüenza? ¡Ve y lávate rápido! Ahora resulta que naciste de mí para traicionarme. ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

Águeda: ¡No, mami, escúchame, no es así! Yo... No sé qué decir. Mamá me da la espalda y se va.

Así son mis mañanas, olor a sexo mañanero y salsa borracha. El hedor quedaba en el aire, nadie vio nada. Mis hermanas menores no veían ni escuchaban nada. Y es así que, por ellas, aún seguía ahí, aún seguía soportando, aun pretendiendo que mi familia es perfecta. Siempre supe que nací para esto, para soportar. No me permitiría que les pasara lo mismo que a mí. ¿Qué más cicatrices debo sobrellevar? Mamá es ruda, cree que yo le quité a su marido, a su hombre. Mi nombre es... Águeda. Tengo 31... 32 años. No recordaba que hiciera tanto frío, Mira, hasta mis manos se ven un poco moradas.

CAPÍTULO 3. Balcón

Águeda: La vida nos enseña tantas cosas duras y Dios es tan sabio que cuando tenía 16 años, a uno de mis hermanos mayores lo pasearon por todo el pueblo en una volqueta.

Y digo «sabio», porque ese fue el día en que a mamá se le castigó fuertemente. No creas que me da risa, ¡no! Solo se me dibuja una pequeñita, muy microscópica sonrisita. Estaba en el balcón sentada en una mecedora destartalada. Era tan arcaica que, con cada movimiento, rechinaba como bisagra vieja. Cuando los vi pasar, me pareció estar viendo una carroza de la Feria de las Flores, solo que sin flores, sin modelos, ni música; me paré a ver qué era y casi estiro el brazo para saludarlos. Me quedé mirando fijamente para poder ver bien quién era. Y lo vi, vi a mi hermano, le habían amarrado los brazos y las piernas, estaba amordazado. De lejos, se le veían moretones en la cara; las ropas estaban rotas y sucias. Les confieso que no sentí tristeza, no sentí nada, ya no tenía esa capacidad. ¿En qué momento se convirtió la vida de mi familia en un circo popular? Ese día... fue hermoso. El Sol hacia un buen trabajo y el frío se mezclaba entre los rayos cálidos que emanaba. A lo lejos, se percibía un sutil aroma a eucalipto hervido que me dejaba un sabor de frescura intensa en la boca. La gente se aglomeraba en la carretera, pero nadie hacía nada; ni siquiera nosotros. Sabíamos que ya no había nada que hacer, nadie dijo nada. A mamá, se le mantuvo entretenida dentro de la casa mientras pasaba la caravana de la muerte. Dios sabe qué quería yo: que ella saliera y viera tan terrible show; quería ver su penosa reacción, quería, de verdad, verla sufrir por algo.

Voz 1: Siendo ya las 11:05 am, comenzaré con el método pericial adentrándome minuciosamente.

Águeda: ¿Las 11:05 de la mañana? ¡Qué casualidad! Justo a esa hora fue que lo llevaron al potrero, lo amarraron a un tronco y le prendieron fuego. Tan solo quedaron sus dientes y unos cuantos dedos de los pies. Supimos que era él porque la ropa estaba al lado de sus restos. Lo habían quemado desnudo. Ese fue el primero de mis hermanos en morir. En el bar Las Acacias, unos meses después, el hermano del medio tuvo una discusión nocturna con un policía. Los dos estaban borrachos. El policía sacó su arma y le dio 3 tiros: ¡tan, tan, tan! Y lo dejó sin ninguna posibilidad de sobrevivir. Él fue el segundo y el último en morir.

CAPÍTULO 4. Cocina

Águeda: Mamá cree que soy la culpable por dejarme hacer eso. ¡Sí, «eso»! Así le llama mamá a las violaciones. Dice que soy aún más culpable por no tomar la decisión de irme de la casa y dejarlo atrás.

Mira, mamá: ven y te refresco la memoria un ratito no más. Las violaciones comenzaron desde que tenía 6 años. Fue mi primer orgasmo, fue una infancia que ya no era inocente. Estas violaciones... Sí, mamá: «violaciones», no «eso», como tú lo llamas, me hicieron madurar a las patadas.

Voz 2: ¡Mire!

Águeda: Mamá está cocinando y me muestra lo que prepara. Yo, con todo el cariño del mundo, me hago a su lado.

Voz 2: Para esto es que servimos las mujeres, Águeda: para cocinar, atender al marido y complacerlos con lo que el cuerpo soporte y, si esto no es lo suyo, deje que Rafaela se la lleve al convento; al menos, allá no va a enamorar a nadie. Allá si le va a tocar duro, solo podrá servirle a Dios. Escuché el otro día que se quería ir para ese convento. Por mí, está más que bien, tiene mi bendición; usted no sabe la alegría que me daría eso; y sé que a su papá...

A su papá también le va a dar gusto, sé que será así.

Águeda: Así me dijo. Quedé muda, no supe qué contestar. Por unos segundos, pensé que me diría algo lindo o que me abrazaría. Oye, mamá, dame un beso, abrázame, quiéreme como a ese gato callejero que recogiste hace un par de días; así como a él. ¡Ámame así! Ámame como me amaste dentro de tu vientre. Te hice un poema. ¿Lo quieres escuchar?

Voz 2: ¡Déjese de pendejadas! ¡No está escuchando lo que le estoy diciendo! Lo que le digo es más importante que un ridículo poema, eso es de hippies, y yo no la crie así

Águeda: Está bien. Si no quieres, igual te lo diré. Negra la noche de ese día, de la teta con sangre, leche vinagre con calostro, huele a sexo mañanero y salsa

borracha, viólame, ámame, mátame, quiéreme, gemidos de Viejo verde, con olor a aguardiente. Ven cógeme aquí y por aquí, por allá y después acá, chúpame y penétrame más. ¡Puta!, soy la puta de esta casa, la perra que gime de noche. Abre bien los ojos, no sea que te pase lo mismo. Mira a la monja de pueblo pervirtiendo a las niñas de casa... Me mira como con ganas de golpearme, pero simplemente no dice nada: apaga la estufa y se va.

Águeda: Hace frío y ciento terribles dolores en el pecho. Es como si tuviera algo pesado encima. Oye: ¿y qué tal si apagas la luz, y...? ¡Por primera vez desde que comencé a hablar me haces caso!

CAPÍTULO 5. Sala de televisión

Voz 1: Nota: estos escritos creados por el sujeto han ido aclarando cada pieza de este rompecabezas y toda la hipótesis apunta a que el provocador pudo haber sido alguien cercano.

El supuesto papá se caracterizaba por tener un mal carácter. Tanto, que golpeó en repetidas ocasiones a su esposa. Sin embargo, los vecinos y familiares lo conocían como un hombre muy tranquilo y agradable.

Águeda: ¡Ja! Si fueran solo golpes: ¡eran palizas! La pobre mamá no quedaba sirviendo para nada y, como siempre, todos callamos.

Sé que es incomoda esta historia, pero, ¡oye!: de vez en cuando es bueno escuchar las cosas malas de la vida, no todo es color rosa. Una vez pedí permiso para ir al parque. ¡Mamá, iré con un amigo al parque!

Voz 2: Lo que diga su papá.

Águeda: Papá, puedo..., ¿será que me deja ir un momentico al parque?

Voz 3: Si va con sus hermanas y de paso lleva a Danielito, sí.

Águeda: ¡No señor! Ellas no han llegado de donde la tía Lucía y Danielito ya se acostó. Además, papá, es que voy con mi amigo, él de la tienda.

Voz 3: ¿Escuché bien? ¿Con el de la tienda? ¡No! Con él, no va a salir, ¡qué se está creyendo! ¿Entonces, ya porque tienes 16 años te crees con el derecho de salir con viciosos muertos de hambre? ¡No va, y se acabó!

Águeda: Esa noche fui imprudente, lo reconozco; pero estaba harta de tanto encierro, ¡Ay, papá, usted siempre queriendo controlar todo! Adivina que hice: ¿no te lo imaginas? ¡Vamos, di algo! Pues, por primera vez, me armé de valor y me escapé sin que me vieran. Pasé toda la noche con aquel amigo que, por cierto, era muy encantador, él me gustaba. Al regresar a casa, papá me estaba esperando sentado en la silla de piel de vaca. Cuando se puso de pie, fue como haber visto al mismísimo Satanás: con el rostro desfigurado por la ira y sus

manos empuñadas, listas para boxear, me estampó un puño en la cara y fue suficiente. Caí al piso sucio, boca arriba, me sangraba la nariz y el ojo comenzó a cambiar de color; quedé inconsciente por un instante, pero me despertó una patada en el estómago que me dejó sin aire; quedé ahí retorciéndome. Un olor a margaritas marchitas sentí en ese momento. Cada vez era más difícil respirar, cada vez era más difícil no amarlo, me gané una paliza porque me lo merecía; igual como me merecí todas las anteriores, cuando volví en mí, me paré del mugriento suelo y lo hice con dignidad porque aún creía que la tenía. Entré a casa y fui directo al cuarto. Me limpié la cara con la toalla y me cambié de ropa. Solo me quedaba dormir y así aplacar el dolor. Mamá no dice nada, a mamá le escasea el amor.

CAPÍTULO 6. La Santa Misa

Águeda: No sé el año exactamente, pero sí tengo muy claro que tenía 9 años cuando supe que realmente papá era un monstruo, de esos que uno se imagina que están dentro del clóset o de los que están debajo de la cama; o, simplemente, de esos que sólo salen en las películas. Luz, frío... Desnuda yo... Mi nombre... Soy... ¡Dios, qué pasa!

Voz 1: Nota para tener en cuenta: se toman fotos de algunas señales que no son tan visibles y de los accesorios que llevaba puestos ese día.

Águeda: ¡Maldita sea! Deja de hablarme así, no sigas interrumpiendo, así nunca terminaré.

Hoy como todos los días vamos a misa de siete de la mañana. El gusto que tenía por lo religioso fue cuidadosamente inculcado desde que éramos más pequeños. Vamos mis veintitrés hermanos. Juana, Rufina, Camelia, Rafaela, Minerva, Julio, Tulio, Carlos, Arturo, Felipe, Gustavo, Teresa, Juana... Sebastián, Camilo, Sergio, María Antonia, Estela, Gerónimo, Francisco... Dios, qué infinito... Cesar, Daniel y Águeda. Las tres más pequeñas, Juana, Rufina y yo, vamos muy agarraditas de las manos, con el cabello perfectamente trenzado y ajustado por moños de tela; vestidos blancos en tonos pasteles con boleros en las mangas y en el pliegue final del vestido, medias largas que quedan debajo de las rodillas y zapatillas ajustadas de color marrón. Somos como muñecas de porcelana, perfectas en su totalidad. Papá nos acompaña como siempre. Entramos a la iglesia y nos sentamos en la banca del medio. Mamá de primera, luego Juana, le sigue Rufina y, por último, papá y yo.

Voz 1: Este señor siempre salía con un poncho, un carriel y sombrero. En el momento en el que el padre hacía la reflexión matutina, él se quitaba el poncho y se lo ponía en las piernas para tapar su entrepierna y que, de igual manera, tapara las piernas de ella. Nota: Después de haber terminado con el método pericial de una manera macroscópica, daré paso a la revisión frontal parietal, finalizando con el puente de Varolio. Corroboraré la normalidad o la anormalidad de las cisuras interhemisféricas. Traigo a colación dicho proceso a raíz de las últimas narraciones...

Águeda: ¡No..., yo...! ¡La luz! Las misas son enigmáticas. Miro el cáliz que se alza y el cura dice: «por Cristo, con él y en él, a ti Dios padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo...». Escurre su mano derecha por debajo de mi vestido, siento

como esa mano áspera va tocando mi piel. «Todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos...» ¡Cuál honor, ya no hay honor!. Sus dedos gruesos comienzan a jugar con el pequeño clítoris. «A...mén.» Cantemos todos con alegría a Dios, porque cantar es orar dos veces. Entonces cantemos hasta que me reviente.

Hay una unción aquí, Cayendo sobre mí, Llenándome, Saciando mi ser. Mi espíritu y mi alma se están llenando, con el Poder de tu Espíritu Santo. Mi vida nunca más, será igual. Tengo miedo como siempre. Solo quedo inerte. Nadie se puede dar cuenta, porque después es peor. Hay una... ¡unción cayendo sobre mí!... , llenán... dome. ¡Detente por favor, para ya! Mi espíritu y mi alma Se están llenando, Con el Poder de tu Espíritu Santo, mi vida nunca más, será igual. Mi vida nunca más será igual... En mi mundo todo está bien. Y entonces, me preguntarás: ¿Águeda, por qué no haces nada? Yo te diré: ¡tan solo tengo 9 años! ¿Ves? Además, en misa no se hacen escándalos, eso me lo enseñó mamá. Yo, tan solo palidecí. El miedo es tal que ni la presencia de Dios en este momento me apacigua. Pero Dios no está aquí, creo que se tapa los ojos para no ver lo que realmente pasa. Sólo miro fijamente el Cristo crucificado nublando cualquier sensación que eso me puede generar.

Voz 6: ¿Qué clase de monstruo o anticristo le hace eso a su pequeña hija en plena misa?

Águeda: Mamá no ve nada, para variar; mis hermanos, tampoco; los feligreses sí que menos. ¡Cómo es que nadie ve nada!... ¡Por Dios! El silencio es un asesino. Papá solo se detiene cuando debemos levantarnos en el protocolo de la misa. Así que, «hermanos, ¡ooo...ree...mos!... Dios todo poderoso tenga misericordia de vosotros, perdone nuestros pecados...». Ojalá te perdone... «y nos lleve a la vida eterna». Esperemos que te lleve a la vida eterna, amén.

Cuando ya se cansa de jugar, se lleva los dedos a la nariz y los huele. Al parecer el olor es dulce, porque se chupa el dedo índice con disimulo. Aaa...mén...

Voz 6: Algún día lo va a tener que pagar. Quién sabe cuándo, pero lo pagará.

Águeda: Bonita... mañana ese día. El cielo era de un azul agudo, el frío era calador, el olor a maíz recién cocido era alucinante. Se escuchaban el relinchar de los caballos en las calles, los saludos de los conocidos, el ladrido de los perros y el repicar de las campanas. Parecía un día diferente. Cada día pensaba que sería diferente, pero ese día tan cotidiano, papá vuelve a comer su desayuno religioso. «Y la bendición de Dios todo poderoso, Padre, Hijo y Espíritu santo descienda sobre vosotros y os acompañe siempre. Podéis ir en paz.» Ojalá vayas en paz. «Demos gracias al señor.» ¡Bravo, bravísimo Dale gracias al señor para que puedas ir en paz». Amén.

CAPÍTULO 7. Monasterio. (Las religiosas)

Voz 1: Se observan contundentes tumefacciones en el diámetro biparietal, lo que me da estelas aún más contundentes. Tengo tan solo aproximadamente una hora para terminar de desarrollar la intervención.

Águeda: ¡Shhh!... Háblame suave, me duele la cabeza...

Voz 1: En 1987, dan la noticia de que el padre padece una deficiencia cardiaca y su esposa, fuertes cefaleas.

Águeda: Ahora resulta que sabes más que yo. Escucha: pasará algo malo, lo sé. Siento en mis huesos cuando algo va a pasar.

Rafaela es la hermana mayor de todos, la primera monja de la casa. Tiene el temple de mamá y el carácter de papá, una combinación aberrante. El 3 de mayo de 1987 llega por mí para llevarme al convento. ¡Sí! Ahora lo sabes, me voy al convento. Papá no dice nada. Solo me da la bendición y mamá me abraza feliz. Les prometo a mis hermanas que las visitaré pronto. En el camino, no se dice una sola sílaba. Rafaela me mira con recelo, pero, aun así, no dice nada; el velo que tiene puesto en la cabeza se le ve horrible, las patas de gallina se le asoman a los lados de sus ordinarias gafas, su nariz ahora es más abultada y tiene una pequeña sombra en la punta que advierte el nacimiento de una nueva verruga. ¡Jajajaja! Y yo, ahora, tengo 19 años. Estoy lista para un nuevo episodio. Llegamos al convento, ese que queda un tanto lejos de casa. Me reciben dos momias algo parecidas a mi hermana, pero, una de ellas refleja amabilidad. La hermana superiora es, en cambio, cortante y directa con las recomendaciones.

Voz 1: Nota: según el expediente, los utensilios de la cocina estaban en orden, no faltaba ni una servilleta. Monasterio 1987, alrededor de las 12 del mediodía...

Águeda: ¡Correcto! Son las 12 del mediodía. Me llevan a la celda que me corresponde. Hay 6 camas, el piso se ve roñoso. Las dos únicas ventanas dan al pasillo principal de la casa. Por lo tanto, permanecen cerradas. «Gracias a Dios que no hace calor en este lugar», porque si no, ¿te imaginas el olor a pecueca y chucha que se sentiría por debajo de las vestiduras? Me río con solo imaginarlo. Todo, hasta ahora, parece ir muy bien y, entonces, la conozco, a sor Adela.

Es una muchacha de mi misma edad. Ella acaba de llegar de la Ciudad, nos hemos hecho muy amigas y la madre superiora nos respira en la nuca cada vez que nos ve hablar. ¡Apaga la luz..! Ahora estoy en mi celda. Me encuentro sentada frente al buró... ¡escribiendo mis memorias! Dios, perdóname, pero siento en mí, un calor lujurioso que recorre mi cuerpo cada vez que veo sus labios color carmesí. Cada poro de mi cuerpo se eriza con el olor que expela su piel. El pestañear de sus ojos abraza mi alma y logro perderme en ese laberinto de insaciable ambrosía. Del pecado y del caos, nací; pasé de ser deseada, a desear. Sé que ella siente lo mismo, lo sé, y sé que dirá algo así como...

Voz 4: Mi cabeza está hecha mierda. El corazón se mengua cada vez que en mis sueños estás. Me siento como esa amante guerrillera que pasa la selva a machetazos para llegar al enemigo, enemigo íntimo a mitad de la noche. ¿Esto es amor? ¿Será posible? ¿Esto es real?

Águeda: ¿El amor existe? O sencillamente será deseo, sexo, pudor, ¡qué sé yo!, no sé nada, No soy nada, nunca fui nada, pero ella me hace sentir todo. ¿Qué se sentirá besarla? ¿Qué se sentirá sentir sus pechos duros presionando los míos? No quiero dañar este pensamiento, pero a papá le daría un infarto si supiera quien soy en realidad. Pasé de ser la niña tonta maltratada, a ser una rebelde con causa, que ahora es amante de las mujeres, o, al menos, eso creo.

Voz 4: Vamos al sótano donde están los quesos maduros, muy al fondo de la última hilera. Ahí, el olor es rancio y agrio, eso me excita. ¡Ven!, vamos, déjate agarrar de la mano.

Águeda: Shhh..., no hables tan alto. Está bien, agárrame de la mano. ¿Así que nunca antes has besado a una mujer? Niega con la cabeza y me mira risueñamente con sus colosales ojos marrones. Yo tampoco, solo a mamá en la mejilla...Tan solo reímos, nadie puede arruinar tan excelso momento. Pálida e insegura, me acerco; tomo la apariencia de esos quesos, el orificio se siente en el estómago, baja mi temperatura y las manos comienzan a sudar. Que frío se siente en este lugar. Vaya si soy inoportuna. Te confieso que en este momento siento que muero de amor.

Voz 4: ¡Me arrancaste el rosario del cuello! Tenemos que controlarnos.

Águeda: Silencio. Pequemos con ganas. Reposo mis labios en los suyos. Explosión de sabores, olores, emociones, me siento viva ¡Vuelvo a sentirme humana!,

¡vuelvo a nacer! Dejé de reprimir emociones, es una locura. Ella me toca la cara y el tiempo se detiene. Ya no olía a nada, hay mucho silencio... Pero, ¡espera! Un diminuto ratón pasa cerca a nuestros pies y, en su pequeña boca, lleva un trozo de queso.

Voz 4: Mira linda, ¡qué ternura!, hasta los ratones salen de sus guaridas para vernos desobedecer.

Águeda: Reímos nerviosas, este pequeño ratón nos distrae por unos segundos. ¿Sabes? Ahora sé que es un orgasmo hecho con amor. Una vez le pregunte a mi hermano mayor el significado de «orgasmo». Su respuesta no tiene nada que ver con esto que siento, no se compara con lo que me acabas de enseñar. Y tampoco es nada parecido a lo que explican en el diccionario.

Voz 4: ¿De verdad buscaste el significado de orgasmo en el diccionario? Jajaja, eres una loquita tierna.

Águeda: ¡No!..., no te vayas, no me dejes sola, tú no... Al menos, la luz ya no está tan brillante.

Voz 1: Después de una macroscópica exploración, en el sujeto número 24.985 se puede dictaminar que...

Águeda: Ay ... Ya estoy harta de ti. Si conocieras a la madre superiora, me entenderías. Ella sospecha que soy lesbiana. De hecho, sabe que lo soy. Así que crea rumores sobre mi dudosa sexualidad. Esa vieja bruja. Lo único que quiere es meterme el dedo como todos los demás. Y, pues, lo logró, ¡sí!, así como lo oyes. Me llama para interrogarme, pues debe montar todo el teatro para no levantar sospechas. Al entrar a su oficina, solo está ella. La monja mayor con cara de zapato viejo y olor a fósforos mojados. Madre, le diré algo: no estoy de acuerdo con lo que están diciendo de mí, no soy ninguna lesbiana. Eso es pecado, ¿verdad? Yo soy un ser respetuoso, no me pueden echar si no tienen pruebas.

Voz 5: ¡Novicia Águeda!, haga silencio. ¿Cómo cree usted que me veo mejor, con velo o sin velo? Es que... tengo curiosidad de cómo me veo más linda.

Águeda: Pues, madre superiora: definitivamente, quédese con el velo puesto, así le agrada más a Dios.

Voz 5: ¡Eso!, así es como me gustan, impertinentes.

Águeda: Se dirige hacia a mí como un animal salvaje a su presa y me empuja contra la pared.

Voz 5: Te gusta, ¿verdad? Te gusta que toque tu vagina con mi mano, que luego te agarre un seno y que mi lengua pase por tu cuello, ¿verdad? Quiero chuparte toda y beber de tus tetas vino de consagrar. Sé que sientes lo mismo que yo, hueles delicioso, como para comerte a pedazos.

Águeda: Quedo sin aliento, me paralizo, no pronuncio ni una sola palabra. Y ella, al ver que no reacciono, deja de tocarme, me mira enfurecida y se va a su escritorio.

Voz 5: Vete a tu celda, reza cinco rosarios, reza y pide por tu alma sucia ¡Mira lo que me hiciste hacer! No cenarás durante una semana y pasarás todos los días a la capilla para que la limpies durante un mes. Ahora, ¡largo de aquí! Y, recuerda: te estaré vigilando.

Águeda: Mi espíritu es inquebrantable. Esta vez no renunciaré a lo que de verdad quiero, Otra que cree que me tiene en sus manos. El sexo femenino no es tan diferente del masculino, después de todo. Al salir de la oficina, no me dirijo a mi celda, sino que salgo en busca de Adela. Voy preocupada, explotaré, necesito calmarme, sé que lo lograré estando con ella. Pero no encuentro nada, se fue; la madre superiora descubrió el romance. Me detengo frente a su celda y me dejó caer mirando hacia la puerta. Una de las compañeras que pasa por mi lado dice que sus padres llegaron por ella. Papá aparece de nuevo en mis pesadillas y la madre superiora logró fastidiarme; todo, por no acceder a sus caprichos. Así que pido ser trasladada y quedar aún más lejos de casa. Había una vez... El señor es mi pastor, nada me faltará; el señor es el pastor y las ovejas se descarrilarán, no hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista. Irónico, porque papá decía eso siempre. Ahora, es distinto: hay males que duran 100 años y el cuerpo sí que resiste, así me pasa a mí, así me seguirá pasando. Nunca más volví a saber de Adela, se borró de cada rincón del mundo; no la dejé de amar, no volví a amar a nadie más, solo a ella. Pasaron años y, después de todo eso, tuve una vida tranquila en el monasterio. Viajé por muchos lugares. Incluso, salí del país muchas veces, llevé la palabra de Dios a todos lados. No se borraron de mi mente los horrorosos sucesos de mi vida pasada, pero mi alma encontró la paz que necesitaba. En 1996, a mamá le dio una trombosis que la dejó en silla de ruedas con la mitad de su cuerpo paralizado. No pude visitarla. Para entonces, estaba fuera del país. Pasarían 15 años para cuando volví a casa.

CAPÍTULO 8. Funeral

Voz 1: Hace dos días, el sujeto recibió una llamada de su hermana menor anunciándole la muerte del padre.

Águeda: ¿De qué murió? ¡Ah!, entiendo... Mañana salgo para allá. Mi hermana dice que no vaya, pues ninguno de mis hermanos quiere verme. Dice que Danielito me maldice cada vez que mencionan mi nombre. Danielito, siempre sintió celos; decía que papá tenía ojos únicamente para mí. ¡Por supuesto que sí! Solo que nunca supo por qué. Él no lo entendería.

Dice que me pasará algo malo si llego a ir. Siento en mis huesos cuando algo malo va a suceder, «algo muy malo sucedió». Debí haber escuchado a mi hermana.

Voz 1: Pudo haber sido cualquiera de los hermanos, aún no es claro; ahora bien, la hipótesis de cómo aconteció todo está en manos de la Fiscalía General. El reporte quedó de la siguiente manera...

Águeda: Llegué el miércoles 23 de agosto a las 11 de la noche. Creo que fue ayer, hoy..., no lo recuerdo bien. Volvió el dolor de cabeza y se me dificulta respirar. ¡Hola!, habla más fuerte, ya no te escucho bien, siento unas ganas incontrolables de llorar. Mamá está en su cama y papá dentro del ataúd, en la sala principal de la casa. Si lo hubieras visto, se le veía tan plácido.

Voz 1: Hora del deceso 5:15 am, el 24 de agosto de 2000, sujeto # 24.985. La causa: dos contundentes golpes que le causaron varias hemorragias internas. En el bolsillo izquierdo del pantalón, se le encontraron varias cartas de tipo autobiográfico que nos dan varias pistas sobre el agresor. El arma homicida es un martillo para machacar carne, de color plata brillante. Finalicé el análisis detallado del cadáver y pasará a ser archivado para beneficios del fiscal. El caso queda en espera, hasta encontrar nuevas evidencias.

Águeda: Yo... no sé qué decir. No lloro, solo lo veo ahí, como si durmiera. ¡Oye, papá!, por fin tuviste tu merecido. ¡Te merecías más, mucho más! Mamá está ahora postrada en una cama y tú tan rígido como siempre.

Mamá no reconoce a nadie, simplemente, solloza entre sueños y realidad. A mamá le escasea el amor, a mamá le faltó amor. Voy hacia el cuarto donde solía dormir. Está tal cual como lo dejé. Aún se percibe ese asqueroso olor a sexo aguardientoso. Y, ahora que por fin apagaste la luz, me doy cuenta de que hace ya varias horas he dejado de verla, todo es una ilusión. A las 5:15 de la madrugada, me dirijo a la cocina a servirme una taza de café; estaba trasnochada y, al parecer, era la única; mientras estoy dando la espalda a la entrada de la cocina, siento un fuerte golpe en la parte baja de mi cabeza.

La cuchara que está dentro del pocillo se incrusta en la encía y comienzo a sangrar. De inmediato, oigo un segundo golpe y este hace que caiga. No vi nada, ¡fue... tan rápido! Comienzo a ver borroso y, en segundos, todo es oscuridad.

CAPÍTULO 9. Morgue

Águeda: Por el desaguadero del lavaplatos, corre agua ensangrentada al lavarse las manos. La tabla para picar se siente fría en la espalda. Se utiliza el deshuesador, un cuchillo mediano de hoja alargada. Es el más utilizado, muy práctico para deshuesar carnes, desde la garganta, hasta la pelvis; brotan vísceras y el líquido primordial se deja percibir sin ningún control. No hay prisa, ya no duele. Papá..., mamá... No se puede olvidar el uso del descorazonador: su función principal es taladrar la manzana longitudinalmente extrayendo toda su parte central interior, donde se encuentran las pepitas y las partes más duras del fruto. El corazón, pálido e inmóvil, se pone en una caja muy cuidadosamente y se succiona el resto de la cavidad con una diminuta manguerilla para no hacer tanto desastre, si es pollo o pavo. La extracción es distinta. Después de una ardua intervención, coser es lo más fácil y divertido. Se hace con una aguja zapatera gruesa, se sutura la piel dura de un pavo, pollo o cualquier otra carne, es lo mismo. El hilo debe ser de una consistencia gorda para que, al freír o enterrar, el objeto no se abra. Tic, tac, tic, tac. La cocción es importante: gire la perilla del temporizador y, si es en forma de huevo, es mucho mejor; el cerebro se escarba, se siente suave; algunas aves, como el pavo o el pollo, no tienen. Corre líquido primordial por el desaguadero. Un poco de fingir, dos pizcas de amar y llorar, algo de dolor, media taza de unos orgasmos y penes erectos, dos onzas de vanas ilusiones y una mezcla de soledad aderezarían de maravilla al cuerpo perfecto. Adela... Sabe exquisito si se utiliza el gotero de pollo, con jeringa de tubo transparente de 30 ml, con una longitud aproximada de 28 cm; abrir las piernas e introducirlo hasta el fondo. Placer, dolor...; nada, no se siente nada. Succionas y aderezas todo con el mismo artefacto. Por último, no puede olvidarse cerrar los ojos y meterlo al horno o, en su defecto, al cuarto frio, no sea que se descomponga o termine violada y arrojada en la basura de algún callejón sin salida. ¡Ok! Me voy...

***

La confesión: todo empieza con un relato real en el que, desde la dramaturgia, se instaura una especie de confesión, un enlace emocional con quien narra y que supone un trabajo de re-significación.

MICHELLY GIRALDO PALACIO

Maestra en Arte Dramático, magíster en Dramaturgia y Dirección, de la Universidad de Antioquia. Actriz, dramaturga, directora de teatro, docente de técnica vocal y coordinadora en el Departamento de Artes Escénicas de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Directora escénica, vocal y dramaturga de las siguientes obras: «¿Quién vive aquí?» (2007), «Todos soñamos con el Amazonas» (2008), «Alma, la pequeña gigante» (2006), «El secreto de Manolo» (2010), «El callejón de los gatos» (2018) y «Roja» (2019). Directora vocal y dramaturga de «A Corto: aborto de una puesta en escena».

giraldo.michell@gmail.com



– MIRIAM ZARATE DURIER–

UNA VEZ TUVE UN SUEÑO

Escribo con el propósito de hacer visible la bondad, el amor y la sororidad entre las mujeres campesinas de la ruralidad antioqueña, que es un reflejo de la cultura nacional y que contagia a los hombres en una nueva masculinidad, donde ambos aportan a la vida en equidad, respeto y amor.

Una vez tuve un sueño... Tenía 6 años

¡Hoy tengo 65!... ¡lo logré!... y sigo caminando; sembrando por los caminos físicos y cibernéticos la semilla de la equidad, el respeto por la diferencia, los acuerdos basados en la confianza y en la amistad como lo soñé, en medio de un mundo lleno de oportunidades de aprendizaje por la multitud de retos que presenta.

Algunos pasos que me prepararon para cumplir mis sueños

Nací en Armero, un precioso pueblo tolimense; hija de un barranquillero y una antioqueña, hermana de dos barranquilleros, un bogotano y tres tolimenses; tuvimos vida de nómadas por labores del papá. Caminé las montañas aledañas a mi

pueblo desde los cinco años, aprendiendo a amar, compartir y valorar el esfuerzo de los campesinos productores de caña de azúcar, melao y panela. Estas tierras fructíferas, que por el conflicto armado ya presente desde esos tiempos, empobrecían más a quienes debían dejar sus sembrados huyendo de la muerte y persecución que se desató en el campo.

Estudié intermitentemente entre Armero y Barranquilla, terminando los estudios básicos en Armero. Me presenté a la Universidad Nacional, Facultad de Enfermería en Bogotá y fui aceptada. Sin economía propia, con mucha solidaridad de personas conocidas por la familia, con muy buenas compañeras estudiantes –todas de origen campesino de Boyacá y Cundinamarca–, hicimos una fortaleza que nos distinguió y marcó el camino de mi ser.

No logré encontrar la alegría que deseaba en mi labor intrahospitalaria y, teniendo ya conmigo dos hijos pequeños, viajé a Bello, Antioquia.

De Bogotá a Medellín... de enfermera intrahospitalaria a pinitos en docencia

Inicié labores con el SENA como tutora de acción en el área urbana, en zonas deprimidas de Medellín. Sentí nacer mi esperanza de ser feliz en lo que hacía: ayudar a las familias más vulnerables a descubrir sus valores y recuperar su salud física, emocional y, de paso, la económica.

Viví una experiencia de la cual creí no volver por causa de la persecución a la mujer, por decir NO a una situación que no deseaba vivir entremezclada con la violencia política que es parte de nuestra historia de historias colombianas. ESE será otro relato, escrito en otra ocasión...

Nos llaman enfermeras zonales... más tarde, comunitarias

Y encontré la mejor experiencia de vida laboral de que he disfrutado con la Gobernación de Antioquia como enfermera zonal; así nos llamaban inicialmente y luego, comunitarias.

Me asignaron a un municipio: ¡Zaragoza! Municipio minero, muy conocido por sus Fiestas del Santo Cristo, en la costa del río Nechí que está ubicado cerca de la desembocadura del río Porce –llamado en el área metropolitana, río Medellín–, y que valle arriba se une al río Cauca. Municipio al que pertenecen 64 veredas, con gente muy empobrecida y el índice de analfabetismo más grande que había imaginado. Tuve una gran coequipera, Nieves... bella vacunadora, con la que hicimos distribución de labores vacunales y educativas, turnándonos para apoyarnos y hacer una labor de calidad y con calidez.

Recordé el caminar de niña, esta vez por más tiempo; unas veces a pie y otras, en bestia; unas veces en canoa y otras, en bote con motor fuera de borda por el río Nechí. Me encontré en los bellos y quemados rostros de las mujeres que madrugaban a despachar a sus niños; algunas veces a la escuela o, cuando dejaban de asistir, a sembrar o recoger la cosecha dependiendo de la época del año.

Las comunidades diversas como todo Colombia

Todos los días salía para una, dos o tres veredas de acuerdo con su cercanía. Las familias en sus casas humildes no dejaban que pasara sin darme un bocado de comida. A veces me escondía para no repetir dos o tres desayunos o almuerzos; acostumbraban a compartir el alimento como muestra de afecto. Visitaba las casas y conversaba con las mujeres mientras ellas hacían sus destinos; hablábamos de sus dolores y, aunque no conocía lo que hoy sé, con ellas descubríamos que muchos eran causados más por la tristeza, el miedo o el maltrato que padecían porque no se sentían amadas ni valoradas, algunas veces por sus compañeros y, a veces, por la familia, pero que solo lo hablaban conmigo para que no les fueran a dar un golpe o quién sabe qué más cosas.

Los niños y niñas cuando me veían llegar corrían a colocarse las chanclas... porque yo jugaba a «pisarlos» por no tenerlas puestas y luego les hacía cosquillas. Evaluaba su peso y talla y hablábamos de qué y cómo comer de lo mismo que tenían sembrado y de los huevos de las gallinas que revoloteaban alrededor. Otros días, llegaba con la promotora de la vereda y los vacunábamos a todos en las casas; unas cercanas, otras a media hora, 45 minutos o hasta dos horas de distancia.

Una cosa era andar en verano... otra, en invierno. En ambas ocasiones, los campesinos y campesinas siempre me protegían en los caminos y en las veredas. Contaban historias de donde venían, unos eran andantes permanentes buscando

una mina de veta de oro o un río... con todo y familias. Hubo casos en los que había tanta pobreza y depresión que también iban de un sitio a otro buscando un pedacito de tierra que invadir para sembrar y sobrevivir. En algunas veredas ubicadas al pie del río Nechí, aprovechaban para bañarse en las aguas, en otras, para pescar donde había aún pececitos.

Y encontré veredas que albergaban comunidades provenientes del Chocó, mineros y otros pescadores en las orillas del río Nechí... Sus mujeres prolíficas daban a luz muchos niños y niñas, cuyos nombres olvidaban para darles paso a los sobrenombres puestos de acuerdo con la luna, una característica de su personalidad o el recuerdo de una abuela u otro familiar que se quedó en el pueblo de donde eran originarios. Sus vecinas les recordaban las fechas de nacimiento de sus hijos y sus nombres al momento de hacer su registro de salud. Su forma de alimentarse... Conservaban por milagro muchos alimentos aprendidos en su tierra. Alegres, bailadores desde tierna edad, su acento era el de su tierra de origen; en las noches se reunían, cantaban sus *alabaos* y bailaban hasta tardecito; todos adultos, ancianos y niños. Esto era un delicioso acompañamiento para dormir mientras espantaban los jejenes que abundaban en algunas épocas del año.

Otras eran comunidades que provenían de la costa atlántica. Sus costumbres y acentos guardaban las formas de sus familias originarias. Su característica alimentaria con su arroz, yuca y suero era de gran aprecio y una de las formas de manifestar su amistad con quienes pasábamos frente a sus hogares. Con sus gallinas, pollos libres, loras y cotorras no se sabía quién hacía más algarabía: si los animales, el radio con los vallenatos cantados por la mujer que lavaba las ropas del día o cocinaba en el fogón de leña, o los niños al regresar de la escuela corriendo por todas partes.

No faltaban las comunidades de origen indígena mezcladas con campesinos de diversas regiones, ubicadas en forma dispersa, pero guardando una forma casi circular, con un camino central, de tal manera que, al pasar por ella, se saludaba a todas las familias. El centro de estas comunidades era la escuela: pequeña y con el(la) maestro(a) viviendo en ella, a veces con familia o solo(a). Otras veces era la casa de la promotora de salud la que muy humildemente era su centro o se ubicaba en alguno de los extremos. En estas familias se veía a la mujer muy silenciosa, tímida, hablaba poco, muy atenta, sí. ¿Cuándo eran diferentes? En las fiestas patronales o de la comunidad; muy bailadoras y alegres, y olvidaban su natural timidez algunas veces ayudadas por una cervecita a la que el esposo o una amiga las invitaba.

Conocí una comunidad muy encantadora. Los visitaba con frecuencia porque pasaba mucho por su frente y aprovechaba para saludarlos. Qué sorpresa encontrar que las tazas sanitarias no tenían ese uso, sino que eran jardineras muy bien cuidadas. Cuando les pregunté por qué no las usaban como era, me respondieron que no tenían sanitarios, ni pozos sépticos... ni hervían el agua porque oraban para que Dios matara los gérmenes. Les pregunté: «¿Y a los niños les da diarrea?»; respondieron: «Sí, mucho». Entonces les expliqué que Dios sí estaba allí, y los escuchaba; pero también les daba la posibilidad de hacerse responsables de la salud de sus hijos y de la suya propia. Eso se llamaba «libre albedrío». Entonces, poco a poco aprendieron a hervir el agua, a usar una sola olla para eso y a envasarla dejando entrar aire para quitar el sabor del hervor, a lavarse las manos, y muchos otros hábitos que les ayudaron a vivir más sanos. Más tarde, vino la técnica de los pozos sépticos y empezaron a organizarlos para que dejaran de ir a las plataneras a dejar sus desechos humanos. Así, mejoró la salud de los niños, las niñas y también los adultos.

Mientras más me profundizaba en las comunidades menos accesibles, más ayuda me daban los campesinos del camino. Algunos, apenas me veían de lejos, aperaban una bestia y me la sacaban al camino dándome instrucciones de cómo devolverla si no regresaba por el mismo camino. ¡Qué corazones tan dadivosos!... ¡Qué ejemplo para tantos de nosotros que no pensamos sino en acaparar!... Estas personas me enseñaron día a día a confiar en los seres humanos, a recuperar la fe, a entender que es posible la amistad entre los hermanos de país.

¿Y las bestias? ¡Ellas no se quedan atrás!

Las bestias eran campeonas del camino, mañosas, muchas. Siempre me advertían sus dueños o cuidadores: «Con esta, lleve una varita en la mano; cuando vea que se va a salir del camino, no le pegue, solo amenácela; ella vuelve a seguir derecho. Es que el dueño es un gran bebedor de guaro (aguardiente) y en todas las fincas del camino le dan un traguito; le alcahuetean y la mula lo sabe, entonces ella coge para cada finca».

Otra: «promotora (así me llamaban), esta la va a poner a bajarse en las quebradas. Ella no pasa si usted no va adelante».

Lo duro era cuando el *aperaje* no era un asiento sino de los que sirven para llevar carga. Ese no va sujeto, sino que se mece de lado a lado según el paso del

animal; y yo sentía que me iba a caer en cualquier curva que tomara la bestia. Afortunadamente, solo me tocó una vez.

Había caminos donde ellas subían con mucha dificultad en el verano, y peor en el invierno. Y, al regreso, se sentaban y se deslizaban como lo hacen los niños jugando. Yo subía mis piernas, *embotadas* para no accidentarme, bien agarrada a su cuello o a la punta de la silla (de la que no recuerdo el nombre). Lo disfrutaba como si fuera yo la que me deslizaba.

Y alguna vez me caí, precisamente en Aquí Sí. Mi promotora tenía un caballo grande de buen paso y una mula mediana, amarilla, que si veía a alguien uniformado se enmontaba y la tenían que ir a buscar. Un día, salimos las dos a visitar a una señora que vivía a una hora de camino. Fuimos, hicimos el control de presión arterial, le revisamos su medicación y le dimos orientación nutricional. Nos brindó aguapanela con galletas de sal. Al regreso, fuimos a pasar un puente donde se angostaba el camino. La mula en la que yo iba, mi amarilla compañera, quiso adelantarse al caballo y apretó el paso; no vio un arenal y se resbaló. En ese instante, recuerdo que pensé: «Salta y da vuelta canela como lo hacías cuando jugabas básquet, más sardina». Eso hice y, detrás de mí, cayó la mula. Con la bota alcancé a lastimar su rostro, cerca de su ojo izquierdo. A partir de ese día, tenían que taparle los ojos para yo poder montarla. Me cogió miedo. A mí no me pasó nada, fuera del susto.

¡Personajes fantásticos!

Conocí personajes maravillosos en su sabiduría ancestral, conocimientos naturales y de brujería. Afortunadamente «Blanca». Uno de estos sabios que caminaba de Pato a Puerto Colombia, cuyo nombre no recuerdo, se hacía acompañar de su mascota: una serpiente. Ella iba delante de él unos 50 metros. Yo sabía que él venía porque ella se levantaba, me miraba y se orillaba, o yo lo hacía a mi derecha. La dejaba pasar y aparecía él con su sonrisa cordial. «¿Cómo le va, promotora?», «Muy bien, gracias. Ahí va su niña», le decía yo. «Sí, ella me cuida y me avisa si hay peligro en el camino» y cada uno seguíamos nuestra ruta. Una vez lo encontré en la casa de una de mis promotoras, en la vereda Aquí Sí. Me miró con cariño y me preguntó: «¿A usted le gustaría que yo le diera un brebaje para protegerla de las serpientes?». Le respondí: «¿De la mordida o de su presencia?». «Con esta bebida usted escucha su caminar... si usted la deja seguir, ella no le hace daño». Me encantó la propuesta y me lo bebí; sabor a menta, color verde

oscuro; de consistencia semiespesa, agradable a mi estómago que lo aceptó sin reparos. Y real; por caminos donde veía los senderos de ellas, en los horarios de su paso (5:00 p. m., máximo 6:00 p.m.), cuando escuchaba un ssssss muy delicado, me hacía a un lado, no cerca, lógico, y veía pasar una bella serpiente. Qué colores vi: diversos tonos de verde, rojo, café; amarillas, cruzadas, con rayas... hermosas a mis ojos. Yo les hablaba (costumbre desde mi infancia): «Hola, puedes pasar; yo espero» y «adiós, ten una buena noche». ¡Para mí, experiencia maravillosa! Cuando lo contaba, se asustaban los que escuchaban.

Y llegó el cólera...

A la promotora de saneamiento, muy joven y valiente, a quien llamaré Gloria, y a mí nos pusieron la tarea de recoger muestras de aguas de consumo, dar educación, enseñar a preparar el agua desinfectada con hipoclorito de sodio, visitar la escuela... todo en un solo día, porque había llegado una epidemia de Cólera a todo Antioquia. Qué epopeya... salimos a las 6:00 a. m. del puerto de Zaragoza, con chalecos salvavidas que causaban tristeza por lo viejos y dañados, en chalupa hacia Bagre. Al llegar, casi a las 9:00 a. m., nos informaron que la chalupa que viaja al cruce de la canoa que lleva a la vereda «El Tigre» pasa a las 12:00 m. Fuimos al hospital de Bagre, saludamos al gerente, a la vacunadora, a la enfermera comunitaria –María Gabriela Restrepo–, y al promotor de saneamiento que nos recibieron muy contentos. Tomamos tinto y salimos a esperar la chalupa que pasó a las 12:30 p. m. y nos dejó en el cruce de un río donde nos recibió una canoa que nos llevó por unos rápidos, a contracorriente y sin chalecos. Llegamos en media hora. Hicimos el recorrido por la vereda El Zorro dando educación en las casas por todo el camino, tomamos las muestras en las familias de las que nos contaron que tenían niños con síntomas de diarrea; visitamos la escuela con su adorado profesor y, por supuesto, al presidente de la Junta de Acción Comunal, a quien le informamos sobre las muestras las cuales llevábamos al Hospital San Rafael de Zaragoza. Los resultados debíamos recogerlos allá en ocho días.

Salí con una gallina en mis manos, de plumaje como algodón con muchos colores, que me regaló una campesina que me escuchó decir que era muy bella. Bajamos en una canoa guiada por uno de los estudiantes de la escuela, pasamos por los rápidos (no llevábamos chalecos). Parecía que nos íbamos a hundir, pero ese niño sabía manejar su transporte. Llegamos al cruce a las 2:30 p. m. La chalupa había pasado media hora antes; nos sentamos casi a llorar, cuando apareció

una chalupa de un minero y nos llevó hasta Bagre. Allí duramos casi dos horas convenciendo a un chalupero que nos llevara a Zaragoza. Eran las 5:00 p. m. y «los grupos armados» disparaban a quienes viajaban por el río Nechí después de esa hora... prácticamente nos acostamos para simular que el chalupero iba solo. Llegamos a las seis pasaditas al puerto, con las entrañas recogidas del miedo, pero le teníamos más terror al jefe que nos esperaba a las 8:00 a. m. para presentarle informe en el Hospital San Rafael de Zaragoza.

Y mis hermanos indígenas tenían su territorio

Había una vereda muy adentro; su nombre, Jala-Jala... inmediatamente supimos que era de origen indígena. Para llegar a esta comunidad había que subir en chalupa casi una hora y luego caminar otro tanto. Todo lleno de verdes árboles, muchos pájaros de diversos colores; y, en medio de este camino, una bella cascada cuyas aguas caían y pasaban por una central hidroeléctrica abandonada, construida por franceses y cerrada por no haber quién la mantuviera. Subimos una loma, pasamos un llano y allí estaba la vereda, organizada en una especie de semicírculo, propio de las costumbres indígenas. Un pueblo emberá, no supe si catío, chamí u otro grupo. Todos muy humildes, con su huerta familiar pequeña; sus niños, muchos, con abundantes señales de gripa y posible desnutrición. No hablaban, muy tímidos entre nosotros y asustados porque íbamos médico, enfermera, vacunadora, promotora de saneamiento y un guía de ellos que hacía las funciones de profesor. Los niños allá en sus ranchos sí jugaban desprevenidos, mientras no los llamaran. Llegamos como a las 10:00 a. m., y a las 2:00 p. m. estábamos de vuelta luego de vacunar a los menores de cinco años. Como no hablábamos su idioma, solo pudimos hablar con el guía y él les tradujo nuestras indicaciones para mejorar su salud. Quedé enamorada del lugar y muy impresionada por el abandono gubernamental. No volvimos a la vereda en los tres años durante los que laboré en ese municipio.

Charcón, inolvidable encuentro

Estuve alguna vez tres días en un corregimiento, Charcón, que pertenecía a otro municipio, porque Zaragoza tenía acceso más fácil: el río arriba, a tres horas en chalupa. Por eso salimos a las 6:00 a. m. del puerto en la chalupa del hospital con médico, promotora de saneamiento y mi persona. Allá nos encontramos con el Programa Aéreo de Salud Anti-Malaria. Iban un técnico de educación de malaria, una médica, una trabajadora social y el aviador que les ayudaba a cargar

sus materiales. Fue un maravilloso trabajo en equipo; yo empezaba capacitación en las mañanas de 9:00 a. m. a 12:00 m. de temas de salud sexual, visual y nutricional, y después de mediodía, seguía el técnico de malaria. Los médicos atendían pacientes todo el día. La promotora de saneamiento y la trabajadora social visitaban viviendas cercanas a la escuela, que era donde atendíamos todos. Esa noche (nos acostamos a media noche), fuimos en parejas a visitar las casas de prostitución. Como era un corregimiento con mucho oro, también había un alto consumo de licor y explotación sexual. Con las trabajadoras sexuales conversábamos tratando de convencerlas de exigir el uso del condón. Les contábamos sobre las enfermedades que podían adquirir. Ellas nos decían que muchos clientes rechazaban el condón que porque «no sentían igual». Muy agradables aquellas a las que les tocó hablar con mi médico. Al tercer día, regresamos por la mañana antes de que nos atropellara el sol. El helicóptero había viajado la tarde anterior a Medellín con su tripulación y yo me quedé antojada de viajar en él porque no llevaba permiso para tripularlo y el aviador prefirió no faltar a la norma de seguridad. Hizo lo correcto, aunque mi sentir no cambió y los vi partir con nostalgia.

Centro de salud de Pato

Semanalmente iba un día al centro de salud de Pato con la auxiliar de enfermería, a la que llamaré Luisa –maravillosa mujer, muy tímida, procedente del campo de Yarumal–; ella me acompañaba y organizaba los pacientes. En la primera jornada, dirigíamos los programas de Crecimiento y Desarrollo o Control de Embarazo de Bajo Riesgo de 8:00 a. m. a 3:00 p. m., almorzábamos y a las 4:00 p. m. el esposo de ella, a quien llamaré Luis –de la costa atlántica–, con el megáfono nos había convocado a la comunidad a reunión comunitaria, donde yo daba educación en salud. Ese día era una fiesta... volvía a Zaragoza entre las 5:30 y 6:00 p. m. y continuaba en reunión de alguna de las Juntas de Acción Comunal del municipio hasta las 7:30 p. m., cuando me disponía a irme a casa en el barrio La Esmeralda.

Lo que no falta

Y llegó la guerra. Durante seis meses aproximadamente, los campesinos se dedicaron a protegerme, tristemente, de mis propios compañeros militares. En todo caso, no me dejaban tomar caminos pasara el grupo armado legal o los otros de la región. Yo me dejé proteger, pero poco a poco la situación se fue

agudizando. Cuando iba por las veredas y me tocaba viajar con los profesores de las veredas, los señores del retén militar empezaban a maltratarlos o tirarles sus elementos de trabajo y yo me salía de mi piel y con respeto les exigía cambiar su actitud hacia ellos, que eran unos valientes ayudando a los menos favorecidos, como lo son los niños y niñas del campo. La Dirección Seccional de Salud se inventó una estrategia para evitar daños a las profesionales que estábamos en el campo. Se realizaron Jornadas de Reconocimiento, en las que mostrábamos nuestras funciones y recorridos en los diferentes municipios del Bajo Cauca; en Zaragoza, invitamos a la Guardia Militar que había llegado al municipio. Estuvimos tranquilos unos dos meses. Luego, empezaron a ir a mi casa a hacerles fotografías habladas de las personas que visitaban (vecinos) a mis hijos. Entonces los envié fuera del municipio. Empezaron a cerrar el cerco a mi alrededor; cuando llegaba a un retén, ya sabían dónde había estado el día anterior. Luego empezaron a llegar pelotones en volqueta a buscarme al hospital; preguntaban por la enfermera comunitaria. Un campesino muy amigo me contó que le pagaban si él declaraba que yo era de la guerrilla. La secretaria del Juzgado me buscó muy asustada porque tenía una denuncia militar. Un militar me bajó del bus en Escarralao para preguntarme si yo estaba hablando mal de ellos. Como iba para Caucasia, presenté mi renuncia inmediata. Mi gran jefe médico, gerente de la Regional, me suplicó que me quedara, que él me trasladaba a otro municipio. Yo le respondí: «Ni usted ni el Servicio Seccional de Salud de Antioquia me garantizan la vida. Si muero o desaparezco, si acaso me colocarán una placa que diga: 'En honor a Miriam ZD que dio su vida por el SSSA'. Con esa placa mis hijos no tendrán casa, ni estudio, ni ropa, ni alimento. Hay un principio bíblico que dice: 'Vale más un perro vivo, que un león muerto'. Entonces, escojo la vida».

Al regresar a recoger mis cosas, el personero, el alcalde y el sacerdote (gran compañero) me dieron cartilla, que me fuera si amaba mi vida. Salí por Bagre. A ellos los mataron en un lapso de tres meses.

E*nfermera comunitaria en Bello, Barbosa y Girardota*

A los dos años, me alcanzó la denuncia en Bello. Yo trabajaba con la Secretaría de Salud como enfermera comunitaria. La Fiscalía levantó la denuncia por infundada. Dios es amor...

Mi camino siguió en Bello, caminando con mis promotores de salud en las 10 comunas que existían en ese tiempo. También eran limitados por las «barreras

invisibles» dentro de algunos barrios como París, Comuna 1 y, por el otro lado del río, en Fontidueño y Machado, colindando con Medellín por la quebrada La Negra. Más tarde, seguí mi camino en Barbosa, donde estuve siete meses subiendo y bajando sus montañas, visitando la mitad de sus veredas con el grupo de promotores de la Alcaldía y con el maravilloso equipo extramural.

Ocasionalmente estuve en Girardota, realizando el acompañamiento de los promotores de salud en cada uno de los municipios, caminando con ellos, unas veces subiendo montañas y otras, bajándolas, tanto en la zona rural como urbana, en tiempos de guerra y en tiempos de paz.

ECODES: en Medellín, Comuna 1, con Metrosalud

Tuve la oportunidad en un solo año de bendecir las montañas de Medellín con Metrosalud en el programa de Equipos Comunitarios de Salud, experiencia maravillosa de trabajo en los barrios más vulnerables de la Comuna 1, con trabajadoras sociales, sicólogas(os) médicas(os), odontólogas(os), pedagogas(os) y nosotras, enfermeras (la mayoría) que hacíamos barrido casa a casa, al estilo medicina cubana, llevando salud a las familias en forma integral. Hicimos jornadas comunitarias donde rompíamos las barreras invisibles establecidas por grupos del sector y ellos no nos agredieron. Traíamos población desde todos los rincones de la comuna y los actores armados solo nos observaban. Sí veíamos los muertos en las calles, muy jóvenes en su mayoría. Vistiendo el delantal y llevando el carné, pasábamos sin riesgo, aunque con mucho miedo, a realizar nuestras labores diarias. Luego llegó un cambio de grupo político y se acabó la prodigiosa labor.

La experiencia docente llega a mi vida y a la de los aprendices SENA

Hasta que apareció en mi vida laboral la oportunidad de entrar al SENA de nuevo. Había hecho el intento en 1987; lo logré en el 2004 luego de realizar una formación magistral en el Diplomado «Desarrollo Integral Sostenible», poco a poco perfilándome para entregar la experiencia del quehacer aprendido de los promotores en salud a la técnica en salud pública. Fueron 10 años entre aprendices urbanos –la minoría– y rurales –la mayoría–, articulándome progresivamente con la formación a la media técnica de varias instituciones educativas de municipios mayormente rurales.

La experiencia más gratificante la recibí con los aprendices de Barbosa, Antioquia. Empezó un grupo de aproximadamente 30 estudiantes de décimo grado de un colegio del municipio público de Barbosa, bajo la modalidad de media técnica. En grado once, disminuyeron a 20 estudiantes y al siguiente año, al continuar el proceso final, quedaron 17, de los cuales 15 se certificaron luego de realizar una actividad de tres meses de prepráctica en la vereda La Isaza, sitio de residencia de dos de los estudiantes. Posteriormente los recibió el hospital de Barbosa y estuvieron durante seis meses realizando actividades extramurales en la zona rural del municipio, y otras intramurales de Promoción y Prevención dentro de la institución hospitalaria. Yo estuve en su certificación, de la cual me sentí supremamente orgullosa, pues con ellos cerré mi ciclo laboral y me acerqué al momento de iniciar una nueva etapa en mi vida: ¡Estoy jubilosamente pensionada!

Agradecimiento infinito

Quiero a través de este escrito darles honor a las mujeres que en mi camino me dieron su apoyo: una palabra, un alimento, un abrazo, una palabra de aliento. La primera, mi madre, quien me inspiró desde los seis años a ser enfermera como ella; y mi padre, como maestro. Traigo, además, a todas aquellas mujeres que lloraron conmigo cuando estaba asustada y rieron cuando algo gracioso pasaba en mi vida; a las que me escucharon y a las que no; a las que me amaron y a las que no. Y a todas hoy les doy un GRACIAS con mayúscula sostenida, porque no sería quien soy si ellas no hubieran sumado en mi existencia, si no me hubieran enriquecido con su amistad. Y también agradezco a los valiosos hombres que se atrevieron con valentía a darme su brazo de compañía, colocar sus animales a mi servicio, permitir sin miedo que sus esposas me abrazaran protectoramente ante la violencia de otros que quisieron hasta quitarme la vida o hacerles daño a mis hijos. Gracias a la vida, a Dios, al Creador, al Amor, que en todo tiempo envió ángeles con cuerpo humano y otras veces, espiritual... ¡Siempre estuvo, está y estará presente! y me da fuerzas para ver que la esperanza es lo que no se debe perder, ni embolatar.

Cierro con estas palabras que me encontré leyendo y me atrajeron cuando las vi y las dedico a las campesinas y campesinos que conocí:

«Que el camino
venga a tu encuentro, que el viento sople siempre a tu espalda, que el sol te caliente la cara, que la lluvia caiga con suavidad sobre tus campos y, hasta que volvamos a vernos, que Dios te sostenga en la palma de su mano»*

* Bendición Irlandesa, tomada del libro *Poder sin límites*, de Anthony Robbins

MIRIAM ZARATE DURIER

Mujer orgullosamente colombiana, enfermera de profesión, madre por decisión. En el proceso de construir una Colombia humanizada por esencia, empezando por humanizarme, para dar gracias a quien me creó: Dios, Padre-Madre, Yawé, Divinidad, Amor.

miriamzad@gmail.com



– NEVIS BALANTA CASTILLA –

FEMINISMO BALANTA: ENTRE EL UBUNTU Y LA TENACIDAD

El texto es un reconocimiento al aporte de las mujeres Balanta en la construcción de los feminismos en nuestra historia y sus implicaciones en la mirada interseccional de las mujeres afro en Colombia.

Recuerdo para ser feliz

Una vez, cuando dictaba clases a niños pequeños en mi práctica docente, Brayan, a sus tres años, quería chuparme el brazo y las mejillas; pensaba que yo era de chocolate por el tono de mi piel. Eso me pareció lindo e inocente. Me dibujaba con moños brillantes y corazones, que se asemejan a algunos de mis turbantes. Vivía pegado a mí, no podía creer que hubiera un dulce que cantara y enseñara rondas y poesías.

Luego, crecí y me di cuenta de que algunos querían simplemente el chocolate de Brayan sin ningún pudor. Entonces, recordé sus dibujos, que se clavaron en algún rincón de mi alma llenos de ternura y amor.

El incendio de la nostalgia derritió el chocolate y entre el fuego y el frío se volvió fuerte y multiforme. Todavía, cuando pasan por aquí esos recuerdos, la memoria huele a cacao e inocencia.

Mis trenzas

Mis trenzas son caminitos
De refugio y libertad.
Pegadas, sueltas, en tropas,
Reflejan identidad.

Las trenzas guardan semillas
Para sembrar resistencia.
Alimento para el alma
Y para la convivencia.

Son símbolo de elegancia
Realeza y valoración
Raíces, huella y orgullo
Que llenan mi corazón.

Mis trenzas son un tesoro
Que es muy bonito tejer
Las alterno, las adoro
Las llevo y puedo creer
En un país más diverso
Que entiende la variedad
De su cultura e historia
Parte de su heredad.

Estoy detrás de esta pantalla que protege la esperanza, en la testarudez de la sonrisa, en el tránsito de este arrojo de mujer negra a veces intangible que salta de la historia a la memoria para visibilizarse. Estoy aquí con el brío que me da la palabra que arde en mi boca para proclamar mi resistencia Balanta. Ese mismo brío que heredé de mi mamá y de muchas mujeres de la etnia Balanta que lucharon para no dejarse colonizar por los portugueses en Guinea Bissau, en Senegal, Gambia, Cabo Verde y Colombia. La historia solo registra a *los* Balanta, nombre que significa «los que resisten»; pero, hoy yo quiero hablar de *las* Balanta, las que, además de resistir, transformaron la vida de muchas personas en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Hablo de las mujeres que han forjado familia, territorios, lucha, ciencia, academia, cultura, deporte e historia. Ellas, aunque arrancadas de sus territorios en el siglo XVI y traídas a las Américas, siempre se autorreconocieron como mujeres libres y buscaron mil maneras para serlo, pese a las circunstancias de esclavización a las que las sometieron.

Para entonces, ser negra, esclava y mujer daba paso a una triple discriminación que se traducía en malos tratos. Sin embargo, *Dolores, Mariama, Awa, Dominga, María, Teresa, Maimuna, Hawa, Fatou* y otras, cuyos nombres no se pronuncian, sostuvieron la libertad en sus cabezas y espaldas y trenzaron las rutas de la justicia; un feminismo ancestral que alimenta las vertientes de miradas feministas en el país, atravesadas por el alma, el espíritu y la acción de las afro, de las Balanta, Mandingas o Bijagos; muchas intentaron rebautizar, pero su nombre de familia sobrevivió como pocos.

Se conoce el destacado papel de Benkos Biohó, en la conformación de los palenques en Colombia, pero poco se habla de *Wiwa*, su mujer y fundamental en la conformación de los palenques de San Miguel, Sierra María y San Basilio. Así mismo *Orika*, hija de Benkos, una gran feminista que rompió con estereotipos, defendió su amor con Francisco Campos, un blanco, y colaboró para que los negros fueran libres y persuadió al dueño de su amor de la importancia de la igualdad.

Así es. Poco se conoce de estas y de otras admirables mujeres. A muchas de ellas, las encontré en la literatura de Gabriel García Márquez, Germán Espinosa o Manuel Zapata Olivella. También, las vi reflejadas en la música de Miriam Makeba, de Sudáfrica y en las novelas o escritos de Mariama Ba, de Senegal, de Toni Morrison, de Estados Unidos; de Ngozi Adichie, de Nigeria, o de Zadie Smith, británica. Aún hay discusiones de si varias de las que aparecen nombradas son fantasía o realidad.

Reales somos las Balanta. Existimos y aunque la discriminación sigue después de tantos años, nos resistimos y alzamos nuestra voz cuando pretenden invisibilizarnos. Soy mujer, negra, costeña y, claro que he sentido la discriminación por género, región, clase y etnia. Hay quienes aún son anacrónicos y ejercen prácticas coloniales de racismo y discriminación, pero el feminismo arcoiris muestra sus colores para fugarse a una construcción más equitativa.

En esa construcción, lo negro, aunque ha arrastrado un discurso de estigmatización, se resemantiza en un proceso de transvaloración que lo relaciona con

lo positivo, como en la canción citada por Luis Ernesto Valencia: «que linda eres, quien te pudiera alcanzar. Dicen que lo negro es feo, yo digo que no es verdad, porque los mejores besos se dan en la oscuridad». Y lo afro, cimentado políticamente para reivindicar los derechos de estas mujeres, quienes también han ayudado a repensar el género desde lo interseccional. Esto ha sido así, pues, en la confluencia de discriminaciones, se dibuja un punto de fuga de nuevos discursos feministas que combinan la estratificación social, el género, la raza, la región y la religión y que corresponde a las sociedades diversas y complejas a las que asistimos hoy, que necesitan discursos que abarquen las complejidades del ser humano y las identidades en plural, no únicamente de las mujeres Balanta, sino de las mujeres negras.

No podemos olvidar que Colombia es un país lleno de contradicciones, con fragmentos de identidad positiva; está anclado en una nación diversa, pujante y estable, pese a la guerra que ha soportado por años y a las diversas manifestaciones de violencias y conflictos que, históricamente, también lo han marcado y definido. La colombianidad está integrada por trozos de historia, por imaginarios y representaciones, a veces tan contradictorias que resulta difícil hablar de una unidad política, cultural o de unas solas maneras de relacionarse la gente en diferentes contextos.

La forma en que la sociedad ve a las mujeres está atravesada por esas características, que también dan una imagen del modo cómo se comunican y relacionan las personas en Colombia, en espacios pequeños o grandes; la universidad, por ejemplo, es un lugar en el que confluyen todos esos rasgos culturales que hacen parte de la colombianidad y que dificultan, en muchos casos, la inclusión, la comprensión de la diversidad y, por tanto, las buenas relaciones entre los miembros de la colectividad educativa (Rincón, 2001).

La universidad donde trabajo no escapa a esta problemática. En ella predominan grupos de poder, que son los que movilizan el discurso político y tienen serios líos para relacionarse y comunicarse entre sí. Eso dificulta la gobernabilidad y la solución de las contingencias administrativas, pues, a veces, se anteponen los intereses individuales a lo colectivo (Navarro y Balanta, 2016, p. 75).Ello se ve en la escasa presencia de las mujeres en distintos escenarios de participación, más aún, de mujeres afro, pues, confluyen dos elementos de discriminación que se intersectan: género y etnia y/o raza, esto último, según se lea.

Aquí cobra importancia la aplicación del Ubuntu femenino. Pero, ¿qué es Ubuntu? Es un concepto africano usado entre los Zulú y Xhosa que significa *yo soy, porque*

nosotros somos y ustedes me ayudan a SER. Ubuntu es un concepto polisémico: incluye el sentido del respeto, de la comprensión, la aceptación, el cuidado del otro, la generosidad y la solidaridad. El Ubuntu promueve lo colectivo, por oposición a la premisa de que el nuestro es un mundo al que solo rigen la soledad y el individualismo.

Decía que acá cobra importancia el Ubuntu femenino, si se tiene en cuenta que una buena convivencia y la aceptación de la diversidad influye en modo positivo en la vida social y en las relaciones humanas. Hay que tener presente que, aunque existan desacuerdos, los discursos deben incorporar el respeto, empezando por cómo nombrar al otro en los medios de comunicación e institucionales

Además, en el Decenio Internacional para los Afrodescendientes (2015-2024), es importante tratar el Ubuntu como una manera africana y feminista de abordar el legado de África en América, a partir del reconocimiento del papel preponderante y el aporte de las mujeres negras en los diferentes escenarios de la vida nacional. Las Balanta, en su rol de lavanderas, trabajadoras en haciendas, agricultoras, cocineras, costureras, tejedoras y transmisoras de cultura, fueron el vínculo entre varias culturas que se nutrieron de su afecto, de sus cantos, y de la crianza infantil. Muchas de sus rondas tienen el sello de la negra cantadora que consolaba, daba calor y esperanza al sueño de muchas niñas y niños blancos que ellas educaban. No es raro oír este y otros cantos: «Zambalelé se ha caído, tiene una pierna quebrada... Oh oh tambó, materirerirero...».

Por otro lado, la Facultad Tecnológica en donde doy clases está ubicada en Ciudad Bolívar, una de las localidades de Bogotá y de ella proviene el 60 % de la población de estudiantes que acude a esta sede. Es una localidad con niveles bajos de felicidad y con altos índices de violencia de género y etnia: «la violencia contra mujeres afrocolombianas es de 41.1 % y el índice nacional de violencia de género es de 37 %» (Rey, 2015, p. 55). Son importantes los esfuerzos dirigidos a mitigar esa problemática, pues, hay que fortalecer en los futuros profesionales las habilidades sociales que impliquen la valoración del otro, el respeto, la aceptación de la autoridad, la comunicación asertiva, conductas cooperativas y la gratificación social.

Si vamos más allá, es en Colombia donde es necesario aplicar el Ubuntu, que es la práctica de las mujeres Balanta y Bijagos: es la acción de la concordia y la búsqueda de la paz, bajo el supuesto de que no somos seres humanos perfectos y que eso no impide buscar la felicidad. Dice un proverbio africano: «la felicidad

requiere algo que hacer, algo que amar y algo que esperar», de modo que se es feliz, gracias a los otros; se es persona, por el aporte de los demás.

El Ubuntu no es solo una palabra, un concepto, una representación: es una práctica, una cosmovisión femenina, una manera de asumir la cotidianidad, una actitud mental, un modo de vivir que incluye valores, perdidos en varios contextos. Es necesario rescatar esas prácticas ancestrales que aportan en la construcción de un nuevo feminismo que nos contiene a todas las mujeres con nuestras particularidades y complejidades.

Estoy aquí con el brío que me da la palabra que arde en mi boca, para proclamar mi resistencia, mi amor y mi vocación feminista, más Balanta que nunca.

Bibliografía

Aguirre, C. (1995). *Agentes de su propia libertad. Los esclavos en Lima y la desintegración de la esclavitud*. 1821-1854. Lima: Universidad Católica del Perú.

Anrup, R. (1985) «Changing forms of disposition on an Andean estate: an analytical case-study«

Acuña, M. (2005, abril-agosto). Mujeres esclavas en la Costa Rica del siglo XVIII. Estrategias frente a la esclavitud. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, 5, 1-2, pp. 1-21. Universidad de Costa Rica, San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica.

Balanta, N. (2012). La lectura de hipertextos. Su uso y su incidencia en la práctica comunicativa y lingüística en jóvenes universitarios. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Balanta, N. y Navarro, D. (2017). *Arcoiris del adiós. Epitafios, imágenes y rituales en el discurso fúnebre*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Chaves, M. (1998). *La mujer esclava y sus estrategias de libertad en el mundo hispano colonial de fines del siglo XVIII*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Navarro, D. y Balanta, N. (2016). Reinventar la Universidad o la construcción de un modelo posible o la metáfora de José Arcadio Buendía. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Rey-Malquiera, E. (2015). *Situación de las mujeres afrocolombianas e indígenas.* Bogotá, Colombia: AECID, Corporación Humanas Colombia.

NEVIS BALANTA CASTILLA

Nació en Cartagena. Es Licenciada en lingüística y literatura, y Magíster en Investigación social interdisciplinaria. Tiene estudios de periodismo en la Universidad Estatal de Voronezh- Rusia. Profesora universitaria e investigadora; creadora y directora del Grupo de Investigación Lenguaje y Tecnología LENTE y del semillero Étymos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en Bogotá.

Es autora de varios libros. Ha dirigido varios proyectos de investigación y publicado numerosos artículos en revistas académicas. Escribe poesía y es asesora en educación y conferencista en las áreas de humanidades, lenguaje, investigación y cultura afro.

nevisbalanta@yahoo.com



– RUTH AMELIA MUÑOZ SANABRIA –

VOZ DEL CUERPO DEL ALMA DE LA VOZ

Este texto inició como la confianza en una búsqueda y una pregunta por la voz, que viene desde hace ya unos años en mí. Fue la oportunidad para, en su proceso de escritura, notar el pulso que hacemos las mujeres con nuestra propia voz, nuestra necesidad de expresión y nuestra posibilidad de incidencia. Y decir sí a esa voz incipiente. El texto es un recorrido de una voz por imágenes y sentires compartidos con mujeres. Es una apuesta por el afecto y la fuerza de la palabra. Pregunta por mi piel, tiene pliegues.

Desplegada es la memoria de este cuerpo hecho de capas que desbrozo para buscar su voz.

Tiene voz.

Entre pliegues y capas me habito y me habitan (ellas): las montañas de tierra desnuda y las plantas de los pies de mi abuela, que de niña las cruzaba. Esa tierra desnuda entre sus manos que aprendieron a sembrar. Tres generaciones y... ¿dónde queda el contacto con la tierra?

La veo bajarse del bus, pequeña, con la maletica de madera llegando a la ciudad a trabajar, la maleta se cae, se abre y revela el único contenido: un vestido blanco de su primera comunión. Un vestido de tela negra para su primera comunión tuvo mi otra abuela. Opuestas iguales en el espejo blanco negro del tiempo.

Me habitan imágenes (persistentes) de mi madre niña, adolescente, mujer; ¿dónde? En las piernas, en las rodillas firmes y fuertes y adoloridas de un desgaste; en un andar.

¿Dónde? En los talones, en la frente. En el vientre parido diez veces y nueve veces y ocho veces y siete veces y seis veces, voces y así... Dolores de vientre indescifrables, entumecidos, de los que no se puede hablar, capas de silencio entre los muslos, envolviendo el pecho y la garganta, casi sellando algo de a poco. Culpa. Callar.

Un sueño de solo danzar, siento en ellas un cuerpo hecho para danzar, para amar.

Tanto refregar la ropa de la realidad por años, solas, sin reconocimiento de su valor, temor, no hay tiempo (busco un hilo al qué aferrarme mientras escribo, un ir tejiendo y descubriendo las palabras de un sentir).

¿Qué hay en mis ojos? ¿En mi pecho? Hacia atrás y hacia adelante, ¿ahora? La escena de unos ojos de niña temiendo en la oscuridad las sombras que le hicieron ver. ¿Quién la hizo temer tanto? ¿Temer tanto verse? No verse. ¿Quién? O cuál es la pregunta. La escena de niña sintiéndose sola desprotegida, frágil... ¿qué estoy diciendo? ¿Qué es lo que quiero decir? Imágenes, sensaciones que ubico en el cuerpo. ¿Ubico? Ráfagas de nombres y rostros de mujeres que me atraviesan, cada una con su cuerpo encendido en dolor y placer y más matices del sentir.

«Siempre fuimos observadas, siempre alguien nos miraba. No supe cómo hacer. Nadie me ayudó, nadie me escuchó, no supe, no pude hablar».

Es la segunda vez que sueño que una mujer se quema y del sueño despierto llorando la angustia del suceso. Ella me es cercana, pude ser yo. Punzada en el vientre. Pude ser yo también la que se fuera de este mundo. ¿Qué había en sus corazones antes de partir? La pregunta por el amar, el velo infantil del sueño, de la caricia, de la hermana caricia que es contemplar. Ojos para contemplarte.

> Cuando me veo, veo un abismo,
> siento un vacío —dijo ella.
> Y la frase abrió una grieta en el aire
> en el aire adentro mío.

Tuvo un bosque de pequeña
hecho de casi nada
—de ella—
al que iba en secreto y allí ella era el cosmos.

Ahora los senderos se le confunden
se le pierden en la oscuridad,
negra.

¿Dónde verse? ¿Cómo?
¿Cómo abrigar esa infinita vibración de vida?
Su voz tiembla como sus ojos,
al contacto.
Su corazón tan tierno de lo puro expuesto,
late
su angustia.
No quiere vivir desde una tristeza.
¿Qué ojos has tenido para ti misma?

Habrás de tejerte un espejo...

¿Qué te duele? ¿Dónde? Desatar con nuestras manos los nudos de tanto dolor.
¿Qué te alegra? ¿Dónde?

Merecernos la mirada amorosa propia y no de espejos velados antiguos, oscuros y crueles, limitados.

«No te muevas, pues corres el riesgo de caer. Sobre todo no vayas al bosque. Y hemos interiorizado el horror a lo oscuro. No hemos tenido ojos para nosotras mismas. No hemos ido a explorar nuestra casa. Nuestro sexo nos asusta aún ahora. Nos han colonizado el cuerpo» (Cixous, 1995)

Entre los dedos me baila una alegría, una pregunta, una fuerza... Remontar del tiempo contenido en un perfil, en unas manos con la huella de toda caricia, de todo empeño, de tanto trabajo. En la espalda surco de fuerza, una seguridad; nave. Ante tanto temor la caricia extendida, propia y primera encendida, la que se mantiene sobre todo, que germina, que brota por el impulso misterioso que es la vida. Sí.

Hilar esa misma dulzura, ese cuidado, esa fuerza para tejernos un espejo con nuestras propias manos-pensar-sentir; darnos a nosotras mismas ese sí, esa sonrisa que abrigamos en una fe secreta, que tiembla desde donde escribo esto. Llevarla encendida, latente como posibilidad, como luz ante el pecho, en la mirada, en la voz... Seguir

> Pregunta por mi piel, tiene pliegues.
> Pregunta por mi alma, tiene misterio.
> Pregunta por mi voz, por la tuya, es única. Son.

Bibliografía

Cixous, H. (1995). *La risa de la Medusa*. 1 ed. Barcelona, España: Anthropos.

Lispector, C. (1973) *Aprendizaje o el libro de los placeres*. 3 ed. Madrid, España: Ediciones Siruela.

RUTH AMELIA MUÑOZ SANABRIA

Soy una mujer interesada en la expresión, particularmente a través de la escritura, en la que reconozco un valor poético y político, fundamentales. Me he formado gracias a la lectura y más aún, a la lectura acompañada. Pensar y dialogar sobre lo que a diario nos cuestionamos de la vida, de lo que llamamos educación, sociedad, ser mujer, amar... pensar; construir un diálogo, fortalecerlo y con él las palabras como ese puente; he estado vinculada, y me interesan, los procesos que involucren la educación, el arte y lo político.

amelidul@gmail.com


Éxito
Sueños
Esperanza
Maltrato
Amor
Miedo

– RUTH MARY RIVERO ZABALA –

DAMA VIAJERA

«¿Qué mundos tengo dentro del alma que
hace tiempo vengo pidiendo medios para volar?»
—Alfonsina Storni

¿A quién me refiero en este texto? A ninguna en especial y a todas en general, desde la más humilde con saberes ancestrales hasta la más intelectual.

A todas nos entregan un tiquete desde que nacemos hasta que llega el día de partida al más allá. Algunos de estos tiquetes son de primera, otros de segunda y de tercera... Pero cada quien emprende su propio viaje, todas las damas iniciamos un recorrido por diferentes caminos con muchas ilusiones y sueños por alcanzar. En este viaje nos vamos a encontrar con muchas estaciones y todo tipo de compañía, algunas veces llevamos el control y otras veces somos pasajeras. Las viajeras nunca van solas, siempre habrá compañía en el camino.

Primera estación, la niñez: no todas las pequeñas damas tuvieron un tiquete de primera. Hubo muchas que sufrieron el abandono, pasaron frío y hambre. Algunas no pudieron avanzar académicamente por su género debido al patriarcado; la misma cultura las dañó tanto pues, desde muy niñas escuchaban en su mente de manera unísona, palabras como estas: *tú solo tienes que barrer*, *tú tienes que lavar, tú tienes que cocinar, tú tienes que parir.*

Y con esas ideas llegaron a la siguiente estación, la adolescencia.

En esta estación todo es bello y nuevo, hay un tipo de damas que todo lo quieren saber, explorar y sentir. Sin saber que el tiempo no se detiene y que la belleza física y la fuerza de la juventud no son para siempre, esta parada la convierten en una etapa única del viaje.

Cuando llegan a la estación de la edad adulta, allí muchas damas dan la vuelta hacia atrás y se frenan a pensar y a planificar unos mecanismos para continuar su viaje, pero también hay otras damas que ya entregaron su tiquete a un mal conductor. No hubo forma de que ellas siguieran su viaje, ¿quiénes fueron ellas? Las que creyeron y confiaron en aquella persona que les prometió que a su lado este viaje era mucho más agradable, que las iba a amar y a cuidar, pero en cambio ellos tomaron ese tiquete y lo quemaron. Y así llegó el triste fin de estas damas, las cenizas de sus tiquetes hoy en día no se deshacen porque esperan que se les hagan justica. El humo aún sigue en el aire, en la memoria de todas, para que ninguna dama más entregue su tiquete a un conductor frío y despiadado.

El viaje sigue su ruta, cada estación es la llegada a la realidad de la vida cotidiana, con la certeza de que este tiquete no tiene retorno.

Allí se refleja la clase de tiquete, ya que podemos identificar, que algunas están muy bien preparadas, a otras solo les alcanzó para sostenerse y hay otras que solo miran cómo pasa el tiempo ante sus ojos sin aprovechar la oportunidad que se les dio con la entrega de este tiquete, para que hicieran buen uso y en este recorrido lograran sus objetivos con la satisfacción del deber cumplido.

En muchas estaciones podemos encontrar a unas damas que no se ven ni se sienten, estas son las damas hogareñas, que decidieron guardar su tiquete por su familia, olvidando que afuera hay una ruta con oportunidades para todas, ellas solo viven por sus hijos y para sus esposos, observando calladas hasta que llega la oscuridad de la noche y duermen, para por la mañana despertarse a continuar con sus labores. Cansadas pero fuertes no dejan de mover sus pies día a día para entregar a la sociedad un buen producto: sus hijos. Su trabajo no tiene paga, ni se reconoce el aporte que ellas hacen con su talento humano, nadie les pregunta qué necesitan, si están cansadas... ni las estimulan para que se sientan valoradas e importantes, además la sociedad las invisibiliza. Aun siendo el pilar del hogar, es la dama más olvidada.

También existen las damas que prefieren estar solas, lo prefieren así, sin compañía. Tal vez, para protegerse: son libres, con alto sentido de pertenencia, no permiten que nadie conduzca sus vidas.

En este viaje vamos a cruzar grandes retenes, algunas podrán avanzar, pero otras tendrán que seguir por otros senderos desconocidos y muy distintos a lo que está plasmado en el tiquete. Para este no hay ningún tipo de clase, porque por su condición de dama sufren todo tipo de violencia: las privan de su libertad por causa de algún secuestro o su mismo caballero las mantiene cautivas, las someten (hiriendo así lo más bello e íntegro que tiene el ser humano: la dignidad). No es fácil cuando toman nuestra libertad de opinar, cuando nosotras mismas nos encerramos y creemos que somos culpables y lo tenemos más que merecido, porque nos enseñaron que teníamos que hacer las cosas bien, ser perfectas y ante todo ser fieles porque si fallamos somos objeto de críticas y señalamientos, nos acusan y nos juzgan y hasta nos dictan sentencias que muchas veces pagamos con nuestras vidas.

Algunas logramos escapar y entonces nos damos cuenta que estábamos en un viaje cruel y despiadado, lleno de caminos con espinas y muchas piedras de tropiezo que nos hicieron caer tantas veces en la pena, el dolor y el sufrimiento.

Nos damos cuenta que hemos parado en una oscura estación, sentimos que ya no hay esperanza, ni luz, ni vida. La mayoría hemos vivido esta parte del viaje, hasta que en una flota se desembarca un grupo de viajeras y llegan y te enseñan que eres valiosa y sujeta de derechos. Que no eres pertenencia de nadie, solo ahí es donde nos damos cuenta que hemos desperdiciado gran parte de nuestro tiquete entonces iniciamos otro recorrido en el que activamente nos tomamos los espacios de participación ciudadana.

Donde tenemos derecho a elegir y ser elegidas. Allí nos espera una estación llena de trampas donde muchos conductores tratarán de usarnos para llenar cualquier requisito, seremos objetos de calumnias, acoso y tratarán de hacernos a un lado. Hay que trabajar de la mano y unidas ser solidarias con nuestro género, lograr nuestros objetivos, aunque habrá caballeros que te ofrezcan viajar a su lado ya sea por un mandato, otros porque te necesitan y muy pocos, pero sí algunos, lo harán con buena intención y solo con el deseo de ayudarte, estos valen lo que pesan en oro.

Nuestro viaje es cada vez más interesante. Lejos de las grandes estaciones entramos en el lugar más maravilloso que te puedes imaginar donde solo escuchas los gemidos de los animales y cantares de todo tipo de aves y bichos rastreros y solo por las noches con las luces de las luciérnagas que te acompañarán

a encontrar un nuevo sendero lleno de caminos largos y llenos de lodo. Pero después de muchos esfuerzos por fin llegarás, ¡y allí estarán ellas: las damas campesinas y rurales! Que con sus manos son tejedoras de paz sin darse cuenta, son constructoras de la economía territorial y solas, dispuestas a laborar con sus manos callosas, no están pendientes del qué dirán, lejos de los ruidos de las grandes estaciones para la resistencia campesina. Yo las comparo con un diamante en bruto, reinas del campo, las flores de los prados les rinden homenaje y quedan opacas ante tanta belleza entre montañas y grandes árboles, acompañan a su caballero a producir la tierra para dar continuidad a la existencia, sus perfumes son el olor a flores y sus finas prendas solo existen en su imaginación; sus barnices son color negro que dejan en sus uñas el tinte del carbón o leña que usan para preparar los alimentos. Así, entonando con sus labios una melodía o trovas y versos que el viento se lleva porque nadie las puede escuchar, dama campesina y rural, conocerás tus derechos y sabrás cómo reclamarlos.

Y hay otro tipo de dama viajera, que sí sabe para dónde va, viaja muy bien equipada, con todo tipo de herramientas; son aquellas damas luchadoras y emprendedoras que tienen una visión clara de llegar hasta el fin. Pero ellas saben que en cada viaje y estación han dejado su marca, que ni el camino, ni el tiempo ni la distancia podrán borrar su huella.

El viaje continúa, se puede realizar en diferentes medios de transporte: puede ser en barco, en avión, en flota o tren. Ahí van muchas de ellas, algunas solo miran a través de las ventanillas.

En sus ojos una triste mirada llena de temor, porque al llegar a la siguiente estación crece el temor, algunas vienen huyendo de un hecho de violencia. Estas damas viajeras, por un asunto de cultura, política y tradición han sufrido múltiples formas de maltrato, discriminación y violación a sus derechos. Lo que las vuelve inestables, inseguras y con una gran sensación de soledad que no les permite frenar el viaje. Ya que en las estaciones no les brindan ninguna garantía ni la seguridad que necesitan o el apoyo para que sus derechos sean restablecidos.

Pero de todas estas damas que resalto, no puedo dejar por fuera a las damas viajeras que se transportan en todo tipo de medio con un solo objetivo. Me refiero a todas las lideresas que viajan muchas veces a pie, cruzando trochas por atajos. Lo hacen por otras, por la equidad e igualdad de todas las damas, por el grito de las que reclaman que sus cenizas reclaman justicia, de la sumisa y la hogareña;

por la seguridad de las que tienen miedo, por la estabilidad de las que huyen, por la falta de garantías necesarias de todas. Ellas, las damas viajeras sin límites, las que viajan por otras, representan un colectivo entre las comunidades. Las que día a día exponen sus vidas. Las damas viajeras empoderadas siguen su viaje, nadie sabe cuál será su última estación, están seguras de que hasta donde les alcance el tiquete ellas viajarán con amor, compromiso y entrega.

Al final del viaje mirarán hacia atrás, revisarán su historia: han dejado vía abierta para que las nuevas damas puedan realizar el recorrido sin temor y con valor para alcanzar la equidad e igualdad de género, para dejar como legado en las próximas generaciones unos tiquetes libres de todo tipo de violencia. Su más profundo deseo es que las damas puedan tomarlos con plena seguridad, porque siempre habrá damas dispuestas a viajar.

RUTH MARY RIVERO ZABALA

Nacida el 18 de marzo de 1972 en Sahagún Córdoba, madre de cuatro mujeres y tres hombres. Desde hace 22 años vivo en Montelíbano. Empecé a trabajar en los procesos de liderazgo en 2008 con el apoyo de la Diócesis de Montelíbano en formación sobre derechos humanos; en 2015 ingresé a la organización Red de Mujeres; en el año 2016 ingresé en la Junta de Acción Comunal de mi comunidad; en 2017 trabajamos e incidimos para implementar la política pública de mujeres equidad y género; en 2018 empecé a trabajar en procesos de derechos humanos con Cordupaz en la Universidad Luis Amigó; en 2019 fuí elegida para la mesa directiva del comité para mujeres de paz donde hacemos el seguimiento a la política pública de las mujeres de nuestro municipio.

ruthmy18@outlook.es



– SOFÍA ELISA SIERRA ARTEAGA –

CUERPOS SIN FRONTERAS

Clínica contra la Violencia Intrafamiliar y de Género y Clínica de Movilidad Humana Transfronteriza de la Universidad del Rosario.

Las mujeres migrantes y refugiadas venezolanas se ven expuestas a la violación sistemática de sus derechos y a agresiones continuas por parte del Estado y la sociedad. A partir del trabajo clínico legal me ha sido posible identificar aquellos patrones que propician la violencia de género sobre esta población. Adicionalmente, es posible caracterizar los escenarios a los que la mujer venezolana que acude a Consultorio Jurídico se ve expuesta con mayor frecuencia. En ese sentido, a través de los testimonios de cuatro mujeres, mi experiencia personal y la de mis compañeros/as y asesores, se abordarán las problemáticas relativas a la violencia sexual y a la violencia de género en el marco de la maternidad.

Introducción

Este escrito está orientado a visibilizar una de las poblaciones de mujeres que ha sido más violentada, discriminada y abusada durante los últimos años en nuestro país. Sobre la cual se ha normalizado la apatía del Estado, las prácticas violentas por parte de éste y las continuas agresiones por parte de la sociedad colombiana.

Las mujeres migrantes y refugiadas venezolanas en Colombia son una población que se ve especialmente afectada por la configuración actual del ordenamiento jurídico, las acciones arbitrarias y tolerantes del Estado y la violencia inmersa

dentro de la sociedad. Esto se ve reflejado en la ausencia de políticas públicas dirigidas a esta comunidad en materia de salud, educación, trabajo y acceso a la justicia, ausencia que resulta violenta al limitar sus garantías fundamentales y marginarlas.

En consecuencia, se presentan violaciones sistemáticas de sus derechos al momento de recibir atención en estas áreas. Ejemplo de esto, es el caso en que sus hijos e hijas son secuestradas dentro de los hospitales públicos por la falta de recursos económicos —a pesar de que deben ser costeados por la subcuenta de Eventos Catastróficos y Accidentes de Tránsito del Sistema General de Seguridad Social—.

En este sentido, como miembro de Consultorio Jurídico, como estudiante de Derecho, como colombiana y como mujer he tenido la posibilidad de compartir con esta población, escuchar sus historias, entender sus luchas, empatizar con su situación y sentirme identificada con ellas. Lo cual me lleva a querer hacer parte del proceso de reivindicación de sus derechos, no solo jurídicamente, sino a través de acciones tendientes a denunciar la violación sistemática de sus derechos. Enfatizando que el Estado colombiano está incumpliendo los tratados internacionales en materia de protección a mujeres, migrantes y personas con necesidad de protección internacional —como en el caso de la Declaración de Cartagena de 1984 y la Convención Belém Do Pará—, manifestar la inconformidad existente sobre su situación actual y hacer un llamado a la sociedad en general a repensar la relación entre la xenofobia y las narrativas machistas.

Sobre el trabajo clínico que sustenta este texto, es importante destacar que, si bien la comunidad que accede a los servicios de Consultorio Jurídico es vulnerable, las personas que atendemos a través de estas clínicas tienen un perfil de especial vulnerabilidad acentuado desde un punto de vista jurídico y generalmente, sufren graves afectaciones a sus derechos humanos. En el caso de la Clínica de Violencia Intrafamiliar y de Género se asesoran y acompañan personas víctimas de estos tipos de violencia a través de la solicitud de medidas de protección ante Comisarías de Familia y demás actuaciones jurídicas tendientes a amparar sus derechos. Y, en el caso de la Clínica de Movilidad Humana Transfronteriza atendemos población migrante, refugiada, indígena y apátrida a través de acciones de tutela, solicitudes de refugio, derechos de petición, solicitudes de permisos especiales de permanencia, actuaciones ante autoridades administrativas, registros extemporáneos en los Registros Civiles de nacimiento, entre otros.

Por tal razón, producto del trabajo clínico en ambos espacios, junto con mis compañeras y compañeros, hemos identificado un grupo de mujeres que se ve especialmente afectado por los patrones heteropatriarcales que están profundamente arraigados en el ordenamiento jurídico colombiano y en la sociedad en general. Pese a que nos encontramos frente a una comunidad cuyos derechos son sistemáticamente vulnerados, la respuesta del Estado, la sociedad y las diferentes organizaciones no gubernamentales es escaza y, en algunos casos, precaria o inexistente.

Considero que es esencial que los diferentes actores de la sociedad civil realicen actuaciones colectivas e individuales tendientes a reivindicar los derechos de esta comunidad, que permitan visibilizar sus problemáticas particulares y denunciar el abandono estatal. Esto, teniendo en cuenta la importancia de la participación activa de los individuos como sujetos políticos que deben exigirle al Estado el amparo de toda la sociedad.

De esta manera, este escrito está orientado a narrar algunas de las vivencias de las mujeres migrantes y refugiadas venezolanas en entornos de violencia a través los testimonios de quienes han pasado por Consultorio Jurídico, testimonios encontrados en otros trabajos investigativos y mi propia experiencia en Consultorio, en conjunto con la de mis compañeras y mis asesores. Sin el objetivo de apropiarme de sus narrativas si no, de crear un diálogo compartido en pro de reivindicar sus derechos.

En esta línea, realizaré especial énfasis en dos escenarios de violencia que afectan directamente a la población que acude a Consultorio Jurídico y con la cual he podido compartir sus experiencias conjugadas con mi propia experiencia personal. En primer lugar, abordaré los aspectos correspondientes a la violencia sexual que ha sufrido la mujer venezolana, la estigmatización que se ha creado alrededor de ella y los elementos que generan que esté más expuesta a verse inmersa en estos escenarios. Y en segundo lugar, haré una aproximación a la continua negligencia por parte de las autoridades en el caso de las mujeres en relación a la maternidad, así como las consecuencias que se derivan de ello.

Esto, sin perjuicio de que las mujeres migrantes y refugiadas sean sometidas a diversas formas de violencia en múltiples ámbitos de su vida. Sin embargo, este texto está inclinado a narrar el contexto de estas mujeres a partir de experiencias personales con la población que acude a Consultorio Jurídico, con las entidades públicas y con la administración de justicia.

Movilidad humana como escenario de violencia

Es comúnmente conocido que Venezuela actualmente está viviendo una crisis generalizada, caracterizada por la violación masiva de derechos humanos y la profunda corrupción que permea a los organismos y autoridades. Esto ha derivado en un amplio flujo mixto de personas que se movilizan hacia múltiples países de América Latina. Dicho flujo está compuesto por un grupo heterogéneo de personas que salen de su país por diferentes motivos. De tal modo, si bien existen personas que migran buscando mejores oportunidades económicas para sí mismos y para su familia, una gran cantidad de personas están saliendo de Venezuela porque sus vidas están en riesgo. Ya sea por su condición de salud, su posición política, su pertenencia a una determinada comunidad, por amenazas de grupos armados, entre otras.

Teniendo en cuenta que, según la Organización Internacional para las Migraciones, los flujos mixtos pueden ser entendidos «(...) como movimientos de población complejos, que incluyen a refugiados, solicitantes de asilo, migrantes económicos y otros migrantes. Esencialmente, los flujos mixtos están relacionados con movimientos irregulares, en los que con frecuencia hay migración de tránsito, con personas que viajan sin la documentación necesaria, atraviesan fronteras y llegan a su destino sin autorización.» (OIM, 2009)

De modo que, el flujo de ciudadanas y ciudadanos de Venezuela resulta más complejo que un simple fenómeno migratorio, pues responde a múltiples situaciones que llevan u obligan a estos a asentarse en otro país, como migrantes o como refugiados. Este es el caso de una de las mujeres que pretendo que tenga voz en el presente relato. Yolanda, una mujer de cuarenta y cuatro años que ilustra muy bien esta situación, ya que se vio obligada a huir de Venezuela debido a las amenazas de las fuerzas militares de ese país por el dominio de la tierra que ella y su familia explotaban.

Según cifras de Migración Colombia[1] y Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados[2], Colombia es el país latinoamericano que ha recibido más ciudadanos venezolanos a raíz de la crisis, debido a la confluencia de múltiples

1. Para el mes de abril de 2020, la Unidad Administrativa Especial Migración Colombiana estableció que alrededor de 1'825.000 venezolanos se encontraban en Colombia. (Recuperado de: https://www.migracioncolombia.gov.co/noticias/mas-de-1-millon-825-mil-venezolanos-estarian-radicados-en-colombia#:~:text=Bogot%C3%A1%2C%2003%20de%20Abril%20de,corte%20al%2029%20de%20febrero.)

2. Según cifras de ACNUR, Colombia acoge alrededor del doble de personas venezolanas acogidas por Perú, el segundo país con mayor flujo de ciudadanas y ciudadanos venezolanos. (Recuperado de: https://www.acnur.org/noticias/press/2019/6/5cfa5eb64/refugiados-y-migrantes-de-venezuela-superan-los-cuatro-millones-acnur-y.html#:~:text=En%20solo%20siete%20meses%20desde,Argentina%20130.000%20y%20Brasil%20168.000.)

factores que propician la entrada de personas al país. Entre estos, se encuentran las similitudes culturales, los lazos familiares entre ambos países, la debilidad del Estado en las zonas fronterizas en donde no hay puestos fronterizos, especialmente en la zona de Cúcuta y Arauca, y el contexto particular de estos lugares.

A pesar de lo evidente e inevitable de la movilización de personas venezolanas hacia Colombia, paradójicamente, el Estado colombiano no ha adoptado las políticas públicas necesarias para afrontar esta crisis y la comunidad internacional ha aportado escaza financiación para abordar la situación. En consecuencia, estas personas se encuentran en una situación de desprotección y vulnerabilidad, contraria a las expectativas que tenían al migrar o huir de su país.

Nuestra sociedad, sin duda, está erigida como una sociedad de expulsión. La globalización y las políticas económicas enfocadas hacia un sistema capitalista que deshumaniza a las personas derivan en la exclusión de determinados grupos sociales (Sassen, 2007). De modo que la sociedad colombiana actúa como un agente que victimiza a las personas migrantes y refugiadas provenientes de Venezuela a través de la marginalización y las conductas xenófobas, las cuales impiden el acceso a oportunidades de inclusión y a la posibilidad de desarrollar libremente su vida.

No obstante, esta exclusión no es producto de un descuido de los Estados, sino que es una decisión de estos, como parte de los mecanismos necesarios para mantener el sistema actual. La expulsión de las personas es fundamental para mantener los mercados globalizados, pues garantizan grupos marginados de personas que se ven obligadas a convertirse en mano de obra barata. Así ha sido expuesto por Saskia Sassen en su libro *Expulsiones*.

El caso de las personas venezolanas ilustra este punto, pues desde el ingreso masivo de esta comunidad al país ha sido utilizada como mano de obra económica para las empresas establecidas aquí. Según cifras de Portafolio, las y los nacionales de Venezuela en Colombia ganan un 35 % menos que los y las nacionales. Esto incluso, ha sido denunciado por organizaciones civiles como la Asociación Civil Colombianos en Venezuela.

Adicionalmente, según estudios económicos, la migración venezolana tendrá impactos positivos en el PIB a largo plazo y contribuirá al desarrollo económico del país debido a la reducción en costos de las empresas. (*Dinero*, 2020)

La xenofobia, además, se evidencia en situaciones como las alarmantes cifras de homicidios a personas venezolana[3] ; las dificultades para acceder a un empleo formal y consecuente con el nivel de escolaridad de estas personas; la criminalización de la migración auspiciada por los medios de comunicación, las situaciones de discriminación en colegios y jardines infantiles; las dificultades para arrendar bienes inmuebles, entre otros. La estigmatización creada alrededor de esta población resulta sumamente violenta, cotidiana y se ve reflejada en agresiones de diversa índole.

Adicionalmente, las autoridades crean y propician situaciones discriminatorias para esta población las cuales se ven reflejadas en las limitaciones al acceso a sus derechos, las trabas administrativas y una clara segregación en sus trámites, la cual es matizada o encubierta en trámites aparentemente legales. Un ejemplo de esto es el entorpecimiento de los trámites para afiliarse al Sistema de Salud, debido a las dilaciones injustificadas para efectuar las entrevistas correspondientes al Régimen Subsidiado. La dificultad para ser inscritos con un número de PEP o Salvoconducto de Permanencia; y por otro lado, los abusos por parte de la Policía Nacional en diferentes contextos[4].

Sin embargo, el Gobierno Nacional se encuentra en la obligación internacional de adoptar medidas que mitiguen esta situación a la luz de instrumentos como la Convención Americana, la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados del 51 o la Declaración de Cartagena.

No obstante, las políticas adoptadas por el Estado colombiano son coyunturales, transitorias y han sido adoptadas desde la perspectiva de una crisis temporal, lo cual impide que se dé una solución real y efectiva para la grave situación que atraviesan estas personas. Este es el caso de la situación actual debido al Proyecto de Ley migratoria No. 036 de 2019 que actualmente cursa en el Congreso de la

3. Según cifras del Instituto Colombiano de Medicina Legal del año pasado, cada día son asesinados 2,7 venezolanos. Igualmente, en los primeros meses del 2020 se vivió una ola de asesinatos en Cali y el Valle de Cauca en general.

4. Desde el 23 de noviembre de 2020, las autoridades colombianas han expulsado a 61 extranjeros, incluidos 60 venezolanos y un peruano, a quienes acusaron de participar en actividades que comprometen el orden público y la seguridad nacional, según Migración Colombia. Las autoridades colombianas han acusado reiteradamente a ciudadanos venezolanos y al gobierno de Nicolás Maduro de instigar las protestas, sin aportar ninguna evidencia al respecto. Algunas de estas expulsiones parecen haber sido arbitrarias. (Human Rights Watch. Colombia: Abusos policiales en el contexto de manifestaciones multitudinarias, golpizas, expulsiones de venezolanos y detenciones arbitrarias).

República, pues se le exige al legislador que atienda a las necesidades puntuales que tiene la población y acoja una ley con un enfoque diferencial y desde la perspectiva de protección a los derechos humanos, que permita la satisfacción integra de sus derechos a partir de sus diferencias.

La complejidad de las dinámicas de poder en Venezuela, el contexto particular de este país, la crisis en el sistema de salud, la desproporcionada represión del gobierno, la corrupción y las arbitrariedades dentro de las fuerzas armadas, los altos índices delictivos, las cifras de hiperinflación y las dificultades en materia internacional de este país hacen imposible que esta coyuntura sea resuelta en un término cercano (Human Rights Watch, 2020). Por lo cual las medidas emitidas por el Gobierno Nacional han sido adoptadas sobre la marcha, precarias e insuficientes.

Contextos de violencia de género en el marco de la migración y el refugio

Con todo, a pesar de que la migración como tal es un riesgo para cualquier persona, pues implica desligarse del Estado de su nacionalidad y enfrentarse a la incertidumbre de un nuevo país, las mujeres resultan más vulnerables frente a estos riesgos. Esto es así debido al contexto en el cual se encuentran inmersas: los patrones machistas, las necesidades específicas que requieren, la invisibilización de sus problemáticas y de la poca reivindicación de sus derechos; las dinámicas de poder, las jerarquías entre géneros y la propia idiosincrasia de la sociedad colombiana.

En este sentido, como ya he mencionado, en las mujeres, niñas y adolescentes venezolanas concurren múltiples factores de vulnerabilidad, entre ellos: su situación socioeconómica, el hecho de ser mujeres, ser migrantes o refugiadas y la xenofobia. Adicionalmente, sobre algunas de ellas concurren más condiciones de vulnerabilidad, ya sea por su edad, su estado de salud o su condición de irregularidad en el país. En consecuencia, es necesario estudiar la migración desde una perspectiva de género diferencial hacia las mujeres, que permita entender y caracterizar los fenómenos que las afectan e identificar los escenarios bajo los cuales las mujeres son foco de violencia. Para que, de ese modo, sea posible adoptar políticas públicas desde una óptica diferencial que garantice los derechos de la población.

En el presente escrito pretendo describir y enfatizar las situaciones de violencia, que desde mi experiencia con el trabajo clínico legal he podido observar, por las que muchas mujeres migrantes o refugiadas venezolanas se ven obligadas a atravesar, así como los fenómenos machistas, heteropatriarcales y de exclusión social que más se presentan y afectan su cotidianidad.

Previo a esto es importante destacar que, en este texto en particular, al referirme a mujeres, niñas o adolescentes venezolanas, estaré hablando de población cisgénero, puesto que considero que las problemáticas de las mujeres trans ameritan ser estudiadas a profundidad y de manera autónoma. Esto sin perjuicio de reconocer que la comunidad trans es pieza fundamental de los movimientos feministas.

Con esto de presente, es fundamental entender qué me llevó a conectar con estas mujeres y por qué decidí realizar este escrito con el fin de abordar integralmente este tema. Mi nombre es Sofía Elisa Sierra, tengo veintiún años, me identifico como mujer, actualmente soy estudiante de décimo semestre de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario y hago parte del Consultorio Jurídico de la Universidad del Rosario, particularmente de la Clínica Jurídica Contra la Violencia Intrafamiliar y de Género —Clínica VIG— y de la Clínica de Movilidad Humana Transfronteriza —Clínica MHT—.

Nací y crecí en una ciudad mediana de Boyacá, junto a mi familia. Mis padres son profesionales, sin embargo, ambos crecieron en hogares muy humildes de mi ciudad. Tengo dos hermanos mayores, un hermano por parte de mi mamá y un hermano por parte de mi papá. Por lo cual crecí heredando sus juguetes, su ropa y hasta sus gustos.

Empecé a vivir sola a los diecisiete años en una ciudad desconocida para mí, iniciando mi carrera en una universidad en la que todos parecían conocerse, salvo yo. Alejada de mi familia, de mis amistades y con muy poca claridad sobre lo que significaba esto. De modo que, teniendo en cuenta el fuerte regionalismo de Colombia, entiendo la sensación de sentirse ajena en un determinado lugar. Pasar días enteros sin pronunciar palabra y añorando aquello que es conocido o natural para uno.

Estoy en una situación que comúnmente se denominaría privilegiada: estudio en una de las mejores universidades del país, tengo apoyo emocional y económico de parte de mi familia, nunca he considerado tener que dejar toda mi vida atrás para proteger mis derechos, nunca me han golpeado y nunca he pasado una noche en el frío de la calle.

Sin embargo, a pesar de esto no escapo a las situaciones de violencia que se presentan cada día por ser mujer. Nunca me he enfrentado a un juez, a un policía o a un fiscal que arbitrariamente decida no creer en mi historia y culparme por alguna agresión. Pero me he enfrentado a compañeros y compañeras de universidad, a familiares o a supuestos amigos y amigas que vierten sus ideales machistas sobre mí y deslegitiman mis experiencias. A día de hoy, me siento insegura en los pasillos de mi universidad y en las aulas de clase. Ver ciertos rostros y recordar situaciones desagradables me hace sentir indefensa y desprotegida.

Nunca he tenido que solicitar una medida de protección en contra de una ex pareja, pero he tenido que huir de un bar o de una discoteca porque mi ex pareja me estaba persiguiendo, no me dejaba socializar y tiene comportamientos violentos conmigo. Me han sacado coercitivamente de un lugar y me han catalogados con adjetivos cargados de misoginia mientras todos y todas las presentes normalizan la situación. Del mismo modo, nunca han abusado de mí, pero me sexualizan sin mi consentimiento día a día en el transporte público, en la calle e incluso en contextos aparentemente seguros como en reuniones con amigos o en la universidad.

Por estas razones, puedo afirmar que la dicotomía entre el lugar de privilegio y el lugar de vulnerabilidad, en ocasiones, más allá de retratar una situación, es un medio por el cual creamos barreras entre nosotras y nos alejamos de las luchas de las demás. Existen matices y lugares comunes en los que, a pesar del contexto, experimentamos lo mismo. En esa medida, creo que no puedo considerarme parte de un movimiento feminista si no reconozco la multiplicidad de feminismos y no me adhiero a aquellas causas que no me afectan directamente a mí. Pues considero que el feminismo es un movimiento transversal que nos incluye a todas y debe ser un movimiento empático y sensible con la otra.

Un día, en el que me encontré compartiendo una comida con Gloria, una de las mujeres que acompaño a través de la Clínica VIG, sentadas en un cubículo de Consultorio Jurídico, organizando documentos, conversando y riéndonos de los mismos chistes —con cara de tranquilidad pero con el corazón pequeño por la historia que acababa de escuchar— reafirmé que el feminismo es de todas y que, a pesar de que aparentemente hay un gran espacio de distancia entre Gloria y yo, en realidad, estamos hombro a hombro intentando crear una sociedad más justa con nosotras y con las demás.

Para abordar el eje de este texto, es esencial hacer una breve alusión a la relación entre el género, la migración y las situaciones de refugio o asilo. Este tema ha sido denominado en la doctrina y en la literatura como feminización de la migración. No obstante, es de anotar que reducir este tópico a la migración, implica desconocer otras situaciones de movilidad humana, como es el caso del asilo o refugio. Por lo anterior, cuando me refiera o una fuente se refiera a feminización de la migración, se pretende señalar con el propósito de incluir no solo a población migrante, sino también a las mujeres refugiadas y en otros contextos de movilidad humana.

En este sentido, los procesos migratorios y de movilidad humana no son un nuevo acontecimiento, sino que, es un aspecto inherente al ser humano y ha aumentado exponencialmente debido a diferentes entornos sociopolíticos y a la globalización.

En términos de Ana Inés Mallimaci, la feminización de la migración surge a partir de dos dimensiones principales: (i) un cambio cuantitativo, ya que en los últimos años ha surgido un cambio en la distribución por sexo de los flujos migratorios, es decir, se ha incrementado en gran medida el número de mujeres migrantes; y (ii) un cambio cualitativo que ubica a las mujeres en el primer eslabón de la cadena migratoria como pioneras del movimiento y no desde un papel de reunificación familiar que ostentaban anteriormente (Mallimaci, 2018).

No obstante, según la autora, estos patrones de cambio cualitativos no se replican con exactitud en los flujos latinoamericanos debido al contexto social, político y económico de los países en vía de desarrollo de la región. Derivan en una amplitud más compleja del papel que fungen las mujeres en estos contextos.

Sin embargo, los Estados y las organizaciones políticas tienden a desconocer las dinámicas y las narrativas particulares de la población de mujeres y realizar un enfoque desde el dominio masculino. En este sentido, Sassen (2003) manifiesta que:

> De esta forma, la retórica sobre las relaciones internacionales y su instancia más formalizada, el derecho internacional, puede considerarse también como una narrativa de exclusión. En la medida en que toma como único sujeto al Estado, ha tendido a excluir a otros actores y sujetos. Puede demostrarse que este tipo de narrativas está masculinizado

> en tanto está centrado en un conjunto de microprácticas y formas culturales promulgadas, construidas y legitimadas en términos masculinos (p. 68, 69)

Desde una perspectiva sociológica feminista se percibe al Estado como un ente masculino que replica estas conductas en las leyes, políticas públicas y demás actos de autoridad que emita. Lo que implica que, históricamente los Estados se han construido a través de intereses masculinos y han tendido a aplicar una óptica desde la hegemonía de la masculinidad. En ese sentido, tanto el Estado de procedencia como el Estado de recepción de las mujeres migrantes están construidos bajo estos modelos. Esto puede verse reflejado en la prohibición de los métodos de planificación, la restricción al aborto, las restricciones en derechos civiles y políticos, entre otros. De modo que, solo hasta hace alrededor de treinta años se aceptó la comercialización de métodos anticonceptivos.

Es claro que tanto el Estado venezolano como el colombiano y los demás Estados de la región, encuentran sus cimientos sobre profundos ideales masculinos que excluyen las perspectivas de género y diferenciales. De tal manera, las actuaciones del Estado, las autoridades y los colectivos de investigación tienden a efectuar los estudios sobre la migración prescindiendo de otorgarle un enfoque de género o diferencial a la problemática, partiendo de unas estructuras sociales eminentemente masculinas. Lo cual ha derivado, en la violación de los derechos de la comunidad y su segregación. Esto ha sido expresado por Jaramillo de la siguiente manera:

> En primer lugar, se ha señalado que el derecho, como producto de sociedades patriarcales, ha sido construido desde el punto de vista masculino y por eso refleja y protege los valores y atiende a sus necesidades e intereses. (...) En segundo lugar, se ha mostrado que incluso cuando el derecho protege los intereses y necesidades de las mujeres e introduce su punto de vista, en su aplicación por instituciones e individuos moldeados por la ideología patriarcal, ha desfavorecido a las mujeres. (2000, p. 51, 52).

Esto implica que el estudio de género de este tema particular, deba ser estudiado desde dos niveles filosóficos. En primer lugar, entendiendo que el Estado es resultado de una sociedad patriarcal desde sus cimientos. Y, por otro lado, comprendiendo que el derecho es aplicado por sujetos patriarcales que reproducen la masculinización de las figuras.

Así, sociedades como la colombiana y la venezolana, al ser patriarcales, han edificado sus ordenamientos jurídicos alrededor de una óptica masculina que favorece sus propios intereses. Lo cual, puede verse reflejado en los índices de feminicidios y la batalla jurídica que implicó la consagración de este tipo penal.

Según un estudio realizado en enero de 2020 por Open Democracy y el proyecto de mapeo del Instituto de Estudios Internacionales y Europeos Francisco de Vitoria, el 57,3 % de fallecimientos de mujeres venezolanas en Colombia se dio a raíz de un feminicidio. Esto resulta alarmante, pues refleja la violencia de género a la que se ven sometidas y las profundas relaciones de poder que aún permean nuestra sociedad. En este sentido, el propio hecho de que este estudio haya sido efectuado por una institución europea, nos habla de la apatía estatal sobre estos temas al no realizar investigaciones y estudios autónomos sobre los índices de feminicidios de mujeres venezolanas en el país. Esto ha sido resaltado en la siguiente cita:

> El género incide en cada aspecto de la migración: Sus causas, patrones, procesos e impactos de todo tipo, incluyendo la experiencia personal y subjetiva de las personas migrantes. El género también condiciona las prioridades de investigación, los marcos conceptuales y los modelos explicativos utilizados por académicos y por encargados del diseño de políticas públicas, particularmente cuando el género es tratado como una variable más y no como un concepto teórico central. (Pessar en Paiewonsky, 2007, p. 6)

De modo que es inminente la necesidad de aplicar un estudio desde una perspectiva de género del contexto de movilidad humana colombo-venezolana en cuanto afecta directamente cada aspecto que la compone.

Sobre este punto, es importante destacar que, a pesar del activismo y la participación política de los movimientos feministas, la sociedad colombiana está profundamente permeada por ideales machistas, heteropatriarcales y violentos que atentan contra mujeres nacionales y extranjeras. En consecuencia, siguiendo los planteamientos de Isabel Cristina Jaramillo, las instituciones del Estado reproducen estereotipos y jerarquías entre géneros que agudizan esta situación al ser aplicadas por sujetos construidos dentro del patriarcado.

Adicionalmente, establecer un nexo a priori de la movilidad humana femenina con los aspectos familiares perpetúa los roles de género impuestos

dentro del núcleo familiar e invisibiliza las relaciones de poder contenidas en las familias.

Tradicionalmente, la movilidad humana femenina ha sido adjudicada a las labores de cuidado del núcleo familiar. Por lo que tenía un papel secundario frente al papel que ejercía el hombre. En ese sentido, no se legitima a la mujer como eje de la migración y el refugio. Al contrario, se le impone un rol de género como cuidadora. No obstante, hoy en día, es evidente que la mujer ha tomado el papel principal en la motivación para salir o huir de su país de origen.

Este es el caso de Jenifer, mujer de cuarenta y dos años que, junto a sus hermanas, ostentó el papel principal de su migración y la de su familia, en búsqueda de mejores oportunidades de vida. No ejerció un papel secundario en la movilidad detrás de un sujeto masculino. De modo contrario, ella y sus hermanas encabezaron sus procesos migratorios.

Aunado a esto, es importante resaltar que los contextos de migración y refugio de Venezuela deben ser estudiados desde la interseccionalidad en pro de responder a cada una de las particulares condiciones de vulnerabilidad de la mujer, basadas en su pertenencia a diferentes categorías sociales en el contexto de la movilidad humana.

Ahora bien, partiendo de este contexto general sobre la situación de la mujer venezolana en Colombia, es posible estudiar en particular situaciones de acoso, de segregación y de negligencia sobre sus derechos a las que se ven sometida en el país.

De este modo, a continuación, expondré un breve relato de las situaciones de violencia de género a las que cuatro mujeres venezolanas han sido sometidas en este país. Cabe destacar que, en la mayoría de las historias concurren ambas situaciones: es decir, se ven expuestas a situaciones de violencia institucional y violencia intrafamiliar. Adicionalmente, algunos nombres y datos fueron modificados por seguridad y privacidad de estas mujeres.

Ana, Yolanda, Jenifer y Luisa son mujeres de edades diferentes, se movilizaron de Venezuela por diferentes motivos, trabajaron en contextos distintos y tienen una historia completamente diferente a la de las demás. Sin embargo, están conectadas por hechos similares donde cada una de ellas fue afectada por la violencia de género y por los patrones machistas de la sociedad colombiana.

Violencia sexual

Una de las modalidades de violencia a las que se ven mayormente sometidas las mujeres migrantes venezolanas es la violencia sexual, la cual se ve manifestada en múltiples vías y por distintos actores. Caracterizada por las intrínsecas relaciones de poder y sumisión de la mujer debido a sus condiciones de vulnerabilidad.

En ese sentido, tres de las modalidades que más se presentan son las siguientes: (i) redes de tráfico de personas con fines de explotación sexual; (ii) trabajo sexual como prostitutas y (iii) la violencia sexual ejercida en el marco de relaciones sentimentales.

Trata de personas con fines de explotación sexual

Uno de los riesgos que acecha a las mujeres durante las caminatas desde Venezuela hacia diferentes ciudades de Colombia en las que pretendan establecerse, es la presencia de redes de tráfico sexual que amenazan con secuestrar a las mujeres para ser esclavizadas sexualmente dentro o fuera del país.

A pesar de que las entidades estatales y la sociedad tienen conocimiento sobre esta situación, los medios de comunicación tradicionales, el Gobierno Nacional y las autoridades internacionales no han realizado el énfasis necesario sobre esta situación particular. No han iniciado actividades tendientes a mitigar esta situación. Al respecto, Pizarro (2007) ha dicho lo siguiente:

> La trata de mujeres es casi por definición un fenómeno invisible, donde se encubren no solo sus dimensiones, sino también las formas de coerción y abuso, la tipificación del delito y las sanciones que lo penan, la densificación de las redes criminales y la corrupción de las autoridades; por eso, hay que investigar en profundidad y reconocer las consecuencias que la trata tiene para las víctimas, por ejemplo, en el plano de la salud sexual y reproductiva (p. 127).

En general, los grupos dedicados a esta actividad aprovechan la situación de necesidad en la que se encuentran las mujeres, niñas y adolescentes venezolanas para ofrecerles trabajos u oportunidades a fin de engañarlas.

En este mismo sentido, se ha resaltado a la irregularidad de estatus migratorio como el mayor factor de riesgo para caer en una red de tráfico sexual:

> Asimismo, se hace necesario señalar que situaciones como la irregularidad y la ausencia de documentos migratorios es el primer gran factor de riesgo que lleva a las mujeres venezolanas a la clandestinidad en la ruta migratoria, quedando invisibles y a merced de las redes de tráfico y crimen organizado. De esta manera el tránsito se convierte en una de las etapas más críticas en la ruta de movilidad para las mujeres, pues se enfrentan a una mayor desprotección. (Centro de Justicia y Paz-CEPAZ (2019, p. 1).

Según informes emitidos por diferentes organizaciones[5], debido a la precaria presencia del Estado en zonas fronterizas con Venezuela, las redes de tráfico se extienden a través de ella y secuestran mujeres a través de engaños o actos violentos para ser esclavizadas sexualmente en otros países o al interior del país. Para el 2018, 188 mujeres venezolanas fueron rescatadas de diferentes países en los que fueron explotadas sexualmente.

Con todo, se debe destacar que durante mi experiencia personal en Consultorio Jurídico no he tenido conocimiento de que una de las mujeres que he atendido se haya visto inmersa en una situación así. No obstante, considero fundamental resaltar uno de los grandes riesgos a los que se ve sometida una mujer que viaja hacia Colombia bajo el contexto de la crisis venezolana.

Trabajo sexual

Una de las consecuencias de la imposición de estereotipos y roles de género es la estigmatización de las mujeres como trabajadoras sexuales o como amas de casa, trabajadoras de la limpieza, entre otras labores tradicionalmente femeninas. Así, se ha manifestado que:

> Quizás la característica más notable de la migración femenina es como esta se sustenta en la continua reproducción y explotación de las desigualdades de género en el marco del capitalismo global. La mayoría de las trabajadoras migrantes realizan «trabajos de mujeres» como niñeras, empleadas domésticas o trabajadoras sexuales, los nichos laborales menos deseables en términos de remuneración, condiciones laborales, protección legal y reconocimiento social. De esta forma el género actúa como principio

5. Esto puede ser consultado en el informe *Trata de personas y tráfico ilícito de migrantes* del proyecto Migración Venezuela.

> organizador del mercado laboral en los países de destino, reproduciendo y reforzando los patrones de género preexistentes que discriminan a las mujeres. Pero no se trata solo de que sean mujeres las que realizan estos trabajos, sino mujeres de ciertas razas, clases, orígenes étnicos y/o nacionalidades. De esta forma, el género se entrecruza con otras formas de opresión para facilitar la explotación económica de las mujeres migrantes y relegarlas a condiciones de servilismo (domésticas) y desprecio social (trabajadoras sexuales) (Paiewonsky, 2007, p. 5).

Sin embargo, en el contexto de la crisis venezolana, se ha fomentado especialmente el trabajo sexual debido a los patrones estigmatizantes que se han creado alrededor de estas mujeres. Es comúnmente conocido que la denominación «veneca» para referirse a la mujer venezolana, se usa en contextos despectivos con connotaciones sexuales relacionada con el trabajo sexual en el imaginario colombiano. Sobre esto, considero que la propia utilización de esta palabra es violenta, perpetúa la exclusión y la marginación de estas mujeres y las sexualiza sin su consentimiento.

En este punto, vale la pena resaltar que en otros contextos se ha destacado la violencia intrínseca a determinadas expresiones. Este es el caso de palabras como «moro» o «sudaca» que incluso han sido definidos por la RAE como adjetivos despectivos hacia comunidades históricamente discriminadas y que derivan en la marginalización de las comunidades.

Ahora bien, según cifras de la investigación sobre Caracterización de Personas que Realizan Actividades Sexuales Pagadas en Contextos de Prostitución en Bogotá, el 99,81 % de las prostitutas extranjeras en Bogotá son venezolanas, de las cuales más de la mitad considera que ejercer la prostitución es la opción más rentable o la única opción (Secretaria Distrital de la Mujer, 2019).

Es fundamental poner de presente que, en gran parte de los casos, las mujeres no deciden libremente ejercer esta activad, sino que, debido a la ausencia de oportunidades laborales, la necesidad de percibir ganancias para sus familias y para sí mismas, la precariedad de las ayudas humanitarias y la estigmatización que se creó sobre ellas, muchas se ven obligadas a ejercer el trabajo sexual.

Luisa

Este es el caso de Luisa, ella tiene veinticuatro años y llegó a Colombia en febrero de 2019 en búsqueda de iniciar una nueva empresa y con la ilusión de

un futuro próspero en el país. Debido a que fue estafada por su socia, perdió todo el dinero ahorrado y no contaba con dinero para costear una habitación, fue acogida dentro de un prostíbulo en la ciudad de Bogotá en diciembre de ese mismo año. No obstante, en este lugar intentaron obligarla en repetidas ocasiones a ejercer labores sexuales por el hecho de vivir ahí. Al llegar a Consultorio Jurídico fue atendida por una de mis compañeras. Forjaron una relación muy cercana que llevó a mi compañera a insistir en la lucha por la defensa de los derechos de las mujeres.

En este caso, se puede evidenciar cómo el contexto en el que se encuentran inmersas las mujeres propicia el acercamiento hacia el trabajo sexual. En el caso de Luisa, si bien ella en Venezuela nunca ejerció estas actividades, la necesidad, la ausencia de acceso a servicios básicos y el contexto *per se* de sus amistades la quiso obligar a ejercer estas labores.

La necesidad de dinero se ve reflejada en que, según informes de ONU Mujeres, desde el apogeo del flujo de personas provenientes de Venezuela, los precios del trabajo sexual disminuyeron sustancialmente. Adicionalmente, son obligadas a trabajar en condiciones inferiores a las de las colombianas, pues deben cobrar una menor tarifa, comprar sus propios preservativos y trabajar únicamente en los horarios determinados previamente. (ONUMujeres, 2019)

Violencia sexual en el marco de relaciones de pareja

Otro de los ámbitos en el cual se manifiesta la violencia sexual ejercida en contra de las ciudadanas venezolanas en Colombia, se refiere al marco de las relaciones de pareja. Esto es así, debido a la situación de irregularidad de las mujeres, la ausencia de redes de apoyo o las propias relaciones de sumisión y jerarquías entre géneros.

Uno de los casos más comunes se presenta cuando la pareja sentimental ostenta la nacionalidad colombiana, ya que se aprovecha de la situación de irregularidad de la mujer para dominarla y agredirla física, psicológica y sexualmente. Adicionalmente, otro factor que propicia las situaciones de violencia sexual es la ausencia de redes de apoyo para estas mujeres, ya que muchas de ellas carecen de cualquier contacto o ayuda en el país, pues su familia y círculo de amistades se encuentran en Venezuela.

Un caso de esta naturaleza es el que se encuentra en el informe *Relatos con Rostro de Mujer*:

> En las historias de estas mujeres venezolanas y colombianas retornadas, principalmente las que tienen hijos con hombres colombianos han experimentado múltiples situaciones de violencia de género. Algunas de estas situaciones de violencia verbal, física y sexual se presentaron en Venezuela y motivaron que estas mujeres emigraran a Colombia:
>
> «Es muy duro y bueno mi pareja como todo hombre, pelea por todo, él es muy agresivo. Yo lo había denunciado en Venezuela y él dejó eso de estar pegándome y esto. Aquí solo una vez fue que él me pegó unas patadas mientras estaba embarazada, pero menos mal que yo lo amenacé y que si lo volvía a hacer yo lo iba a denunciar. (...) Y es muy difícil porque no tengo a mi mamá y como todo hombre él me exige que trabaje, pero como estoy yo ya no puedo trabajar [se rompe en lágrimas]». (Servicio Jesuita a Refugiados Colombia, 2018, p. 11, 12).

No obstante, existen casos en los que las relaciones de poder bastan para agredir a la mujer y aprovechar la negligencia de las autoridades sobre las situaciones referentes a ciudadanas venezolanas.

Jenifer

Ella llegó a Consultorio Jurídico un jueves en la noche, ya que una de sus hermanas nos alertó sobre la situación. Esa noche conversé con su hermana, quien me contó la difícil situación en el que se encontraba Jenifer. Al día siguiente, Jenifer le mentiría a su esposo para salir de la casa y poder iniciar todo el proceso en su contra.

Jenifer ingresó al país en diciembre de 2018 junto con sus dos hijos —quienes no son hijos de su agresor— huyendo de su ex pareja, Alberto, debido a las agresiones físicas y verbales que él constantemente realizaba. Su proceso de migración fue apoyado por sus dos hermanas y al estar en una situación de regularidad, pudo trabajar y arrendar una habitación para su familia.

Cabe resaltar que, previamente, estando en Venezuela, Jenifer y Alberto tuvieron una hija que falleció a los pocos meses de nacida debido a una infección. En esa ocasión, Alberto dejó sola a Jenifer en el momento de embarazo y enfermedad de la bebé.

Sin embargo, Alberto, después de vender los bienes pertenecientes a Jenifer en Venezuela para costear el viaje, ingresó a Colombia en enero de 2019 de manera irregular en busca de ella. En ese sentido, por las insistencias del señor y la presión que ejercía sobre ella, Jenifer inició nuevamente una relación con él y fruto de ésta quedó embarazada de un niño que nació en diciembre de 2019.

A pesar de esto, el mencionado continuó agrediéndola, incluso la llegó a cortar con un cuchillo que Jenifer llama «el rambo» y permanece en el armario de la habitación que comparten. Este hombre le cuenta a Jenifer que obtuvo ese cuchillo por medio de grupos ilegales con los que continuamente la amenazaba.

No obstante, la situación que impulsó a Jenifer para romper el círculo de la violencia se dio una madrugada en la que, producto de una discusión, su pareja la asfixió, la golpeó y la accedió carnalmente mientras ella se ahogaba en lágrimas.

Ella cuenta que la única razón por la que no murió asfixiada esa noche, fue porque su hijo empezó a llorar y el agresor se detuvo para calmarlo ante la posibilidad de alertar a las personas que vivían cerca.

Debido a la situación de aislamiento, la atención a Jenifer se dio por vía telefónica, lo cual implicó cierta dificultad para crear un ambiente de confianza con ella. Ese viernes en la mañana pude hablar con ella, escucharla y tratar de transmitirle tranquilidad por medio de un teléfono. Después de un tiempo de conversación, en el que conversamos sobre su llegada a Colombia, la manera en que conoció a su agresor y su estado de salud, Jenifer me contó la situación que vivió y que no quería repetir nunca. Ella necesitaba que le asegurará que su agresor iba a ir a la cárcel o iba a ser deportado a Venezuela.

Por tal razón, iniciamos la formulación de las acciones contra reloj, pues Alberto iba a volver de su trabajo alrededor de las cinco de la tarde e iba a notar la ausencia de Jenifer. Así lo hicimos y ella radicó una solicitud de medida de protección en la que se pidió que se le acogiera una casa refugio por el grave riesgo de feminicidio.

No obstante, en esa oportunidad no se le otorgó la posibilidad de ser trasladada a este sitio. Los funcionarios adujeron que, al Jenifer ser una ciudadana venezolana, la entidad competente para darle una solución era Migración Colombia. Como si la atención de una mujer víctima de violencia debiera ser diferente en consideración a su nacionalidad.

Por tal motivo, acordamos con Jenifer que se quedaría con sus hijos en casa de su hermana y al día siguiente haríamos todo lo posible por ubicarla en un lugar seguro con la ayuda de mis asesores y mis coordinadores. Esa noche ni Jenifer, ni su familia, ni yo pudimos estar tranquilas ante la incertidumbre de qué haría su agresor cuando notara su ausencia. El señor se limitó a llamarla y a enviarle mensajes reiteradamente, afortunadamente no fue a buscarla a la casa de su hermana.

Al día siguiente, Jenifer acudió nuevamente a una Comisaria de Familia en la que se le volvió a negar la posibilidad de ser trasladada a un refugio, por lo que le pedí a Jenifer que me permitiese hablar con la funcionaria. Así lo hizo, reiterando su apatía y sus comportamientos xenófobos hacia ella, con comentarios sobre su supuesta falta de competencia y la imposibilidad para ayudar a Jenifer, so pretexto de que no existía norma que la habilitara para realizar la remisión.

Después de esa llamada, me inundó la rabia y la impotencia de confirmar que las instituciones estatales en muchas ocasiones no funcionan en la realidad. Después de una larga insistencia y comunicación con diferentes autoridades del orden distrital, dimos con una mujer en particular que tenía contacto con Casa Refugio y se solidarizó con Jenifer. Finalmente, fue trasladada a una casa refugio con sus hijos y el lunes se inició el procedimiento penal.

Luisa

Por otro lado, Luisa —a quién mencioné anteriormente— también se vio inmersa en una situación de violencia sexual, en el marco de su cotidianidad. En esta oportunidad, debido a las exigencias para trabajar dentro del prostíbulo, Luisa decidió mudarse con José, un ciudadano colombiano a quien conoció por casualidad en las calles de Bogotá y con quien había forjado una amistad.

Sin embargo, José le permitió vivir en su casa siempre que mantuvieran relaciones sexuales. Es importante destacar que ella manifiesta que no quería mantener relaciones, pero lo hacía para poder quedarse con él y tener donde vivir, aunque lo ha normalizado y no lo considera una situación de abuso.

No obstante, cansada de esta situación y ante la posibilidad de mudarse, Luisa decidió trasladarse con una amiga que conoció por José. Ella relata que en este lugar se realizaban muchas reuniones con diferente hombres y grandes cantidades

de alcohol. Así, en el marco de una de estas, Luisa ingirió bastante alcohol. Al día siguiente, despertó en su cama, sin pantalón ni ropa interior. Fue violada por un familiar de su amiga. Él le contó lo sucedió, se jactó de la violación, se burló de ella y compartió la situación con los demás amigos caracterizándola con adjetivos misóginos.

Luisa tuvo que enfrentarse en repetidas ocasiones a su agresor, puesto que él frecuentaba su casa, su círculo de amistades normalizaba la situación y la culpaba a ella por lo sucedido. Producto de esta violación, Luisa quedó embarazada y decidió no comunicárselo a su agresor.

En estos casos particulares, las agresiones, las situaciones de violencia y el abuso sexual surgen dentro del contexto cotidiano y normal de las usuarias. Enfrentarse a sus agresores y a la violencia en general, es algo que deben realizar día a día y que ha sido socialmente aceptado. En el caso de Jenifer, se da una situación de violencia que se ha normalizado en la relación de pareja. Adicionalmente, es este caso particular, la agresión por parte del Estado es evidente. De modo que, las autoridades, desde su posición de poder perpetúan las prácticas machistas y xenófobas que, como se mencionó, están profundamente arraigadas en la sociedad.

Adicionalmente, en el caso de Luisa, es claro que se ve inmersa en múltiples situaciones de violencia sexual propiciadas por la situación de vulnerabilidad que surge a raíz de las necesidades económicas, producto de las condiciones políticas desfavorables para ella. En este relato, Luisa se encuentra lidiando con las prácticas machistas en diferentes contextos a fin de salvaguardar su vida.

Migración, refugio y maternidad

La maternidad entendida como el proceso de planificación, concepción, gestación y lactancia de las mujeres venezolanas es un ámbito en el cual sus derechos son constantemente violados y se presentan casos constantes al interior de Consultorio Jurídico.

La visión legal y constitucional sobre este tema es fragmentada, al entender que la mujer sujeto de especial protección constitucional es aquella que se encuentra en gestación y lactancia. En sentido contrario, la maternidad debe comprender el proceso de educación sexual que incluye los métodos de planificación familiar

a cargo de hombre y mujer. Incluso, dentro deben incluirse las situaciones de Interrupción Voluntaria del Embarazo dentro del mismo, especialmente, en casos de violación y riesgo a la vida. Actualmente, la configuración de la protección a la maternidad está pensada únicamente en términos laborales. Es decir, cuando la mujer deja de trabajar y cuando puede reintegrarse a sus labores. Esto resulta violento pues desconoce la multiplicidad de situaciones que la comprenden.

El Estado asume el papel de garante de la salud de la mujer embarazada como sujeto de especial protección constitucional a la luz del artículo 43 de la Constitución y la jurisprudencia de la Corte Constitucional. Sin embargo, en esta situación particular es negligente y no brinda los controles prenatales y atención requerida para prevenir daños en la salud de la madre y el feto, lo cual ubica a estas mujeres en una situación de desprotección que vulnera sus derechos fundamentales.

Adicionalmente, la sociedad le impone un rol determinado a las mujeres que se encuentran en gestación o que son madres, lo cual dificulta que desarrollen plenamente su proyecto de vida y tengan acceso al mercado laboral. Situación que deriva en ejercicios de violencia económica sobre ellas. Aunado a esto, propicia situaciones de paternidad irresponsable puesto que supone que la mujer es la única que ocupa un rol preponderante en las tareas del cuidado y la crianza.

Sobre este punto, debe destacarse que las mujeres en condición de irregularidad no reciben métodos de planificación que le permitan evitar ser sometidas a maternidades no deseadas. Esto se debe a que, en atención a la regulación actual, las personas extranjeras en situación de irregularidad solo pueden acceder a servicios de urgencia en salud. De esto evidentemente se deriva que no tienen acceso a educación sexual o a métodos anticonceptivos.

Precariedad en la atención en salud

En primer lugar, es importante destacar que la Corte Constitucional en extensa jurisprudencia ha consagrado que los controles prenatales, la atención del parto y los controles post parto son catalogados como una atención urgente debido a que comprenden necesidades elementales de la mujer y la protección de la persona que está por nacer (SU 677 de 2017, MP. Gloria Stella Ortiz).

En este sentido, en el mencionado informe *Relatos con Rostro de Mujer* se resaltó la importancia de los controles prenatales de la siguiente manera:

> La condición de embarazo y lactancia es un estado particular por el cual las mujeres deben recibir atenciones y controles específicos con el fin de evitar y mitigar los riesgos propios que conlleva el embarazo. Sin embargo, la migración forzada ha profundizado múltiples vulnerabilidades que sufren a diario estas mujeres en cuestiones de salud. La falta de atención médica, la falta de oportunidades para mantener una dieta balanceada y alimentos necesarios ricos en nutrientes, la imposibilidad de brindarse el autocuidado necesario, el descanso adecuado y la falta de tranquilidad emocional, pone en riesgo su vida y la del bebé pues pueden llegar a desarrollar futuras enfermedades tales como la diabetes gestacional, la preclamsia, los embarazos ectópicos, infecciones no tratadas, traumas psicológicos, depresiones posparto, entre otras (Servicio Jesuita a Refugiados, 2018, p. 20).

Sin embargo, a pesar de que el Estado y las entidades públicas en materia de salud tienen presente que la atención a la mujer gestante es fundamental para preservar su salud, ya que, entre otras, evita que se creen complicaciones con posterioridad en el embarazo, no se asume el cumplimiento de estas disposiciones. Así ha quedado registrado un testimonio en el citado informe:

> Bueno los primeros meses aquí no aceptaban a venezolanas para los controles prenatales, pero luego sí, a los tres meses tuve el primer control porque hicieron el convenio con Secretaría de Salud y ahí pude tener un control, pero pues solo era el eco (...) Lo malo de los controles prenatales es que ellos no cubren todo, o sea ejemplo a mí me mandaba a hacer exámenes especializados y pues eso no me los cubre y tenía que hacerlos en otro lado y pagarlos, entonces pues no me los hice. Y aquí pues la medicina es muy costosa (Servicio Jesuita a Refugiados, 2018, p. 21).

Como este testimonio, se han presentado múltiples mujeres a Consultorio Jurídico, quienes acuden a diferentes Hospitales Públicos y centros de atención de salud del Estado y les son negados los controles prenatales o exigen bien sea el pago de un precio elevado o contar con documentación.

Adicionalmente, otro de los obstáculos a los que una mujer venezolana en Colombia se enfrenta en cuanto a la salud materna es la violencia obstétrica,

que se presenta incluso durante el parto. Producto de las conductas xenófobas e incluso machistas de los funcionarios que prestan los servicios de salud, las mujeres se ven sometidas a malos tratos y a comentarios hirientes. Sobre esto, varias mujeres venezolanas en Chile realizaron la denuncia:

No es la primera mujer que se queja de malos tratos y xenofobia en ese hospital. A principios de 2019 tres mujeres venezolanas presentaron querellas contra el establecimiento por negligencia médica, violencia obstétrica y xenofobia durante el pre y postparto. Denunciaron que el equipo médico no había actuado a tiempo y que recibieron comentarios xenófobos (Salud con Lupa, 2019). La violencia obstétrica ha sido definida de la siguiente manera:

Entendiendo la violencia obstétrica no solo como aquella que se da durante el parto, sino en cualquier etapa durante la gestación, parto y posparto. Esto ha sido definido de la siguiente manera:

> El concepto de violencia obstétrica como un tipo de violencia que se genera en los servicios de salud públicos o privados que consiste en cualquier acción u omisión por parte del personal de salud que cause daño físico o psicológico a la mujer durante el embarazo, parto y posparto. Esta violencia puede expresarse en la falta de acceso a servicios de salud reproductiva, en tratos crueles, inhumano o degradante por parte del personal de salud, o un abuso de medicalización, menoscabando la capacidad de decidir de manera libre e informada sobre dichos procesos reproductivos (Grupo de Información en Reproducción Elegida, s.f.).

De modo que ésta se presenta a través de cualquier acto que vulnere los derechos de la mujer. Ya sea a través de un daño físico o un daño emocional durante estas etapas. Este es el caso de Ana, Yolanda y Luisa. Ellas se vieron enfrentadas al desconocimiento de sus derechos y a la afectación de su salud por la negligencia de los Hospitales Públicos al atenderlas.

Yolanda

Yolanda llegó a Consultorio Jurídico en marzo de 2019 y fue atendida inicialmente por uno de mis compañeros, quien, posteriormente, me entregó el caso debido a que terminó su ciclo de Consultorio Jurídico. Yolanda tiene cuarenta y cuatro años, es ciudadana venezolana, solicitante de refugio e

ingresó al país en febrero de 2011 debido a las amenazas de grupos armados aliados con las autoridades de Venezuela. Se estableció en un municipio de Arauca con su esposo y uno de sus hijos.

Estando allí, se establecieron en un territorio heredado y se dedicaron al trabajo en el campo, es decir, la agricultura. Sin embargo, en 2018, mientras Yolanda estaba embarazada y debido a amenazas del ELN por (i) el control del territorio que ella y su familia explotaban, y (ii) la idea de que su esposo y su hijo fueran reclutados; fue desplazada y tuvo que trasladarse a otra ciudad del país.

En un primer momento, llegó a una ciudad de Boyacá y empezó a trabajar en una finca. Sin embargo, no estaban reuniendo el dinero suficiente para subsistir y decidieron desplazarse a Bogotá. Pero, por la falta de oportunidades estuvo en habitabilidad de calle.

La salud de Yolanda se vio gravemente deteriorada y se le diagnosticaron cálculos en la vesícula. Producto de las condiciones en las que estaba y la falta de atención en salud por parte del Hospital Simón Bolívar, centro de salud integrado en la subred de salud norte de Bogotá, Yolanda sufrió un aborto espontaneo.

A pesar del aislamiento social y el distanciamiento, mantengo una relación muy cercana con Yolanda. Desde que su caso llegó a mí y pude mantener una comunicación constante con ella, he empatizado con una mujer a la que el Estado le ha fallado en múltiples ocasiones, la violencia le ha cambiado la vida y no le permite estar con su familia. En particular, Yolanda fue desplazada en dos oportunidades con la aquiescencia del Estado y ha sido despojada de todas sus pertenencias. Adicionalmente, tuvo que separarse de su familia, ya que sus hijos y nietos —salvo uno de sus hijos— actualmente se encuentran en Venezuela y aún se encuentran amenazados por grupos ilegales aliados con las fuerzas militares.

Finalmente, fruto de la negligencia y los discursos xenófobos de las entidades públicas de salud, es decir, del Estado, Yolanda sufrió un aborto espontaneo que derivó en perjuicios físicos y emocionales. En ese sentido, se enfrentó a la violencia del Estado que a través de actos directos y de omisión vulneró directa e indirectamente sus derechos humanos.

Luisa

Por otro lado, en caso de Luisa —a quien he mencionado en varias ocasiones—. Ella, después de haber quedado embarazada producto de una violación, también fue violentada por parte de los prestadores de servicios de salud. De este modo, inicialmente se le negó el acceso a los controles prenatales y al subsidio al que tiene derecho por ser una mujer desempleada; por lo anterior, se requirió una acción de tutela para que fueran amparados sus derechos.

Considero que el caso de Luisa es de los más conmovedores y difíciles de asimilar. No es sencillo aceptar que una persona se haya visto sometida a un accionar sistemático de violencia en su camino por integrarse en un nuevo país.

Ana

Finalmente, Ana. Ella tiene veintiún años, es ciudadana venezolana e ingresó al país en febrero de 2019. Sin embargo, debido a sus dificultades socioeconómicas y la situación en Venezuela no pudo acceder a un pasaporte[6]. Por lo tanto, no logró conseguir un empleo formal en el país, de modo que realizaba trabajos ocasionales en una pizzería. Sin embargo, en ese lugar fue ampliamente discriminada, acosada laboralmente y finalmente, fue despedida.

Estando en Colombia, se enteró de que estaba embarazada, lo cual fue sumamente inesperado para ella ya que había sido diagnosticada previamente con Síndrome de Ovario Poliquístico SOPQ. El embarazo de Ana fue sumamente complicado y riesgoso debido a que padeció preclamsia severa, retención de líquidos, hipertensión arterial, pielonefritis y restricción de crecimiento intrauterino. No obstante, a pesar de la gravedad de su estado de salud, no fue correctamente atendida en el Hospital Simón Bolívar. Le negaron el acceso a sus controles prenatales y en ocasiones fue retenida por no tener capacidad de pago. Incluso, en una ocasión su esposo fue detenido por la Policía Nacional injustificadamente mientras intentaba que liberaran a Ana. En esa oportunidad, lo detuvieron durante un tiempo en un CAI, hasta finalmente liberarlo pues no se encontraba en una situación delictiva.

6. Anteriormente, el precio de un pasaporte correspondía al salario mínimo de un año en Venezuela. Empero, actualmente no se cuenta con recursos para continuar imprimiendo pasaportes.

Aquí se hace explicito la preponderancia del factor económico sobre los derechos fundamentales de una comunidad vulnerable. El Hospital, por un interés netamente económico vulneró la libertad de Ana. Y, sin limitarse a esto, la Policía Nacional aparece como garante de esos intereses económicos al limitar los derechos del esposo de Ana.

Durante el parto sufrió violencia obstétrica por parte de la médica que la atendió, quien fue físicamente violenta con ella y realizó comentarios xenófobos. Posteriormente, Ana decidió salir debido a que iba a ser trasladada, en contra de su voluntad, a un hospital con altas cifras de COVID-19. La reacción de los funcionarios de salud fue negligente e insensible frente a la legítima preocupación de Ana por contagiarse a sí misma o a su bebé.

Sin embargo, so pretexto de que Ana había salido voluntariamente del Hospital, la Secretaría de Salud, el Hospital Simón Bolívar y la subred norte de Bogotá se negaron a otorgarle los medicamentos necesarios para su condición de salud. Por lo tanto, sus cifras de hipertensión aumentaron e incluso tuvo una parálisis facial. Es de anotar que debido a los padecimientos que tenía, su vida estaba en riesgo, toda vez que podría sufrir un accidente cerebro vascular.

Debido a esto, Ana ingresó a Consultorio durante el aislamiento social. Su estado de salud era bastante delicado y su esposo no podía costear los medicamentos necesarios para su recuperación. Adicionalmente, su bebé también sufría padecimientos. Durante los primeros días mi comunicación se restringió a su esposo debido a su grave estado de salud. Sin embargo, con el tiempo, hemos podido estar en contacto.

En este caso puntual, la vida de la madre se vio gravemente afectada, a tal punto, que hubo un alto riesgo de que perdiera la vida y de que adquiera secuelas por lo sucedido. No obstante, aún cuando el caso de Ana es una urgencia evidente, las entidades mencionadas se negaron a prestarle los tratamientos necesarios para salvarla. Adicionalmente, las prácticas xenófobas y de segregación son claras y saltan a la vista en este caso.

Con todo, estos tres casos pueden reflejar las múltiples situaciones de violencia a las que una mujer de esta comunidad se puede enfrentar en su etapa de maternidad.

Consideraciones finales

La necesidad de otorgarle una óptica diferencial y una perspectiva de género a la crisis venezolana es inminente. Desconocer la existencia de una hegemonía masculina al interior del ordenamiento jurídico colombiano y su sociedad, impide que sean reformuladas las políticas públicas desde un enfoque diferencial y una perspectiva de género que permita amparar los intereses y las necesidades de las mujeres venezolanas migrantes y refugiadas.

Esta población actualmente se enfrenta a múltiples desafíos, se ubica en una situación de desprotección que atenta contra sus derechos humanos y sus garantías básicas. Estas se ven representadas en un Estado construido desde el patriarcado y una sociedad formada alrededor de este, es decir permeado por ideales machistas y xenófobos. Estos se pueden ver representados por distintas formas de violencia perpetradas por diferentes actores, como el Estado, las organizaciones internacionales, la sociedad en conjunto, los individuos y las autoridades.

Por medio de la experiencia personal conjugada con el trabajo clínico legal que se ha efectuado a través de la Clínica MHT y la Clínica VIG, es posible identificar patrones y violaciones sistemáticas a los derechos de esta comunidad.

Como mujer cisgénero, como estudiante de Derecho y como feminista considero que es nuestra responsabilidad social participar en las luchas sociales y políticas de todas aquellas mujeres que busquen reivindicar sus derechos. Particularmente, la población de mujeres migrantes y refugiadas venezolanas en Colombia constituye una comunidad cuyas problemáticas han sido invisibilizadas a través de narrativas xenófobas y discursos que apelan a la territorialidad.

Bibliografía

Banco de la República Centro de Estudios Económicos Regionales, 2020. *Impacto Fiscal De La Migración* Venezolana. Documentos de trabajo sobre economía regional y urbana.

Butler, J., 2002. *Cuerpos Que Importan: Sobre Los Limites Materiales Y Discursivos Del Sexo.*

Castro, L., 2019. *La Migración Venezolana en El Perú y las Políticas Públicas Migratorias.*

Centro de Justicia y Paz (CEPAZ), 2019. *Mujeres y niñas venezolanas: espejo de una catástrofe. Dimensiones de género en la movilidad de mujeres venezolanas.*

Herrera, G., 2012. *Género y Migración Internacional en la Experiencia Latinoamericana. de la Visibilización del Campo a una Presencia Selectiva.*

Human Rights Watch, 2020. *La Crisis Venezolana.*

Impacto de la migración venezolana en la economía colombiana. 2020. *Migración Venezolana Le Pega Positivo Al PIB Colombiano.* [online] Available at: https://www.dinero.com/economia/articulo/impacto-de-la-migracion-venezolana-en-la-economia-colombiana/266698 [Accessed 29 June 2020].

Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer, 2007. *Feminización de la Migración.* Género, Migración y Desarrollo.

Jaramillo, I.C. (2000). «La crítica feminista al derecho, estudio preliminar», en Robin West, Género y teoría del derecho, Bogotá, Siglo de Hombres Editores, Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes, Ediciones Uníandes, Instituto Pensar, pp. 27-66.

Mallimaci, A. and Magliano, M., 2018. *Las Mujeres Latinoamericanas y sus Migraciones.* Editorial Universitaria Villa María, pp.24-30.

Martínez Pizarro, J., 2007. *Feminización de las migraciones en américa latina: Discusiones y significados para políticas*.

OECD/ILO (2018), *Cómo los inmigrantes contribuyen a la economía de los países en desarrollo*, ILO, Geneva/OECD Publishing, Paris, https://doi.org/10.1787/9789264291904-es.

ONUMujeres. 2019. *Mujeres refugiadas y migrantes.*

Organización Internacional para las Migraciones, 2009. *Migración irregular y flujos migratorios mixtos: enfoque de la OIM*.

Palacios, Y., 2016. *Perspectiva de género en los fenómenos migratorios: estudio desde Europa y América latina*.*

Sassen, S., 2003. *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfonterizos.*

Sassen, S., 2015. *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global.*

Sassen, S., 2007. *Una sociología de la globalización.*

Secretaria Distrital de la Mujer, 2019. *Caracterización de personas que realizan actividades sexuales pagadas en contextos de prostitución.*

Servicio Jesuita a Refugiados Colombia, 2018. *Informe II relatos con rostro de mujer.*

Unda, R. and Alvarado, S., 2010. *Feminización de la migración y papel de las mujeres en el hecho migratorio.*

SOFÍA ELISA SIERRA ARTEAGA

Mujer de veintidós años, boyacense, estudiante de décimo semestre de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario, miembro de la Clínica de Movilidad Humana Transfronteriza y la Clínica Contra la Violencia Intrafamiliar y de Género de Consultorio Jurídico de la misma Universidad.

sofia.sierra@urosario.edu.co



– SOFÍA LORENA MATEUS GARCÍA –

EL ROL DEL FEMINISMO AMBIENTAL EN UNA SOCIEDAD MACHISTA

El rol de las mujeres en el sector ambiental en Colombia ha estado muy marcado por la violencia e inequidad de género. Sin embargo, ha habido mujeres que han demostrado liderazgo y compromiso en sus comunidades sin importar las consecuencias que pueda traer el ideal de defender sus derechos; un ideal que las mujeres han venido exigiendo desde hace siglos cuando desarrollaban actividades de agricultura y reclamaban por la satisfacción de las necesidades básicas en las ciudades, como el acceso básico a los servicios públicos, para que les sea devuelto el rol protagónico que alguna vez tuvieron. Bogotá D.C., Colombia

Introducción

El presente ensayo tiene como fin ilustrar el rol de las mujeres en el sector ambiental en Colombia; las mujeres que han demostrado liderazgo y compromiso en sus comunidades no solo por ellas, sino también por sus hijos, sobrinos o nietos que han sido desafortunadamente vulnerables a los conflictos socioambientales actuales.

Es así como el cambio climático, la deforestación, el impedimento al acceso de agua potable, la alta tasa de impuestos ambientales, entre otros, son problemáticas que

actualmente han afectado y cobrado la vida de millones de personas no solo en el mundo, sino también en el país, especialmente en áreas rurales, donde las campesinas deben crear estrategias de adaptación para sobrevivir día a día y cuidar de sus familias.

Por lo anterior, cabe resaltar que desde hace más de 50 años se ha venido hablando de un fortalecimiento del feminismo en el sector ambiental, dando a conocer otra alternativa o visión de lo que la sociedad civil puede hacer para enfrentar la crisis ambiental actual y promover el bien colectivo en sus territorios. Sin embargo, este empoderamiento no ha sido 100 % inclusivo en el sentido de que todavía hay procesos en los que las mujeres no son tenidas en cuenta y es necesario romper esta barrera si realmente queremos hablar sobre equidad de género.

Es así, como desde siglos la mujer ha tenido un rol importante en la comunidad que habita, desde las primeras mujeres que desarrollaron la agricultura en África hasta las que han llegado a la política internacional como piezas clave para el apoyo de nuevas agendas y acuerdos ambientales en el mundo, específicamente en la región de América Latina. Es por esta razón que la participación de las mujeres en el ámbito político ha aumentado, aunque esto todavía puede mejorar.

Para finalizar, en este ensayo también hablaremos sobre la relación de las mujeres con el proceso de paz, visto desde una perspectiva ambiental. Asimismo, ahondaremos en un estudio de caso, o como yo prefiero llamarlo «experiencia personal» sobre la vulnerabilidad de las mujeres en el campo.

Liderazgo, mujeres, participación, paz y ambiente

El rol de las mujeres para el cuidado del ambiente ha sido opacado por aquellos hombres que son los responsables de tomar decisiones, acceder a los recursos, controlar los bienes y que, en algunos casos, «representan» los intereses de la comunidad al ser nombrados líderes, por lo que el problema aquí es de representatividad. No se le está reconociendo a la mujer el papel protagónico que merece y que ha venido trabajando desde hace siglos en la toma de decisiones como figura estratégica para la proposición de nuevas alternativas, sino que se le está limitando dicha participación.

Y es que estamos hablando sobre equidad de género no solo vista desde la perspectiva profesional, sino desde la incidencia o liderazgos de políticas públicas en

los territorios. Más allá de que las mujeres puedan acceder a puestos de trabajo bien remunerados y en igualdad de condiciones, que es lo mínimo que se puede esperar de una sociedad como en la que estamos actualmente, hablamos entonces de la importancia de ser tenidas en cuenta o incluidas en procesos de participación pública en donde no solo tengan voz, sino también voto y representen con integridad los principios de su comunidad como derecho fundamental de acuerdo con el artículo 40 de nuestra Constitución Política que estipula que «todo ciudadano tiene derecho a participar en la conformación, ejercicio y control del poder político».

Otra razón por la cual las mujeres tienen un papel importante para cuidar del ambiente está relacionada con la transmisión del conocimiento ancestral en cada una de sus comunidades. Es así como en los páramos, por ejemplo, las mujeres han venido tejiendo lazos no solo con este ecosistema al evitar la tala indiscriminada de frailejones y cuidando los nacimientos de agua, sino que, al mismo tiempo, las mujeres han venido tejiendo lazos de amistad y emprendimiento entre ellas mismas para fabricar manillas y bolsos, con el fin de venderlos y así realizar una práctica económica que sea amigable con el ambiente, diferente a la agricultura o ganadería que destruyen por completo este tipo de ecosistema.

La sensibilidad en la gestión de recursos naturales y el mantenimiento de ecosistemas estratégicos que promueven la diversidad biológica en las regiones del país son algunas de las acciones que lideresas rurales han desarrollado en sus comunidades como intérpretes ambientales en áreas protegidas destinadas a la conservación; de esta manera, obtienen un beneficio económico ambientalmente sostenible.

Es por estas dos razones que las mujeres que viven en áreas rurales tienen una conexión directa con la naturaleza. Cada día se ven en la obligación de suplir sus necesidades básicas, por lo que deben salir a buscar la manera de sobrevivir y afrontar su realidad, interactuando con la biodiversidad y conociendo de primera mano las problemáticas ambientales a las cuales deben enfrentarse día a día.

Sin embargo, no siempre es fácil hablar de liderazgo femenino cuando en realidad la exclusión social se ha convertido en uno de los problemas más graves de solucionar en términos de equidad de género; se subestima la participación de mujeres y niñas, lo que resulta en que se ignoren los aportes que puedan hacer, debido a la percepción errada que se tiene de las mujeres como las únicas que deben realizar los deberes domésticos.

Las mujeres son muy estratégicas al momento de crear soluciones, por lo que un primer aspecto por resaltar es el trabajo en equipo que las mujeres han ejercido en sus comunidades; esto refleja que han entendido la importancia de trabajar juntas, y de tener metas a mediano y largo plazo al proponer ideas, buscar alternativas de financiamiento y definir roles. Es importante entender que las mujeres buscan el bien colectivo y son bien organizadas, lo cual facilita el diálogo dentro de la comunidad promoviendo su participación en ella.

Es así como las mujeres cuando tienen la opción de liderar proyectos o iniciativas en sus comunidades; les es fácil proponer sus ideas e iniciativas, dado que no tienen la restricción del hombre para tomar decisiones. Sin embargo, en áreas rurales donde la figura del macho dominante está todavía presente, es este quien toma la decisión de si la mujer puede o no participar y es aquí entonces cuando decimos que, dependiendo del caso, puede ser fácil o no para las mujeres compartir sus ideas en sus territorios.

Sin embargo, siempre que se habla de liderazgo por parte de la sociedad civil se menciona el término «gobernanza ambiental»; pero ¿qué es y cómo funciona? Pues bien, básicamente la gobernanza ambiental es la interacción entre los Gobiernos, las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), el sector privado y la sociedad civil para solucionar los problemas de los ciudadanos a través de la construcción de las instituciones y normas necesarias para generar cambios por medio de mutuos acuerdos. Dicho en otras palabras, la gobernanza ambiental es la clave para alcanzar el desarrollo sostenible en lo nacional, regional y global. Por ello, los procesos de toma de decisiones y el trabajo de las instituciones deben seguir métodos informados, coherentes, unificados e integrales y, al mismo tiempo, deben apoyarse en marcos normativos adecuados que faciliten estos procesos abarcando las reglamentaciones, prácticas, políticas e instituciones que configuran la manera en que las personas interactúan con el medioambiente.

Gobernar los diversos elementos que hay en la naturaleza, como el agua, el suelo y el aire, constituye un desafío cada vez más complejo. Sin embargo, vivimos en un mundo globalizado y esto nos ha permitido gestionar las amenazas del ambiente, en particular las que trascienden las fronteras políticas la contaminación atmosférica y la pérdida de diversidad biológica, de manera más directa que en ocasiones anteriores, creando espacios con la comunidad para conocer dichas problemáticas ambientales y exigir a los Gobiernos soluciones sostenibles para

las presentes y futuras generaciones. Estas amenazas exigen nuevas respuestas en ámbitos no solo mundiales, sino regionales y nacionales, y en las que está participando una amplia variedad de actores, como es el caso de Greta Thunberg quien representa a los jóvenes activistas que han alzado su voz para exigirles a los gobiernos reducir sus emisiones de dióxido de carbono (CO^2), de acuerdo a lo pactado en el Acuerdo de París.

Otro de los acuerdos internacionales que ha tenido relevancia en los últimos cinco años ha sido el Acuerdo de Escazú, como primer tratado sobre medioambiente y derechos humanos de América Latina. Es el primer instrumento vinculante en el mundo en el que se reconoce el rol de las personas defensoras del ambiente y se incluyen también obligaciones para garantizar su protección. Cabe resaltar que las mujeres no han sido ajenas a esta realidad en Colombia, por lo que este Acuerdo debe ser ratificado lo más pronto posible para que no sea otro saludo a la bandera como en el caso de otros acuerdos o tratados internacionales ambientales que se han firmado, pero que han sido ignorados completamente.

Es por esta razón que la violencia en el campo surge como consecuencia de un sistema que no garantiza los derechos humanos y afecta la democracia en el país. La violencia llega muchas veces después de que las comunidades han enfrentado la falta de acceso a la información, la exclusión en la toma de decisiones y las barreras para acceder a la justicia en asuntos ambientales. De manera que se requiere que las regiones asuman compromisos efectivos para su protección, porque es notable la agresiva realidad que viven los defensores ambientales en Colombia.

Por lo tanto, una efectiva implementación de los derechos de acceso puede contribuir a prevenir conflictos socioambientales relacionados, entre otros aspectos, con la gestión y explotación de recursos naturales y con proyectos de desarrollo. Cuando las personas pueden ejercer su derecho a participar de manera efectiva, las decisiones que afectan su entorno tienen más legitimidad y se pueden implementar mejor.

Adicionalmente, la violencia en el territorio está relacionada con la inequidad de género. Esta ola de violencia es impulsada por una lucha cada vez más intensa por la explotación de tierras y recursos naturales a través de prácticas como la minería, la tala de bosques, la construcción de hidroeléctricas y producción agrícola, entre otros, que pisotean personas y la biodiversidad en su búsqueda de ganancias. A medida que se impongan más y más proyectos extractivos en las

comunidades, muchos de los que se atrevan a hablar y defender sus derechos son y serán brutalmente silenciados.

En Colombia, los asesinatos alcanzaron un máximo histórico a pesar del Acuerdo de Paz recientemente firmado entre el Gobierno nacional y el grupo guerrillero FARC; tres áreas anteriormente bajo control de la guerrilla, ahora son observadas con envidia por las empresas extractivas y paramilitares, mientras que las comunidades que regresan son atacadas por reclamar tierras robadas durante medio siglo de conflicto.

Increíblemente, es a los mismos activistas a quienes se pinta como delincuentes, enfrentando cargos criminales falsos y casos civiles agresivos presentados por Gobiernos y empresas que buscan silenciarlos. Esta criminalización se usa para intimidar a los defensores, manchar su reputación y encerrarlos en costosas batallas legales.

Los Gobiernos y las empresas no logran abordar la causa principal de los ataques: la imposición de proyectos en comunidades sin su consentimiento libre, previo e informado. La protesta es a menudo el único recurso que les queda a las comunidades que ejercen su derecho a opinar sobre el uso de sus tierras y recursos naturales, colocándolos en un curso de colisión con aquellos buscando ganancias a cualquier costo. La retórica sobre el desarrollo sostenible y el cambio climático demostrará vacío si quienes defienden su tierra y el medioambiente continúan arriesgando sus vidas al hacerlo. Gobiernos, empresas e inversores, por lo tanto, deben tomar una posición y garantizar que las comunidades locales y los defensores sean consultados en lugar de asesinados.

Los defensores de la tierra y el medioambiente son personas que toman medidas pacíficas, ya sea voluntaria o profesionalmente, para proteger derechos ambientales o de la tierra. Son a menudo personas comunes que bien pueden ser definidos como «defensores». Algunas son lideresas indígenas o campesinas viviendo en montañas remotas o bosques aislados, protegiendo sus tierras ancestrales y medios de vida tradicionales de proyectos mineros, presas y hoteles de lujo. Otros, los denominados guardaparques, abordan la caza furtiva y tala ilegal. Podrían ser abogados, periodistas o personal de ONG que trabajan para exponer abuso ambiental y acaparamiento de tierras. Estos defensores de la tierra y el ambiente a menudo chocan con la política, los negocios e intereses criminales que conspiran para robar sus recursos naturales. Muchos defensores se enfrentan a años de amenazas de muerte, criminalización, intimidación y acoso, pero reciben poca o ninguna protección de las autoridades.

Como todos sabemos, los recursos naturales son una fuente clave de sustento para comunidades rurales; por ejemplo, en el departamento de Chocó el 96 % de la tierra es colectivamente propiedad de afrocolombianos y comunidades indígenas que dependen de ella para alimentarse, así como para obtener ingresos ejerciendo actividades como agricultura, pesca o minería artesanal.

Sin embargo, las mujeres en estos entornos son tradicionalmente altamente dependientes de los recursos naturales para sus medios de vida, por ejemplo, cosechando alimentos en bosques. Además, hasta el 40 % de los mineros artesanales en Chocó son mujeres. Como las principales proveedoras de alimentos, agua y energía en el hogar y la comunidad, las mujeres también están particularmente afectadas por los cambios en la disponibilidad o calidad de tierras y recursos naturales. En particular, la falta de acceso a la tierra que respalda los derechos de todos los demás recursos y es un activo clave para asegurar insumos productivos puede obligarlos a niveles más altos de física y riesgo de subsistencia.

Esto tiene implicaciones importantes para el bienestar de la comunidad en estos entornos, donde en una proporción significativa de hogares las mujeres son cabeza de hogar. Lo que implica que sean particularmente vulnerables a los juicios sociales, ya sea por su nivel socioeconómico, o culturales por ejercer una práctica como la minería; debido a que este sector ofrece pocas oportunidades para ellas, pero representa una actividad económica basada en el acceso a los recursos naturales en estas tierras imposibles generando un daño a la biodiversidad.

La historia de Carmen

A lo largo de mi juventud, he conocido diversidad de mujeres pertenecientes a diferentes clases sociales, con diferentes estudios académicos, que viven o han vivido en la ciudad, pero son aquellas las del campo las que más llaman mi atención. Tal vez porque mis ancestros, como los de cualquier otro en este país, eran campesinos que vivían en sus tierras y de lo que estas produjeran, pero corrieron con tan mala suerte que un día tuvieron que abandonar su hogar e ir en busca de nuevas oportunidades a la ciudad. Es así como quiero iniciar esta historia, hablando de la vida en el campo. A pesar de que mi relación con el mismo no es directa, esto no significa que deba negar de donde provengo.

Hace muchos años, cuando yo era una niña, solía viajar con mis abuelos a las afueras de la ciudad para pasar unas vacaciones relajadas y tranquilas en el campo. Allí conocí a Carmen. Ella era joven, bonita, delicada y solía cuidar de su pequeña finca en conjunto con su esposo, ya avanzado de edad. Con el paso del tiempo, Carmen tuvo que asumir la responsabilidad de ser mamá; y es que a los 25 años ya era madre de 10 hijos, a quienes tuvo que cuidar y criar sola porque su marido falleció.

Sola contra el mundo, Carmen decide quedarse en su pequeña finca. Allí, ella sabe que puede cultivar vegetales y tener animales para darles algo de comer a sus hijos mientras les enseña la importancia de estudiar y trabajar, especialmente a los mayores. Pero un día, más exactamente un domingo a medianoche, unos desadaptados criminales llamaron a su puerta y gritando la amenazaron de muerte. Ella, en su afán por proteger a sus hijos, salió por la parte trasera de su casa, con miedo y aferrada de sus hijos más pequeños y acompañada de sus hijos más grandes; corriendo y sin hacer ruido, huye hasta llegar al pueblo más cercano. Allí no hay nadie quien les ayude, no tienen amigos o familiares a quienes puedan acudir, por lo que tienen que pasar la noche en la calle.

Carmen, angustiada por tan horrible suceso, llora y no logra conciliar el sueño. Al otro día, Carmen decide volver a su casa con sus hijos porque no tiene otro lugar al cual pueda ir y, con temor, decide afrontar su realidad. Cuando llega, ve que todas sus cosas y pertenencias han sido arrojadas al piso y otras tantas, robadas, pero es cuando llega a su habitación que ve una nota que dice: «si no quiere que matemos a sus hijos, es mejor que se vaya. Ya está advertida». Sin saber qué hacer, Carmen empaca lo que puede, toma los pocos ahorros que le quedan y les dice a sus hijos que se van de viaje a la ciudad.

Ellos sin saber qué es lo que en realidad está pasando, deciden no hacer preguntas y simplemente siguen a su madre. Al cabo de unos días, logran llegar a la ciudad. Cansados, con hambre y sed, Carmen y sus hijos arriendan una habitación en Bogotá D.C., donde tienen que dormir todos juntos. Allí les es difícil adaptarse, especialmente a los hijos más pequeños, pero Carmen, que es una mujer valiente, los alienta a seguir luchando por sus sueños. En cambio, los hijos más grandes deciden apoyar a su mamá, trabajando en el oficio que saliera, con tal de que no hiciera falta la comida en la mesa.

Después de 10 años, no volvimos a saber nada de Carmen ni de sus hijos. Tal vez tuvieron suerte y pudieron salir adelante, tal vez no. Mis abuelos ya no hablan

de ella, solo quedan algunas fotos que se tomaron en los mejores años y aún su recuerdo está en mi mente.

Carmen era una líder comunitaria y estaba defendiendo su territorio de las empresas que querían quitarle sus tierras para explotar agua. También era defensora de los derechos de las mujeres para demostrar que ella, al igual que muchas campesinas y lideresas de otras comunidades, estaba en su capacidad de tomar decisiones por el bien de la suya. Por esta razón, Carmen se volvió un blanco fácil y fue amenazada. Tuvo que irse por el bien suyo y el de sus hijos, abandonando lo único que tenía, su finca.

Con esta historia, quiero resaltar la complejidad de ser mujer defensora del ambiente en una sociedad machista como en la que vivimos actualmente. Sin importar desde que perspectiva veamos la historia de Carmen o la de otras mujeres, las transgresiones, la violencia física y psicológica, el acoso y muchas veces el juicio, se han vuelto acciones tan cotidianas hoy en día, que se ve como algo normal, incluso en la mayoría de los casos, se ha culpado y responsabilizado a la misma mujer por provocar e incitar estos actos atroces, como si ellas quisieran ser maltratadas de esta manera. Tal vez Carmen en el momento de ser allanada en su casa tuvo suerte al no ser asesinada, pero cuántas mujeres no han muerto defendiendo su territorio, sus derechos, su familia, y aun, cuántas más deben morir para que esto pare.

Conclusión

El feminismo no es más que la igualdad de género, y lo que busca es que las mujeres tengan los mismos beneficios en términos laborales, académicos, acceso en la salud e, inclusive, un trato humano en la sociedad como lo han tenido los hombres, en la que no sean discriminadas por abortar o por decidir qué hacer con su cuerpo, por defender sus derechos ambientales, por proponer ideas innovadoras y por asumir su responsabilidad como integrantes activas de la sociedad.

Lo anterior me hace recordar el cántico feminista del colectivo «La Tesis: un violador en tu camino», el cual refleja la opresión a la cual las mujeres han estado sometidas por años y que hoy, en pleno siglo XXI, sigue existiendo, lo que demuestra que esta ha sido una lucha incansable por la igualdad de género durante generaciones.

Desafortunadamente, en América latina es donde más feminicidios ocurren, especialmente a causa de defensa de los derechos humanos y del territorio. Es así como la protección de los bosques y ríos han cobrado la vida de muchas mujeres que han entendido la importancia de cuidar la biodiversidad de sus territorios y mantener el legado que un día heredaron de sus padres, mujeres que estuvieron muy adelantadas a esta época, visionarias y las cuales hoy día han sido olvidadas.

Bibliografía

Gómez, Natalia. 2018. *Colombia y el Acuerdo de Escazú. Democracia ambiental en el derecho internacional. Una presentación sobre el Acuerdo Regional de América Latina y el Caribe que regula el acceso a la información, participación y justicia en asuntos ambientales*. Bogotá, Colombia: Asociación Ambiente y Sociedad. 94p.

PNUD. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente

Medio Ambiente por el desarrollo, oficina regional para América Latina y el Caribe. https://www.unenvironment.org/es/regiones/america-latina-y-el-caribe/iniciativas-regionales/fortaleciendo-la-gobernanza-ambiental-1

Quiñones, *Laura. Naciones Unidas, noticias ONU. Mirada global, historias humanas.* Artículo sobre la relación de las mujeres con el medio ambiente. Recuperado de: https://news.un.org/es/story/2019/03/1452431

SOFÍA LORENA MATEUS GARCÍA

Soy una joven mujer valiente que la vida le ha enseñado la importancia de restablecer nuestro vínculo con la naturaleza a través del respeto y reconocimiento de esta como eje principal del desarrollo humano, donde cada persona que se ama está en capacidad de aceptar a otros y el lugar que lo rodea. Démonos permiso de disfrutar de las puestas de sol mientras podamos y sintamos la calidez del viento abrazándonos cuando entregamos nuestra carga al universo. La vida a veces nos pone en encrucijadas para que nuestros corazones se vuelvan más suaves y podamos acercarnos más a nosotros mismos.

sofialmateusg@gmail.com



– SOL SULEYDY GAITÁN PINEDA –

CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN CIUDAD BOLÍVAR DESDE LA RESISTENCIA, REEXISTENCIA Y SORORIDAD DE MUJERES LIDERESAS

A la luz de los postulados acerca de la *sororidad* que la feminista mexicana Marcela Lagarde ha desarrollado respecto a las alianzas entre mujeres, la presente investigación, de carácter feminista decolonial desde el paradigma socio-interpretativo, que se hiciera para optar al título de Magíster en Paz Desarrollo y Ciudadanía, expone las concepciones y acciones que mujeres lideresas de la localidad de Ciudad Bolívar de la ciudad de Bogotá han encarnado en términos de *resistencia* y *reexistencia* para la construcción de paz en la localidad.

El anhelo de la construcción de paz en Colombia ha inspirado diversas iniciativas organizativas y de liderazgo a lo largo y ancho del territorio nacional; se ha constituido en una apuesta vital, sea para reclamar la salida política negociada del conflicto armado y superar sus causas estructurales, o para, de alguna manera, aportar a la generación de significativos procesos de transformación de conflictos y construcción de «paces» desde lo local.

Al respecto, y sin duda, las mujeres hemos sido agentes constructoras de paz, actoras relevantes y protagónicas que nos hemos erigido individual y colectivamente

como defensoras de la vida al rechazar, denunciar y prevenir de múltiples formas las diversas expresiones de violencia manifiestas en nuestros territorios. Desde la cotidianidad, hemos encarnado acciones alternativas y colectivas que han favorecido tanto nuestro desarrollo y bienestar como el de nuestros seres queridos y comunidades.

Sobre estas premisas, me encontré en el 2018 planteando mi proyecto de grado para la Maestría en Paz Desarrollo y Ciudadanía que estaba adelantando en la Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO). Desde el inicio del proceso académico, tuve la firme decisión de aplicar lo aprendido en Ciudad Bolívar, el territorio en donde a mis 15 años llegué huyendo de la violencia en mi casa materna, y encontré a las mujeres que han sido mis más grandes maestras, las musas de mi postura popular y feminista.

Ciudad Bolívar es una de las localidades de Bogotá con mayores índices de marginalidad social, hacinamiento, exclusión, pobreza y violencia sociopolítica; así lo refleja el Índice de Seguridad Humana para las Localidades de Bogotá de 2014[1] (Secretaría de Planeación), que la reportó como una de las localidades con más bajos niveles de seguridad económica (desempleo, pobreza monetaria y pobreza por NBI) y personal (robo, homicidio, desaparición y extorsión). Su asentamiento ha sido «irregular» por el impacto del conflicto armado interno, siendo la zona con mayor asentamiento de desplazados (Instituto Brookings, 2011).

Lo anterior afecta diferenciadamente a las mujeres; así lo han reflejado estudios como el que la Secretaría Distrital de la Mujer (SDMujer) publicara en el 2020 respecto al 2019: 9,3 % de las muertes de mujeres en la ciudad fueron en esta localidad; 85,4 % de los delitos sexuales en el territorio fueron contra mujeres, así mismo, los casos de lesiones personales; tres de cada 10 mujeres no estudiaron por los altos costos o porque debían trabajar; 54,7 % de las mujeres tuvieron trabajo informal ocupando la tercera tasa más alta de la ciudad; de las 38.873 víctimas del conflicto armado asentadas en la localidad, 55,5 % son mujeres.

Frente a lo anterior, han surgido desde la década de los ochenta, siglo XX, diversas iniciativas organizativas de mujeres en lo local por la defensa de los derechos

1 Índice de Seguridad Humana: escala de indicadores de la Alcaldía Mayor de Bogotá para medir la seguridad desde una mirada integral y multidimensional que garantice el bienestar y la calidad de vida, considerando la seguridad desde lo personal, lo económico, lo alimentario, la salud, lo ambiental, lo comunitario y lo político.

humanos, la dignidad y la vida, que han movilizado procesos comunitarios formativos y de promoción, protesta, denuncia, interpelación e interlocución, con los que han aportado a la construcción de paz. No obstante y pese al interés desde la academia por el estudio de la construcción de paz en el territorio colombiano –lo que, por fortuna, se ha complejizado con las demandas feministas por el reconocimiento del papel y aporte de las mujeres–, poco es lo que se ha estudiado en lo referido a las mujeres de Ciudad Bolívar y menos a la luz de las perspectivas feministas y los estudios de paz.

Así entonces, me propuse mi trabajo de investigación con el fin de comprender y describir las acciones y sentidos de sororidad, resistencia y reexistencia desde los que mujeres lideresas y organizadas de Ciudad Bolívar hemos contribuido a la construcción de paz en la localidad. Esto, mediante la caracterización tanto de nuestras concepciones de la paz como de acciones de resistencia y reexistencia que hemos generado; y el reconocimiento de los significados, motivaciones y lógicas del ejercicio de sororidad y poder que hemos movilizado. De igual forma, con el rastreo de las expresiones organizativas del movimiento de mujeres a nivel local.

Me fundamenté, entonces, teóricamente sobre dos grandes perspectivas. La primera, relativa a la sororidad postulada por la feminista Marcela Lagarde como la «amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices [...] para vivir la vida con un sentido profundamente libertario» (1989, p.18); un «hacer política» desde la perspectiva feminista que implica la refundación de las relaciones entre nosotras, en aras de una paridad desde la que enfrentemos y deconstruyamos la misoginia (2012). Una tendencia feminista del siglo XX, como la define la escritora Carmen Alborch (2002), para desmontar la supuesta rivalidad que desde el patriarcado se ha instaurado en nuestro imaginario para dividirnos y enfrentarnos (p.21).

En correspondencia con lo anterior, me interesó hacer el estudio a la luz de los tres «pactos» que Lagarde sugiere para la construcción de sororidad:

1) *Reconocer y afrontar las diferencias entre mujeres* para el abordaje y transformación de los conflictos; es decir, aprender a disentir y respetar las discrepancias, eliminando la hostilidad destructiva; verbalizar los consensos, disensos y tensiones, aceptando las responsabilidades respectivas para, de manera mutua, resolverlas.
2) *Reconocer la sabiduría y la autoridad femenina de la otra* a través de propiciar el intercambio de saberes, recursos y acciones. Privilegiar la

complicidad por encima de la competencia soportada en estereotipos del «ser mujer».

3) *Producir subjetividad femenina* mediante la construcción de una identidad y proyecto sociopolítico que surja, tanto de la concienciación de las inequidades y desigualdades de género, como de la autoestima y autorreconocimiento de nuestra condición de sujetas de derechos. Un pacto consigo mismas para la construcción de confianzas y empatías con las otras.

La segunda perspectiva teórica sobre la que me apoyé fue la de los conceptos de noviolencia y resistencia desde los postulados del historiador Mario López Martínez (2004) que concibe la *noviolencia* como una doctrina ético-política y una práctica sociopolítica y creativa para la búsqueda de justicia y respeto por la libertad y la vida, cuyo principio fundamental es la renuncia y deslegitimación de la violencia (p.7 y 16). Lo anterior, en clave de sororidad, lo quise aunar a la apuesta feminista de humanizar la política, mediante el rescate y reconocimiento de la humanidad en el otro y la otra, mientras se toma conciencia de la violencia estructural que nos afecta mutuamente.

Ahora bien, como lo refiere el politólogo Carlos Eduardo Martínez (2016), en Colombia las mujeres hemos tenido actos de resistencia pacífica y noviolencia, prácticas emancipatorias, individuales y colectivas, que desde la conciencia y el reconocimiento del poder micropolítico, cotidiano y local, hemos reterritorializado territorios y reexistido como subjetividades y comunidades emergentes y alternativas. Por ende, quise analizar nuestro papel en la construcción de paz en la localidad, apoyándome en el concepto de Paz Imperfecta del politólogo y sociólogo Fernando Harto De Vera (2017), en tanto perspectiva analítica sobre la que es posible regular, simultánea y pacíficamente, los conflictos a través de acciones consecuentes con la construcción de paz.

A partir de estas premisas teóricas, decidí ampararme en el paradigma socio-interpretativo desde el enfoque epistemológico decolonial (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007, p. 12 y 20) y feminista (Harding, 1987) a fin de poder no solo reconocer las historias, saberes y posturas de otras mujeres –históricamente ignoradas por las miradas y discursos de los estudios sobre mujer y paz–, sino también, ponerlas en diálogo con mi propia historia, saberes y posturas; interpelarnos de manera crítica, considerando que, aparte de haber vivido por mucho tiempo en Ciudad Bolívar, he sido parte de los procesos de liderazgo, organización y movilización femenina que han existido en la localidad.

Así entonces, a través de 11 mujeres (incluyéndome) y dos expresiones organizativas, desarrollé este estudio, luego de precisar que tuvieran: i) entre 2 y 5 años de residencia; ii) entre 2 y 5 años de trayectoria de liderazgo en la localidad; iii) vinculación activa en proceso(s) organizativo(s) locales por la promoción y defensa de derechos humanos y derechos de las mujeres; iv) reconocimiento de su liderazgo por parte de otras organizaciones, lideresas y comunidad; v) articulación o interacción con instancias de la administración pública, responsables de la implementación de políticas públicas en lo local; y vi) participación en el Comité Operativo Local de Mujer y Géneros de Ciudad Bolívar (COLMYG) como escenario propicio para el encuentro, la visibilización, interlocución e incidencia de las organizaciones de mujeres y lideresas de la localidad, alrededor de la implementación de la Política Pública de Mujer y Género[2].

Para el desarrollo del proceso investigativo, recurrí a la triangulación metodológica soportada en el método biográfico comprendido por Pujadas (1992), como historias de vida o relatos autobiográficos, y en la observación participante que, según el mismo autor, me favorecía para sumergirme en el contexto de mis «informantes» e interactuar con las mismas.

De conformidad con lo expuesto, me hallé en calidad de observadora participante desde agosto de 2018 y por los siguientes siete meses, en el COLMYG de Ciudad Bolívar. Allí conocí, reconocí y de alguna forma, vivencié, las dinámicas, relaciones y prácticas de las mujeres y las organizaciones en el territorio. Aunque mi participación inicialmente fue tímida y me abstuve en muchos momentos de intervenir, con el tiempo fue cambiando en la medida que se fortalecía mi relación con las mujeres y me descubrí tejiendo la palabra, compartiendo reflexiones y construyendo propuestas en torno a la conmemoración del Día Internacional de la No Violencia contra las Mujeres, incluida la de dirigir la puesta en escena de un *sketch* teatral sobre feminicidio en la localidad.

Esta acción fue relevante para la investigación porque pude evidenciar cómo las mujeres tejemos sororidad en medio del dolor, y me vi encarnando dos de las usuales estrategias de movilización y denuncia a las que se ha recurrido en la localidad: recorridos de resignificación por zonas inseguras para las mujeres y puestas en escena de sus apuestas y reivindicaciones con lenguajes artísticos.

2. COLMYG: Escenario local socio-gubernamental que, bajo mandato de la Secretaría Distrital de la Mujer, se propuso movilizar y garantizar la participación ciudadana de las mujeres a nivel local, respecto a la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género.

De forma simultánea, durante los dos primeros meses identifiqué a las protagonistas de las historias de vida, con quienes, entre noviembre de 2018 y enero de 2019, hice 14 entrevistas, cada una de aproximadamente dos horas, que estructuré y analicé mediante una guía con los elementos de las categorías que determiné (sororidad, resistencia, reexistencia y construcción de paz) además de las emergentes (reconocimiento y empoderamiento).

Los encuentros para las entrevistas fueron gratos y conmovedores; muchas veces me encontré con lágrimas en mis ojos y el corazón henchido de gratitud al reconocerme en sus historias, evocar momentos compartidos años atrás, repasar su apoyo y las lecciones de vida que me regalaron. También me ayudaron en mi propia construcción autobiográfica.

Reconozco que la primera vez que me senté a escribirla no sabía cómo empezar, tenía la misma guía que construí para las lideresas, pero me costó seguirla. Me descubrí en numerosas oportunidades nostálgica, confrontada y llorando, en otras, asombrada, complacida y agradecida. Este ejercicio no sólo significó mi reconocimiento a las mujeres que han contribuido a la construcción de Ciudad Bolívar, sino también a mí misma.

Así entonces, entre el 2018 e inicios de 2020, logré sacar adelante con ellas esta investigación, habiendo compartido en marzo de 2020 los hallazgos y conclusiones que todas asumimos como insumo para el reconocimiento y memoria colectiva del movimiento de mujeres de la localidad, y abrebocas de la reflexión y disertación sobre la sororidad y la paz.

Concepciones o significados de la paz sobre las que se soportan acciones de resistencia y reexistencia en Ciudad Bolívar por parte de mujeres lideresas

Paz y construcción de paz

Ninguna de las lideresas recordamos haber escuchado de nuestros padres y madres el concepto de «paz» como tal; los evocamos soñando un país donde se pudiera disfrutar y trabajar la tierra sin temor a amenazas, persecución o carencias; con justicia y equidad, garante de los derechos a la educación y al trabajo; un país en el que no hubiera violencia y no se le quitara nada a nadie; sin gobernantes guerreristas, actores armados ni colores políticos. La mayoría fueron solidarios y propiciaron la cohesión de sus comunidades, incluso hubo quienes fueron parte de Comités Cívicos (hoy JAC). Posiblemente fueron ellos quienes sembraron nuestro interés por lo comunitario, que se fortaleció con nuestro sentido de apropiación, pertenencia e identidad con el territorio, buscando responder de alguna manera a las múltiples necesidades de nuestras comunidades.

Es a partir de estos procesos que emerge en nuestro vocabulario la palabra «paz», la cual fuimos concibiendo en la medida que adquiríamos consciencia tanto de la guerra y eventuales negociaciones de paz como de las problemáticas de nuestros barrios. Y es que, para todas, la paz es más que el silenciamiento de los fusiles o el fin de la guerra. Hablamos de una «paz estructural» que supere las causas históricas de la violencia sociopolítica en el país. Esta será posible cuando haya condiciones óptimas de subsistencia e igualdad de oportunidades y exista un sistema sociopolítico, económico y cultural garante de los derechos humanos; cuando las violencias no sean la opción para abordar las diferencias; y todas las personas, incluidas las mujeres, accedamos y ejerzamos un poder horizontal y prolijo en el bienestar común.

También creemos en una «paz micro-cotidiana» expresa en pequeñas acciones por el bienestar colectivo, soportada en la resolución de los conflictos mediante el diálogo y el reconocimiento de la diferencia; una «paz imperfecta» (De Vera, 2017) construida, parcial y simultáneamente en los ámbitos doméstico, regional-estatal o internacional-planetario.

En este punto, evidenciamos una tensión respecto a la concepción de una «paz interior» asociada a un estado espiritual de satisfacción ético-moral o «conciencia

tranquila, consigo misma y con los de alrededor». Para algunas, esta visión es inaceptable porque la perciben como una existencia resignada, que desmerita la necesaria exigibilidad de garantías al Estado, para el efectivo disfrute y ejercicio de derechos.

Ahora bien, es posible señalar que las mujeres lideresas y organizadas de Ciudad Bolívar hemos contribuido a la construcción de Paz en la localidad, a través de siete tipos de acciones:

1) *Organización y gestión comunitaria para el desarrollo barrial y local* manifiesta con la apropiación, defensa y gestión del territorio por el bienestar familiar y comunitario. De hecho, se reconoce el peso que las comunidades y, en particular, los hombres, nos han adjudicado frente a la defensa del territorio «[...] nos decían que fuéramos las mujeres, que con nosotras no se metían [la policía], que además hacíamos bastante alharaca [...] y pues nosotras de una». (Entrevista a lideresa, 21/10/2018). Lo anterior ha respondido a la concepción estereotipada y binaria que desde el patriarcado se ha fundado del ser «mujer»; de un lado, la «fragilidad» que supuestamente nos resguarda de ataques desde la fuerza pública como en este caso; y del otro, la «templanza» para defender lo que amamos, ambas miradas soportadas en el supuesto «instinto maternal».

   Lamentablemente, aparte de resistir a este tipo de ataques y a los poderes hegemónicos y armados de gobernantes y violentos, también hemos tenido que hacerlo ante el poder machista y misógino de quienes se suponen nuestros compañeros de lucha. Las lideresas vinculadas a procesos comunales recuerdan con dolor el estigma, persecución y amenazas que recibieron por encarnar cargos históricamente considerados para «machos»; ejemplo de esto son la discriminación y el ataque vivenciado por las lideresas que se han candidatizado para la JAL.

   Con nuestros cónyuges tampoco ha sido sencillo. Varias hemos recibido de su parte descalificativos, saboteos y agresiones; sin embargo, hemos generado estrategias ya sea para continuar solas nuestro camino o para «seducirles» respecto a la lucha conjunta.

2) *Defensa de la vida –humana y no humana– y la paz* alusiva al rechazo, denuncia, visibilización y prevención de todo tipo de violencias, en especial, contra las mujeres, los jóvenes y la tierra. Lo anterior, mediante talleres,

charlas, producción de material audiovisual, acciones artísticas, festivales, participación e incidencia en escenarios locales, interpelación a instituciones y autoridades, recorridos de resignificación, agendas ambientales, brigadas de limpieza y arborización, y recuperación de la memoria colectiva.

Cabe resaltar el peso significativo de los *recorridos y resignificaciones de lugares inseguros para las mujeres*, tanto por su aporte a la reconstrucción del tejido social y comunitario como por su expresión concreta de solidaridad para con familias de víctimas de femicidios[3] y feminicidios[4]; sin embargo, requieren acompañamiento y seguimiento desde las organizaciones, autoridades e instituciones, pues, de lo contrario, podrían derivar en un daño a la comunidad al correrse el riesgo de estigmatizarla con la «marca» que de algún modo se impone en el lugar.

3) *Exigibilidad, promoción y gestión del ejercicio pleno de derechos* en lo que refiere al acceso y disfrute de infraestructura (jardines infantiles y escuelas), alimentación y nutrición (refrigerios), educación (refuerzo escolar) y formación artística, entre otras. Para lograrlo, nos hemos articulado con otras organizaciones y mujeres, participando en escenarios locales, formulado proyectos, e interpelando a instituciones y autoridades.

4) *Incidencia en la Planeación Distrital y Local* manifiesta en la exigibilidad que hemos hecho a la administración local y a la JAL para la destinación de recursos y proyectos dirigidos a las necesidades e intereses particulares de las mujeres; lo anterior ha sido mediante la articulación entre organizaciones de mujeres y la construcción de agendas comunes. También, acciones de presión como la Tribuna Pública que se hizo a la JAL y a la Alcaldía Local (2001), a partir de la cual se logró la convocatoria de lideresas para la concertación y consulta de proyectos locales.

No obstante lo anterior, en mi ejercicio de campo tuve un *déjà-vu* al observar prácticas que desde la administración pública afectan la inversión y

3 La abogada colombiana, Nayibe Paola Jiménez (2011) señala que el *femicidio* es un crimen de odio referido jurídicamente a los asesinatos de mujeres, resultado extremo de la violencia contra ellas por su condición de género e inequidad de sexos.

4 *Feminicidio*, según Lagarde, se refiere a los homicidios de mujeres en el marco de condiciones históricas sociopolíticas que generan prácticas sociales agresivas y hostiles contra su integridad, desarrollo, libertades y vida por su condición de género, producto de las relaciones de poder y dominación patriarcal.

ejecución de los proyectos de mujeres; pareciera que se restringiera el presupuesto a la conmemoración de fechas emblemáticas que, al final, se instrumentalizan. De hecho, en el tiempo de esta investigación, percibí desconocimiento e irrespeto por parte de la administración local para con propuestas, peticiones y acciones de las mujeres, sin embargo, se termina aceptando por la imperiosa necesidad de «no perder» los recursos.

5) *Sensibilización o formación política* mediante periódicos procesos formativos sobre derechos humanos y derechos de las mujeres a través de charlas, acciones artístico-culturales, audiovisuales y talleres como los que recordamos haber vivido entre 1992 y 1993 con el apoyo de la Fundación Diálogo Mujer y que culminaron con 1300 mujeres adolescentes y adultas, formadas en salud y derechos sexuales y reproductivos.

6) *Promoción y desarrollo de propuestas de economía solidaria* manifiesta en mingas, trueques y fondos de ahorro solidario (mercados o dinero) que motivan la recuperación de nuestros saberes y prácticas ancestrales para fortalecer la identidad y el emprendimiento productivo. Esta acción ha sostenido y fortalecido «en algo» el compromiso y militancia de las lideresas en los procesos comunitarios, al brindarles tranquilidad para dedicarse al trabajo comunitario.

7) *Pedagogía de paz y promoción de la construcción de paz* expresa en agendas políticas con propuestas que incluyen el derecho a la paz; procesos de sensibilización a las comunidades sobre las causas estructurales, sociopolíticas y económicas del conflicto armado colombiano y la importancia de resolver de manera pacífica los conflictos; gestiones y movilizaciones para la desestigmatización de la localidad, recurrentemente señalada «zona roja o de guerra», y su reconocimiento como territorio de paz; procesos de sanación en resonancia con la noviolencia; recorridos de resignificación, citados antes, que promueven canales de convivencia desde el respeto, el reconocimiento y la comunicación asertiva.

Resistencia

Reconocer y afrontar las situaciones económicas, sociales, políticas y culturales que puedan dañar al colectivo, lo concebimos todas como Resistencia. Una postura de «lucha» u oposición, política y no violenta, de denuncia y rechazo a toda acción del Estado u otros actores que pueda afectar a la naturaleza y a la comunidad, exigiendo garantías para su prevención, solución y/o reparación. Es también, encarnar y generar en nuestro territorio, transformaciones para el empoderamiento comunitario.

Ahora bien, en el marco de las concepciones señaladas antes, emergió una tensión. Mientras para unas, la Resistencia siempre debe ser mediante diálogo, interlocución y concertación con el gobierno y/o Estado más que con tomas, protestas, marchas o «tirar piedra», para las otras, debe haber «medidas fuertes o contundentes» que garanticen el logro de las demandas. No obstante, para todas, es importante una Resistencia sin daños a nadie. Esta tensión también me confrontó, porque no concuerdo con acciones como «tirar piedra» por ejemplo, pero tampoco creo agresiva o violenta, una marcha o un plantón. Sobre este tema, es necesaria la mayor disertación que se puede abordar a la luz de los postulados de López (2004) y Martínez (2016). El primero, para comprenderla como expresión de noviolencia en términos de «no-cooperación» y «no-colaboración», y el segundo, para reconocer el poder micropolítico, cotidiano, local y no violento que las mujeres encarnamos en los territorios.

Acorde a lo anterior, la mayor parte de las lideresas refirieron su negativa a una resistencia agresiva frente al machismo. Cuestionaron prácticas feministas por «gritar o insultar a los hombres», afirmando que la acción feminista o de defensa de los derechos de las mujeres, «no puede reproducir lo que justamente se está cuestionando».

Reexistencia

Todas coincidimos en que la reexistencia es como una segunda oportunidad, insistir o persistir pese a y en contra de la adversidad; renacer para retomar e impulsar el trabajo a partir de los errores, aprendizajes y aciertos adquiridos, renovando las estrategias, acciones y relaciones; reintentar lo que no ha sido posible, con mayor recursividad y creatividad; volver atrás y reconocer tanto lo que se ha hecho como lo conseguido; recuperar el sentido de vida, aunque a las

mujeres, en lo particular, nos cuesta mucho hacerlo porque tendemos a «darnos duro» y autodescalificarnos sintiendo que «no hemos hecho nada».

Para algunas, es también la manifestación de transformaciones de la realidad y los territorios que nos acogen o acogemos, y de la vida, propia y ajena. De hecho, una de las lideresas afirmó que las mujeres, en los hogares, somos expresión de reexistencia al enfrentar y superar todo el tiempo las violencias y la discriminación que nos afecta, propiciando desde nuestro rol de madres, esposas, hijas, lideresas y trabajadoras pequeños cambios en el entorno. Mi historia de vida reflejó lo anterior, desde muy niña aprendí a recurrir a la violencia como el mecanismo para resolver cualquier conflicto, aprendizaje que con mi pareja reprodujimos sobre nuestros hijos, hasta que por procesos formativos feministas, empezamos a deconstruirlos, reexistiendo no solo para transformar y salvar mi propia vida y la de mi familia, sino también para ayudar a otras mujeres inmersas en relaciones de violencia.

Sobre este aspecto, todas enfatizamos en la importancia de la resiliencia, toda vez que desde esta es posible transmutar hechos de violencia, no desconociendo su condición de delitos, pero sí trascendiendo para pasar de ser «víctimas» a sobrevivientes, sujetas activas de derechos y agentes de transformaciones. Es evidente que las lideresas de Ciudad Bolívar, tal como lo expresa Useche (2016), hemos encarnado una fuerza creativa y emancipatoria, individual y colectiva, para construir caminos solidarios que «reterritorializan los territorios».

Dentro de las acciones con que hemos favorecido lo anterior, están las ollas comunitarias a través de las que motivamos el encuentro, compartir y trabajo en equipo, decantando de manera vivencial y desprevenida, los imaginarios, prácticas o conductas internalizadas en nuestro ser. También están la danza, la música y el teatro entre otros lenguajes artísticos que, desde lo corporal, el juego, la espontaneidad y la creatividad, motivan la controversia respetuosa y sana, la exteriorización, la sanación, la ensoñación y la acción individual y colectiva, restaurando el amor propio, la autonomía, y la capacidad reflexiva y propositiva.

Recapitulando y conforme se observa en la Gráfica 1, las organizaciones y lideresas de Ciudad Bolívar siempre hemos generado, desde nuestra cotidianidad, iniciativas y procesos de resistencia, reexistencia y construcción de paz frente a las carencias y problemáticas de la localidad. Apuesta que se continúa haciendo tanto en defensa de lo conseguido como en reclamo de lo que aún falta en términos de una efectiva calidad de vida.

Significados, motivaciones y lógicas de sororidad y poder que mujeres lideresas de Ciudad Bolívar movilizan desde la micropolítica

Sororidad y Poder

Debo señalar que, al comenzar el proceso, la frustración y tristeza me invadieron al observar cómo se desconocían mujeres y organizaciones que ya no estaban activas en el territorio, era como si no hubieran existido; pero, así mismo, me encontré con desconocimiento y tensiones fuertes entre las que estaban ahora. Esta situación me confrontó mucho respecto al sentido de la sororidad con que había planteado la investigación, mas con el curso de esta y los hallazgos que fui teniendo, comprendí que no había errado al interesarme por este tema.

La maternidad tal cual se ha develado desde la categoría de género, ha sido instaurada histórica y culturalmente, desde una vocación de servicio, una pulsión biológica que «debería soportarnos como mujeres» y reflejarse con nuestra disposición y entrega absoluta, en pro de la felicidad de aquellos otros «motivos» de nuestra existencia; sin embargo, para la mayoría de nosotras, dicha pulsión en nuestras madres distó mucho del imaginario y supuesto mandato.

Ahora bien, aunque todas recordamos a nuestras madres compartiendo momentos gratos con otras mujeres, también crecimos con sus prevenciones al respecto. Los calificativos de «compinchería», «mala influencia» e incluso «pecado» surgen dentro de nuestros recuerdos, cuando se referían a la amistad entre mujeres. Crecimos en disputa con la(s) otra(s) que creímos, podían quitarnos lo que considerábamos nuestro.

Al indagar nuestro concepto de *sororidad*, concordamos en que es una hermandad, una solidaridad tejida con las necesidades propias de nuestra condición de género. Una relación de empatía y apoyo mutuo o complicidad, que nos invita a ponernos en los zapatos de la(s) otra(s) y actuar por el bienestar común. En últimas, una alianza para crecer y trabajar unidas e incidir por beneficios propios y colectivos, contra las múltiples manifestaciones del patriarcado. Implica *reciprocidad* en términos de dar lo que se espera recibir, siendo coherentes entre lo que decimos y hacemos con respecto a la(s) otra(s).

Sin embargo, la mayor parte de lideresas señaló que difícilmente ha existido *sororidad* en Ciudad Bolívar. Refieren que una hermandad que implica «dar la vida por la otra por siempre» y trabajar juntas sin maltrato ni violencia, celos o protagonismos, y con reconocimiento y admiración mutua «no puede existir». Precisaron que las alianzas entre mujeres en la localidad «solo» han existido en «momentos concretos» sin «ninguna trascendencia». Y es que la *sororidad* la hemos asumido desde un imaginario fantasioso de absoluta reciprocidad, «amor eterno» e «inherente» a nosotras. Concepción, sin duda, derivada no solo del patriarcado sino, incluso, de algunos feminismos que la han condicionado a la noción de hermandad de monjas (sor), instaurando una idea equívoca de «mujer» que niega las tensiones, diferencias, conflictos y competencias propias de la condición humana y no solo de nosotras. A partir de lo anterior, se explica la decepción, tristeza y, de cierto modo, culpa que experimentamos cuando sentimos que no podemos responder a lo esperado.

La construcción de *sororidad* implica para todas voluntad y paciencia, concientizarnos acerca de lo inmersas que estamos en el patriarcado y lo que nos cuesta quebrarlo. En consecuencia, creemos necesaria la comunicación asertiva y el respeto mutuo, aprender a reconocer y abordar las diferencias y conflictos; ser cómplices de la(s) otra(s) con quienes vivimos la discriminación y las violencias. Reconocernos a nosotras mismas y con la(s) otra(s), tal cual lo estipula Lagarde (2012) cuando habla de la sororidad para apreciar y visibilizar las habilidades, saberes, capacidades y acciones que encarnamos. Aquí cobra importancia la memoria colectiva para evitar «[...] *el olvido de quienes han aportado su vida al proceso*». (Entrevista a lideresa, 14/11/2018), pues como lo instan los feminismos, es necesario *nombrar* para existir.

Ahora bien, revisando cómo se han podido desarrollar los pactos sugeridos por Lagarde (2012), tenemos que:

Respecto al primero de *reconocimiento y afrontamiento* de las diferencias, las «peleas» entre mujeres han sido tema de estudio recurrente para el movimiento de mujeres de la localidad; no obstante, creemos que preferimos no hablar, abierta y honestamente de las discrepancias que tenemos, esto por la susceptibilidad con que aprendimos a tomar las críticas, asumiéndolas como algo personal que descalificamos. Así, cuando surgen divergencias, optamos por evadir los encuentros y diálogos e, incluso, nos marginamos de los procesos; por desgracia, este mutismo suele terminar de manera abrupta y agresiva. También hemos dejado

de reclamar o sentar una postura contraria a la mayoría, por temor a romper la relación de «amor y paz» que supuestamente tenemos. Sobre esta cuestión, hubo un llamado para acompañamiento terapéutico respecto a lo que nos pasa a nivel interno, individual y colectivo; así mismo, capacitación para manejar los conflictos y lograr comunicación asertiva.

Otra dificultad expuesta, es la influencia de agentes externos sobre los procesos organizativos de las mujeres, que generan o exacerban nuestras diferencias y conflictos, tal cual ha sucedido con ediles que, han manipulado diferencias o intereses particulares de algunas, para debilitar la acción colectiva e impedir nuestro arribo en este escenario.

Y es que, como lo evidencia Lagarde, a las mujeres que hemos adquirido un grado de conciencia feminista, nos cuesta reconocer *que se nos puede salir el patriarcado*. Yo misma, que he comprometido mi vida a la militancia feminista con una apuesta respetuosa y sorora, me he avergonzado por encarnar posturas beligerantes, descalificativas y agresivas contra otras mujeres; sí, pude haber tenido los argumentos de peso para confrontarlas, pero no debí haberlo hecho de esta forma. Con el tiempo he logrado comprender que ninguna postura por más feminista que sea, es perfecta; debemos estar alertas a nuestras conductas que pueden ser patriarcales. Con esta autocrítica, pongo de manifiesto las acciones mediante las que hemos construido este tipo de pacto y que deberíamos revisar y fortalecer:

- Gestión y disposición de espacios y canales para el reconocimiento mutuo, diálogo, expresión y abordaje de las divergencias y construcción de acuerdos, tales como talleres, comisiones, mesas de concertación y salidas o paseos.

- Desarrollo de acciones artísticas y/o de trabajo con el cuerpo, que favorecen la construcción de confianza y motivan la catarsis, distensión y apoyo mutuo.

- Trabajo conjunto, pese a las diferencias, para la movilización, gestión e incidencia en la agenda pública y local, expreso en recorridos de resignificación, ferias de emprendimiento, interlocución e interpelación a autoridades, entre otros.

Con relación al segundo pacto de *reconocimiento recíproco de la sabiduría y la autoridad femenina*, creemos que hemos logrado el reconocimiento de los saberes y liderazgos entre nosotras a través de los mismos procesos organizativos que hemos generado y la participación en escenarios del Movimiento Social de Mujeres, nacionales e internacionales. En el marco de estos, ha sido posible la comunicación y el intercambio de ideas, habilidades, herramientas, productos y saberes. Otras acciones han sido los espacios de autorreconocimiento y reconstrucción desde los que hemos afirmado nuestra condición de género, y construido confianza y seguridad en nosotras mismas; la celebración de cumpleaños y fechas especiales con los que hemos tejido lazos de amistad; y el reconocimiento y promoción de nuevos liderazgos, procurando tanto el relevo generacional como la observancia del propio liderazgo, para construirlo y deconstruirlo según el caso.

Aunque durante el proceso tuve oportunidad de evidenciar acciones que contribuían a este tipo de pacto, también pude observar situaciones de desconocimiento o desautorización como pasar por alto la palabra de otra(s), eludir la elección de compañera(s) para cargos de representación, y concentrar roles en el desarrollo de actividades. Era como si no se confiara en la(s) compañera(s), se resintieran sus habilidades o se temiera la usurpación del reconocimiento que se ha ganado.

Finalmente, en lo concerniente al tercer *pacto de producción de la subjetividad femenina*, reconocimos una vez más la relevancia de la participación en escenarios del Movimiento Social de Mujeres a nivel nacional, regional e internacional. La mayoría de nosotras, adquirimos conciencia de nuestra condición de género y las potencialidades personales y colectivas que tenemos, en estos espacios, al compartir con otras, converger y trabajar en red.

Las lideresas de la localidad también hemos construido identidad mediante:

- espacios y acciones de sensibilización y capacitación en derechos de las mujeres, enfoque de género, normatividad y rutas de atención;
- reconocimiento de mujeres del Movimiento Social de Mujeres y los Feminismos en Colombia, aprendiendo y desaprendiendo de sus procesos de liderazgo, organización e incidencia;
- promoción, vinculación o acompañamiento de mujeres jóvenes en los procesos organizativos y de movilización local, con miras a impulsar y fortalecer sus liderazgos;

- empoderamiento político y social para llegar a las JAC y la JAL como espacios de autonomía y toma de decisiones en lo local;

- «círculos de la palabra» para compartir y sanar experiencias negativas, y concertar acciones colectivas frente a la pena, el dolor y el miedo;

- ayuda, apoyo y acompañamiento a las compañeras en el dolor, la necesidad y la alegría, mediante escucha activa, abrazos, colectas, charlas y orientación o asesorías.

En cuanto al *empoderamiento*, que asociamos al ejercicio de liderazgo, lo consideramos manifiesto en: 1) la consciencia acerca de nuestra condición de ciudadanía y condición/posición de género; 2) la formación y mayor capacidad reflexiva crítica, política y argumentativa; 3) la mayor autonomía o independencia económica; 4) el reconocimiento que tenemos de la comunidad, organizaciones y entidades de la localidad; 5) el conocimiento y acceso a espacios de poder y toma de decisiones en lo comunal; y 6) la trascendencia de la visión y posición de víctima, para pasar a la propuesta y la acción.

Lo anterior nos ha valido para: acceder a información, oportunidades y beneficios de proyectos; ampliar y cualificar el conocimiento de herramientas y conceptos; insistir en nuestra apuesta por la JAL, promoviendo y apoyando candidaturas; resonar e incidir en las comunidades e instituciones.

No obstante, pude observar concentración de liderazgos y vocerías en varios procesos organizativos, tendencia que años atrás también existió en la localidad, lo que indiscutiblemente, debilita o pone en riesgo, la horizontalidad del poder al interior de las organizaciones. Es como si solo unas cuantas tuvieran la potestad o responsabilidad de conceptualizar, gestionar y representar, mientras el resto elude los compromisos o se autoexcluye por el desconocimiento del que se sienten objeto.

Otras dificultades referidas que afectan el empoderamiento colectivo son: i) la atomización de espacios, escenarios participativos y acciones que desde los movimientos sociales y la Institucionalidad se convocan, y ii) la vinculación laboral que la Institucionalidad hace de lideresas, pues si bien, esto contribuye a su fortalecimiento económico y profesional, también debilita el agenciamiento colectivo, toda vez que por su envestidura como servidoras públicas, se les tiende a invalidar su militancia comunitaria.

Pese a lo anterior, todas nos sentimos satisfechas y orgullosas del trabajo realizado, porque creemos que hemos contribuido a la mejora de las condiciones de vida de nuestras comunidades, sin embargo, algunas expresaron frustración, tristeza y desencanto, porque sienten que con este trabajo comunitario le han restado tiempo a sus familias, enfrentándose ahora a su rechazo o abandono; su economía personal y familiar se ha afectado con los gastos que han debido asumir; sus gestiones y logros muchas veces no pueden favorecer a sus familias, por el contrario, estas terminan impedidas para recibirlo; y se sienten agotadas y con quebrantos en su salud. Varias hablan del cómo su calidad de vida desmejoró significativamente, pese a haber estudiado y aportado en el desarrollo de la localidad, e incluso señalan desconocimiento y maltrato por parte de la institucionalidad y algunos sectores de la comunidad.

Contribuyendo a la memoria colectiva de la localidad

A partir de mi experiencia de vida en Ciudad Bolívar y los relatos de las lideresas, pudimos rastrear tres tejidos organizativos del movimiento de mujeres, que al parecer han sido los más significativos en la localidad:

1) *Movimiento de Mujeres de Ciudad Bolívar (MMCB) (1988-2002)* que surge en el marco de la construcción de dos Botiquines Comunitarios, Arabia (1985) y Cordillera (1987), proponiéndose contribuir a la superación de la cultura machista y el mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres en la localidad mediante talleres, movilización e incidencia alrededor de los derechos a la salud, la vivienda, la educación y una vida libre de violencias. Este movimiento contó con aproximadamente 30 mujeres que, inicialmente, tuvieron el apoyo de la Fundación Diálogo Mujer.

2) *Red de Organizaciones de Mujeres de Ciudad Bolívar (ROMCB) (2001-2015)* creada en 1998 con apoyo del programa DIC-CB. Esta red se enfocó en los derechos a una vida libre de violencias, participación y representación política, educación y trabajo. Gestionó proyectos que propendieron por elevar el nivel educativo de las mujeres e incidieron en la planeación y presupuestos participativos con enfoque de género. Aproximadamente 30 organizaciones de mujeres la conformaron.

3) *Red de Mujeres en Avanzada hacia el Poder y la Paz (REMAPP) (2015-presente)* constituida en el 2015 por 12 grupos/organizaciones locales motivadas por el descontento respecto a la casi nula representación de mujeres y sus intereses y necesidades en la JAL. Se propuso mayor articulación interorganizacional y de mujeres a nivel local, de cara a la efectiva representatividad de mujeres en este escenario de poder. La constituyen 13 organizaciones de la localidad.

En cuanto a las ONG y expresiones organizativas de mujeres o mixtas que han contribuido a los procesos del movimiento de mujeres de Ciudad Bolívar, identificamos a: Jardín Mafalda, *Fundación Diálogo Mujer, Fundación Social,* CINEP, *Asociación de Trabajo Interdisciplinario* (ATI), *Corporación de Teatro La Candelaria, Casa de la Mujer Trabajadora* (CUT), DIC-CB, *Movimiento de Mujeres Autoras Actoras de Paz* (MAAP), *Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz* (IMP) y *Rojo Violeta*.

También hemos contado con el apoyo de las siguientes instituciones de educación técnica y superior: SENA, *Corporación Institucional de Educación Superior* (ISES), *Universidad Nacional, Universidad Pedagógica, Universidad Javeriana, Universidad* INCCA *de Colombia y Corporación Universitaria Minuto de Dios* (UNIMINUTO).

Conclusiones

Analizar de qué manera se concibe y expresa la *sororidad*, *resistencia* y *reexistencia* por parte de las lideresas y organizaciones de mujeres de Ciudad Bolívar permitió comprender su relevancia al momento de juntarnos para incidir conjuntamente en pro del bienestar propio y de nuestras comunidades pese a las diferencias que, en ocasiones, parecieran irreconciliables entre nosotras. Al respecto, una primera precisión es comprender que la práctica de *sororidad* no puede desconocer la humanidad que obviamente nos atraviesa como humanas que somos; las mujeres también experimentamos tensiones, diferencias, conflictos y competencias, así que no podemos continuar sobre discursos que la idealizan y redundan en un esencialismo que reproduce la misoginia contra y entre nosotras.

En consecuencia, en Ciudad Bolívar han existido en distintos momentos de su historia, ejercicios sororos que han sido auténticos pactos y, si bien no han trascendido temporalmente, sí han sido consecuentes con los postulados de Lagarde

acerca de cómo construir *sororidad*, especialmente en lo que concierne a la producción de subjetividades femeninas y al reconocimiento de la autoridad femenina. En este sentido, es importante profundizar epistemológicamente a través de otros estudios las formas alternativas o novedosas, por medio de las cuales es posible establecer complicidades o pactos entre mujeres.

En correspondencia con lo anterior, también sería importante analizar con más atención el tema del ejercicio del liderazgo y poder por parte de las mujeres de sectores populares en lo referido a escenarios como las JAC y JAL, pues, si bien estos representan una de nuestras mayores apuestas en términos del acceso y ejercicio del poder en lo local, también han sido una amenaza tanto para nuestra tranquilidad e integridad, como para nuestras alianzas.

De igual forma, debería promoverse al interior de expresiones feministas la disertación acerca de la *sororidad* que algunas dicen tener para con mujeres y lideresas de sectores como Ciudad Bolívar. Develar prácticas excluyentes y discriminatorias que se han disfrazado de conmiseración y ayuda, como si la condición de pobreza económica, aparente falta de educación, maternidades no planeadas y esposos con quienes no queremos cortar las mujeres «populares» nos inhabilitara o desautorizara para asumir como propias apuestas e identidades feministas. Es necesario, trascender la mirada con que se nos ha solido concebir, es decir, como población vulnerable, víctimas, objeto de proyectos e investigaciones, y números para sumar a las marchas que se requieren masificar a la hora de reclamar juntas, los derechos que nos atañen a todas. Por fortuna, el movimiento feminista es susceptible de transformarse, de reconocerse plural y diverso, con múltiples posturas éticas y políticas que nos permiten hoy, a varias, proclamarnos feministas, aunque dentro de los estándares no cumplamos el «perfil».

En cuanto al concepto de *paz*, si bien encontramos tres miradas con que le concebimos las lideresas de la localidad (estructural, interior y microcotidiana), no hay duda que la noción de «paz imperfecta» puede asociarse a nuestra contribución, por cuanto ha sido con pequeñas acciones y «paces» que desde lo cotidiano y lo local, hemos impulsado y construido *paz* en términos de la desnaturalización y deslegitimación de las violencias, la apropiación y defensa de la vida y el territorio, y la reconstrucción del tejido socio-comunitario.

Sobre este asunto, queda la inquietud grande de profundizar lo relativo a las prácticas con que consideramos posible la *resistencia*. Coincidimos en que no

pueden ser acciones que pongan en riesgo la integridad y la vida, pero ante el implacable y devastador sistema neoliberal, patriarcal y guerrerista, son necesarias acciones «contundentes». Al respecto, se deben analizar más a fondo las tensiones y debates internos, y comprender su construcción y práctica desde la filosofía y pedagogía de la *noviolencia*, para resignificarlas o reinventarlas.

Por último, es indiscutible que, en Ciudad Bolívar, desde sus primeros asentamientos, ha habido múltiples y diversas iniciativas y procesos organizativos de mujeres, destacándose tres tejidos que se reconocen como los de mayor posicionamiento local (MMCB, ROMCB y REMAPP). Ahora bien, aunque este trabajo de investigación se asume como un aporte a la memoria colectiva de las mujeres de Ciudad Bolívar, se queda corto aún, siendo imperiosa la necesidad de seguir construyéndola y fortaleciendo, de modo tal que pueda ampliarse y profundizar en el conocimiento derivado de este estudio.

Bibliografía

Alborch, Carmen (2002). *Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres*. Madrid: Editora Aguilar.

Castro-Gómez, & Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Serie Encuentros. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales y Contemporáneos, Universidad Javeriana e Instituto Pensar.

De Vera H. F. (2017). *La construcción del concepto de paz: paz negativa, paz positiva y paz imperfecta. Cuadernos de Estrategia. Instituto Español de Estudios Estratégicos* (IEES), N.º 183. Recuperado el 9 de septiembre de 2018 de: file:///C:/Users/Sol/Downloads/Dialnet-LaConstruccionDelConceptoDePaz-5832796%20(2).pdf

Harding, S. (1987) *¿Existe un método feminista?* En: Bartra, E. (Comp.) (1998). Debates en torno a una metodología feminista. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Segunda Edición

Instituto Brookings - London School of Economics sobre el Desplazamiento. (2011). *Efectos del desplazamiento interno en las comunidades de las zonas de recepción. Estudio de caso en Bogotá. D.C., Colombia, en las localidades de Suba y Ciudad Bolívar.* Washintong: s. d.

Lagarde, M. (2012). *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topias*. México D.F.: Instituto de las Mujeres del Distrito Federal

Lagarde, M. (1989). Enemistad y sororidad: hacia una nueva cultura feminista. En: Hacia una nueva cultura feminista, Memoria, *Revista del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista*, No. 28. México, pp. 24-46

Lagarde, M. (2009). La política feminista de la sororidad. En: *Mujeres en Red. El Periódico Feminista* [En línea], 2009-06, Publicado el 11 de junio de 2009. URL: http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1771

Lagarde, M. (2012). *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topias.* México D.F.: Instituto de las Mujeres del Distrito Federal

López M., M. (2004). Noviolencia para generar cambios sociales. En: *Polis* [En línea], 9 | 2004, Publicado el 26 octubre 2012, consultado el 18 febrero 2019. URL: http://journals.openedition.org/polis/7326

Jiménez R., N. P. (2011). Femicidio/Feminicidio: Una Salida Emergente de las Mujeres Frente a la Violencia Ejercida en Contra de Ellas. *Revista Logos Ciencia & Tecnología. Vol. 3*, No.1 (2011). Disponible en: http://revistalogos.policia.edu.co/index.php/rlct/article/view/132/345

Martínez H., C. E. (2016). Mandela y la construcción histórica de la noviolencia. Otras formas de hacer y de pensar. *Polis. Revista Latinoamericana No. 43.* [En línea] Publicado el 09 junio 2016, consultado el 03 octubre 2016. URL: http://polis.revues.org/11526

Pujadas M.; J. J. (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales. Cuadernos Metodológicos*. España: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Secretaría de la Mujer (2020). Diagnósticos locales para las mujeres. Alcaldía Mayor de Bogotá Secretaría Distrital de Planeación (2017). *Índice de seguridad humana para las localidades de Bogotá 2014. Actualización y seguimiento de resultados.* Alcaldía Mayor de Bogotá. Recuperado de: http://www.sdp.gov.co/sites/default/files/3._actualizacion_indice_seguridad_humana_local idades_bog.pdf

Useche, O. (2008). *La resistencia social como despliegue de la potencia creativa de la vida.* En: *Ciudadanos en son de paz. Propuestas de acción no violenta para Colombia.* Bogotá: Corporación Universitaria Uniminuto.

Useche, O. (2016). *Ciudadanías en resistencia. El acontecimiento del poder ciudadano y la creación de formas noviolentas de re-existencia social.* Bogotá: Trillas de Colombia.

SOL SULEYDY GAITÁN PINEDA

Soy una Feminista popular en permanente construcción, apasionada pedagoga, artista escénica comunitaria, madre de dos hijos varones. Licenciada en Pedagogía Básica Artística, especialista en Gestión Asociada para el Desarrollo y magíster en Paz Desarrollo y Ciudadanía. Con ventidós años de experiencia comunitaria en promoción y defensa de los derechos humanos de las mujeres, mediante la militancia en el *Colectivo de Titiriteras Huitaca* y diversas expresiones del Movimiento de Mujeres, contra la guerra y feminista. Encarnando desde el 2015 la experiencia de servidora pública, primero en la Secretaría de la Mujer (Bogotá) y actualmente en un municipio cundinamarqués en la cartera de Educación.

suleyga19@gmail.com



– RED DE PARTERÍA TRADICIONAL
E INTERCULTURAL MHUYSQA –

MANIFIESTO

Fuimos gente, somos gente y seguiremos siendo gente. *Somos gentes de la Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa*. Hemos estado aquí desde el amanecer de la humanidad, desde que nuestra madre y padre salieron de la laguna de Iguaque. Hemos transitado con el territorio que se transforma en cada ciclo. Así como se ha transformado el territorio de todas las gentes, también se han transformado nuestros cuerpos, pensamientos, pueblos y comunidades. Hemos transitado, seguimos aquí, estuvimos, estamos y seguiremos estando.

El enredo colonizador llegó e intentó arrancarnos del territorio. Entendimos que el cuerpo colonizador no es tan grande, ni mucho menos tan largo y suficiente. Nuestra voluntad es tan cierta, abundante y presente que estuvimos, estamos y seguiremos estando aquí. *Somos gentes de la Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa*. Amando y respetando las sangres femeninas, hemos transitado el mundo. Somos la gente que cuida el páramo y las lagunas, somos la gente que cuida la puerta de la vida y de la muerte, la gente que cuida el aliento, el orgasmo de la naturaleza, la neblina que hace que el hielo siga siendo hielo en la Tierra, la gente que anda el placer como camino. Somos la gente hija, nieta, bisnieta, tataranieta que acompañó a todas las gentes a nacer y a descansarse antes que nosotras.

Cuidamos el primer aliento de las gentes al nacer y el último aliento al descansarse y lo que está en medio de estos dos. Cuidamos el canto, la danza el consejo y la historia primigenia que traen la placenta y la sangre para cada gente al nacer y morir. Somos la gente que acompaña la vida a llegar y la muerte a irse y, también, la muerte a llegar y la vida a irse. Somos la gente que cuida el umbral entre la vida

y la muerte. Somos la gente que tiene en su cuerpo y espíritu el arte de cuidar y ser cuidada. Siempre hemos estado, desde el amanecer de la humanidad, creyendo y creando; cuidando los nueve orificios del cuerpo.

Somos la gente que sembramos sobre el dolor y la masacre colonizadora. Este dolor despertó odio en un tiempo, pero entendimos, precisamente, en este mismo tiempo, el despertar de la voluntad. La voluntad llegó a nuestros úteros y corazón desde todas las direcciones y ese odio ahora vuelto voluntad se convirtió en una decisión. La decisión de nosotras, las *gentes de la Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa*, de estar en disposición de hacer lo que sea necesario para que sigamos existiendo como humanidad, como una más de las especies sobre el pecho de la madre tierra, de la Hystcha Guaia. Nuestra decisión es ser sexuales y sensuales, que no es otra cosa más allá de saber comunicarnos con todo lo que existe en el mundo físico y espiritual. Ahora sabemos que es más grande nuestra voluntad que el odio.

Hubo un tiempo en el que nos persiguieron y trataron de alcanzarnos para masacrarnos y así lo hicieron con muchas gentes. En ese tiempo, algunas no permitimos que nos alcanzaran. Corrimos, huimos y volamos más rápido y lejos de sus ojos para cuidar nuestro conocimiento y nuestro cuerpo. Ahora, en este tiempo, tenemos la voluntad de ser perseguidas y alcanzadas. Nos han llamado y volvimos a acercarnos. Por voluntad y confianza, volvimos a acercarnos después de tantas generaciones. En este tiempo, nuestro paso por decisión propia se hizo más lento, solo para que ahora sí nos alcancen. Este es el tiempo en el que seguimos siendo perseguidas, pero lo diferente ahora es que vamos a dejarnos alcanzar.

Este es el momento en el que las *gentes de la Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa* deseamos que nos alcancen. Si tienen, realmente, la valentía de perseguirnos y de alcanzarnos y quieren hacerlo, lanzamos preguntas: ¿quieren perseguirnos? ¿Quieren alcanzarnos? ¿Para qué quieren perseguirnos y alcanzarnos? ¿Para masacrarnos? ¿Para repetir la historia vergonzosa de dolor? ¿Para acallarnos? ¿Para masacrarnos? ¿Para aprender? ¿Para llenar el extrañamiento y los vacíos de sus vidas? ¿Para violarnos? ¿Para amarnos o tenernos voluntad? ¿Para qué? ¿Qué yace en ustedes para perseguir a las gentes que le sirven a la partería tradicional Mhuysqa?

¿Esta vez, nos van a alcanzar para reconocernos mutuamente? ¿Para mirarnos a los ojos y ver que somos la misma gente? Somos la misma gente hija de la

tierra, de la mismísima gente que decidió parirnos. Gente hijas de la misma gente que somos la humanidad, con las mismas angustias, deseos, placeres y anhelos. Perseguirnos y alcanzarnos significaría, ahora, que nos dimos cuenta y tenemos la certeza realmente del hilo y la valía que tenemos como *parteras tradicionales Mhuysqa* y que todos los conocimientos somos todos los conocimientos. Que nuestro camino, el camino de las *gentes de la Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa* es simplemente uno de los caminos más para que el útero y el corazón sigan danzando y cantando al mismo nivel de todas las gentes.

Si nos persiguen y alcanzan en este momento, es porque llegamos a lo obvio; a juntarnos todas las gentes con todas las formas de conocimiento de todos los territorios para seguir estando en la Tierra desde el pensamiento sistémico y no desaparecer como especie.

Por eso estamos aquí, firmes y presentes como hemos estado desde el amanecer de la humanidad. Aquí estuvimos, estamos y seguiremos estando nosotras, las gentes de la *Partería Tradicional e Intercultural Mhuysqa*, elevando nuestra sangre, nuestro canto, danza, consejo e historia para que nos alcancemos y podamos tejer las formas y las maneras, para que podamos seguir el camino de nuestros cuerpos y espíritus, para que la especie que somos, la gran humanidad que somos, recuperemos el conocimiento, la sabiduría, el arte y la ciencia de cuidar. Para que las nueve generaciones hacia atrás y las nueve generaciones hacia adelante, podamos estar en placer de ser gentes y retornar y seguir siendo gentes. Itzaquene, ¡que así sea!

RED DE PARTERÍA INTERCULTURAL MHUYSQA

Encuentro de la medicina propia y la partería del pueblo Mhuysqa, del que participan las comunidades de Bosa, Suba y Cota.

redparterasmhuysqas@gmail.com



– YUSMIDIA SOLANO SUÁREZ –

MIS REFLEXIONES Y PRÁCTICAS FEMINISTAS ALREDEDOR DE LOS CUIDADOS, LOS TERRITORIOS Y LA PAZ

A partir de la celebración de mi cumpleaños y las palabras que me expresan mis hijas como regalo, inicio el recuento de mi vida para retomar los nudos vivenciales que me permitieron configurarme como soy actualmente. En el texto narro como al posicionarme desde los feminismos emancipatorios, pero también como ecofeminista, antirracista, anticapitalista y anticolonial he hecho aportes en la construcción de territorios y paz desde ese lugar de enunciación, que incluye la ética del cuidado de una misma, las otras personas, formas de vida y de la existencia colectiva.

Presentación

Después de más de tres meses del encierro al que nos hemos tenido que someter por la pandemia de la covid-19, sentí la imperiosa necesidad de escribir estas breves memorias, a manera de catarsis sanadora. En varias ocasiones había pensado en escribir mi autobiografía, pero nunca me había puesto a hacerlo por fuera de las referencias que he hecho en mis escritos dedicados a mi participación en los procesos políticos y académicos que he documentado. Siempre había cosas más urgentes y necesarias de atender en el mundo que malvivíamos. Sea entonces la convocatoria de *Feminismos andantes* la ocasión que permita alumbrar el camino.

Como parte de la importancia que les doy a los cuidados (físicos, emocionales, espirituales y relacionales) empezaré por recrear la celebración de mi más reciente cumpleaños y reproducir el escrito que mis hijas hicieron sobre mí con motivo de la ocasión para, a partir de ahí, retomar los nudos vivenciales que me permitieron configurarme como soy actualmente. No se trata de una confesión de los detalles de mi vida, sino de un intento de narrar cómo me he construido como feminista y he aportado a la construcción de corrientes feministas que, al poner en práctica la ética de los cuidados de sí, de *lxs*[1] *otrxs*, y de la vida social, han incidido al interior de los procesos de construcción de paz y territorios. Eso hace que muchos aspectos de mi vida queden fuera de foco. Son, por supuesto, mi subjetividad, mis prejuicios, mis intereses, mis amores y desamores, mis omisiones conscientes e inconscientes, los aspectos que aquí están puestos en juego.

Quiero advertir que, a pesar de escribir estas vivencias en primera persona, doy mi reconocimiento a las personas que han estado a mi lado apoyándome, dándome amor, confianza, seguridad, estabilidad, orientación, consuelo y su propia sabiduría de vida para lograr este camino. Mi gratitud a mi compañero de andanzas, proyectos y querencias, Luis de la Rosa (en adelante, Lucho) y a todas mis amigas, especialmente a mis grandes confidentes Ángela Rodríguez y Mónica Durán[2]. Mención aparte merecen mis hijas Laura y Sofía, mis dos grandes amores, amables críticas y fuente de alegría inagotable.

El énfasis que hago es sencillo: lo que he logrado ha sido gracias a mi determinación para autoconstruirme, pero también los procesos colectivos en los que he participado y las personas con quienes los he compartido han sido factores que le han dado fundamento y sentido a lo que soy ahora.

El conjuro de mis 60 años

Soy una mujer de 60 años que lleva la mayor parte de su vida practicando varios feminismos (sí, en plural, porque he cambiado de unos a otros y actualmente me identifico con varios). Mis luchas han sido no solo por la liberación de las mujeres,

1 Uso la «x» en lugar de «a», «o» y «e» para incluir a mujeres, hombres y cualquier otra identidad de género.

2 También quiero reconocer los aportes que han hecho a mi vida y trabajo Audes Jiménez, Elizabeth Quiñónez, Leda Mendoza, Elvira Camacho, Angélica Arias, Diana Marcela Gómez, Cecilia Cuesta, Alejandra Coy, Ofelia Fernández, Raquel Sanmiguel, Catalina Toro, Elissa Lister, Johannie James, Adriana Santos, Silvia Torres, Shirley Cottrell, Ana Márquez, Gicellee Robinson, Sheryl Henry, María Manchego, Micaela Muñoz y todo el personal de asistentes, auxiliares, de servicios generales y administrativos que ha trabajado conmigo.

sino contra todas las formas de explotación, discriminación y subordinación, cuyas afectaciones han alcanzado con particular saña a las mujeres racializadas y colonizadas. En consecuencia, siento que lo que mejor me define es la participación en procesos de transformación y cambio de las estructuras de poder en todas sus manifestaciones. Como hilo conductor de esta historia tomaré el festejo de mi último cumpleaños y la descripción que hacen mis hijas de mí.

Resulta que mi registro civil y mi cédula dicen que nací el 22 de octubre de 1959, pero parece ser que en realidad fue un año antes, según recuerdan mis hermanas. Como mi padre fue quien me registró con esa fecha cuando mi madre murió, no hay manera de confirmar la realidad y yo, por comodidad, me atengo en este caso a los documentos oficiales, de los cuales tanto desconfío a veces. Así que me dispuse a celebrar mi cumpleaños 60 con mis amigas en la isla de San Andrés, donde vivía, consagrando un encuentro de varios días a festejarnos, con rituales de sanación incluidos cada mañana a cargo de Angélica Arias y con invocaciones de poetas y escritoras como las que hizo Leda Mendoza. La fiesta se amenizó con música del Caribe recopilada por Lucho en varias listas de *Spotify*, con las canciones que hemos escuchado en cada década que hemos convivido; también contamos con un conjunto vallenato y un grupo de música típica de las islas, todo complementado con regalos, comida, bebida y baile, por supuesto.

Puede decirse también que la celebración fue una despedida de mis 17 años de vida en San Andrés a donde había llegado en 2003 como profesora de la Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe y desde donde partiría en 2020 por el traslado que gané a la nueva sede de la Universidad Nacional de Colombia en el municipio de La Paz en el departamento del Cesar. En esos 17 años contribuí a la construcción del territorio y al fortalecimiento de la Sede Caribe mediante la incidencia que tuve en la formación de comunidad académica con capacidad crítica (trabajé con estudiantes de pregrado y posgrado –especialmente de la Maestría en Estudios del Caribe– maestrxs de secundaria, líderes comunitarios, jóvenes y mujeres), apoyé la formación de organizaciones y corrientes de feministas en las islas, estudié el funcionamiento de las relaciones de género en Providencia, realicé y contribuí a documentar los procesos sociales en el archipiélago, coordiné el equipo que se ocupó de la puesta en marcha del Observatorio de Mujeres y Género y el Plan de Acción de la Política Pública de Mujeres y Género del departamento, fundamenté desde la teoría y la práctica, con viajes por diversas islas incluidos, una perspectiva gran-caribeña y culminé mis estudios doctorales. Así que bien merecía la pena agradecer lo vivido y alcanzado con mis amigxs, familia y compañerxs de trabajo.

Lo que dicen mis hijas de mí

En esa fiesta, tuve una muy grata sorpresa: mi hija Laura, en su nombre y en el de mi otra hija Sofí que no pudo estar, leyó este significativo mensaje que me llegó al alma:

> Nuestra mamá encarna como pocas personas la frase «lo personal es político»; sus acciones tienen una reflexión detrás y sus decisiones están guiadas por la consecuencia. Poseedora de un gran sentido de la justicia, se guía por la frase »De cada quien según sus capacidades y para cada quien según sus necesidades». Sin embargo, este sentido de justicia no le quita el sentido del humor, aquel que le produce la risa más espontánea y pegajosa del mundo.
>
> Convencida desde muy joven de que el mundo que le tocó hay que cambiarlo, participó en organizaciones de izquierda y fue candidata al concejo de Sincelejo en unas elecciones donde votó su abuela y en las que contabilizaba 150 votos antes de un apagón de luz en la noche y amaneció con 25. Dos décadas después, volvería a participar en una lista de elección, esta vez para la Asamblea Nacional Constituyente.
>
> En estos andares políticos conoció a nuestro papá. Con el saco rojo que se ponía en cada visita a Bogotá, decide empezar una relación con la única certeza de que no duraría para siempre: «cuando nos separemos» decía con frecuencia. Dos embarazos decididos y 38 años después, siguen construyendo día a día una relación donde las respuestas no están dadas, sino que se crean. La equidad no es el punto de partida, sino que es el camino.
>
> Como mamá, nos ha dado todo el amor posible, siempre hemos sentido que tenemos unas raíces fuertes y un hogar al que pertenecemos y a donde podemos volver, así estemos muchos kilómetros lejos. En cualquier punto de la vida en el que sintamos dudas, lejanías o cualquier tipo de decaimiento emocional, no hay duda de que ella es la persona a la que vamos por consuelo y consejo. Tiene una sabiduría ancestral de la cual sus muchos títulos son una pequeña parte, y que siempre está dispuesta a compartirla.
>
> Nos impulsa a ser aventureras como ella, a lanzarnos al mundo y a ser libres, segura de la crianza que nos dieron. Al mismo tiempo, no duda

en reclamarnos por nuestro desorden, llamarnos la atención cuando no somos justas, decirnos »su cuerpo no es tuyo» cuando alguna tiene celos por su compañero, o decir «¿Cuántos doctorados se necesitan para saber que esto está podrido?» cuando encuentra alguna verdura que está en proceso de descomposición en la nevera. No hay duda alguna en ninguna de sus casas cuando ella llega, porque siempre intentaremos tener la casa lo más impecable posible. Sin embargo, para ella nunca será suficiente, y siempre encontrará algo para curucutear. La hemos visto más de una vez bajarse de vuelos de nueve horas y empezar a reorganizar cuadros, organizar closets y limpiar baños. Siempre se sorprende cuando se encuentra cansada y le preguntamos «¿Es que tú te cansas?».

A veces se pregunta, con preocupación, si habrá perdido su espontaneidad. Aquella espontaneidad que la lleva a negociar y sacar buenos precios en China o a decir «Ya lo sabía» cuando una gitana en Granada le dice que tiene mucha seguridad y fortuna en la vida y osa cobrarle. Nos dice que tenemos estrella, pero sin duda es heredada. Tan heredada como los andares nocturnos, el amor al sueño, el terror a las madrugadas. Pocas cosas son tan sagradas en nuestro hogar como que mi papá se duerme máximo a las once y nosotras tres seguiremos por un par de horas más.

De la política al feminismo y del feminismo a la academia, sin dejar de ser política y feminista en cada una de sus acciones y actividades académicas. Si da clases, es para crear consciencia de clase y motivar empoderamientos en sus estudiantes. Si investiga, es para mostrar todas las resistencias de las mujeres caribeñas que la precedieron y la acompañan (muchas de ellas hoy presentes en esta fiesta).

Y así va ella por la vida, o mejor, la vida pasa por ella. Con su ímpetu y espíritu de libertad. Con su gran seguridad, pensamiento estructurado y espíritu crítico. Con su sentido de la equidad y la justicia. Con su alegría y risa fuerte y, no, mamá, no has perdido tu espontaneidad, pero, además, sigues cambiando el mundo y creando redes de mujeres maravillosas.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!,

Laura y Sofi. Octubre de 2019.

A partir de esta profunda confirmación de amor, que me da fuerza y alegría y que da cuenta de la fortaleza de los lazos que a partir de ser cuidadosxs con los cuidados hemos construido como familia, ahora me referiré a varios de los aspectos que ellas refieren.

Semillas de feminismo en mi niñez

Nací de la unión libre (bonita expresión de amor sin ataduras legales) de mi mamá, Marina Suárez, y mi papá, Rafael Solano. Ella, una mujer campesina de El Carmen de Bolívar, lugar donde también nací; él, obrero en la construcción de carreteras, que solía decir que era operador de maquinaria pesada porque manejaba una catapila[3], y había nacido en Tolú, Sucre. La gran movilidad que le otorgaba su oficio y las costumbres machistas de la época le permitieron ir por varios departamentos del Caribe colombiano enamorando mujeres humildes de pueblos polvorientos. Con una decena de ellas tuvo alrededor de 30 hijxs que nacían de a tres por año. Por eso no sé qué lugar tengo en el orden de lxs hijxs por línea paterna, pero soy la tercera de lxs seis hijxs que tuvo mi mamá: Eduardo, Bladimiro, Carlota, Dacia, Patricia y yo. Mi mamá, una mujer muy determinada por su decisión de forjarnos un futuro, nos inculcó con ahínco y por sobre todas las cosas el amor por la educación, diciendo que era la única herencia que nos podía dejar.

Mis primeros recuerdos son en El Carmen de Bolívar cantando la ranchera «No volveré», (de autoría de Ernesto Cortázar y Manuel Esperón). Después me veo en Sincelejo con un esplendoroso uniforme de cuadros en mi primer día de clases y luego evoco los hechos de una noche en que los ladrones entraron a la casa, se llevaron todo, hasta la comida, y nos amenazaron. Como era una mujer de decisiones firmes, mi mamá, se negó a seguir viviendo prácticamente sola con nosotrxs mientras nuestro padre continuaba haciendo hijxs y carreteras. En un intento de controlar estas andanzas, mi mamá dispuso que acompañaríamos las rutas de nuestro padre. En medio de toda la incomodidad que nos significaba seguir a papá por pueblos y ciudades, siempre me recuerdo como una niña alegre, divertida y libre.

Cuando fuimos más libres fue después de la muerte de nuestra madre en un accidente de tránsito el 31 de diciembre de 1966 en Cartagena, adonde habíamos ido a vivir después de pasar por El Carmen de Bolívar, y donde un intenso verano

3 Expresión que en el Caribe colombiano hace referencia a las máquinas de trabajo pesado marca *Caterpillar*.

derrotó la tentativa de mi padre de volverse campesino y nos condujo a pasar hambre durante un año. Ahora que lo pienso, debe ser por eso que la canción de Leandro Díaz interpretada por Alejandro Durán, «El verano», me llega tan hondo. Sin embargo, el primer año después de la muerte de nuestra madre no fui tan libre. A mí me internaron en un colegio de niñas que regentaba la Colonia Española en Colombia en el barrio El Cabrero de Cartagena y ahí hice mi primera comunión vestida de monja. No me visitaban los fines de semana como a las otras niñas porque mi familia se había ido a vivir a Sincelejo. Cuando terminó el año, ya habían regresado y al año siguiente mi hermana mayor y yo estudiamos en un colegio de Cartagena que se llamaba Octaviana del C. Vives C.

Como vengo diciendo, ser huérfanxs nos trajo muchas libertades, pero también inconvenientes. Por ejemplo, en el colegio Luis C. López de Sincelejo, adonde habíamos regresado a vivir, nadie quería hacerse cerca de mis hermanxs y yo porque en la fila y en clases nos veían correr los piojos por el cuello: vivíamos solxs y no había adultxs que nos los sacaran o hicieran tratamiento para exterminarlos. Nuestro padre trabajaba en Venezuela (donde también tuvo hijxs) y nos enviaba giros para los gastos, los cuales anunciaba mediante telegramas. Hasta que un día mi hermanx mayor y yo conseguimos un polvo, que creo era DDT, nos lo echamos en los cabellos, permanecimos toda una noche untadxs con eso, al día siguiente usamos un peine y santo remedio. Nos hemos podido intoxicar, pero eso no nos pasaba por la cabeza.

Las semillas de mi feminismo se plantaron, aunque todavía no sabía que se llamaba así, el día en que el profesor Flórez (creo que se llamaba Julio, pero el de ese nombre y apellido es un poeta), en cuarto de primaria preguntó cuántos y cuáles eran los reinos de la naturaleza. Yo entusiasmada levanté la mano para responder, pero el profesor se sintió muy ofendido con los chicxs del curso y dijo algo así como que si no les daba vergüenza dejarse ganar por una falda, que si no tenían suficientes pantalones. Llamó por apellidos en orden alfabético a lxs alumnxs de todo el curso y cuando llegó a la «s» me saltó y solo cuando terminó y nadie supo la respuesta, permitió que yo respondiera. Percibí a mis 10 años que a las niñas no nos daban el mismo trato que a los niños y que una niña inteligente no era bien vista por el profesor, aunque al final del año presumió de mi buen rendimiento. Igual, yo sí me sentí orgullosa de saber más que los niños de mi curso y me aferré a aprender todo lo que pudiera. Esta primera comprensión de tratamiento desigual podría ser un rudimentario feminismo en mi conciencia de niña.

En nuestra vida sin adultxs nos divertíamos a lo grande. Como cuando organizamos la primera comunión de mi hermana mayor Carlota y la de mi hermano menor, Bladimiro. Prestábamos los vestidos a lxs vecinos y amigxs del colegio, nos robábamos las flores en los jardines de los barrios ricos e íbamos al centro de Sincelejo a que les tomaran su respectiva foto. Como en la de mi hermana se notaba que el vestido largo le quedaba corto, entonces recortamos la foto, antes de enmarcarla.

Nuestra casa de solo niñxs era el centro de organización de juegos interminables de todo el barrio. Cuando fuimos creciendo, organizábamos los noviazgos de lxs más grandes. Desde mi internado había descubierto que leer era muy entretenido y me permitía vivir otros mundos, por lo que me volví asidua lectora de «paquitos»[4] y novelas de Corín Tellado. Con esas fotonovelas se profundizó la percepción de roles de género que yo captaba entre mi madre y mi padre, pero eso me sirvió para reforzar la pasión por la lectura. Siempre eran historias donde las mujeres tenían que ser rescatadas de los problemas por el protagonista hombre que las redimía con su amor y las convertía en sus esposas, con hijxs, casas y cocinas hermosas: «el ideal de realización para cualquier mujer». Yo, sin embargo, decía que nunca me casaría ni tendría hijxs. Ya para entonces me poseía a ratos un germen de rebeldía.

El no tener control adulto en nuestra niñez y adolescencia nos permitió a mis hermanxs y a mí volvernos muy recursivxs para sobrevivir y estudiar, pero además nos permitió vincularnos sin restricciones a las organizaciones estudiantiles que surgieron en la década de los años setenta y después a las organizaciones de izquierda.

El feminismo militante aparece en mi vida

Fue el feminismo el que me salvó. No reniego de mi militancia en la izquierda, pero las peleas de poder por diferencias insignificantes, de las cuales también fui protagonista, no me permitían crecer. El feminismo, con su énfasis en la importancia de la valoración de una misma, me permitió autoconstruirme. No fue de una vez y para siempre; toda la vida me la he pasado en ello. Y no le he hecho sola, he contado con mucha gente alrededor que me ha apoyado mucho, entre ellas quienes ya mencioné en la presentación, si bien hay muchas más personas

4. Palabra usada en el Caribe colombiano para referirse a las historietas ilustradas (*comics* en inglés).

que han estado ahí para mí cuando las he necesitado, como César y los hermanos Medina, compañeros de cursos en el bachillerato que me llevaban a almorzar a su casa cuando los giros de mi padre tardaban en llegar.

El primer feminismo con el que me identifiqué fue el socialista. Este junto con el liberal y el radical eran los reconocidos y practicados en las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX. Ese feminismo era en parte *interseccional*, y aunque no tuviera en cuenta suficientemente los asuntos étnicos-/raciales, me permitió entender que, además de las desigualdades de clase que había vivido, la opresión a las mujeres era histórica y un asunto que explicaba por qué nos trataban de manera desigual a las mujeres en todos los espacios de la vida. Entendí por qué mi padre, siendo un obrero explotado y simpatizante de ideas socialistas sometió a tantas mujeres en su vida: su conciencia de clase no era suficiente para procurar la liberación de las mujeres y dejar de beneficiarse de los trabajos y los afectos gratuitos de ellas.

Él me legó, sin embargo, su capacidad crítica al sistema, algo que aprecié mucho cuando lo despidieron por participar en una huelga de trabajadores de las Empresas Públicas de Cartagena; y pude comprender el contenido de un libro de tapas rojas que guardaba en secreto. Se llamaba «Viva Cuba» y tenía una foto de Fidel Castro con un pescado gigante que le ofrecía a un líder soviético. Empecé a sacar el libro de su escondite cuando aún no sabía leer, solo por mostrarles a mis amiguitas el pescado gigante. Mi mamá nos lo prohibió porque teníamos un vecino policía. Deduje al principio que mi papá debía ser malo si esto no lo podía saber el policía.

Pero en mi adolescencia le seguí los pasos. Empecé siendo parte de un grupo de teatro en el colegio que montó una obra sobre Camilo Torres Restrepo, el cura guerrillero; después estuve en los Comités de Trabajo Socialista desde el que pasamos a la Liga Comunista Revolucionaria y como resultado de muchas otras alianzas, formamos el Partido Socialista Revolucionario (PSR) en 1978 (nombrado en honor del partido fundado por María Cano, Ignacio Torres Giraldo y Raúl Mahecha en 1926) en el que milité entre finales de los años setenta y principios de los noventa. Este partido se reclamaba identificado con el feminismo socialista y pregonaba que la liberación de las mujeres tenía que impulsarse simultáneamente con la lucha de clases porque las mujeres también hacían parte de la llamada vanguardia amplia de la revolución, que incluía a lxs obrerxs, campesinxs, pobladorxs barriales, el magisterio, lxs estudiantes y demás explotadxs.

Si bien se reconocía esta lucha, las militantes teníamos que dar batallas cotidianas por la equidad en el trato, en la toma de decisiones y la representación en las instancias de dirección, asuntos que quedaron incluidos en los estatutos de ese partido como acción afirmativa. En todo caso, junto con el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) era de lo más avanzado de la época en términos feministas, al punto de promover como candidata de la Unión Obrera y Socialista (UNIOS)[5] a la presidencia de la República en 1978 a Socorro Ramírez, la primera mujer con un programa socialista y feminista en unas elecciones presidenciales en Colombia, que incluía la despenalización del aborto, la libre opción sexual y los derechos de los homosexuales.

Puedo decir, en resumen, que el feminismo socialista que profesábamos y practicábamos proponía la intersección entre clases explotadas, luchas populares y culturales y luchas de mujeres por su liberación en todo el mundo, pues éramos profundamente internacionalistas, considerando que se debía hacer la Revolución no solo en los países dependientes como Colombia y el resto de América Latina, sino también en los países metropolitanos de Occidente. También se consideraba una necesidad imperiosa hacer la revolución política en los países del socialismo real existente, como la URSS y China, donde una burocracia horrible había usurpado el poder a los trabajadores, según la corriente trotskista de la IV Internacional.

Con esas ideas en la cabeza y con el entusiasmo de mis años juveniles, a finales de los años setenta conformamos en Ovejas, Sincelejo y Montería el grupo «Combate Mujer», organización feminista socialista que emulaba lo realizado por Juana Julia Guzmán, María Barilla, Francisca (Pacha) Ferias, Agustina Medrano, Antonia Espitia, Marcelina Agámez, Mercedes Vidal, Josefa González, la Mella Lorana y otras mujeres que en 1919 habían fundado la Sociedad de Obreras de la Redención de la Mujer en Montería y que actuaba en Córdoba y Sucre. No lo sabíamos entonces, pero Juana Julia Guzmán había sido obrera alisadora de hojas de tabaco en su natal Corozal, como muchas de las mujeres con quienes trabajábamos desde Combate Mujer en Ovejas y como lo fue mi propia abuela materna, María Payares en El Carmen de Bolívar. Los legados circulan y se transmiten sin que nos demos mucha cuenta de ello.

Fui candidata al concejo de Sincelejo a mis 22 años, en las listas de UNIOS, después de ganar reconocimiento popular por haber sido una de las promotoras

5. Coalición formada por el PSR, PST y otros movimientos sociales.

de una huelga de los trabajadores de la salud que nos tomamos la catedral de la ciudad en plena vigencia del Estatuto de Seguridad, un decreto basado en el Estado de Sitio y expedido durante el gobierno de Turbay Ayala, que ampliaba las facultades de las Fuerzas Armadas para reprimir la protesta social. Nos cortaron la energía y el agua, pero la gente nos hacía llegar comida y resistimos varios días. Lo que más recuerdo de la candidatura fue que mi abuela materna fue muy orgullosa a votar por mí, que yo no lo pude hacer porque se me perdió la cédula en el camino al puesto de votaciones y que muchos de los votos que se habían contabilizado a mi nombre la noche de elecciones habían desaparecido al día siguiente, como mencionan mis hijas.

Promotora de organizaciones y procesos en Bogotá

Por toda esta «quemada» en una ciudad pequeña como Sincelejo, que significó que no pudiera conseguir empleo allí, decidí irme a Bogotá en 1980, donde tomé conciencia de ser discriminada por mi procedencia regional. A los tres años de vivir en la capital me preguntaron por qué con ese tiempo no había «aprendido a hablar». En realidad, pasó algo paradójico: sin proponérmelo, todxs lxs «cachacxs»[6] en la oficina de auxiliares contables donde trabajaba terminaron adoptando mi frase de combate de esa época: «¿Viste tú? ¿Viste que no es embuste?» hasta el extremo que el jefe la prohibió. Yo, en todo caso, seguí hablando como lo he hecho siempre. Parece ser que tengo mal oído y por eso nunca se me ha pegado ningún acento diferente al costeño sabanero.

Al establecernos definitivamente en Bogotá, varias amigas caribeñas y militantes como yo conformamos la Asociación de Mujeres en Acción, un grupo de mujeres que se reunía en el Planetario de Bogotá. A las primeras reuniones asistieron mujeres toreras y la primera mujer piloto comercial de pasajeros en Colombia, Angelika Helberger Frobenius, quien padeció múltiples discriminaciones antes y durante su ejercicio profesional a causa de los prejuicios de las compañías de aviación y de los hombres pilotos que no concebían a una mujer en el oficio. En esa organización estuvieron por un tiempo también Socorro Ramírez, Luz Jaramillo y Ángela Rodríguez que, como se ve, ha sido amiga y cómplice de muchas andanzas. Desde esta organización, en 1984 organizamos el evento «La Mujer en Colombia y Centroamérica» en donde se debatió el proyecto de ley de aumento de

6. Nativos del interior andino del país.

la licencia de maternidad de ocho a doce semanas, de acuerdo con lo establecido por la OIT y que Colombia no cumplía.

Me tocó hablar de la situación de la mujer trabajadora en Colombia, por lo que me hice consciente de que la mayor discriminación que se ejercía contra ellas era la doble jornada. Ahí se conformó, por iniciativa de Socorro Ramírez, el Frente Continental de mujeres contra la intervención en Centroamérica. A pesar de nuestros esfuerzos y reclamos, pasaron años antes que se hiciera realidad esa ampliación de la licencia de maternidad, que se aprobó mediante la Ley 24 de 1990. Ya en 1986 se había extendido el derecho de licencia a las madres adoptantes.

Como parte de Mujeres en Acción, participé en la conformación del Colectivo de Mujeres de Bogotá, alianza de organizaciones y mujeres feministas que durante varios años coordinó el accionar del feminismo en Bogotá y que además sirvió de inspiración a grupos feministas en otros lugares del país. Desde ahí impulsamos muchas acciones de las agendas feministas, pero también por la negociación política del conflicto armado, la defensa del derecho a la vida y la paz y por una nueva constitucionalidad. Participé en el primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bogotá en julio de 1981, donde se estableció el 25 de noviembre como Día Internacional de No a la Violencia Contra las Mujeres en homenaje a las hermanas Minerva, Patria y María Teresa Mirabal de República Dominicana, cruelmente asesinadas por la dictadura de Trujillo en 1960. A los dos años, en 1983, asistí también al segundo de estos encuentros que se realizó en Lima, Perú.

Todos los años conmemorábamos mediante marchas, protestas y actos culturales el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, y el 25 de noviembre que en 1999 fue reconocido por Naciones Unidas como Día internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, sin reconocer suficientemente que fue al movimiento feminista a quien primero se le ocurrió la idea 18 años antes. Por mi parte, afiancé la práctica de escribir proclamas, comunicados, ensayos para mi carrera universitaria y artículos para publicaciones no académicas como el periódico del PSR *Poder Obrero*, y la revista de la Asociación de Mujeres en Acción *Y dicen que somos muñecas.*

Nuestros esfuerzos debían multiplicarse porque al tiempo que participábamos en las luchas del pueblo colombiano en contra de la explotación económica y exclusión política a que lo sometían las élites en el poder, manteníamos en alto las luchas de las mujeres por sus derechos. Ello ocasionó que las feministas que

no eran parte de los partidos de izquierda nos reprocharan a quienes sí lo éramos por nuestra «doble militancia». Ahora que lo pienso, esa tal «doble militancia» sería ahora considerada como más consecuente con el feminismo *interseccional*, porque integrábamos las demandas de sectores que sufrían múltiples opresiones. Pero el asunto es que no se veía así, porque cada sector reclamaba su particularidad y no se lograba avanzar en agendas comunes. Tampoco nosotras concebíamos en ese entonces que las desigualdades de clase, étnico/raciales, de género y por sexualidades diversas se expresaran simultáneamente y no cada una por separado, pero sí hablábamos de la «triple opresión de las mujeres» y de sus «triples jornadas de trabajo».

Me hice consciente de la importancia de los trabajos de los cuidados cuando leí un libro pequeñito que atesoré durante mucho tiempo, *El ama de casa bajo el capitalismo* (1975)[7], en el que se hacía el debate sobre si el trabajo doméstico producía plusvalía o no. Yo me acogí a la versión de que sí, porque el trabajo de cuidados que realizan las amas de casa gratuitamente, a pesar de tener valor de uso y no de cambio, permitía producir la fuerza de trabajo de su marido que era explotada y luego apropiada en forma de plusvalía por los capitalistas. Pero –pienso ahora– cuando es la propia mujer la que al mismo tiempo es su propia hacedora de trabajos de cuidados y trabajadora asalariada, ¿podríamos estar hablando de que se le extrae doble plusvalía? No llegaban allá mis reflexiones de entonces, pero al respecto escribí un artículo (Solano, 2020b) para insistir en la importancia de este tipo de trabajos para garantizar la vida en medio de la pandemia actual.

El 13 de noviembre de 1982 nació, y recibimos con mucho amor y regocijo, nuestra hija Laura quien ha sido un faro de alegría, ecuanimidad, inteligencia y satisfacciones para mi vida y la de mi compañero Lucho. Laura se convirtió en mi pequeña compañera de aventuras en marchas y eventos de todo tipo y con ella en brazos asistía a clases en el programa de Contaduría en la Universidad Nacional de Colombia. Ese año celebramos alborozados que Gabriel García Márquez ganara el nobel de literatura y que Belisario Betancur, que llegó a la presidencia de la República con promesas de reconciliación, conformara la comisión de paz para negociar con todos los grupos armados del país y expidiera una Ley de Amnistía para los presos políticos. ¡Que tristeza que durante su gobierno se

7. Este libro se componía de tres artículos: "Economía política del trabajo doméstico" de John Harrison, «El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista" de Wally Seccombe y "El papel del trabajo doméstico» de Jean Gardiner.

diera la doble toma del Palacio de Justicia y de ahí en adelante las posibilidades de paz se embolataran!

A fines de esa década también hice parte del Centro de Estudios y formación para la Mujer Ofelia Uribe, que coordinaba con Elizabeth Quiñónez, desde donde impulsamos junto con todos los grupos feministas, jóvenes y estudiantes universitarios la campaña por la séptima papeleta, para que se convocara una Asamblea Nacional Constituyente (ANC), dada la crisis institucional y de violencia generalizada que vivía el país.

Realmente la crisis política había empezado en 1977 y se extendería, según el historiador Medófilo Medina (1997), más allá de 1997. El inicio él lo ubica con el paro cívico del 14 de septiembre de 1977, cuando se manifestó un malestar popular profundo y la incapacidad del gobierno de López Michelsen de ofrecer soluciones al mismo. Por el contrario, lo que se hizo por parte del gobierno que le siguió (el de Turbay Ayala) fue adoptar el Estatuto de seguridad en 1978 como mecanismo de represión institucionalizada contra la protesta social.

En 1990, el clamor por la ANC en las urnas llevó a que el presidente Cesar Gaviria convocara a elecciones para su conformación el 9 de diciembre de ese año, día en que también se bombardeó Casa Verde, el refugio del Secretariado de las FARC, con lo cual se estaba enviando la señal de que ellos no debían esperar hacer parte del nuevo pacto social que representaría la nueva carta magna del país.

Nuestra participación como feministas socialistas en ese proceso fue notable: presidí la mesa de trabajo «Mujeres por una nueva constitucionalidad», instalada el 19 de octubre de 1990. Estaban presentes en esta instancia las feministas de Bogotá de todas las posturas y que poco seguían las divisiones vigentes a nivel internacional entre el feminismo de la igualdad y el de la diferencia. Las feministas socialistas tampoco, porque decíamos que en algunas cosas tenían razón las unas, y en otras, las otras.

Si me pusieran a decidir ahora, me inclinaría más por el feminismo de la diferencia, ya que la búsqueda de la igualdad en las leyes no garantiza el ejercicio de la ciudadanía plena para la mayoría de las mujeres y, por otra parte, no es ganar el estatus del hombre blanco, heterosexual, rico lo que buscamos, como era en la práctica la agenda de la igualdad que se expresaba con la idea de romper el «techo de cristal» que impedía que las mujeres blancas llegaran a donde llegan

ellos. En todo el tiempo transcurrido, el feminismo de la igualdad demostró ser fundamentalmente institucional y se convirtió en hegemónico a nivel internacional. El feminismo de la diferencia, en cambio, cuestiona el estatus de los hombres privilegiados y afirma las sabidurías tradicionales de las mujeres, aunque no comparto que algunas de sus tendencias crean en una cierta «esencia» femenina, dado que las identidades de género han sido construidas social e históricamente.

Pero volvamos al proceso constituyente. Fui candidata a la ANC en la «Lista por la vida», la 048, que encabezaban Aida Avella y Alfredo Vásquez Carrizosa, los únicos dos que salieron electos de lxs 27 que la conformábamos. Yo aparecía en el reglón 13 o 15, no recuerdo bien. Hicimos campaña en barrios, organizaciones y pueblos. Nuestra apuesta como feministas en esta lista están recogidas en un folleto cuyo eslogan era «Porque vivir con amor e igualdad sea razón de Estado». Todavía hoy me sigue gustando esa utopía en que se pone al centro la importancia de la vida y el amor. Esto se parece al «Estado Maternal» del que está hablando Rita Segato (2018) últimamente. En el folleto se publicaba íntegramente la propuesta colectiva de Mujeres por la Constituyente, que había recogido y redactado Elizabeth Quiñónez.

Ahí se exigía, además de los artículos que sobre los derechos de las mujeres se lograron incluir en la Constitución de 1991 (artículos 13, 40, 42, 43 y 53), el uso de un lenguaje incluyente en la misma, el reconocimiento de la función social del trabajo doméstico en la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, la libre opción a la maternidad, que ningún proceso de fertilidad humana originado por los avances científicos pudiera vulnerar los principios de igualdad, respeto y libre determinación de las personas y el derecho de toda persona a la protección de su salud y sus derechos reproductivos, la creación del Ministerio de la Mujer y las comisarías especializadas en la protección de los derechos de las mujeres.

Desde esa época en que vivía en Bogotá, y también cuando estuve en Santa Marta y San Andrés, he participado en los eventos de formación feminista que ha desarrollado primero el Programa de Mujer y Género, y después la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, que ha representado en este sentido una fuente de intercambios meritorios para mi formación en teorías feministas, aunque mi activismo lo desarrollara desde otros lugares de enunciación.

De regreso a la costa: impulso de proyecto feminista regional para la construcción de paz

A fines de 1990, estaba de regreso a la costa, esta vez en Santa Marta, pues mi esposo Lucho había conseguido un trabajo en Ciénaga. En realidad, yo no quería regresar en principio, pero como el Colectivo de Mujeres se había fraccionado por las candidaturas a la ANC, había dejado de militar políticamente y había terminado los cursos de la Maestría en Economía Agraria en la Universidad Nacional, sentí que los proyectos de vida en Bogotá se me habían agotado.

Rápidamente establecí una relación íntima con el mar, que después crecería en la isla de San Andrés y empecé a asistir a tertulias con un grupo de amigas, entre ellas Leda Mendoza, Myriam Rincón y Adriana Santos y terminamos conformando la Corporación de Mujeres Orocomay el 8 de marzo de 1991, que al comienzo hizo parte de la Red Nacional de Mujeres, también recién constituida. Después se integraron nuevas socias, entre ellas Mónica Durán, Elvira Camacho e Irma Cantillo. Realizamos varias campañas como la de sensibilización de los nuevos derechos recién establecidos en la Constitución, otras en contra de mensajes publicitarios que justificaban la violencia a las mujeres y algunas más por el derecho de igual salario a igual trabajo, por la aplicación de los derechos sexuales y reproductivos y por la participación política de las mujeres en los procesos de paz. Realizamos capacitación y acompañamiento a grupos de mujeres campesinas, indígenas y de sectores urbanos.

Después de algunas crisis y de la posterior adaptación al nuevo ciclo de vida en Santa Marta, Lucho, Laura y yo esperamos con mucha ilusión y amor el nacimiento de Sofía que ocurrió el 8 de agosto de 1992; pude dedicar más tiempo a su crianza y disfrutar de sus talentos, ingenio y alegría. Fue el año de la conmemoración de los 500 años del mal llamado «Descubrimiento de América» que en realidad fue el más grande genocidio de la historia. Sofí nos encontró económicamente más estables, pero, en todo caso, durante su embarazo escribí en extenuantes jornadas mi tesis de maestría que resultó calificada como meritoria. Desde entonces Lucho funge como el corrector de estilo de lo que escribo.

Sobre mi relación con Lucho es mucho lo que tendría por escribir, pero resaltaré que desde el principio hicimos un acuerdo de relación abierta que nos ha permitido basarnos en la lealtad y no en la fidelidad entre nosotros.

No partimos del amor romántico, ese que parte de la creencia que es para toda la vida, que es exclusivo y que cada unx es lo más importante en la vida de la otra persona. Dejamos claro que nuestro compromiso era construir la relación poniendo lo mejor de cada cual. Hemos tenido crisis cuando han aparecido otras personas en nuestras vidas y también por cómo aplicamos e incluso cómo entendemos ese acuerdo, que cada cual acomoda a su forma de ver y ser en la vida, pero que al final nos ha permitido superar todas las crisis que hemos tenido a lo largo de 39 años juntos, que cumpliremos en noviembre de 2020. Reconozco que gran parte de esa estabilidad en nuestra relación es más aporte suyo que mío.

En esos años tuve oportunidad de dedicarme a cultivarme más espiritual y emocionalmente. Por eso acogí las ideas del libro *Mujeres que corren con los lobos* (en inglés *Women Who Run with the Wolves*) de Clarissa Pinkola Estés (1992). Como lo hice mi libro de cabecera por varios años, lo regalé a varias de mis amigas y copié los siguientes consejos que puse en una pared de la oficina donde trabajaba:

> «1. Establecer un territorio, 2. Encontrar la propia manada. 3. Estar en el propio cuerpo con certeza y orgullo, cualesquiera que sean los dones y las limitaciones físicas. 4. Hablar y actuar en nombre propio. 5. Ser consciente y estar en guardia. 6. Echar mano de las innatas facultades femeninas de la intuición y la percepción. 7. Recuperar los propios ciclos. 8. Descubrir qué lugar le corresponde a una. 9. Levantarse con dignidad. 10. Conservar la mayor conciencia posible». (Pinkola Estés, 1992)

En la medida de lo posible los intentaba seguir porque para mí significaban reconocer las milenarias tradiciones y éticas del cuidado de las mujeres, a pesar de que muchas feministas decían que la autora reafirmaba la tesis patriarcal de que las mujeres estamos más cerca de la naturaleza que de la cultura.

La Red de Mujeres del Caribe se conformó el 26 de noviembre de 1994, por iniciativa de la Corporación de Mujeres Orocomay, con la participación de organizaciones de los departamentos del Caribe colombiano que llegaron a ser 300 en sus mejores momentos. Representando este proceso, en septiembre de 1995 viajé a la IV Conferencia mundial sobre las mujeres en Beijing, China, que tenía por lema «Acción para la igualdad, la paz y el desarrollo», y que fue muy significativa en mi comprensión de las disputas internacionales entre las feministas y las burocracias gubernamentales.

En 1996 participamos con mucha fuerza en el VI Foro del Caribe colombiano, donde presenté a nombre del equipo de trabajo sobre mujer y género la ponencia denominada «La Región desde las mujeres», en la que se caracterizaba la situación de las mujeres de la región, se proponía un modelo de desarrollo humano sostenible para la misma y se solicitaba la institucionalización de programas de atención a las mujeres desplazadas por el conflicto armado interno para asegurar su reubicación con vivienda, generación de ingresos, salud y educación; una escuela de formación en liderazgos, creación de Secretarías de la mujer en todos los departamentos y formación de funcionarixs en equidad de género en toda la estructura institucional.

Estas y otras propuestas referidas a mecanismos de representación en todas las instancias del proceso regional, en los procesos de negociación de la paz y la aplicación de la Política de Participación y Equidad y de la Mujer (EPAM) en la región finalmente quedaron acogidas en las conclusiones después de una fuerte presión de nuestra parte, aunque nunca fueron llevadas a la práctica, porque el proceso de regionalización se embolató con el avance y el acaparamiento político que logró el paramilitarismo en la región Caribe.

Como consuelo me queda que, a este respecto, entre 1998 y el 2000 pudimos hacer la investigación que dio como resultado el libro *Regionalización y Movimiento de mujeres: procesos en el Caribe colombiano* (Solano, 2006), lo que significó hacer un recuento de las luchas de las mujeres en la región por sus derechos, por la paz y su participación en las gestas por autonomía regional, que es el otro proceso que cuento en el texto.

Este libro, que escribí como resultado de una investigación realizada con el apoyo de Mónica Durán como asistente de investigación y Jaidy Madera como auxiliar, recoge mi compromiso con esos procesos que fueron prioritarios para mí mientras viví en Santa Marta en la década de los noventa.

Para mi formación en teorías de género fue importante haber participado en el III Taller de formación de capacitadores y capacitadoras en la Política de Equidad y perspectiva de género, que se realizó en Santa Marta, del 13 al 31 de mayo de 1996, organizado y financiado por el Proyecto Proequidad, resultado de la alianza entre la Dirección Nacional de Equidad para las Mujeres (DINEM) y la Sociedad Alemana de Cooperación Técnica (GTZ), coordinado por Elizabeth Quiñónez como Asesora del Área de Capacitación de la DINEM.

Fue después de ese curso que leímos a Nancy Fraser, feminista postsocialista quien expone que existen principalmente dos clases de injusticias: la **injusticia socioeconómica**, arraigada en la estructura política-económica de la sociedad e incluye la explotación, marginación económica y privación de los bienes materiales indispensables para llevar una vida digna, y la **injusticia cultural o simbólica,** arraigada en los patrones sociales de representación, interpretación y comunicación e incluye la dominación cultural, el no reconocimiento y el irrespeto (Fraser, 1997).

Por lo tanto, la lucha por la justicia requiere trabajar contra ambas injusticias (socioeconómica y cultural) y por ello se debe conceptualizar el reconocimiento cultural y la redistribución o igualdad social de manera que cada uno apoye al otro en lugar de devaluarlo (Fraser, 1997).

Para mí esto tenía sentido, pues el feminismo y otros movimientos basados en las identidades se habían dedicado en los años noventa en Colombia, Latinoamérica y el Caribe a luchar por el reconocimiento, pero poco se hablaba de la redistribución. Después de una década, Fraser incorpora la representación en lo político como una tercera dimensión de su modelo teórico, sustentándolo en su libro *Escalas de la Justicia* (Fraser, 2008).

Acogí también los siguientes principios que ella propone para conseguir la equidad de género que en todo caso es un proceso complejo: la antipobreza, la antiexplotación, la igualdad en el ingreso, igualdad en el tiempo libre, igualdad de respeto, antimarginación y antiandrocentrismo (Fraser, 1997). Solo logrando que todos ellos funcionen adecuadamente, podríamos alcanzar una verdadera equidad de género.

A principios del nuevo siglo, escribí varios artículos sobre la construcción de paz desde las mujeres, sus procesos de resistencia y la reconstrucción colectiva de tejido social que hacían las mujeres desplazadas. Todo ello con el apoyo y generosidad de Ángela Rodríguez, con quien siempre he mantenido discusiones constructivas sobre todos los temas posibles, personales y políticos y he trabajado en variados proyectos en muchas ocasiones de nuestras vidas. Siempre me facilitó el acceso a sus trabajos, escritos, aportes y reflexiones, entre ellos su tesis de maestría de la que publicó el libro *Las mujeres de Valle Encantado. Una experiencia de reubicación con acceso a tierra, de familias desplazadas* (Rodríguez, 2003).

Mi participación en Iniciativas de Mujeres por la Paz (IMP)

La Iniciativa de Mujeres por la Paz (IMP) surgió como resultado de la Primera Conferencia de Mujeres Colombianas por la Paz que realizamos en Estocolmo, Suecia, del 10 al 20 de noviembre de 2001, respaldada por mujeres dirigentes de la Federación de Trabajadores de Suecia, (ST) y el Departamento de la Mujer de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) de Colombia.

Fueron muchas las acciones, propuestas y proyectos que agenciamos desde esta alianza, entre ellas la Constituyente Emancipatoria de Mujeres (2002) con la representación de más de 300 mujeres constituyentes, donde construimos la Agenda de Mujeres por la Paz, de la cual fui la encargada de hacer la síntesis final de 12 puntos a partir de 600 propuestas recibidas. Impulsamos también, junto con la Organización Femenina Popular de Barrancabermeja, la Mesa Nacional de concertación de Mujeres, la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Red Nacional de Mujeres, la más importante Movilización Nacional de Mujeres Contra la Guerra el 25 de julio de 2002 en la que participaron más de 35.000 mujeres, la Marcha Nacional al Putumayo, el 25 de noviembre del 2003; y la Mesa Nacional de Incidencia por el derecho a la verdad, la Justicia y la Reparación con perspectiva de género, en 2005.

Otras acciones en las que participamos fueron la Cumbre Nacional de Mujeres y Paz, el Encuentro Internacional de Mujeres contra la Guerra, la I Ágora de Mujeres por la paz, el Congreso Nacional de Iniciativas por la Paz, la II Ágora y muchos encuentros y marchas de mujeres por sectores y regiones de Colombia, como la movilización en Barranquilla «Cadena de Resistencia a la revictimización de las Mujeres», organizada con la Red de Mujeres del Caribe el 8 de marzo de 2007, que se configuró en el evento por la paz con mayor participación (5.000 mujeres, llegadas de todo el país) y más contenido simbólico en la región Caribe.

Entre 2001 y 2007 logramos formar una corriente de feministas que seguíamos los postulados de Nancy Fraser en IMP entre las cuales estábamos Elizabeth Quiñónez, Audes Jiménez, Diana Marcela Gómez y yo, quienes hacíamos parte de la Comisión Política y Metodológica y de la cual también hacían parte Mónica Durán, María Elsy Sandoval y Solsuleidy Gaitán en la comisión de facilitadoras y otras muchas compañeras del Comité Nacional. El resto de las integrantes de

la Comisión Política eran Patricia Buriticá, Ángela Cerón, Rocío Pineda y otras dirigentes que pertenecían al sector proveniente del sindicalismo. Por diferencias políticas y de manejo de la democracia entre estos dos sectores, en una asamblea nacional, decidimos disolver la Alianza, pero las sindicalistas después se quedaron con el nombre y los recursos.

Después de esa ruptura, en la Red de Mujeres del Caribe (RMC) nos dedicamos a impulsar el proceso de regional desde abajo, organizando seis congresos entre 2007 y 2012 por la regionalización del Caribe colombiano, con perspectiva de género, derechos humanos y étnicos, a partir de lo cual resolvimos priorizar el trabajo con las mujeres afros, indígenas y jóvenes. En medio de esta dinámica y por iniciativa de Audes Jiménez y otras compañeras, se creó la Red de Mujeres Afrocaribeñas, REMA y más recientemente la Red de Mujeres Jóvenes del Caribe (2017).

Años más tarde, en 2015, algunas de las que fuimos dirigentes en IMP, más otras compañeras, conformamos la Colectiva Feminista Emancipatoria que

> propone trascender el enfoque de derechos y de género, hacia un enfoque de ciudadanía corporeizado y emancipatorio, desde la ética del cuidado de sí y de la vida social, en áreas diversas, como las emociones, la salud, la educación, la preparación para una vida libre de violencias, las prácticas de economía solidaria o procesos de Buen Vivir, así como la formulación de iniciativas políticas, de organización y participación. Proponemos una reapropiación de la normatividad vigente conquistada por el movimiento de mujeres, y de todas las herramientas legales correspondientes al proceso de paz (desarme, desmovilización, reinserción y reconciliación), para empezar a deshabitar la violencia y el miedo de nuestros cuerpos, de nuestras vidas, de nuestros proyectos individuales y comunitarios, de nuestra sociedad y del Estado (Colectiva Feminista Emancipatoria, 2016).

Mis prácticas y reflexiones feministas más recientes

Para mí, los feminismos representan tres tipos de disputas en la sociedad actual. Una de carácter personal (que no individualista) que son las rebeliones de las mujeres contra la apropiación o dueñidad (Segato, 2017) de sus vidas (cuerpos-territorios, sentires, saberes, pensamientos y espiritualidades) por parte del patriarcado, el capitalismo y los órdenes sociales opresores anteriores. Otra

de carácter colectivo que incluye las resistencias, revueltas, revoluciones, insurrecciones, movimientos, transgresiones y alianzas de las mujeres para luchar contra todas las formas de sometimiento. Finalmente, la tercera, de carácter epistemológico, que corresponde a las teorías críticas, corrientes políticas-epistemológicas y metodológicas, cuyos postulados orientan al movimiento social de mujeres en la búsqueda de la justicia social contra todo tipo de desigualdad (de clase, étnico-racial, de sexualidades diversas y de género, entre otras).

Soy una mujer feminista «zamba», parda, morocha o todo lo que signifique mixtura, coctel o proceso intercultural entre grupos racializados. Esta autoadscripción es sobre todo un posicionamiento político que apuesta por la alianza entre los feminismos negros e indígenas principalmente, aunque también comparto postulados con los decoloniales, postcoloniales, ecofeminismos, comunitarios, populares, lésbicos, de frontera y todos aquellos que tengan perspectivas interseccionales en sus búsquedas y luchas.

Yo asumo que he sido racializada como todas y todos los no blancos en el continente americano como parte del colonialismo y la colonialidad europea-norteamericana, pero comprendo que además de eso existe el racismo estructural contra las personas de pieles más oscuras y fenotipos procedentes de África que conlleva explotación, discriminación, exclusión, violencias y muertes. Por esto son imperiosas las luchas antirracistas en todos los ámbitos y tiempos, entre ellas promover la campaña «las vidas negras importan», que no debe ser solo de las personas que se identifican como afrodescendientes sino de todxs.

Pero el antirracismo debe incluir con énfasis las luchas de las mujeres negras. Así lo han señalado los feminismos negros desde siempre. Angela Davis ([1981], 2004) documenta en su libro *Mujeres, raza y clase* cómo el sometimiento a las mujeres negras partía de supuestos muy distintos sobre la feminidad, la raza y la clase de los proyectados sobre las mujeres blancas. Fueron las exponentes del *Black Feminism*, las que más insistieron en la necesidad de considerar la simultaneidad de las luchas, porque simultáneas eran las opresiones, integrando en sus modelos teóricos las categorías sexo, «raza», clase y sexualidad. La sistematización de este pensamiento político intelectual estuvo a cargo de la afronorteamericana Patricia Hill Collins quien recoge las experiencias concretas de las mujeres negras como conocedoras situadas (Hill, citada por Curiel, 2007).

Hablando de posicionamiento situado, en mi condición de profesora universitaria, desde hace más de 20 años pertenezco a la clase media de este país en el que la mayoría de las personas son de condición económica muy precaria. No por esto me considero privilegiada, considero que estoy ejerciendo derechos que todo el mundo tendría que poder disfrutar, como tener un trabajo estable, reconocimiento de prestaciones sociales, tener vivienda, capacitación, seguridad social y... ¡ay de mí! estoy afiliada a un fondo privado de pensiones que no me garantizaría una pensión digna y que en el trimestre anterior ya anunció que nuestros ahorros están disminuyendo sustancialmente.

Creo que en mi caso la educación funcionó como promotora de la movilidad social y, aunque empecé tarde en la universidad, me la he pasado casi toda la vida estudiando, así que tengo varios diplomas, entre ellos uno como doctora en Estudios de Mujeres y de Género. Estudiar se me ha facilitado porque amo leer y amo los libros. En estos días, al organizarlos por temas en la biblioteca, sentí que eran parte de mí, mis compañeros de andanzas; en ellos está reflejada la historia de lo que leía en cada momento de mi vida, de mis quereres, de mis búsquedas y utopías. Me alegra acariciarlos, abrir sus páginas, releer algo que me entusiasmó en su momento y ver los más nuevos destacarse por sus colores más vivos en los estantes. Son la mejor inversión que he hecho en mi vida y siento que sus contenidos me arropan.

En mis vivencias como feminista siempre me han interesado la ética, la filosofía y la espiritualidad. Esos aspectos son muy descuidados en otros movimientos sociales. Siempre he dedicado tiempo a promoverlos dentro de mis prácticas y formación. Por ello practico yoga y hago meditación, pero debo decir que tiendo a ser sedentaria y tengo que hacer esfuerzos para levantarme temprano y caminar o montar en bicicleta. No siempre lo logro, pero racionalmente entiendo que un mejor estado físico me proporciona mejor estado de bienestar, menos estrés y menores riesgos de enfermarme. Mi consecuencia con ello está en proceso de trascender y hacerse una realidad más constante.

Mis búsquedas espirituales e intelectuales, mi práctica política y mi trabajo académico de investigación y extensión de la Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe me han llevado en los últimos años a hacer alianzas con diversos equipos para trabajar sobre saberes, prácticas y técnicas de resistencias cimarronas en el Caribe colombiano. En desarrollo de estas actividades, últimamente hemos logrado:

- Documentar la transmisión de significados, representaciones culturales y alternativas de economía solidaria a partir del tejido de mochilas por parte de mujeres de la Organización Indígena Kankuama en el departamento del Cesar, en el que participaron como coautoras Angélica Arias y Rosa Manuela Montero.

- Conformar una red de mujeres jóvenes por la paz en la región después de haber hecho un curso de formación política feminista con 18 representantes de los 8 departamentos del Caribe en alianza con la Red de Mujeres del Caribe, la Colectiva Feminista Emancipatoria, la Universidad del Atlántico y la Sede Caribe de la Universidad Nacional.

- Realizar un curso de formación política feminista para 27 personas, en Montería, que incluyó participantes de Córdoba y Sucre, con el equipo conformado por Elizabeth Quiñónez, Ángela Rodríguez y Neyla Palomo, en alianza con la Red de Mujeres del Caribe, la Colectiva Feminista Emancipatoria, la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia, el Taller Prodesal, el Programa SIMMA y la Fundación Interamericana IAF.

Estas experiencias hacen parte de las temáticas de trabajo de las salas situacionales que creamos en el Observatorio de Procesos Sociales de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia donde nos propusimos hacerles seguimiento y apoyar los procesos de lxs jóvenxs, de las mujeres y los étnico-raciales en la región Caribe de Colombia. En esa dinámica, realizamos dos ferias de procesos sociales y ambientales con la participación de organizaciones que representan alternativas económicas y culturales que fortalecen su autonomía y el acercamiento a un Buen Vivir.

En la primera, realizada en San Andrés isla (4 y 5 de diciembre de 2015) con la participación de 15 organizaciones, estas expusieron sus artesanías, vendieron sus productos, se realizaron videos de la experiencia de cada organización participante, que se llamaron *Films minutos,* y quedó un pendón para cada organización con la descripción de su experiencia productiva o artesanal que eran ambientalmente sostenibles. En la segunda (San Andrés, 6 y 7 diciembre de 2019), además de realizar el mismo tipo de actividades de la primera, se conformó la Red de procesos sociales, ambientales y productivos del Caribe colombiano, con la vinculación de indígenxs zenú, wayúu, kankuamos, arhuacos, grupos de jóvenxs afros, campesinxs, grupos de mujeres y raizales de San Andrés y Providencia,

algunxs de lxs cuales habían participado presentado sus experiencias y saberes en varios de los paneles que organicé en la 44 edición de la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe (Santa Marta, 3 a 7 de junio 2019) que es el mayor evento académico del Gran Caribe.

En consonancia y simultáneamente, he procurado fortalecer la formación de estudiantes en Feminismos y Estudios de Género en el Caribe para lo cual, además de varios seminario-talleres durante varios años en pregrado y posgrados, realicé un curso con ese nombre en la Maestría en Estudios del Caribe en el segundo semestre de 2019. Tratamos temas como el patriarcado, género y sujeto del feminismo (Solano, 2018); historia del movimiento de mujeres en el Caribe (Solano 2016), su producción escrita (Solano, 2018) y los feminismos de la diversidad o emancipatorios, entre los cuales incluyo los negros, comunitarios indígenas, postcoloniales, decoloniales y otros, como ya mencioné antes.

Como sobre los feminismos negros ya hice una corta referencia, haré también una breve mención sobre los otros. De los indígenas resalto que recogen o rescatan la cultura de la tierra y la convivencia comunitaria relacionada con la cosmovisión de sus pueblos al tiempo que confrontan el entronque patriarcal, que es el resultado de la combinación del patriarcado eurocéntrico con el de los pueblos originarios (Paredes, 2012). El feminismo poscolonial critica la perspectiva etnocentrista y heterosexista que identifica la experiencia de las mujeres occidentales, blancas, ricas o de clase media como si fuera la experiencia de las mujeres en general (Hernández, 2008).

Por su parte, las feministas decoloniales, según Diana Marcela Gómez, cuestionan la manera como se produce conocimiento, rechazan las estructuras de dominación y las formas de organización social existentes (colonialismo, imperialismo, las dictaduras, falsas democracias o democracias recortadas), critican el modelo económico, la subjetividad colonial y proponen cambios en la relación con la naturaleza, el relacionamiento intercultural que se genera entre los pueblos y la manera como se concibe la espiritualidad. Además, el feminismo decolonial debe abordar de manera simultánea el patriarcado y la modernidad/colonialidad como dos estructuras de dominación que han generado articulaciones (Gómez, 2011).

Por considerar que estos feminismos hacen aportes considerables a las luchas de las mujeres latinoamericanas y caribeñas por su emancipación y la de sus

pueblos, en la medida de mis posibilidades por convicción y compromiso, le hago seguimiento a lo que producen y discuten. Valoro sus aportes para las prácticas políticas del movimiento de mujeres en nuestros países. Desde esta perspectiva, aprecio las contribuciones de Rita Laura Segato para entender el momento que vivimos. Me refiero a sus conceptos de feminicidios, femigenocidio, pedagogía de la crueldad, dueñidad y otros que nos han permitido entender mejor el tipo de sociedades en que vivimos, los cambios en las formas de dominación y el aumento en todo nuestro continente de la violencia contra las mujeres (Segato, 2018).

Por mi convencimiento de seguir aportando en la construcción de paz, a partir de la iniciativa de Diana Marcela Gómez, actualmente profesora de la Universidad de los Andes, acepté participar en la investigación «Inclusión de las afectaciones vividas por las mujeres y sus procesos de resistencia en las Comisiones de la Verdad de Perú y Colombia: miradas retro y prospectivas» que ha permitido un trabajo en equipo que fortalece las capacidades de la Red de Mujeres del Caribe y la Colectiva Feminista Emancipatoria y demás participantes del proyecto. De los varios textos a publicar, ya salió el primero (Gómez & et al, 2020). Con Diana comparto múltiples intereses intelectuales y personales, a pesar de nuestra diferencia de edad.

Pero también me interesan temas como la interseccionalidad. Actualmente, realizo un estudio sobre este vasto campo y como debo publicar un artículo al respecto, diré por el momento que la interseccionalidad es uno de los aportes más importantes del feminismo negro a las ciencias sociales, las epistemologías, metodologías y prácticas sociales de los procesos de liberación de nuestro tiempo. Tal como la concibió Kimberly W. Crenshaw (1989) en su texto pionero, la interseccionalidad analiza condiciones de subordinación múltiples o desigualdades que se producen simultáneamente y se intersectan, como la étnica-racial, de clase, sexual, de género, entre otras.

En el debate que se realiza entre diversas autoras se discute si es una teoría, una epistemología, una metodología, una categoría de análisis o una herramienta de hacer política. Creo que puede ser todas esas cosas y su capacidad de instrumento útil para las interpretaciones y orientación de los movimientos sociales depende de no verla como la panacea que todo lo soluciona o de no utilizarla quitándole su potencial crítico y transformador. Puede suceder y está sucediendo que pierde su utilidad analítica cuando se le descontextualiza,

se «deshistoriza» y se usa como sinónimo de «todo incluido» por parte de gobiernos y agencias de cooperación internacional. Para mayor profundización, recomiendo el artículo «La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación» (Viveros, 2016), uno de los textos más clarificadores sobre la temática.

Otra de mis múltiples identidades es que soy Caribe. ¿Qué significa esto en un país que es andino-centrista? Pues que he tenido que fundamentarme teórica, espiritual, emocional y corporalmente para enfrentar las consecuencias de ser diferente a la identidad nacional hegemónica. Afortunadamente, los Estudios del Caribe estaban adelantados cuando yo me hice consciente de esto, así que me adentré en su comprensión, y mis prácticas cotidianas, incluyendo las académicas, incorporaron también esta dimensión en todo lo que hago. Buena parte de mi vida la he dedicado a los esfuerzos por la regionalización del Caribe colombiano, que para mí se concreta con la construcción de territorios en paz, tanto desde el movimiento autonómico regional como desde el movimiento de mujeres.

En la construcción de región debemos recoger las características de fortaleza cultural que tenemos como caribes. Por ejemplo, para afianzar el sentido relacional en las comunidades, deberíamos proponer un índice de musicalidad en la calidad de vida, dado que la mayoría de los caribeños somos muy musicales. Habrá excepciones, pero la música bailable se lleva en el alma de tanto escucharla desde siempre. No es un asunto biológico sino cultural, es el contexto. Somos pueblos musicales, indómitos y luchadores debido a las condiciones históricas que tuvimos que enfrentar en la propia conformación de las nuevas naciones que devinieron después de la colonización europea.

Tocó inventarse formas de ser y de vivir de manera híbrida en el crisol de civilizaciones de los pueblos originarios de Abya Yala, de variadas y antiguas naciones y culturas del África y de Europa que, aun con disputas entre ellas, lograron imponerse por la fuerza como las hegemónicas. Por eso la característica principal del Caribe es la diversidad. Somos poco formales en el trato, pero muy apegados a la familia y a lxs amigxs en el afecto. Somos amigxs en las buenas y en las malas. Esto también puede ser un problema, porque a veces se extralimita la defensa de la familia y lxs amigxs en asuntos no éticos y hace que todo se justifique y se termina siendo cómplices incluso de crímenes atroces, como ha pasado en muchas masacres de las tantas que se han dado en la región.

Mi nueva vida en Valledupar

Por mi traslado de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia a la Sede de La Paz, tengo solo cuatro meses y medio de vivir en Valledupar y me encuentro a gusto aquí, aunque todavía no he terminado de conocer la ciudad porque tres de estos los hemos pasado en cuarentena.

En muchos años no había cocinado tanto como en estos meses y he perfeccionado el mote de queso, las carimañolas, el cayeye, el jugo de corozo, el arroz con coco, el arroz de frijolitos cabecita negra, el pescado frito, los patacones, las berenjenas con plátano maduro (boronía), las arepas rellenas de queso y otros platos de la culinaria del Caribe colombiano. Me ratifico en que, de los oficios de casa, cocinar es lo que más me gusta hacer después de decorar. Me gusta mucho arreglar las casas donde me toca vivir. Me gusta llenarlas de plantas, las cuales adoro. Añoraba las que dejé en San Andrés y ahora tengo casi tantas como allá. Tengo ornamentales y aromáticas. Me propongo tener un cultivo, porque como dice la ecofeminista, Vandana Shiva (Fresneda, 2013), un huerto es lo más revolucionario que podemos hacer. Pero, además, cuando acabe la cuarentena quiero subir a varios lugares de la Sierra Nevada de Santa Marta, conocer mucho de las prácticas ambientales de los pueblos indígenas y acompañar su preservación.

Durante este encierro a veces se siente un silencio muy denso y parece que la humanidad permaneciera en estado de quietud y oración, pero luego oigo las noticias, leo lo que en realidad pasa y me doy cuenta de que los corruptos aprovechan la pandemia para sacar provecho y llenar sus arcas mientras los mercenarios del narcotráfico siguen intentando imponer su ley del más fuerte y disfrutar de su negocio sin restricciones. Todos los que se han apropiado del poder económico y político presionan al gobierno para que todas las medidas les favorezcan. Con evidencias como esta, en este país de tan fuertes contrastes, las apuestas por cambios parecen lejanas. Y en medio de todo, el asesinato de líderes y los feminicidios siguen aumentando en Colombia. Por ello tuve que escribir un artículo sobre la pandemia de la covid-19 que publicó UN periódico (Solano, 2020a) porque no soportaba la quietud de la cuarentena y la intensa zozobra de la tragedia sin hacer nada por entender y clarificar para mí y para las demás personas lo que podemos hacer en semejante estallido de todas las crisis acumuladas de la humanidad y el planeta.

Afortunadamente, los pueblos del mundo no se quedan quietos, se levantan como nunca contra el racismo estructural no solo en los Estados Unidos de Norteamérica sino en muchos países del mundo. Aunque sé que no es suficiente, me gusta ver caer las estatuas de los esclavistas en Bristol, Inglaterra y en Estados Unidos. Qué bueno que tumban las estatuas de Colón. Aunque sé que se ha hecho antes en Venezuela, en el resto de América Latina y el Caribe deberíamos copiar el gesto. En Santo Domingo, por ejemplo, tendríamos que derribar la estatua de Colón con Anacaona a sus pies, la indígena taína de temple indomable que enfrentó a los españoles y fue asesinada por ellos en 1503. Después tendríamos que erigir una de ella sola, esplendorosa, magnifica en su resistencia y valentía.

Agradezco a la vida que, a pesar de todo lo que pasa, pueda considerar que mis perspectivas siguen siendo optimistas. Creo que la humanidad finalmente se redimirá a sí misma y logrará reconciliarse con la naturaleza. No será fácil, no será pronto. Habrá que luchar, tendremos que esforzarnos, enfrentar muchos desastres, pandemias, guerras, destrucción... pero al final se impondrá la vida. Mientras sucede, me hago eco de la frase de la feminista egipcia Nawal el Saadawi (nacida en Kafr Tahl en 1931) «la esperanza es poder» (Zabalbeascoa, 2017), un poder al que no podemos renunciar ni dejarnos arrebatar.

Mi balance final de todo lo aquí expresado es que al posicionarme desde los feminismos de la diversidad pero también como ecofeminista, antirracista, anticapitalista y decolonial he hecho aportes en la construcción de territorios y paz desde esos lugares de enunciación que incluyen la ética del cuidado de sí, de lxs otrxs y de la vida social, aunque a veces desde el movimiento de mujeres se me reclame por pertenecer más a la academia que al movimiento y en la academia se critique que sea más activista que académica. En esa intersección está mi fortaleza y es desde ahí desde donde he podido hacer mis mayores aportes, al poner la academia al servicio de los procesos sociales y fortalecer un campo de estudios sobre los movimientos en la academia.

Valledupar, 28 de junio de 2020

Bibliografía

Colectiva Feminista Emancipatoria. 2016. *Acuerdos conceptuales hacia la justicia emancipatoria y corporeizada para otra Colombia posible*. Policopiado.

Crenshaw, Kimberle. (1 de enero de 1989). *Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics*. The University of Chicago Legal Forum 140, 139-167.

Curiel, Ochy. 2007. La crítica postcolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*, 26, 92-101.

De la Rosa Solano, Laura & De la Rosa Solano, Sofía. *A nuestra mamá en su cumpleaños*. Octubre de 2019.

Davis, Angela. 2004. [1981]. *Mujeres, raza y clase*. Madrid. Ediciones Akal.

Fraser, Nancy. 1997. *Justicia Interrupta*. Bogotá, Colombia. Siglo del hombre editores. Universidad de los Andes.

Fraser, Nancy. 2008. *Escala de la Justicia*. Barcelona, Herder.

Fresneda, Carlos. (10 de octubre de 2013). Vandana Shiva: «Lo más revolucionario es un huerto». *El correo del Sol*. https://elcorreodelsol.com/articulo/vandana-shiva-lo-mas-revolucionario-es-un-huerto. Consultado el 20 de junio de 2020.

Gómez Correal, Diana; Arias Preciado, Angélica; Durán Scott, Mónica; Murillo Jiménez, Auris; Bernal Olarte, Angélica; Montealegre Mongrovejo, Diana; López Sepúlveda, Marina y Solano Suárez, Yusmidia. 2020. *Las mujeres y la construcción de paz: recomendaciones para la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad en el proceso de inclusión de la perspectiva de género en el Caribe colombiano.* Universidad de los Andes, CIDER. Marzo 4, 2020. https://cider.uniandes.edu.co/sites/default/files/publicaciones/documentos-de-politica/2020-Documento-politica-mujeres-construccion-paz-comision-verdad-genero-caribe-colombiano-2.pdf

Gómez Correal, Diana. 2011. Feminismo y modernidad/colonialidad: entre retos de mundos posibles y otras palabras. *En Otras Palabras. Grupo Mujer y Sociedad*. Universidad Nacional de Colombia, 19, 43-61.

Harrison, John; Seccombe, Wally; & Gardiner, Jean. 1975. *El ama de caso bajo el capitalismo*. Traducción Eulalia Bosch. Barcelona. Cuadernos Anagrama.

Hernández Castillo, Rosalva. 2008. Feminismos poscoloniales: reflexiones desde el Sur del Río Bravo. En: Liliana Suárez Navaz & Rosalva Aída Hernández Castillo. (Eds.), *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*. (pp. 68-111). Valencia. Ediciones Cátedra. Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer.

Medina, Medófilo. 1997. Dos décadas de crisis política en Colombia, 1977-1997. En: Arango, Luz Gabriela (Comp.). *La crisis socio-política colombiana: un análisis no coyuntural de la coyuntura*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia y Fundación Social.

Paredes, Julieta. 2012. Las trampas del Patriarcado. En: *Pensando los feminismos en Bolivia.* (pp. 89-111). La Paz, Bolivia: Serie Foros. Conexión Fondo de Emancipación.

Pinkola Estés, Clarissa. 1992. *Women Who Run with the Wolves*. New York. Ballantine Books.

Rodríguez, Angela María. 2003. *Las Mujeres de Valle Encantado. Una experiencia de reubicación con acceso a tierra, de familias desplazadas*. Montería. Project Counselling Service. Consejería de Proyectos y Taller Prodesal.

Segato, Rita Laura. (9 de mayo de 2017). Un mundo de dueños. *ALFILO*. https://ffyh.unc.edu.ar/alfilo/un-mundo-de-duenos/ Consultado el 21 de junio de 2020.

Segato, Rita Laura. 2018. *Contra-pedagogías de la crueldad.* Buenos Aires. Prometeo Libros.

Solano Suárez, Yusmidia. 2020a. Por otros modos de habitar la vida y vivir La Tierra. *UN Periódico*. https://unperiodico.unal.edu.co/pages/blog/detail/por-otrosmodos-de-habitar-la-vida-y-vivir-la-tierra/

Solano Suárez, Yusmidia. 2020b. La Economía Activa es la de los Trabajos de los Cuidados. 2020.*UN Periódico*. https://unperiodico.unal.edu.co/pages/blog/detail/la-economiaactiva-es-la-de-los-trabajos-de-los-cuidados/

Solano Suárez, Yusmidia. 2018. Posicionamientos de los Feminismos Emancipatorios sobre el género, el patriarcado y el sujeto del feminismo. R*evista Cuadernos del Caribe. Número 25* año 2018. Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe. San Andrés isla.

Solano Suárez, Yusmidia. 2018. Producción escrita del campo de saberes Mujeres y género en el Caribe colombiano (1979-2016). Memorias: *Revista Digital de Arqueología e Historia desde el Caribe* (enero-abril 2018), p. 113-150.

Solano Suárez, Yusmidia. 2016. Reflexionando desde adentro: periodización de la acción, organización y protagonismos del movimiento de mujeres y feminismos. (Caribe colombiano siglos XX y XXI). En: *Cambios sociales y culturales en el Caribe col. perspectivas críticas de las resistencias*. Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe. p 209-249.

Solano Suárez, Yusmidia. 2006. *Regionalización y Movimiento de mujeres*: procesos en el Caribe colombiano. San Andrés Isla: Universidad Nacional de Colombia sede Caribe.

Viveros Vigoya, Mara, 2016, La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista* 52, 1–17.

Zabalbeascoa, Anatxu. 25 de abril de 2017. Nawal El Saadawi: «No se puede ser feminista y aprobar el uso del velo». Entrevista en *El País.* Recuperado de https://elpais.com/elpais/2017/04/26/eps/1493157934_149315.html

YUSMIDIA SOLANO SUÁREZ

Soy una mujer feminista zamba, de 60 años, del Caribe colombiano, que se ha propuesto conscientemente mantener la alegría, el entusiasmo y la esperanza como fortalezas de vida. Soy madre de dos hijas, Laura y Sofía y mantengo una relación de pareja con Luis, desde hace 39 años. Profesora universitaria, militante activa del movimiento de mujeres en la Red de Mujeres del Caribe, la Colectiva Feminista Emancipatoria y la Red de profesoras universitarias, desde las cuales intento hacer aportes a la construcción colectiva de un mundo con justicia ambiental, social, étnico/racial y de género.

ysolanosu@unal.edu.co

HEINRICH BÖLL STIFTUNG
BOGOTÁ
Colombia

ISBN: 978-958-52753-4-8